

C.J. CHERRYH

CYTEEN 1
LA TRAICIÓN



Lectulandia

CYTEEN es ya un hito en la moderna literatura que trata con amenidad temas trascendentes: la clonación, la función de la herencia y de la educación en el desarrollo de una personalidad, etc. Pero CYTEEN es también una brillante especulación sobre cómo los mecanismos de la psicogénesis individual y la manipulación psicológica desembocan inevitablemente en la sociogénesis de la historia. Una idea de alcance parecido a la psichistoria de Asimov. Sin embargo, Ari Emory (el Hari Seldon de Cherryh) tiene, tal vez, la ventaja de la casi inmortalidad que ofrece la clonación.

«La mejor novela de la autora de LA ESTACIÓN DOWNBELOW y EL ORGULLO DE CHANUR, quien ha obtenido tres premios Hugo en los últimos diez años».

Lectulandia

C. J. Cherryh

Cyteen: La traición

Cyteen 1

ePUB r1.6
author 08.03.14

Título original: *Cyteen*

C. J. Cherryh, 1988

Traducción: Margara Auerbach

Ilustraciones: óscar H. Chichoni

Diseño de portada: Angels Buxó

Editor digital: arthor

Corrección de erratas: Rubirpg, DiabloKhel, eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

En nuestros días ya es posible hablar de la ingeniería genética como de una realidad. Todo empezó cuando el D. Watson y Francis Crick descubrieron la estructura en doble hélice de la molécula del ácido desoxirribonucleico (ADN) de los cromosomas y, con ello, el mecanismo básico de la herencia. Esto ocurrió a principios de los años cincuenta y supuso para dichos científicos la obtención del premio Nóbel en 1962.

El hallazgo también significó, sin embargo, el inicio de la especulación sobre las posibilidades de alterar voluntariamente dicha estructura molecular y, con ello, el nacimiento de una de las tecnologías más prometedoras de los últimos años: la ingeniería genética. Ésta novísima tecnología ya ha tenido éxito en varias aplicaciones. Las más conocidas son la obtención de recientes variedades de plantas para mejorar los rendimientos de la agricultura y la fabricación de nuevos medicamentos derivados de bacterias modificadas por ingeniería genética.

No obstante, la especulación principal en torno a estos temas se refiere, casi siempre, a la posibilidad de intervenir también en la dotación cromosómica de los seres humanos o en su reproducción. Uno de los más ambiciosos proyectos científicos de la actualidad es precisamente la elaboración de una gran base de datos con la estructura cromosómica humana, lo que ha dado en llamarse el genoma humano.

No es éste el momento para abordar los complejos problemas morales y éticos que la ingeniería genética pueda plantear. Pero es obligado reconocer que una de las especulaciones más frecuentes e interesantes en la reciente literatura especulativa que compone la mejor ciencia ficción de los últimos años es, precisamente, la posibilidad de obtener copias de los seres vivos por el mecanismo de duplicar sus células. En esto consiste el procedimiento llamado clonación.

La clonación, una forma de la reproducción asexual, es una realidad conocida y natural en el mundo de los vegetales. Sin embargo, la complejidad de los seres que componen el mundo animal necesita tal vez de la reproducción sexual, en la que una célula masculina y otra femenina se fusionan para formar el nuevo embrión. Por el contrario, un clon es en realidad un ser vivo obtenido de forma asexual a partir de un único progenitor. Un procedimiento que, como ya se ha dicho, es una realidad en el mundo vegetal pero, hasta ahora, algo imposible en el mundo animal de alto nivel de complejidad.

El hecho de que la clonación sea todavía impracticable en la realidad actual no impide que la buena literatura especulativa, de base científica, haya tratado este aspecto de la ingeniería genética. Y, junto a la clonación, también se ha especulado sobre la reproducción asexual controlada fuera del útero materno. Incluso un gran

clásico como un mundo feliz (1932), de Aldous Huxley, arranca precisamente de la posibilidad de la «fabricación» de seres humanos en centros de incubación y condicionamiento.

La mayoría de las narraciones de ciencia ficción que giran en torno a la clonación suelen abordar la paradoja de esos seres iguales obtenidos artificialmente. Un tratamiento ya habitual en este campo es el de profundizar en los problemas psicológicos que se derivan de la existencia de una multiplicidad de clones de un mismo individuo, o incidir en las posibilidades narrativas y de aventura que esta repetición de personajes facilita. Ejemplos destacados de estas dos líneas argumentales son novelas como *donde solían cantar los dulces pájaros* (1976), de Kate Wilhelm, e *Y algunos eran clones* (*The Hophiuchi Hotline*, 1977), de John Varley.

En cierta forma, tras una gran incidencia y repetición del tratamiento de los clones en la ciencia ficción de finales de los años setenta, éste parecía un tema claramente resuelto en el que cabían pocas novedades. Y así fue hasta que apareció *cyteen*.

Casi de improviso, *Cherryh* nos demuestra con esta interesante novela que habíamos olvidado lo más importante: el difícil aprendizaje que hace posible que una personalidad se construya como tal. La ingeniería genética puede proveer la base física y tecnológica de la reproducción de un ser vivo por clonación, pero debe ser la psicología la que permita crear las técnicas destinadas a reproducir una personalidad humana que, en definitiva, es algo más que unas hélices dobles de ADN dispuestas de una forma concreta.

Es conocido el hecho de que dos gemelos univitelinos (con la misma dotación cromosómica), educados en ambientes distintos, desarrollan personalidades diferentes. La base genética y las constantes heredadas son las mismas, pero la personalidad se construye esencialmente con la educación y la incidencia de las experiencias diarias que, poco a poco, conforman una manera de ser.

Existe entre los expertos en psicología evolutiva una ineludible discusión sobre el peso de los factores genéticos y educacionales en la construcción de una personalidad. Hay mucha ideología en el debate y se han mencionado con frecuencia los pesos relativos de cada uno de los dos factores. Algunos hablan de mitad y mitad, y otros de proporciones como un veinte contra un ochenta por ciento de cada uno de los dos factores: herencia y educación. Sea cual fuere la verdad, es inevitable reconocer que en la formación de una personalidad humana debe tenerse en cuenta el papel, hoy parece que determinante, de la educación recibida.

Y ésa es la novedad que aporta *cyteen* de C. J. Cherryh. Una novedad que hace evidente la (ahora visible) superficialidad de las anteriores especulaciones elaboradas, en torno a la clonación.

Pero no es éste el único tema importante de cyteen.

En esta impresionante y gran novela, el planeta Cyteen ha sido dominado durante cincuenta años por Ari Emory, la genial especialista en genética que dirige el complejo científico de Reseune y maniobra hábilmente en la política galáctica desde su puesto en el Concejo de los Mundos. Pero Ari es asesinada por sus enemigos y Reseune se ve obligado a intentar un novedoso experimento genético: la «fabricación» de un clon de la propia Emory de modo que pueda ser libre y autónomo. La nueva Ari II deberá formarse y crecer en medio de una intriga política de grandes proporciones hasta que desarrolle de nuevo la personalidad de su antecesora, aunque nadie sabe todavía si ello es realmente posible.

La novela también describe el fracaso de una experiencia anterior en la que se había intentado duplicar a una destacada especialista de la ciencia física. Sin embargo, la existencia de una amplia documentación sobre la vida de Ari Emory debería permitir incluso la duplicación psicológica de su personalidad. Éste es el tema central de un libro que sorprende al mismo tiempo por su amenidad, por la seriedad de sus planteamientos y, asimismo, por el gran interés que despiertan otros temas complementarios.

Cherryh también nos habla en cyteen de los azi, los seres humanos obtenidos por reproducción artificial y, lo que es más importante, educados con cintas de enseñanza que programan sus comportamientos y personalidades. Nos muestra así una posible profesión del futuro, la de los programadores de esas cintas educativas y el grado de manipulación psicológica que ello comporta. Obviamente, con ello introduce el tema casi inevitable de lo que significa ser humano. Cherryh contrapone claramente la educación inducida con cintas de enseñanza a la formación habitual de los seres humanos (los ciudadanos reconocidos legalmente en Reseune) que, como nosotros, construyen su personalidad a través de la extensa variedad de experiencias por las que pasan en su camino a la vida adulta.

Por todo ello, cyteen es una de las novelas fundamentales de la moderna literatura que trata con amenidad temas trascendentes: la ingeniería genética y la clonación, sin olvidar los problemas psicológicos que plantean, el papel de la herencia y la educación en la maduración de una personalidad inteligente, y la brillante especulación de cómo los mecanismos de la psicogénesis individual y la manipulación psicológica desembocan irremediabilmente en la sociogénesis de la historia. Para encontrar una idea de alcance parecido hay que volver la vista a la psicohistoria de Asimov, pero con la novedad de que, aquí, el Han Seldon de cyteen, Ari Emory, dispone de una presencia que podría llegar a ser permanente gracias a la clonación.

Cyteen apareció en inglés en mayo de 1988 y, de manera casi inevitable, obtuvo el premio Hugo de 1989, el mayor galardón reconocido internacionalmente en el

campo de la ciencia ficción y la literatura fantástica. Asimismo, fue la novela que los lectores del influyente fanzine *Locus* seleccionaron como la mejor de todas las publicaciones, en 1989, en el vasto e impreciso campo de esa literatura especulativa que solemos conocer como ciencia ficción o fantasía.

El gran éxito de la novela hizo que muy pronto, a principios de 1989, se realizara también la edición en formato de bolsillo que, por razones técnicas, tuvo que dividirse en tres volúmenes. Se titularon *Cyteen: The Betrayal* (febrero 1989), *Cyteen: The Rebirth* (marzo 1989) y *Cyteen: The Vindication* (abril 1989).

Razones técnicas nos han llevado a publicar la versión castellana de *cyteen* también en tres volúmenes. La traducción del inglés suele aumentar la extensión del texto original y, en el formato de NOVA, resulta prácticamente imposible publicar en un único volumen las casi mil doscientas páginas escritas por nuestra traductora.

Llegué a considerar la posibilidad de hacer sólo dos volúmenes en lugar de los tres de la segunda edición norteamericana, y cuando lo consulté con Cherryh, la autora prefirió dejar la decisión en mis manos. Finalmente, he optado por respetar la división en tres volúmenes ya realizada en inglés.

Lo que sí haremos es garantizar la aparición prácticamente simultánea de los tres volúmenes, que ocurrirá entre los meses de octubre y noviembre de 1990: *cyteen 1: la traición* (octubre 1990), *cyteen 2: el renacer* (noviembre 1990) y *cyteen 3: la vindicación* (noviembre 1990).

Me parece que así se evita la introducción artificial de nuevas separaciones en una novela que forma claramente una única entidad. Por otra parte, la división en tres partes respeta el esquema tradicional con los consabidos planteamientos, nudo y desenlace que ha llegado a ser un canon habitual en la narrativa y se corresponde, en cierta forma, con la estructura del libro. Además, last but not least, evitará inútiles complejidades y «falsos» títulos inventados en España a los estudiosos del día de mañana. Porque estoy totalmente seguro de que *cyteen* se convertirá en uno de los hitos básicos en la ciencia ficción: es la primera novela que trata con profundidad y seriedad el tema del aprendizaje y la gran complejidad del empeño por duplicar una personalidad. Todo ello con gran habilidad, inteligencia y amenidad; algo muy difícil de encontrar reunido hoy en día.

Para los que se incorporen con *cyteen* a las historias de ciencia ficción de Cherryh, añadiré que esta novela se inscribe en el marco general de una historia del futuro galáctico de grandes proporciones. En concreto, en *cyteen* se hace referencia a un experimento realizado en el planeta *Gehenna* cuyas consecuencias se narran en *Forty Thousand in Gehenna* (1983), todavía inédita en castellano. Se trata precisamente de un ejemplo concreto de cómo la manipulación genética y psicológica puede también incidir en la sociogénesis de la historia.

Más conocidas en nuestro país han sido otras obras de Cherryh ambientadas en

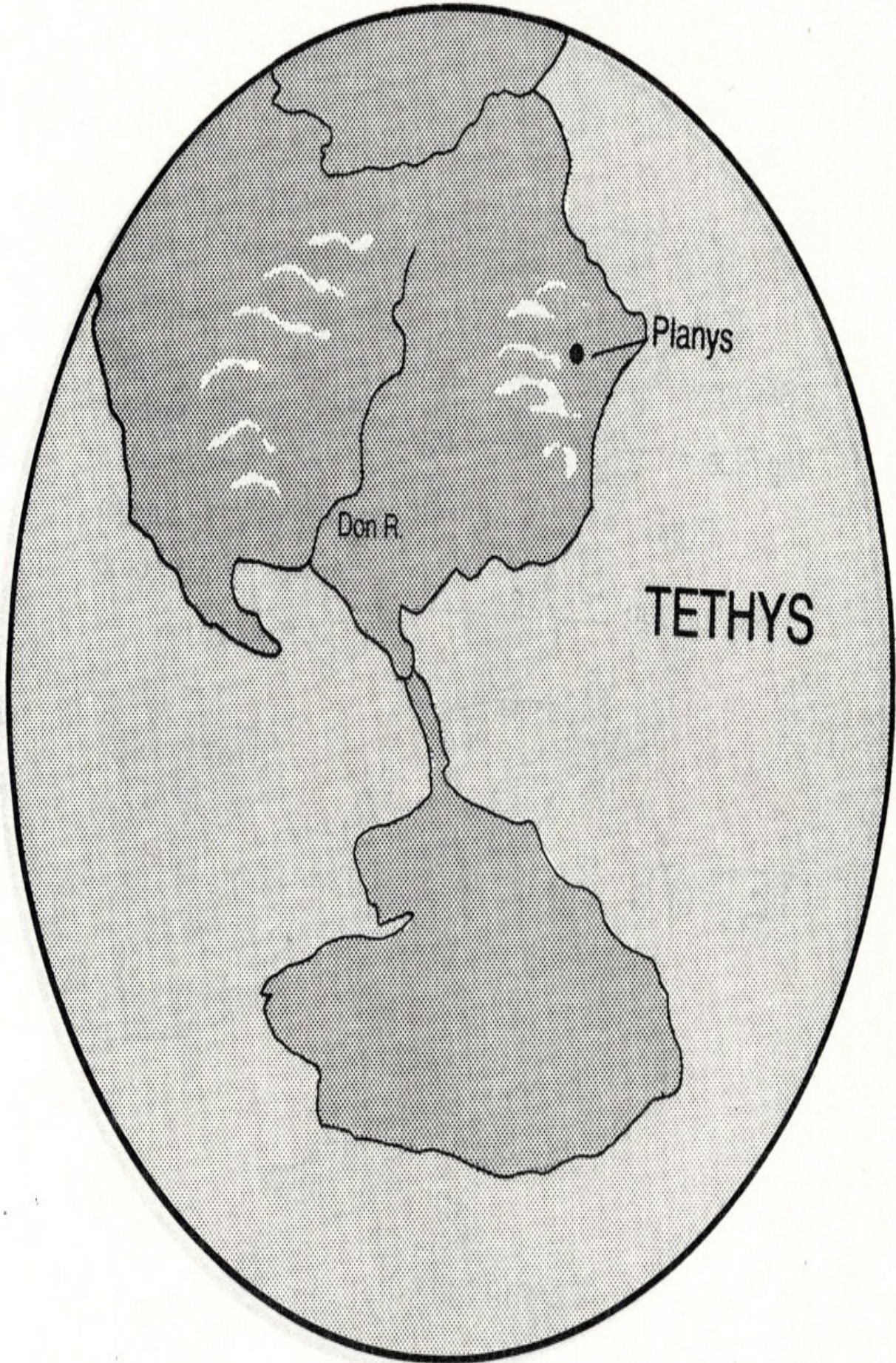
el mismo universo del futuro, como la estación DOWNBELOW (1981) que obtuvo también el premio Hugo, aunque de momento sigue inédita en castellano su continuación, merchanter's luck (1982).

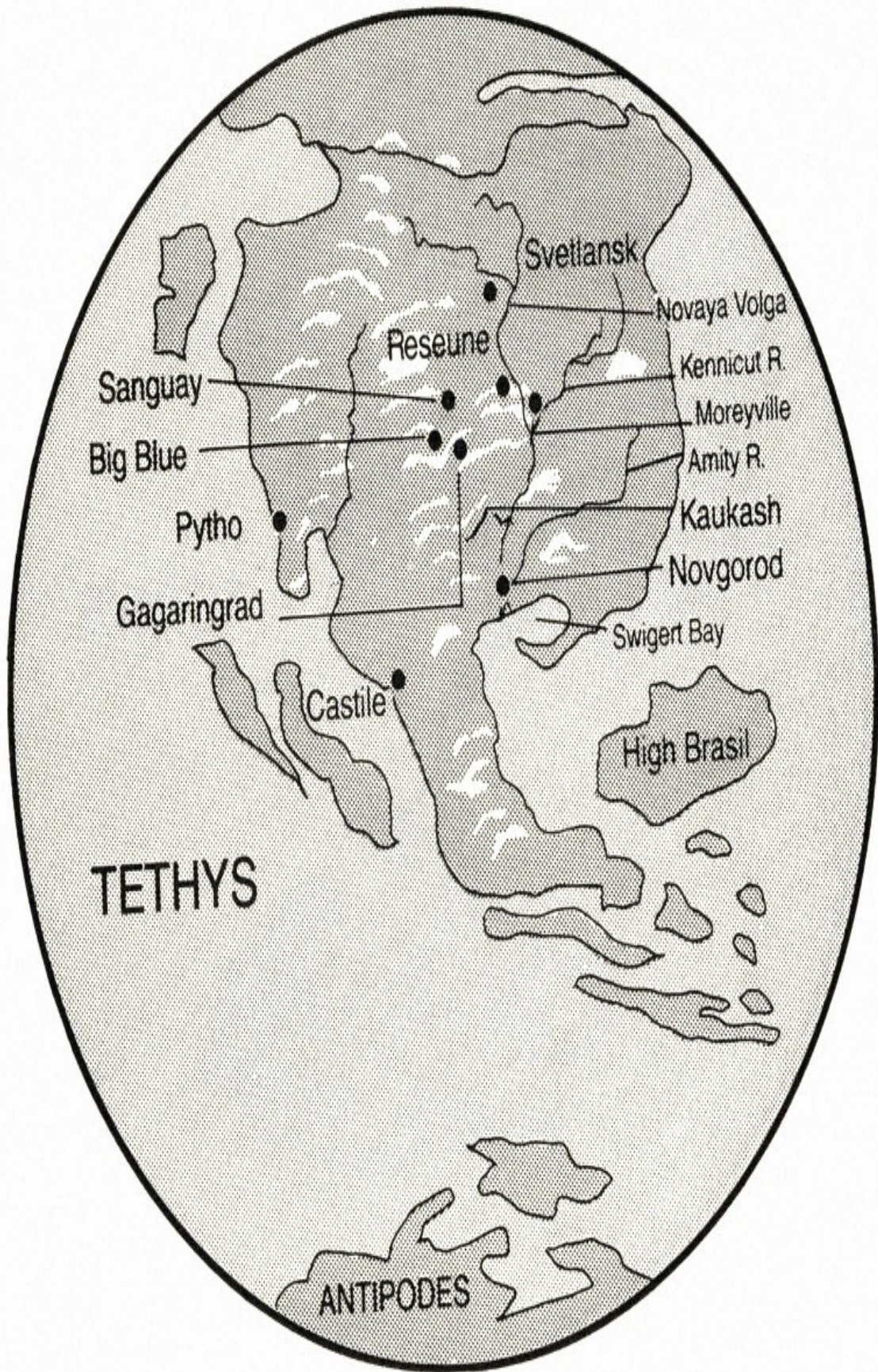
Asimismo, cabe recordar el éxito en España de la Saga de Chanur iniciada con el orgullo de chanur (1982), finalista del premio Hugo que no obtuvo ese año por coincidir con el retorno de Asimov a su famosísima serie sobre la Fundación. Las aventuras de Chanur son una verdadera revolución en la space opera, que Cherryh moderniza y mejora al abandonar el androcentrismo tan habitual en ese subgénero de la ciencia ficción. La Saga de Chanur nos narra las aventuras de una sorprendente heroína, la capitana hani Pyanfar Chanur, miembro de una curiosa especie de leones antropomorfos inteligentes en cuya cultura se da una peculiar inversión del rol de los sexos, por lo menos del habitual en nuestra cultura.

Pero cyteen destaca, incluso entre la brillante obra de Cherryh, porque en ella se dan cita dos de los principales intereses temáticos de esta autora: la respuesta de los individuos ante la presión y las situaciones conflictivas, y el análisis de la evolución de las sociedades. En realidad, cyteen es al mismo tiempo una novela psicológica y una novela de misterio en torno a un asesinato de graves consecuencias incluso políticas, pero también es una detenida especulación sobre el poder y su efecto en el devenir de las sociedades.

En definitiva, cyteen es una de las buenas novelas que la moderna ciencia ficción es capaz de ofrecer en la actualidad, cuando ha alcanzado definitivamente la madurez temática y estilística que la han convertido, por fin, en uno de los géneros más interesantes para el lector inteligente de nuestros días.

Miquel Barceló





Texto literal de:

LA REVOLUCIÓN HUMANA

«LAS GUERRAS DE LAS COMPAÑÍAS»: # 1

Publicaciones pedagógicas de Reseune: 4668-1368-1,
aprobadas para 80 +

Imagínense toda la variedad de la especie humana confinada a un único mundo, un mundo sembrado con los huesos petrificados de los antepasados humanos, un planeta en el que se esparcían las ruinas de diez mil años de civilizaciones olvidadas, un planeta donde, en el momento en que la humanidad surcó por primera vez el espacio, otros seres humanos todavía cazaban animales, recolectaban frutos silvestres, cultivaban mediante procedimientos ancestrales, hilaban fibras naturales a mano y cocinaban sobre fuegos de leña.

La Tierra debía obediencia a una multitud de dirigentes, cancilleres, reyes, ministros y presidentes; a parlamentos y congresos y comités; a repúblicas, democracias, oligarquías, teocracias, monarquías, hegemonías y partidos políticos que habían evolucionado durante milenios.

Y ése era el mundo que envió por primera vez las sondas a las estrellas.

La estación Sol existía, una estación Sol mucho más primitiva, pero totalmente autosuficiente; gracias a un sistema de desgravación de impuestos a cambio de conocimientos científicos, llevó a cabo una serie de proyectos ambiciosos, entre los que se incluía la primera sonda de exploración estelar y finalmente el primer grupo de naves tripuladas hacia las estrellas más cercanas.

El primer módulo fue, por supuesto, la venerable Gaia, que debía llevar el componente estación Alfa a la estrella que entonces se conocía por el nombre de Bamard, y dejar a treinta científicos y técnicos voluntarios en lo que en aquella época significaba un aislamiento inconcebible. Debían construir la estación con la roca y el hielo que se esperaba encontrar en la estrella, realizar investigaciones científicas y se mantendrían en contacto con la Tierra.

Al principio habían pensado enviar propulsores desechables, apenas más complejos que sondas robotizadas de exploración, pero la tripulación exigió que la misión tuviera una capacidad de aborto y retorno parcial que, dadas las probabilidades de fracaso existentes, terminó siendo una posibilidad completa de

retorno. Eso suscitó la idea de un módulo impulsado tripulado que se quedara en la estrella de Bamard si ésta no contaba con suficientes materias primas para garantizar la autosuficiencia del módulo Alfa, en cuyo caso, Gaia podría quedarse durante unos años, luego evacuar la estación hasta dejar sólo el núcleo esencial y devolver la misión a la Tierra. Si la estrella resultaba un lugar viable para la estación, Gaia se quedaría sólo alrededor de un año hasta que el módulo estación Alfa alcanzara pleno funcionamiento y quedara estable en su órbita. Luego, volvería a Sol con su pequeña tripulación y devolvería el módulo Gaia para una segunda misión. El módulo se revisaría y se pondría a punto, y regresaría con suministros, minerales para la investigación y materiales de los que la naciente estación tal vez no dispondría. Tan importante como los suministros, teorizaban aquellos primeros pioneros, era el vínculo humano, la seguridad de que habría un contacto directo, cara a cara, con otros seres humanos a través de lo que, en aquella época era un espacio inconcebible y muy solitario.

La Tierra, que gracias a los datos transmitidos desde Gaia y la estación Alfa sabía desde hacía años que la misión tenía éxito y que Gaia estaba de regreso, entrenó una tripulación de reemplazo y preparó la misión de retorno, tal como se había planeado.

Pero los tripulantes de Gaia, sujetos a los efectos de la relatividad y con un flujo de información que les indicaba que en la lejana Tierra se estaban produciendo cambios crecientes, se sentían más cómodos en la nave que en la corriente de una cultura terráquea que ya no les era familiar. El viaje a la estación Sol constituyó una experiencia muy desagradable para ellos, de forma que volvieron a ocupar Gaia en un movimiento por sorpresa que desconcertó por completo a las autoridades de la estación y que finalmente les proporcionó el control de la nave y relegó a la tripulación de reemplazo a la espera de la próxima nave.

Otras tripulaciones de misiones posteriores tomaron la misma decisión y acabaron por considerarse viajeros permanentes. Sentían que sus pequeñas naves constituían un hogar, tenían hijos a bordo y cuando las estaciones estelares y los impulsores que las ayudaban se multiplicaron, apenas si pidieron a la Tierra y a las estaciones estelares combustible, provisiones y los nuevos adelantos para que sus naves tuvieran compartimentos más grandes o propulsión más avanzada, lo que se hubiera descubierto desde el último lanzamiento.

Las estaciones de una docena de estrellas se unieron por el viaje regular de esas naves. Pero en el aislamiento de aquella época, en que los mensajes viajaban sólo a la velocidad de la luz, y las naves todavía más despacio, cada estación estaba al menos cuatro o cinco años atrasada de noticias respecto a cualquier otro lugar habitado por humanos, fuera una nave o una estación, y aprendieron a vivir con esos extraños referentes temporales, que resultaban totalmente ajenos a la población

general de la Tierra.

La noticia del descubrimiento de vida inteligente en un planeta de la estrella de Pell, la estrella que la Tierra había llamado una vez Tau Ceti, llegó a la Tierra diez años después de que el acontecimiento tuviera lugar. Los seres humanos llevaban dos décadas conviviendo con los downers cuando las elaboradas instrucciones de la Tierra llegaron a Pell; y todavía La Tierra, asediada por la superpoblación y las crisis políticas debidas sobre todo a las viejas rivalidades internas, había florecido sin embargo mientras constituyó el foco del desarrollo humano. La inesperada migración de los habitantes de las estaciones a la nueva colonia en Pell, que siguió a la perspectiva de una biosfera abundante, una población nativa primitiva y amistosa, y recursos explotables en una órbita libre, se convirtió en una ola imposible de detener. Las estaciones entre la Tierra y Pell se cerraron, interrumpieron el comercio del Gran Círculo y provocaron un caos económico en la Tierra y en la estación Sol.

La Tierra reaccionó tratando de regular la situación a través de un abismo temporal de diez años: los políticos terrestres apenas concebían la fuerza económica que podían adquirir las estaciones que quedaban, dada la concentración de población que provocó la migración a Pell. El incremento de población y el descubrimiento de vastos recursos, combinados con un deseo psicológico de salir a explorar, dieron como resultado que las instrucciones de la Tierra, que se habían enviado veinte años atrás, llegaran en una situación en la que el rápido flujo de los acontecimientos incluso habría hecho significativo un retraso de un mes.

La Tierra se encontró cada vez más aislada, sujeta a las presiones internas de un sistema de comercio en declive, y en un acto desesperado y absurdo impuso un impuesto punitivo que provocó la aparición del contrabando y de un mercado negro muy activo; lo cual, a su vez, causó una caída del comercio en general. La respuesta de la Tierra fue la declaración de un trato de favor para determinadas naves, hecho que provocó hostilidades armadas entre naves de la Tierra y naves construidas en las estaciones y que por tanto no tenían ninguna lealtad hacia su política confusa y muy variable.

Además, la Tierra, convencida de que la emigración de científicos e ingenieros desde el Sistema Solar estaba alimentando a las culturas espaciales con la flor y nata de su población y robándole sus talentos, promulgó una prohibición de emigración, no sólo para viajar desde la Tierra y la estación Sol, sino para los movimientos de ciudadanos de determinadas profesiones de estación en estación.

Gaia hizo su último viaje a la Tierra en 2125, y se fue, jurando no volver.

Una ola generalizada de rebelión y amotinamiento barrió las estrellas; las estaciones fueron abandonadas; las sondas y las misiones buscaron estrellas más lejanas, no por motivos económicos, sino porque cada vez había más gente que deseaba irse, que buscaba libertad política antes de que llegaran las restricciones.

Cuando los habitantes del espacio consideraron que hasta Pell era demasiado vulnerable a la influencia de la Tierra, y cuando la economía ya estabilizada de Pell ofreció menos oportunidades para las inversiones, más provechosas en la fase inicial de una fundación, surgieron las estaciones Viking y Mariner.

En el año 2201, un grupo de científicos e ingenieros disidentes, apoyados por los intereses económicos de Mariner, fundaron una estación en Cyteen, un mundo totalmente diferente de Pell. El brillante trabajo de uno de estos científicos, unido al poder económico de las nuevas industrias de Cyteen, posibilitó la creación de la primera sonda más rápida que la luz en el año 2234, un hecho que alteró la escala temporal de los vuelos espaciales y cambió para siempre la naturaleza del comercio y la política.

Los primeros años de Cyteen estuvieron marcados por un estallido de crecimiento e invención sin parangón en la historia de la humanidad e, irónicamente, por la resurrección de tecnologías totalmente en desuso, extraídas de los archivos de naves: motores de combustión, procesos dependientes de la gravedad, todo lo que sirviera para ayudar a las enormes exigencias de un desarrollo terrestre a gran escala. Además, hubo tecnologías planetarias específicas de Cyteen, para crear enormes bolsas de atmósfera respirable en un medio muerto, todo eso porque Cyteen representaba una oportunidad impresionante para la especie humana. No había población indígena inteligente. Tenía un ecosistema variado y totalmente extraño, en realidad se trataba de dos ecosistemas debido al extremo aislamiento de sus dos continentes, muy distintos entre sí y todavía más de la Tierra o de Pell.

Era el paraíso para un biólogo. Y por la ausencia de vida inteligente, ofrecía la primera cuna para la civilización humana desde la Tierra misma.

La Guerra de las Compañías no sólo estuvo desencadenada por la política. Fue la brusca aceleración del comercio y los cambios de la población, fue la empeñada aplicación de políticas pasadas de moda en manos de agencias terrestres que ya no tenían contacto con las culturas que gobernaban, y finalmente fue la lealtad de un puñado de capitanes mercaderes terrestres, especialmente favorecidos por las leyes, que trataron de mantener un imperio comercial en decadencia para un mundo madre que se había convertido en periférico para el espacio humano.

Fue un esfuerzo condenado al fracaso. Cyteen, que ya no estaba solo en el Beyond y se había convertido en el mundo madre de las estaciones Esperanza, Pan-paris y Fargone, declaró su independencia de la Compañía Tierra en el 2300, un acto que, transmitido con la velocidad de los Más Rápidos que la Luz (MRL), impulsó a la Tierra a construir y enviar MRL armados para poner en vereda a las estaciones rebeldes.

Los comerciantes huyeron de las rutas cercanas a Pell y redujeron así la cantidad de suministros, y la Tierra, incluso con la tecnología MRL, se vio incapaz de

suministrar lo necesario para su flota a tanta distancia. Al cabo de unos años, la flota de la Compañía Tierra se dispersó y pasó a realizar actos de piratería y coerción que dejaron totalmente solos a los comerciantes, siempre a causa de los errores de la Compañía Tierra.

La formación de la Alianza de comerciantes en Pell estableció el segundo poder mercantil en el Beyond y terminó con el intento de la Tierra de regir sus colonias espaciales.

El tratado de Pell, sin duda uno de los resultados más irónicos de la guerra, y las ataduras económicas que surgieron de él para tres sociedades humanas que vivían en tres ecosistemas totalmente distintos existen ahora como las fuerzas directrices de una estructura económica nueva que trasciende todas las políticas y todos los sistemas.

Finalmente, el comercio y los intereses comunes han sido más poderosos en los asuntos humanos que todas las naves de guerra que se hayan llegado a enviar.

1

I

Desde el aire se hacía más patente la aridez de la tierra: vastas extensiones no alteradas por la mano del hombre; desiertos abandonados, duros como lunas; bosques bajos de plantas secas, espinosas, inexplorados excepto por los radares en órbita. Ariane Emory miró hacia abajo por la ventanilla. Ahora estaba en el compartimento de los pasajeros. Su vista, tenía que admitirlo, ya no era tan aguda como en el pasado; sus reflejos ya no tenían la rapidez necesaria para manejar el avión. Podía ir a la cabina, sacar al piloto de su asiento y tomar los controles: era su avión, su piloto y un cielo abierto. A veces lo hacía. Pero ya no era lo mismo.

Sólo la tierra permanecía igual, la mayor parte seguía inalterable. Y cuando miraba por la ventanilla, podría haber sido la imagen de hacía un siglo, cuando menos de cien años atrás la humanidad se había establecido en Cyteen, cuando no se conocía la Unión, la Guerra era apenas un rumor de descontento y la Tierra era exactamente así en todas partes.

Hacia doscientos años, los primeros colonizadores habían llegado a esta remota estrella, habían fundado la estación y habían bajado al mundo.

Unos cuarenta años después llegaban las naves infralumínicas, pocas, perdidas, a tratar de convertir sus estructuras y sus operaciones en Más Rápidas que la Luz; y el tiempo se aceleró, el tiempo transcurrió a velocidades impresionantes, cambió tan rápido que las naves infralumínicas se encontraron con naves que supusieron extraterrestres, pero no lo eran, y esta noticia era peor que la otra. Eran naves humanas. Y el juego cambió por completo.

Las naves espaciales partieron como semillas de una flor. Los laboratorios genéticos situados río arriba, en Reseune, criaron seres humanos tan rápido como podían sacarlos de los tanques-útero, y cada generación produjo otra y trabajó en los laboratorios criando cada vez más y más seres humanos, hasta que hubiera suficiente gente, había dicho su tío, gente para llenar los lugares vacíos, colonizar el mundo, construir más estaciones estelares: Esperanza, Fargone, cada una con sus propios laboratorios y sus propios medios para crear y desarrollar vida.

La Tierra había intentado hacer regresar a sus naves. Demasiado tarde. La Tierra había intentado regir sus colonias con mano dura, cobrarles impuestos. Muy, muy tarde.

Ariane Emory recordaba la Secesión, el día en que Cyteen se declaró independiente junto con sus colonias, el día en que empezó la Unión y de pronto todos fueron rebeldes contra la distante tierra madre. Tenía diecisiete años cuando llegó la noticia desde la estación: *Estamos en guerra.*

Entonces Reseune formó soldados, duros, obstinados e inteligentes; ah, sí: los formó, los refino y los pulió. Sabían por instinto lo que nunca habían visto en sus vidas, sabían sobre todo para qué habían nacido. Eran armas vivientes que pensaban y calculaban con un único propósito. Ella había ayudado a crear estas formas.

Cuarenta y cinco años después de la Secesión, la guerra continuaba, a veces clandestina, a veces tan remota en el espacio que parecía un hecho histórico, excepto en Reseune. Otras estaciones podían crear soldados y obreros cuando Reseune establecía las formas, pero sólo Reseune tenía la infraestructura necesaria para la investigación y había contribuido a la guerra a su manera oscura, bajo la dirección de Ariane Emory.

Cincuenta y cuatro años de su vida: había visto el fin de las Guerras de las Compañías, había visto la humanidad dividida, las fronteras trazadas sobre el espacio. La flota de la Compañía Tierra había conservado la estrella de Pell, pero los comerciantes de la recién constituida Alianza habían tomado Pell y la habían declarado su base. Sol había tratado de ignorar aquella humillante derrota y salir en otra dirección; lo que quedaba de la vieja flota de la Compañía se había dedicado a la piratería y todavía atacaba a los comerciantes, lo cual era lo mismo que habían hecho siempre, mientras la Alianza y la Unión los cazaban a ellos. Sólo era un interludio. La guerra se había enfriado de nuevo. Siguió adelante en mesas de discusión donde los negociadores trataron de trazar líneas ajenas a la biología y formar fronteras en el espacio ilimitado y tridimensional para mantener una paz que nunca había existido, nunca en toda la vida de Ariane Emory.

Y todo eso podría no haber sucedido todavía. Podría estar viviendo cien años atrás, excepto que el avión era avanzado y elegante, no aquella especie de rompecabezas de avión de carga que volaba entre Novgorod y Reseune cuando todos se sentaban sobre fardos de plástico o sacos de semillas o lo que fuera que estuvieran transportando en el mismo viaje.

En aquella época había pedido que la dejaran sentarse junto a las ventanillas llenas de polvo, pero su madre le había dicho que conectara la pantalla polarizada de todos modos.

Ahora estaba sentada en un asiento de piel con una copa junto al codo en un avión muy cálido en el interior, immaculado, con un grupo de ayudantes que hablaban del trabajo y revisaban sus notas, un rumor apenas audible por encima del de los motores.

Ya no podía viajar sin un grupo de ayudantes y guardaespaldas. Catlin y Florian estaban allí atrás, tranquilos como les habían enseñado a ser, vigilando la espalda de Ariane, incluso aquí, a 10.000 metros y entre personal de Reseune que llevaba maletines con material secreto.

Muy, muy distinto de los viejos días.

Mamá, ¿puedo sentarme al lado de la ventanilla?

Ella era un caso extraño, hija de dos padres, Olga Emory y James Carnath. Los dos habían fundado los laboratorios en Reseune, habían empezado el proceso que dio forma a la Unión. Habían enviado colonos, soldados. Habían concedido sus genes a cientos de ellos. Sus casi parientes estaban esparcidos en un espacio que se media en años luz. Durante la vida de Ariane, incluso este pensamiento humano había cambiado: el parentesco biológico era una relación trivial. La familia importaba, claro, pero la más grande, la más extendida. La más segura y la más próspera.

Reseune era la herencia de Ariane. Y por lo tanto, este avión, que no era un avión de línea comercial. Ni alquilado, ni militar. Una mujer de su posición podía conseguir cualquiera de esas cosas, pero prefería la mecánica que era parte de la Casa, un piloto de cuyos esquemas psicológicos estuviera segura, guardaespaldas que eran lo más selecto de los diseños de Reseune.

La idea de una ciudad, los subterráneos, la vida entre los empleados, los técnicos, los cocineros y los trabajadores que tropezaban unos con otros y trataban de acelerar sus trabajos para conseguir mejores puestos, resultaba tan terrorífica para ella como el espacio sin aire. Ella dirigía el curso de mundos y colonias. La idea de tratar de comer en un restaurante o de luchar contra las multitudes para subir a un subterráneo, o la de quedarse de pie en una calle importante en la que el tránsito rugiera y la gente se moviera por todas partes la llenaba de pánico irracional.

No sabía vivir fuera de Reseune. Sabía arreglar un avión, comprobar los planes de vuelo, pedir el equipaje, los ayudantes, el personal de seguridad, cada detalle, y un aeropuerto público le resultaba terrible. Un grave defecto, sin duda. Pero todos podemos tener una o dos manías y esas cosas estaban muy lejos del centro de sus pensamientos. No era probable que Ariane Emory tuviera que subir a un subterráneo en Novgorod o que enfrentarse a la pista abierta de una estación.

Pasó un largo rato hasta que divisó el río y la primera plantación. Un estrecho camino, finalmente las cúpulas y las torres de Novgorod, una metrópolis inesperada, sorprendente. Bajo las alas del avión, las plantaciones se ensancharon, las torres de pantallas electrónicas de los precipicios ensombrecieron los campos y el tránsito se arrastró por los caminos a la velocidad de los que circulan por tierra.

Barcazas encadenadas descendían por el Volga hacia el mar, barcazas e impulsores alineados junto al embarcadero más allá de las plantaciones. Novgorod todavía tenía mucho de primitivo e industrial, a pesar del brillo de lo nuevo. Ése lado de la ciudad no había cambiado en cien años, excepto por la extensión y porque las barcazas y el tránsito se habían convertido en una imagen común y no en un hecho maravilloso y extraño.

Mira, mamá, un camión.

El azul de los arbustos desapareció bajo las alas. El pavimento y el final de la pista se deslizaron a toda velocidad.

Las ruedas tocaron con suavidad el suelo, y el avión se detuvo lentamente y se dirigió hacia la izquierda, hacia la terminal.

En ese momento Ariane Emory sintió una leve punzada de pánico, aunque sabía que nunca llegaría a los salones abarrotados de gente. Había coches esperando. Su propia tripulación se encargaría del equipaje, aseguraría el avión, se ocuparía de todo. Era sólo el extrarradio; las ventanillas del coche le permitirían observar la calle, pero nadie la vería a ella.

Todos esos desconocidos. Todo ese movimiento caótico, sin sentido. Desde lejos, lo amaba. Era su creación. Sabía la forma en que se movía la masa, aunque no conocía a los individuos. Desde lejos, en conjunto, confiaba en todo eso.

De cerca, sentía que se le humedecían las palmas de las manos.

Coches que se detenían y una agitación de guardias apresurados en la entrada de seguridad del Salón del Estado indicaban que ésa no era la llegada de un simple senador. Mikhail Corain, sobre el balcón de la Cámara del Concejo, flanqueado por sus propios guardaespaldas y ayudantes, se detuvo un momento y miró hacia abajo, a la piedra llena de ecos del piso inferior, con la fuente, los rieles de bronce sobre la gran escalera, el emblema de estrellas doradas sobre la pared de piedra gris.

Esplendor imperial para ambiciones imperiales. Y la gran artífice de estas ambiciones hizo su entrada. La canciller de Reseune, acompañada por el secretario de Ciencias. Ariane Carnath-Emory con su comitiva, tarde, obviamente tarde, porque la canciller confiaba plenamente en obtener la mayoría y sólo se dignaba a visitar el Salón porque tenía que votar en persona.

Mikhail Corain la observó con rabia y sintió esa aceleración del corazón que los doctores le habían aconsejado que evitara. Calma, le dirían. Hay cosas que no están en sus manos.

La canciller de Reseune era una de ellas.

Cyteen, sin duda el núcleo más populoso de la Unión, se las había arreglado para conseguir permanentemente dos sillones en el ejecutivo, en el Concejo de los Nueve. Era lógico que uno de esos dos puestos fuera el Departamento de Ciudadanos, es decir, trabajo, granjas y pequeñas empresas. No era lógico que los electores de Ciencias, en toda la extensión de la Unión, con una docena de candidatos potenciales muy bien calificados, siguieran votando a Ariane Emory para el gobierno.

Más que eso. Para el puesto que había ostentado durante cincuenta años, *cincuenta años, mierda*, durante los cuales había sobornado y acumulado intereses en Cyteen y en cada una de las estaciones de la Unión y, según se rumoreaba sin que se hubieran encontrado pruebas, hasta en la Alianza y en Sol. ¿Desea usted algo en especial? Consiga que alguien convenza a la canciller de Ciencias para que lo arregle. ¿Cuánto está dispuesto a pagar? ¿Qué puede ofrecer a cambio?

Y el maldito electorado de Ciencias, formado por supuestos intelectuales, seguía votándola, y no importaban los escándalos relacionados con su nombre, ni que fuera dueña virtual de los laboratorios de Reseune, lo cual equivalía legalmente a un planeta en el gobierno de la Unión, y ni que entre las paredes de Reseune se hicieran tratos que incontables investigadores habían tratado de probar (y en vano, claro, para eso había trampas técnico-legales).

El dinero no era la respuesta. Mikhail Corain tenía dinero. Era Ariane Emory misma. Era el hecho de que la mayor parte de la población de Cyteen, la mayor parte de la población de la Unión, provenía de un modo u otro de Reseune; y los que no eran de allí, usaban cintas diseñadas en Reseune.

Diseñadas por esa mujer.

Dudar de la integridad de las cintas era paranoia. Ah, había quienes se negaban a usarlas y estudiaban altas matemáticas y ciencias empresariales sin ellas, nunca tomaban la píldora y nunca se acostaban a soñar lo que soñaban todos en la Unión, el conocimiento volcado durante esos sueños en el interior de la mente tanto como ésta pudiera absorber en unas pocas sesiones. Drama experimentado tanto como visto en una intensidad muy cuidadosamente planificada. Habilidades adquiridas en los huesos y en los nervios. Había que usar las cintas porque la competencia las usaba y era necesario ser competente para sobrevivir, porque era la única forma de aprender cosas con rapidez, profundidad, y amplitud mientras el mundo cambiaba sin cesar en el tiempo que duraba la vida de un hombre.

El Departamento de Información controlaba esas cintas. Los expertos las revisaban. No había forma de que se les escaparan mensajes subliminales. Mikhail Corain no era uno de esos pocos lunáticos que sospechaban que el gobierno adulteraba las cintas o que la Alianza las envenenaba, o que alguien introducía en ellas mensajes subliminales que esclavizaban las mentes. Ése tipo de purista era capaz de negarse a la rejuv, morir de viejo a los sesenta y cinco años y vivir sin un cargo público porque era un autodidacta ignorante.

Pero maldición, *maldición*, seguían eligiendo a esa mujer. Y él no podía entenderlo.

Ahí estaba, un poco encorvada de hombros, con el cabello negro algo encanecido, cuando cualquiera que supiera contar sabía que era más vieja que la Unión, que vivía de la rejuv, que tenía el cabello blanco debajo de los tintes. Los ayudantes se movían en enjambre a su alrededor. Las cámaras la enfocaban como si no hubiera otro centro en el universo. Maldita perra flaca.

¿Quiere un ser humano diseñado como un cerdo de concurso? Solicítelo a Reseune. ¿Quiere soldados, quiere obreros, quiere espaldas fuertes y mentes débiles, o un genio perfecto, garantizado? Solicítelo a Reseune.

Y los senadores y los cancilleres iban a inclinarse y a humillarse y a halagarla.

Dios mío, alguien le había traído flores.

Mikhail Corain dio media vuelta, asqueado y se abrió paso entre sus ayudantes.

Hacía veinte años que lideraba el partido minoritario en los Nueve, veinte años de nadar contra corriente, avanzando un trecho de vez en cuando, perdiendo todas las batallas importantes como habían perdido la última. Stanislaw Vogel, del electorado de Comercio, había muerto y con la Alianza, violando el tratado en cuanto podía armar sus naves mercantes, los centristas tendrían que haber podido quedarse con ese puesto. Pero no. El electorado de Comercio eligió a Ludmilla de Franco, la sobrina de Vogel. De tendencia moderada, De Franco sólo estaba siguiendo un curso de acción muy cuidadoso. No era menos expansionista que su tío. Algo había cambiado de manos. Alguien había sido comprado, alguien había inclinado a la Compañía Andrus hacia De Franco, y los centristas habían perdido la oportunidad de instalar un quinto miembro en los Nueve y obtener la mayoría del ejecutivo por primera vez en la historia.

Había sido una desilusión terrible.

Y allí, allí en el Salón, abajo, entre los aduladores y los jóvenes legisladores brillantes, estaba la que había movido los hilos que el dinero no podía manejar.

Favor político, entonces. Ésa corrupción imposible de probar, imposible de rastrear.

Y alrededor de eso giraba el destino de la Unión.

Corain fantaseó con horror y no por primera vez, e imaginó que alguien en la escalinata, algún lunático, tenía un revólver o un cuchillo y resolvía el problema de un solo golpe. Se sintió profundamente perturbado por este pensamiento. Pero eso daría otra forma a la Unión. Le daría una oportunidad a la humanidad, antes de que fuera demasiado tarde.

Una vida significaba muy poco a esa escala.

Respiró hondo. Se dirigió hacia las cámaras del Concejo y conversó amablemente con los pocos que vinieron a dar el pésame a los perdedores. Apretó los dientes y pasó a felicitar amablemente a Bogdanovitch, que, con el sillón del Departamento de Estado, presidía el Concejo.

Bogdanovitch mantenía el rostro impávido, los ojos amables bajo las cejas blancas, la imagen del abuelo ideal, lleno de bondad y justicia. Ni un rasgo de triunfo. Si hubiera sido tan bueno cuando se negociaron las colonias de la Alianza, la Unión debería reconocer los códigos a Pell. Bogdanovitch siempre había sido mejor en la política inferior. Y era otro que seguía allí. Su electorado era el de los profesionales, los cónsules, los delegados, inmigración, los administradores de estación, un número insignificante de personas que elegían a un hombre para un puesto que al principio era mucho menos importante que en la actualidad. Dios, ¿cómo habían podido los creadores de la Constitución ponerse a jugar a la creatividad con el sistema político?

El «nuevo modelo», como lo habían llamado: «Un gobierno formado por el electorado informado». Y habían arrojado por la borda diez mil años de experiencia humana, ese grupo maldito de teóricos sociales, incluyendo, ah, sí, incluyendo a Olga Emory y James Carnath, allá en los días en que Cyteen tenía cinco sillones de los Nueve y la mayor parte del Concejo de los Mundos.

—Difícil, Mikhail —dijo Bogdanovitch, apretándole la mano y palmeándola.

—Bueno, es la voluntad del electorado —suspiró Corain—. No se puede discutir con eso. —Sonrió: estaba totalmente bajo control—. Y de todos modos hemos obtenido el porcentaje más alto hasta el momento.

Algún día, viejo pirata, algún día tendré la mayoría.

Y vivirás para verlo.

—La voluntad de los electores —repitió Bogdanovitch, que todavía sonreía y Corain sonrió hasta que le dolieron las mejillas, luego se volvió hacia Jannet Harogo, otro miembro de ese grupo, que tenía el poderoso sillón de Asuntos Internos, y hacia Catherine Lao, del Departamento de Información, que revisaba todas las cintas. Claro.

Emory llegó navegando, y todos dejaron a Corain con la palabra en la boca para ir a unirse a su cortejo. El intercambió una mirada herida con Industria, Nguyen Tien de Viking, y Finanzas, Mahmud Chávez de la estación Voyager, los dos centristas. El cuarto sillón, el almirante Leonid Gorodin, estaba en medio de la confluencia seria de sus propios ayudantes uniformados. Defensa era, irónicamente, la menos segura, la más dispuesta a cambiar su posición y pasarse al campo de los expansionistas si veía razones a corto plazo. Así era Gorodin, centrista sólo porque quería que los nuevos transportes militares Excelsior se situaran en el espacio cercano donde pudiera usarlos y no, como decía él mismo, «a nuestra espalda mientras la Alianza nos pone otro maldito embargo. Si queremos que nuestro electorado empiece a golpear las puertas para que les llevemos suministros, si queremos otra guerra caliente, ciudadanos, sólo tenemos que mandar esos transportes de carga al lejano Beyond y dejarnos a merced de los comerciantes de la Alianza».

Y claro está, no se decía que el tratado de Pell (según el cual se establecía que la Alianza de los Comerciantes transportaría cargas y no construiría naves de guerra; y que la Unión, que había construido gran parte de los transportes de carga, mantendría la flota pero no fabricaría naves que compitieran con las de los comerciantes) era sólo un truco diplomático, una forma de reestablecer el flujo de suministros. Bogdanovitch había traído eso de vuelta a casa y hasta Emory había votado en contra.

Las estaciones lo aceptaron. Todo el Concejo General tuvo que votar y la ley se aprobó por un pelo. La Unión estaba cansada de la guerra, eso era todo, cansada del comercio interrumpido, de la escasez de suministros.

Ahora Emory quería lanzar otra sonda de exploración colonizadora al profundo

Beyond.

Todos sabían que habría problemas. Lo que había encontrado Sol al otro lado del espacio lo probaba. Eso había hecho que Sol volviera corriendo a la Alianza y rogara que le permitieran reestablecer el comercio, que le permitieran entrar en los mercados. Sol tenía vecinos y la forma en que había enviado misiones de exploración podía causar problemas en la puerta trasera de la Alianza y hasta en el espacio de la Unión. Gorodin insistía en eso constantemente. Y pedía más presupuesto para Defensa.

La posición de Gorodin era la más débil. Era vulnerable a un voto de confianza. Podían perderlo si no lograba situar las naves que quería la Flota en los lugares estratégicos.

Y las noticias del electorado de Comercio representaban un golpe, un duro golpe. Los centristas habían estado seguros de ganar esta vez. Realmente habían creído que tenían la oportunidad de detener a Emory, y ahora sólo podían forzar al Concejo a no plantear la votación sobre el proyecto Hope hasta que De Franco llegara desde la estación Esperanza y asumiera su puesto, ya que eso implicaba apropiaciones de naves y una decisión importante en la prioridad presupuestaria.

O podían romper el *quorum* y relegar el asunto a una votación en el Concejo de los Mundos. La intriga de Emory se resentiría con eso. Los representantes eran mucho más independientes, especialmente el gran bloque de Cyteen, que era sobre todo centrista. Si ponían los dientes en una ley de esta complejidad sin que los Nueve la hubiera preparado antes, el proceso les llevaría meses, haciendo cambios que los Nueve vetarían y repitiendo el proceso una vez tras otra.

Que Gorodin tratara de persuadir de nuevo a los expansionistas de suspender el voto. Gorodin era el que se mantenía neutral, el que tenía medallas, el héroe de guerra. Que él se enfrentara al problema a ver si podía con ellos. Si no, los centristas se retirarían, los cuatro. Provocar la falta de *quorum* y cerrar las deliberaciones tenía un precio político, un alto precio.

Pero lo que necesitaban era tiempo, tiempo para entenderse con los cabildos, tiempo para ver si podían mover hilos y ver si De Franco, cuando llegara, podía ser la moderada que ella afirmaba ser, al menos inclinarse un poco hacia la posición centrista en una ley tan crítica para los electores. Tal vez, tal vez votara por una postergación de la ley.

Los cancilleres se alejaron hacia sus asientos. El grupo de Emory llegó en último lugar. Obvio.

Bogdanovitch golpeó con el viejo martillo.

—El Concejo está en sesión —declaró y pasó al asunto de la elección y a la confirmación oficial de Ludmilla de Franco como canciller del Departamento de Comercio.

Moción y apoyo a la moción, Catherine Lao y Jenner Harogo. Emory estaba sentada, con el rostro inexpresivo. Nunca presentaba mociones rutinarias. La expresión aburrida de la cara, los giros lentos del lápiz en sus dedos de uñas largas proclamaban una estudiada paciencia con las formalidades.

Ninguna discusión. Una ronda amable, y rutinaria de síes, grabados oficialmente.

—Próximo punto en el orden del día —dijo Bogdanovitch—, aceptación de Denzill Lal como representante de sera De Franco hasta su llegada.

La misma rutina. Otra ronda aburrida de síes, una broma entre Harogo y Lao, risas. De Gorodin, Chávez, Tien, ninguna reacción. Emory lo notó: Corain la vio reír un segundo y guardar silencio con una mirada admonidora. El lápiz detuvo su movimiento. La mirada de Emory estaba preocupada ahora, aguda, al observar a Corain y luego sonreírle, lenta, levemente, el tipo de sonrisa que puede mitigar un encuentro accidental de las miradas.

Pero los ojos no sonreían. ¿Qué vas a hacer?, se preguntaban. ¿Qué estás planeando, Corain?

No había muchas posibilidades y una mente del calibre de la de Emory necesitaría muy poco tiempo para deducirlas. La mirada se detuvo, comprendió la situación, amenazó como el filo de un cuchillo. Él la odiaba. Odiaba todo lo que ella representaba. Pero, Dios, tratar con ella era como una experiencia telepática; la contempló de nuevo, devolviéndole la *amenaza*, levantó la ceja que indicaba: Puedes empujarme hasta el límite. Yo caeré y tú conmigo. Sí, voy a hacerlo. Desarticularé el Concejo. Paralizaré el gobierno.

Los párpados que casi se cerraron, la amplitud de la sonrisa de ella replicaron: Buen golpe, Corain. ¿Estás seguro de que quieres esta guerra? Tal vez no estés listo para ella.

La intensidad de la mirada de Corain respondió: Sí. Ése es el juego, Emory. Tú no quieres una crisis justo cuando dos de tus preciosos proyectos van a salir al ruedo, y la vas a tener.

Ella parpadeó, dirigió una mirada a la mesa y luego volvió a observarlo, la sonrisa tensa, los ojos fijos. Guerra, entonces. Una sonrisa todavía más amplia. O negociación. Fíjate bien en mis movimientos, Corain, cometerás un gran error si conviertes esto en una guerra abierta.

Yo voy a ganar, Corain. Puedes poner trabas a la ley. Puedes hacer que haya elecciones primero, maldición. Y eso hará perder mucho más tiempo que esperar a De Franco.

—El asunto de la apropiación de la estación Hope —anunció Bogdanovitch—. El primer orador, sera Lao...

Una señal pasó de Emory a Lao. Corain no veía la cara de Lao, sólo la parte de atrás de su cabello rubio, la coronilla de trenzas. Sin duda, la expresión de Lao debía

de ser de perplejidad. Emory hizo un gesto a un ayudante, le habló al oído y éste adoptó una expresión tensa, la boca apenas una línea fina, los ojos casi desmayados.

El ayudante fue hasta uno de los acompañantes de Lao y éste le murmuró algo en el oído. El movimiento de los hombros de la representante, el profundo suspiro se manifestaron en su severo perfil de ceño fruncido.

—Ser presidente —dijo Catherine Lao—. Presento la moción de posponer el debate sobre la estación Hope hasta que sera De Franco pueda ocupar su sillón en persona. Comercio puede verse muy afectado por esta medida. Con el respeto debido al distinguido caballero de Fargone, este asunto debe aguardar.

—Secundo la moción —intervino Corain rápidamente.

Un murmullo de sorpresa recorrió los pasillos, las cabezas se unieron unas con otras; hasta el canciller Bogdanovitch se quedó con la boca abierta. Tardó un momento en reaccionar y golpear con el martillo para que se hiciera el silencio.

—Presentada y secundada la moción para que se posponga el debate sobre la estación Hope hasta que sera De Franco ocupe su puesto en persona. ¿Alguna objeción?

Fue rutinario: Emory aceptó la decisión, el caballero de Fargone estuvo de acuerdo con Lao.

Corain pidió que todos apoyaran a Lao. Tal vez hubiera podido hacer alguna bromita. A veces los expansionistas bromeaban con los centristas, con ironía claro, cuando un asunto quedaba zanjado.

Sin embargo éste no estaba zanjado, claro. Emory, maldita sea, le había robado el juego, le había dado lo que él quería y ahora lo miraba fijamente mientras él pronunciaba las tediosas palabras que había que decir a Denzill Lal y tomaba asiento.

Vigíleme de cerca, decía la mirada. Esto te va a costar caro.

La votación dio la vuelta, unánime. Denzill Lal actuó como representante en la votación que le quitaba la ley de apropiación de Hope de sus propias manos.

—Con esto finaliza el orden del día —dijo Bogdanovitch—. Habíamos calculado tres días de debate. La próxima ley en la agenda es suya, sera Emory, número 2405, también por apropiaciones de presupuesto para el Departamento de Ciencias. ¿Quiere volver a confeccionar el orden del día?

—Ser presidente, estoy lista para continuar, pero no querría apresurar una medida sin ofrecer a mis colegas el tiempo necesario para preparar el debate. Me gustaría posponer el tratamiento de la 2405 para mañana, si mis colegas están de acuerdo.

Murmullos amables. Ninguna objeción. Corain murmuró su aceptación.

—Sera Emory, ¿le gustaría presentar su propuesta en forma de moción?

Secundada y aceptada.

Moción para levantar la sesión.

Secundada y aceptada.

La habitación estalló en un desorden mayor de lo habitual. Corain permaneció sentado y quieto, sintió el peso de una mano en el hombro y levantó la vista. Vio la cara de Mahmud Chávez. El canciller parecía aliviado y preocupado al mismo tiempo.

¿Qué ha pasado?, decía esa mirada. Pero dijo en voz alta:

—Ha sido una sorpresa.

—Mi oficina —dijo Corain—. Dentro de media hora.

El almuerzo consistió en té y bocadillos traídos por ayudantes. La reunión se había desparramado más allá de la oficina y llenaba la sala. En un ataque de paranoia, los ayudantes militares habían registrado la habitación para encontrar micrófonos y habían pedido la ayuda de otros científicos para buscar grabadores, mientras el almirante Gorodin permanecía en silencio durante todo el proceso, los brazos cruzados. Gorodin había estado de acuerdo con la idea de romper el *quorum*. Ahora la situación había cambiado y el almirante estaba ansioso, silencioso, pensativo, porque según las apariencias habían acorralado a Emory en el presupuesto de Hope y tal vez tenían un ultimátum en sus manos.

—Necesitamos información —dijo Corain y tomó un vaso de agua mineral.

Frente a él, frente a todos ellos y la mayoría de los ayudantes, había ochocientas páginas de exposición y cifras que constituían el presupuesto de Ciencias, en borrador, con determinados puntos subrayados: había centristas dentro del Departamento de Ciencias y circulaban fuertes rumores de sorpresas y trampas en la ley. Era lo de siempre, claro. Y cada año, no pocos rumores se referían a Reseune.

—Ése maldito lugar no pide presupuesto, lo único que tenemos para dominarlos es la devolución en impuestos. ¿Por qué mierda quiere Reseune que demos rango de Persona Especial a un químico de veinte años en Fargone? ¿Quién diablos es Benjamin P. Rubin?

Chávez buscó en los documentos sobre su escritorio, tomó uno que un ayudante le deslizó en la mano y se lo puso en el regazo mientras seguía el dedo de su ayudante por el papel.

—Un estudiante —dijo—. No hay datos especiales.

—¿Puede estar relacionado con el proyecto Hope?

—Es en Fargone. Está en el camino.

—Podríamos preguntárselo a Emory —comentó Chávez con amargura.

—Tal vez tengamos que hacerlo en la asamblea y aceptar la documentación que nos dé, mierda.

Hubo miradas severas a su alrededor.

—Ya no hay tiempo para bromas —recriminó Gorodin.

Lu, secretario de Defensa, se aclaró la garganta.

—Hay un contacto en el que tal vez podamos confiar, al menos una cadena de

contactos. Nuestro candidato reciente para Ciencias.

—Es un xenólogo —objetó Tien.

—Y un amigo personal del doctor Jordan Warrick, de Reseune. El doctor Warrick está aquí. Llegó como parte del personal de avanzada de la canciller Emory. A través de Byrd, solicitó una entrevista con, digamos, ciertos miembros de Ciencias.

Cuando Lu hablaba con tanta propiedad, en general estaba comunicando más de lo que podía decir oficialmente en tantas palabras. Corain lo miró fijamente y Gorodin le prestó toda la atención. El almirante había venido de operaciones militares, volvería a operaciones militares y dejaría los detalles administrativos del Departamento de Defensa en manos del secretario y del personal. Era axiomático: los cancilleres eran expertos en sus respectivos campos, pero los secretarios mantenían el aparato en funcionamiento, y los jefes de departamento sabían quién se acostaba con quién.

—¿Byrd está con ellos?

—Seguramente —respondió Lu brevemente sin añadir más.

Anota ésa, pensó Corain.

—¿Es una amistad de hace años? —preguntó Tien en voz baja.

—Unos veinte.

—¿Y es seguro esto para Warrick? —puntualizó Gorodin—. ¿Qué estamos arriesgando?

—Muy poco —respondió Lu—. Desde luego, no la amistad de Warrick con Emory. Warrick tiene sus propias oficinas, rara vez va a las de ella, y viceversa. En realidad el ambiente es bastante hostil allí. El ha pedido autonomía dentro de Reseune. La tiene. No hay centristas en Reseune. Pero Warrick no es... digamos que no es partidario de Emory. En realidad ha venido para consultar con el Departamento, quiere que lo trasladen.

—Es uno de los Especiales —explicó Corain para los que no eran de Cyteen y tal vez no sabían bien quién era Warrick. Un genio certificado. Un tesoro nacional por ley—. Unos cuarenta años, contrario a Emory. Ha tenido una docena de oportunidades de marcharse y buscar un lugar propio donde trabajar, y ella lo bloquea en el Departamento, se lo impide cada vez que lo intenta. —Había hecho un estudio personal de Reseune y de Emory. Era razonable. Pero algunas de las informaciones no eran tan fáciles de conseguir como otras, y la forma en que Lu rastrea las relaciones era una de ellas—. ¿Byrd puede hablarle?

—Los tiempos han cambiado —respondió Lu con suavidad, con aquel modo académico de hablar—. Claro que hay que volver a arreglarlo todo en el orden del día. Estoy seguro de que puedo hacer algo. ¿Quieres que lo copie?

—Sí. Hagámoslo. Que el personal se encargue de eso.

—Eso significa que tendremos que encontrarnos mañana por la mañana —dijo

Tien.

—Mi personal estará aquí —intervino Corain— hasta bien entrada la noche. Si aparece algo que tengamos que... —Se encogió de hombros—. Si aparece algo, algo, ya me entiendes, algo que debamos saber... —*Romper el quorum* no eran palabras que pudieran pronunciarse abiertamente y no todo el personal presente sabía que eso estaba en el aire, sobre todo los empleados—. Mi personal te buscará directamente.

Y luego agregó mientras alcanzaba a Gorodin y a Lu, y el resto de ellos partía hacia las oficinas y reuniones de personal en sus propios departamentos:

—¿Puedes conseguir a Warrick?

—¿Lu? —preguntó Gorodin y Lu encogió sus hombros de burócrata—. Supongo que sí.

II

El hombre que apareció en la sala de reuniones del Salón del Estado era muy normal, llevaba un traje castaño normal, con un maletín que parecía haber pasado demasiadas veces por los controles de equipaje. Corain no lo habría distinguido entre una multitud: de cabello castaño, atractivo, atlético, aparentaba menos de sus cuarenta y seis años. Pero ese hombre tenía guardaespaldas para atenderlo y cuidarlo hasta que la policía militar lo tomara bajo su custodia y seguramente disponía de empleados que le hacían todo menos vestirlo y ayudantes que le resolvían los asuntos rutinarios. Jordan Warrick no podía haber llegado en un avión de carga comercial y ningún control de equipaje tenía permiso para meter las narices en aquel maletín.

Emory era una Especial. Había tres en Reseune, el mayor número en cualquier institución de la Unión. Uno era ese hombre, que diseñaba y eliminaba los errores de las estructuras en las cintas de alteración psicológica y, según se decía, lo hacía con su cabeza. En general, los ordenadores se encargaban de este trabajo. Cuando había que construir o corregir un programa importante de cinta, lo pasaban al personal de Jordan Warrick, y si el problema sobrepasaba sus posibilidades, quedaba en manos de Warrick en persona. Al menos eso suponía Corain. El hombre era un genio reconocido y un Protegido del Estado. Como Emory. Como la otra docena de Personas Especiales.

Y seguramente, sí Emory quería otorgarle este rango a un químico de veinte años en Fargone y, según los rumores, abrir una oficina allí para ponerla bajo el control de Reseune, y daba la suficiente prioridad a ese proyecto como para equiparlo a su adorada oleada de exploración y nuevas colonias, debía de tener una excelente razón.

—Ser Lu —saludó Warrick y le tendió la mano a Lu—. Almirante Gorodin. Es un placer. —Y una mirada preocupada pero totalmente amistosa a Corain, al que también tendió la mano—. Canciller. No le esperaba.

El corazón de Corain dio un brinco. Intuía peligro. Warrick, recordó, no era uno de esos tipos brillantes que operan en un reino de lógica abstracta, totalmente al margen de la humanidad; era un cirujano de la psique, su trabajo consistía en manipular y cuando descubría las motivaciones de la gente estaba en su elemento. Y todo eso se escondía tras unos modales cómodos y serios, y unos ojos más jóvenes de cuarenta años.

—Tal vez haya adivinado —comentó Lu—, que esto es algo más de lo que le había advertido.

—¿Ah, sí? —se extrañó Warrick y en su expresión se reflejó una pequeña alarma.

—El canciller Corain tenía mucho interés en hablar con usted sin llamar la

atención. Esto es política, doctor Warrick. Es muy importante. Desde luego, si usted prefiere asistir a otra reunión y no llegar diez minutos tarde, daremos por sentado que no desea verse comprometido con nuestras preguntas y, en ese caso, espero que acepte mis disculpas. Comprenderá que mi profesión me predispone a la intriga.

Warrick suspiró, se distanció unos pasos de la mesa de la sala de reuniones y apoyó el maletín en ella.

—¿Tiene que ver con el Concejo? ¿Le molestaría explicármelo antes de que tome una decisión?

—Es sobre la ley de apropiaciones de Ciencias.

Warrick inclinó un poco la cabeza como diciendo: «Ah...». Una sonrisita le iluminó la cara. Cruzó los brazos y se apoyó en la mesa; evidentemente, un hombre tranquilo.

—¿Qué pasa con la ley?

—¿Qué hay en ella... en realidad? —preguntó Corain.

La insinuada sonrisa se amplió y se endureció.

—¿Quiere decir si la ley está encubriendo algo? ¿U otra cosa?

—Lo que está cubriendo, ¿tiene alguna conexión con el proyecto Hope?

—No. El presupuesto no tiene nada que ver con eso, que yo sepa. Bueno, búsqueda de inteligencia extraterrestre. Pero eso es muy general.

—¿Y el rango de Especial? ¿Reseune está interesada?

—Claro que sí. ¿Quiere datos sobre Fargone en general?

—Me interesa cualquier cosa que pueda decirnos, doctor.

—Puedo perder esos diez minutos. No necesitaré tanto tiempo para decirle lo que está pasando. En realidad basta con una palabra. Psicogénesis. Clones de mentes, en la prensa popular.

No era la respuesta que Corain esperaba. Evidentemente, tampoco el militar la esperaba. Gorodin soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Y qué están encubriendo?

—No es una tapadera —respondió Warrick—. No es el proceso que describe la prensa popular. No se trata de duplicados exactos, sino capacidades duplicadas. Por ejemplo, no serviría para un chico que intentara recuperar a sus padres. Pero en el caso de un Especial, en el que se desea recuperar la habilidad... Ustedes ya están al corriente del intento de recuperar a Bok.

Estelle Bok. La mujer cuyo trabajo llevó a Más Rápido que la Luz.

—Lo intentaron —dijo Corain—. No funcionó.

—El clon era brillante. Pero no era Bok. Era mejor música que física, y se sentía desesperadamente desgraciada por culpa de la fama. Se negaba a tomar su rejuv durante días hasta que los efectos la obligaban. Se desgastó y finalmente murió a los noventa y dos años. Al final de su vida, ni siquiera quería salir de su habitación.

»Entonces no disponíamos de la tecnología y la experiencia actuales. El trabajo de la doctora Emory durante la guerra, ya sabe, los estudios sobre química del cuerpo y química del aprendizaje...

»El cuerpo humano tiene sistemas reguladores internos, todo un complejo que regula el sexo, el crecimiento y la defensa contra las infecciones. En una réplica, el código genético no lo es todo. La experiencia influye en el sistema químico establecido por el código genético. Esto aparece en toda la literatura científica. Le puedo dar las referencias concretas, si lo...

—No es necesario —le cortó Corain—. Continúe.

—Digamos que ahora tenemos conocimientos que no estaban a nuestro alcance cuando produjimos el clon de Bok. Si el programa responde a las expectativas de la doctora Emory, podremos recuperar una habilidad específica. Involucra cuestiones genéticas, endocrinológicas, una gran cantidad de pruebas fisiológicas y psicológicas; y los archivos, tenemos que tener los archivos. No estoy al corriente de todo. El proyecto pertenece a la doctora Emory, es secreto y está en otra ala. Pero sé que va en serio y que no se aparta mucho del estado actual de la ciencia. Un poco especulativo, tal vez, pero debe entender que en nuestra ciencia hay un límite particularmente difícil de superar. El científico mismo debe vivir el tiempo suficiente para sacar conclusiones; y la doctora Emory no es joven. Cualquier experimento con un azi lleva al menos quince años. El proyecto Rubin exigirá al menos veinte. Ya comprenderá la dificultad que entraña. La doctora tiene que arriesgarse.

—¿Problemas de salud? —apuntó Corain con voz muy tranquila, recordando el leve cambio en el tono de la piel, la pérdida de peso. La rejuv daba resultado un determinado número de años. En cuanto perdía efectividad empezaban los problemas. Y la edad regresaba de pronto, como para vengarse.

Warrick apartó la mirada. No iba a contestar esa pregunta con franqueza, pensó Corain antes de que Jordan Warrick respondiera. Lo había presionado demasiado.

—La mortalidad constituye un problema cada vez más preocupante —dijo Warrick— para cualquiera que tenga su edad en nuestro campo. Ya se lo he dicho: es el tiempo que durará el proyecto.

—¿Cuál es su evaluación de la importancia del proyecto? —preguntó Gorodin.

—Es muy, muy importante para ella. Todas sus teorías, su trabajo personal, su trabajo con los sistemas endocrinos y con la genética, con las estructuras psíquicas, todos sus conocimientos la llevan a esto.

—Ella es una Especial. Puede pedir casi cualquier cosa que necesite.

—Excepto el rango de Especial que necesita para proteger a su sujeto de lo que le pasó a Bok. Estoy de acuerdo con ella en cuanto a no usar a alguien que viva en Reseune. El clon estará en Reseune, pero Rubin no. Rubin es joven. Éste es un prerrequisito. Es brillante, nació en una estación y todo lo que hizo, hasta comprar

una bebida en una máquina, está registrado en los archivos de la estación. También nació con una deficiencia inmunitaria, y hay muchos datos médicos que empiezan en su infancia. Esto es lo más importante. Ari puede llevarlo a cabo sin la aprobación del Concejo, pero no puede impedir que el gobierno de Fargone haga algo que pueda comprometer sus resultados.

—¿Qué sabe Rubin de todo esto?

—Sabrá que es el control ciego de un experimento en Reseune. Sobre todo, su clon no sabrá que Rubin existe hasta que llegue a la edad que Rubin tiene ahora.

—¿Usted cree que es un proyecto válido? —preguntó Corain.

Warrick permaneció en silencio un momento.

—Creo que aunque el clon no valga lo que Rubin, se conseguirán avances científicos.

—Tiene reservas —observó Lu.

—Veo algún perjuicio para Rubin. Es un científico. Comprende lo que significa ser un control ciego. Me opondría a cualquier encuentro entre los dos en el futuro. Y estaría dispuesto a declararlo frente a testigos. Pero no me opondría al programa en sí.

—No es suyo.

—Mi trabajo personal no está involucrado.

—Su hijo sí trabaja muy cerca de la doctora Emory —dijo Corain.

—Mi hijo es un estudiante —replicó Warrick con voz inexpresiva—. Un estudiante de diseño de cintas. La doctora Emory es quien decide si va a participar o no en el proyecto. Sería una oportunidad para él. Posiblemente pida un pase a la oficina de Fargone, si esto sigue adelante. Me gustaría.

¿Por qué?, se preguntó Corain y deseó atreverse a preguntárselo. Pero había límites en la relación con un informante amistoso y corrían persistentes rumores sobre Emory que nadie había podido probar.

—Un estudiante en Reseune —intervino Lu— significa bastante más que un estudiante en la universidad.

—Sí, es cierto —admitió Warrick. Su rostro había perdido toda expresividad. Ahora estaba muy alerta, cuidaba mucho sus reacciones.

—¿Cómo se siente usted con respecto al proyecto Hope? —preguntó Corain.

—¿Es una pregunta política?

—Sí.

—Digamos que evito la política, excepto como objeto de estudio. —Warrick miró hacia abajo y luego otra vez a Corain—. Reseune ya no depende del mercado de azi. Podríamos subsistir muy bien con nuestras investigaciones, al margen de si se crean o no nuevas colonias. Habrá demanda de nuestro trabajo, y lo que hagan otros laboratorios no importa. No pueden detenernos. Tenemos demasiada ventaja en

muchos campos. No seríamos tan ricos si no se abrieran las colonias, pero sobreviviríamos muy bien. La economía no es lo que me molesta. Algún día deberíamos hablar de esto.

Corain parpadeó. No era lo que esperaba, un sentimiento por parte de un científico de Reseune. Se puso las manos en los bolsillos de la chaqueta y miró a los demás.

—¿El doctor Warrick puede faltar a su reunión sin que se note?

—No hay problema —dijo Lu, y agregó—: Si el doctor Warrick lo desea.

Warrick suspiró, luego dejó el maletín en el suelo y sacó una silla de la mesa de la sala de reuniones.

—De acuerdo —dijo y se dejó caer en la silla.

Corain se sentó. Gorodin y Lu cogieron las sillas del final.

La cara de Warrick seguía inexpresiva.

—Conozco a estos caballeros —dijo dirigiendo la mirada hacia los militares—. Y su reputación, canciller Corain. Sé que usted es un hombre honesto. Lo que voy a decirle puede costarme muy caro. Espero que lo use sólo por lo que contiene y no para sus antipatías personales. La doctora Emory y yo hemos tenido nuestras diferencias. Usted entiende... trabajar en Reseune significa tomar una serie de decisiones conflictivas. Nuestro material es humano. A veces, la ética de una situación no tiene precedentes. Actuamos según nuestro mejor criterio y a veces los juicios de los dos no coinciden. La doctora Emory y yo hemos tenido un número más bien alto de enfrentamientos. He escrito informes para oponerme a ella. Hemos tenido puntos de vista opuestos sobre determinados aspectos de sus proyectos. Así que si ella averigua que yo he estado hablando con usted, creerá que intento perjudicarla. Pero espero por Dios que ustedes le den su programa en Fargone. Al gobierno no le cuesta nada más que ese Especial.

—Crear un Especial sólo para satisfacer un proyecto de investigación constituye un precedente peligroso. Es decir, solamente para hacer que un sujeto quede más allá de nuestro poder.

—Quiero que me trasladen de Reseune, a mí y a mi hijo.

Corain contuvo la respiración por un instante.

—Usted es un Especial, como ella.

—No soy político. No tengo tanto apoyo. Ella dirá que soy indispensable esgrimiendo los mismos argumentos que me hicieron Especial, tengo que quedarme en el sitio en que el gobierno me necesite. Y siempre se las arregla para necesitarme en Reseune. Ahora mi hijo está trabajando en su programa por dos razones: primero porque es el campo que ha elegido, y ella es la mejor; segundo, porque él es mi hijo y Ari quiere tener algo con qué presionarme. En cuanto a la política interna de Reseune, no puedo hacer nada al respecto. Puedo tratar de salir de ahí, y si yo estoy

fuera de su dominio, solicitaré a mi hijo para el otro proyecto. Por eso quiero que se construya esa unidad en Fargone. Sería lo mejor para el estado y para Reseune. Dios sabe que sería lo mejor para Reseune.

—Tal vez se descubrirían algunas cosas. ¿Eso es lo que quiere decir?

—No estoy haciendo acusaciones. No quiero que esto se haga público. Digo que Ari tiene demasiado poder, dentro y fuera de Reseune. Sus contribuciones científicas son incuestionables. Como científico no tengo nada contra ella. Pero sé que la política es la única forma que se me ocurre para librarme de una situación que se ha vuelto cada vez más explosiva.

Hay que tener cuidado, mucho cuidado. Corain no había pasado veinte años en el gobierno para tomar las cosas al pie de la letra. O para asustar a un testigo amistoso. Así que preguntó con suavidad:

—¿Qué quiere usted, doctor Warrick?

—Me gustaría que la ley se aprobara. Luego, voy a pedir que me trasladen. Ella va a tratar de impedirlo. Quiero apoyo en mi solicitud. —Warrick se aclaró la garganta. Tenía los dedos entrelazados, blancos por la tensión—. La presión en Reseune es considerable. Sólo quiero un traslado. Mire, no estoy de acuerdo con este esfuerzo colonizador. Coincido con Berger y Shlegey, no me parece buena la idea de dispersar así a la humanidad, tan lejos, tan rápido. Acabamos de terminar con una calamidad social; no somos los que partieron de la Tierra, no somos los que partieron de la estación Gloria, no seremos lo que nuestros fundadores anticiparon. Y si seguimos adelante en esta empresa, va a haber una diferencia crítica entre nosotros y nuestros descendientes, no hay milagro, no hay Estelle Bok, no hay invención que pueda cerrar esa grieta. Éste es mi punto de vista. No puedo expresarlo desde Reseune.

—Doctor Warrick, ¿me está diciendo que allí dentro le limitan las comunicaciones?

—Le digo que hay razones por las cuales no puedo expresar ese punto de vista desde allí. Si usted comunica esta conversación a la prensa, tendré que adoptar la posición oficial de Reseune.

—¿Me está diciendo que va a hablar si le damos el traslado?

—El traslado, canciller. Para mí. Para mi hijo. Y después, no tendría miedo de expresar mis opiniones. ¿Comprende? La mayoría de nosotros, los que podemos expresar una opinión dentro de este campo, estamos en Reseune. Sin voz efectiva incluso dentro de Ciencias, sin trabajos publicados, las ideas no adquieren estado público. Xenología está muy dividida. Los argumentos más válidos se encuentran en nuestro campo. Usted no tiene mayoría en los nueve electorados, canciller. Lo que tiene que quebrar es a Ciencias misma. El electorado de Ariane Emory. Ella ha depositado todas sus esperanzas en este proyecto de psicogénesis, hasta tal punto que

en realidad no deja que los ayudantes lo toquen. Se trata del factor tiempo de nuevo. Por un lado, una vida es tan poco tiempo... Por el otro, un proceso que involucra la vida humana tiene tantos interludios, tantos períodos en los que nada puede producir el resultado excepto el tiempo mismo...

—Y eso quiere decir que todavía tenemos que enfrentarnos con ella.

—Mientras viva, sí, la tendrán en el Concejo. Por eso el proyecto de Fargone representa una ventaja para usted y para mí. Me gustaría tomar una posición en público, para apoyarle. Una oposición desde Reseune, sobre todo proviniendo de otro Especial, puede tener mucha credibilidad en Ciencias. Pero no puedo hacerlo ahora, tal como están las cosas.

—Aparte de eso —intervino Gorodin—, hay otra pregunta crucial: ¿es viable el proyecto Rubin? ¿Es real?

—Es probable que funcione, almirante. Ciertamente constituye un esfuerzo mucho más válido que el proyecto Bok. Tal vez sepa usted que no solemos crear con los grupos genéticos de los Especiales. Hasta nuestro material genético está protegido por estatuto. En la práctica, es el asunto de la vieja unión, genio y locura, ya sabe. No es totalmente descabellado. Cuando creamos azi, las clases Alfa necesitan más corrección, más pruebas. Le hablo desde un punto de vista estadístico, claro. Lo que falló con el clon de Bok fue lo que pudo haber salido mal con Bok misma, según experiencias e influencias particulares que no tenemos en los archivos. Nuestras oportunidades de reproducir un Especial vivo son mucho mejores. Mejor información, ya me entiende. Bok llegó como colona, sus archivos se fueron con la nave y fue una de las que se transformaron luego: se perdió gran parte y mucho ni siquiera se archivó de entrada. No estoy seguro de que consigamos reproducir el talento de Bok de nuevo, pero desde luego no lo haremos en el proyecto actual. Por otro lado, recuperar a, digamos a Kleigmann, que está a un siglo y medio si no me equivoco, representaría un verdadero avance.

—O a Emory —murmuró Corain—. Dios. ¿Eso es lo que ella quiere? ¿La inmortalidad?

—Solamente en la medida en que cualquier ser humano querría que sus hijos fueran como él. No es inmortalidad, no se conserva el sentido de la identidad. Hablamos de mentalidad similar, dos individuos más parecidos de lo que tienden a ser los gemelos, y sin un gemelo dominante. En esencia se trata de recuperar una habilidad latente en la interface entre el grupo genético y lo que llamamos cinta en un azi.

—¿Hecho por cinta?

Warrick negó con un gesto.

—No se puede hacer por cinta. No en el estado actual de la ciencia.

Corain reflexionó sobre ello un buen rato.

—Eso quiere decir —aventuró Gorodin— que con nuestro avance en genética y psicología reconstruida tal vez podamos replicar Especiales vivos y también muertos.

—Es posible —respondió Warrick con calma—, si se cambian ciertas leyes. En la práctica yo me opondría. Entiendo la razón por la que empezamos por uno. Pero tiene un enorme potencial de provocar problemas psicológicos, incluso si los guardias impiden que los dos se encuentren. Hasta con los muertos. Si yo fuera ese sujeto me preocuparía por mi hijo, y por ese otro individuo, que no sería de ninguna forma mi hermano, o mi padre. ¿Ve cómo se complica todo cuando se trata con vidas humanas? Los Nueve se interesaron mucho en el proyecto Bok. Demasiado. En eso coincido con la doctora Emory: sólo el Departamento de Ciencia, específicamente Reseune, debería tener contacto con los dos sujetos. Por eso quiere Fargone. No estamos hablando de una oficina o un laboratorio. Hablamos de todo el lugar, una comunidad que Rubin no podrá abandonar excepto como yo viajo desde Reseune: en contadas ocasiones y con escoltas para su protección.

—Dios mío —dijo Gorodin—. Fargone lo vetará.

—Un lugar en una órbita separada. Eso es lo que ella tiene para prometerle a Harogo. Un área compartimentada. Reseune pagará la construcción.

—Entonces, usted sabe el trato que ha propuesto ella.

—Conozco ese trato, sí. Puede haber otros. Es un contrato muy importante para determinadas compañías constructoras en Fargone.

Parecía verdad. Hasta el fondo. Corain se mordió el labio.

—Déjeme hacerle una pregunta difícil —dijo Corain—. Si hubiera otra información...

—Se la daría.

—Si hubiera otra información que usted no conoce todavía...

—Me está pidiendo que sea un informante.

—Un hombre de conciencia. Usted conoce mis principios. Yo conozco los suyos. Parece que tenemos mucho en común. ¿Reseune es dueña de su conciencia?

—Ni siquiera el almirante puede plantearme un requerimiento. Soy un protegido del Estado. Mis lugares de residencia deben ser aprobados por el gobierno de la Unión. Ése es el precio de ser un Especial. El almirante se lo puede confirmar: Reseune me considerará indispensable. Y esto representa automáticamente cinco votos de los Nueve. Y significa que me quedaré en Reseune. Le diré lo que voy a hacer, canciller. Voy a pasarle al almirante Gorodin una solicitud de traslado en cuanto se vote ese rango de Especial para Rubin, antes de que se vote la apropiación para el proyecto de la estación Hope. Oficialmente en ese momento.

—¡Dios mío! ¿Y cree que usted vale un trato como ése?

—Canciller, no puede ganar en la votación de la estación Hope. Ari tiene a De Franco en el bolsillo. O en el talonario, a través de Industrias Hayes. El acuerdo es

que De Franco tratará de abstenerse, lo cual al menos va a mostrar algo de fuerza en ella. Olvide que lo sabe por mí. Pero si usted no detiene esa votación y la transfiere al Concejal General, es inevitable. Usted me compra a mí y a mi hijo y me libera de Reseune, canciller, y yo empezaré a hablar. Y en la oficina de Reseune en Fargone, fuera del control directo de la doctora, valdré mucho más que eso. Ella tal vez no consiga la estación Hope, pero usted no puede detenerla, canciller. Si usted quiere una voz dentro de Ciencias, yo puedo ser esa voz.

Pasó un momento hasta que Corain logró dominar su respiración. Miró a Lu, a Gorodin y mientras tanto trataba de recordar cómo había conseguido Lu meterlo en esa reunión, y sospechaba de esos dos monjes negros entre los Nueve, que se movían detrás de una pantalla de secretos.

—Debería entrar en la política —le dijo a Warrick y de pronto recordó a quién le estaba hablando: que el doctor era un maestro de psicología de Reseune y que su mente era una de las doce que la Unión consideraba demasiado preciosa para ponerla en peligro.

—La psicología es mi campo —replicó Warrick, con una mirada directa, perturbadora, que contestaba a la de Corain y que ya no era ni común, ni inofensiva, ni mediocre—. Solamente quiero hacer mi trabajo sin presiones. Entiendo a la perfección la política, canciller. Le aseguro que en Reseune la política nunca nos abandona. Ni nosotros a ella. Ayúdeme y yo le ayudaré. Es así de simple.

—No es simple —objetó Corain, pero para Warrick lo era. Cualquiera que lo hubiera arrastrado a esa reunión, fuera Lu, fuera Gorodin, fuera Warrick mismo.

De pronto, ya no estaba seguro de que no fuera Emory. Uno podía volverse loco si trataba de manejar el potencial de los Especiales, sobre todo los Especiales que trabajaban con la percepción misma.

Pero había que confiar en alguien alguna vez. O nunca se lograba nada.

III

—El primer proyecto de ley en el orden del día es el número 2405, para el Departamento de Ciencias. Ariane Emory lo presenta y se refiere a las apropiaciones regulares para el Departamento de Ciencias, bajo las reglamentaciones del Estatuto de la Unión número 2595, sección 2...

Emory observó a Corain. ¿Y bien?, decía esa mirada con los párpados medio caídos. ¿Vas a desafiarme en algo tan rutinario?

Corain sonrió y dejó que la perra se preocupara.

El martillo volvió a bajar temprano.

—Hagamos una pausa —dijo Bogdanovitch. El murmullo en la cámara del Concejo se detuvo.

Ariane Emory suspiró, finalmente. La primera etapa había pasado. Si no había un veto del Concejo de los Mundos, Rubin ya tenía su rango; pero sabía que no habría dificultades. Corain podía orquestar una trampa como ésa, pero se la guardaría para un caso importante. Un caso que Corain considerara importante. El proyecto de la estación Hope podía servir como señuelo hasta entonces. De Franco tal vez quisiera abstenerse, pero no lo haría cuando llegara el momento de la acción.

Los ayudantes se acercaron a la puerta en compañía de los cancilleres. La prensa, gracias a Dios, estaba en la planta baja, lejos de la cámara hasta que se levantara la sesión. Un almuerzo de dos horas y luego el tratamiento del resto de los permisos para Ciencias, una tediosa y larga lista de permisos que, al igual que muchos asuntos en un gobierno, había empezado siendo pequeña y casera y se había transformado en un monstruo administrativo, todo en el transcurso de una vida humana. Eran cosas que debía aclarar el ejecutivo de los Nueve, pero que en realidad habían pasado a manos de los secretarios y se habían convertido en actos de aprobación rutinaria.

Y sin embargo, Ariane no respiraría tranquila hasta que se diera la aprobación, hasta que el permiso para usar el grupo genético de un Especial vivo pasara por los Nueve dentro de la lista de proyectos de Reseune que necesitaban permisos de rutina.

Todos los años, el Concejo General había intentado cancelar todos los permisos de Ciencias. Todos los años, los abolicionistas u otros grupos de lunáticos pasaban una propuesta para declarar ilegales a los azi y a la experimentación con seres humanos. Todos los años, el Concejo de los Mundos votaba con sensatez en contra de estos proyectos. Pero había un elemento lunático que los centristas podían usar para ejercer presión contra el proyecto Hope, contra la ley de Ciencias. Si los extremos de los centristas se aliaban, se acercarían peligrosamente a una pluralidad contra el partido expansionista.

Ariane estaba preocupada. Se había preocupado desde que sus informantes le habían dicho que los centristas estaban hablando de romper el *quorum*. No se fiaba de la repentina aceptación de la ley por parte de Corain.

Y si no hubiera sido demostrar una precipitación desconsiderada, habría pedido al presidente que pusiera la ley de Ciencias en debate antes del mediodía. En aquellas circunstancias, los obstáculos estaban cayendo con demasiada facilidad, las cosas iban demasiado bien, todo parecía marchar sobre ruedas. Lo que había pintado como una sesión larga terminaría en una marca histórica de tres días, y los Nueve volverían a sus vidas civiles durante otros seis meses como mínimo.

Se había propuesto que, para agilizar el gobierno, los Nueve se encontrarían y aprobarían las medidas que tenían importancia para sus esferas de interés, luego dejarían que el personal de los Departamentos y los representantes electos del Concejo de los Mundos y los senadores y consejeros se encargaran de la rutina y de los detalles habituales de la administración.

En realidad, los Nueve, los mejores profesionales en sus áreas, eran muy eficientes. Se encontraban durante cortos períodos, hacían su trabajo y luego volvían a su vida normal, pero algunos de ellos ejercían un poder enorme sobre los Departamentos que controlaban, y desarrollaban una influencia que los redactores de la Constitución no habían previsto del todo, al igual que no habían previsto el papel de Reseune en la Guerra o el hecho de que la población se convertiría en lo que era, o la renuncia de Pell tanto a Sol como a la Unión y las consecuencias de esa decisión. El Departamento de Estado había sido concebido para que lo controlaran profesionales del servicio diplomático, pero las distancias hicieron que dependiera cada vez más de los informes exactos entregados por el Departamento de Defensa sobre lo que pasaba en puntos donde el Estado no llegaba.

El Departamento de Ciencias había tenido que aceptar funciones diplomáticas y entrenar especialistas en relaciones, dado el descubrimiento de vida extraterrestre fuera de la estrella de Pell.

El Departamento de Ciudadanos se había convertido en un electorado desproporcionadamente numeroso y había elegido un hombre *capaz* y peligroso, un hombre que tenía la habilidad de saber cuándo estaba atrapado.

Posiblemente Corain no sabía que De Franco estaba en manos de Ari. Eso explicaría la forma en que había aceptado arriesgar su carrera política en una ruptura de *quorum*. Seguramente no pensaba que pudiera cambiar el mercado de Pan-paris, dominado por Lao. No podía hacer nada excepto costarle dinero al gobierno, y otros intereses se molestarían por eso.

Desde luego, no era probable que planteara objeciones a la ley de Ciencias.

Seguramente.

—Doctora Emory. —A pesar de sus ayudantes y los guardaespaldas, una mano le

tocó el brazo y Catlin apareció junto a ella enseguida, el cuerpo tenso y la expresión confusa, porque el que la había tocado no era un ayudante, sino el almirante Gorodin en persona, que acababa de saltarse las defensas de Catlin—. Quisiera hablar un momento con usted, por favor.

—Tengo prisa.

Ari no deseaba hablar con ese hombre que, con gran parte del presupuesto a su disposición, con un gasto sibarítico para su departamento, seguía discutiendo con ella la idea de poner diez naves a disposición del proyecto Hope y continuaba apoyando a Corain. Ella tenía otros contactos en Defensa y los usaba: una gran parte de la sección de Espionaje y la mayoría de los Servicios Especiales estaba de su parte, y una nueva elección sobre los militares tal vez podría desbancar tanto a Gorodin como a Lu. Que Corain pensara en eso si tenía ganas de pelea.

—Caminaré con usted —dijo Gorodin que se negaba a retirarse mientras sus ayudantes se mezclaban con los de Ari.

—Un momento, ser —dijo Catlin. Florian se había acercado. No estaban armados. Los militares sí. Pero esto no les impedía cumplir con su misión. Eran azi y respondían a sus órdenes, no a la lógica.

—Está bien —dijo Ariane y levantó la mano en señal que confirmaba sus palabras.

—Una fuente interna nos ha dicho —empezó Gorodin— que tiene usted los votos para el proyecto Hope.

Maldita sea. El corazón de la doctora se aceleró. Pero dijo en voz alta, una voz totalmente tranquila:

—Bueno, su fuente tal vez tenga razón. Pero no se lo aseguro.

—Corain está preocupado. Va a perder mucho con este asunto.

¿Qué mierda se propone?

—Usted sabe que podemos detener esto —dijo Gorodin.

—Seguramente, pero no les serviría de nada. Si está en lo cierto.

—Tenemos una fuente en el personal de De Franco, doctora Emory. No estamos equivocados. También tenemos una fuente en la Compañía Andrus y dentro de Industrias Hayes. Muchísimas acciones. ¿Van a conseguir finalmente esa construcción en el espacio profundo?

Dios mío.

Gorodin levantó una ceja.

—Ya sabe, Hayes tiene contactos con Defensa.

—No sé a qué se refiere, pero no me gusta hablar de finanzas y de votos al mismo tiempo. Y si tiene un grabador escondido, pienso cuidarme bien.

—Como yo, sera. Pero no estamos hablando de finanzas. Tal como están las cosas, puse a mi gente a hablar con los ayudantes de Hayes en cuanto lo supe. Y

estamos enterados de que la extensión de Reseune tiene que ver con la ley Rubin, y cuando mi personal se pasó toda la noche investigando el charter de Reseune, un joven ayudante muy amable nos proporcionó unos apartados en los artículos que dan a Reseune el derecho único de declarar que ciertas secciones subsidiarias de un edificio forman parte de su territorio administrativo. Esto significa que lo que usted proyecta construir en Fargone no estará bajo el control de Fargone. Va a estar bajo *su control*. Una parte independiente de la Unión. Y Rubin tiene algo que ver con eso.

Esto es más de lo que puede haber sabido por sus propias fuentes. Maldita sea. Alguien se ha ido de la lengua y él sigue hablando de Hayes y de Andrus. Quiere que los culpe a ellos.

—Eso es muy complicado —murmuró Ari. Habían llegado a la intersección del balcón y el vestíbulo de las oficinas del Concejo, adonde ella quería ir. Ella se detuvo y miró al almirante—. Siga.

—Su proyecto nos parece de interés militar. Una oficina de Reseune en Fargone ofrece riesgos serios de seguridad.

Durante un momento, todo se detuvo. El golpe no venía de la dirección que había previsto. No era lógico. Pero lo *era* si uno se preocupaba por los contactos de mercado.

—No estamos hablando de laboratorios, almirante.

—¿Y de qué estamos hablando, entonces?

—Rubin va a trabajar allá. Será sobre todo su laboratorio.

—Parece depositar una enorme fe en ese muchacho.

Trampa. Dios mío, ¿dónde está la trampa?

—Es un hombre muy valioso.

—Me gustaría discutir los aspectos de seguridad antes de la votación de esta tarde. ¿Es posible?

—Por desgracia tengo una cita para almorzar.

—Doctora Emory, honestamente no quiero mandar más informes a los comités. Estoy tratando de colaborar con usted. Pero me parece que todo esto va demasiado rápido. Tengo otras preocupaciones que supongo no querrá que se mencionen aquí.

Alguien ha hablado. Ha presionado a alguien.

Pero dijo en voz alta, a Florian:

—Dile a Yanni que tengo que solucionar unos problemas y que me reemplace. Llegaré cuando pueda. —Miró al almirante, más calmada—. Su oficina o la mía —dijo, pensando que sonaba como una negación, ahora no como un torpedo en el flanco.

—Gracias —dijo Ariane, tomando el café de manos de Florian, que sabía cómo le gustaba. Era su oficina, su sala de reuniones, y todos sus guardaespaldas estaban

presentes; los ayudantes del almirante estaban fuera, él mismo se lo había ofrecido.

Conciliación, tal vez.

El almirante se tomó el café solo, como la mayoría de los que lo probaban en ocasiones especiales. Era raro y auténtico, importado desde Sol, en el hemisferio sur de la Tierra. Era uno de los vicios cultos de Ari. Y ella lo tomaba con leche. Leche auténtica. Segunda extravagancia.

—AG todavía está trabajando en esto —comentó ella—. Algún día... Cyteen había sido un infierno contaminado de siliconas cuando empezaron con la agricultura en los valles profundos, donde las cúpulas y las torres de los precipicios podían crear un minihábitat.

Otro recuerdo breve: tanto castaño, tanto azul verdoso en las colinas. Las líneas giraban sobre el valle como una tela de araña. Los grandes espejos captaban la luz del espacio y la reflejaban en forma de energía desde las colinas. Y las máquinas climáticas en órbita cubrían la tierra con tormentas, tormentas terribles. *Estamos a salvo, Ari*, decía mamá. *Es sólo ruido. Es el clima, nada más.*

Leonid Gorodin se tomó el café con la mirada tranquila. Sonrió y dijo:

—El rumor en el Departamento es que el proyecto Rubin es suyo, doctora. Que usted se encarga en persona. Cualquier cosa que usted haga altera el equilibrio entre nosotros, la Alianza y Sol. Esto nos preocupa mucho.

—Nosotros tenemos nuestra seguridad interna. Siempre la hemos tenido.

—Dígame, doctora Emory. El proyecto que están llevando a cabo, ¿va a tener alguna importancia estratégica?

Trampa.

—Almirante, sospecho que el desarrollo de un nuevo tipo de inodoro puede tener importancia estratégica para alguno de sus asesores.

Gorodin esbozó una risita amable y esperó.

—De acuerdo —continuó ella con calma—. Apreciaríamos un voto de apoyo de su Departamento. Si usted quiere que cambiemos de lugar el edificio, lo cambiaremos, incluso a la estación Cyteen. Somos muy flexibles. Pero no queremos perder a Rubin.

—¿Tan importante es?

—Sí.

—Le haré una propuesta, doctora Emory. Usted tiene una agenda. Y quiere que esas leyes se aprueben, que pasen por Finanzas y como es natural no desea que haya retrasos. Usted quiere volver a Reseune y yo a mi comando. Tengo mucho trabajo allí y, entre usted y yo, soy alérgico a algo que hay por aquí y no me gusta hacer vida social.

—Yo también estoy ansiosa por volver a casa —dijo ella. Era un baile. Llegaría al punto crucial cuando Gorodin quisiera.

—Cuénteme algo sobre el proyecto Fargone.

—Digamos que es genética. Es experimental.

—¿Va a tener laboratorios allí?

—No. Sólo en el ala médica. Análisis. Trabajo administrativo. Nada de equipo secreto.

—Quiere decir que está investigando, no creando.

—En términos prácticos, sí. No es un laboratorio de nacimientos.

Gorodin miró la taza vacía y a los dos azi, y la extendió hacia ellos.

—Florian —dijo Ariane; el azi, con un leve gesto de la cabeza, tomó la cafetera del estante y llenó la taza. Gorodin siguió los movimientos de Florian con la mirada, mientras pensaba.

—Puede confiar en la discreción de mis azi —le tranquilizó Ariane—. No causarán problemas. Son insensibles a la discusión. Es lo mejor de Reseune. ¿No es cierto, Florian?

—Sí, sera —respondió éste mientras preparaba la segunda taza. Se la ofreció al almirante.

—Belleza e inteligencia —dijo Ariane y sonrió con los labios, no con los ojos—. La Alianza no va a desarrollar laboratorios de nacimientos. No tienen mundos que poblar.

—Todavía no. Tenemos que pensar en eso. ¿Quién va a encargarse de ese lugar en Fargone?

—Yanni Schwartz.

Gorodin frunció el ceño y bebió lentamente de la taza incongruentemente pequeña.

Ah, pensó Ariane. Ah, ahora nos vamos acercando.

—Mire, doctora Emory. Gran parte de mi personal confía en el hospital psicológico de Viking. Por razones meramente políticas, me gustaría tener algo más accesible esa ruta de la estación Hope que usted está promocionando. Me gustaría tener un lugar donde enviar los peores casos, un lugar que impidiera que Cyteen los pasara por los establecimientos de la estación.

—¿Por?

—Estamos hablando de operaciones especiales. Gente a quien se le ha cambiado la identificación. Gente con rostros que no quiero que se vean, usted ya me entiende. Son hombres que viven llenos de ansiedad. En las grandes estaciones se sienten expuestos. Se sentirían mucho más seguros si hubiera una forma de conseguir un lugar de Reseune, fuera de Cyteen.

Ariane frunció el ceño y no se preocupó por ocultar su sorpresa. Le sonaba un poco insensato.

—Lo que quiero —continuó Gorodin— es acceso. Un lugar donde mis hombres

se sientan a salvo. Y yo sepa dónde están. Quiero parte de mi presupuesto allí. Parte de mi personal.

—No militar.

—Estamos hablando de un apoyo unánime para el establecimiento. Puedo proporcionarle eso.

—No militar —insistió Ariane con vehemencia—. Personal de Reseune. Y mejor que sea una gran contribución. Tendremos que hacer un nuevo diseño. No voy a permitir que mi proyecto se eche a perder porque su gente se pasea dentro de las fronteras de Reseune. Tendrá que haber una separación total entre cualquier hospital militar y nuestras oficinas.

—Podemos aceptar estas condiciones. Pero queremos un contacto entre nuestro sector y el suyo, un contacto en el que confiemos. Alguien con quien hayamos trabajado.

La idea la golpeó como un bloque de hielo. Resultaba difícil permanecer impasible, mantener los dedos relajados sobre la frágil asa de la taza.

—¿Ha pensado en alguien?

—El doctor Warrick. Él diseñó las cintas de entrenamiento. Lo queremos, doctora Emory.

—¿Y él está de acuerdo? —Con calma. Con mucha calma.

—Podemos preguntárselo.

—Creo que ya sé quién es su fuente, almirante. Estoy bien segura de que sé quién es su fuente. ¿Qué más le dijo?

—No saque conclusiones apresuradas.

—No, no. Ya me temía algo así. Usted lo quiere, ¿verdad? Quiere poner un establecimiento de máxima seguridad en manos de un hombre que no ha tenido reparos en traicionar mis intereses.

—Ya le he dicho cuál era mi fuente.

—Claro que sí. Y no le importa cortar la cabeza de algún empleado de Hayes, un pobre ingeniero seguramente, al que tendrán que culpar si yo los acuso. Usted quiere a Jordan Warrick. ¿Él le dijo por qué?

—No me dijo nada.

—Almirante Gorodin, usted es un excelente jugador de póquer, pero debe recordar cómo me gano la vida. Y cómo se gana él la suya. ¿Qué le ofreció? ¿Hacer públicas sus opiniones? ¿Es así cómo me garantiza usted a Corain?

—Doctora Emory, usted sabe que estoy en disposición de prometerle eso.

—Claro que sí. Y Jordan Warrick le promete mi cabeza en una bandeja. Le promete que puede hacer variar los votos de Ciencias. Le diré lo que voy a hacer. Se lo doy. Puede transferirlo a él y a todo su asqueroso personal. Si quiere ponerlo en un establecimiento de máxima seguridad, adelante. Si él quiere hacer discursos y

redactar informes contra mi trabajo, que lo haga. —Dejó la taza sobre la mesa—. ¿Hacemos un trato, almirante? Podemos salir de esta maldita ciudad muy pronto. Usted me apoya en una solicitud para que el voto sea secreto en el asunto Hope y si me *garantiza* que el voto será unánime, ninguno de nosotros tendrá que promover discusiones. ¿Trato hecho?

—Creo que podemos aceptarlo.

Ella sonrió.

—Excelente. Si quiere el ala de Warrick en Fargone, tendrá que poner todo eso por escrito. Lo dejo en manos de su personal. El mío está muy ocupado. Pero tendrá que esperar a la construcción del establecimiento de seguridad. Y sé que usted sabrá cómo convencer a Warrick de que firme la solicitud.

Gorodin tragó el café con rapidez y colocó la taza sobre la mesa.

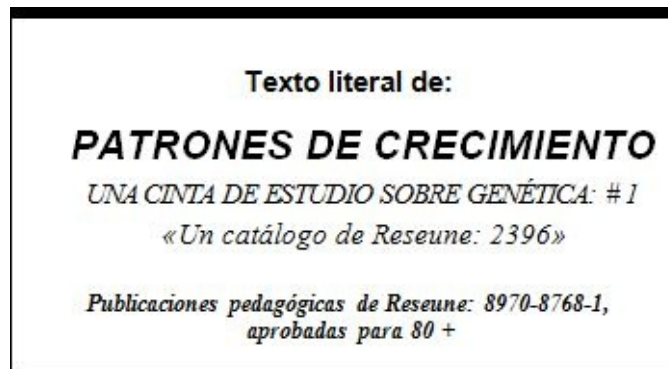
—Gracias, doctora Emory. Estoy seguro de que esto resultará beneficioso para todos. —Se levantó y le tendió la mano.

Ella se la estrechó. Y le sonrió todo el camino hasta la salida.

La azi Catlin cerró la puerta, pálida como un soldado en una inspección.

Florian recogió las tazas sin mirar a la doctora a los ojos.

Sabían cuándo debían tener miedo.



LOTE AL-5766: CUATRO UNIDADES

El técnico comienza un procedimiento de rutina en Reseune: la transferencia de material genético ya replicado. Diez unidades AL-5766 quedan sin usar en el banco genético, procedimiento habitual para materiales comerciales y experimentales.

AL-5766 es femenino, clase Alfa. Alfa, la categoría más inteligente en las clasificaciones de A a Z de los no ciudadanos, va desde 150 en la escala de Rezner hasta un límite conocido de 215. AL-5766 alcanza 190, lo cual le sitúa al borde de la genialidad. Los Alfas sólo se generan por pedidos específicos, estudios experimentales u operaciones coloniales en las cuales haya una densidad de población mínima y mucho campo para el pensamiento independiente. Los Alfas a los que no se ha dado una socialización temprana tienden a sufrir desórdenes de personalidad; los mejores triunfos de los Alfas no sociales se han conseguido con una realimentación positiva en el entrenamiento temprano y un estudio acelerado y precoz con cintas formado por comprensión del mundo, lectura y habilidades matemáticas, con una mínima intervención excepto para premiar al sujeto. Los Alfas más seguros y logrados son los que se entregan a padres humanos desde el momento del nacimiento; en estos casos, las estadísticas sociales y de comportamiento siguen el mismo perfil que las de individuos nacidos de ciudadanos con los mismos niveles Rezner. No debemos olvidar que los rasgos del grupo genético de un azi, y hasta cierto punto su clasificación, están determinados por la cinta específicamente diseñada para su grupo genético, y que el más importante error con los Alfas parece residir en el diseño de las cintas.

AL-5766 ha mostrado patrones de desarrollo dentro de los límites aceptables en situaciones de relación con padres humanos, pero esos patrones indican una predisposición a la agresividad. Dentro de las comunidades azi, las estadísticas de los AL-5766 se apartan totalmente de la media al manifestar comportamientos violentos, humores cambiantes y ansiedades anormales e irracionales.

Una vez que se manifiestan desórdenes en los AL-5766, resulta imposible mejorarlos con el uso de la cinta, y sólo en raras ocasiones encuentran alivio a través

del consejo de interventores, aunque en dos casos se ha logrado la recuperación mediante una transferencia a unidades militares donde el desafío físico y las dificultades son extremas.

Sin embargo, en ningún caso se ha utilizado el alto potencial de los AL-5766 en matemáticas, y ni siquiera se ha hecho un uso experimental del grupo genético de los AL-5766 desde el año 2353. Ahora, sin embargo, Reseune opina que tiene una cinta que solucionará el problema, hecho de máximo interés porque AL-5767 resultó ser un Beta ya que carecía de los rasgos que hacían a AL-5766 tan problemático e inteligente.

El grupo consta de cuatro sujetos porque el equipo de diseño de cintas ha encontrado dos modos de resolver el problema, con diferencias sutiles. Dos en cada uno facilitarán las comparaciones necesarias para una primera prueba. No se considera necesario el control a partir de la cinta original: los AL-5766 tienen cuarenta y seis años de datos a sus espaldas y nadie necesita probar que las viejas cintas contenían errores.

Los huevos no tienen código propio hasta que reciben el grupo diploide completo de los AL-5766. Éste procedimiento es estándar para réplicas de ciudadanos y de azi.

El útero en el que se coloca cada huevo tiene bioplasma y es contráctil; todo el medio es la reproducción de un embarazo natural y le ha servido a Reseune durante cuarenta y nueve años; consiste en una copia de los movimientos, los sonidos, los estados químicos y los ciclos interactivos de un útero vivo.

LOTE EU-4651: DIEZ UNIDADES

Los AL-5766 ya tienen un día: cuatro motas de vida con códigos genéticos idénticos, que se dividen y crecen activamente en la oscuridad de los úteros. Los EU-4651, machos, tienen un comienzo igual; y hay las diez unidades de reserva habituales en el banco genético.

El EU-4651 es un tipo antiguo, un Eta, entre 90 y 95 de la escala Rezner y muy estable, uno de los Etas de más éxito en campos militares e industriales. No está restringido a Cyteen, sino que se ha patentado en todos sus tipos y derivados. En la mayoría de los casos, Reseune habría vendido directamente los huevos en el número solicitado por el laboratorio que los necesitaba, pero éste es un nuevo tipo de aplicación de los EU-4561, la mayoría de los cuales se encuentra ahora en unidades militares. Un EU-4561 ha mostrado una asombrosa y creciente aptitud en situaciones de emergencia, y eso tal vez signifique una reclasificación para el tipo a un grado superior si existe un programa de cinta que pueda sacar ventajas del tipo, ya sea en individuos existentes o en futuras unidades EU-4651.

LOTE RYX-20: VEINTE UNIDADES

Éste grupo pertenece a la clase Rho, Rezner 45 o menos. Rho es la última de las clases azi que Reseune crea deliberadamente para uso comercial. Los azi Rho se manejan muy bien con un estímulo positivo y una intervención mínima, y tienen muy poca inclinación a desviarse del programa. Su habilidad para recuperarse de un maltrato o de las llamadas «malas cintas» los hace valiosos como sujetos iniciales en las pruebas de una nueva estructura de cinta, lo cual, junto con el trabajo en general, será el destino de estos veinte azi en Reseune. A raíz del esfuerzo físico al que se ven sometidos durante toda su vida, los Rho, como las clases que van de la N a la P, no reciben rejuv, lo cual, como es de esperar, poco podría hacer para aliviar el daño; pero se les da una estructura de valor que ofrece muchas ventajas a la continuación de la utilización del grupo genético.

LOTE CIUD * ** ** ** *****: UNA UNIDAD

CIUD * ** ** ** ***** va directamente del proceso de nacimiento a criogenética, mediante un vuelo de avión de la compañía a un servicio de correo en Novgorod, para luego subir al transbordador en el fin de semana, si el tiempo lo permite.

Reseune mantiene un servicio especial para el público en general por el cual recibe ciertos descuentos en los impuestos ya que utiliza el equipo durante las horas de descanso.

CIUD * ** ** ** ***** proviene de una muestra de tejido de un niño de siete años hijo de *** que sufrió una caída fatal. El formulario de producción ha informado a la madre que no habrá transferencia de identidad: la réplica debe tener consejeros especiales por ley, pero si el padre lo desea, el clon puede llevar el nombre y el número de ciudadano del muerto, ya que es una réplica postmórtem de la niña, hija amada de Susan X. (Mantenemos en secreto el número y el nombre reales). El embrión se desarrollará en el laboratorio *** y se cobrará sólo el precio mínimo de flete, semejante al de una cajita pequeña en un transporte militar normal. A su debido tiempo, saldrá del tanque útero y pasará a manos de la madre genética.

LOTE CIUD * ** ** *****PR UNA UNIDAD

Hacer clones de individuos que quieren un gemelo personal en lugar de un hijo de genes mixtos se ha transformado en un negocio lucrativo para los laboratorios comunes, ya que el costo es de más 500.000 créditos; pero Reseune, como laboratorio de investigación y desarrollo, no está interesado en esta práctica, a la que algunos

llaman «clonación de vanidad», excepto en el caso de genotipos poco frecuentes que Reseune considera de interés comercial o experimental. Éste es uno de esos casos, un feto que está cerca del nacimiento. En realidad, Reseune ha aceptado correr con todos los costos de esta réplica, cuya designación es CIUD * ** ** *****PR, ya que el sujeto-padre tiene un talento único y desea firmar un documento que permita abrir todos los archivos de información que Reseune considere convenientes. El laboratorio guardará los archivos para el desarrollo futuro del grupo genético pero no lo aplicará al uso comercial hasta cincuenta años después de la muerte del padre y la réplica.

Reseune guarda diez grupos genéticos en reserva como A **1.

LOTE AGCULT-789X: UNA UNIDAD

AGCULT-789X está en un tanque-útero de un edificio enorme colina abajo, después de las últimas instalaciones, y apenas cuenta con un día de vida. ACCULT-789X, experimental como indica la x, guarda un gran parecido con los RY-20 o los EU-461, excepto que los códigos genéticos de éstos indican dos pies y piel suave y el AGCULT-789 indica cuatro pies, piel de cuero bayo y una habilidad superlativa para correr.

AGCULT-789 es un material extremadamente raro, de origen terrestre, otro intento con una especie con la que Cyteen ha tenido muy poco éxito. Los programas AGCULT, relacionados no sólo con especies animales sino también con estudios botánicos, han tenido más éxito con las algas y la parte inferior de la cadena alimenticia que tal vez algún día abastezca a los descendientes de las especies terrestres. En un gesto de buena voluntad, la Tierra ha donado a Cyteen los grupos genéticos y los datos sobre todas las especies terrestres, con un énfasis particular en las especies extintas o en peligro, junto con los grupos genéticos humanos que tal vez contengan información genética que se haya perdido en los depósitos genéticos de la Unión y de la Alianza.

A cambio de esto, la Unión ha ofrecido los grupos genéticos representativos de su población a los archivos genéticos de la Tierra, en un programa de intercambio ideado para llevar a cabo una comparación valiosa entre las dos poblaciones y un punto de referencia en caso de una catástrofe generalizada o de una imprevista pérdida de contacto.

De los dos mundos que constituyen la base actual de las colonias humanas, uno, Down, es un protectorado y no se pretende cambiar el medio en absoluto, ya que esto podría perjudicar a los indígenas. La humanidad sigue siendo un visitante en Down.

Cyteen, mucho menos hospitalario, no tiene especies más avanzadas que varios escamados y anquilodermos, y es mucho más propicio para terraformarlo mediante

cambios muy profundos. La habilidad de Cyteen para almacenar material genético y protegerlo de los cambios climáticos y atmosféricos irreparables deja abierta la esperanza de recuperar selectivamente algunas especies en hábitats favorables si los cambios exceden ciertos límites.

Aunque la terraformación produzca un infierno para ciertas especies nativas, ha ofrecido una oportunidad única para el estudio de zonas de interfase y para comparar cambios de adaptación en las especies indígenas y terrestres, y mejorar nuestra comprensión de los cambios catastróficos que han influido sobre las especies terrestres en el tiempo geológico y del grado de variación que puede hacer frente la humanidad en sus cambios radicales de hábitat.

En la actualidad la Tierra comprende que los cambios genéticos son inevitables pero no siempre deseables, y ha empezado a considerar a Cyteen un almacén de información genética sobre especies con amenaza de extinción. Algunos de los proyectos más ambiciosos hacen referencia a los hábitats de mamíferos grandes, desde el último eslabón de la cadena alimenticia. Irónicamente, el experimento de transformar Cyteen, destructivo para la vida nativa del planeta, está permitiendo la recuperación de determinados ecosistemas amenazados de la Tierra y el establecimiento de sistemas más frágiles en Marte, el cuarto planeta del Sistema Solar.

Algunos de los intercambios propuestos son muy ambiciosos.

La Tierra está particularmente interesada en el éxito de los cetáceos y los primates en Cyteen. Ha propuesto un programa de estudio conjunto en cuanto sea viable el proyecto de los cetáceos para estudiar su desarrollo y comparar los ultrasonidos de las ballenas de la Tierra y de Cyteen.

Cyteen considera interesantes estos proyectos, pero en el futuro. La investigación actual en la transformación y la recuperación se centra mucho más en los problemas inmediatos de los cambios atmosféricos a gran escala y las zonas de interfase, la alta salinidad y los minerales en la Bahía Swigert, en el delta del muy colonizado Novaya Volga, que ofrece las condiciones más favorables para la acuicultura marina en gran escala...

2

I

Desde el aire, Reseune era un mancha verdosa en el valle profundo del Novaya Volga, una franja protegida y baja que se extendía cada año un poco más por la orilla del río; edificios blancos, los corrales de AG, los barracones, el extenso complejo de Reseune extendido bajo la ventanilla izquierda que era siempre la suya. Ariane Emory reunió sus documentos a tiempo mientras bajaban el tren de aterrizaje y Florian aparecía junto a su asiento para custodiar provisionalmente su equipo personal.

Ella conservó el maletín.

Siempre lo llevaba con ella.

El avión tocó suelo y el cemento se deslizó bajo las alas; el aparato se detuvo frente a la terminal de Reseune mientras el personal de tierra entraba en acción: transporte personal, equipos para las maletas, empleados de limpieza, mecánicos, una operación rápida y fácil desde la descontaminación hasta al almacenamiento, una operación que se llevaba a cabo mucho mejor de lo que podía hacerse en Novgorod.

Todos eran azi nacidos en Reseune. Su entrenamiento era mucho más completo de lo que se consideraba suficiente en Novgorod. Pero esta circunstancia se daba en la mayor parte del personal de Reseune.

Eran caras conocidas, tipos conocidos y todos sus datos estaban en los bancos de información.

Por primera vez en muchos días, Ariane Emory se sintió segura.

El desarrollo de Seguridad había ido bien y el control pasó a las oficinas de Reseune en cuanto la oficina de Giraud Nye recibió la noticia de que RESEUNE UNO había despegado de Novgorod, con sólo una hora de anticipación. Por lo general los movimientos de Ari eran repentinos e imprevistos y no siempre avisaba con tiempo al jefe de Seguridad en Reseune, pero esta vez lo inesperado de la partida había sido sorprendente.

—Avisa al personal —había dicho Giraud a Abban, su guardaespaldas. Abban cumplió la orden con rapidez y luego se dedicó a la transferencia de informes y registros. Giraud en persona llamó a su hermano Denys en Administración y éste avisó al Ala Uno apenas el avión estuvo a la vista.

La última parte era rutina, el procedimiento habitual para los regresos de Ariane, cada vez que el RESEUNE UNO llegaba con estruendo y Ariane Emory se instalaba en el lugar que era suyo, en su ala, en su residencia.

El día anterior había llegado la noticia de que el proyecto Hope se había pospuesto, y el mercado de acciones había reaccionado con un golpe que tal vez

afectaría a todo el espacio, aunque los analistas lo llamaban sólo un retraso de procedimiento. La buena noticia era intrascendente y proveía un corto biográfico de los archivos del Departamento de Ciencias donde se decía que un químico desconocido de Fargone había obtenido el rango de Especial: al menos ese proyecto de ley se había aprobado. Y el Concejo había terminado los asuntos pendientes en una sesión maratónica que se había prolongado hasta el amanecer: más ondas para el mercado interestelar de acciones, que odiaba las incertidumbres aún más que los cambios bruscos de política. Los departamentos de informaciones de toda la Unión habían hecho una transmisión conjunta de comentarios y análisis antes de las emisiones habituales y los comentaristas políticos más importantes habían hecho cuanto estaba en sus manos para ofrecer sus interpretaciones, frustrados por la negativa de todos, hasta la oposición, a prestarse a entrevistas de cualquier tipo.

El líder del sector interno abolicionista de la coalición centrista había concedido una entrevista: Ianni Merino, con el blanco cabello en desorden como siempre, la cara más roja y la retórica más acusada que otras veces, había pedido un voto general de confianza para el Concejo y había amenazado con separarse del partido centrista. No tenía poder para lo primero, pero podía hacer lo segundo, y Giraud Nye se había quedado sentado escuchándolo, sabiendo más que los comentaristas y preguntándose qué tipo de trato se había cerrado y por qué Mikhail Corain lo había aceptado.

¿Un triunfo para Reseune?

¿Un desastre político? ¿Algo que se había perdido?

Ariane no acostumbraba consultar con ellos durante las sesiones en Novgorod excepto en graves emergencias, desde luego, no por teléfono, ni siquiera a través de las líneas del Departamento; pero había personal de correos y aviones, claro.

El hecho de que no hubiera enviado a nadie significaba que la situación estaba bajo control, a pesar del cambio de horario del viaje, al menos Giraud esperaba que así fuera.

La rutina social estaba en estado de confusión absoluta; los cancilleres habían cancelado reuniones y los representantes de Russell y de Pan-paris habían vuelto a la estación Cyteen para pedir pasajes en una nave de partida inminente hacia la estrella Russell. Se suponía que los secretarios se habían quedado en su lugar con instrucciones muy precisas en cuanto a los votos.

Fue algo más que el protocolo lo que empujó a Giraud Nye y a su hermano Denys a salir al encuentro del pequeño ómnibus cuando éste se detuvo en la *calzada* circular frente a Reseune.

La puerta del ómnibus se abrió. Tal como cabía esperar, la primera en bajar fue la azi Catlin, con el uniforme negro de Seguridad de Reseune, la cara pálida y seria en un evidente presagio de problemas. Después de bajar se dio la vuelta para ayudar a Ari, que dio un sólo paso adelante. Vestida de celeste, con el portafolios en la mano

como siempre, no expresó triunfo o catástrofe hasta que miró directamente a Giraud y Denys con una expresión que auguraba desastre.

—Vamos a tu oficina —dijo a Denys.

Detrás de ella, sobre la pista de cemento con el resto del personal, Giraud vio a Jordan Warrick, que no debía viajar en ese vuelo, que se había ido cinco días atrás, en el RESEUNE UNO y debía volver a final de semana en un vuelo especial de LINEAS AÉREAS RESEUNE.

Había problemas. Que Warrick llegara en compañía de Ari era tan sorprendente como descubrir a los centristas acostados con los expansionistas en la misma cama. El personal de Warrick no estaba con él, sólo su jefe de Casa, Paul, que lo seguía con expresión seria y llena de ansiedad mientras transportaba un equipo de vuelo.

Abban tal vez podría conseguir rumores del personal, los que pertenecían a la Familia y podían hablar libremente. Giraud se lo ordenó y luego echó a andar con Ari, Denys y el silencioso Florian, quien los precedió hacia el vestíbulo en cuanto abrieron las puertas. Catlin caminaba detrás junto con Seely, el azi de Denys.

Ni una palabra hasta que estuvieran en la oficina más privada de Denys y éste conectó la unidad que proporcionaba una pantalla anti-escuchas en la habitación. Luego:

—Tenemos un problema —dijo Ari mientras abría con cuidado el portafolios, colocado con precisión sobre la madera importada y muy cara del escritorio de Denys.

—¿Hope está en problemas? —preguntó Denys, cogiendo la ficha que ella le alargaba—. ¿O es Jordan?

—Gorodin nos prometió la aprobación unánime del proyecto Hope, si Jordan consigue un puesto en el establecimiento militar de psicología en Fargone que nosotros tendremos escondido en nuestro presupuesto.

—Dios —exclamó Giraud, sentándose.

—Ahora dime cómo se puede comprar el voto de Mikhail Corain y por qué el puesto de Jordan aparece en el trato.

Giraud no tenía ninguna duda. Obviamente, Ari tampoco.

—Se ha convertido en un problema —concluyó Ari.

—No podemos tocarlo —observó Giraud. El pánico lo inundó. A veces Ari se olvidaba de que había límites, o de que la prudencia los exigía.

—Él cuenta con eso, ¿no es cierto? —dijo en voz completamente serena. Ari se acomodó en la silla que quedaba—. Todavía hay que votarlo. No tenemos que ponerlo en votación hasta que el establecimiento mismo exista. Y tenemos la asignación.

Giraud estaba sudando. Resistió un impulso de secarse la frente. La pantalla de sonido le hacía rechinar los dientes, pero en este momento sentía la incomodidad muy

adentro, en las entrañas.

—Bueno, no es tan malo —observó Denys y echó hacia atrás la silla mientras se apoyaba las manos sobre el enorme vientre—. Podemos salir del paso. Jordie es un tonto. Podemos poner su sección bajo Administración, absorber a su personal y a sus archivos, esto para empezar.

—No es tonto —replicó Ari—. Quiero saber si nos faltan archivos.

—¿Crees que dejó algo en Novgorod?

—Es muy *capaz*.

—Maldita sea —exclamó Giraud—. Ari, te lo advertí, te lo advertí.

Ari inclinó la cabeza y lo miró de reojo.

—Escúchame bien: supongamos que él se va; Justin, el hijito, se queda.

—Tenemos cinco años más de presupuesto. ¿Qué mierda vamos a hacer cuando Jordie esté ahí fuera, frente a las cámaras?

—No te preocupes por eso.

—¿Qué quieres decir con «no te preocupes por eso»?

—Jordie está aquí, ¿no? Ha dejado a sus ayudantes, a su personal, a todos menos a Paul en Novgorod. Yo no le he acusado de la fuga de Seguridad. Sólo envié a Florian a decirle que lo necesitaba. Él se da perfecta cuenta de lo que ha hecho y de que yo sé que lo hizo.

—Si lo tocas... Escucha. No habrá dado este paso sin estar preparado. Dios sabe el daño que puede hacernos. O el tipo de información que ha sacado de aquí. Dios mío, ya sabía yo que...

—Jordan y sus pequeñas discusiones profesionales. Sus solicitudes de ser transferido. Sus peleas por el personal. Ah, todavía nos tratamos con amabilidad. Mantenemos debates sobre la política de Reseune. Estuvimos hablando en el viaje de vuelta. Y nos sonreímos mutuamente mientras tomábamos una copa. ¿Por qué no? Siempre hay la posibilidad de que yo haya creído a Gorodin.

—¡Él sabe a la perfección que no es posible!

—Y sabe que sé que *él* lo sabe y así hasta el infinito. De manera que nos mostramos amables. Escucha: no estoy preocupada. Él está seguro de que yo no me moveré hasta que averigüe lo que tiene. Está manipulando la situación. Nuestro Especial en Educación cree que es el mejor. Se está jugando el todo por el todo para que las cosas salgan como ha calculado. Me presentará pronto una contraoferta. Y yo plantearé la mía. Y así pasaremos los meses. Él está seguro de que puede igualarme movimiento a movimiento. Veremos. Me voy a mis habitaciones. Seguramente Florian ya lo ha comprobado todo. Voy a ducharme, a descansar un rato y leer los registros. Y comer bien. Una cena formal esta noche. Nada más, ¿verdad? Catlin aprobará el menú.

—Se lo comunicaré al personal —dijo Denys. Giraud sintió que se le revolvía el

estómago al pensar en la comida.

—No estamos del todo en desventaja —les tranquilizó ella—. ¿Habéis visto las noticias? La coalición centrista empieza a mostrar algunas grietas. Corain ha hecho enfadar mucho a Ianni Merino. Un viejo como Corain... Esto se está moviendo demasiado rápido para él. Corain tenía a su gente lista para romper el *quorum*, pero ahora les dice que no, los abolicionistas creerán que se ha vendido, ¿no te parece? Dejemos que los enloquezca y empiecen a hablar de desmantelar los laboratorios. Esto intranquilizará a los moderados.

—¡Y ahí es donde Jordan nos puede hacer el mayor daño! Si va a la prensa...

—Ah, no creas que los abolicionistas van a fiarse de una voz que viene de Reseune.

—Si dice lo que tiene que decir, lo harán, mierda.

—Entonces, tendremos que hacer algo con su credibilidad, ¿no os parece? Reflexiona sobre eso, Gerry. Corain acabará aceptando, no va a votar a favor, claro, pero aceptará el establecimiento de un laboratorio de Reseune en la ruta de colonización de Hope. Los abolicionistas no están más cuerdos que antes, sólo más callados; y nosotros tenemos las garras metidas en sus organizaciones. Que Corain siga ocupado apagando fuegos en su propia cubierta. Gorodin tal vez descubra que esto es demasiado ruidoso para su gusto: siempre podemos ofrecerle algún trato. Él está con un pie a cada lado de la línea. Lu es el problema, ese maldito traicionero. Pero podemos persuadir a Gorodin. Ése establecimiento puede servir para nuestro propósito. Quiero que estudies todo eso y ya sabes con cuánta discreción. Usa tus contactos militares. El Departamento de Ciencias va a mandar una nave para notificar a Rubin su nuevo rango. Y van a tomar medidas para ponerlo en una residencia provisional de protección en la Zona Azul de Fargone. El equipo partirá este domingo, cuando el Atlantis salga hacia Fargone.

—¿Harogo va con ellos? —preguntó Denys.

—Claro. No habrá dificultades. El hará pasar el personal por la aduana y el Atlantis viaja a la velocidad de la luz.

—Los militares pueden ir más rápido.

—Eso es un problema. Pero Harogo representa una carta muy alta en su propia estación y piensa ofrecerles el segundo proyecto de construcción más importante que Fargone haya deseado nunca. El primero, claro, es el pasillo Hope. No habrá dificultades. Si los centristas tratan de hacerle algo a Rubin, Harogo puede destruirlos sin pensarlo dos veces. Nos encantaría que pasara eso. ¿Habéis visto el vídeo? Rubin es un inocente de ojos grandes. Ciencia pura y total vulnerabilidad. Pensé que eso nos venía bien.

—Pueden volverlo contra nosotros —observó Giraud.

—En mi opinión, podemos confiar en Harogo. A veces hay que concederles lo

que piden.

—¿Hasta Warrick?

—Si por entonces lo quieren aún...

II

Ari sonrió amablemente a través de la mesa, a través de la ensalada a la vinagreta, producto de sus propios jardines y la roció con mucho keis, un queso sintético, en realidad una levadura salada, una costumbre de espacial. Su madre lo usaba. A Ari todavía le gustaba aquel gusto punzante y lo importaba con algunos problemas.

La mayor parte de la Familia lo aborrecía.

Estaba en el salón de las cenas de etiqueta: una larga mesa para la Familia y una mesa en forma de U para los azi, que representaban relaciones más cercanas que los parientes y algo más numerosas, quizás el doble aproximadamente.

Ella, en la cabecera: había sido así desde la muerte del tío Geoffrey. A la derecha, Giraud Nye; a la izquierda, su hermano Denys; luego Yanni Schwartz, más a la derecha; a la izquierda de nuevo, su hermana Beth y frente a ella, el hijo que Beth había tenido de Giraud Nye, el joven Suli Schwartz, de nariz larga, cara angulosa y tan preocupado como siempre: dieciséis años y muy aburrido; hacia la izquierda y luego dos veces a la derecha estaban Petros Ivanov y sus dos hermanas, Irene y Katrin; luego el amor actual de Katrin, el moreno Morey Carnath–Nye; Jane Strassen, la de siempre, con aspecto de emperatriz viuda, de negro con toda una ostentación de plata; su hija, Julia Strassen, de verde, un vestido realmente sorprendente; el querido primo Patrick Carnath–Emory, que tenía mucho más de Carnath que de Emory y cuyas manos eran totalmente fofas, como de manteca, ya se estaba limpiando el pantalón; la hija de Patrick, Fideal Carnath, piel olivácea y hermosa; y su hijo de treinta y dos años, Jules, cuya paternidad todos habían atribuido a Giraud hasta que le hicieron un control genético y descubrieron que era nada menos que de Petros. Luego Robert Carnath–Nye y su hija la joven Julia Carnath; y, claro, Jordan y Justin Warrick, que parecían padre e hijo, excepto que si alguien había conocido a Jordan treinta años atrás, sabía que eran gemelos.

Vanidad, vanidad.

Jordan había tenido sus amoríos (¿quién no?). Pero cuando se trató de conservar su herencia, no había confiado en la naturaleza. Ni en las mujeres. Era la tentación de ser un dios, tal vez. O la idea de que, como era un Especial, podía producir otro.

Un ciudadano réplica no era un azi. Había considerables diferencias legales entre el joven Justin, por ejemplo, y el elegante y pelirrojo Grant, en la segunda mesa, tan, tan parecidos en tantas cosas, nacidos en el mismo laboratorio, apenas con un día de diferencia. Pero Justin, cabello negro, mandíbula cuadrada y diecisiete atractivos años, de hombros anchos, tan parecido a la imagen del Jordan joven, era CIUD 976–88–2355 RP, con CIUD, ese prefijo tan importante y el sufijo tan caro, Réplica del

Padre, réplica excepto por pequeños accidentes como la ruptura de la nariz de Jordan, la pequeña cicatriz en la mejilla de Justin y, claro, la personalidad y la habilidad. Cuando Justin era apenas un punto en un tanque-útero, el proyecto Bok había fracasado completamente, pero (a Ari le resultaba divertido) Jordan había pensado que sus cintas y sus genes podrían triunfar sobre todo.

El muchacho estaba bien. Pero no era Jordan. Gracias a Dios.

El número de Grant, en cambio, era ALX-972, experimental. Un diseño de Ari, estético al extremo y con excelentes antecedentes: otro grupo genético de un Especial. Sin embargo, por ciertos motivos legales, ella había corregido un fallo genético, y de paso había hecho activos ciertos genes recesivos estéticos hasta un punto que los descendientes legítimos de cierto biólogo algo miope, de cabello castaño y en absoluto atlético, hubieran encontrado sorprendente.

Y Grant no era biólogo. Un excelente estudiante de diseño de cintas, un Alfa capaz de trabajar con estructuras que le habían dado su identidad, estructuras en las que se basaba la diferencia legal, no en la sustitución de ciertas secuencias en el grupo genético ni en los úteros que los habían gestado.

Uno de los niños había terminado en brazos de su padre, en una cuna en la Casa, sin escuchar nada a veces; a veces enfrentándose al hecho de que Jordan Warrick pudiera estar ocupado, que una comida se atrasara o que hubiera ruidos que lo asustaran.

El otro había ido a parar a una cuna en la que a veces se escuchaba un corazón humano o una voz tranquilizadora, en la que la actividad estaba controlada, el llanto se medía y las reacciones se registraban con precisión de reloj, luego se sometió a cinta intensiva y a entrenamiento por cinta durante tres años, hasta que Ari le había pedido a Jordan que lo adoptara, un hecho frecuente. La adopción de los Alfa sospechosos era casi una regla y, en aquellos tiempos, la relación entre ella y Jordan era tormentosa pero profesional. Un miembro de la Casa con un hijo de la misma edad era una idea muy natural y un compañero Alfa constituía un premio muy grande en cualquier hogar, incluso en Reseune.

He depositado mucha confianza en Justin, le había dicho aquel día a Jordan. Formarían una buena pareja. Estoy dispuesta a dejar que lo sean, personalmente quiero decir, siempre que pueda continuar mis cintas y mis pruebas con Grant.

Y eso significaba que cuando el azi creciera tal vez podría pasar a cuidado de Justin, transformarse en su compañero, y esto implicaba que Ari confiaba en que el joven Justin estaría entre los pocos a quienes se concedía el permiso para trabajar con Alfas, que los niveles de Justin serían equivalentes a los de un Alfa.

Ari no se sorprendió del todo cuando la pareja funcionó bien. La corrección fue de rutina, menor y probablemente no afectaría la inteligencia del azi, aunque, dentro de ciertos parámetros, eso no le había preocupado demasiado al crear el grupo.

Era tan, tan conveniente tener un lazo con el problemático Jordan en aquellos años, no para información, ya que en realidad poco podía averiguar en la Casa un azi de trece años que ella no supiera antes.

Pero nunca podía saberse, tal vez sería útil algún día.

Ari terminó la ensalada, charló con Giraud mientras el personal retiraba los servicios y servía el siguiente plato: un buen jamón. Los cerdos terrestres eran muy frecuentes en Reseune, vivían de los restos de los jardines y granjas en número suficiente como para proveer genes para muchas otras granjas. Cerdos y cabras, los más antiguos y resistentes de los animales de ganadería de la Tierra, con suficiente sentido común como para no envenenarse con pasto nocivo nativo de Cyteen.

Los caballos y las vacas tenían una tendencia terrible a la autodestrucción:

—¿Sabes? —intervino ella, inclinada sobre el postre, un helado sencillo, agradable y perfumado—. Vamos a tener que hacer algunos ajustes importantes en el personal.

La cantidad de oídos atentos en la mesa fue extraordinaria. Resultaba sorprendente lo silenciosa que podía quedarse la habitación cuando, en realidad, ella sólo se estaba dirigiendo a Denys.

—No creo que se presenten dificultades con el proyecto de ley de Hope. —Ahora todos estaban escuchando y ya no fingían dedicarse a otra actividad. Ella sonrió a su Familia, bajó la cuchara y levantó la taza de café fuerte—. Ya sabes cómo interpretar eso. No hay dificultades. Olvídate de las noticias. Todo está bien y a tiempo, y nos espera un proyecto muy excitante, sin duda, un proyecto excitante, un establecimiento de psicología militar en Fargone, sin contar todo lo demás. Todo esto va a cambiar mucho el funcionamiento de nuestro laboratorio. Puedes felicitar a Jordan por preparar el terreno, en serio, por abrir el camino para el proyecto Hope, los nuevos laboratorios, todo. Jordan es quien debe recibir gran parte del mérito por esto.

Jordan se mantuvo inexpresivo.

—Dejémonos de poses. Estamos en casa, no frente a las cámaras.

Ari le sonrió, deslumbrante.

—Jordan, no te guardo ningún rencor. Lamento que eso te ofenda, pero has hecho a Reseune y a mí un gran favor. De verdad, no quiero quitarte el mérito que tienes.

—¡A la mierda con eso!

Ari rió con amabilidad y tomó otro sorbo de café.

—Jordie, querido, yo sé que preferirías haberlo organizado todo conmigo pero, dada la situación, Gorodin vino a verme y yo voy a concederte todo lo que pediste, servido en bandeja. Vas a tener ese puesto tan deseado, tú y todo el personal de tu ala que quiera ir a Fargone, tan pronto como se transmita la solicitud de enlace militar.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Yanni Schwartz.

—No digo que vaya a ser malo —dijo Ari con bastante honestidad, sonriente todavía—. No voy a sorprenderte, Yanni, Jordan me empujó. Creo que todos deberíais pensar en esto, todos los que queráis ir a la frontera y los que preferáis quedaros en las comodidades de Reseune, Dios sabe que algunos de nosotros echaríamos de menos el jamón y la fruta fresca. Pero las oportunidades valen la pena allá afuera, os lo aseguro. —Otro sorbo de café, lento, pensativo mientras observaba a Jordan con la mirada fija de un esgrimista—. El Ala Educacional de aquí seguirá funcionando, claro. Algunos de vosotros no podréis ir, supongo que lo comprenderéis. Tendremos que estructurarlo todo de nuevo, más bien duplicar el ala. —Una sonrisa un poco más amplia. Era una broma. Suli Schwartz se despertó, miró alrededor para ver si había que reírse—. Jordie, tendrás que dejar algunas recomendaciones.

—Claro —dijo Jordan—. Pero estoy seguro de que usarás tu propia lista.

Ella rió, para continuar con su tono amable.

—Sabes muy bien que lo haré. Pero te aseguro que respeto tus decisiones cuando puedo; después de todo, voy a suponer que cualquiera que figure en tu lista pedirá el traslado y que tú los querrás a ellos. Yanni, puedes hablar con Jordie sobre eso.

Tras los atentos rostros se escondía una preocupación creciente. El joven Suli pareció comprender por fin qué estaba sucediendo, tal vez por primera vez en toda su vida comprendía lo que era estar sentado en esa habitación en las Fiestas de Familia, y no con los jóvenes en el otro salón. Nadie se movía, ni la Familia ni los azi de las mesas circundantes.

Denys se aclaró la garganta con mucho ruido.

—Bueno —dijo—, bueno, Ari, después de todo... —Otra tos—. Creo que podríamos pedir algunas de esas galletas que nos sirvieron anoche, ¿no? Me apetecerían.

—Sí, ser —dijo un sirviente cerca de la puerta y salió deslizándose, mientras Denys agregaba *azúcar* a su café.

—Hummm, lo esencial es Reseune, ¿verdad? Ari, Jordie, Yanni, todos sentimos lo mismo: deseo de libertad para llevar a cabo nuestro trabajo. Todos odiamos los líos administrativos, es una terrible pérdida de tiempo y hay muchísimas cuestiones más importantes en nuestros escritorios que unas cuantas autoridades insignificantes que discuten en Novgorod. Estoy seguro de que decidir si los administradores de estación pueden tener mercancía en la estación o no tiene su importancia, pero no es el tipo de cuestión que debiera ocuparnos; quiero decir que la idea de los Departamentos no se organizó para impedir que gente valiosa llevara a cabo su trabajo. El Concejo no resulta muy molesto para Corain, Chávez o Bogdanovitch, claro, pero no considero conveniente tener a Gorodin esperando y Ciencias, Dios mío, Ciencias es una absoluta tragedia, quiero decir, Ari, es terrible que pierdas así tu tiempo y tu energía.

—No sé por qué —prorrumpió Jordan desde el extremo de la mesa mientras levantaba el vaso, con la rivalidad de plantear cuestiones ingeniosas en la sobremesa, una rivalidad tan antigua como la existencia de ambos en Reseune—, ya que Ari considera que todo el universo es su provincia.

Ari rió, una risa para salvar las apariencias. Todos se sintieron aliviados. Todos rieron, porque si no lo hacían la situación se convertiría en un Incidente. Nadie deseaba eso, ni siquiera Jordan.

—Bueno, tendrás tu oportunidad, ¿no crees? —dijo ella—. Toda la ruta Hope desde Fargone, y además trabajarás con viejos amigos, así que no te sentirás solo. Si yo tuviera unos años menos, Jordie, creo que no despreciaría la oportunidad; pero Denys tiene razón. Lo político ya está hecho, ya se ha fijado el curso, y estoy segura de que quiero seguir con mi trabajo y de que tú quieres empezar el tuyo. Me molesta poner otro trabajo administrativo en tus manos, pero realmente quisiera que me asesoraras como experto. Tienes que organizar otra ala Educacional aquí, es una verdadera oportunidad para que nos dejes tu herencia, Jordie, y te lo digo muy en serio.

—Ya he dejado mi herencia en la criogenia —dijo Jordan. Otra ronda de risas ansiosas—. ¿Quieres otra muestra?

Ari soltó una risita y tomó otro sorbo de café.

—¿Qué? Jordie, pensé que lo hacías de otra manera. Pero podemos tener otra fuente.

Justin se ruborizó. La gente se dio la vuelta para observarlo. Hubo otra risa, muy, muy leve.

—Estoy seguro de que Jordie va a cooperar —dijo Denys, que intervenía antes de que salieran a la luz los cuchillos; era la vieja norma de aquella habitación: nada desagradable. Lo más que se podía hacer allí era replicar con ingenio y no demasiado mordaz.

—Estoy segura de que sí —dijo Ari. Y luego, seriamente—: Tenemos que llevar a cabo una reestructuración. Voy a poner al Concejo en mi lugar y pienso que estarán más calmados ahora que tenemos en marcha los proyectos principales. No deberían presentarse complicaciones, ninguna. Supongo que puedo volar allí si me necesitan, Pero Denys tiene mucha razón: tengo ciento veinte años.

—Tienes algunos más —objetó Denys.

—Ah, sí, pero ya veo la pared, es verdad. —En la sala se había hecho el silencio de nuevo—. El proyecto Rubin *acaparará gran* parte de mi tiempo. No quiero parecer depresiva, pero vosotros sabéis tanto como yo que no me queda un tiempo infinito para hacer funcionar esto. Dejaré la mayor parte del proyecto Fargone en tus manos, Yanni. Pediré información de uno u otro departamento. Voy a supervisararlo yo misma porque quiero encargarme de ello de nuevo. Tal vez sea un poco de vanidad.

—Risita suave—. Voy a escribir mi libro, me dedicaré a la investigación y a hacer preparativos. El retiro, supongo.

—¡A la mierda con eso! —repitió Jordan.

Ella sonrió, cubrió la taza con la mano cuando el camarero quiso servirle más café.

—No, querido. Ya he tomado suficiente cafeína como para ir a mi habitación. Ahí es donde debo ir para empezar a pensar que el suelo está abajo y el techo arriba, ha habido demasiadas turbulencias sobre el Kaukash, ¿no? Me parece que en Novgorod no he dormido realmente. ¿Catlin?

Una silla se movió y allí estaban Catlin y Florian, con ella. Catlin le ayudó a separar la silla de la mesa.

—Buenas noches a todos —se despidió ella, y mientras las sillas se desplazaban y la gente empezaba a retirarse, le dijo a Florian en voz baja—: Dile a Grant que voy a reclamarlo.

—¿Sera?

—Lo necesito —dijo ella—. Dile que le he asignado un nuevo trabajo. Jordan nunca ha tenido la custodia legal sobre él. Seguramente se da cuenta de eso.

III

—Un momento —dijo el azi Florian justo en el momento en que Justin y Grant se alejaban tras Jordan y Paul entre el movimiento general de la familia y los azi.

—Más tarde —replicó Justin. El corazón empezó a latirle como siempre que se acercaba a Ari o a sus guardaespaldas para cualquier asunto que se apartara de las frías consultas laborales. Tomó a Grant por el brazo y trató de sacarlo por la puerta mientras Florian le bloqueaba el paso.

—Lo lamento mucho —insistió Florian y parecía sincero—. Sera quiere a Grant. Ahora está asignado a ella.

Durante un momento, Justin no comprendió lo que había oído. Sintió a Grant muy quieto bajo sus manos.

—Puede ir a buscar sus cosas —dijo Florian.

—Dile que no. —Estaban impidiendo que los Schwartz salieran de la habitación. Justin se movió hacia el salón, confuso, arrastrando a Grant con él, pero Florian seguía con ellos—. Dile, maldita sea, dile que si quiere mi cooperación, él se queda conmigo.

—Lo lamento mucho, ser —repitió Florian, la voz siempre amable, los ojos suaves—. Ella dijo que ya estaba hecho. Por favor, tiene que comprenderlo. Debe ir a buscar sus cosas. Catlin y yo lo cuidaremos lo mejor que podamos.

—No puede hacer esto —dijo Justin a Grant mientras Florian volvía hacia el salón donde Ari se retrasaba todavía. Sentía todo el cuerpo frío y la cena le daba vueltas por el estómago—. Espera aquí. —Su padre esperaba con Paul un poco más allá, en el vestíbulo, y Justin cruzó la distancia en unos doce pasos, sin revelar ansiedad; esperaba no demostrar más que una molestia comprensible y esperaba, sí, esperaba no estar tan pálido como se sentía—. Hay algo sobre un proyecto —le dijo a Jordan—. Tengo que ir a verlo.

Jordan asintió. Tal vez tenía preguntas que hacerle, pero la explicación de Justin parecía cubrirlas todas; el muchacho volvió hacia el umbral de la puerta donde lo esperaba Grant. Apoyó la mano sobre el hombro de su compañero al pasar y se dirigió hacia donde Ari conversaba con Giraud Nye.

Esperó unos segundos hasta que Ari deslizó la mirada sobre él deliberadamente, una llamada silenciosa; parecía estar diciendo algo para despedir a Giraud porque éste también lo miró y se fue.

Ari esperó.

—¿Qué es todo esto de Grant? —preguntó Justin cuando estuvieron frente a frente.

—Lo necesito —replicó Ari—, eso es todo. Es un material genético Especial, es importante para el trabajo que estoy haciendo y lo necesito eso es todo. Nada personal.

—Es personal. —Justin perdió el control de la voz, diecisiete años frente a frente con una mujer tan terrible como su padre. Hubiese querido golpearla. Y no podía hacerlo, nunca. En Reese Ari podía hacer lo que le diera la gana. A cualquiera. Ya había aprendido eso—. ¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere de mí?

—Ya te lo he dicho, no es nada personal. Grant puede trasladar sus cosas y le daré unos días para que se calme. Si trabajas en la misma ala podrás verle.

—¡Le va a aplicar cinta!

—Ésa es su labor, ¿verdad? Es un experimental. El paga su mantenimiento con las pruebas.

—Se mantiene con su trabajo como diseñador, maldita sea, no es uno de los sujetos de prueba, es... —Iba a decir *mi hermano*.

—Lamento que hayas perdido la objetividad en este asunto. Y sugiero que te calmes ahora mismo. Todavía no tienes permiso para manejar un Alfa y no vas a conseguirlo si no eres capaz de controlar mejor tus emociones. Si le has prometido cosas que no puedes cumplir, lo has manejado mal, ¿me comprendes? Tú le has hecho daño, no yo. Sólo Dios sabe qué más le habrás hecho. Ya veo que tú y yo vamos a tener una larga charla sobre lo que es un Alfa, lo que has hecho con él y si puedes tener o no ese permiso. Con la inteligencia no basta, muchacho, hace falta habilidad para pensar más allá de lo que crees y lo que deseas para ti mismo, y ya es hora de que lo aprendas.

—De acuerdo, de acuerdo, haré lo que usted quiera. El también lo hará. Pero déjelo conmigo.

—Cálmate, ¿me oyes? Cálmate. No voy a dejarlo con nadie que esté tan alterado. Y además... —Le dio un golpecito en el pecho—. Estás tratando conmigo, querido, y sabes muy bien que yo siempre consigo lo que quiero. Sabes que siempre pierdes puntos cuando te muestras demasiado a tu oponente, especialmente si se trata de un profesional. Ahora sécate los ojos, tranquilízate, llévate a Grant a casa y ocúpate de que se traiga todo lo que necesita. Sobre todo, cálmate y no lo asustes más de lo que está. ¿Has perdido tu sentido común?

—¡Mierda! ¿Qué quiere usted?

—Ya tengo lo que quiero. Haz lo que te he dicho. Trabajas para mí. Y mañana te mostrarás amable y respetuoso. Ahora, ve y cumple lo que te he ordenado.

—Yo...

Ari se dio la vuelta y se alejó por la puerta que llevaba al área de servicios y al ascensor; Catlin y Florian cerraban el paso a Justin, como azi, sin elección.

—Florian —llamó Ari desde lejos, impaciente, y Florian dejó a Catlin sola para

vigilar la puerta, lo cual era peor porque Catlin no tenía escrúpulos y Florian sí; ella le pegaría y muy fuerte si daba un paso más hacia el umbral.

—Váyase, joven ser —advirtió Catlin—. O tendré que arrestarlo.

Él se dio media vuelta con brusquedad y salió por la otra puerta hacia donde le esperaba Grant, pálido y silencioso, testigo de todo.

—Ven —dijo Justin y lo asió por el brazo. Por lo general encontraba una resistencia leve, humana, una tensión en los músculos. Ahora no notó nada. Grant se limitó a seguirlo, caminaba con él hacia donde él lo llevara sin pronunciar una palabra hasta que estuvieron en el vestíbulo y en el ascensor que conducía a las residencias del tercer piso.

—¿Por qué hace esto?

—No lo sé. No lo sé. No te asustes. Todo va a salir bien.

Grant lo miró y una frágil esperanza le golpeó las entrañas cuando el ascensor se detuvo.

Un vestíbulo otra vez y luego, el apartamento que compartían, en una zona residencial muy silenciosa, apenas transitada a esa hora. Justin sacó la tarjeta del bolsillo y la insertó con dificultad en la ranura. Le temblaba la mano. Grant tenía que darse cuenta.

—*Ninguna entrada desde la última vez que se usó esta llave* —dijo la voz suave del monitor.

Las luces se encendieron, ya que así había programado a su Cuidador cuando entraba a esa hora, todas las luces, desde la sala azul y beige al dormitorio.

—Grant está aquí —murmuró Justin y se encendieron las luces del dormitorio de Grant a través del arco, a la izquierda.

—Voy a buscar mis cosas —dijo Grant; el primer signo de dolor, una burbuja en la voz cuando preguntó—: ¿No deberíamos llamar a Jordan?

—Dios. —Justin lo abrazó. Grant se quedó allí, entre sus brazos, temblando espasmódicamente; y Justin estrechó el abrazo, tratando de pensar, de razonar más allá de la situación y de la ley de Reseune, según la cual no podía proteger al azi que había sido como un hermano para él desde que le alcanzaba la memoria.

Grant lo sabía todo, todo lo que Justin sabía. Grant y él eran iguales por completo, excepto por esa maldita x en el número de Grant que lo convertía en propiedad de Reseune mientras viviera.

Ari podía interrogarlo sobre Jordan, sobre todo lo que él supiera o sospechara, aplicarle cinta con una estructura y luego otra, colocar bloqueos en secciones de su memoria, hacer todo lo que quisiera, y no había forma de detenerla.

Era una venganza contra su padre. Era para tener algo con qué dominarlo, a él, que había pasado por su aptitud al ala de Ari y había sido transferido allí, como Grant. Que lo haga, le había dicho Justin a su padre. Que me ponga en su lista de

personal. No te enfrentes a ella. Está bien. No puedes buscarte problemas ahora, y tal vez sea un buen lugar para mí.

Porque entonces había pensado que su padre, preocupado por sus planes de conseguir un traslado (otra vez), podía perder demasiado si se enfrentaba a Ari.

Si ella te causa problemas, debes contármelo inmediatamente, le había dicho Jordan con la mayor severidad.

Había tenido problemas. Había tenido más que problemas desde su segundo día de trabajo en esa ala: una entrevista con Ari en su oficina. Ari demasiado cerca y tocándolo de una forma que había empezado siendo amistosa y que se había transformado en un contacto mucho más personal, mientras ella insinuaba con calma que además de sus notas en las pruebas había otras razones por las que había solicitado su traslado a su ala y que él y Grant podían aceptarla, que otros de sus ayudantes lo hacían, y que así funcionaban las cosas con su personal. De lo contrario, había insinuado, ella tenía formas de hacerle la vida muy difícil.

Él había sentido repugnancia y miedo; y aún peor, había comprendido la intención de Ari, la trampa, lentas provocaciones, él mismo como arma contra Jordan, una campaña para empujarlo hacia un incidente que le fuera útil. Así que había seguido con todo cuando ella le ponía las manos encima, y había tartamudeado sus informes mientras Ari se sentaba sobre el brazo de su sillón y le apoyaba la mano en el hombro. Ella le había pedido que fuera a su oficina a horas intempestivas, con la excusa de elaborar informes de personal, le había hecho preguntas, y él había respondido con un murmullo cosas que no quería contar, cosas que ni siquiera quería recordar porque nunca había tenido la oportunidad de hacer las cosas de que ella le hablaba y nunca en su vida había querido hacerlas; y sospechaba que sin cintas, sin drogas, sin nada excepto la propia inocencia de la víctima y su habilidad, Ari estaba retorciendo su vida por completo. Él podía defenderse si perdía la capacidad de impresionarse, si le contestaba, si participaba en el juego.

Pero era el juego de Ari.

—Ya se me ocurrirá algo —le dijo a Grant—. Tiene que haber una salida. Todo saldrá bien.

Y dejó que Grant fuera a sus habitaciones a hacer las maletas mientras él se quedaba solo en la sala, con un frío que le calaba los huesos. Quería telefonar a Jordan, pedirle consejo, preguntarle si había algo legal que pudieran hacer.

Pero seguramente Jordan iría directamente a la oficina de Ari a negociar la libertad de Grant. Y entonces Ari jugaría otras cartas, como las cintas de esas sesiones en su oficina.

Ah, Dios, y entonces Jordan iría directamente al Departamento de Ciencias y empezaría una lucha que rompería todos los acuerdos que había conseguido y se lo haría perder todo.

Pedir datos a los ordenadores de la Casa sobre la ley, pero no se atrevía a usarlos: todas las conexiones se grababan. Todo dejaba huellas. No había forma alguna de que Reseune perdiera un desafío abierto. Él no sabía el alcance del poder político de Ari, pero era consciente de que se trataba de un poder lo bastante influyente para poder abrir nuevas rutas de exploración, subvertir compañías en estaciones estelares muy distantes y afectar el comercio directo con la vieja Tierra; y ésa era sólo la parte visible.

Más allá del arco, oyó el ruido de la puerta del baño, vio a Grant apilando la ropa sobre la cama.

De pronto supo adonde iría Grant, por el camino que habían soñado de niños, sentados en la orilla del Novaya Volga mientras enviaban botes fabricados con latas viejas sobre las aguas para que la gente de la ciudad se maravillara. Y más tarde, algunas noches en que habían hablado sobre el traslado de Jordan, sobre la posibilidad de que los hicieran quedarse hasta que Jordan pudiera sacarlos de allí.

Ahora era el peor momento, pensó Justin y no, el asunto no era como lo habían planeado, pero se trataba de la única oportunidad de que disponían.

Fue hasta la habitación de Grant, le puso un dedo sobre los labios para que no hablara porque había controles de Seguridad: Jordan se lo había dicho. Cogió a Grant por el brazo, lo llevó con rapidez y cuidado a la sala, hacia la puerta, cogió su chaqueta del baño, había que hacerlo, en el exterior la temperatura era casi de congelación, la gente iba y venía de ala en ala al aire libre, era lo bastante normal. Le dio su chaqueta a Grant y lo condujo al vestíbulo.

¿Adónde?, decía la mirada preocupada de Grant. *Justin, ¿estás haciendo algo estúpido?*

Justin lo tomó del brazo y lo llevó por el pasillo hacia el ascensor.

Apretó la T, para el nivel del túnel. El ascensor descendió. Dios, que no haya paradas.

—Justin...

Él apretó a Grant contra la pared del ascensor, lo mantuvo allí quieto y no le importó que Grant fuera un poco más alto.

—Cállate —le dijo—. Es una orden. Ni una palabra. Nada. ¿Me oyes?

Nunca le hablaba así a Grant. Nunca. Estaba temblando. Grant apretó la mandíbula y asintió, aterrorizado, mientras la puerta del ascensor se abría sobre el hormigón sucio de los túneles de tormenta. Justin arrastró a Grant, lo apretó contra la pared de nuevo. Ésta vez con más calma.

—Ahora oye. Vamos a ir a la Ciudad...

—Yo...

—Óyeme. Quiero que te pongas en blanco. Estado profundo, hasta el fondo. Ahora mismo. Hazlo. Y quédate así. Es una orden, Grant. Hazlo aunque nunca lo

hayas hecho antes. ¡Ahora! ¿Me oyes?

Grant respiró hondo, y su rostro quedó vacío de expresión en dos inspiraciones desesperadas.

Ya no estaba aterrorizado. Se sentía seguro:

—Bien —dijo Justin—. Ahora ponte la chaqueta y ven.

Otro ascensor hacia el ala de Administración, la más antigua; hacia atrás por el ala vieja de las cocinas de Ad, donde el turno de noche limpiaba los cacharros de la cena y preparaba el desayuno para el servicio de suministros. Era la ruta de escape que habían usado todos los niños de la Casa tarde o temprano: a través de las cocinas, donde estaban los hornos, donde el aire acondicionado nunca era suficiente, donde una generación tras otra de personal dejaba abierta la puerta de emergencia con latas de basura para que entrara algo de brisa. Los trabajadores de la cocina no solían informar que los niños salían por allí, no a menos que alguien lo preguntara, y Administración no detenía esa práctica: que los vagabundos y pillos CIUD juveniles pasaran junto a testigos que, si les preguntaban, dirían inmediatamente que sí, que Justin Warrick y su azi habían pasado por aquella puerta, pero no hasta que advirtieran su ausencia.

Shhh, hizo a los azi de la cocina que lo observaron con sorpresa y algo asustados por lo tardío de la hora y la edad de los fugitivos, más crecidos que la mayoría.

Más allá de las latas de basura y por la escalera, hacia la oscuridad congelada.

Grant llegó hasta Justin junto al refugio de la bomba, que era el primer lugar para ocultarse sobre la colina justo antes de que ésta descendiera rápidamente hacia el camino.

—Iremos por allá —dijo Justin—. Vamos a tomar el barco.

—¿Y Jordan? —objetó Grant.

—Él estará bien. Vamos.

Echó a correr y Grant le imitó, bajando la colina en transversal para llegar al camino. Luego, empezaron a andar a un ritmo más normal a través de las iluminadas intersecciones de los depósitos, los talleres, las calles de la Ciudad baja. Los escasos guardias que había despiertos a esa hora estaban en los perímetros y se ocupaban de las vallas y los informes del tiempo, no de dos muchachos de la Casa que avanzaban hacia el camino del aeropuerto. La panadería y los molinos funcionaban a pleno rendimiento toda la noche, pero estaban lejos, al otro lado de la Ciudad, un brillo distante de luces cuando pasaron la última barraca.

—¿Jordan llamará a Merild? —preguntó Grant.

—Confía en mí. Sé lo que estoy haciendo.

—Justin...

—Cállate, Grant. ¿Me oyes?

Llegaron al extremo del puerto. Las luces del campo estaban apagadas, pero el faro seguía emitiendo su firme luz estroboscópica de siempre a la oscuridad de un mundo casi vacío. A lo lejos, se distinguían con claridad los depósitos de flete y el enorme hangar de las LINEAS AÉREAS RESEUNE, muy iluminados, con el personal nocturno y de mantenimiento alrededor de un avión comercial.

—Justin, ¿Jordan lo sabe?

—Se las arreglará. Ven.

Justin volvió a correr para que Grant no pudiera hacerle preguntas. Avanzaba por el camino que transcurría al final de la pista hacia el muelle y por el puente de hormigón hacia los depósitos bajos junto al río.

Nadie cerraba las puertas en el pequeño refugio de botes. No era necesario. Justin empujó la puerta del almacén prefabricado y se encogió al oír el crujido. En el interior, restos de hierro murmuraron, vacíos, bajo sus pies. El agua golpeaba y lamía los pilares y amarraderos, y las estrellas se reflejaban, húmedas, alrededor de las siluetas de los botes. Todo el lugar olía a agua de río y a aceite, y el aire quemaba de tan frío.

—Justin —dijo Grant—. Por amor de Dios...

—Todo va bien. Te vas exactamente como lo planeamos.

—Yo me voy...

—Yo no me voy. Tú sí.

—¡Estás loco! ¡Justin!

Justin subió al bote más cercano, abrió la puerta de la cabina presurizada y no le dejó otra alternativa que seguirlo con sus objeciones.

—Justin, si te quedas, te pueden arrestar.

—Y si te llevo, no habrá ninguna posibilidad de que me concedan el permiso para estar contigo, ya lo sabes. Así que no estoy aquí esta noche. No sé nada de esto. Vuelvo, digo que nunca dejé mi habitación, ¿cómo voy a saber adonde te fuiste? Tal vez te comió un escamado y tuvo indigestión. —Tocó el arranque, controló las marchas, las palancas, una por una—. Ahí está, todo está lleno, las baterías cargadas. Es hermoso ver cómo cuidan las cosas aquí, ¿verdad?

—Justin. —La voz de Grant temblaba. Tenía las manos en los bolsillos. El aire era cortante cerca del agua—. Escúchame ahora, pongamos un poco de sentido común en todo esto. Soy azi. Me pasaban cintas ya en la cuna, por Dios. Si ella me aplica algo, puedo manejarlo, puedo entender las estructuras y decirte si hay errores.

—¡A la mierda con eso! No puedes.

—Puedo sobrevivir a las pruebas, pero Ari no puede recortar mi Contrato, de ninguna forma. No hay un código para hacerlo. Sé que no lo hay, conozco mis estructuras, Justin. Olvidemos esto, subamos la colina y pensemos en otra forma de solucionarlo. Si las cosas se ponen feas, siempre nos quedará esta opción.

—Cállate y escucha. Recuerda cómo organizamos esto: las primeras luces que veas a tu derecha todavía son Reseune; es la estación número diez de precipitados. Las luces a la izquierda unos dos clicks más adelante son Moreyville. Si avanzas totalmente a oscuras puedes llegar antes de que Ari se entere y es una noche muy clara. Recuerda, quédate en el centro del canal, es la única forma de no tropezar con las barras. Y por Dios, ten cuidado con los troncos sumergidos. La corriente viene de la izquierda cuando llegas al Kennicutt. Dobla en esa corriente y las primeras luces que veas después de dos o tres horas serán de los Kruger. Les dices quién eres y les das esto. —Encendió una linterna de luz suave para leer mapas y escribió un número en el papel que había sobre el tablero. Debajo del número escribió: MERILD—. Diles que llamen a Merild, no importa la hora que sea. Cuando llegue Merild dile... dile que Ari está chantajeando a Jordan a través de mí, maldita sea, y eso es todo lo que necesita saber. Dile que no podré ir hasta que mi padre quede libre, pero que tenía que sacarte de aquí, tú eres un rehén demasiado valioso para presionar a Jordan. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Grant con voz desmayada, como un azi.

—Los Kruger no te traicionarán. Diles que les doy permiso para que hundan el bote si es necesario. Es de Emory. Merild se ocupará de todo lo demás.

—Ari llamará a la policía.

—Está bien. Que lo haga. No trates de pasar el Kennicutt. Si tienes que hacerlo, el próximo lugar por el Volga es Avery, y eso te llevará toda la noche o más; ella podría interceptarte. Además, estarías dentro del sistema legal de Cyteen y la policía, y ya sabes lo que eso puede representar. Tienes que detenerte en Kruger. —Justin miró el rostro de Grant en el brillo apagado de la luz de mapas y de pronto se dio cuenta de que tal vez no volvería a verlo—. Ten cuidado. Por Dios, ten cuidado.

—Justin. —Grant lo abrazó con fuerza—. Ten cuidado tú también. Por favor.

—Empujaré el bote. Vete. Deja las velas abajo.

—El otro bote... —dijo Grant.

—Yo me ocuparé de eso. ¡Vete!

Justin se dio la vuelta y salió por la puerta, saltó al muelle y luego a la grava llena de ruidos. Soltó las amarras, las arrojó sobre el bote, empujó la quilla con el pie y con las manos hasta que el bote flotó, libre, rozando las gomas que protegían el muelle. Luego viró, inerte y oscuro, y tomó la corriente que lo alejó de los muelles, siguiendo el ritmo del río hasta que viró de nuevo.

Justin abrió el segundo bote y sacó la tapa del motor.

El arranque era electrónico. Sacó el panel de control hecho en tecnología de estado sólido, le quitó la cubierta, cerró el gancho detrás de él y arrojó el panel al agua antes de saltar entre el bote y la reja metálica del muelle.

En ese momento, oyó la tos distante, sorda, del motor del bote de Grant.

Sólida, alejándose.

Abandonó el muelle y el refugio, cerró la puerta y corrió. Era peligroso estar junto al río, en la oscuridad, peligroso en un lugar tan poco controlado donde algo nativo podría haberse adentrado en Reseune, hiedras en las zanjas, seres que volaran por el aire, cualquier cosa. Trató de no pensar en ello. Corrió, tomó el camino de nuevo y anduvo mientras sentía una punzada en el costado. Esperaba conmoción. Esperaba que alguien del turno de noche en el aeropuerto hubiera descubierto el bote u oído el ruido del motor. Pero el trabajo en los hangares era muy ruidoso. Tal vez alguien tenía una grúa eléctrica en marcha. Tal vez pensaron que era un bote de Moreyville o del alto Volga con el motor un poco estropeado. Y las luces brillantes los cegaban.

Hasta ese momento, la suerte les había acompañado.

Se sentó un rato en los escalones; le castañeteaban los dientes mientras trataba de pensar y daba tiempo al bote para que adelantara un poco su camino. Pero si permanecía ahí toda la noche, comprenderían sin duda que era su cómplice.

Si él les daba alguna pista...

Todo caería sobre los hombros de Jordan.

Así que no podía hacer absolutamente nada excepto usar su llave y activar las alarmas silenciosas, que para entonces debían estar conectadas.

Seguridad fue a su encuentro en el vestíbulo de las cocinas.

—Ser —dijo el azi que estaba a cargo—, ¿de dónde viene usted?

—Tenía ganas de pasear —respondió—. Eso es todo. Bebí demasiado y quería tomar el fresco.

El azi llamó a la oficina de Seguridad; Justin esperó, y observó la cara del hombre, para ver cómo cambiaba cuando le dieran una orden. Pero el azi simplemente asintió.

—Buenas noches, ser.

El se alejó, las rodillas flojas, subió por el ascensor y luego caminó por el pasillo solitario hasta su apartamento.

Las luces se encendieron.

—*Ninguna entrada desde la última vez que se usó esta llave* —cantó la dulce voz del Cuidador.

Justin fue a la habitación de Grant. Recogió las cosas y volvió a colocarlas en el armario y en los cajones. Encontró objetos extraños y pequeños entre las posesiones de Grant: un recuerdo que Jordan había traído de unas vacaciones en Novgorod; un pedazo curioso y barato de material del espacio del carguero *Kittyhawk* que Jordan había comprado en el aeropuerto de Novgorod para Grant, a quien se le había negado el permiso para hacer el viaje; una foto de los dos, de hacía cuatro años, Grant, la piel pálida, flaco y totalmente pelirrojo, y Justin con aquel estúpido sombrero que

entonces le había parecido de persona mayor, cavando en el jardín con el azi; otra foto de los dos a los diez años, de pie sobre el cerco del ganado vivo, descalzos, los dedos gordos enroscados como los de las palomas sobre el alambre, los brazos debajo del mentón, los dos sonriendo como tontos.

Dios. Era como si le hubieran cortado un miembro y el dolor, el horror, la angustia, sin llegar al cerebro todavía, le hubieran golpeado las entrañas, y eso le indicaba que se sentiría mucho peor después.

Ahora lo llamaría Ari, no le cabía ninguna duda.

Volvió a la sala, se sentó sobre el sillón, se abrazó a sí mismo y miró las formas de la madera de la mesa, cualquier cosa menos cerrar los ojos y recordar el bote y el río.

O pensar en Ari.

¿*Sólo Grant?*), preguntaría Merild cuando recibiera el mensaje telefónico. Merild se preocuparía. Merild tal vez llamaría a Reseune, e intentaría hablar con Jordan; Justin no podía permitirlo: trató de pensar lo que diría, cómo lo encubriría. Grant tal vez contaría a Merild lo suficiente para hacer que éste empezara a pensar en un rescate; pero, por Dios, si el asunto de Ari con él llegaba a oídos de Jordan, ya fuera a través de Grant, de Merild o de Ari misma, y si Jordan estallaba...

No. Jordan era demasiado astuto para hacer algo sin pensarlo muy bien.

Pasó el tiempo. El aire del departamento parecía tan frío como el del exterior; Justin quería ir a acostarse y taparse con las mantas, pero le pidió más calor al Cuidador y se quedó en la sala, luchando por mantenerse despierto, con miedo de pasar por alto una llamada.

Nadie llamó.

Muchos botecitos salían de un puerto y nunca llegaban a otro, eso era todo. Les pasaba incluso a los pilotos más experimentados.

Pensó en cada uno de los pasos que había seguido, en cada elección que había hecho, una y otra vez. Pensó en llamar a Jordan y contárselo todo.

No, se dijo. No. Él mismo lo arreglaría con Ari. Jordan necesitaba ayuda, y el plan funcionaría sólo si Jordan continuaba ignorándolo.

IV

Pasó un avión. Grant lo oyó por encima del ruido continuado de su propio motor y las manos se le llenaron de sudor en el timón mientras avanzaba por el centro del río, su velocidad media acelerada por la corriente. No llevaba las luces encendidas, ni siquiera la pequeña luz de los mapas sobre el tablero, porque temía que lo descubrieran. No se atrevía a aumentar la velocidad del motor porque tenía miedo de ensanchar el rulo ancho y blanco de la estela y de que eso lo hiciera visible a los ojos de sus perseguidores.

El avión pasó y se perdió en la oscuridad, a lo lejos.

Pero al cabo de un rato, volvió trazando un círculo; Grant lo vio venir por el río a sus espaldas, con una luz de búsqueda jugando sobre las aguas negras.

Puso la válvula de estrangulación al máximo y sintió cómo el suave movimiento del bote se convertía en una vibración creciente de oleaje. A la mierda con la estela y con los restos flotantes que habían hundido muchos botes sobre el Novaya Volga.

Si habían enviado botes desde Moreyville o desde el otro extremo de Reseune y si alguien en esos botes llevaba un revólver, los disparos atravesarían la cabina, romperían el bote fatalmente aun si no le herían a él o atravesarían el casco y golpearían los tanques de combustible, pero tal vez sólo querrían agujerear el bote y aminorar su marcha con el agua de los compartimentos estancos. Si tenían elección, lo querrían vivo, estaba seguro.

El no quería perjudicar a Justin, ésa era su primera determinación: que no pudieran utilizarlo contra Justin ni contra Jordan. Y después de eso, hasta un azi tenía derecho a mostrarse egoísta.

El avión rugió justo sobre su cabeza y las cubiertas se llenaron de luz, de brillo cegador a través de las ventanillas de la cabina. El rayo duró un instante y lo dejó medio ciego en la brusca oscuridad. Vio que los árboles del otro lado del río se iluminaban, el gris pálido del follaje nativo contra la noche.

De pronto, la proa giró bruscamente a estribor y la visión llena de luz de la orilla apareció sobre la proa, más allá del rayo. En un momento de terror, Grant pensó que tal vez la hélice se había trabado, pero luego comprendió que había entrado en la corriente, la entrada del Kennicut en el Volga.

Soltó el timón, ciego todavía excepto por la visión pasajera de la orilla boscosa del otro lado. Podía dirigirse hacia tierra. No se atrevió a encender las luces.

Luego vio la sombra de los acantilados de la orilla, árboles altos y negros contra el cielo de la noche a ambos lados de un espacio abierto de agua iluminada por las estrellas.

Se acercó a la orilla, el bote tembló y se detuvo bruscamente al chocar la quilla con un banco de arena y el golpe lo arrojó con violencia cuando perdía el control.

Se aferró al tablero, vio una pared negra frente a él y viró el bote al máximo.

Algo golpeó contra la proa y raspó hacia babor. Un resto flotante. Un banco de arena y un tronco tal vez. Lo oyó pasar, vio el agua clara frente a él y suplicó a Dios que el río donde se encontraba después del incidente fuera el Kennicutt y no el Volga. No lo sabía. Parecían idénticos, sólo agua negra que lo miraba con los ojos de las estrellas.

Se arriesgó a encender la luz de mapas un instante para echar un vistazo a la brújula. Se dirigía al noreste. El Volga podía tomar esta dirección, pero pensaba que debía de ser el Kennicutt. El avión no había vuelto. Tal vez los había confundido la maniobra y por suerte él no estaba navegando con el Localizador en funcionamiento. Así tenía suficiente poder para conseguir que la estación Cyteen lo persiguiera y el rayo de ese avión podría guiar con bastante exactitud a los satélites de vigilancia geosincrónicos. Pero, por lo que sabía, los Localizadores no tenían capacidad de disparo, y esperaba poder ser más rápido que cualquier misión desde Moreyville o más abajo que el Volga.

Las primeras luces después del cruce, había dicho Justin. Dos, tal vez tres horas sobre un río que no tenía otra colonia en sus orillas. La estación de los Kruger era un puesto minero, casi totalmente automático, en el que todos se relacionaban con todos; los azi que llevaban allí conseguían antes de un año sus documentos de CIUD además de una parte de las acciones de las Minas Kruger, y una asignación que era un sueño, el tipo de lugar que los azi se murmuraban unos a otros que existía si uno era muy, muy bueno...

Y si se tenía el Contrato disponible, claro.

Nada de eso existía para un azi de diecisiete años con una x en el número, y el sentido político que podía llegar a tener un muchacho que vivía en Reseune y en la Casa le indicaba que lo que había hecho Justin para salvarlo era una locura desde cualquier punto de vista.

Le indicaba que los Kruger tal vez habrían dado la bienvenida a un Warrick y a un azi bajo un Contrato de Warrick, pero que había buenas razones para que no quisieran al azi solo.

Ya vería.

Cuanto más tiempo lo pensaba, más comprendía que él mismo representaba un peligro, excepto por lo que pudiera saber sobre Reseune, Ari y el asunto Warrick; la gente tal vez insistiría en que lo contara y él no tenía instrucciones al respecto. Era un Alfa, pero era joven y era azi, y todo lo que había aprendido le confirmaba que sus respuestas eran condicionadas, su conocimiento limitado, sus razonamientos potencialmente erróneos. (Nunca te preocupes por tus cintas, le había dicho Jordan

con amabilidad. Si alguna vez te parece que estás en problemas, ven a verme y dime lo que crees y lo que sientes, y yo encontraré la respuesta por ti. Recuerda que tengo tus planos. Todo está bien).

En aquella época Grant tenía siete años. Había llorado en brazos de Jordan, lo cual le había avergonzado, pero Jordan le había acariciado la espalda y lo había abrazado como hacía con Justin, lo había llamado su otro hijo y le había asegurado que hasta los hombres nacidos por medios naturales cometían errores y se sentían confundidos.

Eso lo había consolado y aturcido: saber que los hombres habían evolucionado en la Tierra por ensayo y error, y que cuando Ari había decidido que él debía existir, hizo lo mismo. Ensayo y error. Y éste era el significado de la x para un niño de siete años.

Entonces no comprendió que su auténtico significado era que Jordan no podía concederle lo que le prometía y que su vida pertenecía a Reseune y no a Jordan. Se había aferrado a ese «mi otro hijo» como al aire y a la luz del sol, un nuevo horizonte de existencia.

Luego, había ido creciendo, y cuando él y Justin tenían doce años y Justin descubrió a las chicas, Grant comprendió que el sexo cambiaba las cosas en gran medida.

—¿Por qué? —le había preguntado a Jordan y éste le había acompañado hasta la cocina, apoyándole el brazo sobre los hombros, mientras le explicaba que un Alfa siempre estaba mutando las instrucciones que le proporcionaban las cintas, que un Alfa era muy brillante, y que su cuerpo estaba cambiando y desarrollándose, y que debería ir a ver a los azi que se especializaban en eso.

—¿Y si dejas a alguien embarazada? —le había preguntado él.

—No lo harás —había dicho Jordan. Entonces no se atrevió a preguntar por qué, aunque después se había arrepentido—. Simplemente no puedes ir y cortejar a cualquier miembro de la Casa. No tienen permiso.

El se había enfurecido. Y pensaba que había algo irónico en el asunto.

—¿Y eso es porque soy un Alfa? Quieres decir que cualquiera que vaya a la cama conmigo...

—Debe tener permiso. No se consigue el permiso a tu edad. O sea que debes descartar a las chicas de tu edad. Y no quiero que duermas con la vieja tía Mari, ¿de acuerdo?

Éste comentario le había parecido casi gracioso. En aquella época, Mari Warrick estaba decrepita, al final de la rejuv.

Luego le pareció menos gracioso. Resultaba difícil permanecer frío con una chica Carnath que le ponía las manos donde no debía y se reía en su oído y decir, como se suponía que era su obligación:

—Lo lamento, sera, no puedo.

Mientras Justin, el pobre Justin, conseguía sólo risitas y evasivas, porque él era de la Familia; y el azi de Justin era un juego divertido, o lo habría sido de haber sido un Beta.

—¿Préstamelo, quieres? —le había dicho sin ambages Julia Carnath a Justin en presencia de Grant, cuando éste sabía muy bien que Justin estaba cortejando a Julia para sí mismo. Grant había deseado que se lo tragara la tierra. Pero sólo se había puesto pálido y tenso, y todavía más cuando Justin lo miró después y le contó que Julia lo había rechazado.

—Tú eres más atractivo —se había quejado Justin—. Ari te hizo perfecto, maldita sea. ¿Qué posibilidades puedo tener yo?

—Yo preferiría ser tú —había contestado él con voz débil mientras se daba cuenta por primera vez de que lo que decía era cierto. Y había llorado, por segunda vez en su vida, según recordaba, lloró aunque no sabía la razón excepto que Justin le había tocado un nervio sensible. O una estructura de cinta.

Porque él estaba hecho de las dos cosas.

Nunca se había sentido seguro después de este incidente, hasta que Jordan le había dejado ver las estructuras de sus propias cintas cuando cumplió dieciséis años y empezaba sus estudios avanzados en diseño. Había comprendido lo bastante sobre las estructuras de cinta *sin ayuda y Jordan había abierto el libro y le había dejado ver de qué estaba hecho; y él no había descubierto ninguna línea indicativa de que podía tener miedo del sexo.*

Pero los Alfas mutaban su condición constantemente. Era una prueba de equilibrismo sobre un abismo de caos. Nada podía dominar a nada. Equilibrio en todo, el mundo se transformaba en caos.

Disfunción.

Un azi que se convirtiera en su propio consejero se estaba buscando problemas. Un azi era algo tan terriblemente frágil. Y mostraba una gran tendencia a meterse en situaciones que no podía dominar, en juegos mayores de los que nadie se hubiera molestado en enseñarle.

¡Maldición, Justin!

Se enjugó los ojos con la mano izquierda y manejó el timón con la derecha, tratando de fijarse bien en la dirección que estaba tomando. Estaba actuando como un tonto, se dijo a sí mismo.

Como un hombre. Como si yo fuera uno de ellos.

Se supone que soy más inteligente. Se supone que soy un genio, maldita sea. Pero las cintas no funcionan así y no soy lo que ellos pretendían que fuera.

Tal vez no uso lo que tengo en mí mismo.

¿Por qué no hablé con más firmeza? ¿Por qué no arrastré a Justin a ver a su padre

aunque tuviera que pegarle para hacerlo?

Porque soy un azi, por eso. Porque me falta determinación cuando alguien actúa como si supiera lo que está haciendo y dejo de usar la cabeza, por eso. ¡Mierda, mierda, mierda! Debería haberlo detenido, debería haberlo arrastrado a bordo conmigo, debería habérmelo llevado con los Kruger y ponerlo a salvo, y entonces él habría podido protegernos a los dos; y Jordan estaría libre para actuar. ¿En qué estaba pensando Justin?

¿En algo que no alcancé a comprender?

Maldita sea, éste es el problema, no tengo confianza, siempre quiero estar seguro antes de hacer algo y me quedo bloqueado, sólo obedezco órdenes, porque esas cintas me clavan sus garras. Nunca me dijeron que dudara, sólo me obligan a ello, eso es todo, porque las cintas están seguras, están tan seguras, mierda, y nada es así en el mundo real.

Y por eso nunca nos decidimos. Conocemos algo que nunca duda y los hombres no lo conocen. Y éste es nuestro problema.

El bote golpeó con algo que hizo saltar la cubierta y Grant soltó el timón primero y después corrigió la ruta, con furia, cubierto de sudor.

Tonto, tonto, tonto. De pronto comprendió el sentido y casi olvidó el bote, que es el tipo de reacción que tienen los hombres, diría Justin, todos; y así estaban las cosas, una segunda verdad universal en sesenta segundos. Su mente trabajaba bien o estaba tan asustado que funcionaba más rápido de lo normal, porque de pronto se le ofreció la imagen de lo que era ser un hombre, y ser un tonto además de entenderlo todo; uno tenía que tragarse las dudas y jugarse el todo por el todo, como le había dicho Jordan tantas veces. Las dudas no son cinta. Son la vida, hijo. El universo no se va a derrumbar si tú te equivocas. Ni siquiera se derrumba si te rompes el cuello. El único que desaparece es tu propio universo privado. ¿Entiendes?

Creo que sí, había respondido él. Pero era mentira. Hasta ese momento, hasta que no lo tuvo ante los ojos. *Soy libre, pensó. Aquí, entre este lugar y las minas Kruger soy libre, estoy solo por primera vez en mi vida.* Y luego pensó: *No estoy seguro de que me guste.*

Tonto. Despierta. Presta atención. Ay, Dios mío, ¿está volviendo el avión?

Una luz apareció de pronto tras él.

Un bote. Dios, Dios, es un bote.

Hizo girar la válvula de estrangulamiento. El bote levantó la proa y rugió por el Kennicutt. Él encendió las luces. Brillaron sobre el agua negra, sobre un agua llena de corrientes; las orillas estaban más cercanas que en el Volga, riberas inundadas por las formas alargadas de los espíritus llorones, árboles que tendían a romperse con la edad y la podredumbre, árboles que arrojaban enormes pedazos de madera muerta al río y que se convertían en peligros más terribles que las rocas para la navegación, porque

flotaban y se movían continuamente.

Las luces eran mejor que navegar a ciegas, se dijo.

Pero tal vez habría armas a sus espaldas. Tal vez un bote más veloz que el suyo. Le hubiera sorprendido saber que Moreyville disponía de algo así, le hubiera sorprendido mucho, pensó, con un nudo frío de miedo en el estómago mientras miraba la luz que parpadeaba en un meandro del río y que luego reaparecía por su espejo retrovisor.

Un bote de la estación diez, tal vez; tal vez ese sector de Reseune tenía botes. No lo sabía.

Miró hacia delante. Hacia el centro del canal, tal como le había indicado Justin. El al menos había conducido en alguna ocasión el bote ida y vuelta hasta Moreyville, y luego a la estación diez; y había hablado con los habitantes de Moreyville, que habían recorrido todo el río hasta Novgorod.

Justin le había hablado de eso, y entonces Grant recordó la parte de Novgorod, porque eso era lo que le llamaba la atención. El y Justin, hablando sobre llevar un bote a lo lejos un día, con sólo ponerlo sobre la corriente, río abajo.

Timoneó con furia alrededor de un tronco que flotaba con una rama en alto.

Todo un árbol, ése. Vio la masa de podredumbre que seguía como una pared de arbustos enredados junto al bote y volvió a girar, desesperado.

Dios, si uno de esos se acercara flotando de costado y la proa se enganchara...

Siguió adelante.

Y la luz siguió detrás de él hasta que vio las otras luces, esas que le había prometido Justin, brillando a la derecha, sobre la oscuridad... Emboscada, pensó un instante después de haberlas visto, porque ahora todo era una trampa, todo era un truco del enemigo.

Pero estaban demasiado arriba, eran demasiadas: luces que brillaban detrás de la pantalla de espíritus llorones y árboles de papel, luces que quedaban demasiado alejadas para estar en el río, luces rojas sobre las colinas, como aviso para los aviones de los obstáculos de las torres de los precipicios.

Luego se le aflojaron las rodillas y le empezaron a temblar los brazos. La luz que estaba detrás había desaparecido cuando volvió a mirar; y por primera vez pensó en ponerse la nota de Justin en el bolsillo y tomar el papel que había debajo en caso de que alguien devolviera el bote a Reseune.

Miró alrededor, buscando un muelle, y se asustó cuando la luz le mostró una pared baja y oxidada sobre la orilla, y otra, más adelante.

Barcazas, pensó de pronto. Kruger era un establecimiento minero. Había barcazas, aunque no tan grandes como las que venían del norte; pero todo el lugar era un puerto y había un embarcadero para los botes pequeños, una escalera que llevaba de un muelle bajo hacia uno alto, lo cual significaba que ya no estaba en zona

deshabitada y podía hablar por radio. Pero no lo hizo. No creía que fuera prudente usar la radio, porque Justin no le había dicho nada al respecto, y de todos modos no estaba seguro de saber cómo funcionaba. Así que se limitó a hacer sonar la bocina, una y otra vez, hasta que alguien encendió las luces del puerto y la gente se acercó a ver lo que les había llegado por el río.

V

—*Tienes una llamada* —dijo el Cuidador y Justin se despertó del sueño en que había caído sin darse cuenta, acostado toda la noche en el sillón de la sala; el sonido hizo que se apoyara en el codo y el brazo y luego, mientras el Cuidador conectaba y atendía la llamada, sobre sus pies.

—Estoy aquí —dijo en voz alta al Cuidador, y oyó que éste repetía al teléfono:

—*Justin está aquí. Un momento, por favor.*

Justin se pasó la mano por la cara áspera por la poca barba que tenía, y por los ojos que se negaban a abrirse.

—Estoy aquí —dijo con el corazón en un puño. Esperaba malas noticias.

—Buenos días —saludó—. Lamento molestarte a estas horas, Justin, pero ¿dónde está Grant?

—No lo sé —respondió. *Hora. ¿Qué hora es?* Se frotó los ojos y trató de enfocar los desvaídos números del reloj en la consola de la pared. *Cinco de la mañana. Tiene que estar con Kruger ahora. Tiene que haber llegado*—. ¿Por qué? ¿No está contigo? —Miró más allá del arco, donde las luces todavía estaban encendidas, donde la cama de Grant aparecía intacta, prueba palpable de que todo era cierto, Grant se había marchado, todo lo que recordaba había pasado.

No puede ser que lo hayamos logrado.

—Justin, quiero hablar contigo en cuanto llegues hoy.

—Sí. —La voz se le quebraba. Había llegado la hora. Estaba temblando.

—A las 0800. Cuando entres. En el laboratorio del Ala Uno.

—Sí, sera.

El contacto se cerró. Justin se frotó la cara y cerró los ojos con fuerza, la mandíbula tensa. Sentía que iba a vomitar.

Pensó en llamar a su padre. O en ir a verlo.

Pero Ari le había dado tiempo de hacerlo, mucho tiempo; tal vez era lo que ella pretendía, o tal vez Ari estaba tratando de que él pensara que eso era lo que ella pretendía para que no lo hiciera. Tratar de ser mejor que ella era como intentar ganar a su padre.

Y él estaba tratando de hacer las dos cosas.

Se hizo el desayuno con tostadas y zumo; fue todo lo que logró meter en un estómago inapetente. Se duchó y se vistió y empezó a dar vueltas por la habitación, demorándose en cada detalle porque tenía mucho tiempo, demasiado tiempo hasta el momento preciso.

Era deliberado. Él lo sabía. Ella siempre actuaba por una razón determinada.

Grant tal vez estaba en manos de la policía.

Tal vez estaba en Reseune.

Tal vez estaba muerto.

Ari pensaba golpearlo, hacerlo reaccionar y grabarlo todo en una cinta. Se preparó para cualquier ataque de Ari, hasta lo peor; se preparó para decir, si es que tenía que decir algo:

—No sé, se marchó. Supuse que iba a verla a usted. ¿Cómo iba yo a imaginarme? Nunca había hecho algo como esto.

A las 0745, dejó el apartamento y tomó el ascensor hacia el vestíbulo principal; pasó la seguridad del Ala Uno, se dirigió a su propia oficina, abrió la puerta, encendió la luz. Igual que siempre.

Fue hasta el pasillo donde Jane Strassen ya estaba en su oficina, y le dio los buenos días. Dobló la esquina y tomó las escaleras hacia la sección de laboratorios al final del edificio.

Usó su tarjeta en la cerradura de seguridad de las puertas blancas y entró en el pasillo de pequeñas oficinas, todas cerradas. Más allá, una entrada de puerta doble conducía al sucio laboratorio del Ala Uno, donde reinaba el olor a alcohol, el frío y la humedad. Recordó sus días de estudiante en ese lugar. Las luces estaban encendidas. La habitación de frío a la izquierda tenía las puertas bien abiertas y una gran claridad salía desde el interior.

Él dejó las puertas exteriores y oyó voces. Florian salió por la puerta del laboratorio.

No era extraño que un estudiante estuviera allí, ni que los técnicos entraran y salieran: el Laboratorio Uno era viejo, estaba muy superado por las instalaciones del Edificio B, pero todavía era útil. Los investigadores lo usaban y lo preferían a la larga caminata de ida y vuelta hasta los grandes laboratorios de nacimiento en B, preferían el antiguo equipo manual a las modernas instalaciones automatizadas. Ari había frecuentado mucho el lugar últimamente. Llevaba a cabo gran parte de su trabajo personal en aquel laboratorio viejo y frío, el lugar más apropiado para su proyecto en el Ala Uno, pensó él.

El proyecto Rubin, se le ocurrió. Hasta ese momento, le había llamado la atención la presencia de Ari en ese lugar porque ella no necesitaba hacer esas cosas por sí misma, cuando contaba con excelentes técnicos que se encargaban del trabajo rutinario. Ahora lo comprendía.

Voy a supervisar el proceso yo misma... quiero encargarme de ello de nuevo. Tal vez sea un poco de vanidad...

También era un lugar privado, el tipo de situación que él había tratado de evitar durante semanas.

—Sera lo está esperando —dijo Florian.

—Gracias —respondió él, con la voz meticulosamente normal—. ¿Sabes para qué?

—Supongo que usted lo sabe, ser —le contestó Florian. Los ojos oscuros no expresaban nada cuando el azi miró hacia la puerta del laboratorio de frío—. Puede pasar. Sera, Justin Warrick está aquí.

—Muy bien. —La voz de Ari salió flotando de la habitación.

Justin caminó hasta la puerta abierta del alargado laboratorio. Ari estaba sentada en un taburete de trabajo, junto a una mesa, con uno de los viejos separadores pasados de moda.

—Maldita sea —se quejó sin levantar la vista—. No me fío de este trasto. Ve a traerme uno de B. No tengo por qué soportar esto.

Levantó la vista y la forma brusca en que alzó la mano asustó a Justin cuando dejaba atrás la puerta del laboratorio. Se dio cuenta de que había movido la puerta, la cogió y volvió a cerrarla, afirmándola, frustrado ante su propia torpeza adolescente que lo amenazaba cuando más necesitaba aparentar seguridad.

—Maldita sea —murmuró Ari—. Jane y su maldita costumbre de ahorrar en todo. En cuanto la tocas, oscila. Tengo que hacerla arreglar. ¿Cómo estás esta mañana?

—Bien.

—¿Dónde está Grant?

El corazón de Justin latía a toda velocidad. Lo obligó a calmarse.

—No lo sé. Pensé que estaba con usted.

—Claro, claro. Grant robó un bote anoche. Saboteó el otro. Seguridad lo siguió hasta Kruger. ¿Qué sabes de todo eso?

—Nada. Nada de nada.

—Claro que no. —Ella se dio la vuelta sobre el taburete—. Tu compañero lo planeó todo.

—Supongo que sí. Grant es muy capaz. —Estaba resultando demasiado fácil. Ari era capaz de mucho, mucho más; de dar vueltas, en lugar de ir directa al grano. Se negó a sentirse aliviado, como si se dirigiera hacia un precipicio y la corriente lo arrastrara demasiado rápido. Florian todavía estaba fuera. No había testigos de lo que ella decía, ni de lo que podía ordenarle hacer. Había un cerrojo en la puerta exterior. Y tal vez había un grabador—. Ojalá me hubiera contado lo que planeaba.

Ari hizo chasquear la lengua.

—¿Quieres ver los informes de Seguridad? Salisteis juntos anoche. Tú volviste solo.

—Estaba buscando a Grant. Dijo que iba a pedir una bolsa para llevar las cosas. No volvió.

Ari levantó las cejas.

—Ah, vamos...

—Lo lamento. Eso es lo que hice.

—De verdad, me has desilusionado. Esperaba más inventiva de tu parte.

—Le he dicho todo lo que sé.

—Escúchame, amiguito. Lo que hiciste se llama *robo*, ¿eres consciente? Ya sabes lo que pasa si Reseune presenta una acusación.

—Sí —dijo él, tan tranquilo, tan lleno de sugerencias como pudo—. Sí que lo sé.

—No estamos en Cyteen.

—Lo sé.

—Estás muy tranquilo. ¿Por qué?

—Porque usted no presentará acusaciones.

—¿Quieres apostar sobre eso?

Ella esperaba una reacción. Él le sonrió. Hasta ese momento, estaba bajo control; no sabía, no sabía si Grant estaba en manos de Ari o no.

—Estoy apostando —dijo y mantuvo la voz inexpresiva—. Me tiene a mí. No tiene a Grant. Mientras las cosas sigan bien conmigo y mi padre, Grant mantendrá la boca cerrada y todos estaremos bien.

—Por eso te quedaste.

Eso la había molestado. Ése acto irracional.

Él sonrió más todavía. Un triunfo leve, muy cuidadoso, en territorio contrario.

—Uno de los dos tenía que quedarse. Para asegurarle a usted que permaneceremos en silencio si todo va bien.

—Claro. ¿Jordan planeó todo esto?

Ahí sí reaccionó. Sabía que había reaccionado. Era una alabanza inesperada y ridícula.

—No —respondió.

—Tú lo hiciste. —Ari rió y a él le molestó la reacción, a pesar de que todos los movimientos del cuerpo de ella, su espalda contra el respaldo del taburete, su sonrisa astuta, todo indicaba que estaba sorprendida.

Ari jugaba con sus propias reacciones como lo hacía su padre, con toda su habilidad, hasta el final.

Y lo mismo debía hacer él. Se encogió de hombros, despectivo, como si tratara con un compañero.

—Muy astuto —dijo Ari—. Pero pusiste demasiado en manos de Grant.

Está muerto, pensó él, preparándose para la peor noticia que le podía comunicar. *Tal vez me mienta sobre eso.*

—Confío en él —replicó él.

—Hay un error en tu plan, supongo que lo sabes.

—¿Y cuál es?

—Jordan. No le va a gustar nada todo esto.

—Yo hablaré con él.

El muchacho empezó a temblar, el frío de los conductos de criogenia que corrían sobre sus cabezas pareció absorber todo el calor de su cuerpo. Sintió que su control se derrumbaba e hizo un tremendo esfuerzo por reagrupar las fuerzas. Era una táctica que le había enseñado su padre, esa aplicación alternada de tensión y alivio que estaba usando ella, mientras buscaba pistas en la dilatación de los ojos, las pequeñas tensiones de los músculos, todo sumergido en un ritmo como un esgrimista, arriba, abajo, arriba, abajo y luego algo fuera de ritmo en el momento en que él descubría las reglas del juego. Lo veía venir. Le sonrió, porque ahora había recuperado el control.

—Se divertirá mucho cuando se lo cuente —continuó Justin.

Una sonrisa lenta se derramaba sobre la cara de Ari; o era un punto para él o era una deliberada caída de la máscara para hacerle creer que era un punto.

—Desde luego, tienes coraje —dijo Ari—. Y no eres nada presuntuoso, ¿eh? *Maldita sea, niño, el plan tiene* cabos sueltos, no estás realmente seguro de controlar todos los hilos, pero te lo concedo, es una excelente maniobra. Muy difícil de repetir, claro.

—No tengo que irme hasta que se vaya mi padre.

—Bueno, ¿ves?, ése es un problema. ¿Y cómo vamos a desenredar esta pequeña maraña? ¿Lo has pensado a fondo? Dime qué pasará cuando llegue el momento de que Jordan salga al mundo. Estoy muy interesada.

—Tal vez usted me plantee una oferta.

Ari le sonrió abiertamente.

—Ah, maravilloso. Eras tan callado. ¿Qué hiciste, tratar de robar las notas de los exámenes?

—Supongo que es usted quien debe saber eso.

—Ah, vamos. —Ésta vez, Ari rió abiertamente—. Eres brillante. Me has enseñado una lección. A mi edad, lo valoro mucho. Realmente, debes de querer mucho a Grant para abandonar tu disfraz por él. Lo quieres mucho. —Se inclinó sobre la mesa, un codo sobre el mármol y lo miró con seriedad—. Déjame decirte una cosa, querido. Jordan te quiere... mucho. Mucho, mucho. Es evidente por tu comportamiento. Y debo decir que ha hecho un trabajo excelente con Grant. Los niños necesitan este tipo de educación. Pero cuesta un terrible precio. Somos mortales. Perdemos a la gente. Y realmente nos duele cuando a ellos les duele, ¿no es cierto? Las familias constituyen un gran problema. ¿Qué vas a decirle a Jordan?

—No lo sé. Tanto como sea necesario.

—¿Quieres decir tanto como sea necesario para que entienda que ha ganado?

Ruptura y reposición. El sólo le sonrió; se negaba a un debate con su maestra.

—Bueno —dijo ella—, esta vez Jordan debe estar orgulloso. No digo que sea un plan prudente. Sin embargo, a pesar de que el plan es muy inteligente, las razones son

tremendamente estúpidas, pero claro, el amor nos vuelve estúpidos, ¿verdad? ¿Cómo crees que reaccionará Jordan si yo te acuso de esto?

—Hará públicas sus opiniones. Irá al Departamento. Y usted no quiere que haga eso.

—Bueno, pero tenemos muchas otras opciones, ¿no? Su hijo es en efecto culpable de robo, de vandalismo, de entrar en archivos que no le corresponden. Y hay tanto de eso que no tiene por qué pasar. Jordan puede hacer acusaciones, pero yo también; ya sabes que si esto se hace público, la cinta que tiene no va a funcionar, y no importa los intereses que se oculten en el trato. Lo dejarán solo sin pensárselo dos veces. Pero eso ya lo sabes. Es lo que hace que la cosa funcione, ¿no?, a menos que yo quisiera tomar medidas para recuperar a Grant y procesar a esos amigos tuyos. Eso es lo que se te ha ocurrido, ¿sabes? Que yo puedo hacer lo mismo que tú, quebrantar la ley; y si alguien hace público lo que hiciste y si tu padre tiene que oír tus razones personales, nuestras pequeñas sesiones privadas, ¿eh? Eso le va a molestar mucho, te lo puedo asegurar.

—Si yo voy a la corte, eso no beneficiará a nadie. Usted no puede permitirlo. Ahora tiene los votos del Concejo. Si quiere que las cosas se destruyan, póngale una mano encima a Grant, y yo hablaré. Espere y verá.

—Maldito espía —masculló ella lentamente—. Crees que lo dominas todo, ¿eh?

—Entiendo lo suficiente como para saber que mis amigos no van a usar una carta hasta que no la necesiten.

—¿Qué tenéis vosotros para dominar a los Kruger, para que ellos se arriesguen así por unos mocosos? ¿O crees que el otro bando no va a usaros a los dos, a ti y a tu padre? ¿Has pensado en eso?

—No tenía muchas oportunidades, ¿no le parece? Pero las cosas continuarán seguras mientras se mantenga el trato para el traslado de Jordan y usted no le ponga las manos encima a Grant. Si me llevan a mí a un psicotest, oirán muchas cosas, sobre el proyecto, quiero decir. Supongo que usted no querrá que empiecen a hacer preguntas sobre todo eso fuera de Reseune justo ahora.

—Maldito seas, joven peligroso. —Ari se inclinó y levantó un dedo en dirección a Justin—. ¿Jordan preparó esto?

—No.

—¿Te aconsejó?

—No.

—Increíble. Y no voy a ser la única sorprendida. Si esto va a la corte, el Departamento no va a creer en su inocencia. Y eso es lo que va a pesar cuando lleguemos a la votación, ¿no te parece? Así que mantengámoslo en secreto. Le puedes decir a Jordan lo que quieras, será una especie de punto muerto. No tocaré a Grant, no haré que arresten a los Kruger. Ni siquiera ordenaré que los asesinen. Ah,

sí, podría hacerlo. Podría arreglar un accidente para ti. Y para Jordan. La maquinaria de la granja es tan peligrosa...

Justin estaba sorprendido y asustado. Nunca había esperado que ella fuera tan directa.

—Quiero que pienses una cosa —dijo Ari—. Lo que le digas a tu padre puede mantener esta situación estable, o hacerla estallar. No tengo ningún inconveniente en que Jordan vaya a ese puesto en Fargone. Y te diré exactamente el tipo de trato que quiero hacer para desenredar esta madejita que has organizado para nosotros. Jordan puede irse a Fargone en cuanto haya una oficina para él. Y cuando él se vaya desde la estación Cyteen, todavía estarás aquí. Harás que Grant lo siga apenas se abra el pasillo Hope y el proyecto Rubin esté bien encaminado. Tú tomarás la siguiente nave. Y todo eso hará que tú y tu padre sigáis con la boca cerrada hasta que yo termine mi proyecto. Los militares no dejarán que Jordan haga mucho ruido. Odian que los medios presten atención a sus proyectos. O... o podemos hacer saltar todo ahora mismo y discutirlo en la corte. Supongo que sé quién ganaría si decidiéramos de pronto traer a Rubin de vuelta a Cyteen y dejar las instalaciones en Fargone.

He caído en una trampa, pensó Justin. Pero ¿cómo podía evitarla? ¿Qué he hecho mal?

—¿Estás de acuerdo? —preguntó ella.

—Sí. Siempre que usted cumpla con sus promesas. Y si yo vuelvo al ala de mi padre.

—Ah, no, eso no forma parte del trato. Tú te quedas aquí. Y lo que es más, tú y yo vamos a tener un trato permanente. Sabes que tu padre es un hombre muy orgulloso. Sabes lo que significaría para él tener que elegir entre ir al Departamento y perder todo eso por lo que tú luchaste o mantener la boca cerrada sabiendo lo que hiciste para que él tuviera su nuevo destino. Porque eso es lo que has hecho. Me has entregado todos los recursos legales y personales que necesito. Ya tengo una forma de mantener callado a tu padre, una forma fácil. No necesito hacerle daño. Y no tienes más que quedarte callado, hacer tu trabajo y esperar. Tienes exactamente la posición por la que has luchado: eres mi rehén para que yo lo libere y para conseguir que se porte bien. Así que lo que quiero que hagas, jovencito, es trabajar, darme los informes del BRX para cuando termines tu turno y mostrarme un buen trabajo. Haz lo que quieras: llama a tu padre, dile que Grant no está, dile lo que quieras. No puedo impedirte, desde luego. Y ven a mi Residencia, digamos a las 2100, y cuéntame lo que has decidido. O pensaré que has optado por otra salida.

Él todavía estaba pensando cuando Ari terminó; recorría de nuevo todo el proceso mentalmente y trataba de entender lo que ella quería decir; pero eso ya lo sabía. Trató de encontrar las trampas. Aquélla en que lo había atrapado era fácil de ver. Pero estaba asustado por la invitación. Ésa cita era el final de todo lo que había pasado

hasta ese momento.

—Puedes irte —dijo ella.

Él salió caminando. Pasó junto a Florian en el laboratorio exterior, recorrió el vestíbulo y luego cruzó las puertas de seguridad. Se dirigió hacia arriba, a los vestíbulos comunes de las operaciones del Ala Uno. Alguien se cruzó con él por el camino y le dio los buenos días; casi había llegado a la oficina cuando se dio cuenta y no supo siquiera quién había sido.

No sabía cómo iba a enfrentarse con Jordan. Por teléfono, pensó. Le comunicaría las novedades por teléfono y luego se encontraría con él para comer. Y sobreviviría de algún modo. Jordan esperaba que su hijo estuviera confuso.

Ari tenía razón. Si Jordan resultaba involucrado, todos los tratos se irían al agua, y por lo que Justin intuía, Jordan no tenía cartas para jugar esa mano.

En el mejor de los casos, pensó, sigamos con todo hasta que pueda controlarme mejor y pensar si tengo que revelarle a Jordan toda la historia o no.

Costara lo que costase ese tiempo.

VI

—Lo que hicimos... —Justin hizo girar el vaso de vino, algo que mirar, cualquier cosa menos la cara de Jordan—. Lo que hicimos era lo que siempre habíamos planeado hacer si uno de los dos quedaba acorralado. Ella requirió a Grant para presionarme. Sé... sé que me dijiste que debía consultarte. Pero ella se nos echó encima y sólo había tiempo para llenar un formulario de protesta con el Departamento. Y eso hubiera sido demasiado tarde para Grant. Dios sabe a qué podía someterle antes de que pudiéramos conseguir una medida legal, si es que conseguíamos una. —Se encogió de hombros—. Y no la hubiéramos ganado a la larga: la ley está de su parte y esto lo hubiera estropeado todo justo cuando todo estaba en orden con el trato de Fargone, así que yo... yo me decidí por la única salida que me pareció posible. Seguí mi propio criterio. Es todo lo que puedo decir.

Era un almuerzo privado en la cocina del apartamento de Jordan. Paul los servía, bocadillos solamente, y ninguno de los dos mostraba tener apetito.

—Maldita sea —masculló Jordan. Había dicho muy poco hasta ese momento: simplemente había dejado que Justin se explicara—. Maldita sea, deberías haberme contado lo que pasaba. Te lo dije.

—No podía. Eso hubiera hecho que todas mis acciones parecieran obra tuya. No quería dejar rastros.

—¿Y qué? ¿Los has dejado?

—Bien claros en cuanto a mí, siento decírtelo. Pero esto forma parte del trato. Por eso decidí quedarme aquí. Ari tiene un recurso para dominarme. Tiene que usarme contra ti, al igual que se sirvió de Grant contra mí. Ahora ya no lo necesita a él, ¿te das cuenta?

—¡Claro que no lo necesita! Dios mío, hijo...

—No es tan malo. —Justin consiguió mantener la voz serena—. Me tiré un farol. Ella planteó el trato: tú consigues tu traslado en cuanto la instalación esté construida. Luego, yo consigo a Grant y él se va contigo. De esa forma...

—De esa forma tú te quedas aquí, donde ella podrá hacer lo que quiera.

—De esa forma —respondió él con calma, con cuidado—, sabe que puede tenerme aquí para mantenerte con la boca cerrada hasta que sus proyectos estén tan avanzados que resulte imposible detenerlos. Y los militares no te dejarán hacerlo público. Eso es lo que ella desea. Ya lo tiene. Pero incluso tiene un límite. Y de esa forma, todos saldremos de algún modo. Al final.

Jordan no dijo nada durante mucho rato. Luego, levantó el vaso de vino, tomó un sorbo y lo apoyó de nuevo.

Y siguió en silencio unos largos minutos.

—Nunca, nunca debí haberme quedado con Grant —dijo finalmente— cuando estallaron las cosas con Ari. Sabía que pasaría esto. Mierda, lo supe perfectamente durante todos estos años. Nunca, nunca aceptes favores de tus enemigos.

—Era demasiado tarde entonces, ¿no es cierto? —murmuró Justin. La forma directa en que su padre lo había dicho le dolía en los nervios, le llevó al borde de las lágrimas, una rabia sin objetivos—. Dios, ¿qué podíamos hacer?

—¿Estás seguro de que él está bien?

—No me atreví a preguntarlo. Creo que si Ari supiera algo me lo hubiera dicho. Yo lo organicé todo. Si el número que le di no contesta, los Kruger lo tendrán con ellos hasta que consiga una respuesta.

—¿El número de Merild?

Justin asintió.

—Dios. —Jordan se pasó la mano por el cabello para echarlo hacia atrás y lo miró con desesperación—. Hijo, Merild no podrá enfrentarse a la policía.

—Siempre has dicho, que si algo pasaba... Y siempre has afirmado que era amigo de los Kruger. Y Ari no va a llamar a la policía. Y no va a intentar nada por su cuenta. Me lo prometió. Tengo todos los hilos. En serio, creo que los tengo.

—Estás mucho más seguro de lo que deberías —le espetó Jordan—. Grant está en un lugar que no conocemos, los Kruger podrían tener a la policía en la puerta de la casa, Merild puede estar o no, por Dios, se pasea por todo el continente.

—Bueno, no podía llamarlo y avisarle, ¿no te parece?

Jordan estaba rojo de rabia. Tomó otro trago de vino y el nivel del vaso disminuyó mucho.

—Merild es abogado. Debe sujetarse a una ética.

—También tiene amigos. ¿No es cierto? Muchos amigos.

—No le va a gustar esto.

—Es lo mismo que si fuera yo, ¿no? —De pronto estaba a la defensiva, luchando en retirada—. Grant no es distinto. Merild lo sabe, ¿no? ¿Y dónde está la ética, si entrega a Grant a la policía?

—Tu no tienes mucho que decir al respecto. Si hubieras tenido el sentido común suficiente para irte con él, por Dios.

—¡Él no es nuestro! ¡Pertenece a los laboratorios! Que yo estuviera con él no lo hubiera hecho más legal.

—También eres un menor frente a la ley, y hay circunstancias atenuantes deberías estar fuera de aquí.

—Y entonces ellos lo llevarían a la corte y Dios sabe qué podrían encontrar para acusarnos. ¿No?

Jordan dejó escapar un largo suspiro y levantó la vista por debajo de las cejas.

Justin quería desesperadamente que Jordan dijera que no, que era un error, que había algo... Si lo decía, todo sería posible. Pero Jordan asintió en voz baja, y le destrozó las esperanzas.

—Así que ya está —dijo Justin—. ¿No? Y no tienes que hacer nada hasta que fijemos el trato. Te puedo decir si Ari me causa algún problema. ¿No te parece?

—¿Como has hecho esta vez? —recriminó Jordan.

—Mejor que esta vez. Te lo prometo. ¿De acuerdo?

Jordan levantó el sandwich y no contestó a la pregunta. No era justo. Justin lo sabía. Pero era lo único que tenían.

—No vas a quedarte aquí cuando me trasladen —determinó Jordan—. Ya pensaré en algo.

—Pero no le des nada.

—No estoy dándole nada, mierda. Ari no ha terminado. Mejor será que lo entiendas. Ella no mantiene los acuerdos si no le conviene. Grant es la prueba. Es muy capaz de cortar cuellos, hijo, y mejor será que consideres este factor la próxima vez que quieras engañarla con un truco de carta. A ella no le importamos más tú o yo o cualquiera de los sujetos de los laboratorios como el pobre azi de nueve años al que decide borrar la mente y enviar a otro laboratorio porque no va a salir bien como experimento o porque necesita espacio, ¡Dios mío! O los casos problemáticos que no quiere resolver, que no quiere que toque mi personal siquiera, porque de todos modos no va a usar de nuevo ese maldito grupo genético, y al final ya ha echado a perder tres azis saludables por ese asunto, así que asunto zanjado, los declara bajas porque no quiere tomarse tiempo para atenderlos, el experimento en que estaban terminó y eso es todo. No puedo probarlo porque no tengo los datos, pero sí que ha pasado. Y estás jugando al escondite con esa persona. A ella no le importa un carajo la vida de nadie, Dios ampare a sus sujetos experimentales de laboratorio, y ya está más allá de toda preocupación por lo que pueda pensar la opinión pública, a eso ha llegado, es tan inteligente que nadie entiende sus notas, sólo responde ante la ley de la Unión y tiene a esa ley en el bolsillo. No le importa nada, y todos estamos en su microscopio —Jordan empujó el plato y lo miró un momento antes de levantar la vista—. Hijo, no creas que va a tener piedad. Es *capaz* de todo.

Él lo escuchaba. Lo escuchaba con mucha atención. Y recordaba a Ari diciendo que los accidentes eran muy frecuentes en Reseune.

VII

Su reloj marcaba las 2030 cuando salió de la ducha y lo levantó para ponérselo, en un apartamento totalmente silencioso y vacío deprimente.

Estaba casi contento de no pasar la noche allí, con el silencio y la habitación vacía de Grant, contento de forma parecida en que morderse el labio hace que duela menos un dedo magullado, más o menos así. Perder a Grant dolía más que cualquier otra cosa y la forma en que Ari lo perseguía constituía casi un antídoto para el otro dolor más agudo que le había causado.

Perra de mierda, pensó, y le dolieron los ojos, como si fuera a llorar, lo cual representaba una humillación que no estaba dispuesto a sufrir por causa de Ari. Grant era el factor que lo tenía desequilibrado, el lío en que estaba metido Grant era lo que hacía que las manos le temblaran hasta el punto de tener problemas con la gorra aerosol, y la estiraba todo el tiempo, rebotando alrededor del gabinete de espejos. Todo conspiraba para irritarlo, de forma que apoyó la botella con gestos controlados para sacar la cantidad que necesitaba.

Como preparar un cuerpo para el funeral, pensó. Todos en Reseune tenían algo que decir sobre el futuro de Justin Warrick, todos tenían una hipoteca sobre él, hasta su padre, que no le había preguntado si quería crecer con una R en el nombre y saber cada frase que iba a pronunciar antes de los cuarenta; gracias a Dios no tenía una cara fea, pero tampoco era original; una cara que conservaba todos los significados para los amigos de su padre, y también para sus enemigos; y Ari, que lo acorraló aquella primera vez en el depósito del laboratorio.

No había sabido cómo reaccionar; desde entonces, había deseado más de mil veces haberla tomado y darle lo que evidentemente no esperaba de un chico de diecisiete años con una mujer que podía ser dos veces abuela. Pero como tenía diecisiete años y no había pensado de antemano qué posibilidades tenía y estaba asustado y escandalizado, se había quedado helado y murmuró algún comentario idiota como que tenía que irse para una entrevista, ¿había recibido ella el informe que le había enviado sobre un proyecto cuyo número no podía recordar?

Le ardía la cara cada vez que lo recordaba. Había salido tan rápido por aquella puerta que se había olvidado la documentación y los informes y prefirió volver a escribirlos antes que volver a buscarlos. Ahora iba a esa cita con Ari, esa cita maldita e inevitable, con un sentimiento cuidadosamente cultivado de que tal vez podría recuperar parte de su autoestima si hacía las cosas correctamente.

Ella era vieja, pero todavía estaba en rejuv. Parecía tener unos cincuenta años y él había visto holografías de ella a los dieciséis, una cara que todavía no mostraba esa

belleza dura de hoy. Como mujer que tenía seis veces la edad de Justin, todavía valía la pena mirarla, sus atributos eran los mismos que los de Julia Carnath en la oscuridad, se dijo con un cuidadoso cinismo, y mejor que Julia, al menos Ari lograba lo que quería. Tarde o temprano todos en Reseune se acostaban con todos los que tenían la categoría adecuada, y no resultaba tan extravagante que Ari Emory quisiera recordar su juventud con una réplica del hombre que habría sido tres veces demasiado joven para ella cuando él tenía diecisiete años. La situación tal vez se habría merecido una buena carcajada si la situación hubiera sido distinta y él no fuera el muchacho de diecisiete años metido en el asunto.

No estaba seguro de que pudiera hacer nada, pero se dijo que al menos sería una experiencia: la que él había tenido se limitaba a Julia, que al final le había pedido a Grant, y eso le había dolido tanto que nunca había vuelto a ella. Y ésa era la única experiencia amorosa de Justin, y estaba casi por decidir que Jordan tenía razón al ser misógino. Ari era una víbora, representaba todo lo malo, pero la clave de toda la situación, pensó ahora, era su propia actitud. Si él se desenvolvía como si llevara a cabo uno de sus trucos, como los llamaba Jordan, entonces Ari quedaría desarmada. Ésa era la mejor forma de manejar el asunto, y eso era lo que había decidido hacer: ser un hombre, seguir adelante con el asunto, aprender de él (y por Dios que una mujer de la edad de Ari tendría bastante que enseñarle, en muchos sentidos), dejar que Ari hiciera lo que quisiese, llevar a cabo sus pequeños juegos y perder interés, o no.

Se imaginó que podría llegar a ocupar una página de las notas de Ari, que un muchacho de diecisiete años no iba a enamorarse de una mujer tan mayor, pero que una mujer de esa edad tal vez tendría la necesidad emocional de un compañero CIUD, atractivo, joven, de buen humor. Que ella quedara enganchada en el asunto.

Qué ella tuviera el problema y él la solución.

La edad y la vanidad podían ser la forma de manejarla, debilidades que nadie más podía encontrar en ella, porque nadie más era el muchacho de diecisiete años que ella deseaba.

VIII

Su reloj señalaba las 2105 cuando llegó a la puerta y llamó al timbre del apartamento de Ari, cinco minutos tarde porque quería que Ari se preguntara si iba a venir o si en lugar de eso él y Jordan habrían tramado algo; pero no más que cinco porque temía que si Ari lo pensaba, empezara algo que después no pudiera detener.

Catlin abrió la puerta de un apartamento que él nunca había visto; sobre todo travestino de ante y muebles blancos, muy caros, el tipo de lujo que Ari se podía permitir y el resto de los mortales sólo veía en lugares como el Salón de Estado, en las noticias. Y la rubia Catlin, coronada de trenzas, inmaculada en su uniforme negro muy formal; pero claro, Catlin siempre era formal.

—Buenas noches —le saludó Catlin, una de las primeras veces en que le oía una palabra amable.

—Buenas noches —respondió mientras ella cerraba la puerta. Había un fondo musical, apenas audible, flauta electrónica, fría como las habitaciones de piedra a través de las que se movían. Justin sintió que le flaqueaban las fuerzas. No había comido nada excepto esas pocas patatas fritas en el almuerzo y un pedazo de tostada a la hora de la cena, pensando que si se metía comida en el estómago tal vez tendría ganas de vomitar. Ahora sentía las rodillas flojas y la cabeza lejana e insegura y lamentaba no haber comido.

—Sera no recibe a nadie en este extremo del apartamento —comentó Catlin mientras lo llevaba por otra habitación—. Esto es sólo por las apariencias. Cuidado, ser, estas alfombras resbalan sobre el mármol. Siempre se lo digo a sera. ¿Sabe algo de Grant?

—No. —El estómago de Justin se encogió ante ese ataque súbito por el flanco—. No, no esperaba noticias tuyas.

—Me alegro de que esté a salvo —dijo Catlin confidencialmente, como si hubiera comentado «qué tiempo tan agradable», la misma voz sedosa. Justin no estaba seguro de que Catlin se alegrara o se entristeciera por nada, nunca. Era fría y hermosa como la música, como la habitación por la que lo conducía; y su opuesto los recibió al final de la habitación, en un cuarto más bajo y enorme, tapizado con paneles de madera brillante, toda gris azulada y con una textura como una pátina de plástico, el suelo cubierto por una alfombra larga y blanca de pelaje largo, los muebles, sillas gris verdosas y un gran sillón beige. Florian llegó desde la otra habitación, también en uniforme, oscuro y leve frente a las formas atléticas de Catlin. Apoyó una mano confortante sobre el hombro de Justin.

—Dile a sera que ya ha llegado su huésped —le dijo a Catlin—. ¿Le sirvo una

copa, ser?

—Sí —aceptó—. *Vodka y pechi*, si hay. —El *pechi* era de importación, bastante extravagante; y él todavía estaba impresionado por la riqueza que guardaba Ari dentro de Reseune. Observó las estatuas de los *downer* en el rincón detrás del bar, imágenes rituales de ojos muy abiertos; las esculturas en acero y las pocas pinturas sobre las paredes de madera, Dios, las había visto en cintas como clásicos de las naves que viajaban a velocidades infralumínicas. En ese lugar, donde sólo podían disfrutarlas los invitados de Ari.

Era un monumento a la autoindulgencia.

Y pensó en los *azi* de nueve años que había mencionado su padre.

Florian le sirvió la bebida.

—Siéntese, por favor —le invitó Florian, pero él paseó por la habitación, en realidad una galería de arte, contemplando las pinturas, una detrás de otra, saboreando la bebida que sólo había probado una vez en su vida y tratando de calmarse.

Oyó un rumor detrás y se dio la vuelta cuando Ari se le acercaba, Ari, ataviada con una bata de dibujos geométricos atada en la cintura que brillaba con las luces, decididamente un vestido poco apropiado para hablar de negocios. Él la miró fijamente; el corazón le latía en el pecho mientras se daba cuenta de que Ari era muy real, de que él estaba metido en una situación de la que ignoraba los límites, una situación sin salida.

—¿Disfrutando de mi colección? —Ella indicó la pintura que el joven había estado admirando—. Ésa es de mi tío. Un buen artista.

—Muy bueno. —Justin había perdido el control. Lo último que había esperado era que Ari le saliera con recuerdos.

—Era bueno en muchas cosas. ¿Lo conociste? Claro que no. Murió en el 45.

—Antes de que yo naciera.

—Maldita sea, resulta difícil recordar las fechas. —Ella pasó un brazo sobre el de Justin y lo guió hacia la otra pintura—. Ésa es realmente valiosa. Fausberg. Un artista *naif*, pero es la primera visión de Alfa Centauro. Donde los humanos no van ahora. Me encanta este cuadro.

—Es impresionante. —Él lo miró con una extraña sensación de tiempo y antigüedad, mientras se daba cuenta de que aquel cuadro era real, de que había salido de las manos de alguien que estuvo allí, en una estrella que la humanidad había perdido.

—Hubo un tiempo en que nadie conocía el valor de estas obras —explicó ella—. Yo sí lo sabía. Había una serie de artistas primitivos en las primeras naves. El espacio a velocidades infralumínicas les daba mucho tiempo para crear. Fausberg trabajó en lápices ópticos y acrílicos, y maldita sea, tuvieron que inventar toda una técnica de

conservación en la estación, yo misma insistí en que lo hicieran. Mi tío compró todo el lote. Yo quería que se conservaran y por eso se salvaron las pinturas de *Argo*. La mayoría de ellas está en un museo en Novgorod. Ahora la estación Sol quiere uno de los 61 *Cygni* de Fausberg. Los quieren en serio. Y tal vez aceptemos, a cambio de algo realmente valioso. Estoy pensando en un Corot.

—¿Quién es Corot?

—Dios, hijo. Árboles. Árboles verdes. ¿Has visto las cintas de la Tierra?

—Muchas. —Justin olvidó su ansiedad por un momento y recordó una profusión de paisajes más extraños que el Cyteen nativo.

—Bueno, Corot pintaba paisajes. Entre otras cosas. Debería prestarte algunas de mis cintas. O mejor, ponerlas esta noche, Catlin, ¿tienes la serie *Orígenes del Arte*?

—Desde luego, sera. Voy a buscarla.

—Entre otras... Éste, amigo mío, es de uno de los nuestros. Shevchenki. Lo tenemos en el archivo. Murió el pobre, por falta de apoyo cuando estaban instalando Pytho, en la costa. Pero realizó un trabajo admirable.

Acantilados rojos y el azul de los arbustos. Demasiado familiar para que Justin se sintiera interesado. El mismo habría podido hacerlo, pensó para sí. Pero era demasiado amable para decirlo. Justin dibujaba. A veces pintaba, o lo que había hecho antes, cuando estaba imbuido de la inspiración de los pintores exploradores. Atado al suelo, se imaginaba estrellas y mundos extraños. Y nunca en la vida había esperado salir de Reseune.

Ahora, tal vez, porque parecía que Jordan iba a lograrlo.

Florian se acercó a ellos y le ofreció una copa a Ari, un líquido brillante y dorado en un vaso de cristal tallado.

—Naranja y vodka —le informó ella—. ¿Has probado la naranja alguna vez?

—Sintética —respondió. Todos tomaban naranja sintética.

—No, natural. Anda pruébala.

Él tomó un sorbo del vaso que le ofrecía. Saboreó un gusto extraño, complicado, dulce y ácido al mismo tiempo, bajo el aroma del alcohol. Un gusto de la vieja Tierra si ella no mentía, y nadie que poseyera esas pinturas en sus paredes mentiría al respecto.

—Está bueno —dijo él.

—Más que bueno. Es maravilloso. AG va a intentar algo con los árboles. Hemos pensado establecer un lugar para ellos, y no someterlos a manipulaciones genéticas: creemos que se adaptarán a las Zonas sin tener que alterar la Tierra. Producen una fruta brillante y anaranjada, como el nombre que reciben. Llena de cosas buenas. Vamos. Tómallo. Florian, hazme otro, ¿quieres? —Ella le apretó el brazo con más fuerza y lo llevó hasta los escalones y luego abajo, al sillón—. ¿Qué le has dicho a Jordan?

—Sólo que Grant se había ido y que todo estaba bien. —Se sentó, tomó un trago del vaso y luego lo apoyó sobre la mesa de cobre detrás del sillón. Ahora se sentía tranquilo, tan controlado como era posible en un lugar como ése y en la compañía en la que estaba—. No le he dicho nada más. Supongo que el resto es asunto mío.

—¿Tú crees? —Ari se sentó muy cerca de él y el estómago de Justin se encogió. Sintió que le acechaba la náusea. Ari le apoyó una mano sobre la pierna y se recostó sobre él, y Justin sólo podía pensar en los azi de los que había hablado Jordan, los que ella había destruido sin razón, y los pobres azi ni siquiera habían sabido que estaban muriendo, sólo habían recibido una orden para ir al médico—. Siéntate cerca, querido. Así está bien. Es agradable, ¿no te parece? Hazme caso, no deberías estar tan tenso, tan nervioso. —Le pasó un brazo por las costillas y le frotó la espalda—. Así está mejor, relájate. Te sientes bien, ¿verdad? Date la vuelta y déjame ayudarte con esos hombros.

Era como cuando lo había atrapado en el laboratorio. Justin trató de pensar en qué responder si ella le decía algo terrible o escandalizador, pero fracasó por completo. Levantó el vaso y tomó un par de tragos largos y no oyó lo que ella le preguntaba. Y la mano de ella no detuvo el lento movimiento.

—Estás demasiado tenso. Mira, es un trato muy sencillo. Y no tienes por qué estar aquí. No tienes más que salir por la puerta.

—Claro.

—¿Por qué no vamos al dormitorio, caray?

Las manos de él casi temblaban. El frío del hielo del vaso le caló los dedos hasta el hueso. Terminó la copa sin mirarla.

Podría matarla, pensó, sin enojo. Sólo para solucionar lo insoluble. Antes de que Florian y Catlin pudieran detenerme, podría romperle el cuello. ¿Qué podrían hacer ellos?

Podrían pasarme un psicotest y descubrir lo que ella hacía. Eso terminaría con su reputación.

Tal vez ésa es la única salida. Tal vez sea la forma de solucionar este callejón sin salida.

—Florian, Justin no tiene zumo de naranja. Tráele otro. Ven, querido, relájate. Es evidente que no puedes hacerlo, tú lo sabes tan bien como yo. Quieres intentarlo, ¿no? ¿Es ése el problema?

—Quiero la copa —murmuró él. La situación le parecía irreal, como una pesadilla. Dentro de un momento, ella empezaría a hablar tal como lo hacía en las entrevistas, y esto formaba parte del asunto, un asunto sórdido, sucio, que él no sabía cómo afrontar. Quería estar muy borracho, demasiado borracho, así tal vez vomitaría, sería incapaz de cualquier cosa y ella tendría que dejarlo ir y darse por vencida.

—¿Dijiste que nunca lo habías experimentado? —preguntó Ari—. Sólo las cintas.

¿Es verdad?

El no le contestó. Sólo se volvió en el sillón para ver cuánto tardaría Florian en traerle la copa para que hubiera algún motivo de distracción que le sacara del conflicto.

—¿Te consideras normal? —preguntó Ari. El continuó sin responder. Miró la espalda de Florian mientras el azi preparaba el combinado. Sintió las manos de Ari en la espalda, sintió cómo cedía el almohadón cuando ella se recostó en él.

Florian le dio la copa y él se inclinó con el codo sobre el sillón. Se tomó la naranja y sintió el movimiento lento, leve, de las manos de Ari en la espalda.

—Déjame decirte una cosa —dijo Ari con suavidad, detrás de él—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre las relaciones en la Familia? ¿Que son una desventaja, un problema? Voy a hacerte un gran favor. Pregúntame qué.

—¿Qué? —preguntó porque no tenía más remedio.

Ari lo abrazó y él cogió la copa, tratando de ignorar la náusea que le revolvía las tripas cuando ella se acercaba.

—Tú crees que la ternura debería tener alguna relación con esto —dijo Ari—. Craso error. La ternura no tiene nada, nada que ver. El sexo se hace por uno mismo, por tus propias razones, cariño, sólo porque uno se siente bien al hacerlo. Eso es todo. Claro que a veces te acercas mucho a alguien y quieres hacerlo de ida y vuelta, de acuerdo, tal vez confías en esa persona, pero no deberías hacerlo. No deberías. Lo primero que tienes que aprender es que lo puedes conseguir en cualquier parte. Lo segundo es que te ata a personas que no pertenecen a la Familia y confunde tu razonamiento y tu inteligencia a menos que recuerdes la primera regla. Éste será mi favor, encanto. No podrás confundir lo que suceda entre nosotros. ¿Te hace sentir bien esto?

Le resultaba difícil respirar. Resultaba difícil pensar. El corazón le golpeaba muy fuerte en el pecho mientras las manos de Ari le hacían cosas silenciosas, perturbadoras, que sensibilizaban su piel; todo al borde del placer, o de una intensa incomodidad. Ya no estaba seguro de sus sentimientos. Bebió un largo sorbo de naranja y vodka y trató de pensar en otra cosa, en cualquier cosa, mientras se movía en una especie de niebla en la cual tenía cada vez menos control sobre sí mismo.

—¿Cómo te encuentras, querido?

No estoy bien, pensó él y comprendió que estaba borracho. Pero al borde de los sentidos experimentó una dislocación, una dificultad para comprender las relaciones espaciales, como si Ari estuviera a miles de kilómetros de distancia y su voz le llegara desde atrás, y no desde atrás directamente, sino de lado de forma extraña y asimétrica.

Era catafórico. Droga para el estudio en cinta. El pánico le dominó el cerebro; caótico, estímulos que llegaban demasiado rápido mientras el cuerpo parecía flotar en

una atmósfera de melaza. No era una dosis alta. Se daba cuenta de eso. Todavía sintió que Ari le quitaba la camisa, le pasaba las manos por la piel desnuda mientras el sentido de equilibrio lo traicionaba y sentía que la razón le daba vueltas y toda la habitación giraba. Perdió el vaso y sintió el frío del líquido y el hielo que se le desparramaba por la cadera y bajo las piernas.

—Ah, cariño. Florian, arregla eso.

Se hundía. Todavía percibía la realidad. Trató de moverse, pero la confusión lo rodeó, un remolino rugiente de sonido y sensaciones. Trató de sudar. Eso era lo peor. Se daba cuenta de que Florian había rescatado el vaso y de que su propia cabeza descansaba ahora sobre la falda de Ari, en el hueco de sus piernas cruzadas, de que estaba mirando la cara de Ari al revés en el aire y de que ella le estaba desnudando.

No sólo hacia eso. Oyó un murmullo de voces, pero no tenían nada que ver con él.

—Justin —susurró una voz y Ari le acarició la cabeza—. Puedes parpadear cuando quieras —murmuró como hacen las cintas—. ¿Estás cómodo?

Él no lo sabía. Estaba aterrorizado y avergonzado, una larga pesadilla en la que sentía que lo tocaban, sentía que lo levantaban y lo apoyaban en el suelo.

Catlin y Florian. Catlin y Florian lo tocaban, lo movían y le hacían cosas que percibía en una especie de vaguedad sin espacio, cosas que estaban mal, que eran malas, terribles.

Basta, pensó. Basta. No quiero hacer esto.

No quiero esto.

Pero sentía placer. Había una explosión en sus sentidos en algún lugar infinito, en algún lugar oscuro.

Ayúdame.

No quiero esto.

Estaba sólo consciente a medias, cuando Ari le dijo:

—Estás despierto, ¿verdad? ¿Entiendes ahora? No hay nada más que esto. Esto es lo máximo que se puede sentir. No hay nada más sea quien sea tu pareja. Son sólo reacciones biológicas. Ésta es la primera y segunda regla. Mira la pantalla.

Pasaban una cinta. Era erótica. Se fundía con lo que le estaba pasando. Le hacía sentir bien. Él no quería que sucediera eso, pero no era responsable de lo que pasaba, no era responsable de nada, no era culpa suya.

—Creo que está despejándose...

—Dale un poco más. Estará en la gloria.

—Nada puede hacer por ti tanto como la cinta, ¿no te parece muchacho? No importa quien sea. Son reacciones biológicas. Lo que la cinta hace...

—No se mueva, ser.

—El dolor y el placer, cariño, están muy cerca. Puedes cruzar la línea mil veces

en un minuto y el dolor se convierte en placer. Puedo enseñártelo. Recordarás lo que puedo hacer por ti, encanto, y nunca nada será igual. Lo pensarás, lo pensarás durante el resto de tu vida, y nunca nada será igual...

Él abrió los ojos y descubrió una sombra sobre él, estaba desnudo en la cama desconocida y una mano le palmeaba el hombro y le apartaba el cabello de la frente.

—Bueno, bien despierto —dijo Ari.

Era su peso el que lo empujaba al borde del colchón. Ari, que estaba sentada y vestida mientras él...

—Me voy a la oficina, cariño. Puedes dormir aquí, si quieres. Florian te servirá el desayuno.

—Me voy a casa —murmuró él y arrastró la sábana para cubrirse.

—Como quieras. —Ariane se levantó y fue a mirar por la pared ventana con una muestra de desinterés que lastimó los nervios de Justin y le revolvió el estómago—. Ven cuando quieras. Habla con Jordan si quieres.

—¿Qué espera usted que haga?

—Lo que quieras.

—¿Quiere que me quede aquí? —El pánico le aflautaba la voz. Sabía que Ari lo captaría y que eso era peligroso, era peligroso porque actuaría sobre ese pánico, trabajaría con él. Lo que acababa de decir era una amenaza. Al menos eso creía. El tono de la doctora era inexpresivo, no le daba pistas. Su voz le retorció los nervios y le hizo olvidar durante unos buenos segundos que él tenía un arma defensiva en Grant, río abajo—. No va a salir bien.

—¿No? —Ari le acarició el cabello. Estaba elegante, en un traje castaño. Se dio la vuelta y le sonrió—. Ven cuando quieras. Puedes irte a tu casa esta noche. Tal vez lo repitamos, ¿quién sabe? Tal vez puedas contárselo a tu padre, él te consolará, ¿no? Dile lo que quieras. Claro que tenía un grabador en marcha. Tengo muchas pruebas si quiere ir al Departamento.

Justin sintió frío, mucho frío. Trató de no demostrarlo. La miró con ira, la mandíbula dura, mientras ella sonreía y salía por la puerta. Y durante un largo rato, se quedó allí, frío como el hielo, marcado, con punzadas de dolor que le recorrían el cerebro desde la punta del cráneo hasta la nuca. Sentía la piel hipersensible, abierta en algunas partes. Tenía el brazo magullado, donde se observaban marcas de dedos.

Florian...

Un destello le inundó la mente, sensación e imagen desde la oscuridad, y él hundió la cara entre las manos mientras trataba de olvidar. Destello de cinta. Cinta profunda. Vendrían más y más. No sabía lo que podía recordar. Y vendrían jirones de recuerdos flotando hacia la superficie y mostrándose un momento, restos de palabras, sentimientos e imágenes, antes de que rodaran y se hundieran de nuevo en la oscuridad, nada coherente, sólo más y más recuerdos cada vez. Ya no podría

detenerlo.

Apartó las sábanas y salió de la cama tratando de no mirar su propio cuerpo. Fue hasta el baño, abrió la ducha y se bañó, se enjabonó repetidas veces, frotando sin mirarse, tratando de no sentir nada, de no recordar nada, de no preguntarse nada. Se frotó la cara y el cabello, hasta la boca, con jabón perfumado, porque no sabía si había otra cosa que pudiera usar; y escupió, escupió, y tuvo náuseas por el jabón amargo y espumoso, pero no se sintió limpio. Era un perfume que le recordaba a ella. Ahora él tenía ese perfume y sentía el sabor en el fondo de la garganta.

Y cuando se secó en el aparato de la ducha y salió al aire frío del baño, entró Florian con un montón de ropa.

—Hay café, ser, si quiere.

Tranquilo como si nada hubiera pasado. Como si nada fuera real.

—¿Dónde puedo afeitarme? —preguntó él.

—En la mesa, ser. —Florian hizo un gesto hacia la pared con espejos del baño—. Cepillo de dientes, peine, loción. ¿Necesitará alguna otra cosa?

—No. —Justin mantuvo la voz tranquila. Pensó en irse a casa. Pensó en suicidarse. En los cuchillos de la cocina. En las pastillas del botiquín. Pero la investigación abriría toda la situación a la política, y la política se tragaría a su padre. En ese mismo momento, pensó en subliminales, subliminales que podrían haber sepultado en su mente la noche anterior, deseos de suicidio de Dios sabía qué. Cualquier pensamiento irracional resultaba sospechoso. Ya no podía confiar en esos pensamientos. Una serie de destellos de cinta pasaron por su mente, sensaciones, visiones eróticas, paisajes y viejas obras de arte.

Luego sucesos reales, en el futuro. Imágenes de la rabia de Jordan. El mismo, muerto, sobre el suelo de su cocina. Reconstruyó la imagen y trató de hacerla exótica; él mismo caminando más allá de las torres del precipicio, los aviones rastreadores encontrarían horas después el cuerpo como un harapo blanco.

—Lo lamento, ser, parece que lo encontramos.

Pero no era una prueba tangible para detectar subliminales que Ari hubiera introducido en su cinta. Cuando una mente bebe del estudio en cinta, lo incorpora. Las imágenes de cinta se diluyen y la memoria se entreteje con la estructura implantada y crecen a su manera, cada vez más. No hay forma fiable de detectar una orden implantada allí; pero no podría hacerlo actuar en estado de vigilia, a menos que disparara muy bien una predisposición anterior. Sólo cuando las drogas le disminuyeran el umbral de la conciencia, aceptaría estímulos sin pensarlos, contestaría lo que le preguntaran, haría lo que le pidieran.

Cualquier cosa que le pidieran, cualquier cosa que le dijeran, si pasaba las barreras subconscientes de sus grupos de valores y sus bloqueadores naturales. Con tiempo, un cirujano psíquico podía obtener respuestas que revelaran los grupos y sus

configuraciones y luego simplemente insertar una idea o dos para confundir la lógica interna, volver a arreglar el grupo después, crear una nueva microestructura y unirla con lo que él quisiera como cirujano.

Todas aquellas preguntas, aquellas preguntas en las malditas pruebas psicológicas que Ari le había hecho con la excusa de que eran rutinarias para los ayudantes del Ala Uno, preguntas sobre su trabajo, sus creencias, sus experiencias sexuales, preguntas que él, en su estupidez, había interpretado sólo como un tormento más al que le sometía.

Se vistió evitando mirar los espejos. Se afeitó, se lavó los dientes y se peinó. No había nada raro en su cara, ninguna señal, nada que dijera lo que había pasado. Era la misma cara de siempre. La cara de Jordan.

Seguramente ella había disfrutado con eso.

Se sonrió a sí mismo, para ver si podía controlarse. Podía. Conservaría el control mientras no tuviera que enfrentarse a Ari. Podía manejar a los dos azi.

Bueno, podía manejar a Florian. Gracias a Dios había sido él quien se había quedado y no Catlin, y luego con un temblor frenético de terror quiso saber por qué reaccionaba de esa forma, por qué la idea de enfrentarse a Catlin—cubo—de—hielo enviaba una onda de desorganización por sus nervios. ¿Miedo de las mujeres?

¿Tienes miedo de las mujeres, cariño? Sé que tu padre es así.

Se peinó. Quería vomitar. Sonrió, como prueba de control y se masajéo cuidadosamente la zona dolorida de los músculos alrededor de los ojos, relajó la tensión de los hombros. Luego salió caminando y dirigió a Florian aquella sonrisa.

Él se lo dirá a Ari. No puedo pensar con este terrible dolor de cabeza. Maldita sea, que le diga que ya estaba bien, es lo único que debo hacer, conseguir que mi cara siga inexpresiva y salir de aquí.

El salón, la alfombra blanca, las pinturas en las paredes le trajeron un destello de memoria, de dolor y sensaciones eróticas.

Pero todo le había pasado a él. Era como una especie de armadura. No había nada que temer. Tomó la taza que le ofrecía Florian y bebió un sorbo, mientras detenía el temblor de la mano, un temblor que lo golpeó de pronto cuando el frío interno y una ráfaga del aire acondicionado coincidieron.

—Tengo frío —comentó—. Creo que es la resaca.

—Lo lamento —dijo Florian y lo miró con la honestidad ansiosa y sincera de los azi; al menos parecía eso y probablemente era muy real. No había nada de moralidad en eso, claro, excepto la moralidad de un azi: evitar peleas con ciudadanos que después podían encontrar formas de vengarse. Florian tenía muchos motivos de preocupación en este caso.

Florian, anoche: *No quiero hacerle daño. Relájese, relájese...*

La cara no tenía nada que ver con la mente. La cara seguía sonriendo.

—Gracias.

Mucho, mucho más fácil atormentar a Florian. Si hubiera sido Ari, Justin se habría derrumbado. Lo había hecho la noche anterior. Ver a Florian asustado...

Dolor y placer. Interfases.

Sonrió y se tomó el café y disfrutó de lo que estaba haciendo con un placer amargo, feo, a pesar de que sus propios pensamientos le asustaban, manipular a uno de los azi de Ari; y lo asustaba dos veces más el hecho de que pudiera disfrutar de la situación. Era sólo un impulso humano, se dijo, sólo un impulso humano: quería vengarse por su humillación. Habría pensado lo mismo, habría hecho lo mismo el día anterior.

Sólo que no habría sabido por *qué* lo disfrutaba, ni siquiera que lo estaba disfrutando. No habría pensado en una docena de formas de hacer sudar a Florian y no habría imaginado con placer el hecho de que, si conseguía poner a Florian en una situación comprometida, por ejemplo, en los corrales de AG, lejos de la Casa, o en términos que no tuvieran que ver con la protección de Ari, podría ajustar las cuentas con Florian de alguna forma. Éste era un azi y tenía miles de puntos vulnerables si Ari no estaba cerca.

Florian lo sabía, eso era evidente. Y como Florian pertenecía a Ari, ésta probablemente alimentaba su incomodidad, dejándolo con Justin. Era una idea que cuadraba bien con todo lo demás.

—Me das lástima —dijo Justin. Apoyó la mano en el hombro de Florian y lo apretó. Casi hasta el dolor—. Estás en una posición incómoda, ¿no? ¿Te gusta Ari?

Lo primero que tienes que aprender es que lo puedes conseguir en cualquier parte. Lo segundo es que te ata a personas que no pertenecen a la Familia y confunde tu razonamiento a menos que recuerdes la primera regla. Éste será mi favor, encanto. No podrás confundir lo que suceda entre nosotros.

Florian lo miró con los ojos muy abiertos, sin moverse. A pesar de que la mano en el hombro debía de dolerle, y a pesar de que Florian podía acabar con el dolor con sólo encogerse un poco. Y tal vez el brazo también le dolía. La paciencia estoica era lo que cabía esperar en su situación de azi de Ari, pensó Justin.

—¿Qué quiere Ari que haga? —preguntó—. ¿Se te ha ocurrido? ¿Se supone que debo quedarme aquí? ¿O debo irme a casa?

Como si él y Florian fueran la misma cosa. Conspiradores, los dos azi. Odiaba la idea. Pero Florian era, en cierto modo, su aliado, una página que podía leer y un tema que manejaba; y todavía no podía leer la verdad en los ojos de Ari, ni siquiera cuando ella le contestaba preguntas con el rostro muy serio.

—Espera que usted se vaya a casa, ser.

—¿Me volverá a invitar?

—Creo que sí —respondió Florian en voz extraordinariamente tranquila.

—¿Esta noche?

—No lo sé —dijo Florian, y agregó—: Es probable que sera duerma esta noche. Como si se tratara de un hecho habitual.

El estómago de Justin se movió, inquieto. Todos estaban Atrapados en esto.

Pose, hubiera dicho Jordan. Todo es pose. Puedes hacer lo que quieras si tienes el control. Debes saber qué vas a ganar al hacerlo, eso es todo.

La vida no era pago suficiente para cambiar por un alma. Pero el poder, el poder para detener todo aquello y vengarse, eso sí valía la pena. La seguridad de su padre valía la pena. La esperanza de que algún día estaría en una posición que le permitiera hacer algo con Ariane Emory, eso valía la pena.

—Me voy a casa —le dijo a Florian—, tomaré algo para el dolor de razón, recogeré mis mensajes e iré a la oficina. No creo que mi padre haya llamado a mi apartamento.

—Lo ignoro, ser.

—Pensé que estabas al corriente de estos detalles —observó, suave y agudo como un abrecartas. Apoyó la taza de café, recordó dónde estaba la puerta principal y se alejó por las habitaciones, con Florian siguiéndole como una sombra ansiosa. El guardia de Ari, demasiado amable para demostrar que lo era y demasiado preocupado para dejarlo pasear sin vigilancia a través de las estancias de Ari.

Durante un segundo, Justin pensó en la seguridad de sus propias habitaciones y esperó que Grant estuviera allí para ocuparse de eso, los dos pensarían qué hacer, era la costumbre, un reflejo estúpido que de pronto le retorció el estómago sacudido porque había recibido poca comida, demasiado alcohol, demasiadas drogas, demasiada tensión. Seguía con la cabeza liviana y distraída, caminando de la misma forma, recordando cómo salir de allí, que era un camino recto hasta un vestíbulo decorado con mesas frágiles y porcelana aún más frágil.

Y el arco triple después, sí, de pilares cuadrados de travertino. Y la habitación de recepción, ésa que Catlin habían dicho que era para guardar las apariencias. Recordaba la advertencia sobre las alfombras y el suelo; caminó como pudo por los escalones de travertino y cruzó la habitación por la pequeña rampa hacia arriba, hacia la puerta.

Llegó al cerrojo solo, pero Florian interpuso la mano y lo descorrió él mismo.

—Vaya con cuidado, ser —dijo Florian. Era una frase que sin lugar a dudas no sólo se aplicaba a su vuelta a casa.

Recordó a los niños de nueve años. Y a los azi que Ari había matado. Recordó lo vulnerables que eran todos los azi, incluso Grant. Y vio la vulnerabilidad de Florian, que nunca había tenido una oportunidad desde el día en que fue creado y que, excepto por su lado oscuro, era honesto y amable como un santo, porque estaba hecho de esa forma y las cintas lo mantenían así a pesar de todo lo que Ari le había obligado a ser.

Cuando salió al pasillo aún rumiaba este enigma, confuso por la visión turbia y la debilidad, que formaban parte de la pesadilla que se le hundía en los sentidos, fugaces imágenes, de cinta y agotamiento físico.

Ari había dado forma a Florian, en los dos aspectos, con todas sus características, la luz y la oscuridad. Tal vez no lo había hecho al comienzo, pero lo había mantenido de acuerdo al diseño original, desde joven.

¿Para tener una víctima?, se preguntó Justin. ¿Para eso?

¿Como sujeto de prueba para un proyecto que estaba en marcha?

Interfase, la respuesta llegó rodando hacia la conciencia y se hundió de nuevo, como un cuerpo de ahogado en una pesadilla. *Cruzar la línea.*

La verdad está en la interfase de los extremos.

Los opuestos se necesitan mutuamente.

Placer y dolor, cariño.

Todo oscila, o no hay nada. Todo puede estar en otro estado, o permanecer inalterable. Las naves se mueven por ese principio. Las estrellas arden de ese modo. Las especies evolucionan.

Llegó al ascensor. Entró y se apoyó contra la pared hasta que la puerta se abrió. Avanzó por un pasillo que parecía inclinarse, mantuvo el equilibrio hasta su apartamento y logró encajar la llave.

—*Ninguna entrada desde la última vez que se usó esta llave.*

No puedo confiar en eso, pensó en su desconcierto, en una debilidad súbita que hacía que el sillón pareciera muy, muy lejos y nada fuera seguro. *No puedo confiar en nada. Ella puede entrar en cualquier parte, hasta en los sistemas de seguridad. Seguramente ha llenado de espías el lugar mientras yo estaba fuera. Sería muy capaz de hacer una cosa así. Y no sé si el Cuidador puede detectar su tecnología, lo último en tecnología. Material muy caro. Material secreto. Podría conseguirlo.*

Tal vez Jordan también.

Llegó al sillón y se sentó con la espalda apoyada y cerró los ojos.

¿*Y si no estoy solo?*

La voz de Ari, suave y odiosa: *Yo planifiqué los actos de tu padre. Todos y cada uno de ellos. Aunque no pueda predecir las microestructuras. Las microestructuras no son tan importantes.*

Aforismo de los diseñadores de cinta: la macroestructura determina la microestructura. El marco de valores lo rige todo.

Hasta te planeé a ti, cariño. Yo implanté la idea. Jordan tenía mucha necesidad de compañía. ¿Crees que miento? Me debes la existencia.

Durante un momento imaginó que Grant entraría desde la otra habitación, que le preguntaría qué pasaba, que le explicaría cómo desenredar la madeja en que estaba envuelto. Grant había experimentado en cintas profundas. Y mucho.

Pero era sólo un fantasma. Una costumbre difícil de cambiar.

Y a Grant, claro. A Grant también lo planeé. Después de todo es obra mía.

Tenía que ir al laboratorio. Tenía que salir de la soledad en que podían exacerbarse y expandirse las estructuras de las cintas antes de que tuviera ocasión de manejarlas. Debía seguir con la rutina, ocupar la mente, dejar que la mente descansara y estudiar con cuidado la situación.

Si el cuerpo pudiera dormir un poco...

—Mensajes, por favor —murmuró, porque ahora recordaba que debía averiguar si Jordan o cualquier otra persona lo había llamado.

Por lo general se trataba de trivialidades. De la Administración. Una nota de protesta por la entrada ilegal. Se dejó ir en medio de todo eso, se despertó de repente con una punzada de dolor en el cuello. La luz erótica se desmayaba ahora en una idea racional y rápida como un destello, la idea de que tendría que llevar manga larga y cuello alto, y disimular los golpes con maquillaje: podía eludir a Jordan alegando que Ari le había dado más trabajo que antes, lo cual resultaba coherente porque Ari no tenía motivos para sentirse contenta con él, tal como le había dicho a Jordan. Justin no podía enfrentarse a Jordan de cerca hasta que recuperara el control sobre sí mismo.

Y un instante después, mientras el informe del Cuidador finalizaba, se dio cuenta de que no había estado atento y de que hacía dos días había programado el Cuidador para que le diera el informe y lo borrara al mismo tiempo.

XI

Grant descubrió el avión mucho antes de que llegaran al aeropuerto; no tenía la elegancia leve de LÍNEAS AÉREAS RESEUNE, eso saltaba a la vista. Era un carguero con ventanas cerradas. El coche se detuvo en el lugar donde esperaba un grupo de personas.

—Ahí —señaló el conductor, casi la única palabra que le había dirigido en todo el viaje e indicó las personas a quien debía acudir.

—Gracias —murmuró Grant, ausente, abrió la puerta y salió con la bolsa del almuerzo en la mano, acercándose con el corazón en un puño a unos completos desconocidos.

No eran todos desconocidos, gracias a Dios. Hensen Kruger estaba allí para hablar por él.

—Os presento a Grant. Grant, esta gente te llevará desde ahora. —Kruger extendió la mano y según las reglas él tenía que estrecharla, pero no estaba acostumbrado a que la gente se comportara así. Le hacía sentir incómodo. Todo le hacía sentir incómodo. Uno de los hombres se presentó como Winfield; presentó a la mujer del grupo como Kenney, la piloto, suponía Grant, en mono y sin ningún tipo de insignia de compañía; y había otros dos hombres, Rentz y Jeffrey, apellido o nombre de pila o nombre de azi, Grant no lo sabía con certidumbre.

—Vamos —indicó Kenney. Todo en ella era puro nerviosismo: el movimiento de los ojos, la dureza de los gestos mientras se secaba las manos sobre la ropa cubierta de grasa—. Vamos, vamos ya, ¿de acuerdo?

Los hombres se miraron mutuamente, y esas miradas tensaron los nervios de Grant. Los escrutó uno por uno, tratando de averiguar si él era el problema. Discutir con extraños le resultaba difícil: Justin siempre resolvía los problemas. Él conocía su misión en el mundo: manejar lo que su dueño le indicara. Y Justin le había dicho que planteara objeciones si le parecía necesario.

—¿Vamos con Merild? —preguntó, porque no había entendido el nombre y estaba decidido a saber cuál era antes de ir a ninguna parte.

—Sí, vamos con Merild —respondió Winfield—. Vamos, arriba... Hensen...

—No te preocupes, hablaremos más tarde. ¿De acuerdo?

Grant dudó, mirando a Kruger. Se daba cuenta de que estaban pasando cosas que no entendía. Pero no iban a decirle nada, estaba seguro, de manera que subió por los escalones hacia el avión.

No tenía marcas de compañía, sólo un número de serie: A7998. Un avión blanco, con manchones de pintura aquí y allá y una capa de barro rojo sobre la parte inferior.

Peligroso, pensó Grant. ¿No lo lavan? ¿Dónde está Decon? Subió a un interior vacío, más allá de la cabina y se dio la vuelta para mirar a Jeffrey y Rentz, que lo seguían, un poco más adelante que Winfield.

La puerta subió hacia el avión y Winfield la cerró. Había asientos plegables cerca de la pared. Jeffrey lo asió por el brazo, bajó un asiento y lo ayudó a ajustarse el cinturón de seguridad.

—Quédate aquí —dijo.

Grant le obedeció. El corazón le saltaba en el pecho. El avión corrió sobre la pista y se deslizó hacia el cielo. Grant no estaba acostumbrado a volar. Se retorció y levantó una cortina para mirar el exterior. Era la única luz. Vio las torres de Reseune, los acantilados y los muelles por debajo de ellos cuando levantaron vuelo.

—Cierra la cortina —ordenó Winfield.

—Perdón —murmuró Grant y siguió las instrucciones. Le molestaba no poder correrla, le hubiese gustado ver el panorama desde arriba. Pero no eran personas con las que pudiera discutir, lo intuía por el tono que usaban. Abrió la bolsa que le habían dado los Kruger, examinó lo que tenía para desayunar y luego pensó que sería de mal gusto comer cuando nadie más lo hacía. Volvió a cerrar la bolsa hasta que vio que uno de ellos, Rentz, se ponía de pie y volvía con unas bebidas en lata. Rentz le ofreció una, el primer gesto amable que le habían dirigido.

—Gracias —dijo él—. Ya tengo una.

Pensó que aquella era la ocasión de comer. La noche anterior estaba tan cansado que apenas había probado la cena, y el pescado salado, el pan y la bebida sin alcohol que le habían dado los Kruger le sentarían bien, a pesar de que él hubiera preferido café.

El avión rugía, los hombres bebían y miraban a veces por debajo de las cortinas, sobre todo a la derecha del avión. Algunas veces, la piloto les hablaba, una especie de charla incomprensible por el intercomunicador. Grant se terminó el pescado, el pan y la bebida y oyó que habían llegado a los siete mil metros; luego a los diez mil.

—Ser —había dicho alguien esa mañana, abriendo la puerta de su habitación en la casa de los Kruger.

Grant se había despertado con miedo, confundido por cuanto le rodeaba y porque aquel desconocido le llamaba ser. Casi no había dormido; y finalmente se adormiló y se despertó confundido y sin saber la hora ni si algo había salido mal.

Se habían llevado su cédula esa noche, cuando la guardia lo había traído desde el muelle y los depósitos hasta la Casa sobre la colina. Henser Kruger había estudiado la cédula y se había marchado a algún sitio con ella, para comprobar su autenticidad, sospechaba Grant; se había sentido aterrorizado: aquella cédula era su identidad. Si algo le pasaba, le habría que hacer examen de tejidos para probar quién era, aunque sólo había *uno* de su clase. Sin embargo, a pesar de las afirmaciones de Jordan, él no

estaba muy convencido de que eso fuera cierto.

Pero la cédula había aparecido con el montón de ropas y toallas que el hombre colocó sobre la silla, junto a la puerta. El hombre le dijo que se duchara, que había aterrizado un avión y que venía un coche a buscarle.

Grant se había apresurado entonces, todavía confundido y con los ojos nublados, y había ido hasta el baño, se había frotado la cara con agua fría y había mirado en el espejo, a unos ojos que querían dormir y un cabello rojo que formaba crestas sobre su frente.

Dios. Quería desesperadamente causar buena impresión, parecer cuerdo y sensato y no, no lo que Reseune estaba informando seguramente, un Alfa que se había vuelto loco y probablemente era peligroso.

Podía terminar en Reseune si pensaban eso de él. No se preocuparían por llamar a la policía; y Ari tal vez ya había intentado algo así. Seguramente Justin había tenido que responder ante Ari, aunque Grant no sabía cómo pensaba salvar la situación. Había tratado de no pensar en el asunto, había tratado de enviar sus pensamientos fuera de su conciencia toda la noche mientras yacía allí, escuchando los sonidos de una Casa extraña: puertas que se abrían y se cerraban, calderas y bombas en funcionamiento, coches que llegaban y se alejaban en la oscuridad.

Se había duchado rápidamente, se puso la ropa que le habían dejado, una camisa que le quedaba bien, pantalones un poco grandes o mal cortados o algo, se retocó el peinado y se examinó por segunda vez en el espejo, y luego bajó las escaleras.

—Buenos días —le saludó alguien, un hombre joven—. El desayuno está sobre la mesa. Ya están en camino. Cójalo y venga.

Él estaba aterrorizado por nada en especial, excepto que le estaban apremiando, excepto que su vida había sido siempre cuidadosa y ordenada y que siempre había sabido quién podía hacerle daño y quién le protegería. Ahora, ahora que Justin le había dicho que sería libre y estaría seguro, no sabía cómo defenderse, tan sólo obedecía todas las órdenes. Como un azi. Sí, ser.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho mientras el avión seguía volando y cerró los ojos, agotado, ahora que no tenía nada que mirar excepto el suelo desnudo de la nave, las ventanas cerradas y los hombres callados y taciturnos que volaban con él. Pensó que si no decía nada, el viaje tal vez sería más fácil y se despertaría en Novgorod, donde encontraría a Merild. Él lo cuidaría.

Se despertó cuando sintió que el avión reducía velocidad y oyó un sonido distinto en los motores. Se despertó asustado, porque sabía que se tardaban tres horas en llegar a Novgorod y estaba seguro de que no habían viajado tanto rato.

—¿Estamos aterrizando? —preguntó—. ¿Ocurre algo?

—Todo está bien —dijo Winfield, y luego cuando Grant buscó la cortina, pensando que no podía importarles que mirara, exclamó—: ¡Deja eso! —Era evidente

que sí les importaba.

El avión bajó, tocó el suelo, frenó y saltó y siguió corriendo, pensaba Grant, hacia la terminal de Novgorod. Se detuvo y todos se levantaron mientras la puerta se abría y la hidráulica empezaba a bajar la escalerilla. Grant se puso en pie, cogió la bolsa de papel (estaba decidido a no darles motivo de queja sobre su educación) y esperó hasta que Winfield lo tomó del brazo.

En el exterior no había edificios grandes. Sólo acantilados y un grupo de hangares que parecía desierto, el aire olía crudo y seco. Había un ómnibus que se movía por el pie de la montaña.

—¿Dónde estamos? —preguntó Grant, al borde del pánico—. ¿Es aquí donde se encuentra Merild?

—No te preocupes. Ven.

El se quedó helado un instante. Podía negarse. Podía luchar. Y luego, no podría hacer nada más, porque no tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo pilotar un avión en caso de que llegara a dominarlos. El ómnibus..., podría usarlo para escapar, pero no tenía idea de dónde estaba. Si se quedaba sin combustible afuera, no tenía posibilidades de salir con vida. «Afuera» era todo alrededor de la pista: veía la zona más allá de los edificios.

Esperaba llegar a un teléfono si les convencía de que era lo bastante servil para que le dieran la espalda sin miedo. Había memorizado el número de Merild. Pensó en eso en el instante que transcurrió entre ver donde estaba y sentir que Winfield lo tomaba del brazo.

—Sí, ser —dijo con humildad y bajó la escalerilla hacia dónde ellos querían..., y que todavía podía ser hacia Merild. Esperaba que estuvieran diciendo la verdad. Pero ya no lo creía.

Winfield lo llevó hacia el ómnibus y abrió la puerta para que entrara. Luego, subió con Jeffrey y Rentz. Había siete asientos, cada uno junto a una ventanilla. Grant ocupó el primero y Winfield se sentó a su lado mientras el otro par se acomodaba detrás.

Grant examinó las ventanas y las puertas: cuidadosamente selladas. Un vehículo exterior.

Unió las manos sobre el regazo y se sentó en silencio mientras miraba cómo el conductor encendía el motor y el vehículo se alejaba por el pavimento, pero no en dirección de los edificios sino hacia un camino, probablemente el que conducía a las torres de precipitados. Al cabo de un rato viajaban sobre tierra, y poco después trepaban desde las tierras bajas hacia las alturas, más allá de la seguridad de las torres.

Tierra salvaje.

Tal vez moriría en cuanto le registraran la mente en busca de lo que sabía. Tal vez

trabajaban para Ari; pero le extrañaba que Reseune resolviera así los problemas cuando lo más fácil era llevarlo a Reseune de vuelta sin que Jordan o Justin lo supieran, aterrizar en uno de los tantos vuelos regulares de transporte y enviarlo en un vehículo a los edificios del exterior, donde podían someterle a cualquier prueba hasta que estuvieran listos (o no) para admitir que lo tenían.

Tal vez eran enemigos de Ari, en cuyo caso podían hacerle cualquier cosa y probablemente no querrían que sobreviviera para contarlo.

En cualquier caso, Kruger tenía que estar involucrado, sin duda alguna, quizás había dinero por medio, tal vez todo lo que habían contado sobre las preocupaciones humanitarias de Kruger era mentira. Reseune estaba llena de mentiras. Tal vez era un patraña sostenida por la misma Ari. Tal vez Kruger los había engañado a todos, tal vez estaba metido en un negocio ilegal y firmaba Contratos falsos en cuanto le caía un buen azi entre manos. Tal vez lo estaban vendiendo a alguna estación minera en las tierras salvajes, o a algún lugar donde tratarían de reentrenarlo. Sólo lo intentaría. Él podía manejar a cualquiera que se pusiera a manipular sus estructuras de cinta hasta cierto nivel. A otros niveles...

No estaba tan seguro.

Había cuatro, contando al conductor, y hombres así seguramente llevaban armas. Los sellos del ómnibus representaban la vida misma.

Unió las manos y trató desesperadamente de pensar en todo. Un teléfono era la mejor solución. Tal vez robar el vehículo en cuanto confiaran en él, en cuanto averiguara dónde estaba la civilización y si el vehículo tenía combustible suficiente para llegar hasta allí. Podía tardar días. Semanas.

—A estas alturas debes de saber —dijo Winfield— que no estás donde se suponía que debías estar.

—Sí, ser.

—Somos amigos. Me gustaría que lo creyeras.

—¿Amigos de quién?

—Tuyos —respondió Winfield y le apoyó la mano sobre el hombro.

—Sí, ser. —Aceptar cualquier cosa. Mostrarse totalmente complaciente. Sí, ser. Lo que usted quiera, ser.

—¿Estás nervioso, preocupado?

Como un supervisor de campo hablándole a un trabajador Mu, maldita sea. El hombre creía saber lo que estaba haciendo. Eso era bueno y malo, dependía de lo que aquel tonto se creyera en disposición de hacer con cintas y drogas. Winfield lo había manejado mal hasta el momento. Grant no se dejaba llevar por el instituto porque comprendía que no le servía en esta situación, y porque tendría muchas más oportunidades si mantenía la cabeza gacha. Sabía que los que la llevaban no eran estúpidos; sólo demasiado ignorantes para darse cuenta de que el grado Alfa de su

cédula significaba que no tenía el tipo de inhibiciones que los hombres estaban acostumbrados a encontrar en los azi. Deberían haberlo drogado y transportarlo dormido.

Y él no iba a decírselo, desde luego.

—Sí, ser —contestó, con el aliento preocupado de un Theta.

Winfield le palmeó el brazo.

—Todo está bien. Eres un hombre libre. Lo serás.

Él parpadeó. No necesitaba actuar. «Hombre libre» agregaba algunas dimensiones nuevas a la ecuación. Y no le gustaba ninguna.

—Vamos a subir a las colinas. Un lugar seguro. Estarás muy bien. Te daremos una nueva cédula. Te enseñaremos cómo comportarte en la ciudad.

Enseñarte. Reentrenamiento. Dios, ¿dónde me he metido?

—*¿Es esto lo que quería Justin?*

Estaba asustado, de pronto, en una forma distinta a como, lo había estado hasta el momento. Tenía miedo porque tal vez si desafiaba a esas personas estaría destruyendo algo que Justin había arreglado. O Jordan, que lo sabía, que había intervenido...

Tal vez eran lo que los únicos amigos que tenía en el mundo habían planeado para él, tal vez lo conducían a la verdadera libertad. Pero el reentrenamiento, si era lo que tenían en mente, llegaría hasta sus grupos psíquicos y los perturbaría. No tenía mucho en el mundo. No era dueño de nada, ni siquiera de su propia persona o de los pensamientos que le cruzaban por la cabeza. Sus lealtades eran las de los azi, lo sabía y lo aceptaba, y no le importaba no poder elegirlos: eran reales y eran cuanto tenía.

Ésa gente hablaba de libertad. Y de enseñarle. Y tal vez los Warrick querían que le pasara eso y él tenía que aceptarlo, incluso si le quitaban lo único que tenía y dejaban una fría libertad en el lugar que antes había ocupado el hogar. Porque los Warrick no podían tenerlo consigo ahora, porque amarlos resultaba peligroso para ellos. La vida parecía llena de paradojas.

Dios, ahora no sabía, no sabía quién lo tenía ni lo que debía hacer.

¿Pedirles que le dejaran usar el teléfono, pasarle un mensaje a Merild para preguntar si todo estaba bien?

Pero si ellos no estaban con Merild, eso les indicaría que él no era el tipo tranquilo y dócil que pensaban. Y si pertenecían a otro bando, si eso no tenía nada que ver con los Warrick, se darían cuenta de que él no tenía ninguna oportunidad.

Así que miró cómo pasaba el paisaje por las ventanillas y toleró la mano de Winfield sobre el hombro mientras el corazón le latía con tanta fuerza que casi le dolía.

X

Era casi surrealista la forma en que el día cayó en su rutina de siempre, una inercia en los asuntos de Reseune que se negaban a cambiar, a pesar de todo lo que había pasado, a pesar de que sentía el cuerpo magullado y las cosas más inocentes le provocaban destellos de cinta que hora tras hora parecían más mundanos y más cerca del nivel plácido de la existencia. Claro que así era como se sentían esas cosas, claro que la gente desde la aurora de los tiempos había hecho el amor con compañeros mezclados, había pagado con sexo por seguridad, así funcionaba el mundo, eso era todo, y él ya no era un muchacho al que esas noticias pudieran destruir. Lo que más le confundía era la resaca, y ahora que estaba del otro lado de una experiencia que hubiera preferido no tener, todavía estaba vivo, Grant estaba a salvo, río abajo, Jordan estaba bien; y mejor sería que comprendiera que Ari no se contentaría con esto.

Sacude al chico, juega con su mente, continúa hasta que se derrumbe.

Querías a Grant libre, muchacho; bueno, tú puedes sustituirlo, ¿verdad?

Dejar el apartamento, ir a la oficina, sonreír a gente conocida y descubrir que todo seguía a su alrededor, lo mismo que ayer, lo mismo que todos los días en el Ala Uno: Jane Strassen que gritaba a sus ayudantes y montaba un escándalo porque había algún problema en su reparación de equipos; Yanni Schwartz que trataba de calmarla, un murmullo oscuro de ideas en el vestíbulo. Justin se concentró en su pantalla y en su trabajo, en un problema de estructura de cintas que Ari le había encargado hacía una semana, lo suficientemente complejo para que su mente estuviera muy ocupada tratando de unir los nexos.

Iba con cuidado. Había cosas que el control de AI podía pasar por alto. Había diseñadores de mayor nivel entre su trabajo y el sujeto de prueba azi, y había programas trampa diseñados para descubrir nexos accidentales en un grupo psíquico particular, pero ésta no era una cinta de enseñanza común: era una cinta profunda, específicamente una que podía usar un cirujano psíquico para arreglar ciertos grupos subsidiarios KU-89 para funciones limitadas de control y manejo.

Un error que los diseñadores jefe no detectaran podía salir muy caro, podía causar dolor a los KU-89 y a los azi que manejaran; podía causar terminaciones si llegaba a extremos nefastos; era la pesadilla de todo diseñador, instalar un error que funcionara silenciosamente en un intelecto vivo durante semanas y años hasta que sintetizara un grupo lógico más y más enloquecido y saliera a la superficie con una reacción absolutamente ilógica.

Había un libro que pasaba de mano en mano, una novela de suspense y ciencia ficción llamada *Mensaje de error* que había perturbado a Giraud Nye: una Reseune

no muy bien disimulada sacaba al mercado una cinta de entretenimientos con un gusano, un error, y la civilización se destruía. Había una copia en la biblioteca en la sección que sólo podían retirar los CIUD, con una larga lista de espera; él y Grant la habían leído los dos, claro. Y apostarí a que lo mismo habían hecho todos los azi de la Casa, excepto los de los Nye.

El y Grant habían tratado de diseñar un gusano, para ver cómo funcionaría.

—Hey —había dicho Grant, sentado en el suelo a los pies de Justin, mientras empezaba a dibujar los códigos de flujo—, tenemos un grupo Alfa que podemos usar, a la mierda los grupos Rho.

Eso había asustado a Justin. De pronto, había dejado de parecerle gracioso.

—Ni se te ocurra —había dicho, porque los gusanos existían y ellos habían diseñado uno que podría funcionar. Sólo pensarlo era peligroso; y Grant había sugerido que lo pensarán para su propio grupo. Grant tenía su propio manual.

Grant se había reído con esa sonrisa astuta, traviesa bajo las cejas, la sonrisa que le iluminaba cuando tenía a su CIUD bien cogido.

—No creo que debamos hacer esto —había dicho Justin, tomando el anotador—. No me parece un asunto para gastar bromas.

—Oye, esas cosas no existen.

—No quiero saber si existen o no.

Resultaba difícil erigirse en Autoridad por un momento, poner delante de Grant su rango de CIUD y tratarlo en consecuencia. Le dolía. Le hacía sentirse muy desgraciado.

De pronto serio y amargado, Grant había arrugado la hoja del inicio del diseño y la desilusión en sus ojos había tocado la fibra sensible de Justin.

Grant había ido a su habitación aquella noche y lo había despertado diciendo que había diseñado un gusano y que funcionaba y se rió como un lunático y saltó sobre él en la oscuridad y lo asustó terriblemente.

—¡Luces! —le había gritado Justin al Cuidador y Grant se había caído al suelo muerto de risa.

Así era Grant, demasiado tranquilo para dejar que nada se interpusiera entre los dos. Y sabía muy bien lo que se merecía Justin por su actitud de dios.

Se sentó inmóvil frente al tablero, mirando al vacío, con un dolor vago en su interior que era absolutamente egoísta. Grant estaba bien. Todo iría bien.

El intercomunicador se encendió. Justin *hizo* un esfuerzo para enfrentarse a lo que fuera y pulsó el botón de la consola.

—Sí —dijo esperando la voz de Ari o de la oficina de Ari.

—Justin. —Era la voz de su padre—. Quiero hablarte. Ven a mi oficina. Ahora.

El no se atrevió a negarse.

—Voy —dijo, cerró la consola y fue, inmediatamente.

Una hora después estaba de vuelta en la misma silla, y se quedó mirando la pantalla sin vida durante largo rato, hasta que finalmente logró controlarse lo suficiente para ordenar a la máquina que volviera a poner el proyecto en pantalla.

El ordenador trajo el programa y lo activó. Él estaba a miles de kilómetros de allí, mareado. Jordan le había dicho que había llamado a Merild y éste le había dado una negativa extraña a su pregunta en código.

Merild no había recibido ningún mensaje. Merild no había recibido a nadie que pudiera reconocer como el sujeto de la pregunta de Jordan. Cero total.

Tal vez era demasiado pronto. Tal vez había alguna razón por la que Kruger había mantenido allí a Grant y no había llamado a Merild. Tal vez tenían miedo de Reseune. O de la policía.

Tal vez Grant no había llegado a Kruger.

Justin se había quedado paralizado. Jordan se sentó sobre el brazo de la silla de la oficina y le pasó el brazo sobre el hombro y diciéndole que no deseperara todavía. Pero no había nada que pudieran hacer. Ninguno de ellos ni nadie que conocieran podía empezar una búsqueda, y Jordan no podía involucrar a Merild dándole los detalles a través del teléfono de la Casa. Había llamado a los Kruger y había preguntado directamente si había pasado un bote. Los Kruger dijeron que había pasado y había salido según el horario previsto. Alguien mentía.

—Pensé que podía confiar en Merild —atinó a decir Justin.

—No sé qué está ocurriendo —dijo Jordan—. No quería decírtelo. Pero supongo que si Ari se entera de algo, te lo va a largar. Pensé que sería mejor que lo supieras.

Él se había mantenido sereno, hasta que se puso en pie, diciendo que tenía que volver a la oficina. Entonces Jordan lo abrazó y lo besó, y Justin se derrumbó. Pero era sólo la reacción de un muchacho normal al que acabaran de decir que su hermano tal vez estaba muerto.

O en manos de Ari.

Se había secado los ojos, había dominado su expresión. Volvió por el control de seguridad hacia el ala de Ari, más allá de los líos permanentes del personal de Jane Strassen, gente que trataba de poner un embarque en el avión que iba por suministros, porque Jane era tan ahorrativa que se negaba a moverse si el avión no estaba lleno hasta los topes.

Ahora estaba sentado frente al problema, descompuesto y con un odio profundo hacia Ari; la odiaba, la odiaba más de lo que nunca había pensado que podría odiar a nadie, incluso cuando no sabía dónde estaba Grant o si él mismo lo había matado al enviarlo en aquel bote.

Y no podía decirle a Jordan todo lo que estaba pasando. No podía contarle nada sin accionar las trampas que él mismo había colocado.

Apagó el ordenador, caminó hasta el vestíbulo de la oficina de Ari, sin hacer caso

de nada. Entró y se enfrentó a Florian, que estaba en el escritorio de recepción.

—Tengo que hablar con ella —dijo—. Ahora.

Florian levantó una ceja, pareció dudar y luego llamó.

—¿Cómo vamos? —saludó Ari, y él temblaba tanto, de pie frente al escritorio de Ari, que no podía hablar.

—¿Dónde está Grant?

Ari parpadeó. Una reacción rápida, tal vez honesta.

—¿Dónde está Grant? Siéntate. Vayamos por partes.

Él se sentó en la silla de piel en el rincón del despacho de Ari y apretó las manos sobre los brazos cruzados.

—Grant ha desaparecido. ¿Dónde está?

Ari aspiró lentamente. O estaba preparando su actuación o no se preocupaba por ponerse la máscara.

—Fue hasta donde vive Kruger. Llegó un avión esta mañana y tal vez se fue en él. También salieron dos barcasas y quizá se fue allí.

—¿Dónde está, mierda? ¿Dónde lo tiene escondido?

—Muchacho, comprendo tus sentimientos, pero contrólate. No vas a sacar nada de mí si me gritas y te aseguro que me sorprendería si esta histeria fuera fingida. Así que hablemos con calma, ¿quieres?

—Por favor.

—Ah, querido muchacho, esto es totalmente estúpido. Sabes que no soy tu amiga.

—¿Dónde está?

—Cálmate. Yo no lo tengo. Claro que lo hice seguir. ¿Dónde debería estar?

El no respondió. Se sentó tratando de controlarse, mientras veía el pozo abierto frente a sus pies.

—No puedo ayudarte si no me das con qué trabajar.

—Claro que puede ayudarme si quiere. ¡Usted sabe perfectamente dónde está!

—Querido, por mí te puedes ir a la mierda. O puedes contestar mis preguntas y yo te prometo que haré cuanto esté en mi mano para sacarlo de dónde esté, y dejaré que tu amigo de Novgorod quede al margen de todo. No creo que la llamada que hizo Jordan hace un rato tenga nada que ver con que tú hayas venido a verme. Yo diría que vuestras relaciones no van nada bien esta semana.

El se quedó sentado, mirándola un largo rato.

—¿Qué quiere usted?

—La verdad. Mira, yo voy a decirte adonde se suponía que debía ir y tú sólo tendrás que confirmarlo. Basta con que hagas un gesto. De aquí a casa de los Kruger. De allí a un hombre llamado Merild, un amigo de Corain.

Él apretó las manos un poco más. Y asintió.

—De acuerdo. Tal vez está de camino en las barcasas. Se suponía que debía ir por

aire, ¿no?

—No lo sé.

—¿Lo dices de verdad?

—Te lo aseguro.

—Tal vez todavía no ha salido. Pero no me gusta el resto. Corain no es el único amigo político que tienen los Kruger. ¿Te dice algo el nombre de Forte?

Él negó la cabeza, sorprendido, en blanco.

—¿Rocher?

—¿Un abolicionista? —El corazón de Justin saltó, esperanza y dolor enredados en él. Rocher era un lunático.

—Así es, cariño. El avión de esta mañana aterrizó en Big Blue y un autobús los llevó hacia el camino de Bertille–Sanguéy. Tengo gente que está en el asunto pero incluso a mí me lleva algo de tiempo conseguir gente que pueda sacar a Grant de ahí sin que ellos le corten el cuello. Y eso es lo que van a hacerle, muchacho. Los abolicionistas no están en esto sólo por razones puras y santas, y si han jugado una mano que puso a Kruger entre la espada y la pared, puedes estar seguro de que no lo han hecho sólo por un azi, ¿me oyes, muchacho?

Justin oía. Pensó que entendía. Pero no había actuado en aquel asunto, según decía Ari. Quería que ella lo explicara con pelos y señales.

—¿Qué cree usted que buscan?

—A tu padre. Y al canciller Corain. Grant es un azi de Reseune. Es un azi de Warrick, casi como ponerle las manos encima a Paul; y Forte quiere la cabeza de Corain, muchacho, porque éste se vendió a mí, Corain hizo un trato sobre los proyectos Fargone y Hope, tu padre es el centro de ese convenio y justo vas y pones a Grant directo en la manos de Kruger, mierda.

—Usted está tratando de que vuelva.

—Yo quiero que vuelva. *No lo quiero en manos de Rocher*, estúpido idiota, y si tú lo quieres vivo, será mejor que empieces a contarme todos los secretos que tengas. No sabías nada sobre la conexión Rocher, claro, lo ignorabas todo acerca de los amigos radicales de Kruger.

—No, no lo sabía. No lo sé. Yo...

—Déjame decirte lo que van a hacerle. Lo llevarán a algún sitio, lo llenarán de drogas y lo someterán a un psicotest. Tal vez se preocupen por darle una cinta ya que están en eso. Tratarán de averiguar todo lo que sepa acerca de los proyectos Rubin y Hope, todo lo que sepa sobre cualquier cosa. Tratarán de subvertirlo, puedes estar seguro. Pero eso no es lo que buscan, no necesariamente. Te explicaré mi teoría. Creo que están chantajeando a Kruger, creo que tienen un hombre en la organización de los Kruger y creo que cuando se enteraron de lo que tú les habías puesto entre manos, Merild ni siquiera llegó a saberlo: el que lo supo fue Rocher y éste es quien tiene a

Grant. Probablemente lo tienen sedado. Cuando se despierte, ¿qué va a pensar? ¿Que esos son amigos tuyos? ¿Que todo lo que le pasa es cosa tuya?

—Por Dios santo...

—Es así, y tú lo sabes. Cálmate y piénsalo de nuevo. No podemos entrar a tontas y locas en casa de Rocher si no estamos totalmente seguros de que Grant está allí. Estamos instalando un Localizador. Perdimos una oportunidad en el aeropuerto de Bertille y no estamos seguros de que podamos cazarles en Big Blue. Lo intentaremos. Mientras tanto, no estamos completamente seguros de que Grant haya llegado a Kruger. Ahora, puedo conseguir una orden de registro. Pero voy a hacer otra cosa. Creo que sé cómo están chantajeando a Kruger: apostarí a que muchos de sus contratos de azi son sospechosos, y puedo arreglar una audiencia. Tengo un avión que va hacia allí. Mientras tanto, Giraud irá a ver a Corain en Gagaringrad para hablar con él. Tú le explicarás todo esto a Jordan, y le dirás que le agradecería que intentara conseguir algo de Merild para el caso Kruger.

—Lo sacamos —dijo Justin— y después se va a lo de Merild. Merild no dirá nada.

—Encanto —replicó Ari—, me conoces lo suficiente. En cuanto lo saquemos volverá directo aquí, a Reseune. Habrá estado en manos de ellos por lo menos cuarenta y ocho horas, si no más. Tendremos que hacerle un control, ¿no crees? Podrían haberle hecho muchas cosas, y tú no querías dejarlo para que se las arregle él solo ¿no?

—Si usted no quiere que todo esto salga a la luz...

—Encanto, tú eres quien no quiere que salga a la luz. Tú eres quien no quiere involucrar a tu padre. Cuando Grant esté de vuelta, Jordan lo sabrá. Si podemos traerlo vivo, sabrá que Grant está en el hospital, ¿no? Y va a estar preocupado. Supongo que vas a cumplir con tu parte del trato, encanto.

El no dijo nada porque le pareció que no tenía argumentos, que ya no tenía armas.

—Eso suponiendo —añadió Ari— que podamos salvarlo. Tal vez nos lleve años de tratamientos, si logro enderezarlo. Claro que tenemos que traerlo vivo. Eso es lo primero.

—Me está amenazando.

—Encanto, yo no puedo predecir lo que va a hacer Rocher. O dónde irán a parar los disparos. Sólo te estoy advirtiéndolo.

—Ya le he dicho que haré lo que usted quiera.

—Por tu padre. Sí. Estoy segura de que sí. Y hablaremos de Grant cuando le hayamos recuperado. —Sacó la cubierta del intercomunicador y pulsó un botón—. ¿Jordan? Soy Ari.

—¿Qué pasa? —devolvió la voz de Jordan.

—Tengo a tu hijo en mi oficina. Parece que los dos nos enfrentamos a un pequeño

problema. ¿Te molestaría llamar a tu contacto en Novgorod de nuevo y pedirle que consiga que Kruger me llame?

XI

Por fin descansaban en la pequeña y sucia estación en la que se habían detenido: un garaje subterráneo, una escalera de hormigón y ese lugar, que era sobre todo de hormigón casi destruido. Sólo había tres habitaciones, excluyendo el baño y la cocina. No tenía ventanas, porque constituían un riesgo en una zona como aquélla; sólo una especie de periscopio que permitía observar el área en 360 grados. Pero Grant no tenía acceso al periscopio. Estaba sentado y contestaba preguntas, la mayor parte del tiempo decía la verdad, algunas veces intercalaba mentiras porque era la única forma de defenderse que se le ocurría. No había teléfono. Sólo una radio. Y Grant no tenía idea de cómo manejarla. Apenas si había visto a Jordan usar una en el barco.

Todavía no estaba seguro de quiénes eran aquellas personas, ni para quién trabajaban. Sólo murmuraba respuestas a las preguntas de Winfield, y se quejaba porque no había café, se quejaba por la falta de comodidad, se quejaba de todo porque pensaba que así los acorralaría, tal vez los enfurecería y entonces reaccionarían de algún modo. Jugaba con una relajación leve, un acopio de confianza en su seguridad e imitaba a los peores azi de la Casa que podía imaginar, sobre todo a Abban, el jefe de personal de Giraud Nye, el insufrible Abban, que era un quebradero de cabeza para el personal de cocina y de limpieza y para cualquier azi que él considerara por debajo de su rango.

Había una máquina de cintas en el dormitorio. No le gustó eso. No era algo inusual en un lugar apartado: la diversión debía de ser una de las prioridades para el personal que trabajaba allí, donde quiera que estuviera situada esa estación. Pero no era un aparato pequeño para entretenimientos. Parecía tener monitores y Grant se puso nervioso por eso. Pensó en molestarlos hasta el punto en que cualquier CIUD razonable perdería los estribos y así descubrir de qué clase eran.

—Siéntate —dijo Rentz cuando se levantó para seguir a Winfield a la cocina.

—Pensé que podía ayudar, ser. Yo...

Oyó un coche. Los otros también lo oyeron y al cabo de un segundo, Rentz y Jeffrey estuvieron de pie y Winfield volvió de la cocina y se apresuró a mirar por el periscopio.

—Parece Kahler.

—¿Quién? —preguntó Grant.

—Siéntate. —Rentz apoyó una mano en el hombro de Grant y lo empujó a una silla. Lo mantuvo allí hasta que el ruido del coche se oyó más cercano. La puerta del garaje se levantó sin que nadie hiciera nada en la habitación.

—Es Kahler —dijo Winfield. El alivio de tensión fue palpable en la habitación.

El coche entró en la edificación y el ruido hizo vibrar la pared que separaba la habitación del garaje subterráneo. La puerta del garaje se cerró, se oyó el ruido del aerosol durante un momento, luego las puertas del coche se abrieron y se cerraron y alguien subió los escalones.

—¿Quién es Kahler, ser?

—Un amigo —respondió Winfield—. Jeffrey, lleva a Grant al dormitorio.

—Ser, ¿dónde está Merild? ¿Por qué no viene? Yo...

Jeffrey lo levantó de la silla y se lo llevó al dormitorio. Lo empujó a la cama.

—Acuéstate —ordenó Jeffrey, en un tono que no admitía réplica.

—Ser, quiero saber dónde está Merild, quiero saber...

Rentz también estaba allí. Era su mejor ocasión. Se dio la vuelta y golpeó a Jeffrey con el codo, a Rentz con la otra mano y corrió a la otra habitación, donde Winfield se había dado cuenta del peligro.

Winfield sacó un revólver del bolsillo y Grant se agachó. Pero Winfield no se asustó. Tenía la mano firme y un buen ángulo de tiro; y Grant se quedó donde estaba, contra el marco de la puerta mientras se abría la entrada del garaje y aparecían tres hombres más, dos de ellos rápidos y armados.

Uno de los hombres que había dejado detrás se estaba levantando. Grant se quedó muy quieto hasta que alguien lo agarró desde atrás. Podría haberle roto el brazo. No lo hizo, dejó que el hombre lo llevara de vuelta al dormitorio mientras Winfield seguía apuntándole.

—¿Así va a ser entonces? —dijo uno de los recién llegados.

Winfield no rió.

—Acuéstate —indicó y Grant se acercó a la cama y se sentó—. ¡Ya!

Grant obedeció la orden. Jeffrey sacó cuerda del bolsillo y le ató la muñeca derecha a la cama mientras Rentz se quejaba en el suelo y varios hombres armados le apuntaban con las armas.

La otra muñeca, una posición incómoda. Grant miró a los hombres que habían entrado, dos de ellos corpulentos, fuertes y uno flaco, mayor, el único sin armas. Grant desconfiaba de la mirada de aquel hombre. Los demás se mostraban respetuosos con él.

Lo habían llamado Kahler. No sabía más nombres, y los que le habían dicho no guardaban ninguna relación con Merild.

Dejaron las armas. Ayudaron a Rentz. Jeffrey se quedó de pie mientras los demás se iban y Grant miró el techo, tratando de no pensar en lo expuesto que estaba su estómago en esa posición.

Jeffrey abrió el cajón que había debajo de la máquina de cintas y sacó una hipodérmica. La apoyó contra el brazo de Grant y le inyectó.

Grant se encogió con el pinchazo y cerró los ojos, porque al cabo de unos minutos no recordaría que debía hacerlo y ellos no se lo dirían. Reunió las fuerzas de su grupo psíquico y pensó sobre todo en Justin, sin perder el tiempo con el ataque físico que le había salido mal: el próximo paso era una lucha totalmente distinta. Ya no le cabía duda. Los revólveres se lo probaban. Lo que estaban a punto de hacerle se lo probaba. Y a pesar de su condición de azi, era un aprendiz de Reseune, en el ala de Ariane Emory: ella lo había creado, Ari y Jordan habían fabricado sus psicogrupos y no iba a dejar que un desconocido los destruyera.

Se estaba durmiendo. Sentía el comienzo de la disociación. Sabía que el Hombre había vuelto y que estaban haciendo correr la cinta. Se alejaba más y más. Una dosis fuerte. Una cinta profunda como una venganza. Lo había esperado, claro.

Le preguntaron cómo se llamaba. Le preguntaron otras cosas. Le dijeron que ellos eran los dueños de su Contrato. Él recordaba que no era así.

Finalmente se despertó. Lo desataron para que bebiera y fuera al baño: insistieron en que comiera, aunque sentía náuseas. Le dieron un respiro.

Después, atacaron de nuevo. El tiempo se borró. Tal vez tuvo que sufrir más despertares. El dolor y la angustia los aunaron en uno solo. Le dolían los brazos y la espalda cuando se despertó. Contestó preguntas. La mayor parte del tiempo no sabía dónde estaba ni recordaba con claridad qué había hecho para merecer tal castigo.

Luego oyó un golpe. Vio sangre sobre las paredes de la habitación. Olió que algo se quemaba.

Pensó que había muerto y llegaron unos hombres y lo envolvieron en una manta mientras el olor a quemado se intensificaba.

Luego le pareció que enloquecía y subía y bajaba. Y lo inclinaban, y el aire latía como un corazón.

—Se está despertando —comentó alguien—. Dale otra.

Vio a un hombre en mono azul. Vio el Hombre Infinito, el emblema del personal de Reseune.

Luego ya no estuvo seguro de nada de lo que había pasado. Dejó de estar seguro de dónde había empezado la cinta y dónde seguía la realidad.

—¡Traigan la hipodérmica! —le gritó alguien en el oído—. ¡Maldita sea, sosténgalo!

—¡Justin! —gritó él, porque ahora creía que siempre había estado en casa y que tal vez había una remota posibilidad de que Justin lo oyera, lo ayudara y lo sacara de aquel infierno—. ¡Justin!

La hipodérmica lo pinchó. Luchó y unos cuerpos se le arrojaron encima hasta que el peso de la droga le venció y el mundo giró y desapareció bajo sus pies.

Se despertó atado a una cama, en una habitación blanca. Estaba desnudo bajo las sábanas. Había biosensores en una banda que descansaba contra su pecho y alrededor

de la muñeca derecha. La izquierda estaba vendada. Sonó una alarma. Él la estaba haciendo sonar. Su pulso era un grito silencioso que él hubiera querido detener.

Pero se abrió la puerta. El doctor Ivanov.

—Todo va bien —dijo el doctor Ivanov y fue a sentarse al lado de la cama de Grant—. Te han traído esta tarde. Todo va bien. Hicieron volar a esos malditos.

—¿Dónde he estado? —preguntó Grant con mucha, mucha calma—. ¿Dónde estoy ahora?

—En el hospital. Tranquilízate.

El monitor chilló de nuevo, con rapidez. Grant trató de controlarse el pulso. Estaba desorientado. Ya no estaba seguro de lo que le había pasado, o de lo que era real.

—¿Dónde está Justin, ser?

—Esperando para ver cuándo despertabas. ¿Qué tal estás? ¿Te encuentras bien?

—Sí, ser. Por favor ¿puede quitarme esto?

El doctor Ivanov sonrió y le palmeó el hombro.

—Escucha, muchacho, tú y yo sabemos que estás cuerdo como el que más, pero por tu propio bien tenemos que dejarlo un poco más. ¿Cómo está la vejiga?

—Estoy bien. —Era una humillación más, añadida a todo el resto. Sintió que se ruborizaba—. Por favor. ¿Puedo hablar con Justin?

—Lo siento, pero tendrá que ser una conversación breve. No quiero que hables demasiado hasta que venga la policía, nada importante, formalidades, nada más. Sólo tienes que contestar dos preguntas, harán sus informes y ya estará. Luego, te haré unas pruebas. Volverás a la Casa enseguida. ¿Te parece bien?

—Sí, ser. —El maldito monitor volvió a chillar y se detuvo cuando él controló el pulso—. ¿Y Justin? Por favor.

Ivanov le palmeó el hombro y se levantó. Se dirigió a la puerta y la abrió.

Entró Justin. El monitor parpadeó y volvió a quedarse callado. Y Grant miró a Justin como a través de una película brillante. Jordan también estaba allí. Los dos. Y él se sentía muy avergonzado.

—¿Estás bien? —preguntó Justin.

—Sí —dijo Grant y perdió el control del monitor y de las lágrimas, que ahora le corrían por las mejillas—. Supongo que estoy metido en un buen lío.

—No —le tranquilizó Justin, y se acercó y le aferró la mano, con fuerza, comunicándole su amor, con la expresión de su cara. El monitor osciló y se quedó en silencio de nuevo—. Todo va bien. Fue una estupidez. Pero vas a volver a la Casa. ¿Me oyes?

—Sí.

Justin se inclinó y lo abrazó, a pesar de las ataduras. Y se alejó. Jordan hizo lo mismo, lo tomó por los hombros, y dijo:

—Contesta sus preguntas. ¿De acuerdo?

—Sí, ser —dijo Grant—. ¿Puede hacer que me suelten?

—No. Es por tu seguridad. ¿De acuerdo? —Jordan lo besó en la frente. No lo había hecho desde que Grant era un niño—. Duerme, ¿me oyes?, yo personalmente revisaré toda las cintas que te apliquen.

—Sí, ser —dijo Grant.

Y se quedó allí y vio cómo Jordan y Justin salían por la puerta.

El monitor chilló de pánico.

Estaba perdido. Tendría que atravesar el infierno antes de salir de aquel lugar.

Había visto el rostro de Justin por encima del hombro de Jordan y había sorprendido el infierno que le esperaba.

¿Dónde he estado? ¿Qué me ha pasado realmente? ¿He dejado este lugar alguna vez?

Llegó una enfermera con una hipodérmica y no había discusión posible. Trató de aquietar el monitor, trató de protestar.

—Sedante —dijo la enfermera y se lo inyectó en el brazo.

O quizás era Jeffrey quien se lo había puesto. Grant giró adelante y atrás, oyó gritos y vio la sangre sobre la pared blanca.

XII

—¿Estaba bien? —preguntó Ari a Justin en su oficina. Estaban a solas.

—¿Cuándo podrá salir?

—Ah —suspiró Ari—. No lo sé. De verdad, no lo sé. Y tampoco recuerdo muy bien el trato que hicimos. Parece un poco tonto ahora, ¿no crees? ¿Qué cartas tienes ahora para negociar?

—Mi silencio.

—Encanto, tienes mucho que perder si rompes ese silencio. Y lo mismo diría yo de Jordan. ¿No es por eso que estamos haciendo todo esto?

Él estaba temblando. Trató de no demostrarlo.

—No, lo hacemos porque usted no quiere que su precioso proyecto fracase. Porque no le conviene la publicidad en este momento. Porque tiene mucho que perder. De otro modo no tendría tanta paciencia conmigo.

Una sonrisa lenta se esparció por los labios de Ari.

—Me gustas, muchacho. De verdad que me gustas. La lealtad es algo muy raro en Reese. Y tú demuestras tener tanta... ¿Qué me dirías si te diera a Grant sin tocarlo, sin alterarlo? ¿Cuánto vale para ti?

—Es posible que usted no sepa hasta qué punto puede empujarme —replicó Justin en tono cuidadoso, mesurado.

—¿Cuánto vale?

—Suéltelo. No le aplique ninguna cinta.

—Encanto, está muy confundido. Ha pasado por un infierno. Necesita descanso y tratamiento.

—Yo me ocuparé de eso. Jordan lo hará. Se lo advierto: no me empuje demasiado. No sabe de lo que soy capaz.

—Ah, encanto, sé perfectamente de lo que eres capaz. Gran parte de ello es absolutamente exquisito. Y no tengo que hacer tratos contigo sobre Grant. Tengo otro tipo de cintas totalmente distinto. Tu padre se moriría del disgusto.

—Tal vez lo está subestimando.

—¿Ah sí? ¿Se lo has contado? Ya me parecía. Tienes que entender la situación, ¿sabes? No se trata simplemente de su hijo. No se trata sólo de «una mujer». Tú eres su gemelo. Y yo soy, Ari Emory. Sin mencionar el azi. —Se rió entre dientes—. Es un buen intento, en serio. Te respeto. Te respeto lo suficiente para darte un poco de tranquilidad. Ven aquí, muchacho. Ven.

Ari extendió la mano. Él dudó, confundido y finalmente extendió la suya y se la dio. Ella la tomó con amabilidad y los nervios de Justin saltaron, el pulso le tembló y

se ruborizó. Sus pensamientos se confundieron.

No se apartó. No se atrevió a hacerlo. No podía formular un sarcasmo. Su mente corría demasiado rápido en demasiadas direcciones, como un animal pequeño y asustado.

—¿Quieres que te haga un favor? ¿Quieres que te devuelva a Grant? Te diré lo que vamos a hacer, encanto: tú sigue cooperando y haremos otro pequeño trato privado. Si tú y yo seguimos juntos hasta que tu padre se vaya, si sigues con la boca cerrada, te lo regalaré.

—Usted está usando cinta profunda.

—¿En ti? Nada que pueda alterarte la mente. ¿Qué te crees? ¿Qué puedo tomar una mente normal, saludable y rediseñarla? Has estado leyendo demasiados libros. Las cintas que uso contigo son lúdicas. Las reciben los azi Mu cuando se portan muy, muy bien. ¿Crees que no puedes tolerarlas? ¿Crees que te corrompen? Reseune puede hacer cosas mucho peores, encanto y te lo puedo demostrar. Ya te lo he dicho: me gustas. Algún día serás un poder en Reseune, aquí, en Fargone, donde sea. Tienes la habilidad necesaria. De verdad, me gustaría que sobrevivieras.

—Eso es mentira.

—¿Tú crees? No importa. —Ella se apretó los dedos—. En mi apartamento. A la misma hora. ¿Has oído?

Él sacó la mano.

—No es que no te dé una alternativa —dijo ella y le sonrió—. No tienes más que dejar las cosas tal como están. No es mucho por todo lo que me pides. Tú mantén mi vida en paz, encanto, y ponte entre Jordan y yo, y a cambio yo no haré arrestar a sus amigos y no le borraré la mente a Grant. Hasta dejaré de hacerte la vida imposible en la oficina. Ya sabes cuál es el precio de los traslados que quieres.

—Y me dará a Grant.

—La semana que viene. En caso de que surja algo. Eres muy inteligente. Ya me entiendes. A las 2200 esta noche. Trabajo hasta tarde.

Texto literal de:

PATRONES DE CRECIMIENTO

UNA CINTA DE ESTUDIO SOBRE
GENÉTICA: # 1

*Publicaciones pedagógicas de Reseune: 8970-8768-1,
aprobadas para 80 +*

ATENCIÓN OPERADOR
LOTE ML-8986: LOTE BY-9806:
FINALFINALFINAL

Los ordenadores indican el final del proceso y solicitan intervención humana. El técnico en jefe alerta al personal apropiado y empieza el proceso de nacimiento.

No hay sorpresas: los tanques-úteros se mueven con dulzura, contrayéndose, y cuentan con toda clase de sensores. Los dos ML-8986, femeninos, clase Mu, han llegado al peso indicado para el nacimiento, 4,02 kilos. No se registran anomalías visibles. Los dos BY-9806, tipo Gamma, también gozan de buena salud. Los técnicos conocen su trabajo. Los BY-9806, muy activos, son los favoritos, ya tienen nombres, aunque no los conservarán: los técnicos no estarán en contacto con ellos durante mucho tiempo.

Los úteros entran en período de parto y al cabo de un rato, envían sus contenidos a bandejas acolchadas con fluido y a las manos enguantadas de los técnicos que los esperan. No hay crisis. Se observa muy poca tensión. Las hembras Mu tienen las caras anchas, son plácidas, con cabello sin color; los dos Betas son más largos, de miembros delgados, con mechones de cabello negro, no tan graciosos como las Mu. Hacen muecas y los técnicos ríen.

Los cordones se atan, se extrae la placenta del fondo de la bandeja y se prepara agua tibia para el primer baño. Los técnicos pesan a los bebés como formalidad y apuntan los datos en un registro que empieza con la concepción, doscientos treinta y nueve días antes, y que tendrá cada vez menos entradas a medida que los niños pasen de un estado de dependencia total a los primeros momentos no controlados de sus vidas.

Los reciben ayudantes azi, los envuelven en suaves pañales blancos y los tratan con cariño, acunándolos.

En los intervalos entre el cambio de pañales y la alimentación, duermen en cunas que, como los úteros, se mecen suavemente al sonido del corazón humano y voces

distantes, la misma voz que les habló en el útero, suave, segura y tranquilizadora. A veces les canta, a veces sólo les habla.

Algún día esa voz les dará instrucciones. La voz es de cinta. Y todavía es sólo subliminal, un foco de confianza. Incluso en este estadio recompensa el buen comportamiento. Un día, les hablará con desaprobación, pero en este momento no hay mal comportamiento, sólo una pequeña intranquilidad por parte de los Betas...

LOTE AGCULT-789X: EMERGENCIAEMERGENCIA

AGCULT-789X tiene problemas. El grupo genético experimental no es un éxito y después de consultas con el personal, un técnico retira el apoyo vital y lleva a AGCULT-789X a la autopsia.

Los técnicos azi limpian el útero, lo lavan repetidas veces y el técnico en jefe empieza el proceso que lo cubrirá de bioplasma.

Recibirá otro inquilino en cuanto quede listo el recubrimiento. El personal espera los resultados de la autopsia antes de intentarlo de nuevo.

Mientras tanto, el útero recibe el nuevo macho AG-CULT-894, de la misma especie. Éste no es el primer fracaso. Las adaptaciones de ingeniería son un proceso complejo y los fracasos se dan con frecuencia. Pero AGCULT-894 es un individuo diferente con una alteración similar: hay una posibilidad de que funcione. Aunque falle, proporcionará comparaciones valiosas.

Reformar la tierra y alterar la atmósfera no es suficiente para que un mundo pueda ser ocupado por seres humanos. Los millones de años de adaptación que entrelazaron a las especies terrestres en complejos ecosistemas no son posibles en Cyteen.

Reseune opera en lugar del tiempo y la selección natural. Como la naturaleza, pierde individuos, pero sus elecciones son más rápidas y están guiadas por la inteligencia. Algunos afirman que hay consecuencias, un desechar los elementos ornamentales y no funcionales que dieron su variedad a la vida en la Tierra, con un énfasis en ciertos rasgos y una disminución en otros.

Pero Reseune no ha perdido nada. Envía arcas al espacio profundo, simples latas como las de conserva, que se estacionan alrededor de determinadas estrellas, naves sin propulsión de construcción barata, depósitos de material genético en más de un lugar, material protegido de las radiaciones. Contienen muestras genéticas reales; informes digitales de los grupos genéticos: informes que permitirán la lectura de esos grupos genéticos a cualquier inteligencia avanzada que entienda los contenidos de las arcas.

Un millón de años bastaron para que la humanidad evolucionara desde sus

antepasados primitivos hasta convertirse en una especie inteligente que viaja a las estrellas. Dentro de un millón de años, la humanidad todavía tendrá informes genéticos de su propio pasado y del pasado de cada una de las especies a las que Reseune haya tenido acceso, de nuestra herencia y de las herencias genéticas de cada mundo con vida que hayamos pisado, preservadas del tiempo y de los peligros, gracias a esas arcas.

Las arcas conservan códigos fragmentarios de especímenes humanos de miles de años de antigüedad que se obtuvieron de los depósitos genéticos de la Tierra anteriores al desarrollo de los bancos genéticos del siglo xx, de los últimos bancos genéticos anteriores a la mezcla de genes en la Tierra misma, y de los restos de animales y seres humanos conservados a través de los siglos por congelamiento natural u otras circunstancias que hayan preservado la estructura celular, aunque fuera sólo en parte.

Imaginen lo que representaría en la actualidad si se hubiera preservado en arcas como éstas la información genética del pasado geológico. La Tierra, hasta el momento única en sus evidencias de extinciones cataclásticas de altas formas de vida, tal vez podría, a través de esas bibliotecas, recobrar la riqueza de sus líneas de evolución y resolver los enigmas irresueltos de su pasado.

Reseune nunca ha desechado una opción genética. Ha procurado la conservación de esas opciones hasta un grado sin precedentes en la historia de la humanidad y, coherente con su trabajo en favor del cambio evolutivo, ha preservado todas las divergencias posibles.

3

I

El tiempo dejó de existir. Sólo estaba el flujo de las cintas, generalmente plácido, a veces perturbador. Había intervalos de despertar confuso, pero el trunk continuaba, hasta el momento en que Grant se acercó flotando a la superficie.

—Vamos, tienes una visita —murmuró alguien y una tela mojada le tocó la cara. El lavado siguió hacia abajo, dulcemente, cuello y pecho con un olor astringente—. Despiértate.

Entreabrió los ojos. Miró el techo fijamente mientras lo seguían lavando y esperó que lo desataran, aunque no guardaba muchas esperanzas. Deseó que le administraran trunk de nuevo, porque el miedo estaba volviendo y se sentía a gusto con la droga.

Tuvo frío cuando el aire se movió sobre su piel húmeda. Quería que le pusieran la sábana encima otra vez. Pero no dijo nada. Ya no intentaba comunicarse con la gente que se encargaba de él y ya no le hacían daño. No pedía nada más. Recordó que podía parpadear. No veía nada. Trató de no sentir el frío. Notó una punzada cuando el técnico le clavó la aguja en el brazo. Le dolía la espalda y sabía que estaría mucho mejor si le cambiaban de postura en la cama.

—Ahí está. —La sábana cayó de nuevo sobre él. Una palma le golpeó la cara, pero Grant no sintió dolor—. Vamos. Ojos abiertos.

—Sí —murmuró. Y los cerró de nuevo en cuanto el técnico azi lo dejó solo.

Luego oyó otra voz en la puerta, joven y masculina. Levantó la cabeza y vio a Justin. Inmediatamente desconfió de su percepción y activó los límites de la mente para defenderse.

Pero Justin se acercó, se sentó al lado de la cama y le cogió la mano a pesar de que los límites debían darle poco movimiento. La mano lo apretó con fuerza. Parecía muy real.

—¿Grant?

—Por favor, no me hagan esto.

—Grant, por Dios, Grant, estás en casa. ¿Me entiendes?

La sola idea de creerle era muy peligrosa. Significaba que estaba dándose por vencido. No había ninguna señal secreta que su propia mente no pudiera suplantar. No había ninguna ilusión que la cinta no pudiera crear. Ellos usarían a Justin. Por supuesto.

—¿Grant?

La cinta podía hacerle creer que estaba despierto. O que el colchón cedía por el peso, o que Justin lo sujetaba por los hombros. Sólo el dolor agudo en la espalda penetraba la ilusión. No cuadraba.

La realidad tenía esas pequeñas disonancias.

—No me dejan llevarte de vuelta al departamento, todavía. Ari no quiere. ¿Qué te hacen? ¿Estás bien? ¿Grant?

Preguntas. Grant no podía imaginarse dónde encajaban éstas. En general seguían un patrón, una forma. Éstas tenían que ver con la credibilidad. Ése era el juego.

—¡Grant, vamos! —Justin le tocó la mejilla con la mano, con suavidad—. Vamos, Ojos abiertos. Ojos abiertos.

Grant se resistió. Así sabía que estaba mejorando. Respiró varias veces y le dolieron mucho la espalda y los hombros. Se enfrentaba a un terrible peligro porque creía que aquella ilusión era real. O porque había perdido la capacidad de distinguir entre ambas cosas.

—Vamos, maldita sea.

Grant entreabrió los ojos con cuidado. Vio la cara de Justin. Justin, con una mirada asustada.

—Estás en casa. En el hospital. ¿Entiendes? Ari los envió al infierno y te trajo de vuelta.

(La sangre salpicando las paredes. El olor del humo).

Parecía el hospital. Parecía Justin. Ninguna prueba podía confirmarlo, ni siquiera si lo dejaban caminar. Sólo el tiempo lo confirmaría, el tiempo que duraba más que cualquier ilusión de cinta.

—Vamos, Grant. Dime que estás bien.

—Estoy bien. —Respiró. Le dolió la espalda y se dio cuenta de que podía ganar algo con la ilusión—. La espalda me está matando. Me duelen los brazos. ¿Puedes hacer que muevan la cama?

—Haré que te quiten esas cosas.

—No creo que lo hagan. Pero me gustaría que movieran la cama. Muy bien. —La superficie que tenía debajo se movió como un ser animado y cambió de forma hacia arriba, levantándole la cabeza. Toda la superficie formó una serie de ondas que le flexibilizaron los músculos y las articulaciones—. Ah, estoy mucho mejor.

Justin se sentó en el borde y las ondas cambiaron.

—Ari te hizo seguir hasta Kruger. Chantajearon a Kruger. El te entregó a los abolicionistas. Tuve que acudir a Ari. Ella hizo que alguien, no sé quién, fuera a buscarte. Dijo que te habían aplicado cintas.

Grant no había preparado una estrategia para este momento, ninguna división entre el antes y el ahora. Examinó el regalo con cuidado.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos días.

Cabía dentro de lo posible.

—Has estado aquí dos días —dijo Justin—. Nos dejaron entrar a Jordan y a mí

justo después de que te trajeran. Ahora dicen que te puedo visitar.

Eso le daba miedo. La ilusión quería quedarse permanentemente y no tenía muchas defensas contra ella. Estaba perdiendo. Se quedó allí, sentado y lloró y sintió cómo le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Grant.

—Estoy bien. —Estaba a punto de desvanecerse—. Pero si te pido que te vayas, te vas.

—Grant, no es cinta. Estás aquí, maldita sea. —Justin le retorció la mano hasta que los huesos crujieron—. Enfoca, Mírame. ¿De acuerdo? —Le obedeció.

—Si te pido que te vayas...

—Me iré. De acuerdo. ¿Quieres que me vaya?

—No me hagas esto. Por favor...

—Haré que venga Ivanov. Malditos, malditos.

Justin se estaba poniendo en pie. Grant apretó la mano para que no lo soltara. Se aferró con fuerza, sin soltarlo y Justin se sentó de nuevo y lo abrazó.

—Ahhh. —Dolía. Parecía real. Justin podría sacarlo de aquella situación. Justin sabía lo que hacía, sabía el problema que tenía, sabía por qué estaba tan asustado. Era su aliado. O estaba perdido para siempre.

—Tardaremos un poco. Una semana para sacarte de aquí. Eso dice Ari.

Grant recordó otras crisis. Miró a Justin mientras éste volvía a sentarse. Recordó la razón por la que se había ido río abajo.

—¿Te está causando problemas?

—Estoy bien.

Mentira. Más y más real. La cinta era mejor que eso. Al cabo de un rato Justin se iría y él recordaría haberlo creído todo y tendría miedo. Pero mientras tanto, estaba asustado por otra razón más tangible. El traslado de Jordan, Justin que lo enviaba lejos, los fragmentos estaban tomando una secuencia temporal. El cuándo volvía a existir. El mundo real tenía trampas que involucraban a Ari; Justin había tratado de liberarlo, él estaba en casa de nuevo, Justin tenía problemas.

No. Cuidado.

Cuidado.

—¿Qué hizo cuando supo que yo me había marchado?

—Te lo diré otro día.

Mierda, no necesitaba las preocupaciones para sentir el estómago revuelto. Parecía ser Reseune. Secretos, Ari y problemas. Y todo lo que amaba. Respiró hondo, lentamente.

—Sigo vivo —dijo, sabiendo que Justin entendería—. No quiero más cintas. No quiero más sedantes. Necesito estar despierto. Quiero que dejen las luces encendidas constantemente. Quiero que me saquen este tubo de la mano.

—No tengo autoridad para exigirlo. Ya lo sabes. Pero se lo diré a Ivanov. Se lo diré muy en serio. Y te sacaré el tubo. Mira.

Dolió.

—Se va a derramar por el suelo.

—A la mierda. Ya está. —Detuvo el goteo—. Te van a poner un teléfono y un vídeo.

Grant sentía el corazón saltándole en el pecho. Recordó por qué era tan importante el teléfono. Pero no estaba allí ahora. O nada de eso había sucedido en realidad. O había posibilidades que se le escapaban.

—Sabes que no estoy muy en mis cabales.

—Bueno, no noto ninguna diferencia.

Grant rió, una risa leve, automática, alegre sólo porque Justin era capaz de bromear con él; y se dio cuenta de que había superado una etapa. Le sorprendió porque había esperado una lástima suave, profesional. No era una risa de comicidad. Era una risa de sorpresa.

La cinta no podía profundizar tanto como para lograr que Justin hiciera algo que su propia mente no esperaba, no cuando él estaba resistiéndose y no cooperaba con su inconsciente.

Rió de nuevo, para probar, y vio que Justin parecía tener vidrio en las tripas y al mismo tiempo algo de esperanza.

—Es un gusano —le dijo. Y sonrió, la boca más amplia cuando vio un instante de horror en la cara de Justin.

—¡Maldito loco!

Ahora rió abiertamente. Dolía pero resultaba reconfortante. Trató de levantar las piernas. Un error.

—Ah, maldita sea. ¿Crees que puedes conseguir que me suelten las piernas?

—En cuanto sepas dónde estás.

Él suspiró y la tensión se aflojó en él. Se dejó ir contra la cama en movimiento y miró a Justin con una placidez diferente a la que ofrecía la cinta. Todavía le dolía. Tensión muscular. Luxaciones. No sabía lo que se había hecho a sí mismo, o lo que le habían hecho.

—Te he atrapado, ¿eh?

—Si estás fingiendo...

—Ojalá. Estoy mal. Creo que voy a tener destellos de todo esto. Creo que terminarán desapareciendo. Estoy muy asustado. Si no vuelves... El doctor Ivanov está al cargo de esto, ¿no?

—Te está cuidando. Confías en él, ¿verdad?

—No cuando cumple órdenes de Ari. Tengo miedo. Tengo mucho miedo. Ojalá pudieras quedarte aquí.

—Me quedaré hasta la cena. Y volveré mañana para el desayuno. Volveré cada hora que tenga libre hasta que me echen. Voy a hablarte de Ivanov. ¿Por qué no tratas de dormir mientras estoy aquí? Me sentaré en la silla y tú podrás descansar.

Los ojos de Grant estaban tratando de cerrarse. Se dio cuenta de pronto y trató de luchar contra eso.

—No te vayas mientras estoy dormido.

—Te dejaré dormir media hora. Casi es la hora de la cena. Vas a comer algo, ¿me oyes? Basta de rechazar la comida.

—Mmmm. —Grant continuó con los ojos cerrados. Se alejó un rato, se alejó de la incomodidad. Sintió que Justin se levantaba, lo oyó acomodarse en una silla, controló después de un minuto para ver si todavía estaba allí y descansó otro rato.

Se sintió más lúcido que antes. Hasta se sintió progresivamente más seguro. Había sabido que Justin o Jordan tratarían de llegar a él para salvarlo; si la vida valía la pena, tenía que ser así. De alguna manera. Ahora que eso había llegado, tenía que creerlo o nunca más volvería a creer en nada, nunca podría volver del viaje que había emprendido.

II

Llegaron los informes y Giraud Nye aferró el lápiz y miró el monitor con una tensión creciente.

Las agencias de noticias informaban sobre el secuestro de un azi de Reseune a manos de elementos radicales, informaban sobre un ataque conjunto de la policía y el personal de Seguridad de Reseune contra una estación remota en las colinas por encima de Big Blue, con escenas crudas y horribles del interior, escenas tomadas por las cámaras de la policía: el azi, salpicado por la sangre de sus secuestradores, rescatado y arrojado a un transporte policial. Un oficial herido. Tres abolicionistas radicales muertos a la vista de las cámaras. Buena cobertura y todos los cadáveres explicados, lo cual impedía que Ianni Merino y los centristas abolicionistas armaran un escándalo y convocaran al Concejo: ante la opinión pública, Merino se estaba distanciando cuanto podía del incidente. Rocher estaba engañando al Departamento de Información al solicitar cobertura para una conferencia de prensa: no consiguió nada. Lo cual significaba que la policía observaría de cerca a Rocher. La última vez que éste se había quedado solo, alguien había colgado un enorme cartel que decía ABOLICIÓN TOTAL en el subterráneo de Novgorod y había saboteado los rieles, provocando un problema de tránsito que los servicios informativos no podían ignorar.

Dios sabía que eso no había granjeado la gratitud de los viajeros hacia Rocher. Pero tenía sus partidarios y un poco de despliegue de poder siempre proporcionaba nuevos simpatizantes.

Ya era hora, pensó Giraud, de hacer algo en cuanto a Rocher y De Forte. Hasta el momento habían constituido un problema embarazoso para Corain y para Merino, habían desacreditado a los centristas. Ahora Rocher había rebasado el límite, se había convertido en una molestia para todos.

Era conveniente si el daño en Grant era extremo. Una película antes y después en los servicios informativos pondría de manifiesto la verdadera identidad de los abolicionistas: aves de presa. Los ciudadanos normales nunca veían un proceso de borrado de cerebro. O un cambio radical. Conveniente si podían llevar al azi a reentrenamiento completo, o acabar con él. Era un Alfa, por Dios, y producto de Warrick, y quién sabía qué le habían hecho las cintas de Rocher: él prefería estar seguro y se lo había dicho a Ari.

Rotundamente no, había dicho Ari. ¿En qué estás pensando? En primer lugar, es un rehén. En segundo lugar, es un testigo contra Rocher. No lo toques.

Rehén de qué, había pensado Giraud con amargura. Ari estaba sometiendo a Justin a unas sesiones nocturnas y, entre provocarle úlceras a Jane Strassen en cuanto

al reacondicionamiento del Laboratorio Uno y la relocalización de sus ocho estudiantes de investigación, estaba tan envuelta en su obsesión con el proyecto Rubin que nadie conseguía verla excepto sus azi y Justin Warrick.

Está en un lío mayúsculo. Ha perdido la juventud y todo eso.

Se va y me deja todo el lío de Novgorod. No toques a Merild ni a Kruger. No queremos que el enemigo huya bajo tierra. Haz un trato con Corain. No es tan difícil, ¿no?

A la mierda.

Sonó el teléfono. Era Warrick. Jordan. Pedía que dejaran a Grant bajo su custodia.

—No depende de mí, Jordie.

—No me importa de quién venga la decisión.

—Jordie, da gracias de que nadie haya iniciado un proceso contra ese hijito tuyo. Todo esto ha sucedido por su culpa, no me grites.

—Petros dice que la autorización de libertad depende de ti.

—Es un asunto médico. No interfiero en las decisiones de los profesionales. Si te preocupa el muchacho, te sugiero que dejes a Petros llevar a cabo su trabajo.

—Él te ha pasado el fardo a ti, Gerry. Y Denys también. No estamos hablando de un asunto de informes. Hablamos de un chico asustado, Gerry.

—Otra semana.

—A la mierda con eso. Puedes empezar por darme un pase de seguridad y hacer que Petros conteste a mis llamadas.

—Tu hijo está allí ahora. Tiene un pase, aunque no sé por qué. Él se ocupará.

Hubo un silencio al otro lado.

—Mira, Jordie, me dicen otra semana más. Dos como máximo.

—Justin tiene pase.

—Está con Grant ahora. No te preocupes, todo va bien. Ya han dejado de sedarlo. Justin tiene permiso de visita, lo tengo escrito aquí en la hoja, ¿de acuerdo?

—Quiero que salga.

—Está bien. Mira, yo hablaré con Petros. ¿De acuerdo? Mientras tanto tu hijo está con Grant y ésa es probablemente la mejor medicina que puede tener. Dame unas horas. Te conseguiré los informes médicos. ¿Estarás más tranquilo así?

—Te llamaré de nuevo, Giraud. No te dejaré en paz.

—De acuerdo. Estaré aquí.

—Gracias —llegó el murmullo del otro lado.

—Bueno —murmuró Giraud y luego, cuando se cortó el contacto—: Maldito. — Volvió a anotar los puntos que quería comentarle a Corain, se interrumpió para llamar a la oficina de Ivanov y pedir los informes médicos de Grant para la oficina de Jordan Warrick. Y después de pensarlo un poco añadió: SPCS, si lo permiten las condiciones de seguridad. No sabía a ciencia cierta qué podía haber en esos informes ni lo que

había ordenado Ari.

III

El nuevo separador estaba trabajando. El resto del equipo estaba programado para el control. Ari tomaba notas manuscritas, sobre todo porque trabajaba en un sistema y el Anotador la molestaba. Había cosas que sólo la última tecnología podía hacer pero cuando se trataba de sus notas todavía las escribía con un lápiz óptico en el TraDuctor, en una taquigrafía que su Base en el sistema de la Casa ponía constantemente en los archivos porque conocía su letra manuscrita: un programa pasado de moda, pero que funcionaba como barrera para preservar la seguridad. La Base luego traducía, transcribía y archivaba bajo su clave y su huella digital, porque ella le había dado la palabra clave al comienzo de la entrada que deseaba hacer.

Nada que fuera realmente seguro hoy en día. Trabajo de laboratorio. Trabajo de estudiante. Cualquiera de los técnicos azi podría estar allí controlando las cosas, pero Ari disfrutaba del regreso a los viejos tiempos. Había contribuido en el desgaste de los bancos del Laboratorio Uno, horas y horas inclinada sobre el material, mientras llevaba a cabo el mismo trabajo que ahora, el antiguo equipo hacia que el separador que acababan de tirar pareciera el sueño dorado de un técnico.

Y no tenía ningún deseo de recuperar esa parte del pasado. Pero sí quería decir Yo al comienzo de ese proyecto, eso con seguridad. Quería su marca en el proceso y su mano en los pequeños detalles desde la concepción misma.

Fui muy cuidadosa con el comienzo de este proyecto.

Yo misma preparé el tanque.

En la actualidad había muy pocos que hubieran recibido entrenamiento en todos los pasos. Todos se especializaban. Ella pertenecía al período colonial, a los comienzos de la ciencia. Hoy en día había universidades que educaban monos, «científicos», o al menos personas que se consideraban como tales, que apretaban botones y leían cintas sin alcanzar a entender cómo funcionaba la biología. Ella luchaba contra esa tendencia a pulsar botones, una de sus prioridades era producir cintas de metodología aunque Reseune se guardaba sus secretos esenciales.

Algunos de esos secretos verían la luz en su libro. Lo había decidido así. Sería un clásico para las ciencias, toda la evolución de los procedimientos de Reseune, con el proyecto Rubin como meta en toda su perspectiva, como prueba para teorías que se habían desarrollado en las décadas de investigación de Ari Emory. Había pensado titularlo provisionalmente *IN PRINCIPIO*. Todavía buscaba un título mejor.

La máquina escribió una respuesta para una secuencia conocida. El ordenador marcó con rojo un área de discrepancia.

Diablos. ¿Era contaminación o un problema en la máquina? Hizo una anotación,

lapidaria, honesta. Y se preguntó si le convenía más perder el tiempo en reemplazar aquella porquería e intentarlo de nuevo con una muestra de prueba totalmente diferente, o intentar averiguar la causa del problema y documentarla para el archivo.

Si se decidía por la primera alternativa, la solución era sucia. Si tenía que hacer lo segundo y no encontraba evidencia sólida, lo cual era muy probable en un problema mecánico, todo eso la haría quedar como una tonta o la obligaría a pedir ayuda a los técnicos que conocían más el equipo.

Dejar de lado la máquina y llevarla a los técnicos, introducir la muestra sospechosa en una máquina limpia e instalar una tercera máquina para el proyecto, con otra muestra.

Todo proyecto de vida real tiene sus problemas; de lo contrario, el investigador miente.

Se abrió la puerta del laboratorio exterior. Se oyeron voces distantes. Florian y Catlin. Y otra bastante conocida. Mierda.

—¿Jordan? —aulló, con fuerza suficiente para que le llegara la voz—. ¿Qué te pasa?

Oyó los pasos. Oyó los de Florian y los de Catlin. Había confundido a los azi y ahora seguían a Jordan hasta la puerta del laboratorio de frío.

—Necesito hablarte.

—Jordie, ahora tengo un problema. ¿Puede ser dentro de una hora? ¿En mi oficina?

—No veo por qué. Ahora. En privado.

Ella suspiró. Ahí va de nuevo. Grant, pensó. O Merild y Corain.

—De acuerdo. Maldita sea, Jane y su grupo estarán aquí molestando dentro de media hora. Florian, ve a B y diles que esta maldita máquina no quiere hacerme caso. —Se dio la vuelta y extrajo la muestra—. Quiero otra. Quiero todo esto mucho más limpio de lo que está. Dios, ¿cuál es el nivel de error que toleran hoy en día? Y la traerás tú mismo. No confío en los ayudantes. Catlin, ve y dile a Jane que se lleve a sus estudiantes a otro lado. Voy a cerrar este laboratorio hasta que todo funcione, mierda. —Volvió a suspirar y usó el waldo para enviar la muestra defectuosa de vuelta, a través de criogenia, luego extrajo la cámara de la muestra, la colocó en una célula de seguridad y la envió por la misma ruta. Cuando se dio la vuelta, los azi se habían ido y Jordan continuaba allí.

IV

Entre el hospital y la Casa había un largo trayecto si el tiempo exigía ir por los túneles y los vestíbulos, y una distancia mucho más corta si se caminaba al aire libre. Justin eligió el aire libre, a través de las sombras que cortaban los acantilados al sol, y pensó que debía haber cogido una chaqueta. Tenía destellos de cintas. Los tenía casi constantemente y en cualquier lugar. Las sensaciones lo alcanzaban más y le revolvían el estómago.

—Cómete esta porquería —había dicho Grant cuando el personal trajo dos cenas—. Si tú comes, yo también.

Justin había logrado tragar algo. No estaba seguro de que la comida fuera a permanecer en el estómago. Había valido la pena lograr que Grant se sentara y riera: lo habían desatado para que cenara y se había sentado con las piernas cruzadas sobre la cama y había atacado el postre con cierto entusiasmo, a pesar de que las enfermeras volverían a ponerle las ataduras para la noche, cuando estuviera solo.

Justin hubiera deseado permanecer con él durante la noche e Ivanov le habría permitido quedarse, pero tenía una cita con Ari y no podía contárselo a Grant. Trabajo nocturno en el laboratorio, le dijo. Pero Grant había mejorado un ciento por ciento cuando Justin se fue, si se le comparaba con el Grant que había visto al entrar en la sala; se cansaba muy pronto pero ahora tenía vida en los dos ojos, ganas de reír, tal vez un poco exageradamente, tal vez un poco forzado, pero la forma en que lo miraban sus ojos le indicaba que Grant estaba de vuelta. Justo antes de partir, la máscara se había deslizado del rostro de Grant, y Justin lo había visto serio y muy triste.

—Volveré por la mañana —le prometió el muchacho.

—Oye, no tienes por qué, hay un largo trecho hasta aquí.

—Quiero venir, ¿de acuerdo?

Y Grant lo miró, inmensamente aliviado.

Grant, que tenía el rostro, el cuerpo, la gracia que todas las muchachas que conocía habrían preferido a los de Justin.

Justin atravesó el destello de cinta que disminuyó hasta convertirse sólo en un recuerdo vergonzoso a través de un barro de angustia y cansancio. Dentro de poco no valdría para nada. Quería ir a alguna parte y vomitar, podría llamar a Ari y rogarle, decirle que se encontraba fatal, en serio, no era una mentira, podría invitarlo otro día, él...

Dios. Pero estaba el trato que le permitía visitar a Grant. Estaba el trato que le prometía la libertad de Grant. Y ella era capaz de lavarle el cerebro a Grant. Era

capaz de cualquier cosa. Había amenazado a Jordan. Todo recaía sobre los hombros de Justin, y tal como estaba Grant, no podía contárselo.

Contuvo el aliento y se alejó despacio por el sendero que conducía a la puerta principal. Llegaba un avión. Justin lo oyó. Era algo normal. Las LÍNEAS AÉREAS RESEUNE volaban según las necesidades de la institución además de cumplir con el horario semanal. Vio cómo aterrizaba el avión mientras caminaba por la grava y junto a los arbustos adaptados que llevaban a las puertas principales. El autobús arrancó desde las puertas y se dirigió hacia la pista y el camino principal. Iba a buscar a algún pasajero, supuso Justin y se preguntó qué miembro de la Casa habría volado río abajo en medio de todo aquel caos.

Atravesó las puertas automáticas insertando la tarjeta, se la volvió a guardar y se alejó hacia el ascensor que lo llevaría a su apartamento.

Llamaría a Jordan en cuanto llegara y le diría que Grant estaba mejor. Deseaba haber llamado antes, desde el hospital, pero Grant no quería que Justin se alejara de su lado y Justin no había querido inquietarlo.

—Justin Warrick.

Dio media vuelta y vio a los guardias de Seguridad. Relacionó su presencia con la llegada del avión y el autobús, y al instante pensó que debía de estar llegando un visitante.

—Acompáñenos, por favor.

Justin indicó los botones del ascensor.

—Me dirigía a mis habitaciones. No me quedo por aquí.

—Acompáñenos, por favor.

—Maldita sea, pregunten a su supervisor. ¡No me toquen!

Pero uno de ellos había alzado la mano hacia él. Lo aferraron por los brazos y lo reclinaron contra la pared.

—¡Dios mío! —dijo él, exasperado, nervioso, mientras lo registraban con cuidado. Había un error. Eran azi. Habían entendido mal las instrucciones y estaban llegando demasiado lejos.

Le echaron los brazos atrás y sintió el frío del metal sobre las muñecas.

—¡Eh!

Cerraron las esposas. Le dieron la vuelta y lo obligaron a avanzar por el pasillo. Tropezó, y lo volvieron a poner en movimiento, por el corredor, hacia las oficinas de Seguridad.

Dios. Ari había presentado acusaciones. Contra él, contra Jordan, contra Kruger, contra todos los que tenían que ver con Grant. Ahora se lo explicaba. Había conseguido el apoyo que necesitaba en alguna parte, había encontrado algo con qué silenciarlos y volver la situación contra ellos. Y él había empezado todo el asunto pensando que podría contra ella.

Avanzó, por el vestíbulo hacia la oficina con las puertas acristaladas donde estaba el supervisor.

—Ahí —indicó el supervisor con un gesto hacia el fondo de la oficina.

—¿Qué mierda pasa? —preguntó Justin tratando de hacerse el valiente. No le quedaba otra salida—. ¡Maldita sea, llamen a Ari Emory!

Pero lo llevaron a través de puertas de acero, más allá de las puertas de seguridad, lo dejaron allí, entre paredes de hormigón y cerraron la puerta.

—*¡Mierda, los cargos, léanme los cargos!*

No hubo respuesta.

V

El cadáver estaba bastante congelado, junto a la puerta abovedada, tendido boca abajo, un poco retorcido. Las superficies en la bóveda estaban cubiertas de escarcha y lastimaban al que las tocaba.

—Un pedazo de hielo —dijo el investigador y filmó la escena, una última indignidad. A Ari le habría dolido mucho, pensó Giraud y contempló el cadáver con los ojos muy abiertos, incapaz de creer todavía que Ari no iba a moverse, que aquellos miembros rígidos y la boca medio abierta no iban a animarse de pronto. Llevaba un suéter.

Todos los investigadores lo usaban si trabajaban en el viejo laboratorio de frío; nada más pesado. Pero ni siquiera un traje antifrío la habría salvado.

—Entonces no había hielo aquí —murmuró Petros—, no puede ser.

—¿Trabajaba con la puerta cerrada? —El investigador de Moreyville, una ciudad pequeña, representante de la ley en miles de kilómetros a la redonda, puso la mano sobre la puerta abovedada. La puerta se movió con sólo tocarla—. Mierda. —La detuvo con un toque, la balanceó cuidadosamente y la soltó.

—Hay un intercomunicador —dijo Petros—. La puerta nos dejó encerrados a todos, lo sabemos. Es la estructura del edificio. Si alguien se queda encerrado, llama a Seguridad, se comunica con la oficina de Strassen y alguien viene y lo libera, no es grave.

—Ésta vez lo fue. —El investigador se llamaba Stern se levantó y pulsó un botón en el intercomunicador. El aparato se quebró con el frío—. Frío. Quiero este aparato —dijo a su ayudante que lo seguía con un Anotador—. ¿Alguien me oye?

No se produjo sonido alguno en la unidad.

—No funciona.

—Tal vez sea por el frío —aventuró Giraud—. No hubo ninguna llamada.

—La caída de la presión le indicó que algo andaba mal.

—La presión en el tanque de nitrógeno. Los técnicos lo sabían. Llegué un minuto o dos después.

—¿No había una alarma en este lugar?

—Sonó —dijo Giraud, indicando la unidad en la pared—, ahí. Nadie trabaja aquí. Con la acústica que hay, nadie sabía de dónde venía. No lo supimos hasta que los técnicos dijeron que era una línea de nitrógeno. Entonces comprendimos que era en el laboratorio de frío. Vinimos corriendo y abrimos la puerta.

—Mmmm. Y los azi no estaban aquí. Sólo Jordan Warrick, que estaba en las escaleras cuando sonó la alarma. Quiero un informe sobre esa unidad de

intercomunicación.

—Nosotros redactaremos el informe —dijo Giraud.

—Mejor que se encargue mi oficina.

—Usted está aquí por razones oficiales. Para el informe. No es su jurisdicción, capitán.

Stern lo observó, un hombre macizo, severo con la luz de la inteligencia en la mirada. Suficiente inteligencia para saber que Reseune se tragaba sus secretos.

Y eso, como Reseune tenía amigos en Asuntos Internos, significaba que la decisión que tomara podría valerle un ascenso o graves problemas.

—Creo —dijo Stern— que lo mejor será que hable con Warrick.

Era una forma de decir que se retiraba para hacer interrogatorios en privado. El primer impulso de Giraud fue seguirlo para encubrir lo que había que ocultar. El segundo fue un pánico auténtico, una brusca comprensión de la calamidad que había golpeado a Reseune, que había acabado con todos sus planes: el hecho de que aquel cerebro tan activo, que había guardado tantos secretos, ahora era sólo un pedazo de hielo. El cadáver, tal como estaba, no podía transportarse con dignidad. Hasta aquella simple necesidad representaba un desastre grotesco.

Y Corain... Esto va a llegar a los servicios informativos antes de la mañana.

¿Qué mierda vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer ahora?

Ari, maldita sea, ¿qué hacemos ahora?

Florian esperó, sentado en un banco en la sala del ala oeste del hospital. Apoyó los codos en las rodillas, la cabeza sobre las manos y lloró porque no había nada que hacer; la policía tenía a Jordan Warrick en custodia y no lo dejarían acercarse a Ari, pero él había visto aquella única imagen terrible y sabía que era cierto. Ella estaba muerta. El mundo había cambiado por completo. Las órdenes procedían de Giraud Nye: presentarse para cinta.

Él lo comprendía.

Presentarse al supervisor; la regla existía desde su infancia: había cintas para aliviar la angustia, cintas para suprimir las dudas, cintas para explicar el mundo, las leyes y las reglas del mundo.

Pero por la mañana, Ari todavía estaría muerta, y él dudaba de que pudieran decirle algo que le hiciera comprender.

Habría matado a Warrick. Todavía pensaba hacerlo si tenía oportunidad; pero sólo contaba con el pedazo de papel, la orden para la cinta, que lo enviaba allí para recibir el consuelo de un azi; y nunca se había sentido tan solo ni tan desamparado; todas las instrucciones, apenas un vacío; todas las obligaciones, desaparecidas.

Alguien entró en el vestíbulo, en silencio. Él levantó la mirada cuando vio a Catlin, bastante más tranquila que él; ella siempre conservaba la calma, no importaba la magnitud de la crisis, incluso ahora.

Se puso en pie y la rodeó con los brazos, la abrazó como hacían cuando dormían, y habían dormido así durante tantos años que él ya había perdido la cuenta, en buenos tiempos y en momentos terribles.

Apoyó la cabeza en el hombro de Catlin. Sintió los brazos de ella alrededor de su cuerpo. Era algo, un punto de referencia entre tanto vacío.

—La vi —elijo Florian, pero era un recuerdo que no podía tolerar—. Cat, ¿qué vamos a hacer?

—Permaneceremos aquí. Es todo lo que podemos hacer. No hay ningún otro lugar adonde ir.

—Quiero la cinta. Es muy doloroso, Cat. Quiero que deje de dolerme.

Ella le cogió la cara entre las manos y le miró a los ojos. Los suyos eran azules y pálidos, como los de nadie más que Florian conociera. Siempre había un sentido común muy serio en Catlin. Durante un momento, se asustó: la mirada de ella parecía tan triste, como si ya no hubiera esperanza.

—Pronto dejará de dolerte —le consoló mientras lo abrazaba—. Ya dejará de dolerte, Florian. Ya verás. ¿Me estabas esperando? Vamos a dormir, ¿de acuerdo? Y no te dolerá más.

Llegaron pasos hasta la puerta, pero la gente iba y venía constantemente y Justin ya había gritado hasta quedarse afónico. Se sentó contra la fría pared de hormigón y se dobló en un nudo hasta que oyó que abrían la puerta.

Luego trató de ponerse en pie, se aferró a la pared y mantuvo el equilibrio mientras dos guardias de Seguridad se acercaban a él.

No opuso resistencia. No pronunció ni una palabra hasta que lo metieron de nuevo en una habitación con un despacho.

Un despacho ante el cual se sentaba Giraud Nye.

—Giraud —dijo Justin, la voz ronca, y se hundió en la silla de respaldo redondo—. Por Dios, ¿qué está sucediendo? ¿Qué están haciendo?

—Se te acusa de complicidad en un crimen —dijo Giraud—. Esto es lo que pasa. Ley de Reseune. Puedes hacer una declaración voluntaria ahora. Sabes que estás sujeto a normas Administrativas. Sabes que estás sujeto a psicotest. Y te aconsejo encarecidamente que seas sincero.

El tiempo se detuvo. Los pensamientos de Justin corrieron en todas las direcciones; no podía creer que todo aquello ocurriera de veras; estaba seguro de que era culpa suya, de que su padre se veía involucrado por culpa suya. El psicotest lo revelaría todo.

Todo. Jordan iba a enterarse. Se lo dirían.

Deseo estar muerto.

—Ari me *hacía* chantaje —dijo. Resultaba difícil coordinar las palabras con el mundo que giraba con tanta lentitud mientras su interior se movía tan rápidamente. El

silencio se mantuvo un largo rato, colgado en el aire. *¿Mencionó a Jordan y la razón por la que tuve que decirle a Grant que se fuera? ¿Pueden descubrirlo? ¿Cuánto puedo mentir?*— Dijo que Grant podría irse si yo hacía lo que ella quería.

—Tú ignorabas la relación entre Kruger y Rocher.

—¡Sí! —Eso era fácil. Las palabras se atropellaron unas a otras—. Kruger tenía que salvarlo porque Ari me dijo que iba a hacerle daño si yo..., si yo no... ella... — Iba a vomitar. Los destellos de cinta lo inundaron. Se reclinó todo lo que le permitieron los brazos y trató de aflojar el nudo del estómago—. Cuando descubrí que Grant no había llegado a la ciudad, yo mismo fui a ver a Ari. Le pedí que me ayudara.

—¿Qué te dijo?

—Me llamó tonto. Me dijo lo de Rocher. Yo no lo sabía.

—Sí. No fuiste a ver a tu padre.

—No podía. El no sabía. Él habría...

—¿Qué habría hecho?

—No lo sé. No sé qué habría hecho. Yo lo organicé todo. El no tuvo nada que ver.

—Con la huida de Grant, quieres decir.

—Con nada. Con Kruger, Rocher. Todo.

—Y Ari iba a dejar que pasara eso...

No parecía razonable. Trampa, pensó Justin. *Ella dejó que pasara. Tal vez esperaba que Grant se fuera. Tal vez... tal vez había alguna otra razón. Estaba muy enfadada. Estaba...*

Pero uno nunca controla la situación con Ari. Ella juega con las relaciones como la mayoría de la gente juega con un ordenador.

—Creo que te preguntaremos el resto bajo psicotest. A menos que quieras añadir algo más.

—¿Quién va a hacerlo? —Había técnicos y técnicos, y la cosa era muy distinta según quién fuera a vaciarle el cerebro—. Giraud, si me graban, a Ari no le va a gustar. ¿Sabe dónde estoy? ¿Sabe que...? (*Dios, ¿es política entre Ari y Giraud? ¿Me busca para ver si puede conseguir un arma contra ella?*). Quiero hablar con Ari. Tengo una cita con ella. Debe de estar preguntándose dónde estoy. Si no voy, empezará... (*empezará a ir contra Jordan, tal vez hará algo que hasta ella misma no pueda detener. Van a decírselo. Giraud se lo dirá. Tal vez Administración también quiere algo con Jordan, tal vez todo esto es un movimiento organizado por Giraud y Ari, ella conmigo y Giraud con Jordan. Dios, Dios... ¿En qué me he metido?*)... a preguntar dónde estoy.

—No lo creo. Yo mismo me encargaré del psicotest ¿Quieres ir solo a la habitación o vas a empezar a plantear problemas con eso? Si nos pones dificultades, será peor. Ya me entiendes. Sólo quiero asegurarme de que lo recuerdas.

—Iré solo.

—Bien. —Giraud se puso en pie y Justin se inclinó hacia delante y se levantó sobre piernas temblorosas. Estaba medio mareado de frío y las ideas que se atropellaban en su mente quedaron confusas, se convirtieron en un círculo vicioso.

Fue hasta la puerta y Giraud la abrió, caminó delante de él y de los guardias hasta un lugar del cual había oído hablar toda la vida, una habitación muy parecida a las del hospital, en esa ala a la que acudían los azi para los ajustes: paredes verdes, una simple cama. Había una cámara en un rincón.

—La camisa —dijo Giraud.

Justin sabía lo que querían. Se la quitó y la colocó sobre la mesa. Se sentó en la cama y aceptó la inyección que le administró uno de los azi, trató de ayudarlos a ajustar los sensores porque siempre lo hacía solo para las cintas, pero tenía poca coordinación. Se abandonó en las manos que lo ayudaban, sintió que le levantaban las piernas para ponerlo sobre la cama. Sintió que trabajaban con las almohadas. Cerró los ojos. Quería pedirle a Giraud que hiciera salir a los azi porque lo que iba a decir tenía que ver con Ari, y los azi que lo escucharan, terminaría en un tratamiento de borrado selectivo, no había otra forma de solucionarlo.

Giraud le formuló preguntas, con amabilidad, como un profesional. Fue consciente de las primeras. Pero eso se desvaneció después. Podría haber estado en manos de técnicos, pero Giraud era el mejor interrogador que podía tocarle, tranquilo, nunca dejaba secuelas emocionales. Profesional, eso era todo. Giraud estaba controlando la verdad, al menos trataba de descubrirla.

Giraud se lo dijo. Y bajo la droga, lo que le decían era cierto.

Giraud no se impresionaría ante los actos de Ari. Había vivido demasiado y visto demasiado. Giraud se compadecía de él y creía cuanto le decía. Un muchacho con sus notas, cerca de Ari, tenía que entender que no era la primera vez que ella lo hacía. Que ella había querido conseguir una ventaja sobre Jordan, claro. ¿Quién podía ponerlo en duda? Jordan seguramente lo sabía.

No, discutió Justin, con un destello de techo blanco y luz brillante: apenas rozaba la conciencia. Recordaba a Giraud tocándole el hombro.

Realmente trataste de que tu padre no lo supiera. Claro. ¿Qué crees que haría si se enterara?

Iría al Departamento a denunciarlo.

Ah.

Pero no lo sabía.

Puedes dormir ahora. Despertarás descansado. Puedes abandonarte. No vas a caerte.

Algo iba mal, sin embargo. Trató de comprenderlo. Pero se le escapó hacia el lado, fuera del campo de visión.

—A mi entender, no hay ninguna duda —dijo Giraud, mirando a Jordan por encima del escritorio.

A sus cuarenta y seis años, Jordan era demasiado atlético, demasiado capaz físicamente para arriesgarse; y ellos tenían cuidado de no dejarle un cardenal, por otras razones. Los límites que usaban se estaban diluyendo; claro que no habría psicoprueba; Jordan Warrick era un Especial, un tesoro nacional. Ni siquiera el Departamento de Asuntos Internos podía hacer nada que pudiera dañarlo, en ningún sentido.

Un Especial acusado de haber matado a otro Especial. Era una situación sin precedentes. Pero Jordan Warrick podía asesinar a una docena de niños en el Hotel Novgorod Plaza a plena luz del día y no podían ni preguntarle ni mandarlo a psicotest ni administrarle siquiera el ajuste que recibiría un delincuente común.

Jordan lo miró con furia desde la silla a que lo habían atado los de Seguridad.

—Sabes perfectamente que yo no lo hice.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pedir un psicotest para probarlo? No podemos hacerte nada. Tú lo sabes. Lo sabías cuando lo hiciste.

—No lo hice. Maldita sea, ni siquiera tienes la autopsia todavía.

—No importa de qué murió, bastaba con el frío. El conducto no se rompió sin motivo, Jordan, tú lo sabes y sabes por qué se rompió. Ahórranos el trabajo. ¿Qué hiciste? Cortar un poco el conducto y llenar el tanque del laboratorio. Ésa es mi teoría. Llenaste el tanque hasta arriba, luego detuviste la válvula principal y colocaste la bomba de devolución de flujo al máximo. Eso haría que el conducto se quebrara en el punto más débil, en el sitio en que lo habías manipulado.

—Así que tú sabes cómo hacerlo. Pareces conocer las tuberías mucho mejor que yo. Yo trabajo con un ordenador, Gerry, un teclado. Nunca me he interesado por los conductos del Ala Uno. No entiendo los sistemas de criogenia y nunca me preocupé por aprender. Además, tu teoría tiene otra laguna. No tengo acceso a esa área.

—Justin sí. Su azi también.

—Ah, estás provocándome, ¿no? Grant está en el hospital, ¿no es cierto?

—Ya hemos sometido a tu hijo a psicotest. Vamos a interrogar al azi. Tu azi y el de Justin.

La cara de Jordan quedó fija en una expresión de calma profunda.

—No vas a descubrir nada porque no hay nada que descubrir. Vas a tener acusaciones hasta las orejas, Giraud. Mejor será que te prepares.

—No, claro que no. Porque conozco tu motivo.

—¿Qué motivo?

Giraud pulsó un botón en el grabador de la oficina, una cinta cargada con anterioridad.

—*Te ha pasado el fardo a ti, Gerry. Y Denys también. No estamos hablando de*

un asunto de informes. Hablamos de un chico asustado, Gerry.

—*Otra semana...*

—*A la mierda con eso. Puedes empezar por darme un pase de Seguridad, y hacer que Petros conteste a mis llamadas.*

—*Tu hijo está allí ahora. Tiene un pase, aunque no sé por qué. Él se ocupará. — Pausa—. Mira, Jordie, me dicen otra semana más. Dos como máximo.*

—*Justin tiene pase.*

Fin de la cinta.

—¿Qué mierda tiene que ver eso con todo lo demás?

—Es cuando fuiste a ver a Ari. ¿No es cierto? Justo entonces, después de esta conversación.

—Tienes razón, mierda. No podías dejar de espiarme, claro.

—No. «Justin tiene pase», dijiste. Eso te sorprendió. A) Justin no te reveló algo que tendría que haberte contado. B) Ari nunca mostró los ases que tenía. C) conoces las costumbres de Ari. En ese momento, adivinaste una cosa que habías sospechado desde el principio, justo cuando te enteraste del trato que tu hijo hizo por Grant.

—Puras fantasías.

—Tu hijo trató de chantajear a Ari. Sin duda fue una buena intriga. Pensaste que te sacaría a Ari de encima. Lo dejaste continuar. Pero cuando Ari trajo a Grant a casa, tenía todas las cartas. *Todas*, ¿no es cierto? Tu hijo recurrió a Ari para pedirle ayuda, no a ti. Y tu hijo consiguió un favor de Ari que tú no pudiste conseguir con todas tus amenazas. Me pregunto cómo.

—Tienes una gran imaginación. Nunca lo habría supuesto.

—Te enfrentaste a ella. Ari te lo contó o tú ya lo sabías, lo que había estado haciendo tu muchacho para conseguir tantos favores. Y la mataste. Manipulaste la válvula y abriste la bomba, no necesitabas mucho tiempo. Todos los trabajadores del Ala Uno sabían lo de esa puerta. Se suponía que iba a ser un accidente, pero tuviste que improvisar, claro.

Jordan se mantuvo en silencio durante un momento. Luego:

—Algo falla.

—¿Por qué?

—Alguien más sabía que yo iba para allá. Tú lo sabías. Yo me fui. Ari y yo hablamos y me fui. Compruébalo en el Anotador.

—Ari no tiene Anotador. Ya sabes cómo es ese maldito TraDuctor. No hay grabación de palabras heladas. Y no nos dejó notas. No tuvo tiempo. Tú la golpeaste, amañaste lo del conducto, cerraste la puerta, hiciste aumentar la presión. Cuando se disparó la alarma, ya estabas arriba de nuevo.

—No lo hice. No voy a decirte que lo siento mucho. Pero no lo hice. Y Justin estaba en el hospital, lo dijiste en esa cinta que me pasaste. Si la borras, te haré

quedar como un mentiroso.

—Ahora estás hablando de más. Porque si vas a juicio, Jordan, presentaré otras cintas como evidencia. Y voy a pasarte una.

—No es necesario.

—Ah, entonces sabes de qué se trata. Pero quiero que la veas, Jordie. Te las pasaré todas, si quieres. Y después me dices lo que piensas.

—No es necesario.

—Ari dijo que tú habías tenido un lío con ella, hace unos años.

Jordan respiró hondo. La máscara había caído.

—Escúchame —soltó de un tirón—, escúchame muy bien, tonto, porque tú *crees* que controlas la situación, solamente lo crees. Si Ari está muerta y yo me voy, Reseune quedará con dos alas totalmente colgadas, en desorden. Reseune tiene contratos que no puede olvidar. Reseune va a tener muchos problemas para cumplir con esos contratos y todos sus socios políticos querrán repartirse el botín. Y rápido. Te estás olvidando de que si muere un Especial, tiene que haber una investigación, una audiencia. Y lo que encuentren va a ser muy interesante, no sólo para nosotros, las almas de Reseune. Cuando esto llegue a los servicios informativos, vas a ver cómo corren los jefes de Departamento y los presidentes de las corporaciones, como cucarachas al encenderse una luz. Tienes razón. No puedes someterme a psicotest. Sólo puedo ofrecer mi palabra de honor. Ya sabes lo que les diré. Les diré que has usado cinta conmigo. Y nadie puede estar seguro sin un psicotest. Y la ley no me dejará hacerlo, ni siquiera como voluntario. Tú ponme frente a un micrófono. Espero que lo hagas. Es el tipo de cobertura que estoy esperando. El mejor seguro que podría tener. Ari y su amiga Lao podían cerrarme la boca. Pero, ya sabes, hay ciertas cosas que son demasiado grandes: no se pueden ocultar. Matar a la jefa de Reseune es una de estas cosas. Lamento no haber pensado en eso.

—Es verdad. Todo esto es verdad.

—Ahora estás pensando en matarme. Hazlo. Piensa que un Especial muerto ya es difícil de explicar.

—Pero hay algo tan acabado en las noticias viejas... Un poco de escándalo. Y después, mucho silencio.

—Pero tú no estarías en el Concejo, Puedes estar seguro de que no. Podemos matar en las calles pero no podemos ocultarlo. Ningún poder político. No hay rincones oscuros para que se escondan los insectos. Desprecio público. Si quieres ver cómo Reseune pierde todo lo que ha conseguido...

—Ah, pero es noticia conocida. Asesinato-suicidio. No podías tolerar la publicidad que conlleva un juicio. Pensaste que podías callarlo. No sabías que había cintas. No sabías que Ari grababa sus fiestecitas. Y la gente quedará impresionada. Pero sólo por un tiempo. A la gente siempre le han divertido los escándalos de los

ricos y famosos. Después, todo se pierde en el tiempo. Quién sabe, tal vez tu hijo sobreviva. O quizá termine trágicamente. Sobredosis de drogas. Cintas con errores. Una pena. Pero lo que sí sabes es que no conseguirá un puesto en Reseune. O en ningún otro lugar donde tengamos influencia. Sin mencionar al otro muchacho. El azi. Probablemente es un error hacerlo pasar por un psicotest. Está tan débil ahora... Pero tenemos que averiguar la verdad.

Jordan permaneció inmóvil durante un buen rato.

—Y también, está Paul, claro —añadió Giraud.

Jordan cerró los ojos.

—¿Vencido? —preguntó Giraud.

—Estoy seguro —dijo Jordan, mirándolo— de que quieres plantearme una oferta. Lo has planeado muy bien... ¿La seguridad de ellos a cambio de mi silencio?

Giraud sonrió sin ganas.

—Sabes que podemos contra ellos. Nos has dado demasiados rehenes, Jordan, y no puedes proteger a ninguno, excepto si sigues mis órdenes. No quieres que tu muchacho viva con esa cinta. No quieres que lo juzguen, no quieres que se levanten cargos contra los Kruger, ni ver a tu amigo Merild arrastrado a la corte, ni a todos tus amigos del Concejo involucrados, uno detrás de otro, en fila. Cuando una investigación de este tipo empieza, no hay forma de que se detenga. No quieres que interroguemos a Grant o a Paul, que los sometamos a psicotest una y otra vez. Sabes lo que eso les provocaría. Nosotros no queremos que la investigación se nos escape de las manos y yo no quiero que el escándalo afecte a Reseune. Te diré cómo lo haremos. Tú nos haces una confesión. No te pasará nada y lo sabes. Incluso conseguirás lo que siempre has querido: un traslado. Insistiremos en que tu trabajo es importante. Y seguirás adelante en un lugar tranquilo, cómodo, sin cámaras, sin micrófonos, sin visitas. ¿No es la mejor alternativa?

—Excepto que yo no lo hice. No sé lo que pasó. Salí de ahí y Ari estaba bien. Discutimos. La acusé de chantajear a mi hijo. Ella se rió. Me fui. No la amenacé. No dije nada. No soy tan tonto como para haberle dicho a Ari lo que pensaba hacer. Y mis planes no incluían el asesinato. No sé. Es la pura verdad. No me había decidido a acudir al Departamento. Pensaba que tal vez había una forma de comprar a Ari.

—Ahora tenemos una verdad diferente. ¿Produces una verdad por minuto?

—Es la verdad.

—Pero no puedes someterte a psicotest. No puedes probar lo que viste. O lo que hiciste. No puedes probar nada. Así que estamos otra vez donde comenzamos. Francamente, Jordie, no me importa si lo hiciste o no. En este momento, eres nuestro principal problema. Hubieras deseado hacerlo, eres el número uno de mi agenda. Y si no lo hiciste tú, eres más peligroso que el asesino, porque si otra persona mató a Ari, fue algo personal. Si lo hiciste tú, se trata de otra cosa. Así que examinaremos muy

bien esos conductos, las válvulas, todo el sistema. Si no encontramos pruebas, las falsearemos, te lo digo con franqueza. Y te daré todo el libreto para el Departamento. Tú sigue el guión y yo cumpliré con mi parte. Pídeme lo que quieras. Cualquier cosa dentro de lo razonable. Tú te declaras culpable, recibes el golpe, te retiras a un lugar tranquilo y todo estará bien. Si no, lamento decirte que tomaremos las medidas apropiadas.

—Los quiero fuera de aquí. A Justin. A Grant. A Paul. Es mi precio.

—No puedes conseguir tanto. Puedo darte seguridad para ellos. Eso es todo. Se quedarán aquí. Si cambias de opinión, también nosotros lo haremos. Si intentas escapar, si te suicidas, si hablas con alguien o transmites un mensaje de cualquier tipo, ellos pagarán por ti. Éste es el trato. Así de simple.

Un largo silencio.

—Entonces, ponlos conmigo.

Giraud negó con la cabeza.

—Voy a ser generoso. No estoy obligado a serlo, como comprenderás. Te daré a Paul. Me caes bien. Paul, claro está, tendrá que cumplir con las mismas condiciones.

—Pero no vas a tocarlo.

—¿Qué supones? ¿Qué le ordenaría que te espíara? No. No él. Ni a tu hijo. Ni al azi. Tú cumple tu parte, yo cumpliré con la mía. ¿Hacemos el trato?

Jordan asintió después de un momento. Se le advertía un leve temblor en la boca.

—Te quedarás aquí —continuó Giraud— mientras dure la investigación de Asuntos Internos. Detenido. Pero disfrutarás de comodidades razonables. Acceso a Paul, puedo arreglar eso. Acceso a tu hijo, sólo bajo restricciones. Déjame advertirte que ese muchacho tratará de ayudarte. Por su bien, será mejor que lo detengas. En seco. Probablemente eres el único que sabe cómo hacerlo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Quiero mostrarte esa cinta que te prometí.

—No.

—Creo que deberías verla. En serio, deberías verla. Quiero que la recuerdes, que sepas lo que podemos usar si no se te ocurre cómo darle un motivo político a lo que hiciste. Estoy seguro de que puedes ser convincente. Sugiero contactos radicales. Contactos centristas. Porque tiene que haber un motivo ¿no? —Apretó un botón. Se conectó la pared pantalla. Jordan se encontró mirándose a sí mismo, Jordan, con los ojos fijos en el rincón, no en la pantalla. Jordan, con una expresión como la de una imagen tallada en la penumbra, en las luces fugaces de la pantalla. Había voces que hablaban. Cuerpos que se entrelazaban. Jordan no quiso mirar. Pero reaccionó. Oía.

Giraud no lo dudaba.

—¿Expresó Jordan Warrick alguna vez su opinión sobre Ariane Emory ante ti?

—Sí, ser —contestó Grant. Estaba sentado e inmóvil en el escritorio, los brazos

cruzados frente a él y mirando cómo oscilaba la luz del Anotador, esa pequeña caja que le separaba del hombre que afirmaba pertenecer al Departamento de Asuntos Internos. Contestaba pregunta tras pregunta.

Justin no había vuelto. Lo habían alimentado y le habían dejado darse una ducha. Le dijeron que le visitaría un hombre para hacerle preguntas esa tarde. Luego, lo volvieron a meter en la cama y lo ataron de nuevo. Supuso que ya era por la tarde. O era lo que ellos querían que pareciera. Podía enfurecerse por lo que le hacían, pero sería en vano; era lo que ellos querían y no podía impedirlo. Estaba asustado, pero esta circunstancia tampoco ayudaba. Se calmó y contestó las preguntas sin tratar de descubrir una estructura lógica todavía, porque eso podía afectar sus respuestas y entonces ellos le darían pistas, y luego él les daría pistas a ellos, y todo se convertiría en una conversación entre adversarios. El no quería eso. Quería entender, pero se descubrió deseándolo demasiado y se desconectó. Había aprendido este truco, cuando era muy, muy pequeño, una táctica azi. Tal vez le ayudaba. Tal vez era otra de las diferencias entre él y Justin, entre él y uno que había nacido hombre. Tal vez lo hacía menos humano. O más. Él lo ignoraba. Resultaba útil, a veces, cuando sabía que alguien quería manipularlo.

Simplemente, estaba *no-presente*. La información fluía. La tomarían cuando estuviera inconsciente si no se la entregaba de forma voluntaria, aunque sospechaba que la controlarían con un psicotest de todos modos.

Ya lo entendería más tarde, cuando recordara las preguntas, sólo lo que le habían preguntado y cuáles habían sido sus respuestas. Entonces, tal vez podría pensar. Pero no ahora.

No-presente eso era todo.

Finalmente, el hombre de Asuntos Internos también estaba *no-presente*. Aparecieron otros y las ilusiones de puertas se abrieron.

El siguiente lugar era el laboratorio psíquico. Y entonces se enfrentó a lo peor, el flujo, estar *no-presente* en un psicotest. Caminar en la franja entre *no-presente* y *presente* exigía mucha concentración. Si empezaba a dudar, y se iba demasiado hacia el *no-presente* y se quedaba demasiado tiempo, entonces le resultaría difícil encontrar el camino de vuelta.

El *presente* trataba de penetrar en su pensamiento, dudaba de que Justin hubiera entrado alguna vez en el cuarto, sospechaba incluso que si había entrado, la rabia de Ari hubiera caído finalmente sobre él, y Justin y Jordan estarían ahora acusados por haberle raptado.

Pero descartó aquellas ideas. No luchó con los técnicos como había peleado con los hombres, si hubieran sido reales, claro. Los técnicos eran técnicos de Reseune y tenían las llaves de cada uno de sus pensamientos, hasta los más ínfimos.

La primera regla decía: siempre es correcto abrirse a la orden de tu clave.

La segunda regla decía: una clave es absoluta.

La tercera regla decía: un operador con tus claves siempre tiene razón.

Ningún operador de Reseune crearía una ilusión de operadores de Reseune, eso lo creía con todo su corazón. Sólo un operador de Reseune podía tener sus claves. Todo el universo podía desintegrarse en partículas y disolverse a su alrededor, pero él existía y el operador que tenía sus claves también existía.

Justin tal vez era una ilusión. Tal vez no existía un lugar llamado Reseune ni el planeta Cyteen. Pero el que le murmuraba números correctos y frases en códigos podía penetrar en su mente cuando quisiera y salir sin dejar rastro; o extraer algo para examinarlo, no cambiarlo: un florero en una mesa se quedó un momento quieto y luego buscó su anterior posición, sin violencia, persistente. *La otra cara hacia fuera.* Tendría que pasar por muchas entradas como ésa, muchas rotaciones del mismo florero, muchas distracciones como mover otra mesa, cambiar de lugar la cama, para que el florero pudiera quedarse un tiempo en su nueva orientación. E incluso entonces tendería a girar, con el tiempo.

Resultaba más fácil si el visitante le decía que iban a arreglar la habitación y le mostraba la clave, le ordenaba quedarse de pie, quieto y mirar. Y entonces le explicaría que el nuevo arreglo haría juego con el resto de la casa, después de lo cual, si realmente funcionaba, él sentiría cada vez menos desconfianza por el cambio.

Ésta vez el visitante se mostraba brusco y arrojaba las cosas por el suelo, y luego lo acorralaba y le hacía preguntas. Esto lo llenaba de angustia porque era lo bastante inteligente para saber que a veces, estas tácticas eran una distracción para conseguir que el florero se moviera. O para evitar esa tentación obvia o para algo que él tal vez ignoraba de momento.

El visitante lo golpeó una o dos veces y lo dejó confuso. Cuando supo que la puerta se cerraba, se quedó allí quieto durante un rato, y el florero que estaba destrozado se levantó y se arregló solo, y los muebles se reordenaron y los pedazos comenzaron a unirse de nuevo.

Tuvo que quedarse quieto durante bastante rato para asegurarse de que todo estaba realmente en el lugar apropiado. El desconocido podía haber hecho algo peor. Podía haber profundizado un nivel más para acosarlo a través de habitaciones más y más profundas hasta acorralarlo en una donde no había lugar para seguir retrocediendo. Y entonces, habría encontrado una entrada y lo habría arrastrado hacia sí mismo, en territorio oscuro que el invasor conocía y que él mismo no quería abrir sino con resistencias.

En realidad no era así, claro. Era sólo la imagen que tenía de niño, una imagen que un técnico le había ayudado a construir. El florero era la puerta de la manipulación. La puerta sí-no/estás-a-salvo. Estaba justo a la entrada y cualquier operador que tratara de tranquilizarle la habría girado un poco.

Éste visitante había arrojado el florero al suelo.

Grant salió a una habitación mucho más deprimente y vacía. Las sombras iban y venían y le hablaban. Pero todavía estaba bastante *no-presente*. Se encontraba agotado y las habitaciones seguían viniendo en desorden, los muebles caídos al azar, pidiéndole que los ordenara, lo cual significaba que debía de haber entrado mucho. Ésa gente seguía pegándole, golpes en la mejilla, tanto que parecía que la piel se le caía de la cara. Le hablaban, pero las palabras se deshacían. No tenía tiempo para ellos. Se estaba quebrando por dentro y cuando lo despertaban no estaba seguro de que las cosas pudieran volver al sitio al que pertenecían.

Alguien le dio las palabras clave que le había dejado el último visitante. E insistió en que se despertara. Después se encontró mirando a Petros Ivanov, que se había sentado a su lado, en la cama.

—Van a llevarte en una silla. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —dijo él. Estaba de acuerdo con todo. Fueran quienes fuesen. Estaba muy ocupado colocando las cosas de nuevo en los estantes y mirando cómo se caían de nuevo.

La habitación parecía distinta ahora. No había flores. Había una caída de agua. Hacía un sonido rítmico pero que no tenía ritmo. Claro. Era un fractal. Los fractales abundaban en la naturaleza. Trató, sumiso, de descubrir el patrón. Lo habían atado a la silla con esposas. No estaba seguro de cómo se relacionaba este dato con todo lo demás. Se centró en el aspecto matemático ya que eso era lo que le habían dado a resolver. No sabía por qué.

Durmió, tal vez. Sabía que le habían hecho algo a su mente, porque la puerta de la manipulación estaba inestable: el florero seguía cayéndose de la mesa que había junto a la puerta. No estaba a salvo. No estaba a salvo.

Pero de pronto recordó que Justin iba a visitarle. Eso había sido verdad antes. Violó la regla cardinal y, con todo cuidado, mientras examinaba lentamente el precio de lo que iba a hacer, tomó como válida otra verdad, no la del operador.

Si estaba equivocado, no podría volver desde allí, no tenía mapas.

Si estaba equivocado, no podría reconstruirse con facilidad.

Volvió a poner el florero sobre la mesa. Esperó.

Justin vendría. Si no, nada habría existido nunca.

Podía ver y sentir y caminar en el mundo de ellos. Pero no de verdad. Ellos la destruirían. Pero no de verdad. Nada era...

... real.

De todos modos.

VI

El velatorio era un espectáculo impresionante. El Salón de Estado devolvía el eco de la música sombría del funeral y estaba decorado con flores y plantas verdes, un espectáculo sacado de la vieja Tierra, había hecho notar un comentarista mientras otros analistas más actuales lo comparaban con el espectáculo de la muerte de Corey Santessi, jefe arquitecto de la Unión, cuyo trabajo de cuarenta y ocho años en el Concejo, primero como jefe de Asuntos Internos y luego en el Departamento de Ciudadanos, había sentado el precedente para la inercia en los electorados. Entonces también había habido necesidad de demostrar que Santessi había muerto, considerando la distancia que separaba las colonias y la velocidad con que podía divulgarse y desarrollarse un rumor. Habían tenido que organizar una ceremonia decorosa para el momento en que la antorcha cambiaba de manos y permitir que los colegas que habían luchado contra la influencia de Santessi se pusieran en pie en público y declararan su dolor en piadosos discursos que suscitaron especulaciones por la forma en que se repitieron hasta la saciedad.

Todavía más ahora, cuando la muerta era sinónimo de Reseune y de la resurrección y víctima de un asesinato.

—Tuvimos nuestras diferencias —reconoció Mikhail Corain en su discurso—, pero la Unión ha sufrido una gran pérdida en esta tragedia. —Hubiese sido una falta de tacto sugerir que la pérdida era doble si se contaba al presunto asesino—. Ariane Emory era una mujer de principios y de gran visión. Pensad en las arcas que preservan nuestra herencia genética, las arcas en órbita en estrellas lejanas. Pensad en el acercamiento con la Tierra y en los acuerdos que han hecho posible la preservación y recuperación de especies.

Era uno de sus mejores discursos. Había sudado sangre para redactarlo. Circulaban rumores preocupantes sobre supresión de pruebas en el caso, sobre la orden inexplicada que según Reseune, Emory misma había insertado en los ordenadores de la Casa para pedir la eliminación de sus guardias personales, una eliminación que el personal había llevado a cabo sin preguntas ni dudas. Estaba el extraordinario caso del azi de los Warrick, secuestrado y manipulado por los extremistas de Rocher y luego devuelto a Reseune. Estaba el hecho de que Rocher mismo, con discursos furibundos, se había alegrado públicamente del asesinato, noticia que había ocupado mucho más lugar que el hecho de que abolicionistas afiliados al centrismo, como Ianni Merino, habían lamentado la pérdida de una vida y protestado contra la eliminación de los azi, todo un montaje que resultaba demasiado complicado para los servicios informativos: Ianni nunca había aprendido a hablar de

un solo tema, y su declaración se parecía demasiado a las palabras de Rocher. Los periodistas llenaban las escaleras y los umbrales de las puertas de las oficinas como predadores que se asoman sobre un acantilado; corrían, con los Anotadores abiertos, a preguntar a cualquier centrista del Concejo y del Senado: «¿Cree que hay una conspiración?», o bien: «¿Cuál es su reacción ante el discurso de Rocher?».

Lo cual era muy peligroso para algunos centristas.

Corain esperaba haber atenuado parte de aquello. Esperaba que lo citaran.

Ni decir que los servicios informativos estaban bajo el control del Departamento de Información, cuyo canciller electo era Catherine Lao, portavoz fiable de Ariane Emory. Ni decir que los ascensos y las carreras dependían de que los periodistas llegaran con material que satisficiera a la Alta Dirección. No era culpa de los periodistas si sentían que la Alta Dirección exigía cada vez más sobre la teoría de la conspiración; seguramente era un buen teatro.

Corain empezaba a sudar cada vez que veía un Anotador cerca de un miembro de su partido. Había tratado de hablar con ellos personalmente, pidiéndoles que fueran discretos. Pero las cámaras intoxicaban, el horario de reuniones por el funeral era muy estricto y corto, había mucha presión, y no todos los cancilleres ni todos los miembros de la dirección del partido estaban de acuerdo con la línea establecida.

Había caras que las cámaras nunca habían captado antes: la del director de Reseune, Giraud Nye, por ejemplo. Los periodistas trataban de explicar al público que, en contra de la creencia general, Ariane no había sido Administradora de Reseune, en realidad no había ningún puesto administrativo en Reseune durante los últimos cincuenta años. Había nuevos nombres que aprender: Giraud Nye. Petros Ivanov. Yanni Schwarz.

Nye maldito sea, se desenvolvía bien en las entrevistas.

Y cuando un sillón del Concejo quedaba vacante y el canciller en cuestión no había nombrado sucesor, entonces el secretario del Departamento de ese electorado nombraba uno. En este caso, era Giraud Nye.

Que muy bien podía renunciar a su trabajo en Reseune para tratar de ocupar el puesto de Emory.

Eso significaba, pensó Corain con desesperación, que Nye ganaría a menos que el juicio a Jordan Warrick aportara algún dato explosivo. Pero los informantes de Corain en el Departamento de Asuntos Internos decían que Warrick todavía estaba bajo arresto en la Casa; Merild, en Novgorod, puesto bajo investigación por el Departamento como posible conspirador, no era el abogado para la defensa de Warrick, y además, un abogado abolicionista había tratado de ponerse en contacto con Warrick. Éste se había negado, con mucho sentido común, pero había pedido a Asuntos Internos que nombrara a alguien, lo cual había llamado mucho la atención en las noticias: un hombre con los recursos de Warrick, un Especial que iba a enfrentarse

a una audiencia del Concejo, pedía un abogado del Departamento, como un indigente. Porque le habían congelado las cuentas en Reseune y la organización no podía ocuparse con decoro de la acusación y de la defensa con su propio departamento legal.

Música solemne. Los miembros de la Familia se reunieron para el momento final junto al ataúd. Luego, la guardia de honor militar lo cerró y lo selló. La escolta militar y la de Seguridad de Reseune esperaban fuera.

Ariane Emory se iba al espacio. No habría monumentos, según sus deseos. Incineración y transporte al espacio, donde el carguero Galante, que estaba en el Sistema Cyteen, usaría uno de sus misiles para enviar las cenizas hacia el Sol. Una última extravagancia que había pedido al gobierno de la Unión.

La perra estaba decidida a que nadie se llevara una muestra, eso era todo. Y elegía todo el Sol como sepulcro.

VII

El asesinato había dado poco tiempo para reunir a todo el Concejo, pero los secretarios de los Departamentos estaban en Novgorod o en la estación: el Senado de Cyteen estaba reunido en sesión; el Concejo de los Mundos se había reunido también. Tres cancilleres habían llegado ya: Corain, del Departamento de Ciudadanos, residente en Cyteen; Ilya Bogdanovitch, del Departamento de Estado; y Leonid Gorodin, de Defensa.

Una mayoría real de dos tercios de centristas, pensó Corain. Para lo que servía en un funeral...

Había que felicitar a Nye por su nuevo puesto como sustituto. Nada de recepciones: la ocasión no lo permitía, no lo habría permitido ni siquiera si él hubiera sido primo de Ariane Emory. Pero había que dejarse caer por las oficinas que había ocupado Emory. Presentarle sus respetos. Y estudiar a ese hombre, juzgarlo para tratar de averiguar qué tipo de hombre era en los pocos momentos de que se disponía, ese hombre que venía de las sombras más completas de Reseune a ocupar el manto de Ariane Emory.

Juzgar en cinco minutos, si era posible, si ese hombre, un Especial, podía reunir en sus manos todos los hilos de poder que Emory había forjado, eso había que reconocérselo a la vieja enemiga.

—Ser —dijo Nye y le dio la mano—. Siento que de alguna manera ya le conozco después de tantas discusiones con Ari a la hora de la cena. Ella le respetaba.

Eso puso a Corain en inmediata desventaja, primero porque si Nye lo conocía, el sentimiento no era mutuo; segundo, porque recordaba lo que era Nye y pensaba en la reacción de Ariane Emory en una situación como ésta.

Durante un instante casi añoró a la perra. Ariane había sido una perra, pero él se había pasado veinte años aprendiendo a comprenderla. Ése hombre representaba el vacío total. Y eso daba a Corain, una sensación de frustración y mareo.

—Disentíamos en muchas cosas —murmuró Corain, como había dicho a otros sucesores en sus años de poder—, pero estábamos de acuerdo en nuestro deseo de hacer lo mejor para el estado. La verdad es que me encuentro perdido, ser. No creo que se lo expresara nunca a ella, pero a mi entender ninguno de nosotros se ha dado cuenta todavía de lo que será la Unión sin ella.

—Tengo cosas muy serias que discutir con usted —dijo Nye, sin soltarle la mano—. Preocupaciones que eran primordiales para ella.

—Estaré encantado de verle cuando usted lo disponga, ser.

—Si tiene tiempo ahora...

No era el tipo de cosa que agradaba a Corain, encuentros súbitos, sin preparación. Pero era una relación nueva, una relación importante. Odiaba empezarla con una excusa y una negativa.

—Si lo prefiere —dijo y terminó en la oficina que había pertenecido a Emory, con Nye detrás del escritorio, sin Florian ni Catlin, sino con un azi llamado Abban, cuyo cabello plateado de la rejuv no tenía tintura, ninguna afectación, menos que Nye, cuyo cabello era plateado y castaño, y que obviamente debía de tener casi cien años. Probablemente el azi no tenía menos. Abban les sirvió café y Corain se sentó allí, pensando en los ojos políticos y periodísticos que observaban cada movimiento en el interior de aquellas oficinas, vigilando para saber quién llamaba, quién se quedaba y cuánto tiempo.

No había una forma agradable de afrontar las cosas.

—Ya sabrá usted —empezó Nye con tranquilidad, por encima del café— que muchas cosas han cambiado. Estoy seguro de que no le sorprenderé si le digo que voy a presentarme a la elección.

—No me sorprendería, no.

—Soy un buen administrador. No soy Ari. No sabría serlo. Me gustaría que el proyecto Hope se aprobara, ella lo deseaba mucho. Y, personalmente, tengo fe en él.

—Usted conoce mi opinión, supongo.

—Tendremos nuestras diferencias. Filosóficas. Si el electorado de Ciencias me elige, claro. —Un trago de café—. Pero lo más urgente, creo que usted lo entiende, es el caso Warrick.

El corazón de Corain se aceleró. ¿Trampa? ¿Propuesta?

—Es una tragedia terrible.

—Es un golpe devastador para nosotros. Como jefe, ex-jefe de Seguridad en Reseune, he hablado extensamente con el doctor Warrick. Y puedo decirle que fue una cuestión personal, una situación que se había producido...

—¿Está diciéndome que él ha confesado?

Nye tosió, incómodo y bebió café, luego levantó la vista.

—Ari tenía problemas para mantenerse apartada de sus ayudantes de laboratorio. Eso fue lo que pasó. Justin Warrick, el hijo de Jordan Warrick, es una réplica. Se trataba de un viejo asunto entre la doctora Emory y Jordan Warrick.

Más y más confuso. Corain sintió una incomodidad irracional por esa franqueza en un desconocido. No pronunció ni una palabra en el espacio de tiempo que Nye le dejó para eso.

—Ari transfirió un Experimental que era casi de la familia Warrick —continuó Nye— para presionar al muchacho, para presionar a Jordan. Eso lo entendemos ahora. El muchacho actuó por su cuenta para proteger a su compañero, envió el azi a gente que consideraba amistades de su padre. Por desgracia (esta parte no ha quedado

del todo clara) había otros vínculos que conducían al partido de Rocher. Y a los extremistas.

Maldita sea. Una evidencia como ésa significaba problemas. Claro que se suponía que debía sentir la amenaza.

—Rescatamos al azi, por supuesto —dijo Nye—. Eso es lo que está detrás de todo esto. Es imposible que el azi pudiera llegar hasta Ari: estaba bajo observación en el hospital. Pero Jordan Warrick descubrió lo que Ari había hecho con su hijo. Se enfrentó con ella en el laboratorio, a solas. Discutieron. Ari le golpeó; él respondió el golpe y ella dio de cabeza contra la mesa. Hasta ahí no era asesinato. Se convirtió en asesinato cuando él tomó un banco de laboratorio y lo usó para estropear los conductos, cerró la puerta del laboratorio de frío y subió la presión de la línea. Desgraciadamente, todas esas manipulaciones no fueron accidentales según los ingenieros.

—El Concejo determinará esto.

Asesinato entre dos Especiales. Y confesado con demasiada franqueza por un tercero, un tercer Especial peligroso. Corain se calentó la mano con la tacita; sentía una especie de frío.

—Warrick no quiere que esto vaya a juicio.

—¿No?

—La ley tiene un poder limitado sobre él, pero las reputaciones pueden sufrir daños irreparables. La del hijo, sobre todo.

—Esto significa, perdóneme, que alguien ha puesto mucho interés en que Warrick lo comprendiera.

Nye meneó la cabeza con seriedad.

—El motivo tendrá que surgir en el juicio. No hay forma de evitarlo. Hay otras consideraciones para nosotros. Queremos reservar información en este caso. Por eso he querido hablar con usted, porque es importante que lo entienda. Sabemos lo de su trato con el doctor Warrick. Los dos sabemos que la audiencia podría profundizar mucho más en cuanto empezara. Poder político para todo. Y muy poca justicia. Merild tal vez hable que puede salir en ese punto no nos conviene a nosotros ni a ustedes, y aún menos al Departamento de Defensa o a la seguridad nacional. Ni siquiera a Jordan Warrick. Él confesó. No quiere testificar, no puede testificar bajo psicotest; y la evidencia del joven Justin bajo psicotest es un asunto delicado. No queremos usarla contra su padre. El muchacho ya ha pasado por un infierno y sería una crueldad innecesaria en un caso en que el asesino tiene inmunidad legal.

De repente la habitación le pareció muy cerrada. Corain pensó en grabadores. Estaba segurísimo de que había uno funcionando en algún lugar.

—¿Qué me pide usted?

—No queremos que los problemas de Ari se hagan públicos. No creemos que eso

sirviera de nada. Por un lado, entendemos muy bien lo que provocó al doctor Warrick y sentimos simpatía por él. Por otro lado, tenemos miedo de que un interrogatorio saque a relucir la teoría de la conspiración. Nos gustaría mucho atrapar a Rocher, pero esa línea de ataque sólo le dará el foro que quiere y que no puede conseguir de otra forma, peor, le dará un derecho, de descubrimiento en esto. No creo que usted desee eso más que yo.

Grabadores. Mierda.

—Nosotros no tenemos nada que ocultar.

—No estamos hablando de tapan el asunto. Estamos hablando de evitar un dolor innecesario a un muchacho inocente. Jordan Warrick ya ha confesado. No quiere que su vida personal y la de su hijo se arrastren a la vista del público. La ley no puede borrarle la mente. Sólo le puede someter a un confinamiento estricto, apartarlo de su trabajo, lo cual a mi entender sería tan trágico como el acto que cometió.

Corain lo pensó un momento, sabiendo que había una trampa en alguna parte, en la situación o en la propuesta, una, pero no la veía por ningún lado.

—Quiere decir un pacto de no agresión. Nos enfrentamos a un caso de asesinato.

—Un caso con problemas de seguridad. Un caso en el que el asesino y la familia de la víctima y el territorio de residencia, todos, solicitan un pacto de no agresión. Si la meta fuera la justicia y no el foro político, la justicia estaría mejor servida por un acuerdo del Concejo a puertas cerradas.

—No hay precedentes.

—Hay que sentar un precedente alguna vez, en este caso, en favor de los sentimientos humanitarios. No habrá perdedores con este procedimiento. Excepto Rocher, que pierde su foro. Incluso Ari saldrá ganando. Lo último que querría sería que su muerte diera a Rocher una oportunidad para dañar la institución a la que dedicó su vida. Podemos instalar un edificio separado para el doctor Warrick, proveerle de todo lo que necesite para continuar con su trabajo. No queremos una venganza. Insistiremos en que se retire, por completo de la vida pública, porque no queremos que él tome ventaja de esta situación en cuanto se instale el nuevo edificio. Muy directamente, ser, los dos tenemos que evitar convertir este conflicto en una cuestión política. Y eso incluye al doctor Warrick. El pacto pospondrá el juicio indefinidamente, para evitar que rompa el silencio. No queremos quedarnos con las manos atadas.

—Tengo que pensarlo. Antes de aceptar, francamente, querría tener la oportunidad de hablar con el doctor Warrick en un lugar neutral. Es una cuestión de conciencia, espero que me comprenda. Muchos de nosotros, que podríamos ser la oposición natural al asunto, nos sentiríamos así.

—Claro. Le aseguro que lamento tener que hablar de esto el día del funeral de Ari, pero la vida continúa. Sí, así es.

—Lo entiendo, ser Nye. —Corain se terminó la pequeña taza de café, anotó en el fondo de su cerebro que debía averiguar cuánto valía el café verdadero, que merecía la pena disfrutar de esa extravagancia, que podía permitírselo, incluso a doscientos el medio kilo, que era el flete de Tierra a Cyteen. Otro nivel de su mente estaba diciéndose que había una cámara en alguna parte; y otro más, que todas las ventajas que había visto en la muerte de Ariane Emory estaban allí.

Si se podía hacer el pacto, si se hacía el pacto. Nye era muy inteligente. Tenía que ponerse a aprender sus señales como había aprendido las de Emory. El hombre constituía un enigma, una cifra desconocida procedente de un territorio que ninguno de sus observadores podía penetrar. Sólo Warrick. Y Warrick estaba perdido ahora. De eso no había duda.

Las cosas eran diferentes en la Unión. Desde el momento en que había explotado ese conducto, el curso de la historia había cambiado.

Estaban entrando en un período en el que el partido centrista tal vez podría obtener rápidas ventajas si no se quedaba enredado en aquellas discusiones que no hacían ganar a nadie y que no sacarían de su lugar a los expansionistas.

Los proyectos Rubin y Fargone seguramente deberían esperar. El proyecto Hope tal vez ya se había empezado, pero si querían llevar a cabo más expansiones y colonizaciones, el debate sería más intenso. Se podía esperar un período de ajuste dentro de Reseune, las personalidades que habían estado esperando durante los casi sesenta años de régimen autocrático de Emory (no había duda de quién había dirigido al director en Reseune, aun después de haber abandonado el puesto) saltarían y aferrarían tanto poder como pudieran dentro de la estructura administrativa.

Y eso también se aplicaba en otras alianzas, como las del Concejo.

Ludmilla de Franco era una canciller nueva. Nye lo sería. Poderoso. Ciencias iba a tener un principiante al timón, un principiante muy, muy inteligente, pero que no contaba con toda una red que lo apoyara. Y sin embargo... Dos de los cinco expansionistas eran sucesores ese año e Ilya Bogdanovitch tenía ciento treinta y dos años y ya estaba fallando.

Corain murmuró sus saludos, dio las gracias al sucesor de Reseune, expresó sus condolencias a la familia, y salió con la mente ocupada con la posibilidad, la posibilidad muy real, de una mayoría centrista en el Concejo.

Se le ocurrió que no había comentado el asunto de los azi eliminados. El asunto que interesaba a Merild. Ahora no podía volver y plantearlo. En realidad, no le gustaba mucho la idea de exponer el tema porque seguramente la orden había venido de Seguridad en Reseune por las razones que le había explicado Nye. Era moralmente repugnante. Pero no porque los azi que habían servido a Ariane Emory durante la mayor parte de sus ciento veinte años no fueran peligrosos. Había consecuencias psicológicas muy serias, según le habían dicho, cuando ocurría una pérdida como ésa;

ningún ser humano criado como CIUD podía entender ese impacto, excepto tal vez el personal que trabajaba a diario con los azi. Le plantearía el asunto a Warrick. Le preguntaría si era cierto. O si creía que la orden en realidad había partido de Ariane Emory.

Maldición, mejor que no hablara del asunto. Los azi estaban muertos. Como Emory. Eso zanjaba el asunto. No veía utilidad alguna en poner eso sobre la mesa: el instinto le había dicho que no hablara del asunto.

Era el viejo proverbio. Trata con el diablo si el diablo tiene un electorado. Y no te quejes por el calor.

VIII

El almirante Leonid Gorodin se removió, incómodo, en la silla y tomó la taza que le ofrecían. Había ido a saludar y Nye le había dicho:

—Hay una cosa que quiero discutir con usted, sobre el asunto de Fargone, y el proyecto Rubin. Y Hope. ¿Tiene un momento?

Gorodin no solía discutir con la oposición o con los periodistas sin ayudantes, sin referencias, en una oficina que su personal no hubiera registrado antes. Pero el mismo instinto para la intriga que le advertía del peligro le decía también que era la única posibilidad de que dispondría para entrar en relaciones con la oposición sin que Corain se enterara.

Y los nombres eran los que quería oír.

—Le aseguro que odio ponerme a trabajar el día del funeral de Ari —dijo Nye—. Pero no hay más remedio. La situación se puede descontrolar muy fácilmente. —Tomó un sorbo de café—. Sabe que voy a presentarme para el cargo de Ari.

—Lo esperaba —dijo Gorodin—. Y también espero que gane.

—Es un momento crítico para nosotros. La muerte de Ari, la pérdida potencial de Warrick al mismo tiempo, es un doble golpe. No sólo para nosotros, sino también para la Unión, y para nuestros intereses nacionales. Comprenderá que dispongo de una máxima libertad de movimientos en Seguridad. Igual que Ari. Debo tenerlo. No voy a preguntarle nada, pero estoy relacionado con sus proyectos, trabajé con su predecesor durante la guerra.

—Me doy cuenta del nivel de su libre acción en Seguridad. Y de que tiene acceso privado a esos archivos. Y de que no piensa ponerlos en la investigación.

—Claro que no. No se discutirán esos archivos y no se entrevistará a nadie sobre esos proyectos, sólo podrá hacerlo el personal de rango equivalente. No tiene que preocuparse por las filtraciones, almirante. Ni por un juicio.

Gorodin sintió que el corazón le daba un salto en el pecho. Deseaba no haber oído aquello. Y podía haber grabadores, así que debía reaccionar con firmeza.

—¿De qué está hablando?

—Un pacto de no agresión. Warrick lo hizo. Ya ha confesado. El motivo fue chantaje y acoso sexual. Su hijo, ya me entiende. Con una situación complicada que, entre usted y yo, podría perjudicar mucho al muchacho. El trato de Warrick es simple: un lugar donde pueda continuar su trabajo. No aceptamos Fargone. Tiene que ser en Cyteen. Pero ya hemos hablado con Corain.

—Ya.

—Hace una hora. No mencioné los aspectos de Seguridad del asunto. Hablamos

de política. Usted sabe, y yo sé, almirante, que hay elementos radicales involucrados en todo este asunto. Hay gente que va a querer examinar los testimonios obtenidos mediante psicotest y lo van a examinar muy a fondo. Hay elementos del testimonio de Justin Warrick que involucran el proyecto Fargone. Tienen que ser secreto de estado.

—¿Warrick lo discutió con su hijo?

—El motivo para la solicitud de traslado era el chico. Justin Warrick sabe más de lo que debería saber. Si ha habido filtraciones en esto, almirante, se debieron a Jordan Warrick y sólo a él. Y francamente, si vamos a juicio, lamento decirle que los hilos de la motivación tocan temas muy delicados. Pero si cortamos demasiado la transcripción, eso despertará otras sospechas, en algunas mentes, ¿no cree?

—Dios mío, su seguridad no vale una mierda. ¿Quién más lo sabe?

—Seguramente el azi que secuestraron. El de Justin.

—¡Señor!

—No es fácil que los muchachos de Rocher hayan podido con él. Es un Alfa y trabajaba como diseñador de cintas, el azi quiero decir. No es un sujeto fácil. Pero existe la posibilidad de que no supiera que tenía información confidencial. Por eso recurrimos a la oficina de Lu cuando necesitamos ayuda para sacarlo de allí. Necesitábamos rescatarlo vivo y someterlo a psicotest, en caso de que alguno escapara. Por suerte, acabamos con todos los secuestradores, o al menos eso creemos. Pero no estábamos engañándolos cuando dijimos que ese azi representaba un peligro para la Seguridad. Supongo que el ritmo de los acontecimientos fue demasiado rápido para todos. Ari iba a enviarme a la ciudad con un informe para Lu. Por desgracia...

—Usted no cree que Warrick tenga un motivo que involucre al azi y a Rocher...

—¿Cuándo mató a Ari? Un crimen pasional no empieza de esa forma. Pero cuando ella le pareció mal herida, él pensó que acababa de destruir su oportunidad para irse a Fargone. Así que la mató y trató de que pareciera un accidente. No lo hizo totalmente a sangre fría, pero tampoco fue del todo pasional. La odiaba. Lamento decir que Ari tenía graves defectos en lo que se refiere a muchachos adolescentes. Una gran mente. Y puntos de vista excéntricos, claro. Francamente, estamos ansiosos por evitar que ese aspecto de Ari salga a la luz, ante el público. Conspiraciones... no. No las hubo. Puede entrevistar a Warrick si quiere. O a su hijo. Tenemos su declaración bajo psicotest. No la de Jordan Warrick, claro; la de su hijo evidencia bastante bien la situación. También hay algunos vídeos que resultan, bueno, bastante explícitos. No pensamos borrarlos. Pero no queremos que caigan en manos de los servicios informativos. Es una historia muy antigua, sí. Chantaje. Un padre enfurecido. Un deseo de ocultar algo que se convierte en asesinato.

—Mierda. —*Saquen a mi hijo de allá*, había dicho Warrick. Y evidentemente había hablado en serio—. Mierda.

—Queremos cumplir con nuestros compromisos. El pacto que hemos previsto pondrá a Jordan Warrick en una instalación propia, bajo vigilancia. Y puede seguir trabajando para ustedes. Nosotros haremos las pruebas. No tiene que preocuparse por la integridad del doctor. Es una solución humana para conservar un talento que no podemos permitirnos el lujo de perder.

—Usted ya ha hablado con Corain.

—Dice que tiene que pensarlo. Intenté hacerle comprender que no hay desventajas para él si *apoya* el pacto. ¿Qué ganará si sigue adelante con el caso? Sólo Rocher y sus locos saldrían beneficiados. Y nosotros ya hemos perdido mucho con esto. No sólo la mente. Usted me entiende, todavía estamos comprometidos en los proyectos.

—La instalación Fargone.

—Creemos que el proyecto puede funcionar. Tal vez los militares puedan usar más de lo que se había planeado.

—Eso quiere decir que el proyecto Rubin queda relegado.

—Al contrario. Todavía creemos en ese proyecto.

—¿Sin la doctora Emory? —Gorodin aspiró con fuerza—. ¿Usted cree que puede llevarse a cabo?

Nye permaneció en silencio durante un momento.

—Más —se dirigió al azi que los servía, y el hombre, gris y silencioso, se acercó y echó más bebida en las dos tazas.

Nye bebió, pensativo. Luego:

—¿Quiere detalles técnicos?

—Eso lo dejo para los científicos. Mi interés es práctico. Y estratégico. ¿Pueden seguir a partir de las notas de Emory?

—¿A quién preferiría que se hubiera duplicado? ¿A un químico que tiene un potencial extraordinario? ¿O a la propia Emory?

Gorodin tragó saliva.

—Está hablando en serio.

—Déjeme decirle una cuestión de los datos técnicos, por lo menos. El proyecto requiere un sujeto de quien se posea una gran cantidad de documentación a nivel bioquímico. No hay muchos sujetos de la calidad que queremos y que posean esa documentación. Ari y Rubin la tienen: Rubin por sus problemas de salud, Ari porque nació de Emory y de Carnath cuando los dos tenían más de un siglo de edad. Nació en los laboratorios de Reseune, claro. En un proceso que nosotros llevamos a cabo y sobre el cual tenemos informes muy precisos. Su padre murió cuando ella nació; su madre, cuando tenía siete años. Desde ese momento, la crió su tío Geoffrey. Sucedió a Geoffrey Carnath como directora de Reseune a los sesenta y dos años. Y fue el proyecto esencial de Olga Carnath, sujeto de estudio intensivo e información

registrada día a día primero por su madre y después por Geoffrey Carnath. Basta decir que su documentación es igual a la de Rubin, sino más extensa. Más que eso, Ari siempre pensó que sería una de las Especiales afectadas por este proyecto. Dejó notas abundantes para su sucesora.

—Dios mío.

—¿Por qué no? Hizo los méritos necesarios. Ahora ha desaparecido, si sus teorías son correctas, tenemos que elegir entre recuperar a un químico que, francamente, no significa nada para nosotros, o a Ari, cuya mente, no dudo en decirlo, está al nivel de las de Bok o Strehler, investigadores que han tenido un profundo efecto en la seguridad nacional. Y podemos hacerlo.

—Está hablando en serio.

—Claro que sí. No existe razón alguna para abandonar el proyecto. Hay ciertos puntos esenciales: Warrick es uno. Mire, podemos estudiar muchos de los elementos de la vida de Ari, así que tenemos muchas posibilidades de obtener éxito.

—¿Y Rubin?

—Todavía podríamos seguir con eso. Sería útil como control. Y como tapadera dentro de la tapadera, por así decirlo. No quiero el proyecto Rubin en Reseune. No quiero que afecte a nuestros planes. El nombre del juego es revivir. Control intenso, Ari estaba acostumbrada a eso, pero su sucesora no debería tener contacto directo con alguien que esté pasando por lo mismo. Tendremos que llevar a cabo las dos mitades del proyecto Rubin en Fargone.

—Quiere decir que va a hacerlo, tenga o no permiso oficial.

—Estoy buscando ese permiso. Quiero salvar a Warrick. Quiero cooperar en todo con los militares. Necesitamos el tipo de seguridad y cobertura que ustedes pueden ofrecernos, al menos hasta que podamos sacar a la nueva Ari a la luz pública. Y entonces, será un proyecto de Reseune, un proyecto absolutamente civil. Eso es útil, ¿verdad?

—Dios. —Gorodin bebió la otra mitad de su café. Y levantó la taza hacia el azi.

—Abban —dijo Nye. El azi llegó hasta ellos y llenó la taza, mientras Gorodin empleaba el tiempo en pensar rápidamente.

—¿Qué tiene que ver esto con Warrick? —preguntó entonces, con cautela.

—Lo necesitamos. Necesitamos que siga con su trabajo.

—¿A él? ¿Para reconstruirla a ella? ¿Para trabajar con las cintas de ella?

—No. Eso no sería lógico. Estoy hablando de Reseune. Recuerde que tenemos que pensar en términos de veinte, cincuenta años. Warrick es joven todavía. Sólo ahora está demostrando toda su valía. Sus investigaciones se entrelazan con las de Ari. Para ser sincero: las notas de Ari son muy fragmentarias. Ella era un genio. Hay lagunas lógicas en sus notas, daba por supuestos datos de los que Ari podía prescindir y que no necesitaba anotar. No podemos garantizar el éxito: ningún proyecto de este

tipo lo tiene asegurado. Sólo sabemos que hay mejores posibilidades con Ari, a quien conocíamos íntimamente, que con un desconocido. Ella dejó muchas cosas en código. Salta de punto a punto, sus notas son totalmente confusas, en un campo que ella misma construyó, claro. Si perdemos los datos esenciales de la vida de Ari, no podremos recuperar la vida como ella la vivió; si no tenemos cerca a ciertas personas para consultarlas, creo que nuestras oportunidades de hacer que este proyecto funcione no serán muchas. Finalmente, las notas de Ari podrían perder sentido. La matriz se pierde, ya sabe, la referencia social se hace irrecuperable. Pero ahora tenemos todo eso. Creo que podemos hacerlo. Sé que podemos hacerlo.

—Pero, de todas maneras, ¿de qué sirve todo esto aparte de recuperar a Emory? ¿Cuánta gente tendrá ese tipo de registro de su vida? ¿A qué podemos aplicarlo? No puede darnos a Bok.

—Emory misma no es despreciable. Emory, capaz de retomar el trabajo donde lo dejó, pero a los veinte años. Tal vez antes. No lo sabemos. Lo averiguaremos cuando llegue el momento. Quiero que me comprenda: lo que aprendamos al llevar a cabo este proyecto nos dirá la cantidad de datos que debemos tener para otros candidatos. Como Bok. Pero tenemos que ser muy cuidadosos esta vez. Porque si es cierto que siempre ocurre lo peor, debemos tomar todas las precauciones, recuperar todas las influencias. Conseguir a Ari de nuevo es el primer paso. Si va a haber una amplificación de su trabajo en la formación de personalidad, Ari es la clave. Ella es nuestra oportunidad. La conocemos. Podemos llenar las lagunas de la información y hacer correcciones si es necesario. No conocemos a Rubin, no hasta ese punto. Con él no tenemos la ventaja que representa Ari, ¿se da cuenta? Rubin se ha convertido en un lujo. Recuperar a Ari Emory constituye una necesidad. Podemos intentarlo solos, pero sería mucho más fácil si el Departamento de Defensa nos apoyara.

—Es decir, dinero.

Nye negó con un gesto.

—Discreción. La capacidad necesaria para retener a Warrick. La capacidad para ocultar el proyecto. Autoridad para proteger nuestras investigaciones, y a nuestro sujeto, de Asuntos Internos.

—Ah. —Gorodin respiró hondo—. Pero eso es dinero, todo es dinero al fin y al cabo.

—Podemos cumplir nuestra parte del trato si usted pone fondos en el proyecto Rubin. Pero la protección a los sujetos es imprescindible. Todo depende de este factor.

Gorodin se reclinó en la silla y se mordió el labio. Y pensó de nuevo en los grabadores.

—¿Ha hablado con Lu?

—Todavía no.

—¿No ha mencionado esto a nadie fuera de Reseune?

—No, ni pienso hacerlo. Hemos tenido una filtración en Seguridad, con el azi. Ya la hemos cubierto. No habrá otra.

Gorodin lo pensó. Civiles con sus asuntos bajo protección militar. Una filtración y Dios sabe qué más. Demasiados aficionados.

Reseune quería empezar *una* estrecha cooperación en un proyecto que, para Gorodin, maldita sea, inclinaría la balanza del poder hacia la Unión, irrevocablemente.

Ariane Emory y su experimento con un chico en Fargone le habían parecido mucho más seguros. Reseune tratando de resucitar a los muertos era... el caos; que cada uno trate de tomar la porción más grande. El todo vale.

Era una carga para el presupuesto de Defensa.

—No creo que haya problemas —dijo Gorodin—. Es simple: nos apropiamos de la instalación de Fargone. Invocamos el Acta de Secretos Militares. Podemos cubrir lo que necesite.

—No hay problema —dijo Nye—. No nos molesta eso. Mientras todo sea secreto de estado.

—Está bien —aceptó Gorodin.

—Así que lo catalogamos todo bajo la etiqueta de proyecto Rubin —dijo Nye—. Construimos la instalación en Fargone; trabajamos en el proyecto Rubin allí, bajo secreto estricto; y quedamos todavía más protegidos para el trabajo en Cyteen.

—¿Dos por el precio de uno? —Después de decirlo, a Gorodin le pareció que era una forma un poco grosera de hablar en el día del funeral de Emory. Pero, mierda, se trataba de su resurrección. No la identidad, había dicho Warrick, sólo la habilidad. Y ya eso era demasiado.

Estaba totalmente seguro de que Giraud Nye deseaba que Reseune mantuviera el control sobre el proyecto. El proyecto, es decir, un embrión en un tanque-útero y un chico que crecía en Reseune. Veinte años.

De pronto lo sumó a su edad. Tenía ciento veintiséis, y el tiempo se le iba entre los dedos. Al cabo de veinte años, serían ciento cuarenta y seis. Y Nye no era joven tampoco.

Por primera vez lo golpeaba la realidad: lo que había dicho Warrick sobre el factor tiempo en Reseune. Estaba acostumbrado a las dilaciones, en el sentido espacial de la palabra, que ciento cuarenta y seis años de tiempo en tierra serían muchos menos para él, que perdía meses de ese tiempo en días de salto en el espacio. Pero el tipo de tiempo que manejaba Reseune equivalía a una vida humana.

—Querriamos que ese segundo proyecto fuera en gran escala —continuó Nye—. Tener un estudio comparativo podría salvarnos en caso de crisis, y ya no podemos probar las teorías. La comparación nos dará las respuestas que necesitamos. No es un

lujo.

Parte del proyecto Rubin en Fargone significaba parte de los datos al alcance de Gorodin. Y era una especie de seguro. Gorodin pretendía duplicarlo todo para asegurarse: en el equipo, o en la planificación. Economía espacial. Dos de cualquier cosa nunca era demasiado.

—Hágalo —dijo—. Con ello la protección será mucho más fácil. —Estaba a punto de aclararlo con Lu y los jefes de personal. Pero todos aceptarían cualquier trato que les prometiera aquel tipo de recompensa y pusiera el trabajo de Emory a disposición de Defensa.

Defensa albergaba muchos proyectos bajo su ala. Algunos acababan siendo rotundos fracasos. Los que funcionaban pagaban por el resto.

IX

Oía pasos junto a la puerta continuamente. Eran más de los acostumbrados. Había voces. Algunas de ellas le parecían conocidas; alguien se había detenido frente a su puerta, un grupo de gente que hablaba.

Por favor, pensó Justin. Por favor. Que alguien entre. Esperó un momento. Tenía miedo. Escuchó, sentado sobre el jergón que constituía todo el mobiliario de la habitación. Apretó las manos en el espacio vacío entre las piernas cruzadas.

—Llame a Ari —seguía diciendo a cualquiera que se le acercaba—. Dígale que quiero hablar con ella.

Pero eran azi. No tenían autoridad para pasar por encima de su supervisor. Y aunque seguía pidiéndolo, el supervisor no acudía.

Lo habían llevado a una celda de suicidas, con la puerta y las paredes acolchadas, sólo un lavabo, un retrete y el jergón. La luz siempre estaba encendida. La comida llegaba en envoltorios solubles en agua no mucho más pesados que el papel higiénico, sin utensilios. Se le habían llevado la ropa y le habían dado a cambio sólo un pijama de hospital, de papel blanco. No lo habían vuelto a interrogar. No le habían hablado. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Dormía, pero estaba inquieto por la depresión y la falta de estímulos de las luces o la actividad fuera de la celda. Y los destellos, seductores y destructivos. Se negaba a dejar que los destellos le dominaran en la soledad. Se negaba, aunque debería haberlos aceptado como un consuelo.

No a mí, seguía pensando mientras intentaba mantenerse despierto, lejos de los sueños. No por mi elección. No pertenezco a ella. No voy a pensar sus pensamientos.

Ari lo tenía como rehén, pensó. Lo tenía prisionero, y tal vez también a Grant para amenazar a Jordan y conseguir que no se presentara en el Departamento con acusaciones graves. Quizá también había arrestado a Jordan. Tal vez Jordan no podía ayudarlo. Pero de todos modos, tendría que venir la policía. Y no lo habían vuelto a someter a psicotest; no podrían someter a Jordan a una prueba con drogas.

Grant era el más vulnerable. Ella usaría a Grant contra Jordan, y a él también. No lo dudaba.

Esperaba que acudiera la policía. Asuntos Internos. El Departamento de Ciencias. Cualquiera.

Esperaba que la pequeña conmoción del exterior se tratara de eso.

Pero lo había esperado antes, muchas veces.

Seguramente Grant lo había esperado. Pero en lugar de eso, había llegado Seguridad y lo había llevado a una sesión de psicotest, más preguntas, estaba seguro.

Oyó cómo se destrababa el cerrojo electrónico. Se abrió la puerta.

—Ser Nye quiere verlo —dijo uno de los dos azi; los dos de Seguridad—. Por favor, venga.

Justin se puso en pie. Sintió que le fallaban las rodillas. Avanzó hacia la luz, sabiendo que se dirigía a otra sesión de psicotest; pero al menos tendría la oportunidad de decirle algo a Giraud, al menos tendría la oportunidad de decirle algunas palabras antes de que le administraran las drogas.

Que lo dejaran caminar era lo último que esperaba. Estaba mareado, le dolían las rodillas y temblaba tanto que le resultaba difícil controlar la direccionalidad del cuerpo.

Destello otra vez. Y Florian...

Por el pasillo hacia la pequeña habitación vacía de psicotest que ya había visto antes. Llegó a la puerta abierta y se detuvo, mareado, desorientado por la sorpresa de que no fuera Giraud Nye quien lo contemplaba desde la mesa. Era un hombre robusto, de cara redonda, que durante un instante su mente insistió en convertir en la forma delgada de Giraud.

No era Giraud.

Era Denys Nye, que se levantaba de la silla con una mirada de preocupación y angustia.

—¿Dónde está Grant? —preguntó Justin—. ¿Dónde está mi padre? ¿Qué está pasando? —La voz se le quebró. Al llegar a la pequeña mesa le temblaron las piernas y se inclinó sobre el mueble ante la cara de Denys—. Tengo derecho a hablar con mi Familia, mierda. ¡Soy un menor!, ¡soy un menor, maldita sea!

—Siéntate —indicó Denys con un gesto—. Siéntate, por favor. Tráiganle algo de beber.

—¡No quiero beber! Quiero que me diga...

—Por favor —insistió Denys con sus modales apaciguadores, apenados, y volvió a pedirselo con la mano—. Por favor, siéntate. Tráiganle algo. Por favor, siéntate.

Justin se dejó caer sobre la silla. Presentía que estaba a punto de echarse a llorar. Apretó la mandíbula y respiró con rapidez hasta que recuperó el control. Y Denys se hundió en su asiento, cruzó las manos sobre la mesa frente a él y lo dejó calmarse mientras uno de los azi traía un vaso y lo dejaba sobre la mesa.

—¿Qué hay en esa bebida?

—Nada. Nada. Pobre muchacho. Maldita sea. ¿Te han dicho lo de Ari?

Eran palabras extrañas. No tenían sentido. Pasaron como un escalofrío a través de sus nervios.

—¿Qué dice de Ari? ¿Dónde está mi padre?

—Ari ha muerto, Justin.

Fue como si el mundo se derrumbara. Durante un momento, todo se desenfocó. De pronto se dio cuenta, como con un golpe, de dónde estaba. Dónde estaba, lo que le

estaban haciendo y el silencio que reinaba alrededor.

Muerta. Dicho como si no fuera una muerte natural. Como si...

... ¿un accidente de avión?

... ¿algún loco, en Novgorod?

—Jordan descubrió lo que te estaba haciendo —dijo Denys, más amable que nunca—, y la mató. La encerró en el laboratorio de frío y la mató.

Justin permaneció sentado un momento. No era verdad. No era verdad. Jordan no tenía ni idea de lo que le estaba haciendo Ari. Él lo había ocultado todo. Y Ari no estaba muerta.

Ari no podía estar muerta.

—Jordan lo admite —continuó Denys con su voz tranquila—. Ya sabes que legalmente no pueden hacerle nada. La ley no puede tocarlo, no pueden someterlo a psicotest o a algo parecido. No bajo drogas. El lavado de cerebro queda descartado. Jordie está bien. Está a salvo. Te lo juro.

Justin temblaba. Levantó la taza y derramó parte del contenido mientras se la llevaba a la boca. Volvió a hacerlo cuando la bajó de nuevo. El líquido helado le mojó la rodilla. Las cosas no tenían sentido. No conseguía que la mente le funcionara.

—¿Y Grant? Le prometí que volvería. No volví...

—Grant todavía está en el hospital. Está a salvo. Jordan fue a verlo. Jordan irá a Novgorod esta tarde. Van a hacer un trato para que se vaya de Reseune.

—¡Eso es mentira, mierda!

Estaban empezando a emplear estrategias psicológicas de tensión con él. Lo había previsto. Se levantó con violencia y se encontró cara a cara con los dos azi que se movieron para detenerlo. Se quedó quieto, petrificado. Ellos lo imitaron.

—Muchacho. Justin. Por favor, siéntate. Escúchame.

—¡Ari no ha muerto! —aulló Justin—. ¡Es mentira! ¡Mentira! ¿Qué está tratando de hacerme? ¿Qué está tratando de hacerme ella?

—Dios, muchacho, siéntate. Escúchame. Tu padre no dispone de mucho tiempo. Por favor. ¡Maldito sea mi hermano con su miedo de llevarte al hospital! Mira. Siéntate.

Justin se sentó. No tenía ninguna alternativa. Ellos podían hacerle lo que quisieran.

—Escúchame, Justin. Asuntos Internos estuvo interrogando a Jordie; tu padre le pidió a Giraud que te mantuviera al margen del asunto. No quiere que la historia salga a la luz, ¿entiendes? No quiere que te sometan a psicotest. Giraud les negó el permiso. Directamente. Y Jordan lo apoyó. Pero mi hermanito se fue a la capital y lo dejó todo tal como estaba, y ellos me aseguraron que estabas bien. —Denys suspiró. Se estiró y puso la mano sobre la de Justin, encima de la mesa—. No estás bien. Maldición, el de Giraud no fue el primer psicotest al que te sometieron durante las

últimas semanas, ¿no es cierto?

Justin arrancó la mano de debajo de la de Denys.

—¡No me toque!

—¿Quieres un sedante?

—No quiero nada. ¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero hablar con mi padre!

—No. No quieres eso. No en ese tono de voz. ¿No lo entiendes? El se va. No volverá.

Justin lo miró fijamente. No volverá...

—El Concejo elaboró un plan —explicó Denys— para darle una instalación en Planys. No podrá viajar. No podrá hablarte por teléfono durante un tiempo. No quiero que lo pongas nervioso, hijo. Tiene que enfrentarse a una audiencia del Concejo mañana. Tiene que ir sereno. ¿Me oyes? Es muy importante.

Era verdad.

Había sucedido. Justin observó los ojos preocupados de Denys Nye con la sensación de que el mundo se había convertido en un caos y que iba a salir de él bajo una forma nueva y terrible que no incluiría a nadie que él amara.

—¿Quieres el sedante? Nada de trucos, Justin. Te lo juro. Sólo para que puedas descansar antes de hablar con él.

Justin tembló. Y se controló.

—No —dijo—. Quiero vestirme. Quiero asearme.

—Claro. —Denys le palmeó la mano—. Puedes usar la ducha del pasillo. Les dije que te trajeran la ropa. Justin asintió.

—Voy a hacer que Petros te examine.

—No.

—Cuando termines con esto. Cuando te sientas seguro de que todo está bien. Nadie te va a tocar, Justin. Ya has sufrido bastante, por Dios. ¿Tienes destellos?

La pregunta disparó uno. O el recuerdo, simplemente. Eso le avergonzó. Como una parte oscura y retorcida de sí mismo que siempre se parecía mucho a Ari. Que había aprendido que los actos de Ari eran buenos, mierda. Nunca permitiría que un técnico psíquico revolviere esa parte. Nunca querría que Jordan lo supiera, nunca querría que en su rostro se reflejara lo que ocurría en el lado oscuro de su mente. Y tal vez todos lo sabían.

Ari había dicho que tenía imágenes, y si Ari estaba muerta, los investigadores de la Casa las tenían. Lo tenían todo.

La única dignidad que le quedaba era dejar de notar que los demás lo sabían o admitir la verdad ante ellos.

—Escúchame, hijo. —La mano de Denys volvió a cerrarse sobre la suya. Era suave y cálida, y cualquier contacto humano le afectaba ahora terriblemente—. Hijo, no puedo disculpar a Ari por lo que hizo. Pero había otras cosas en ella...

El se apartó.

Comprendió que Denys sabía lo que estaba pasando. Vio el pensamiento en los ojos de Denys y trató de no ruborizarse.

—... además de lo que tú quieres creer —terminó Denys—. Yo lo sé. Oye. Óyeme. Fíjate bien en esto, ¿de acuerdo?

—Bien. Le sigo.

—Buen muchacho. Oye ahora. Jordie está encubriendo todo el asunto, por nosotros y por ti. Está mintiendo a la prensa y al Concejo. Les dice que lo hizo porque Ari no quería concederle el permiso. Les da todas las razones del mundo excepto la verdadera, y ellos no pueden someterlo a psicotest. Tienes que entender, Justin, tú eres... eres él, tanto como eres su hijo. Eso da mayor importancia a cualquier cosa que haya pasado entre tú y Ari. Y eso lo llevó, lo llevó al límite. Era un asunto muy antiguo entre él y Ari. Él entiende lo que te pasó. Sí. Supongo que me comprendes. Y te ama mucho. Pero parte de eso es su propio orgullo. ¿Entiendes? Los que trabajamos entre estas paredes sabemos lo retorcido y complicado que puede ser el amor de un padre o de una madre, y ella lo empujó demasiado, lo provocó demasiado. Todo lo que él ama ha desaparecido, excepto tú. Y tú puedes llevarte lo que le queda si vas a verlo con las emociones a flor de piel. Quiero que te controles. Que se vaya tranquilo. Que vea a su hijo en buen estado. Por él.

—¿Por qué no me dejan ir con él?

—Porque eres menor de edad. Por los tratos con Seguridad. Porque no logré que Giraud lo aceptara, te lo digo sinceramente. Seguridad, me dicen.

—¡Mentira!

—Oye, hijo. Voy a intentar que puedas tener privilegios de Seguridad y visitarlo. No ahora mismo. Tal vez no este año. Pero el tiempo y la tranquilidad van a hacer mucho por ti. Están muy asustados, temen que haya una conspiración, por el lío de Winfield–Kruger, quiero decir.

Dios, Dios. Culpa mía. Culpa mía.

—No pueden pensar que Jordan estaba metido en eso. Giraud hizo el psicotest. ¡Que lo pase de nuevo! Juro que él no sabía nada de nada.

—Desgraciadamente, hijo, eso es exactamente lo que Jordie quiere impedir: que te veas involucrado en la investigación. Éste humo oculta un fuego. Lamento decir que Jordie se encontraba con un hombre llamado Merild, que tenía contactos que llegan a rincones muy oscuros. También tuvo citas secretas con determinados centristas muy encumbrados que están relacionados con Ianni Merino, el abolicionista. Y Rocher se destapó con una afirmación muy fuerte sobre la muerte de Ari que Merino no terminó de repudiar. Hay gente muy asustada en el gobierno, asustada por las investigaciones, temerosa de quedar manchada por asociación. Asuntos Internos pidió a Grant. Giraud tuvo que someterle a psicotest para dejarlos

satisfechos.

—Dios mío...

—Tuvo que hacerlo. Te lo aseguro, hijo. Pero podrían haber sabido mucho más a través de ti. Justin, las olas que ha desatado la muerte de Ari son enormes. No puedes imaginarte hasta qué punto. El gobierno está en crisis. Hay carreras y vidas bajo amenaza. Existe una convicción casi universal de que todo este lío tuvo que ser político; de que las razones por las que ha cambiado la vida de todos no pueden ser sólo un científico insatisfecho que le rompió la crisma a Ari. Es humano pensar eso. Y el testimonio de Jordie, el hecho de que no puede declarar bajo psicotest, el hecho de que eliminaran a Catlin y a Florian por una especie de orden póstuma de Ari, hace que crean... Sí. Y van a creerlo. La gente presiente que algo está pasando. Quieren creer que algo está pasando. Crimen pasional, cometido por un diseñador de cintas. La gente siente escalofríos cuando le hablan de esto. Se supone que somos totalmente racionales. Jordie va a tener que llevar a cabo la mejor de sus actuaciones psicoanalistas frente al comité del Concejo, la mejor de su vida. Y por su bien, cuanto más tranquilas estén las cosas durante los próximos años, mejor. Debes ser paciente. Jordie tiene amigos. No es viejo. Cuarenta y seis no son muchos años. Puede sobrevivir a este furor, si no haces algo que arruine todo lo que preparamos.

Justin encontró el aire que necesitaba para respirar. Trató de pensar en lo que había dicho Denys. Trató de pensar en qué era lo mejor para su padre y en lo que su padre querría. Trató de no pensar. ¡Ah, Dios, no!, eran sus propios errores los que habían provocado toda la situación.

—¿Puedes controlarte? —le presionó Denys.

—Sí. Estoy bien. ¿Y Grant?

Dios, podrían lavarle el cerebro. ¡Florian muerto! ¡Y Catlin!

—Giraud te lo va a asignar de nuevo. Ya no le pasaban cosas buenas. No lo creía. No confiaba en ellos.

—Ya lo ha hecho —continuó Denys— porque yo firmé los papeles. Termina este asunto con Jordan y podrás llevártelo del hospital. ¿Quieres el sedante, hijo?

Justin meneó la cabeza. Porque Jordan se daría cuenta si había drogas. Siempre sabía lo que le pasaba. Sí, por supuesto. Esperaba que...

Esperaba poder evitar los destellos si Jordan lo abrazaba. Hasta este punto habían llegado las cosas. Eso era lo que Ari le había hecho. Estaba perdiendo a su padre. No iba a verlo nunca más. Y ni siquiera podía decirle adiós sin sentir las manos de Ari tocándole.

—Estoy bien —dijo. Si no podía mentir a Denys y hacerlo creíble, tampoco podría engañar a Jordan. Tenía que empezar en aquel mismo momento a controlarse o no lo lograría.

X

Mikhail Corain miró al ayudante que había dejado la ficha sobre su escritorio.

—¿De Dell? —preguntó.

El ayudante asintió.

Corain hizo un gesto con la mano para despedir al ayudante, puso la ficha en el visor del escritorio y conectó la pantalla.

Dell Hewitt era miembro de Asuntos Internos. Era centrista y amiga de Ginny Green, la candidata centrista de Asuntos Internos en la última elección. Y, en aquellos tiempos agitados por investigaciones y comités que revolvían todos los rincones oscuros de Novgorod, había puesto más que su carrera en juego con lo que había dejado saber a Yvonne Hahner, que lo comentaría a Dellarosa en su equipo (y ella lo sabía). Tanto como enviarlo personalmente.

En cuanto a los azi Catlin y Florian no hay conclusión. Tal vez se ordenó la eliminación al margen del sistema. Tal vez dentro, por personas desconocidas. Tal vez Ariane Emory la ordenó porque no quería que los sometieran a psicotest. Quizá pensó que sería más humanitaria. Tal vez fue una especie de pacto de muerte que los azi mismos habían pedido. Reseune dice que se habrían visto muy afectados por la idea de perderla. Además, la entidad afirma que pertenecían a Seguridad, pero que tenían una fijación con Emory. Eran capaces de dañar a Reseune a favor de ella, de manera que el reentrenamiento hubiera resultado difícil o imposible si se deseaba evitar el lavado de cerebro, que la edad de los azi prohibía ese procedimiento. Giraud Nye se niega a abrir los libros de sus psicogrupos. La orden vino con el código personal de Ariane Emory, esto es cierto. Giraud cita consideraciones de seguridad cuando se niega a permitir que Asuntos Internacionales examine los ordenadores.

Corain se tomó el café mantenido a temperatura por el calentador del escritorio. Doscientos cincuenta cred el medio kilo. Eran placeres bien cortos. Pero todo hombre debía darse algunos lujos, sobre todo uno que había sido un granjero en un lugar apartado la mayor parte de su vida.

Todo eso eran noticias viejas. Estaba desilusionado. Pensó en la larga lista de acciones que Reseune se había negado a permitir que hicieran los de Asuntos Internos y leyó las justificaciones legales. El personal legal de Reseune estaba ganando punto a punto. Y Asuntos Internos, en el nivel más alto de la Administración, no contestaba.

Y luego:

Asuntos Internos está investigando el rumor que corre en Reseune de que existían ciertos grupos genéticos que fueron controlados pero no almacenados. Eso significa

que alguien pudo duplicar grupos genéticos que no deberían existir...

¿Cosa de los azi? Dios, se puede obtener un grupo genético de una muestra de sangre. De cualquier cosa. ¿Por qué robar uno de Reseune?

... como material de Experimentales y Especiales que de otro modo no puede obtenerse.

Robar grupos genéticos reales preparados para ser usados por Reseune requiere criogenia, lo cual puede detectarse en el cargamento a menos que se omita directamente en la declaración. Sin embargo, la lectura digital de un grupo genético es otra cuestión. Reseune, en la persona del administrador Nye, niega que exista tal actividad o que se haya dejado escapar documentación sin un informe al respecto.

También corre el rumor entre el personal de que se practican eliminaciones sin automatización. Reseune está bloqueando esta investigación.

Corain se mordió el labio. Y pensó: No quiero saberlo. No ahora. La situación está demasiado delicada. Dios mío, si esto llega a la calle todos los pactos se irán al garete.

Una nota final de Dellarosa:

¿Y si Emory estaba manipulando los grupos genéticos en persona? ¿O lo ordenó? ¿De qué vale un Especial para alguien que tiene acceso a un laboratorio de nacimientos?

Votos. Un sillón en el Senado. Apoyo del poder monetario. Corain tomó un trago de café. Estaba sudando.

La evidencia física sufrió daños por tratamiento inexperto en manos de la policía de Moreyville. Ciertas superficies en el laboratorio exterior y el laboratorio de frío muestran las huellas digitales de Jordan Warrick, las de Emory, las de los ayudantes azi, las de otros usuarios regulares del laboratorio, y las de un número de estudiantes que han venido a hacerse la prueba. La puerta también tiene esas marcas. La policía de Moreyville, que realizó la investigación preliminar, no tenía rastreadores de presencia. Más tarde las lecturas pierden sentido por la presencia de la policía y los residentes en el laboratorio. Se leyeron los informes de las puertas de seguridad y se corroboraron las idas y venidas que se habían anotado en los testimonios verbales. Y de nuevo, Reseune impide que los técnicos de Asuntos Internos accedan a los ordenadores.

La autopsia afirma que Emory murió por congelación, que la fractura de cráneo contribuyó a esa muerte por el hecho de que probablemente la víctima estaba inconsciente en el momento de la ruptura del conducto. Sufría de un fallo muy menor de la rejuv y tenía artritis en la rodilla derecha y un asma no muy grave; sus médicos sabían todo esto. El único resultado inesperado fue la presencia de un pequeño cáncer en el pulmón izquierdo, localizado, pero desconocido por su médico en el momento de la muerte. Era de un tipo raro, pero menos raro entre los primeros

pioneros de Cyteen. El tratamiento habría sido la cirugía inmediata con quimioterapia posterior.

Ése tipo de cáncer responde al tratamiento, pero suele reaparecer y la prognosis combinada con otros problemas inmunológicos debidos a las dificultades en la rejuv habría dado muy mal pronóstico.

Dios.

De todos modos, se estaba muriendo.

XI

Justin respiró hondo unas cuantas veces para controlarse mientras avanzaba por el pasillo junto a Denys. Se había duchado, afeitado y llevaba su ropa de siempre, suéter azul, pantalones marrones. No temblaba. Había pedido tres aspirinas y se había asegurado de que eso era lo único que le administraban antes de tomárselas. Como tranquilizante era suficiente para calmarle los nervios, dado su estado de agotamiento.

Jordan parecía bien. Claro que sí. Jordan era así.

Dios, no puede haberla matado. No puede haberlo hecho. Le han obligado a decirlo. Alguien miente.

—Hola, hijo.

No era una de las pequeñas habitaciones frías de los interrogatorios. Era una oficina administrativa. Denys no iba a dejarlos solos. Se lo había explicado antes. Los azi también estaban presentes. Y había un grabador funcionando porque nadie confiaba en nadie y querían probar a los investigadores que no había sucedido nada en la entrevista.

—Hola —respondió Justin. Y pensó que debía ir y abrazar a su padre en un momento como ése, frente a todos los que después verían la cinta pero, mierda, Jordan no le facilitaba las cosas. Su padre tenía un aspecto reservado y tranquilo, y tenía cosas que decirle. Quería poner ciertas cosas en orden. Justin sólo tenía que despedirse. Y además era cuanto le permitirían decir. Cualquier otra cosa, cualquiera, podría ser un error que terminaría grabado en esa cinta y complicaría más la vida de todos.

Cosas como: Lamento haber tratado de arreglármelas sólo con Ari. Lamento no habértelo dicho. Lamento que tuvieras que enterarte por boca de otros.

Todo es culpa mía. Todo.

No nombres a Grant, le había advertido Denys. No lo nombres. Los comités querrán averiguar cosas sobre él si lo haces. Mejor será si se olvidan de que existe.

—¿Estás bien? —le preguntó Jordan.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Hijo, yo... —A Jordan le temblaba la boca.

Dios, va a perder el control. Frente a todos.

—Me lo han contado todo. No tienes que añadir nada. Por favor.

Jordan respiró hondo y se relajó de nuevo.

—Justin, quiero que sepas por qué lo hice. Ari ejercía una influencia que este mundo no necesitaba. Lo hice como cuando uno arregla una cinta defectuosa. No tengo remordimientos. Nunca los tendré. Fue una decisión totalmente lógica. Ahora

otro se ocupa de dirigir Reseune y yo consigo el traslado que quería, a un lugar en donde no tendré a Ari detrás de mí, cambiándome los diseños y usando su nombre en trabajos que yo hice y ella cambió a su gusto. Soy libre. Lo que lamento es que todo haya estallado de esta forma. Soy mejor científico que lampista. Eso es lo que dicen los investigadores. Subí la presión y eso apareció en los informes del monitor.

La ira había estado allí desde el comienzo, una ira auténtica, profunda, poderosa. Al final se enfrió. Se convirtió en un recital, un papel aprendido, un acto que estaba pensado para que pareciera un acto. Justin agradeció aquella frialdad cuando Jordan le lanzó la pelota.

Sé por qué lo hiciste, estuvo a punto de decir, luego pensó que eso podía salir mal. Y dijo en cambio:

—Te quiero.

Y casi perdió el control. Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar. Vio que Jordan también tenía la mandíbula rígida.

—No sé si me dejarán escribirte —dijo Jordan.

—Yo te escribiré.

—No sé si me darán las cartas. —Jordan logró reírse un poco—. Piensan que podemos pasarnos mensajes en cosas como *hola, ¿qué tiempo hace por ahí?*

—De todas maneras, te escribiré.

—Creen... creen que hay una conspiración, mierda. No es cierto. Te lo juro, hijo. Nadie lo sabía y nadie debía enterarse. Pero fuera tienen miedo. La gente considera a Ari una persona política. Ésa es la importancia que le dan. No ven en ella a la científica. No entienden lo que representa que alguien coja tu trabajo y lo retuerza, le dé la vuelta. No entienden que se violó una ética.

Se violó una ética. Dios. Está actuando para las cámaras. Lo primero era un discurso para el comité, pero lo último es un mensaje para mí. Si sigue con eso, lo van a atrapar.

—Te quiero —dijo Jordan—. Más que a nada en el mundo.

Y extendió los brazos. Listo. La obra se terminaba. Los actores debían abrazarse. Ahora quedaba bien llorar un poco.

Ya no volvería a ver a Jordan. Ni a saber de él.

Tal vez nunca más.

Cruzó el pequeño espacio como un autómata. Se abrazaron durante mucho rato. Un largo rato. Justin se mordía el labio porque sólo el dolor lo mantenía centrado. Jordan lloraba. Justin sentía los sollozos, a pesar de que eran silenciosos. Pero tal vez eso ayudaría en el caso Jordan. Tal vez habían actuado bien ante las cámaras. Deseaba poder llorar. Pero por alguna razón estaba como anestesiado, excepto por el dolor y el sabor de la sangre.

Jordan había llevado demasiado lejos la comedia, se había mostrado demasiado

frío, demasiado peligroso. No debería haber sonado así. Tal vez pondrían esa cinta en las noticias. La gente le tendría miedo. Tal vez pensarían que estaba loco. Como los Alfas que rebasan los límites. Como el clon de Bok. Tal vez eso lo separaría de su trabajo.

Casi gritó: *Está mintiendo. Mi padre está mintiendo.* Pero Jordan lo abrazaba. Jordan había hecho exactamente lo que quería. Jordan no había estado encerrado en una habitación durante una semana. Sabía lo que pasaba en el mundo, había estado en contacto con los investigadores. Jordan estaba llevando a cabo su papel, jugaba con la psicología de todos ellos, nada más. Se presentaría ante ese comité del Senado y conseguiría el mejor trato posible, y tal vez eso evitaría que la cinta apareciera en las noticias porque el trabajo de Jordan era muy importante para Defensa y los militares podían silenciar lo que quisieran.

—Vamos —dijo Denys.

Jordan lo dejó ir, lo dejó salir de la habitación. Justin se fue con Denys.

Y después, lloró. Se apoyó contra la pared junto a la puerta que acababa de cerrarse y lloró hasta que le dolieron las entrañas.

XII

Había pensado que ya no habría sorpresas.

Pero Petros Ivanov fue a su encuentro en la entrada del hospital, lo separó de la escolta de Seguridad y lo llevó hasta la habitación de Grant.

—¿Cómo está? —preguntó Justin antes de entrar.

—No está bien —dijo Ivanov—. Quería que lo supieras.

Ivanov le dijo otras cosas: que habían tenido que someterlo de nuevo a psicotest y que estaba en estado de shock, que lo sacaban al jardín todos los días en una silla, que le hacían masajes y lo bañaban. No le daban tratamiento porque Denys les decía que vendría Justin ese día y el siguiente y luego el otro, y tenían miedo de someterlo a otro psicotest porque había llegado al borde del abismo, y pensaban que tal vez podía haber palabras-código ilegales, palabras que no estuvieran en el informe psíquico.

—No —espetó antes de empujar la puerta. Y quería matar a Ivanov. Quería golpearlo hasta convertirlo en una pulpa roja y luego atacar al personal y a Giraud Nye para matar varios pájaros de un tiro—. No. No hay palabras-código. Maldita sea, yo le prometí que volvería. Estaba esperándome.

Grant seguía esperando.

Estaba peinado y parecía cómodo a menos que uno supiera que no se movía por sí solo. A menos que uno supiera que había perdido peso y que tenía la piel demasiado transparente, a menos que uno viera el vacío en sus ojos y le tomara la mano y advirtiera la ausencia de tono muscular.

—Grant —dijo Justin, sentándose al borde de la cama—. Grant, soy yo. Todo está bien. Grant ni siquiera parpadeó.

—Váyase —le dijo Justin a Ivanov con una mirada por encima del hombro. Ni siquiera trató de mostrarse cortés.

Ivanov se fue.

Justin se movió y deshizo con cuidado las correas que ataban a Grant. Estaba más tranquilo de lo que hubiera creído. Levantó el brazo de Grant y se lo puso sobre el regazo para hacerse un lugar donde sentarse y levantó un poco la cabeza de la cama. Luego se agachó y con dos dedos alrededor de la mandíbula de Grant, le volvió la cara hacia él. Era como mover un maniquí. Pero Grant parpadeó.

—¿Grant? Soy Justin.

Otro parpadeo.

Dios, había supuesto que Grant habría cruzado el umbral. Había pensado que encontraría un cadáver medio muerto y que no le quedaría más remedio que eliminarlo. Estaba preparado para eso, en cinco minutos, en el tiempo que llevaba

recorrer el camino desde la primera puerta hasta la habitación de Grant, había pasado desde la esperanza de recuperar a Grant hasta la idea de perderlo. Ahora había completado el círculo.

Estaba asustado. Él estaría a salvo si Grant moría.

*¡Dios! ¡Me odio por pensar así! ¿Dónde he aprendido a pensar de esta forma?
¿Dónde he aprendido a ser tan frío?*

¿Será un destello?

¿Qué me hizo esa mujer?

Sintió que se dividía, sintió la histeria alzándose en él como la marea; y Grant no tenía que ver eso. Le temblaba la mano cuando cogió la de Grant. E incluso entonces recordó el apartamento de Ari, el aspecto de la habitación. Empezó a hablar para distraerse, sin saber lo que decía; no quería que asomara de nuevo la idea que le había pasado como un destello por la mente, como si fuera la de otra persona. Sabía que no podría volver a tocar a la gente sin sentir el contacto como algo sexual. No podría abrazar a un amigo. O a su padre. Seguía acordándose, día y noche; y sabía que era peligroso amar a alguien con la sordidez que reinaba en su mente, porque siempre estaba pensando cosas que horrorizarían al que se enterara.

Y porque Ari tenía razón, cuando se amaba a alguien, Ellos podían usarlo contra ti como habían hecho con Jordan. Grant era su punto vulnerable. Claro. Por eso le habían dejado tenerlo de nuevo.

Ahora ya no estaba solo. Algún día Grant lo dejaría expuesto frente a sus enemigos. Tal vez provocaría su muerte. O peor, quizá le haría lo mismo que él había hecho con Jordan.

Pero hasta entonces, no estaría solo. Hasta entonces, durante unos años, tendría algo que consideraba precioso. Hasta que Grant descubriera la sordidez que se ocultaba en él. O incluso después de que lo averiguara. Grant, que era azi, podía perdonarlo todo.

—Grant, estoy aquí; te prometí que vendría. Estoy aquí.

Tal vez para Grant todavía era aquella noche. Tal vez podía volver a ese momento y empezar de nuevo a la mañana siguiente.

Otro parpadeo, y otro.

—Vamos, Grant. Basta de tonterías. Los has engañado. Vamos. Apriétame la mano. Puedes hacerlo.

Los dedos se tensaron. Un poquito. El ritmo de la respiración se aceleró. Justin sacudió un poco a Grant, se estiró y le puso un dedo sobre la mejilla.

—Oye. ¿Me sientes, verdad? No voy a sacarlo. Soy yo, maldita sea. Quiero hablarte. Escúchame.

Los labios adquirieron tono muscular. Luego se relajaron de nuevo. La respiración se hizo difícil. Varios parpadeos rápidos.

—¿Me oyes?

Grant asintió.

—Bien. —Justin temblaba. Trató de controlarse—. Tenemos un problema. Pero tengo permiso para sacarte de aquí si puedes despertarte.

—¿Ya ha amanecido?

Justin respiró con rapidez, pensó en decir que sí, luego pensó que la desorientación era peligrosa para Grant. Que Grant estaba preocupado. Que Grant podría resentir una mentira.

—Ha pasado un poco más de tiempo. Ha habido problemas muy graves. Te lo explicaré después. ¿Puedes mover el brazo?

Grant lo movió, un poco. Después, levantó la mano.

—Estoy débil. Muy débil.

—De acuerdo. Te llevarán en el autobús. Podrás dormir en tu cama esta noche si me demuestras que eres capaz de sentarte.

El pecho de Grant se elevó y se hundió con rapidez. El brazo se movió, se arrastró, cayó a su lado como algo muerto. Inspiró e hizo un movimiento convulsivo con todo el cuerpo, levantando los hombros sólo lo suficiente para que la almohada se deslizará antes de caer de nuevo.

—Casi lo consigues —dijo Justin.

La comida tenía un gusto extraño. Demasiado fuerte. Hasta el cereal mojado le formaba una bola y hacía que le dolieran las mandíbulas. Comió casi la mitad del tazón, alimentado por Justin en la boca, e hizo un movimiento con la mano.

—Basta...

Justin parecía preocupado cuando él rechazó el resto del tazón.

—Es mucho para mí —dijo Grant. Hablar también representaba un esfuerzo, pero Justin parecía muy asustado. Grant se estiró y puso la mano sobre la de Justin porque eso resultaba mucho más fácil que hablar. Justin todavía lo miraba con los ojos llenos de angustia. Y Grant deseaba poder evitarle ese dolor, lo deseaba con toda el alma.

Justin se lo había contado todo la noche anterior, se lo había largado cuando todavía estaba mareado y exhausto, porque:

—... así es como me lo dijeron a mí, y creo que duele menos cuando estás aturdido.

Grant y Justin habían llorado juntos. Y Justin estaba tan cansado y tenía tan pocas ganas de dejarlo que se había estirado en la cama de Grant, sobre la colcha, todavía vestido, y se había dormido.

Grant había luchado para ponerle encima las mantas, pero al no encontrar las fuerzas lo había dejado donde estaba y se había acercado de nuevo.

Y se había quedado allí, con la sábana sola y con mucho frío hasta que Justin se

despertó en la mitad de la noche y le consiguió una manta y lo abrazó y lloró sobre su hombro mucho, mucho rato.

—Te necesito tanto —había dicho Justin.

Tal vez porque era azi, tal vez porque era humano, no lo sabía, pero ésas eran las palabras más importantes que le había dicho a él en su vida. Había llorado también. No sabía por qué, excepto que Justin era su vida. Justin lo representaba todo para él.

—Yo también te necesito —le había dicho a su vez Grant—. Te quiero.

En la oscuridad. En las horas anteriores al amanecer. Cuando la gente decía cosas que eran demasiado verdaderas para afirmarlas a la luz del día.

Justin se había quedado dormido a su lado otra vez. Grant se despertó primero y se quedó quieto mucho rato, contento de saber que Justin estaba allí. Hasta que Justin se despertó, se levantó y le pidió disculpas por haber dormido allí.

Como si Grant no hubiera querido que durmiera allí toda la noche. Como si Justin no fuera lo más importante del mundo para él, lo único que le daba seguridad. Lo único por lo que hubiera hecho cualquier cosa.

El único al que amaba así; y sabía que nunca podría amar de esa forma a ninguna mujer, a nada que jamás hubiera deseado.

XIII

—El grupo de Ari es positivo —informó a Giraud Nye la voz del laboratorio, y él exhaló un hondo suspiro de alivio.

—Fantástico. En serio, fantástico. ¿Cómo están los otros dos?

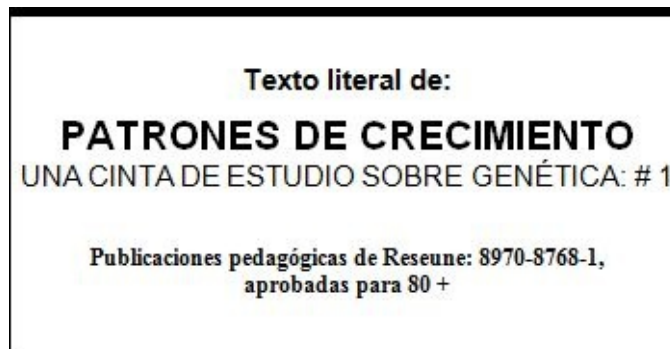
—Los dos positivos. Tenemos a los tres en los tanques.

—Maravilloso.

Schwartz cerró el contacto. Giraud Nye se retrepó con un suspiro.

Había nueve tanques-útero activos en el proyecto Rubin. Triple redundancia de todos los sujetos, a pesar de las ruidosas quejas de Strassen. No era habitual que Reseune siguiera aquel procedimiento en las réplicas CIUD; si un grupo no se implantaba o tenía algún problema, sólo llevaba unas semanas empezar todo el proceso de nuevo, eso era todo, y quien fuera a recibir la réplica podía esperar, a menos que esa persona estuviera dispuesta a pagar el doble de un precio ya astronómico para tener una redundancia, un apoyo. En el caso de la creación por contrato de grupos azi o de un proyecto privado, la norma habitual era uno extra por cada par, y el extra se vaciaba a las seis semanas.

Ésta vez iban a tener nueve tanques en funcionamiento durante tres semanas, y seis durante otras seis, antes de hacer la selección final y vaciar los demás apoyos. Reseune no quería correr riesgos.



Cualquiera que haya utilizado una cinta con drogas conoce la almohadilla sensora. Las máquinas más sencillas de uso doméstico tienen un sensor cardíaco unidireccional, una almohadilla simple que los monitores usan para controlar el pulso. Todas las cintas, sean informativas o de entrenamiento, si se toman con un catafórico, pueden producir tensión emocional severa en los puntos donde el contenido dispara el recuerdo o la empatía. Al experimentar la obra clásica Otelo, por ejemplo, un individuo, que ve una actuación cualquiera y la relaciona con su propia experiencia vital, puede sentir empatía hacia determinado personaje hasta un punto que ninguna cinta de producción masiva puede anticipar.

Éste espectador sufre la tensión que conlleva el drama. El ritmo cardíaco aumenta. El sensor lo registra y lo transmite a los circuitos del monitor de la máquina. Si se eleva más allá del nivel establecido por el técnico de la cinta, ésta pasará automáticamente a otro programa, una pequeña cinta sin fin que ofrece sólo música y sonidos relajantes.

Éste chico ha llegado a una clínica de aprendizaje para adquirir una habilidad en particular, en este caso, una mejora en su habilidad de escritura. A medida que tensa los músculos de la mano y los del brazo, los expertos dedos de su técnico clínico localizan los músculos y colocan con precisión las almohadillas numeradas sobre la piel. Se aplican más en los músculos alrededor del ojo. Otras se sitúan debajo del brazo, sobre el corazón y sobre la arteria carótida.

Las pequeñas cintas grises tienen dos contactos ya que esta máquina, mucho más avanzada, cuenta con un lazo de biorrealimentación. Los números de las almohadillas corresponden a los que el técnico lee en el manual de la cinta. Para este tipo de cinta de motricidad fina no es necesario que el técnico sea un psicoterapeuta con titulación. Cuando el técnico fija las cintas a la piel sobre los músculos indicados en el manual, la máquina puede registrar la actividad de un músculo individual o un grupo muscular y enviar inmediatamente un impulso o no enviarlo.

Una mujer que ya ha adquirido habilidad de escritura tiene sensores idénticos y realiza su ejercicio. Las acciones de sus músculos se graban y ésta es la información final que llevará la cinta.

El joven estudiante está un poco nervioso mientras espera que el catafórico surta efecto. Es su primera experiencia con una cinta acompañada de drogas. El técnico lo tranquiliza y le dice que el efecto es muy parecido al de las cintas de entretenimiento. Las almohadillas resultan incómodas, pero sólo al principio. La droga hace efecto y el técnico se asegura de que el muchacho está preparado. El técnico lo tranquiliza. En un momento determinado, a través de la función entrada-salida de las almohadillas, el muchacho siente la acción del músculo de la persona que ya tiene la habilidad cuando ella levanta el lápiz y empieza a escribir. Experimenta el éxito de esa acción, ve la forma de las letras, siente los movimientos pequeños y precisos de la mano y los dedos, y la relajación de la mujer que escribe.

Puede llevar muchas sesiones, pero la mejora es evidente desde el comienzo, cuando el muchacho escribe el ejercicio que realiza apenas se despierta. Levanta el lápiz con facilidad y comodidad, ya no aprieta los dedos con fuerza y su postura general ha mejorado al encontrar el punto exacto sobre el que apoyar la mano. Está sorprendido y feliz con el resultado. Practicará el ejercicio varias veces durante el día, para reforzar el aprendizaje. Lo repetirá después del desayuno y muchas veces al día siguiente. Su práctica entusiasta fundará la costumbre. Tal vez repita la cinta hasta que él y sus padres estén satisfechos con el resultado.

Éste azi de clase Beta está asignado a las fuerzas especiales. Permanece de pie, paciente, tensando los músculos de la espalda cuando el técnico se lo pide. Cierra los ojos, evidentemente aburrido por el procedimiento que causó tanta ansiedad al joven estudiante. Desea que llegue el momento de la cinta, pero la habilidad que está adquiriendo requiere todo el cuerpo. Ha pasado por esto dos veces al mes durante la mayor parte de su vida y considera que las almohadillas de biorrealimentación son más importantes que el catafórico. Ha adquirido la habilidad mediante la enseñanza por cinta: su concentración es mucho más apta que la del estudiante. Conoce los nombres de los músculos, sabe cómo colocarse él mismo las almohadillas y realiza mucho estudio voluntario en los cuarteles, bajo una dosis de catafórico apenas superior a la que usted usa en su casa para una cinta de entretenimiento, porque ha aprendido a ponerse en situación de aprendizaje sin el uso de la droga.

Al final del mes, recibe otro tipo de cinta, que nunca se administra a los ciudadanos: es una experiencia muy privada que no puede describir en palabras porque consta de una gran parte no verbal. La llama «cinta buena». El término que por lo general se oye en Reseune es «cinta de recompensa».

La mujer que le administra la cinta no es técnica. Es una supervisora Beta calificada y usa una máquina mucho más compleja. Ésta tiene una conexión que le permite analizar la sangre recibida e inyectar elevadores naturales anímicos, procedimiento que sólo se utiliza en la población general cuando hay que realizar un ajuste psíquico profundo.

Para el azi, que ha usado este tipo de cinta toda su vida, constituye una experiencia placentera que valora más que cualquier otra recompensa otorgada por el servicio. Es una experiencia interior y profunda.

A diferencia de lo que ocurre en una intervención con un paciente ciudadano, que depende mucho de la habilidad investigadora del psicólogo para adaptar una cinta, ésta tiene un objetivo concreto, preparado por los mismos diseñadores que fabricaron el grupo psíquico del azi. Tiene una exactitud virtualmente imposible de aplicar a un paciente no azi, cuya vida ha sido formada por experiencias no registradas ocurridas en un mundo azaroso. Éste azi, protegido desde el nacimiento, cuyo psicogrupo fue provisto por cinta, es un ente mucho más conocido, incluso después de haber servido en las fuerzas armadas y vivido con ciudadanos que nacieron normalmente.

Todos los que tuvieron autoridad sobre él estaban especialmente entrenados para tratar a los azi. Ningún supervisor de azi puede levantar la voz cuando da las órdenes. La regla de la disciplina es otorgar una recompensa o negarla; y la confianza entre este hombre y cualquier supervisor psíquico es más profunda que la que hay entre un padre o una madre y su hijo. Que ésta sea una supervisora diferente de la que le trató el mes anterior carece de importancia para el azi. Después de comprobar que posee el título que la capacita para su trabajo, confía absolutamente en ella.

Los que trabajan por primera vez con azi no socializados generalmente afirman sentir una tendencia a hablar en susurros y que se sienten cohibidos por el lazo emocional que los azi están dispuestos a darles.

Confían demasiado en mí, es la queja casi universal.

Pero este hombre es un soldado y trabaja regularmente con ciudadanos que no tienen licencia. Ha desarrollado defensas emocionales y puede interactuar libremente con sus compañeros ciudadanos. Su oficial superior ha seguido un curso de entrenamiento y ha superado un examen que lo califica para manejar azi, pero no tiene licencia y trata a este hombre exactamente igual que a los demás subordinados. Simplemente, sabe que si este hombre solicita la consulta con un asesor, debe

permitírsele inmediatamente, y que si el azi requiere la intervención de un supervisor Beta, debe sedarlo y enviarlo al hospital sin demora, porque a pesar que los azi raramente presentan problemas y sus defensas emocionales por lo general son tan fuertes como las de un ciudadano, el psicogrupo de estos hombres no se ha construido a través de la experiencia, sino por instrucción, y las defensas no son una red de seguridades sociales como en el caso de una mente humana normal. Cuando un azi siente que ese escudo se ha debilitado, es vulnerable frente a todos los que lo rodean. Ha entrado en algo muy parecido a la situación de aprendizaje inducida por el catafórico, un estado en el cual disminuye progresivamente su capacidad de rechazar los estímulos que recibe. El resultado es muy semejante al que se produce al tomar un catafórico en una habitación atestada de gente: una sensación intensamente incómoda y potencialmente peligrosa para el azi.

La cinta que este hombre está disfrutando resulta más que placentera para él. Reafirma sus valores y refuerza su autoestima. En este momento confía plenamente en sí mismo. Experimenta lo que ningún ciudadano puede disfrutar en el mundo de los sucesos fortuitos: esta en contacto con la verdad absoluta y se acepta plenamente a sí mismo.

Esto es Reseune, donde nació nuestro soldado. Éste azi de tres años, mucho más joven que el estudiante que vimos antes, se está preparando para lo que habitualmente se llama cinta profunda. Está nervioso, no por el procedimiento, que ya conoce, sino por la máquina, que ha empezado a percibir como el objeto más significativo de la habitación. El cirujano psíquico lo abraza y lo tranquiliza, y finalmente le hace una mueca y consigue que se ría. El niño mismo ayuda al cirujano a colocar las almohadillas.

La dosis de catafórico que recibe es muy alta. Los umbrales se han reducido de forma drástica y se controla constantemente la química de su sangre.

La cinta le refuerza su grupo de valores en palabras pertenecientes a su vocabulario.

Le dice cómo ganarse la aprobación de los demás. Le informa de cuáles son sus talentos y sus puntos fuertes.

Tal vez le recuerde que debe evitar determinadas tendencias, de la misma forma en que un padre o una madre podría decirle a su hijo que recuerde no chuparse el dedo. Pero la cinta siempre le habla de aspectos positivos, lo alaba, y siempre acaba con un refuerzo.

Cuando termina, el supervisor le dice una palabra para codificar todo esto; y él la recordará. A la siguiente sesión, el supervisor dará acceso a ese grupo de instrucciones mediante la palabra clave, que se anota en el archivo del azi, con sus cintas. A medida que crezca, su cinta profunda se volverá más abstracta. Las claves verbales estarán integradas en complejos cada vez más grandes a medida que sus

estructuras psíquicas se basen en grupos completos y acepte los valores que le dan con la confianza total de un azi hacia un supervisor con licencia.

Como este niño ha demostrado angustia ante la imagen de la máquina, el supervisor recuerda tranquilizarlo sobre el equipo cuando todavía está receptivo a las instrucciones. Todas las inquietudes del azi con respecto a cualquiera de estos procedimientos, aunque sean mínimas, se anotan con todo cuidado para luego buscar la causa y tratarla con profundidad. Ningún supervisor desea que sus azi sientan miedo ante estos procedimientos.

Todas las cintas de azi se diseñan aquí, en estas oficinas de aspecto corriente. Se encargan de ello personas especializadas, algunas de ellas, azi. Gran parte del trabajo se realiza con ayuda de ordenadores, que analizan las pruebas fisiológicas extremadamente meticulosas realizadas sobre los tipos azi: aspectos como la coordinación del ojo con la mano en un grupo genético azi particular, el tiempo de reacción, el equilibrio, la vista, el oído, la fuerza física, la actividad hormonal, el nivel de Rezner, la reacción ante la tensión emocional. El diseñador debe considerar todos estos factores al planificar una cinta específica para un grupo genético, adaptada con precisión para su fuerza y debilidad y relacionada con psicogrupo en particular.

El diseñador consulta la biblioteca de Reseune y selecciona un grupo genético adecuado para enseñarle la habilidad necesaria en el manejo de una nueva tecnología.

El diseñador atiende a los azi que los supervisores devuelven al laboratorio por lo que el informe llama «problemas severos». El diseñador ordenará los exámenes y entrevistará al azi para descubrir si el problema tiene que ver con el supervisor o con el azi mismo. El diseñador preparará una cinta para solucionar el problema o una orden terminante para el manejo de todos los azi de ese grupo genético concreto, que puede hacer que se los restrinja para determinadas actividades.

Un diseñador destinó a este niño para tareas de seguridad civil, un cambio dentro de los entrenamientos militares que eran habituales para su genotipo. Los diseñadores suelen mostrarse reacios a cambiar la aplicación de un genotipo, porque, al igual que sus sujetos, quieren tener éxito. En Reseune, donde se utilizan sujetos de prueba azi, un procedimiento de palabra clave crea un indicador en el grupo de prueba que permite al cirujano psíquico mantenerlo separado durante mucho tiempo antes de integrarlo al grupo. Los pocos azi que realizan lo que se llama pruebas de corto plazo están especialmente entrenados para aislar y manejar las intervenciones, y ellos mismos juzgan si deben aceptar una prueba o no. En Reseune, la regla es experimentar lentamente y practicar los cambios de uno en uno.

De vez en cuando, un azi, como cualquier miembro de la comunidad en general,

desarrolla severos problemas psicológicos.

Muchos se envían a Reseune, donde los diseñadores y los cirujanos psíquicos trabajan con ellos y tratan de buscar soluciones para las dificultades psicológicas, soluciones que también benefician a la ciencia y engrasan las arcas de la psicoterapia general.

En algunos casos la única solución es el reentrenamiento, lo cual implica un lavado de cerebro y un largo período de recuperación. En un azi de genotipo y psicogrupo probado, un problema de esa magnitud obedece siempre a un trauma extremo, y Reseune toma medidas legales a favor del azi en caso de que hubiera habido maltrato o negligencia.

En otros casos, la solución consiste sólo en medidas genéticas; Reseune prohíbe la reproducción de un genotipo que ha tenido dificultades hasta que los diseñadores que trabajan con el azi afectado encuentren una forma de solucionar el problema.

En muy pocos casos, no hay solución, no existe ningún psicogrupo que se pueda instalar como cura, ni siquiera mediante el lavado de cerebro. Si un grupo calificado de miembros del personal no encuentra una solución humana, se decide la eliminación. La calidad de vida del azi es el principal objetivo y Reseune, que ha establecido reglas que prohíben a un Supervisor hablar con rabia a uno de sus azi en el puesto de trabajo, también debe saber tomar la decisión que tomaría cualquier pariente cercano cuando un cuerpo funciona sin mente, cuando ya la vida significativa, la vida con sentido, ha terminado.



I

El tanque-útero se dobló, vació el contenido en el tanque receptor lleno de líquido y Ariane Emory se retorció y luchó, una pequeña nadadora en una penumbra poco familiar y un mar más amplio.

Hasta que Jane Strassen se inclinó en el agua y la tomó, y los ayudantes ataron el cordón y la llevaron a una mesa para examinarla rápidamente mientras Jane los vigilaba como un halcón.

—Es perfecta, ¿verdad? —Había preocupación en la pregunta. Una hora antes habría sido preocupación profesional, preocupación clínica, ansiedad con respecto a un proyecto que podía fallar si se encontraba algún defecto en el bebé. Pero de pronto había algo de angustia personal, y ni ella misma había esperado experimentar este sentimiento.

Tú eres lo más parecido a las pruebas de Olga Emory, le había dicho su primo Giraud; y Jane había armado un escándalo, se había negado, había dicho que la jefatura del Ala Uno no le dejaba tiempo para una maternidad a la edad algo frágil y muy agotadora de ciento treinta y dos años.

Olga lo hizo a los ochenta y tres, había dicho Giraud. *Eres una mujer fuerte, estás más ocupada que el demonio, igual que Olga, demuestras el mismo interés que ella en el arte, naciste en el espacio y tienes la habilidad profesional y la inteligencia necesarias. Eres lo más parecido de que disponemos. Y tienes la edad suficiente para recordar a Olga.*

Odio a los niños, había replicado ella. *Tuve a Julia por el procedimiento de la inmaculada concepción, y me molesta que me compares con esa perra odiosa.*

Giraud, maldito sea, había sonreído. Y dijo: *Estás en el proyecto.*

Y eso la había llevado a esa habitación, a esa hora agonizante mientras los expertos médicos examinaban a la recién nacida que se retorció y ella pensaba en sus nuevas responsabilidades.

Nunca había estado muy vinculada emocionalmente con su hija genética, que era una concesión personal a la inmortalidad, concebida con la ayuda inconsciente de un matemático de Pan-paris que había hecho su donación a Reseune, porque Jane había preferido el azar y sangre nueva. Demasiada planificación, había pensado, provocaba malos depósitos de genes; y Julia era el resultado de su elección personal, ni mala, ni buena. La había dejado al cuidado de niñeras y se había ido distanciando de ella a medida que Julia demostraba ser un cerebro espacial dulce, sentimental, incluso brillante en un medio menos exigente, pero en aquel momento aturdida por el descubrimiento de su propia biología y tan incompetente en su vida privada como si

fuera un azi.

Pero esto, la réplica de Ari, esta hija adoptada del final de su vida, era lo que tanto había esperado. La estudiante ideal. Una mente que podía absorber todo lo que le dieran y devolverlo. Y le habían prohibido hacerlo.

Había grabado una cinta de Olga con la niña. La mano sobre el hombro de Ari. Un tirón del suéter de Ari, para arreglarlo. Ari haciendo una mueca de enojo y desesperación. Ésa era la pareja que recordaba. Y el recuerdo lo traía todo de nuevo.

Durante dieciocho años había oído esa voz. Olga había criticado a todo el personal. Cuando tenía tiempo para eso, criticaba a la niña hasta el punto que parecía un milagro que Ari no hubiera enloquecido. Y cuando no la acompañaba Olga, Ari estaba siempre en manos de los azi. Olga tomó todas aquellas muestras de sangre y había pasado un test psicológico tras otro porque tenía teorías que más tarde condujeron a las teorías en las que trabajó Ari. Olga había tomado las primeras pruebas Rezner de Ari, que casi alcanzaban el máximo de la escala, y desde entonces había sido un caso de sangre en el agua: Olga Emory, con sus amadas teorías sobre el método científico de educar a los hijos, había creído que tenía una Estelle Bok en sus manos, destinada a años de inmortalidad gracias a los laboratorios Reseune. Y todos los demás chicos de las habitaciones de Reseune habían oído que Ari era brillante y especial, porque las madres y los padres del personal sabían muy bien que sus cabezas profesionales rodarían si sus hijos le ponían un ojo morado a la preciosa Ari de Olga, tal como se merecía.

En aquellos días de pioneros sobre el planeta Cyteen, cuando los intelectuales que huían de la Compañía Tierra y de sus leyes de visado se reunieron en lo que entonces era la frontera del espacio para fundar la estación Cyteen, *había más* teóricos políticos renegados, médicos famosos, químicos y exploradores legendarios en las habitaciones que gente *capaz* de arreglar una tubería; la rejuv era un nuevo descubrimiento y se estaba fundando Reseune para trabajar en él, la física Bok estaba reescribiendo los libros de texto y hubo teorías y especulaciones que enloquecieron a gente que sabía demasiado para enloquecer con ellas. Y Olga Emory había sido una intelectual brillante con un instinto para la innovación interdisciplinaria, pero había abrigado propósitos realmente raros para su base mental.

Sin contar con James Carnath, que todavía tenía más ideas de ésas, y el día que descubrió su fatal enfermedad decidió que él y Olga iban a hacer un bebé más inteligente que Bok.

Lo cual los llevó a todos a esta habitación y a este proyecto.

Así que tenía que hacerlo todo según el criterio de Olga. *Ponte recta, Ari. Bien derecha, Ari. Haz tus deberes, Ari...* Bruja, perra.

Todo esto y después arrojar a Ari en brazos de las niñeras azi. Lo mismo que había hecho ella con Julia. Ahora sentía remordimientos al recordarlo.

Si alteraba ese desinterés maternal cambiaría a Ari. Negligencia por su bien. Era terrible reconocer sus propios errores retrospectivamente. Estudiar a Olga había sido como mirarse en un espejo demasiado revelador. Giraud tenía razón. Resultaba muy doloroso descubrir eso a los ciento treinta y dos años de edad.

Jane no experimentaba más sentimientos maternales hacia Julia que hacia cualquier otro producto de los laboratorios, o hacia los dos azi que los auxiliares estaban ayudando a nacer en el otro extremo de la habitación. En el caso de Ari, todo consistiría en seguir un programa, y su experiencia de cincuenta y dos años con una hija y con los estudiantes carecía de importancia. Había respetado a Ari Emory, y si le fallaba, mierda, ésa sería toda la reputación que le quedaría en Reseune. A los ciento treinta y dos años. Odiaba los líos emocionales. Odiaba la indulgencia personal y el pensamiento confuso.

Todavía era muy duro mirar a Julia y ver la cosita débil en que se había convertido, siempre equivocándose en el trabajo, malcriando horriblemente a su nuevo hijo, totalmente dependiente de una sucesión interminable de amantes, y saber que era en parte por los genes y en parte por culpa suya. El mismo desinterés, la misma crítica constante que ahora debía admitir haber aplicado a Julia era parte de lo que había formado a Ari. Grupos psíquicos y grupos genéticos, claro.

El hijo equivocado para el padre correcto, tal vez. Y viceversa.

La naturaleza era muy hija de puta al repartir las cartas.

II

—Todos están bien —dijo Petros Ivanov.

—Maravilloso. Maravilloso. —Denys mordió un trozo de pescado y luego otro. Almuerzo privado en el comedor ejecutivo con las cortinas ante las ventanas de la plataforma del observatorio. Las máquinas climáticas les estaban dando una lluvia, tal como se había pedido; era una tormenta fuerte y el agua cubría las ventanas. El tiempo continuaría así durante uno o dos días—. Maldito sea Giraud. Asegura que todo saldrá bien, pero mientras se va a la capital. Y ni siquiera sé si lo llamaron...

—Todo está bien en el perfil hasta ahora. Los azi son absolutamente normales. Ya van siguiendo el programa.

—Y Ari también.

—Strassen está loca con la niñera en jefe.

—¿Y qué más?

—Dice que es muy terca y que desbarata al personal.

—*Un azi tiene que ser terco*. Eso significa que sigue exactamente las instrucciones, y Jane está transtornada porque tiene nuevo personal en su departamento. Sobrevivirá. —Se sirvió más café—. El azi de Olga es una gran preocupación para mí todavía. Ollie es más joven, es mucho más obstinado e inteligente que aquel tonto que tenía Olga. Jane tiene razón: si le pasamos una cinta para suavizarlo, el temperamento de Jane lo desestabilizará. Puede arreglar su actitud con la niña; cambiar a Ollie y la forma en que lo trata es más de lo que puede hacer sin estallar. Si la niña tiene sólo el instinto normal de un bebé, sentirá las tensiones de los adultos ya desde la cuna. Y si partimos de la base de que tiene la sensibilidad de Ari, Dios sabe lo que puede percibir. ¿Qué hacemos?

Petros sonrió.

—¿Someter a Jane a una cinta?

Denys suspiró dentro de la taza y se bebió el café.

—Ojalá pudiera. No. Jane es una profesional. Sabe lo que vale esto. Hicimos un trato. Nosotros nos mantendremos apartados de Ollie y ella le dirá cómo portarse en esto. Cabe suponer que un azi que contenta a nuestra Jenny es capaz de cualquier cosa.

Risas.

Estaba muy enfadado con Giraud. Él podría haberle evitado gran parte de todos aquellos problemas, pero Giraud mostraba la tendencia a salir volando a la capital en cuanto las cosas se ponían tensas en el proyecto.

Es todo tuyo, había dicho Giraud. *Tú eres el administrador. Y a mi no me interesa*

el puesto.

Había tardado más de un año en revisar las notas de Ari, esa ínfima parte inicial del archivo del ordenador que los técnicos podían descifrar fácilmente. Los ordenadores de archivo de Reseune habían funcionado tres semanas sólo para compilar la masa inicial de datos sobre Ari. Gracias a Dios, Olga lo había recopilado todo con referencias cruzadas y lo había ordenado cronológicamente. Había que localizar las cintas, y todo eso no sólo en lo referente a Ari, sino a dos azi que habían sido grupos modelo y únicos. Había un túnel bajo las colinas y tres más en construcción porque la enorme bóveda estaba llena, totalmente atestada de gente que empezaba a dividir las cintas en activas, más activas y muy activas para poder trasladar parte de ellas a la Casa.

Y cuando el flujo de datos del proyecto entrara en pleno funcionamiento, habría una inundación en los archivos de la Casa. Uno de esos túneles se estaba construyendo especialmente para albergar los informes del proyecto; y eso incluía el diseño *software* de algunos trabajos que Ari había dejado inacabados y que alguien debía terminar antes de que el bebé empezara a hablar.

Reseune no iba a desechar nada relacionado con el proyecto. Estaba eliminando parte de las producciones de los azi para conceder más tiempo al personal. Podría haber desembocado en una crisis económica, pero los militares habían aportado dinero para la extensión de Reseune en Fargone y para la extensión en Planys, dinero que representaba más tanques, más ordenadores, más producción y esos túneles. Mientras tanto, Jordan Warrick estaba haciéndoles un favor a todos: se ocupaba de la instalación física en Planys. Eso lo hacía sentirse satisfecho por primera vez desde la muerte de Ari, porque estaba trabajando de nuevo, circunstancia muy importante, claro, porque los de Defensa también estaban satisfechos. Habían perdido a Robert Carnath para las operaciones de la Casa y lo habían ascendido al laboratorio de Planys: Robert era un viejo amigo de Warrick y un administrador lo bastante agudo para sostener todas las riendas. Habían destinado más personal en la construcción del laboratorio de Fargone y enviarían más cuando entrara en funcionamiento y empezara el proyecto Rubin. En Reseune había sobrado personal cuando empezó todo aquello y ahora estaba comprando azi con contratos a intermediarios como Laboratorios Carne y Armas Vivas, aplicando la rejuv a todos los azi de más de cuarenta y enloqueciendo al personal con cintas de reentrenamiento. Había quince barracas vacías en la ciudad y habían firmado un contrato de compra-venta con Defensa para determinados azi de Reseune que llegaban casi a la edad de retiro: Defensa se ahorra un reentrenamiento y una pensión muy caras, y hacía que algunos azi se alegraran mucho al saber que iban a seguir trabajando en LÍNEAS AÉREAS RESEUNE, en carga y producción o en cualquier otro puesto. Un azi cuya perspectiva hubiera sido la transferencia a un centro gubernamental de trabajo rutinario estaría contento sólo

con poner algo en una ranura y poder mirar hacia delante en lugar de hacia atrás. Con ello Reseune conseguía un gran número de trabajadores disciplinados y conscientes de los problemas de seguridad, de forma instantánea.

Habría errores y obstáculos en las operaciones fáciles de Reseune, pero no en el proyecto, donde no se verían caras nuevas, y donde los más inteligentes podrían destinar toda su capacidad al trabajo.

El contrato de compra-venta de los militares los había salvado. Denys estaba orgulloso de ese golpe. Desde luego, resultaba difícil multiplicar un proyecto destinado a un sujeto y convertirlo en un proyecto de cuatro, incluyendo a Rubin y a los dos azi. Y coordinar el perfil del proyecto, la financiación y los aspectos secretos. Giraud se encargaba de lo último. Denys tenía el resto sobre sus hombros y lo había tenido durante tanto tiempo que sentía que él era quien había dado a luz.

—No será más fácil de ahora en adelante —le dijo a Petros—. A partir de ahora será una carrera entre esa niña y la gerencia. Si alguien se equivoca, quiero saberlo al instante. Si ella recibe un estímulo fuera de tiempo, quiero saberlo. Nada es intrascendente hasta que consigamos resultados suficientes para comparar con el perfil.

—Es muy difícil desarrollar el perfil mientras el proyecto sigue adelante.

—De todos modos tenemos que hacerlo. Va a haber diferencias. Siempre lo estaremos alterando. Y nunca sabremos adonde se dirige. Si de alguna manera esa niña es Ari, nunca estaremos seguros del todo, ¿no es cierto?

No se rieron.

III

Justin sirvió más vino y el líquido giró en el vaso, que Grant ya había vaciado muchas veces. Se sirvió él también y dejó la botella vacía sobre la mesa. Grant contempló el vaso con ojos un tanto preocupados.

El deber. Grant se estaba emborrachando al tiempo que pensaba acerca de ello. Justin lo sabía. También sabía que Grant no le diría nada, que aquella noche había decidido olvidar el deber.

Hablaron de la oficina. Hablaron de una secuencia de diseño en la que habían estado trabajando. Una botella de vino por barba no contribuía mucho al diseño, las conexiones se estaban confundiendo.

Pero Justin se sentía mejor.

Experimentaba una extraña insatisfacción consigo mismo. Un bebé llegaba al mundo y él se pasaba el día en un estado de depresión irracional. En Reseune sólo se oía:

—¿Es linda? —O también—: ¿Cómo está?

Y él se sentía como si alguien le apretara el corazón.

Por un bebé recién nacido, Señor. Y mientras encendían las luces de una fiesta en la residencia de los técnicos, y de otra en las residencias del Ala Uno, él y Grant celebraban su propia malhumorada conmemoración.

Estaban sentados al fondo del apartamento que había sido su hogar desde pequeños, el apartamento que había pertenecido a Jordan, con tostadas y pedazos de salchichas secándose sobre el plato, dos botellas de vino vacías entre migas de tostadas y anillos de humedad sobre la mesa de piedra, y una tercera botella, una tercera botella vacía. Y eso fue suficiente, al fin, para distanciarlo de la realidad.

¿Desear que muera un recién nacido? Dios, ¿qué clase de pensamiento es ése?

Levantó el vaso siguiente cuando lo llenó y brindó con Grant con alegría forzada.

—Por el bebé.

Grant frunció el ceño y no bebió.

—Vamos —dijo Justin—. Podemos ser caritativos.

Grant levantó las cejas e hizo un pequeño ademán con los dedos. *Recuerda que tal vez nos están vigilando.*

Eso siempre era verdad. Jugaban con los monitores de la Casa, pero tenían que salir para poder hablar sin preocuparse por lo que decían.

—Mierda, que oigan lo que quieran. No me importa. Me da lástima la niña. Ella no lo pidió.

—Ningún azi pide lo que tiene —declaró Grant con seriedad. Luego se le formó

una arruga en la frente—. Supongo que nadie lo hace.

—No, nadie. —La depresión volvió a cernirse sobre la habitación.

Justin ignoraba qué destino les esperaba. Ése era el problema. Reseune estaba cambiando, sólo se veían caras nuevas, cambios de puesto, los azi estaban inquietos por la orden de rejuv. Excitados por eso, excitados por el hecho de que seguramente habían caído bien a alguien y asustados por los traslados, y los ascensos y la llegada de desconocidos. No es que hubieran sufrido daños por ese miedo, sólo estaban más sobrecargados que antes: los horarios de entrevistas con supervisores estaban al completo y los supervisores mismos pedían una ayuda que nadie podía darles.

Mientras, en el Ala Uno había un apartamento cerrado como un mausoleo. Nadie lo limpiaba, nadie lo tocaba, nadie lo abría.

El apartamento esperaba.

—No creo que tengan más éxito que con Bok —dijo Justin finalmente—. De verdad, no lo creo. *Jane Stassen*, por Dios. La endo... —«Endocrinología» no era una palabra que se pudiera decir después de una botella y media de vino—. Maldita química. Funciona bien en las máquinas. Es sólo una forma que tiene la naturaleza para llegar a los umbrales. Simple teoría. Pero terminarán volviéndola más loca que a Bok. Tendrían más posibilidades si le pusieran cintas profundas desde el principio. Eso del factor creatividad es una patraña, nada más. Enseñarle a que le guste el trabajo de Ari, hacerle un poco de empatía mediante cinta profunda, por Dios, y dejarla sola. Todo este proyecto es una obsesión de lunáticos. Lo que buscan no es el talento de Ari, no quieren a una linda nenita brillante. ¡Quieren a Ari! ¡Lo que desean es el poder, la personalidad! Es un juego de reliquias que han pasado por la rejuv y miran con ojos abiertos el cartel de FIN y cuentan con todo el presupuesto de Reseune para consolarse. Eso es lo que pasa. Un desastre. Están en juego las vidas de demasiadas personas, y a los de arriba esto les trae sin cuidado; eso es lo que están haciendo. Ése bebé me da pena. De verdad, me da pena.

Grant se limitó a contemplarlo durante un largo rato. Luego dijo:

—Creo que hay algo de cierto en cuanto a la creatividad y a la cinta, eso que nosotros no tenemos en el mismo grado.

—¡Vamos! —A veces, pisoteaba a Grant sin darse cuenta. A veces abría la boca y olvidaba la sensibilidad con la que se ganaba la vida al tratar a los azi en la ciudad. Y se odiaba por eso—. Lo que dicen es una tontería. No puedo creerlo; si tú eres capaz de arreglar un diseño que llevó de cabeza a veinte diseñadores veteranos durante un mes...

—No me refiero a eso. Yo soy azi. A veces veo un problema desde un punto de vista que ellos no tienen. Frank también es azi, pero no es lo mismo. Yo puedo ponerme un poco orgulloso. Tengo derecho. Pero cada vez que debo discutir con Yanni es como si me diesen una patada en el estómago.

—Todos sienten lo mismo. Yanni es...

—Óyeme. No creo que tú lo sientas de la misma forma. Pero yo sé que cada pequeña parte de lo que me pone nervioso está en ese libro del dormitorio, y que lo que te hace sentir lo mismo a ti no cabría en todo el apartamento. Mira lo que están haciendo con Ari. Tuvieron que construir todo un túnel en la montaña para dar cabida a su personalidad.

—¿Y qué importancia tiene que el día en que se declaró la guerra comiera pescado en el almuerzo y que la menstruación hubiera empezado dos días antes? Es una estupidez, Grant, una tontería, y éste es el tipo de datos que van a guardar en el túnel. *(Junto con esas malditas cintas, eso también está ahí. Hasta que el sol se congele. Eso es lo que la gente recordará de mí.)*. Tú te pones nervioso con Yanni porque él siempre está a punto de derretirse, eso es todo. Es su naturaleza dulce, y te aseguro que no ha mejorado después de perder el puesto en Fargone.

—No. No me estás oyendo. Hay una diferencia. El mundo es demasiado complicado para mí, Justin. No puedo explicarlo de otra manera. Comprendo las microestructuras mucho mejor que tú. Mi capacidad de concentración es mejor en las cosas sutiles. Pero hay algo en los psicogrupos de los azi que les impide enfrentarse a las macroestructuras regidas por el azar. Todo ese túnel, Justin, sólo para contener su psicogrupo.

—¡A la mierda el psicogrupo! Es lo que ella hizo, y a quién hirió, y ella tenía ciento veinte años. Si fueras a Novgorod y compraras unos cuantos cancilleres, llenarías ese túnel también, y muy rápido.

—No podría hacerlo. No podría ver detrás de mí. Así es como lo siento.

—Has vivido entre estas paredes durante toda tu vida. Aprenderías.

—No. No las mismas cosas. Eso es lo que te quiero decir. Podría aprender todo lo que sabía Ari. Y todavía tendría un punto de vista demasiado restringido.

—¡No lo tienes ni siquiera ahora! ¿Quién vio el conflicto del 78? Yo no.

Grant se encogió de hombros.

—Eso es porque los que nacen hombres cometen la mayor parte de sus errores racionalizando una contradicción. Yo siempre que doy ese salto soy consciente de ello.

—Me comprendes sin problemas.

—No siempre. No sé lo que te hizo Ari. Sé lo que pasó. Sé que a mí no me habría afectado de la misma forma. —Podrían hablar de eso ahora. Pero rara vez lo hacían—. Ella podía reestructurarme si quería. Era muy buena. Pero no pudo hacértelo a ti.

—Hizo muchísimo. —Dolía. Especialmente esa noche. Justin deseaba cambiar de tema.

—No, no pudo hacerlo. Porque tu psicogrupo no cabe en un solo libro. Eres demasiado complejo. Puedes evolucionar. Y yo debo ir con mucho cuidado cuando

cambio. Ve la parte interior de mi mente. Es muy simple. Son habitaciones. La tuya está formada por botellas de Klein.

—Dios. —Justin se burlaba.

—Estoy borracho.

—Estamos borrachos. —Justin se inclinó y puso la mano sobre el hombro de Grant—. Los dos estamos hechos en el espacio de Klein. Por eso estamos en el punto donde empezamos y estoy dispuesto a apostar a que mi psicogrupo no es más complejo que el tuyo. ¿Quieres seguir discutiendo?

—Yo... —Grant parpadeó—. ¿Quieres un ejemplo? Mi corazón acaba de cambiar de ritmo. Eso me avergüenza mucho. Es el disparo de ese supervisor. No quiero discutirlo porque no considero inteligente confundir la mente; y salto por dentro como si fuera una orden.

—Me enfurece que te pongas tan autoanalítico, mierda. No quieres discutirlo porque no sabes si Seguridad está oyendo; es una cuestión personal y tú sólo guardas las apariencias. Todos tus grupos profundos describen lo mismo que yo siento. Y por eso yo no te entro en la cabeza.

—No. —Grant levantó un dedo. Ansioso. Casi un espasmo—. La razón profunda por la que somos diferentes. Endo... endo... ¡mierda!, el trabajo hormonal... al aprender. Las reacciones químicas de la sangre reaccionan frente al medio. Un estímulo dado, a veces la adrenalina sube, a veces baja, a veces otra cosa, matices de gris. Variabilidad en un medio dominado por el azar. Recuerdas algunas cosas bien, otras mal, algunas sin darles importancia, otras de forma muy especial. Nosotros...

—Otro ruido que era casi un hipo—. Nosotros empezamos desde la cuna, con catafóricos. Nos reducen los umbrales más que a cualquier otra cosa en la naturaleza. Eso significa que apenas queda rastro de nuestra lógica original. Las cosas son totalmente ciertas. Confiamos en lo que tenemos. Vosotros formáis vuestro psicogrupo a través de los sentidos. A través de catafóricos naturales. Aprendéis la información por cinta, pero el psicogrupo lo adquirís a través de los sentidos. Y, obviamente, lo que podáis ver u oír sólo depende del azar. Aprendéis a hacer promedios en el flujo de acontecimientos porque sabéis que habrá variaciones. Pero nosotros tenemos a los expertos que eliminan todas las incongruencias lógicas. Nosotros podemos aceptar todos los detalles; debemos hacerlo, sólo así funcionamos bien. Y por eso somos tan buenos para detectar detalles específicos. Por eso procesamos mucho más rápidamente determinados problemas que vosotros no podéis contener completos en vuestras mentes. Entramos en estado de aprendizaje sin kat y nuestros primeros recuerdos no provienen de aprendizajes endocrinos; no tenemos grados de verosimilitud. Tú estás promediando y trabajando con una memoria que cuenta con miles de matices de valores y eres más hábil en esto que recordando lo que realmente pasó; así es como puedes procesar datos que te llegan con rapidez y de

todas las direcciones a la vez. Y ahí es donde nosotros fallamos. Tú puedes encontrar dos pensamientos contradictorios y creer en ambos porque hay flujo en tus percepciones. Yo no.

—Ah, ¡ya estamos de nuevo con lo mismo! Pero si tú trabajas de la misma forma que yo. Y te olvidas la tarjeta–llave más que yo.

—Porque estoy procesando otra cosa.

—Lo mismo me ocurre a mí. Totalmente normal.

—Porque tengo un reflejo que me ayuda a relegar lo que no me importa en ese momento. Igual que tú. Puedo realizar acciones que son sólo hábitos físicos. Pero estoy socializado. Raramente uso cintas y tengo dos sistemas de procesamiento. El nivel más alto lo aprendí en el mundo real; aprendí por el sistema endocrino. El nivel bajo, donde se encuentran mis reacciones, es simple, muy simple, y totalmente lógico, lógico hasta la crueldad. Un azi no es un ser humano al que le falta una función. Tiene la función lógica en el nivel más profundo y la función aleatoria en el superficial. Y tú estás hecho al revés. Tú recibes lo aleatorio primero.

—Yo soy al revés.

—Como sea.

—Dios. Un partidario de Emory. Tus pruebas dan unos resultados concretos porque los catafóricos determinan el camino que recorren hasta tal punto que esos caminos se convierten en el curso de menor resistencia, y están tan estructurados que disparan el sistema endo... endo... crino siguiendo el patrón de Pavlov en una medida que no conseguiría la experiencia sola. Para cada prueba que apoya la teoría de Emory, hay una que apoya las de Hauptmann–Poley.

—Hauptmann era un teórico social, deseaba que los resultados de sus investigaciones apoyaran su propia política.

—Bueno, ¿y qué mierda era Emory?

Grant parpadeó y respiró hondo.

—Emory nos preguntaba. A nosotros. Hauptmann socializaba a sus sujetos hasta que comprendían lo que él quería que le dijeran. Y cómo deseaba que realizaran la prueba. Y un azi siempre quiere hacer las cosas bien a los ojos de su supervisor.

—Mierda, Grant. Emory hacía lo mismo.

—Pero Emory tenía razón. Hauptmann estaba equivocado. Ésa es la diferencia.

—La cinta afecta la respuesta del sistema endocrino. Y punto. Si me administras suficiente cinta, saltaré cada vez que me lo ordenes. Y mi pulso hará exactamente lo mismo que el tuyo.

—Soy muy bueno como diseñador de cintas. Cuando sea tan viejo como Strassen, seré excelente. Y tendré todo ese aprendizaje endocrino. Por eso algunos azi viejos casi parecen hombres. Y algunos de nosotros terminamos siendo verdaderos fenómenos. Por eso los azi viejos tienen más problemas. El Ala Dos va a tener mucho

trabajo para hacer la rejuv a tantos viejos.

Justin estaba impresionado. Había palabras que el personal evitaba cuidadosamente. Viejos. Hombres. El Patio. Eran siempre CIUD, azi, la ciudad. Grant estaba realmente borracho.

—Veremos si hay diferencia —dijo Justin— por el hecho de que Ari Emory comiera pescado o jamón en el desayuno de su duodécimo cumpleaños.

—Yo no he dicho que el proyecto vaya a funcionar. He dicho que en mi opinión Emory tenía razón con respecto a la personalidad de los azi. En realidad no nos inventaron de forma calculada. Necesitaban gente. Rápido. Así que empezaron a administrarles cintas en la cuna. Un accidente totalmente beneficioso. Ahora somos eco... económicos.

Otra vez los días anteriores a la Unión.

—Mierda.

—No he dicho que me importara, ser. Ya somos más que vosotros. Pronto podremos hacer granjas donde crecerán personas como enredaderas y se unirán a sus propias glándulas. Seguramente les encontrarán un uso.

—¡A la mierda!

Grant rió. Se rió. La mitad de todo aquello era una discusión que habían mantenido una docena de veces en distinta forma; la mitad era que Grant estaba tratando de hacerle un tratamiento psicológico. Pero finalmente, el día había sido normal. Era sólo una basurita en el recuerdo. Un salto hacia atrás. Lo hecho, hecho estaba. No había forma de sacar esas malditas cintas de chantajista del Archivo ya que eran de Ari, y Ari era sagrada. Pero Justin había aprendido a vivir con la idea de que todo se le vendría encima un día cualquiera en las noticias de la noche.

O de que un día descubriría que los tratos no duran para siempre.

Jordan había matado a una mujer moribunda por razones que el proyecto inmortalizaría, por lo menos en los archivos, si funcionaba. Si funcionaba, cada detalle secreto de la vida de Ari tendría relevancia científica.

Si funcionaba de alguna manera y se hacía público, cabía la posibilidad de que Jordan consiguiera una reapertura del caso y la libertad, tal vez en Fargone, unos veinte años después del proyecto mismo; eso significaría que toda la gente había conspirado para encubrir los actos de Ari, todos los centristas que se habían sentido atemorizados por las conexiones potenciales con los radicales que el caso tal vez tenía, todos ellos se resistirían. Corain. Giraud Nye, Reseune. El Departamento de Defensa, con todos sus secretos. Tal vez había justicia en los tribunales, pero no había ninguna entre los que manejaban el poder, los que habían puesto a Jordan donde estaba. Las paredes del secreto se cerrarían totalmente para silenciar a un hombre a quien ya no podían controlar. Y a su hijo, el que había empezado todo el conflicto por un error infantil, el mal cálculo de un niño...

Si el proyecto se malograba, sería un fracaso como el del clon de Bok, que no había hecho nada excepto agregar una nota trágica y sórdida a la vida de una gran mujer, un fracaso muy caro que Reseune nunca sacaría a la luz, al igual que ahora el mundo había oído una versión totalmente distinta sobre el asesinato y los cambios en Reseune, en el exterior se ignoraba todo sobre el proyecto; reorganización administrativa, decían los servicios informativos, por la muerte de Ariane Emory.

Y luego continuaban con algo sobre el testamento de Ari, que al parecer contenía planes a largo plazo y beneficiaba al laboratorio con el producto de las considerables inversiones de la doctora.

Si fracasaba, habría consecuencias políticas, sobre todo en la Administración de Reseune y en el Departamento de Defensa, que estaba al corriente del secreto. En ese caso, no se podía predecir lo que haría Giraud Nye para protegerse. Giraud debía tener éxito para probarse. Mientras tanto, la forma en que agitaba el proyecto frente a los ojos de Defensa le permitía una cuota de poder que era, en cierto sentido, mayor de la que había tenido Ari. Poder para silenciar. Poder para usar las agencias secretas. Si Giraud era inteligente y el proyecto no fracasaba de una forma pública y estrepitosa, conseguiría más renombre que Jane Strassen antes de que las circunstancias lo obligaran a admitir que el proyecto no daba los resultados esperados. Hasta podría volver a comenzar, ponerlo todo en marcha de nuevo. Y en este punto Giraud ya estaría al final del tiempo en que pudiera necesitar poder. Después de Giraud, el diluvio. ¿Qué le importaba a Giraud?

Justin esperaba que fracasara. Lo cual significaba que un bebé que simplemente tenía el grupo genético de Ari terminaría como un caso de graves problemas psicológicos, en un lavado de cerebro o algo peor. Tal vez una infinita sucesión de bebés. Un poder tan grande y un hombre tan inteligente como Giraud no fracasarían de una vez y para siempre. No. Habría estudios de los estudios del estudio. A menos que hubiera una forma de conseguir que el fracaso fuera público.

A veces tenía pensamientos que lo asustaban, como la idea de descubrir algún artículo de Ari en su propia cama. Nunca sabría si determinados pensamientos eran suyos, consecuencia natural de un enfado muy enraizado, o del hecho de que él había crecido, era más duro y sabía cómo funcionaba el mundo; o si era Ari que todavía lo dominaba.

Gusano era una vieja broma entre él y Grant.

Tenía que seguir pensando que no significaba nada. Porque eso era lo único que mantenía el problema aislado.

IV

—¡Bájate de ahí! —ladró Jane, asustada hasta la médula, el estómago encogido mientras la niña de dos años buscaba algo sobre la tapa de la cocina, estirada, inclinándose sin pensar en su propia levedad, ni en el suelo de baldosas ni en las patas metálicas de la silla. Ari reaccionó y la silla se deslizó un milímetro; la niña aferró la caja de tostadas y se dio la vuelta. La silla se inclinó y Jane Strassen cogió a la niña al vuelo.

Ari gritó de rabia. O de miedo.

—¡Si quieres las tostadas, las pides! —exclamó Jane, a punto de propinarle un bofetón—. ¿Quieres romperte la barbilla de nuevo?

La única lógica que podía hacer mella en Ari—quiere era Ari—se—hace—daño. Y una científica famosa universalmente por su trabajo en genética se veía reducida al habla de un bebé y a un deseo desesperado por golpear una pequeña manita. Pero Olga no había creído en el castigo físico.

Y aunque Olga había sido humana, Ari había captado rabia, frustración y resentimiento en el ambiente que la rodeaba, igual que una investigadora en genética que en ese momento estaba a punto de llevarla al río y ahogarla.

—¡Nelly! —aulló Jane, llamando a la niñera. Y recordó que no debía gritar. En su propio apartamento. Dejó la silla en el suelo. No. La cuidadosa Olga nunca hubiera dejado la silla en el suelo. Se quedó allí de pie, con una nenita de dos años que se retorció constantemente, mientras esperaba a Nelly. Ojalá la niñera la hubiera oído. Ari quería bajarse. Jane la dejó en el suelo y la sostuvo de la mano. Ari quiso sentarse en el suelo y armar una pataleta—. ¡De pie! —Sostenía con fuerza la manita. La sacudió como solía hacer Olga—. ¡De pie! ¿Qué forma de portarse es ésta?

Nelly apareció en el umbral, con los ojos muy abiertos y preocupados.

—Levanta esa silla.

Ari se sacudió y se inclinó para buscar la caja de tostadas que yacía junto a la silla mientras los adultos estaban ocupados. No pensaba olvidar lo que quería.

¿Le dejo una tostada? No. Mala idea. Mejor será que no consiga lo que desea. La próxima vez puede romperse un brazo.

Además, Olga había sido una perra vengativa.

—Ponte de pie. Nelly, coloca esas tostadas donde no pueda alcanzarlas. Cállate, Ari. Llévatela. Me voy a la oficina. Y si tiene un solo rasguño cuando vuelva...

Los ojos abiertos de la azi miraron, horrorizados y heridos.

—Maldita sea, ya me entiendes. ¿Qué voy a hacer? No puedo vigilarla todo el día, minuto a minuto. Cállate, Ari. —La niña estaba tratando de acostarse y se

colgaba del brazo de Jane con todo su peso—. No entiendes lo activa que es, Nelly. Te está engañando.

—Sí, sera. —Nelly estaba desolada. La habían ganado. Había estudiado con cintas que le enseñaban todo lo que podía hacer una CIUD de dos años. Y todos los líos en que podía meterse. O las cosas con las que podía hacerse daño. No la ahogues, Nelly. No la limites tanto. No dejes de vigilarla. Como azi, estaba al borde de una crisis. Necesitaba un supervisor que la abrazara y le dijera que lo estaba haciendo mejor que la niñera anterior. No era el estilo de Olga. Los gritos tipo Jane y la frialdad tipo Olga estaban llevando a la azi, mucho más vulnerable, al borde de la desesperación. Y Jane se pasaba la mitad del día impidiendo que la niña se matara y la otra mitad, impidiendo que la azi sufriera un colapso nervioso.

—Haz que te instalen una llave en la cocina —dijo Jane. Ari aullaba si la encerraban en el cuarto de juegos. Odiaba el cuarto de juegos—. Ari, basta. Mamá no puede sostenerte.

—Sí, sera. ¿Cree qué...?

—Nelly, tu conoces el trabajo. Llévate a Ari y dale un baño. Está toda sudada.

—Sí, sera.

Nelly cogió a Ari de la mano. Ari se sentó y Nelly la levantó y la llevó en brazos.

Jane se reclinó contra el mármol y miró hacia arriba. Más o menos hacia el sitio donde se suponía que estaba Dios, sea el planeta que fuera.

Y entró Fedra a decirle que su hija, Julia, estaba en la sala.

Jane miró al techo otra vez. Y no gritó.

—Maldita sea. Tengo ciento treinta y cuatro años y no me lo merezco.

—¿Sera?

—Yo me ocuparé de todo, Fedra. Gracias. —Se separó del mármol con un movimiento enérgico—. Ve y ayuda a Nelly para el baño de Ari. —En realidad deseaba ir a la oficina—. No. Busca a Ollie. Dile que calme a Nelly. Dile a Nelly que yo siempre grito y que no se preocupe. Vete.

Fedra se fue. Fedra formaba parte de su personal y era competente. Jane salió de la cocina, se dirigió al vestíbulo y tomó la primera curva, el pasillo de cristal y piedra que conducía a la sala por el comedor y la biblioteca.

Donde estaba Julia, sentada sobre el sillón. Y Gloria, tres años, jugaba sobre la alfombra de pelo largo.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí?

Julia levantó la mirada.

—He llevado a Gloria al dentista. Rutina. Pensé que podía pasar un momento.

—Sabes que no está permitido.

La boca blanda de Julia se endureció un poco.

—Una hermosa bienvenida.

Jane respiró hondo, dio unos pasos y se sentó con las manos entre las rodillas. Gloria se sentó. Otro bebé. Seguramente estaría destruyendo algo. El departamento estaba preparado para una niña de dos años. Gloria era más alta, claro.

—Mira, Julia. Ya sabes cómo está la situación. No debes traer aquí a Gloria.

—¿Crees que va a contagiar algo al bebé? He pasado sólo un momento. Pensé que podíamos salir a almorzar.

—No estaba hablando de eso, Julia. Nos están observando. Ya lo sabes. No quiero que haya problemas, ¿me entiendes? No eres una niña. Tienes veintidós años, y ya es hora de que...

—Te he preguntado si podemos salir a almorzar. Con Gloria. Dios.

Jane estaba al borde del ataque de nervios.

—De acuerdo... —Gloria estaba junto a la biblioteca, iba a coger un florero—. ¡Gloria! —Ningún niño de tres años y ningún escamado se desviaba jamás de su objetivo. Jane se puso de pie y atrapó a la niña, la arrastró hacia el sillón y Gloria se puso a gritar. Y los aullidos podían oírse en el maldito baño donde otra niñita estaba intentando ahogar a su niñera. Jane cambió de postura y tapó la boca de Gloria—. ¡Cállate! ¡Julia, llévatela de aquí, ahora mismo, mierda!

—¡Es tu nieta!

—¡No importa lo que sea, llévatela! —Gloria peleaba, histérica y daba patadas en la pierna—. ¡Fuera, maldita sea!

Julia parecía desesperada, ofendida, sin aliento, como siempre; fue hasta ella y tomó a Gloria, que, sin tapadera aulló como si la estuvieran degollando.

—¡Fuera! —gritó Jane—. ¡Mierda, hazla callar!

—¡Tu nieta no te importa!

—Almorzaremos mañana. ¡Tráela! Pero ahora hazla callar.

—Ella no es una de tus azi.

—¡Cuidado con lo que dices! ¿Qué clase de lenguaje es ése?

—¡Tienes una nieta! Me tienes a mí, por Dios, y no te importa...

Aullidos histéricos de Gloria.

—No pienso hablar de eso ahora. ¡Fuera!

—¡Entonces, te odio! —Julia empezó a llorar. Gloria todavía gritaba. Julia la levantó y la empujó hasta la puerta. Se fueron.

Jane se quedó de pie con el estómago totalmente revuelto. Julia había conseguido un poco de fortaleza, por fin. Y casi había echado a perder el proyecto. Se suponía que no había ninguna otra niña. Todavía estaban empezando el camino, aprendiendo. Pequeños cambios en la autopercepción cuando ésta se estaba desarrollando podían tener efectos muy grandes al otro lado de la línea. Si el comienzo era bueno, la propia Ari se las arreglaría con las desviaciones más adelante.

Ari no tenía que preguntarle:

—Mamá, ¿quién era ésa?

Ari había sido hija única.

Así que ahora, el maldito proyecto había alterado a Julia. Porque «madre» era una de las palabras clave de Julia, «madre» era la raíz de sus problemas, «madre» era lo que Julia estaba decidida a ser, y con buenos resultados, porque sabía que ésa era la única faceta que la gran Jane, Jane la famosa, no había desarrollado con éxito y Julia estaba segura de hacerlo bien. Julia se sentía privada de su infancia, así que se estaba inclinando hacia el otro lado, estaba malcriando a su hija con mimos: aquella desgraciadita sabía exactamente cómo conseguir todo lo que quería de su mamá, excepto coherencia. Necesitaba una mano dura y un mes lejos de su mamá antes de que fuera demasiado tarde.

Resultaba extraño lo exacta que podía ser la percepción retrospectiva.

V

Otra vez almohadillas. Florian se sintió un poco confundido, confundido como cuando la realidad se mezclaba. El gran edificio y el hecho de sentarse sobre el borde de la mesa siempre, lo hacían sentir así, pero supo qué contestar cuando el supervisor le preguntó dónde debía colocar la almohadilla Uno. Justo encima del corazón. Lo sabía. Tenía una muñeca a la que podía aplicar las almohadillas. Pero no tenía tantas como le estaban colocando ahora.

—Muy bien —dijo el supervisor y lo palmeó—. Eres un muchacho excelente, Florian. Eres muy inteligente y rápido. ¿Puedes decirme cuántos años tienes?

«Años» significaba crecer, y a medida que se hacía mayor y más inteligente, la respuesta eran más y más dedos. Ahora levantó el primero y el siguiente y el otro, y se detuvo. Resultaba difícil hacerlo sin que todos los dedos se estiraran. Cuando lo hacía bien, sentía un bienestar en todo el cuerpo. El supervisor le dio un abrazo.

Cuando terminaban, siempre le daban un caramelo. Sabía las respuestas a todo lo que le preguntaba el supervisor. Se sentía desorientado pero era una confusión buena.

Sólo deseaba que le dieran el caramelo para olvidarse enseguida de las almohadillas.

VI

Ari estaba muy excitada. Tenía un vestido nuevo, rojo con un dibujo brillante en el pecho y en una manga. Nelly le había peinado el cabello con fuerza hasta que crujió y voló, negro y brillante, y entonces, Ari, toda vestida, tuvo que esperar en la sala hasta que Ollie y mamá estuvieron listos. Mamá parecía muy alta y muy guapa, brillante de plata, y la plata de su cabello era muy bonita. Ollie también venía, muy guapo en el negro que usaban los azi. Ollie era un azi especial. Siempre estaba con mamá, y si Ollie decía que debía hacer algo, Ari tenía que hacerlo. Lo hacía, o al menos hoy era así, porque Ollie y mamá la llevarían a una fiesta.

Iba a haber muchas personas mayores allí. Iría allí y luego Ollie la llevaría a casa de Valery, a una fiesta de niños.

Valery era un chico. Era de sera Schwartz. Los azi los vigilarían, jugarían y habría helados en una mesa tan pequeña como ellos. Y otros niños. Pero sobre todo, Valery. Valery tenía una nave espacial con luces rojas. Tenía una cosa de vidrio y cuando se miraba través de ella, la cosa hacía dibujos.

Sobre todo, esperaba que hubiera regalos. A veces había regalos. Como todos se habían vestidos tan guapos, seguramente habría muchos.

Pero era especial ir adonde iban los mayores. Caminar por el pasillo de la mano de mamá, vestida y portándose bien, porque había que portarse bien y no armar jaleo. Especialmente cuando podía haber regalos.

Arriba por el ascensor. Vio muchos azi altos en el pasillo: los azi casi siempre iban de negro; y aunque no se pusieran nada negro, siempre los descubría. No eran como mamá y como el tío Denys, parecían azi. A veces, ella fingía que era azi. Caminaba muy en silencio y se quedaba de pie muy recta y miraba fijo hacia delante, como Ollie, y decía «si, sera» a mamá. (No a Nelly. A Nelly le decía «sí»). A veces, fingía ser mamá y le decía: «Nelly, hazme la cama, por favor, Nelly». (Y a Ollie, una vez: «Ollie, maldita sea, quiero un trago»). Pero no había sido una buena idea. Ollie la había traído el trago y se lo había contado todo a mamá. Y mamá había dicho que había sido muy mala y que Ollie no le haría nada si no se lo pedía bien. Así que ahora le decía «maldita sea» a Nelly).

Mamá la llevó por el pasillo por entre los azi y a través de una puerta donde había mucha gente en el umbral. Una mujer dijo:

—Feliz año nuevo, Ari. —Y se inclinó hacia ella. Tenía un bonito collar y uno podía verle el cuerpo debajo de la blusa. Era interesante. Pero Ollie la levantó. Eso era mucho mejor. Así podía ver la cara de la gente.

La mujer habló con mamá, y todos se arremolinaron alrededor de ellos, hablaban

al mismo tiempo, y todos olían a perfume y comida y cosméticos.

Alguien la palmeó en el hombro mientras Ollie la sostenía. Era el tío Denys. Denys era gordo. Ocupaba mucho sitio. Ari se preguntó si era sólido o si retenía el aliento más que los otros para ser redondo.

—¿Cómo estás, Ari? —le aulló el tío Denys en medio del ruido, y de pronto la gente dejó de hablar y los miró—. Feliz año nuevo.

En ese momento, Ari se sintió extrañada, pero era interesante. Si era su año nuevo, era como un cumpleaños; y si era una fiesta de cumpleaños, la gente debía ir a su casa y traerle regalos. Pero no veía ningún regalo.

—Feliz año nuevo —decía la gente. Ella los miraba, esperanzada. Pero no veía regalos. Suspiró y mientras Ollie la llevaba a través de la multitud, vio el ponche y la tarta.

Ollie sabía lo que le gustaba.

—¿Quieres ponche? —le preguntó.

Ella asintió. Había mucho ruido. No estaba segura de que le gustara estar entre tanta gente. La fiesta no tenía sentido. Pero el ponche y la tarta estaba bien. Se aferró del fuerte hombro de Ollie y se sintió más alegre, porque Ollie podía llevarla a través de todo el barullo hasta la mesa con el cuenco de ponche, Ollie entendía muy bien qué era lo importante. El ponche, sobre todo en un cuenco tan bonito y con una gran tarta, era algo casi tan bueno como los regalos.

—Tengo que dejarte en el suelo —dijo Ollie—. ¿De acuerdo? Quédate aquí hasta que te traiga el ponche.

Aquello no le parecían bien. Todos eran altos, la música era muy fuerte y cuando estaba en el suelo, no veía nada más que las piernas de la gente. Alguien podía pisarla. Pero Ollie la dejó en el suelo, y mamá se acercaba con el tío Denys. Y la gente no la pisó. Mucha gente la miraba. Algunos sonreían. Así que ella se sentía a salvo.

—Ari. —Ollie le dio la taza—. Que no se te caiga.

El ponche era verde. Ella lo miró con desconfianza, pero olía bien y tenía buen gusto.

—Has crecido demasiado para que te lleven —dijo el tío Denys.

Ella levantó la vista y le arrugó la nariz. No estaba muy segura de que le gustara lo que le decía. Mamá también le hablaba así. Pero Ollie no. Ollie era grande y muy fuerte. A ella le parecía distinto de cualquier otra persona. Le gustaba que él la llevara, le gustaba ponerle los brazos alrededor del cuello y apoyarse en él, porque Ollie era como una silla a la que uno podía trepar y no se le notaban los huesos, sólo una sensación sólida. También era tibio. Y olía bien. Pero Ollie había ido a buscar ponche para mamá y otro cuenco para el tío Denys. Y ella se quedó cerca y se tomó el ponche mientras Denys y su mamá hablaban y sonaba una música fuerte.

Ollie la miró cuando mamá y Denys tuvieron sus ponches.

—¿Quieres tarta? —preguntó Ollie en voz bien alta—. También habrá tarta en la fiesta de los niños.

Eso era prometedor.

—Quiero más ponche —dijo Ari y le dio la taza a Ari—. Y tarta, por favor. —Se quedó ahí, en un pequeño espacio abierto, esperándolo. Puso las manos en la espalda y recordó que mamá decía que no debía inclinarse adelante y atrás, parecía estúpido. Gente que ella no conocía se le acercó y le dijo que era muy bonita y le deseó un feliz año nuevo, pero ella estaba lista para irse, eso no le interesaba, excepto por el ponche y la tarta que iba a traerle Ollie. Se quedaría por eso.

La fiesta de chicos sonaba mucho mejor.

Tal vez allí sí habría regalos.

—Ven y siéntate —dijo Ollie, sin darle la tarta ni el ponche. Los llevaba él por ella. Había sillas contra la pared. Ella se sintió aliviada. Si se le caía ponche sobre el traje nuevo sería horrible y mamá le regañaría. Trepó a una silla y Ollie le puso el plato en la falda y la taza en la silla, a su lado. Tenía toda la línea de sillas para ella sola.

—Voy a buscar lo mismo para mí —dijo Ollie—. Quédate aquí. Vuelvo pronto.

Ella asintió, con la boca llena de tarta. Tarta blanca. De la que le gustaba. Con una buena capa dulce arriba. Ahora estaba mucho más contenta. Balanceó los pies y comió pastel y se frotó los dedos mientras Ollie esperaba frente al cuenco de ponche y mamá hablaba con Denys y Giraud.

Tal vez esperaban los regalos. Tal vez iba a ocurrir algo interesante. Todos estaban brillantes. A algunos de ellos los había visto en casa. Pero había muchos desconocidos. Se terminó el pastel, se lamió los dedos y se deslizó de la silla para ponerse en pie, porque casi todos estaban alrededor de las mesas y el salón estaba casi despejado.

Caminó para ver adonde había llegado Ollie en la fila. Pero alguien había distraído a Ollie. Era la oportunidad para curiosear un poco.

Así que paseó. No se fue muy lejos. No quería que mamá y Ollie se fueran y la perdieran. Miró hacia atrás para ver si veía a mamá. Sí. Pero mamá seguía ocupada, charlando. Bien. Si mamá la regañaba le diría, estaba aquí, mamá. Mamá no podría enfadarse mucho.

Casi todos los vestidos que llevaban eran bonitos. Le gustaba esa blusa verde que dejaba ver lo que había debajo. Y la camisa negra que llevaba un hombre, toda brillante. Pero los collares de mamá eran los mejores.

Había un hombre con cabello rojo brillante.

De negro. Un azi. Ella lo miró. Dijo hola cuando alguien le dijo hola, pero todo aquello había dejado de interesarle. Siempre había pensado que tenía un cabello

bonito. Más bonito que el de cualquier otra persona. Pero el de aquel hombre sí que era bonito de verdad. No había derecho. Si existía un cabello como aquél lo quería para ella. De pronto, se sintió insatisfecha con el que siempre había tenido.

Él la miró. No era azi. Sí. La cara del hombre se puso tensa, y apartó la mirada y fingió que no la había visto. Estaba con un hombre de cabello oscuro. Ése hombre la miró también, pero el azi no quería que el otro la mirara.

De todos modos, el hombre la miraba. Era tan guapo como Ollie. No la miraba como los demás mayores, y ella pensó que el hombre no debía hacerlo, pero no quería mirar a ningún otro lado, porque él era diferente de los demás. El azi de cabello rojo estaba a su lado, pero no era el importante. El hombre era importante. El hombre la miraba y ella nunca lo había visto antes. El nunca había ido a visitarla. Nunca le había llevado regalos.

Ari se acercó. El azi no la quería cerca de su amigo. Tenía una mano sobre el hombro de ese hombre. Como si ella fuera a hacerle daño. Pero el hombre la miraba como si ella fuera mamá. Como si él hubiera hecho algo malo y ella fuera mamá.

Él era ella. Y ella era mamá. Y el azi era Ollie cuando mamá gritaba.

Luego el azi vio algo peligroso detrás de ella. Ari se dio la vuelta y miró.

Venía mamá. Pero mamá se detuvo cuando ella la miró.

Todos estaban quietos. Todos miraban. Habían dejado de hablar. Sólo la música seguía sonando. Todos tenían miedo.

Ella empezó a caminar hacia mamá.

Todos se crisparon.

Se detuvo. Y todos se crisparon de nuevo. Hasta mamá.

Y ella había hecho eso.

Miró a mamá. Se crisparon.

Miró al hombre.

Se crisparon. Todos.

No sabía que podía hacer eso.

Mamá iba a enfadarse después. Y Ollie.

Si mamá iba a gritarle, al menos haría algo antes.

El azi y el hombre la miraron cuando ella *avanzó* hacia ellos. El hombre la miraba como si ella fuera a Atraparlo. El azi parecía pensar lo mismo.

El hombre tenía unas manos bonitas, como las de Ollie. Se parecía mucho a Ollie. La gente pensaba que era peligroso. Se equivocaban. Ella sabía que se equivocaban. Podía asustarlos a todos.

Fue y le cogió la mano. Todos estaban haciendo lo que ella quería. Hasta el hombre. Tenía bien Atrapada a mamá. Como podía Atrapar a Nelly.

Eso le gustaba mucho.

—Me llamo Ari.

—Yo, Justin —respondió el hombre con calma. En medio del silencio.

—Voy a una fiesta —explicó Ari—. En casa de Valery.

En ese momento llegó Jane Strassen a recoger a la niña. Con firmeza. Grant se interpuso entre ambos, apoyó la mano sobre el hombro de Justin y le dio la vuelta.

Se fueron. No pasó nada más.

—Maldita sea —exclamó Grant cuando volvieron al apartamento—, si nadie se hubiera movido, no habría pasado nada. Nada de nada. Ella se dio cuenta. Se dio cuenta. Actuó como si lo tuviera ensayado.

—Tenía que verla —suspiró Justin. No podía decir por qué. Excepto que decían que ella era Ari. Y no lo había creído hasta entonces.

VII

—Buenas noches, cariño —dijo mamá y la besó. Ari levantó los brazos, la abrazó y la besó también. Mmuuaa.

Mamá salió de la habitación y todo se volvió oscuro. Ari se dio la vuelta en la cama con Poca-cosa. Estaba repleta de ponche y tarta. Cerró los ojos y toda la gente era brillante. Ollie le consiguió la tarta. Y toda la gente la miró. La fiesta de Valery fue divertida. Jugaron a las sillas musicales y hubo regalos. El suyo era una estrella brillante. El de Valery una pelota. Todos lamentaron mucho lo de la lámpara de sera Schwartz.

El año nuevo era divertido.

—¿Está bien? —preguntó Ollie en el dormitorio. Y Jane asintió mientras él le desabrochaba la blusa—. Sera, lo lamento...

—No hablemos más de eso. No dramaticemos. Está bien. —Él terminó de ayudarla: Jane dejó deslizar la blusa de seda por los hombros y la arrojó sobre la silla. Ollie todavía estaba impresionado.

Y en realidad, ella también. Sin mencionar que había sido idea de Denys y Giraud, maldita sea.

Olga había llevado a la niña ante extraños; la había arrastrado con ella como a un maniquí, la había hecho pasar por la alta presión del círculo social en el cual los nervios de Ari debían de haberse puesto al rojo vivo.

No podían desvelar el secreto. Sólo había un lugar de alta tensión al que pudieran ir, dentro de Reseune.

La Familia. En toda su gloria múltiple, en su gloria atroz.

Suficiente azúcar en su metabolismo, controlado tantas veces; suficientes no hagas esto y vamos, Ari, y promesas de recompensas para asegurarse de que una niña de cuatro años estuviera más hipersensible que nunca.

Se sentía descompuesta.

VIII

Justin se arrebujó la chaqueta mientras él y Grant tomaban el camino exterior entre la Residencia y la oficina, y metió las manos en los bolsillos. No caminaban con rapidez, a pesar del frío de la mañana, en un primero de enero en que todos se resistían a empezar de nuevo.

Se detuvo frente al estanque de los peces, se inclinó y les echó comida. Los koi lo reconocían. Lo esperaban; se acercaron nadando bajo los lotos de hojas castañas. Vivían en el pequeño estanque entre los edificios, divertían a los niños de la Casa y procreaban sin darse cuenta de que no estaban en el mundo donde habían sido creados.

Aquí era aquí. El viejo amigo de manchas anaranjadas había tomado la comida de su mano desde que era pequeño, todos los días, y ahora, desde que Jordan se había marchado, él y Grant salían al exterior siempre que podían. Todas las mañanas.

Había micrófonos espías que podían captar sus voces desde la Casa, que podían controlarlos en cualquier parte. Pero, por supuesto, Seguridad seguía la ley del mínimo esfuerzo, tomaba la temperatura de la situación de vez en cuando y abría un interruptor en el apartamento sin perder mucho tiempo en un par de diseñadores de cintas que no habían causado problemas a la Casa desde hacía años. Seguridad podía citarlos para someterlos a psicotest, cuando quisiera. Que no lo hubieran hecho significaba que Seguridad no estaba interesada... todavía.

Pero tenían cuidado.

—Tienen hambre —comentó Justin con respecto al koi blanco—. Es invierno; y los hijos no lo saben.

—Una de las diferencias —observó Grant, que se había sentado sobre la roca a su lado—. Los hijos de los azi lo sabrían.

Justin rió a pesar de la angustia que lo dominaba.

—Te das aires de superioridad, ¿eh?

Grant se encogió de hombros, en un gesto alegre.

—Los hombres a veces se comportan como ciegos ante determinadas normas. Nosotros no. —Otro pedacito de comida tocó el agua y un koi lo cogió. Las ondas hicieron oscilar los lotos—. Mira, el problema de los contactos con desconocidos es un prejuicio. Deberían enviarnos.

—Éste es el hombre que dijo que Novgorod era demasiado extraño.

—A los dos. A ti y a mí. Entonces no me preocuparía. Una larga pausa. Justin tenía el pedazo de comida en la mano.

—Ojalá hubiera un lugar.

—No te preocupes. —Grant no hablaba de Novgorod. De pronto, la sombra había vuelto. El frío estaba otra vez en el viento—. No. Todo está bien.

Justin asintió, sin decir nada. Estaban muy próximos. Había recibido cartas de Jordan. Parecían de puntilla, con frases cortadas físicamente en el papel. Pero decían, en un saludo: *Hola, hijo. Me dicen que tú y Grant estáis bien, Leo y releo tus cartas. Las viejas están un poco gastadas. Por favor envíame más.*

Su sentido del humor está intacto, había comentado Justin a Grant. Y él y Grant habían leído y releído la carta para descubrir las pocas pistas que daba sobre el estado de ánimo de Jordan. Leído y releído otras que habían pasado por entre las redes de la censura. Página tras página sobre el estado del tiempo. Hablaba de Paul, constantemente: *Paul y yo.* Eso también había tranquilizado a Justin.

La situación está cambiando, había dicho Denys cuando Justin le sugirió la posibilidad de enviar cintas grabadas. O de hacer llamadas telefónicas, cuidadosamente censuradas.

Y habían estado muy cerca de conseguir el permiso.

—No puedo dejar de preocuparme —dijo Justin—. Grant, tenemos que mantenernos al margen de líos durante un tiempo. Y no será la última vez. No será lo último. No hace falta que hagamos nada: todo puede echarse a perder sin más.

—Trajeron a la niña. No nos prohibieron asistir. Tal vez no esperaban lo que pasó, pero nosotros no lo buscamos. Una habitación llena de psicólogos, y se quedaron paralizados. Le indicaron algo a la niña. Ella los estaba leyendo a ellos no a nosotros. Es el pensamiento contradictorio de nuevo. Hombres. No querían que pasara lo que pasó y al mismo tiempo lo deseaban; prepararon toda la situación para mostrar a Ari, y ella lo estaba haciendo, estaba probando lo que ellos querían que probara. Y no estaba probando nada. Tal vez nosotros le hicimos una señal. La mirábamos. A mí me pilló observándola. Tal vez eso le despertó la curiosidad. Tiene cuatro años, Justin. Y toda la habitación saltaba al unísono. ¿Qué puede hacer una niña de cuatro años?

—Correr al lado de su mamá, mierda. Y al principio lo hizo. Entonces todos se relajaron y ella se dio cuenta de eso también. Empezó a tener esa mirada... —Justin sintió un escalofrío en el cuello y encogió los hombros. Luego recordó de nuevo la escena y trató de pensar. La noche anterior nadie había pensado.

—¿No te das cuenta de los fallos en la memoria de los CIUD? —preguntó Grant—. Es por el pensamiento contradictorio. Vosotros tenéis sueños proféticos, ¿no? Tú puedes soñar con un hombre que bebe un vaso de leche. Una semana después ves a Yanni bebiendo té en el almuerzo y si experimentas una sensación rara al verlo, le dices inmediatamente que esa situación la has vivido en sueños, le aseguras que soñaste que hacía eso exactamente en esa mesa, y ni siquiera un psicotest puede descubrir la verdad. Me ha pasado dos veces en la vida. Y cuando pasa, saco mi cinta de la bóveda y me echo en el diván para una sesión hasta que me siento mejor.

Escúchame. Te acepto que el comportamiento de esa niña puede haber significado algo. Pero voy a esperar y ver cómo se integra con otros comportamientos. Si quieres mi análisis sincero de la situación, te diré que todos los CIUD de la habitación entraron en un estado de irrealidad. Incluyéndote a ti. Alucinación en masa. Durante treinta segundos, los únicos cuerdos en aquella habitación eran los azi y esa niña, y la mayoría de nosotros percibíamos lo que les sucedía a los CIUD y estábamos muy, muy confundidos.

—¿Todos menos tú?

—Yo te estaba mirando a ti, a ti y a ella.

Justin suspiró y se sintió más tranquilo. No era nada, naturalmente. Era lo que decía Grant, toda una habitación de psicólogos que habían olvidado por un momento su ciencia. Pensamiento contradictorio. Matices en los valores.

—A la mierda con Hauptmann —murmuró—. Me estoy volviendo partidario de Emory. —Dos suspiros callados. Ahora lo recordaba con menos carga emocional y veía a la niña, no a la mujer. *Voy a una fiesta en casa de Valery.*

Ni sombra de malicia en eso. No había estado jugando con él en ese momento. Lo había mirado con la cara inocente de cualquier niño y le habría ofrecido un futuro de «seamos amigos». «Ellos» y «nosotros». Tal vez, un tratado de paz. Justin ya no recordaba nada de cuando tenía cuatro años. Jacobs, que trabajaba ese aspecto de la psicología de los ciudadanos, podía decirle cómo era un niño CIUD a esa edad. Pero podía sacar unas cuantas cosas de aquella agua oscura: la cara de Jordan a los treinta años.

El y Grant dando de comer a los peces. Cuatro, cinco, tal vez seis años. No estaba seguro. Era uno de sus primeros recuerdos y no podía situarlo bien.

Y de pronto empezó a sudar de timidez.

¿Por qué? ¿Por qué hago eso?

¿Qué me pasa?

Paredes.

Niños... Nunca le habían interesado. Decididamente no. Había evitado cuidadosamente toda las oportunidades para aprender algo sobre ellos, había huido de su propia infancia como de un lugar del que se había desterrado; y las preocupaciones de Reseune con el proyecto lo molestaban.

Veintitrés años y no era más que un tonto, desempeñaba un trabajo rutinario, perdía el tiempo, sin pensar en nada concreto. Estaba bajando la cuesta. Sin hacerse cintas, porque la cinta significaba no tener defensa, porque la cinta abría áreas que él no quería dejar al descubierto.

Él derrumbaba las paredes de ese entonces, de Jordan, de cualquier cosa que ya hubiera sucedido. Y eso lo enfadaba, lo hacía sudar por las manos. Aceptar un compromiso.

Pero ya estaban comprometidos.

—¿Es una trampa, no? —le dijo a Grant—. Tu psicogrupo no te permite ver lo que yo vi. Pero es válido para ella, Grant. Ella tiene una dimensión de contradicción; todos los CIUD la tienen.

Grant se rió sin ganas.

—Era una habitación llena de CIUD que de repente se volvieron locos. Pero tal vez nosotros vimos algo que te pasó desapercibido.

—Contradicción. Contradicción. Botellas de Klein. Verdadero y no verdadero. Me alegro de saber constantemente en qué planeta estoy. Y estoy seguro de lo que veo sin meterme ni con el pasado ni con el futuro.

—Maldita sea. A veces quisiera poder pedirte prestada tu cinta.

Grant meneó la cabeza.

—¿Sabes? Tienes razón en lo que se refiere a ver cosas que a mí se me escapan. Sé que tú puedes verlas. Estoy preocupado. Estoy preocupado porque sé que no observo la situación como un CIUD. Puedo analizar con lógica tus actos, pero no entiendo la contradicción.

—Quieres decir que tu camino es tan parecido al de los azi que no lo ves.

Justin no podía dejar de pensar en el debate Hauptmann–Emory; Grant siempre le hablaba de eso y ahora lo estaba probando. Un poco de perspectiva clínica por debajo de las otras cosas: *Sal de esto, Justin. No reacciones. Piensa.*

—Quiero decir —continuó Grant— que si todos fuéramos azi no tendríamos este problema. Tampoco ella lo tendría: podrían implantarle su maldito psicogrupo y la niña sería exactamente lo que ellos desean. Pero no lo es. Tampoco ellos lo son. No buscan la racionalidad, no es eso lo que practican. Desde mi situación actual, tú estás tan confundido como ellos y espero que me escuches y bajes la cabeza, dejes de lado las alucinaciones y no reacciones. Todavía faltan años para que pueda surgir algún problema. Hay tiempo para prepararse.

—Tienes razón: no estamos tratando con los grupos de un azi. No van con suficiente cuidado. Si algo funciona mal en ese precioso proyecto la semana que viene, dirán que fue culpa mía. Cada vez que la niña se cruce en mi camino, dejaré de ser inocente. Inmediatamente. Los hechos no tienen nada que ver. Ella acaba de echar a perder cualquier oportunidad de que nos concedan algo con respecto a la situación de Jordan: mierda, tal vez ni siquiera dejen pasar las cartas.

—No busques el culpable. No actúes como si te sintieras responsable. Escúchame: si vas por ahí lleno de reacciones, ellos también van a reaccionar.

La voz de Ari. Desde el pasado. *Contrólate, encanto. Muchacho, me doy cuenta de que estás desesperado, pero contrólate.*

¿Te dan miedo las mujeres, encanto? A tu padre sí.

La Familia es una carga demasiado grande.

Justin apoyó la cabeza en las manos y supo que había perdido la poca ventaja que tenía, que lo había perdido todo, que lo había dejado ir por completo, tan a fondo como había podido, había perdido toda la rigurosidad de su lógica, todo el control, todos los mecanismos de defensa. Deambulaba por los pasillos de Reseune como un fantasma, abierto a todos, sin reacciones. *Ven, soy inofensivo.*

Excepto para los pocos que habían visto las cintas. Que habían visto esas malditas cintas y sabían lo que había hecho Ari, sabían por qué tenía ataques de sudor frío y por qué le molestaba que lo tocaran o se le acercaran demasiado. Especialmente Petros Ivanov, que lo había sometido a psicotest después de que Giraud y todos los demás hubieran terminado con él. *Voy a hacer una pequeña intervención,* había dicho Petros, palmeándole el hombro mientras él se abandonaba en la droga; habían necesitado tres hombres corpulentos de Seguridad para llevarlo al hospital y varios internos para administrarle la droga. Ordenes de Giraud. *Voy a decirte que estás bien, eso es todo. Voy a decirte que estás a salvo. Has sufrido una experiencia traumática. Voy a cerrar esa época. ¿De acuerdo? Relájate. Me conoces, Justin. Sabes que estoy de tu parte.*

Dios, ¿qué me han hecho? Ari, Giraud, Petros...

Se echó a llorar. Grant le puso una mano en el hombro. Grant era el único, el único que podía hacer eso. La niña le había tocado la mano. Y él había tenido un destello. Era como tocar un cadáver.

Se quedó sentado allí durante un largo rato. Hasta que oyó voces, y supo que había más gente en el patio, al otro lado. Había un cerco que podía ocultarlos. Pero Justin hizo un esfuerzo por controlarse.

—¿Justin? —dijo Grant.

—Estoy bien, mierda. —Y algo que nunca le había dicho a Grant—. Petros me hizo algo. O Giraud. O Ari. ¿No te das cuenta? ¿No ves la diferencia?

—No.

—Dime la verdad, maldita sea.

Grant se encogió, asustado. Un gesto distante, extraño. Y después, dolor. Dolor profundo.

—¿Grant? ¿Crees que me han hecho algo?

—No entiendo a los hombres —suspiró Grant.

—¡No me engañes con eso!

—Estaba a punto de decir... —Grant estaba pálido, los labios le temblaban—. Justin... vosotros, no entendéis...

—No me mientas. ¿Qué ibas a decir?

—No lo sé, Dios mío, te asustaron una y otra vez; si fueras azi, te habrías puesto como yo. Ojalá hubieras podido hacerlo. No sabes lo que te sucede por dentro. Te veo... te veo...

—Dilo, Grant.

—... todo esto..., toda esta situación te ha afectado. Es lógico. Aprendes. Te adaptas.

—Eso no es lo que te pregunto. ¿Me hicieron algo?

—No lo sé —dijo Grant. Casi tartamudeaba—. No lo sé. No puedo juzgar los psicogrupos de los CIUD.

—Puedes juzgar el mío.

—No me acorrales, Justin. No lo sé. No lo sé y no sé cómo averiguarlo.

—Estoy dañado, manipulado. ¿Eso es lo que ves? Dilo. Vamos. Ayúdame, Grant.

—Creo que tienes cicatrices. No sé si Petros te ayudó o te perjudicó.

—O me empujó hasta el fondo y me hizo lo mismo que Ari. La niña... —Había sido un golpe. Un golpe severo. Un escape en el tiempo. *Tengo miedo de los destellos de cinta. Los evito. Me protejo de esa época. Eso en sí mismo es una decisión, ¿no es cierto?*

Petros: Voy a cerrar esa época.

Emparedarla.

Dios, es un bloqueo psíquico. O podría serlo.

No eran amigos míos. Ni de Jordan. Lo sé.

Aspiró con brusquedad. Estoy bloqueando todo lo que aprendí de ella. Le tengo pánico.

—¿Justin?

La niña lo disparó. La niña me llevó a los días anteriores a Petros. Anteriores a Giraud. Al tiempo en que solamente Ari existía.

Al tiempo en que creía que nada podía afectarme. Y aquella noche, entré por la puerta de Ari pensando que tenía el control de todo lo que iba a suceder.

Dos segundos después, comprendí que no.

La Familia es una carga.

¿Qué me estaba diciendo?

—¿Justin?

¿Ella quería que Reseune se convirtiera en esto? ¿Le habría gustado que la niña estuviera en manos de Giraud? Mierda, Ari lo tenía en el bolsillo cuando estaba viva. Pero ahora...

—¡Justin!

Se dio cuenta de que Grant lo estaba sacudiendo. Asustado, muy asustado.

—Estoy bien —murmuró—. Estoy bien.

Sintió que la mano de Grant se cerraba en la suya. La mano cálida de Grant. El viento lo había atravesado y se había ido. No sabía lo que estaba contemplando. El jardín. El estanque.

—Grant..., sea o no sea Ari reencarnada, esa niña es inteligente. Se dio cuenta de

cómo manipularlos. Creo que se trata de eso. Se dio cuenta de lo que querían. ¿No es eso lo que decías de los sujetos de Hauptmann? Hizo que se lo creyeran. Denys, Jane, Giraud y todos los demás. Yo no sé; tengo que convencerme de ello para saber qué va a suceder si Giraud empieza a considerar que somos una amenaza.

—Justin. Basta. Vámonos. Hace frío aquí afuera.

—¿Crees que me colocaron un bloqueo psíquico? —Justin volvió a arrastrarse fuera del pasado; miró la cara pálida de Grant, mordida por el frío—. Dime la verdad, Grant.

Un largo silencio. Grant respiraba con dificultad. Se controlaba. No era necesaria mucha habilidad técnica para darse cuenta de eso.

—Creo que tal vez lo hicieron —dijo Grant finalmente. Su mano lo apretaba tanto que le dolía. La voz de Grant temblaba un poco—. Desde entonces he hecho cuanto estaba en mi mano. No me falles. No dejes que te echen de nuevo el guante. Lo harán si les das una excusa. Sabes que pueden hacerlo.

—No me doy por vencido. No. Sé lo que me hicieron. —Justin suspiró y abrazó a Grant, se recostó contra él, agotado—. Estoy bien. Tal vez más que en los últimos seis años.

Grant lo miró, pálido, asustado.

—Lo juro —dijo Justin. Estaba más allá del frío. Congelado. Mareado—. Mierda. Tenemos tiempo, ¿verdad?

—Tenemos tiempo —respondió Grant. Y tiró de Justin—. Ven. Te estás quedando helado. Y yo también. Vamos adentro.

Se puso en pie. Tiró el resto de la comida a los peces, se guardó la bolsa en el bolsillo con los dedos entumecidos y echó a andar. No era totalmente consciente del camino que seguía. Otro automatismo. Grant no dijo ni una palabra más hasta que llegaron a la oficina del Ala Dos.

Luego, se inclinó en la puerta de la oficina. Justin lo miró, como si fuera a preguntarle si se encontraba bien.

—Tengo que ir a la biblioteca.

Justin le dirigió un gesto silencioso con el mentón. Estoy bien.

—Ve, entonces.

Grant se mordió el labio.

—Nos vemos en el almuerzo.

—De acuerdo.

Grant se fue. Justin se sentó en la desordenada oficinilla, se conectó con el sistema de la Casa y se preparó para trabajar. Pero había una señal indicadora de mensaje en la esquina de su pantalla. Lo tomó.

En mi oficina, urgente, decía. Giraud Nye.

Justin se quedó allí, sentado, mirando la pantalla. Descubrió que la mano le

temblaba cuando la estiró para desconectar la máquina.

No estaba preparado para eso. Pensó en un psicotest, en todas las viejas pesadillas. Necesitaba controlarse.

Ya no tenía tantos reflejos como antes. Lo había perdido todo. Tanto él como Grant eran vulnerables.

Disponía del tiempo que tardara en llegar allí para controlarse. No sabía qué hacer, si ir por la biblioteca y tratar de ver a Grant, aunque eso lo señalaría como culpable. Todas sus acciones podían condenarlo.

No, pensó, y se mordió el labio hasta hacerse sangre. Tuvo un destello de otra reunión. El regusto de la sangre en la boca. La histeria se le agolpó detrás de los dientes.

Ya ha empezado, pensó. Ha sucedido.

Conectó la máquina y envió un mensaje a la oficina de Grant.

Giraud quiere verme. Tal vez no esté a la hora del almuerzo. J. Bastaba para avisarle. Y no tenía idea de lo que haría Grant al respecto.

Preocuparse. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Volvió a apagar la máquina, cerró la oficina y caminó por el pasillo, con el gusto de la sangre en la boca. Miraba las cosas y la gente y pensaba que tal vez no volvería. Que tal vez él y Grant irían de allí a la habitación de psicotest del hospital.

IX

Giraud ocupaba la misma oficina de siempre, en el Ala Administrativa, la misma entrada artesonada, poco llamativa, con el cerrojo exterior, más seguridad de la que había usado Ari en toda su vida. Giraud ya no era el jefe oficial de Seguridad. Al menos para los que no pertenecían a Reseune, era el canciller Nye. Pero todo el personal de la Casa sabía quién se ocupaba de la Seguridad.

Justin pasó su tarjeta por el cerrojo, la oyó entrar y buscar su número de CIUD. Entró en el pequeño vestíbulo y abrió la puerta interna. Abban, el azi de Giraud, estaba en el escritorio de siempre.

Eso fue lo primero que vio. Un instante después observó que los dos oficiales de Seguridad y Abban se ponían en pie con movimientos naturales.

Se detuvo en seco. Y miró al más cercano de los oficiales azi, frente a frente, con calma. *Seamos civilizados*. Dios otro paso hacia la habitación y cerró la puerta con cuidado.

Tenían un aparato para registrarlo.

—Extienda los brazos, ser —dijo el de la izquierda. Él obedeció, les dejó pasar el aparato por su cuerpo. Encontraron algo en el bolsillo de la chaqueta. El oficial sacó la servilleta de papel que había contenido el alimento de los peces. Justin lo miró con calma mientras el corazón le golpeaba el pecho como un martillo enloquecido y sentía que le faltaba el aire.

Se aseguraron de que no estaba armado. Abban abrió la puerta y lo condujeron a través de ella.

Giraud no era el único. También estaban Denys y Petros Ivanov. Justin sintió que el corazón le saltaba en el pecho. Uno de los oficiales lo llevó suavemente del brazo y lo guió hasta la silla que quedaba, frente al escritorio de Giraud. Denys estaba a la izquierda, Petros a la derecha.

Como un tribunal.

Y los hombres de Seguridad se quedaron, uno con la mano sobre el respaldo de la silla de Justin, hasta que Giraud hizo un gesto y les pidió que salieran. Pero cuando se cerró la puerta Justin intuyó que alguien se había quedado en la oficina.

Abban, pensó.

—Ya sabrás por qué estás aquí —empezó Giraud—. No tengo que decírtelo.

Giraud quería una respuesta.

—Sí, ser —dijo Justin en voz baja. *Harán lo que quieran.*

¿Por qué está aquí Petros? A menos que vayan a someterme a psicotest.

—¿Tienes algo que decir? —dijo Giraud.

—No creo que deba decir nada. —Controló apenas el temblor de la voz. *Mierda, tranquilo.*

Y como un viento, desde la oscuridad. *Tranquilo, encanto. No dejes que me dé cuenta de todo.*

—Yo no lo provoqué, Giraud. Yo no quería que pasara.

—Podrías haberte ido.

—Me fui.

—Después. —Giraud estaba pálido de rabia. Levantó un lápiz y se lo colocó entre los dedos—. ¿Qué querías? ¿Sabotear el proyecto?

—No. Estaba allí como todos. No era diferente. Estaba pensando en mis asuntos. ¿Qué hicieron ustedes, la prepararon para eso? ¿Eso es lo que pasa? ¿Una obrita de teatro? ¿Para impresionar a la Familia? ¿Para comprar a la prensa? Supongo que son muy capaces.

Giraud no esperaba este ataque. Pero apenas reaccionó. Denys y Petros parecían disgustados.

—No preparamos a la niña —respondió Denys con calma—. Tienes mi palabra, Justin, no la preparamos.

—Al diablo con eso. Una hermosa función para la prensa, ¿no? El tipo de situación que arma revuelo, una buena propaganda para los fenómenos de aquí. La niña señala a la réplica de su asesino. ¡Dios! ¡Qué científico!

—No te preocupes por actuar para las cámaras —espetó Giraud—. No estamos grabando esto.

—No lo esperaba. —Justin temblaba. Cambió de posición el pie para relajar la pierna y que no temblara. Pero al menos pensaba rápido. Iban a arrastrarlo a otra sesión, se estaban preparando para ello; y de alguna forma eso despejó la niebla de su mente—. Supongo que van a trabajarme bien antes de ponerme frente a las cámaras. Pero va a ser un problema que yo *aparezca* en esa cinta en la fiesta y después quitarme de en medio. O hacer que aparezca muerto. Todo un problema para ustedes, ¿verdad?

—Justin —dijo Petros, en tono de súplica—. Nadie te va a «trabajar». No hemos venido para eso.

—Claro, claro.

—Lo que queremos —continuó Giraud en voz alta, dura, cortante— es la respuesta a una pregunta muy clara. ¿Le transmitiste algo? ¿La provocaste?

—Tú contestas tus propias preguntas. Escribe lo que quieras. Mira la cinta, por favor.

—Ya lo hemos hecho —dijo Giraud—. Grant tuvo contacto visual con ella. Y tú también, antes de que la niña se moviera.

Ataque sobre un nuevo blanco. Claro que iban a llegar a Grant.

—¿Y qué estaban mirando todos? ¿Para qué nos habían invitado, por Dios? Claro que la miraba. ¿Pensabas que iba a asistir a la fiesta y no la miraría? Me viste. Podrías haberme dicho que me fuera. Pero claro, no lo hiciste. Me preparaste. Preparaste todo el asunto. ¿Cuántos más están en esto? ¿Solamente tú?

—Sigues afirmando que no la provocaste.

—Claro que no. Ninguno de los dos. Le pregunté a Grant. Él no me mentiría. Admite que la miró. La estaba mirando. «A mí me pilló observándola», me dijo. No fue culpa suya. Ni mía.

Petros se movió en la silla. Se inclinó hacia Giraud.

—Gerry, creo que debes tener en cuenta lo que te dije.

Giraud pulsó un botón en la consola. La pantalla se encendió; Giraud escribió algo con la mano derecha, probablemente buscaba un archivo. Los datos se reflejaron sobre el metal de su escritorio, un destello verde.

Más datos, más manipulación. Organizado, se dijo Justin. Todo. Un corto momento de suspense, ahora. Secretos.

Y sin embargo, no podía dejar de reaccionar.

Giraud leyó algo o fingió que leía. Respiró de nuevo. La cara no era más amistosa cuando levantó la vista.

—No te gusta estudiar con cintas. Extraño en un diseñador.

—No les tengo confianza. ¿Puedes culparme?

—Ni siquiera usas cintas de entretenimientos.

—Trabajo mucho.

—Me gustaría que cambiaras de actitud. No acudiste a dos de las sesiones que habíamos concertado para ti con Petros. No usas las cintas más que una vez al mes o menos. Es una actitud muy rara en un diseñador.

Justin no contestó.

Había usado todas sus respuestas.

—Hasta Grant dejó de acudir al laboratorio para usar cintas. Usa una unidad casera. No es lo habitual.

—No hay normas en eso. Si eso lo satisface, es suficiente. Grant es brillante, tiene buena absorción.

—Ésas no son tus instrucciones.

—No, no.

—Sabes —intervino Petros— que Grant es autosuficiente, es completamente social. No necesita ese tipo de refuerzo. Pero teniendo en cuenta lo que le pasó sería mejor que usara cintas profundas. Como control.

—¿Si tenemos en cuenta lo que tú le hiciste? ¡No!

—Así que son tus instrucciones —dijo Giraud.

—No. Es su decisión. Por lo que sé, tiene tanto derecho como yo a decidir.

—No estoy seguro de que necesitemos un equipo de diseñadores con fobia hacia las cintas.

—Vete a la mierda.

—Calma —dijo Denys—. Tranquilidad, por favor. Giraud, no hay nada malo en el trabajo de Justin. Ni en el de Grant. Eso no está en discusión.

—En el asesinato de Ari hubo más de una víctima —dijo Petros—. Justin. Grant. No creo que puedas ignorar esta circunstancia. Estás frente a alguien que era un chico en la época del incidente, que en realidad, era víctima de un acto criminal de la misma Ari, entre otros. No quiero divulgarlo demasiado, pero lo vigilo. Le pedí que viniera a verme y hablara conmigo. ¿Es verdad, Justin?

—Sí.

—Pero no contestaste, ¿no es cierto?

—No. —El pánico le agarrotó la garganta. Se sintió mareado.

—Toda la cuestión del proyecto —dijo Petros— te molesta un poco, ¿no?

—Vive y deja vivir. La niña me da lástima. Estoy seguro de que ustedes han situado espías de Seguridad en mi apartamento. Espero que se diviertan mucho con mis asuntos íntimos.

—Justin.

—Por mí, te puedes ir a la mierda tú también, Petros.

—Justin. Dime la verdad. ¿Todavía tienes destellos?

—No.

—Estás seguro.

—Sí, estoy seguro.

—Estabas muy tenso cuando entraste en la fiesta, ¿no es cierto?

—Claro que no. ¿Por qué?

—Creo que ésa es la respuesta que buscas —dijo Petros a Giraud—. Justin entró muy nervioso. Los dos. Ari lo captó enseguida. Eso es todo. No creo que fuera intencional. Estoy mucho más preocupado por el estado de ánimo de Justin. Creo que será mejor que vuelva a su ala, asista a las reuniones de la Familia y siga con su vida normal. No creo que sea útil someterlo a psicotest. Ya tiene demasiada tensión sobre sus hombros. Pero me gustaría que viniera a verme para alguna sesión de consejo.

—Giraud —dijo Denys—, si crees en la sensibilidad de la joven Ari, ten en cuenta que ella no tuvo miedo de Justin. A pesar de la tensión de él, ella no estaba asustada. Muy al contrario.

—Esto tampoco me gusta nada. —Giraud respiró hondo y se inclinó mirando a Justin por debajo de las cejas—. Irás a ver a Petros. Si me entero de que no cooperas, te pondré al cuidado de una de las estaciones de precipitados antes de la puesta de sol. ¿Comprendes?

—Sí, ser.

—Seguirás trabajando. Si por algún motivo te encuentras con Ari, te comportarás de la forma que provoque menos curiosidad. Asistirás a las reuniones de Familia. Si ella te habla, muéstrate agradable. Nada más. Si te apartas de esta línea, volverás aquí y yo no estaré de buen humor, te lo aseguro. Y eso vale también para Grant. Tú harás que lo entienda. ¿Me has oído?

—Sí, ser. —Como un azi cualquiera. Tranquilo. Respetuoso. *Es una trampa. Todavía tiene que cerrarse. Hay algo más en todo esto.*

—Puedes irte. Abre la puerta, Abban.

La puerta se abrió, sí. El se levantó de la silla. Denys lo imitó. Justin se dirigió a la puerta y Denys fue con él, lo tomó del brazo y lo acompañó frente a Seguridad hacia la pequeña caja del vestíbulo de entrada y afuera de nuevo, hacia el pasillo principal. Luego le tiró de la manga para que se detuviera.

—Justin.

Él se detuvo. Estaba temblando todavía. Pero un desafío no le serviría de nada.

—Justin, estás bajo presión, mucha presión. Pero tú sabes tan bien como yo que no hay transferencia de recuerdos. Ella no es la vieja Ari. De verdad, no queremos otro caso de animosidad contra los Warrick. No queremos que ocupes el papel de Jordan en todo esto. Hay mucho en juego. Él asintió.

—Justin, escúchame. Giraud te pasó el psicotest. Sabe muy bien que eres sincero. Lo que pasa es que...

—Lo que pasa es que es un hijo de puta.

—Justin. No nos pongas las cosas más difíciles. Obedece a Giraud. No cometas errores. No quieres herir a una niña. Sé que no. Lo que Ari te hizo no tiene nada que ver con ella. Y tú no le harías daño.

—No. Y nunca le hice nada a Ari, por Dios. ¿Crees que yo lastimaría a una niña?

—Lo sé. Te creo. Pero piénsalo. Piénsalo la próxima vez que la veas. Ari te deshizo. Tú puedes hacerle lo mismo a la niña, puedes hacerla. Quiero que lo pienses seriamente.

—¡No le hice nada!

—No le hiciste nada. Cálmate. Cálmate y respira hondo. Escúchame. Si puedes manejar la situación, te ayudaré.

—Claro.

Denys lo cogió del brazo otra vez, lo acercó más hacia la pared mientras Seguridad dejaba la habitación. Lo tomó del hombro y lo mantuvo allí.

—Justin. Quiero decirte... la solicitud que tengo en el escritorio, el del contacto telefónico. Voy a dejar pasar unas semanas y después voy a concedértelo. Habrá algún retardo en el diálogo... Jordan es muy inteligente y Seguridad tiene que tomarse su tiempo de pensar. Es lo más que puedo hacer. ¿Te hace sentir mejor?

—¿Cuánto me va a costar?

—Nada. Nada. Pero no lo hagas difícil. No te metas en líos. ¿De acuerdo?

Justin miraba la pared, los dibujos del travertino que se confundían bajo su mirada. Sintió que Denys le palmeaba la espalda.

—Lo lamento mucho. De verdad, lo siento. Sé que no tuviste ni un día de paz. Pero te quiero en el proyecto. Por eso luché para que Giraud permitiera que te quedaras. A Ari le gustabas, no, óyeme: a Ari le gustabas de verdad. No importa lo que hizo. Yo la conozco, ahora, muerta, tanto como me conozco a mí mismo. El problema de Ari con Jordan era antiguo y muy amargo. Pero tenía tus notas y decidió que te quería en su ala.

—¡Ésas notas eran falsas!

—No, claro que no. No eran sobresalientes, eso ya lo sabes. Pero eran notas en muchos campos, media docena al menos. Tenías las mismas cualidades que ella. No podías compararte con ella, claro, pero no habías tenido a Olga Emory empujándote constantemente. Ella me dijo personalmente, y te juro que no te estoy mintiendo, hijo, que te quería en su ala, que eras mucho mejor de lo que se reflejaba en los exámenes, y mucho mejor, dijo, que Jordan. Son palabras suyas, no mías.

—La ciencia no era lo que tenía en mente.

—Te equivocas. No es lo que quieres oír, ya lo sé. Pero si quieres entender por qué hizo lo que hizo, deberías saber esto. Tengo un solo interés en esto: Ari. A ver si me entiendes, ella tenía cáncer. Fallaba la rejuv. Los doctores discuten si el cáncer provocó el fallo de la rejuv o si ésta empezó a fallar naturalmente y el cáncer se desarrolló por este motivo. En cualquier caso, ella sabía que estaba en problemas y que la vida se le acortaba mucho. La cirugía habría retrasado el proyecto, así que ordenó a Petros y a Irina que guardaran silencio. Organizó el proyecto para que cuando tuviera que recurrir a la cirugía (estoy seguro de que no lo descartó a su tiempo, no era estúpida) no lo dejara sin apoyo y cuidado, ya me entiendes, de modo que el proyecto pudiera funcionar durante unos meses con una mano blanda al frente. Yo lo sé porque era su amigo, Justin. Me eligió a mí para acceder a sus notas. Giraud es muy eficiente en la cuestión económica. Pero lo que le preocupaba a ella y me preocupaba a mí, el asunto principal, es el proyecto. Creo que lo dudas. No hay controles, no hay resultados de duplicación. Pero está basado en dos décadas de resultados duplicados con los azi. Y no es el tipo de aspecto que nos guste cuantificar. Estamos hablando de una vida humana, una dimensión emocional, una dimensión subjetiva. Tal vez no estemos de acuerdo en nada, Justin, aquí, en privado, y te respeto por tu honestidad profesional. Pero si tratas de sabotearnos, me tendrás como enemigo. ¿Entiendes?

—Sí, ser.

—Te diré otra cosa: Ari cometió errores y actos deleznable. Pero era una gran mujer. Era Reseune. Y era mi amiga. Te protegí, Justin, y protegí la reputación de ella

al mismo tiempo; y no te conviene creer que voy a dejar que un pequeño y sórdido incidente destruya esa reputación. No te dejaré que la destruyas, ¿comprendes?

—¡Usted tiene las cintas en los archivos! Si esa pobre nenita se las arregla para coincidir con la mitad de las cosas que hizo Ari, los investigadores van a querer cada detalle, y ese detalle no es cualquier cosa.

—No. No les interesará. Ése incidente pertenece al final de su vida más allá de la esfera de interés. Y lo que es más, por eso trabajamos con Rubin. Éste es el que los militares pueden atrapar. Ari es nuestro proyecto, sólo nuestro. Nosotros tenemos el contrato de los técnicos. ¿Acaso Reseune dejó escapar alguna vez algo que le interesara en el aspecto económico?

—Dios mío, pueden manejar a los militares durante años con eso. Admítalo. Son las malditas ideas de Giraud para conseguir fondos. Su inagotable fuente para conseguir proyectos militares.

Denys sonrió y meneó la cabeza.

—Va a funcionar, Justin. Nosotros no la preparamos.

—Entonces, respóndame: ¿está seguro de que Giraud no lo hizo?

Los ojos de Denys reaccionaron inmediatamente. La cara no. Siguió sonriendo.

—El tiempo lo probará, ¿no te parece? En tu posición, en lugar de quedar como un tonto en público, mantendría la boca cerrada, Justin Warrick. Yo te ayudé. Hablé en tu favor, en el de Jordan y en el de Grant cuando nadie más lo hacía. He sido tu protector. Pero recuérdalo siempre: fui amigo de Ari. Y no permitiré que saboteen su proyecto.

Ahí estaba la amenaza. Era real. No cabía duda al respecto.

—Ésta es la única vez que voy a decirte esto. No quiero repetirlo. Quiero que aceptes el favor que te hago y que recuerdes lo que te he dicho. ¿De acuerdo?

—Sí, ser.

—¿Estás bien?

Él suspiró.

—Eso depende de lo que haga Petros, ¿no le parece?

—Solamente hablar. Eso es todo. —Denys lo sacudió con amabilidad—. Justin, ¿tienes destellos?

—No —respondió Justin. Le temblaba la boca. Dejó que temblara. Eso ayudaría a que Denys entendiera—. Es solamente que ya he sufrido demasiado. El hospital me aterra, ¿entiende? ¿Le parece ilógico? No confío en Petros. Ni en nadie de su personal. Contestaré a sus preguntas. Si quiere mi cooperación, dígame que no me toque, ni a mí ni a Grant.

—¿Me estás chantajeando?

—Dios, no puedo haber aprendido nada sobre chantaje, ¿eh? No. Se lo estoy pidiendo. Haré lo que usted quiera. No me interesa perjudicar a esa niña. No quiero

hacerlo. Quiero mi trabajo. Quiero hablar por teléfono con Jordan, quiero...

Se controló, se dio la vuelta y se apoyó en la pared hasta que recobró el aliento.

Dales todas las claves, encanto, muy bien.

Estúpido.

—Ya tienes eso —dijo Denys—. Mira. Tú contesta las preguntas de Petros. Trata de resolver esto. Eras un chico asustado por entonces. Todavía estás asustado y yo tengo miedo de que todo esto te haya afectado más de lo que quieres admitir ante nosotros.

—Hago mi trabajo. Usted lo ha dicho.

—Nadie lo discute. Te lo aseguro. No sabes en quién confiar. Crees que estás solo. Y no es cierto. Le importas a Petros. Y a mí. Sé que no quieres escuchar esto. Pero puedes venir a verme si crees que necesitas ayuda. Ya te he dicho mis condiciones. Quiero tu ayuda. No quiero que haya acusaciones contra Ari, ni contra el proyecto, ni contra el personal.

—Entonces, haga que Petros me quite las manos de encima, a mí y a Grant. Diga a Seguridad que saquen su equipo de mierda. Quiero vivir mi vida y hacer mi trabajo, eso es todo.

—Yo quiero ayudarte.

—Entonces, ayúdeme. Haga lo que le pido. Tendrá toda mi cooperación. No estoy planificando ninguna venganza. Quiero un poco de paz, nada más, Denys. Quiero un poco de paz después de todos estos años. ¿Hice... hice daño a alguien alguna vez?

—No. —Una palmada en el hombro—. No. Claro que no. Nunca. El daño fue contra ti. Todo.

Justin se dio la vuelta y se apoyó contra la pared.

—Entonces, por Dios, déjenme solo, permítanme hablar con mi padre y hacer mi trabajo. Estaré bien si me dejan solo y sacan a Seguridad de mi dormitorio.

Denys lo miró un largo rato.

—De acuerdo. Lo intentaremos durante un tiempo. Lo intentaremos al menos hasta el exterior de la casa. No digo que no vamos a controlar quién entra y quién sale por la puerta. Si algo parece sospechoso, te caerán encima. Pero si no, te dejarán tranquilo. Yo daré la orden. Pero no hagas que me arrepienta.

—No, ser —dijo Justin, porque fue todo lo que logró pronunciar.

Denys lo dejó solo.

Cuando volvió a la oficina, Grant lo esperaba en el umbral, Grant, asustado y silencioso, una presencia llena de preguntas.

—Todo está bien —explicó Justin—. Me preguntaron si lo hice intencionadamente. Dije que no. Les conté otras cosas. Denys me prometió que nos van a sacar de encima a Seguridad.

Grant lo miró como para preguntarle quién podía estar escuchando y para quién

estaba actuando.

—No, lo prometió, en serio —le contestó Justin. Y cerró la puerta para conseguir la poca intimidad que les daba. Recordó lo otro, lo importante, las promesas que se dan y se quitan, las amenazas que se dan y se quitan como golpes de martillo, y se recostó contra el respaldo de la silla de trabajo, casi sin aliento—. Dijo que nos iban a dejar hablar con Jordan.

—¿En serio? —se asombró Grant.

Eso era lo que lo había desequilibrado, que de pronto le prometieran favores, ahora, cuando tenían menos razones para hacerlo. Cuando podían arrastrarlo al hospital por la fuerza, tal como acababan de demostrárselo.

Algo estaba pasando.

X

—Música —dijo al Cuidador esa noche cuando entraron por la puerta. El Cuidador puso la cinta. Informó sobre llamadas. No había ninguna—. No somos populares —comentó Justin. Habitualmente siempre había alguna llamada, alguien del laboratorio, alguien que preguntaba algo sobre el trabajo, alguien que no los había encontrado en la oficina.

—Ah, la inconstancia humana. —Grant dejó el portafolios sobre la mesa de siempre, guardó la chaqueta en el armario y se dirigió al bar mientras Justin colgaba la suya. Preparó dos bebidas y las llevó de vuelta—. Doble para ti. Quítate los zapatos, pon los pies en alto, siéntate. Te hará bien.

Él se sentó, se quitó los zapatos, se reclinó contra los almohadones y bebió. Whisky con agua, un sabor que prometía un alivio para los nervios en tensión. Vio a Grant con la pequeña pizarra de plástico que usaban para escribir cosas que no se atrevían a decir en voz alta; y Grant escribió:

¿Confiamos en su palabra de dejar de espiarnos?

Justin meneó la cabeza. Apoyó el vaso sobre la repisa de piedra junto al montón de almohadones y se estiró para buscar la pizarra. *Les daremos un poco de información falsa y veremos si con eso los atrapamos.*

Un gesto de asentimiento con la cabeza. La pizarra de nuevo en manos de Grant.

¿Ideas?

Y él. *Aún no. Estoy pensando.*

Grant: *Supongo que tengo que esperar hasta que demos de comer a los peces para saber qué pasó.*

El: *Complicado. Peligroso. Petros va a tener una entrevista conmigo.*

Grant, una mirada confusa. Una pregunta muda.

Él: *Sospechan lo de los destellos.*

Grant: subrayado de la palabra «entrevista». Signo de pregunta.

El: *Denys me prometió que no habría psicotest. Luego añadió: Se dieron cuenta de que tengo problemas con las cintas. Tengo miedo. Tengo miedo de que me hayan hecho una prueba de la tensión de la voz. Si lo hicieron, no la pasé. No voy a pasar el examen de Petros, te lo aseguro. Durante mucho tiempo, traté de pensar que los destellos eran un trauma. Ahora creo que pueden ser por un bloqueo. Deliberado. Tal vez me quieren así.*

Grant lo leyó con una arruga en la frente. Escribió con cuidado. Borró la pizarra y escribió de nuevo. Repitió el proceso. Finalmente un breve: *Creo que el bloqueo no es deliberado. Creo que te sometieron a demasiados psicotest.*

El: *Entonces, ¿por qué mierda estamos escribiendo notas en la sala? Subrayado tres veces.*

Grant reaccionó con las cejas, un poco levantadas. Y escribió: *Porque todo es posible. Pero no creo que el bloqueo sea deliberado. Es un efecto secundario. Giraud vino a preguntarte de todo acerca de la intervención de Ari, y todavía no ha terminado. Si eso no basta, ¿qué? Si el asunto era cosa de Ari, sea lo que fuera, tuvo que ser extenso y sutil. Ella podía hacer una intervención con una sola frase. Lo sabemos, Giraud entró a patadas y provocó algún lío.*

Justin lo leyó y sintió que el frío le penetraba hasta la médula. Mordió el lápiz un momento y escribió: *Giraud había visto las cintas. Giraud sabía lo que hacía... Tal vez trabaje más con psicogrupos militares y eso no me da seguridad, por cierto. Le consiguieron ese rango de Especial Política. No talento. Dios sabe lo que me hizo. O lo que hizo Petros.*

Grant leyó y volvió a aparecer la arruga en su frente. Escribió: *No puedo creer eso de Petros. De Giraud, sí. Pero Petros es independiente.*

El: *Yo no confío en él y tengo que pasar por esas entrevistas. Pueden quitarme el trabajo. Declararme inestable, interrumpir mi permiso para tratar con Alfas. Transferirte, Todo de nuevo.*

Grant aferró la pizarra y escribió, con el ceño fruncido: *Eres la réplica de Jordan. Si demuestras un talento similar al suyo sin un programa psicogenético, justo cuando ellos están llevando a cabo el proyecto Rubin, tal vez pongas en duda sus resultados. Y yo también. Recuerda que Ari me creó con material de un Especial Tú y yo: controles posibles del proyecto. ¿Ésa es la razón por la que Ari nos quería cerca? ¿Y ahora Giraud?*

La idea le revolvió el estómago: *No sé, escribió.*

Grant: *Giraud y Denys están en el proyecto sin controles, excepto Rubin mismo y no se sabe lo fiables que puedan ser los resultados. Somos un inconveniente. Ari nunca confiaría en este sistema. Ari se basaba en controles, tanto como era posible con la psique humana. Creo que nos quería por eso.*

Él: *Denys jura que el proyecto es válido. Pero ha comprometido cada uno de los pasos.*

Grant: *Es válido si funciona. Como siempre has dicho: no piensan soltar los datos si no funciona. Reseune nunca suelta los datos. Reseune gana dinero con sus descubrimientos. Si Reseune consigue recuperar a Ari, una Ari que dirija otra vez las investigaciones, ¿crees que van a publicar las notas? No. Reseune conseguirá grandes contratos de Defensa. Mucho poder, poder secreto, mucho dinero, pero Reseune será el aspecto principal del trato y conseguirá cada vez más poder. Reseune nunca dirá nada sobre los descubrimientos en sí. Reseune trabajará bajo contrato para Defensa y conseguirá lo que quiera mientras Defensa consigue*

promesas de recuperar a individuos, cosa que ni siquiera Reseune puede hacer sin el tipo de documentación que se lleva aquí dentro. Y eso lleva años. Lleva vidas enteras. Y mientras tanto, Reseune colabora con Defensa y consigue grandes logros para sí misma. ¿Comprendo bien las intenciones humanas?

Justin leyó y asintió, con una sensación cada vez peor en el estómago.

Grant: Sois bien extraños, vosotros los CIUD. Tal vez concuerde con eso de que formáis vuestros propios psicogrupos y situáis la lógica por encima. Nosotros sabemos que nuestras capas más profundas son sólidas. ¿Cómo puedo juzgar a mis creadores?

XI

Jane estaba sentada en el borde de la cama y se apartaba el cabello de la cara mientras Ollie se sentaba junto a ella y le acariciaba la nuca con los labios.

Por suerte la niña estaba dormida, y Nelly había ganado la batalla de voluntades por esa noche.

Ari estaba hiper, había estado hiper todo el día; quería volver a la casa de Valery a jugar.

Ya era hora de que todo eso cambiara. Valery se había convertido en un problema, tal como Jane había predicho. Había llegado el momento de que Ari tuviera otro amiguito. La antigua Ari nunca había tenido un amigo exclusivo.

Mierda. Una cosa horrible para hacerle a una niña.

Los brazos de Ollie la rodearon, la abrazaron.

—¿Sucede algo? —preguntó Ollie.

—Haz algo que me distraiga, querido Ollie. No quiero pensar esta noche.

Mierda, estoy empezando a hablar como Olga.

—Vamos, Ollie, mierda, ponte duro conmigo. Quiero matar a alguien.

Ollie captó lo que deseaba. La empujó sobre la cama y se convirtió en toda una distracción. Le aferraba las manos porque no quería terminar todo arañado.

Ollie era muy bueno. Como la mayoría de los azi que se entrenaban, era muy eficiente, y tratar de mantenerlo a raya era un juego que ganaba lentamente y con deliberación, un juego pensado para servirle a ella.

Y servía. Jane suspiró y se dio por vencida ante las tácticas amables de Ollie. Eso era lo bueno de tener un amante azi: siempre estaba dispuesto. Siempre estaba más preocupado por ella que por sí mismo. Había tenido una docena de amantes CIUD. Pero resultaba extraño, quería más a Ollie. Y él no lo imaginaba.

—Te amo —le susurró Jane al oído cuando él estaba ya casi dormido, con la cabeza sobre el hombro de ella. Ella le pasó los dedos por el cabello bañado en sudor y Ollie la miró con una expresión extrañada, dulce, satisfecha—. En serio, Ollie.

—Sera —murmuró él. Y se quedó muy quieto, como si ella estuviera un poco loca después de todos esos años. Estaba agotado. Ella todavía tenía insomnio. Pero iba a quedarse despierto aunque se le cerraran los ojos si Jane quería hablar, y ella lo sabía. Tenía su atención.

—Eso es todo —dijo Jane—. Quería decírtelo.

—Gracias —suspiró él sin moverse. La miraba como si pensara que todavía había algo más.

—Nada más. —Ella le frotó el hombro—. ¿Nunca has querido ser CIUD? ¿Usar

la última cinta? ¿Salir de aquí?

—No —respondió él. El sueño pareció abandonarlo de golpe. Respiró un poco más rápido—. No me gustaría. No quiero. No podría dejarte.

—Podrías. La cinta lo arreglaría.

—No quiero. De verdad. La cinta no conseguiría que yo deseara estar lejos de aquí. Nada podría lograr eso. No me pidas que lo haga.

—No lo haré. Nadie lo hará. Sólo me lo preguntaba. Ollie. Así que no quieres irte. Pero ¿y si yo tengo que irme?

—Vendré contigo.

—¿Vendrías?

—¿Adónde iremos?

—A Fargone. Todavía no. Pero quiero asegurarme de que estarás bien. Porque te amo. Te amo más que a nadie. Lo suficiente para dejarte aquí si eso es lo que deseas, o llevarte conmigo, o hacer lo que tú prefieras. Lo mereces después de todos estos años. Quiero que seas feliz.

Él empezó a responder, apoyado sobre un codo. Fácil y rápido, la protesta rápida y sincera de un azi que jura fidelidad. Ella lo detuvo con una mano sobre los labios.

—No. Óyeme. Me estoy volviendo vieja, Ollie. No soy inmortal. Y todos temen que no quiera soltar a Ari cuando llegue el momento. Se acerca la hora, Ollie. Dos años más. Dios, ¡qué rápido ha pasado todo! A veces, me gustaría matarla; pero a veces me da mucha pena. Y eso es lo que ellos no quieren. Temen que transgreda las reglas, ése es el núcleo del problema. Ellos, Giraud y Denys, malditos sean, han decidido que está demasiado cerca de ti. Quieren que eso se detenga. Ya no quieren que estés tan cerca de ella. Quieren que te muestres frío y crítico. Éstas son las instrucciones. A veces, creo que en realidad esperan que caiga muerta cuando corresponda, como en el guión. Tuve una charla con Giraud hoy. —Jane respiró hondo y algo le dolió detrás de los ojos y alrededor del corazón—. Me ofrecieron dirigir LÍNEAS ESPACIALES RESEUNE. En Fargone. El proyecto Rubin, con lazos y bien envuelto como un regalo.

—¿Has aceptado? —le preguntó él cuando la falta de aliento le impidió que Jane siguiera adelante. Ella asintió, se mordió el labio y se controló.

—Sí. Dulce Giraud. *Ah, cuando ella cumpla siete años, te trasladarán al Ala Uno*, me dijo cuando acepté este proyecto. Ahora están nerviosos y quieren que me vaya bien lejos. *No es suficiente*, dice Giraud. *Olga murió cuando Ari tenía siete años. Si estás en el Ala Uno, si simplemente te vas de su vida, comportará demasiado rechazo y estarás demasiado cerca*. Maldita sea. Así que me ofrecen la dirección. Morley se va y yo entro, maldita sea.

—Siempre dijiste que querías volver al espacio.

Otros suspiros.

—Ollie, claro que quería. Lo deseé durante muchos años. Hasta que... hasta que en algún momento, simplemente me hice vieja. Y me ofrecieron esto y me di cuenta de que ya no quería ir. Es una situación horrible para una vieja aventurera del espacio como yo. He envejecido en tierra y todas las cosas que conozco están aquí, todo lo que es familiar para mí, y quiero tener seguridad a mi alrededor, eso es todo. —Otro suspiro—. No es lo que van a darme, claro. Pueden ascenderme. O puedo jubilarme. Y no pienso aceptar la jubilación. Ése es el problema de hacer tu trabajo y no preocuparte por conseguir un poco de poder. Ése desgraciado de Giraud puede despedirme. Todo se reduce a eso. Maldito sea. Así que me voy a Fargone. Y repito todo el proceso con otro cobayito; éste, con problemas médicos. Mierda. Le haces un favor a alguien y te lo agradecen así.

Ollie le pasó la mano por el cabello. Le acarició el hombro. El azi estaba triste por ella, claro, porque Jane era su supervisora y dios tenía problemas.

—Bueno, y no quiero arrastrarte al mismo problema. Piensa en lo que será si vas allí. Yo moriré pronto, haz la cuenta, Ollie; y ahí estarás tú, a veinte años luz de la civilización. ¿Qué clase de situación es ésa para alguien que tiene menos alternativas que yo? ¿Eh? No quiero que te veas en esa posición. Si te gusta Reseune, puedo conseguirte la cinta CIUD para que te quedes aquí, cerca de la civilización, sin ejercicios de viajes espaciales, sin Keis, sin pasteles de pescado, sin pasillos donde la gente camina cabeza abajo.

—Jane, si te aseguro que quiero ir, ¿qué vas a decirme? ¿Que soy un azi estúpido que no sabe lo que quiere? Ya lo sé. ¿Voy a dejar que te vayas con algún maldito azi de la Ciudad?

—Tengo ciento...

—No me importa. No me importa. No nos lo pongas más difícil a ambos. No finjas conmigo. Quieres que te diga que quiero estar contigo y te lo digo. Pero no es justo que me pases la pelota a mí. Ya puedo oírlo. *Mierda, Ollie, te dejaré aquí...* No quiero escuchar la misma historia durante años. No quiero ni que lo pienses.

Ollie no solía sentirse tan mal. Y estaba afectado. Jane se dio cuenta de pronto, se estiró y le tocó la mejilla con los dedos.

—No lo haré. No lo haré. Mierda, esto es darle demasiada importancia. Maldito Giraud. Maldito sea el proyecto. Ollie, no quieren que trates con Ari después de lo sucedido.

El ceño de Ollie se frunció de angustia.

—Me culpan a mí.

—No es cuestión de culpas. Ven que le gustas. Es el maldito programa. Querían sacarte de aquí y les dije que se fueran a la mierda. Les dije que me iría yo también, inmediatamente. Que se lo diría todo a la niña. Y están al borde de un abismo, claro que sí. Así que tenían una contraoferta lista. Pensaron que yo aceptaría enseguida,

que me encantaría. Y una amenaza. La jubilación. ¿Qué podía hacer? Acepté la dirección. Me voy de aquí y te vienes conmigo. Debería estar contenta.

—Lamento haber provocado esta situación.

—Claro que no, tú no lo hiciste. Nadie lo hizo. Olga nunca le pegó a la nena. Por suerte. Pero no lo aguanto, Ollie. No lo aguanto.

—No llores, yo no aguanto esto.

—No iba a llorar. Cállate. Date la vuelta. Me toca a mí. ¿Te importa?

XII

—Claro que no —le dijo a Petros, sentado al otro lado del escritorio con el Anotador funcionando. Sabía perfectamente que había también un examen de voz, que tal vez Petros estaba leyendo estos datos en la pequeña pantalla. Petros la miraba a menudo y a veces le dirigía su mejor sonrisa de médico.

—Mantienes una estrecha relación con tu compañero —dijo Petros—. ¿No te preocupa esta situación? Sabes que los azi no pueden defenderse de ese tipo de cosas.

—Ya lo pensé. Hablé con Grant. Pero es el patrón con que nos criaron, ¿no es cierto? Y por varias razones, usted ya sabe de qué hablo, los dos tenemos problemas que nos separan del resto de la Casa; y los dos, necesitamos apoyarnos en alguien, para decirlo de algún modo.

—Describe esos problemas.

—Ah, vamos, Petros, usted sabe tanto como yo que no estamos muy arriba en la escala social que digamos. Contagio político. No tengo que describirle eso, ¿no?

—Te sientes aislado.

Justin rió.

—Por Dios, ¿no estuvo en la fiesta? Creía que había asistido.

—Bueno, sí. —Una mirada al monitor—. Sí. Es una niña muy bonita. ¿Qué piensas tú?

Justin miró a Petros, levantó una ceja ante la broma del médico y se rió con amargura.

—Creo que es un cobaya, y ¿qué niño no lo es? —Esbozó una sonrisa tranquila, para atraer la mirada de Petros—. Gracias a Dios que yo no puedo quedar embarazado. Podría tener un niño mío para jugar. Ponga eso en sus cintas y archíVELO. ¿Cómo me va con el examen de voz?

—Bueno, eso último estuvo bastante bien.

—Sí, ya me lo parecía. Está tratando de que reaccione, pero ¿tenemos que ser grotescos?

—Consideras grotesca a la niña.

—La considero encantadora, pero creo que su situación es grotesca. Evidentemente, esa situación entra en la ética de ustedes. Por lo que sé, mantienen a mi padre en una cárcel a punta de pistola, así que no voy a moverme bajo ningún concepto. Ésta es mi ética. ¿Estoy mintiendo?

Petros ya no sonreía. Estaba mirando el monitor con atención.

—Estupendo. Una reacción interesante.

—Claro que sí.

—Estás furioso, ¿no? ¿Qué piensas de Giraud?

—Lo amo como si fuera mi padre. ¿Qué le parece esto como comparación? ¿Verdadera o falsa?

—No juegues conmigo. Puede ser peligroso.

—Registre eso como amenaza al paciente.

—No era mi intención amenazarte. Voy a insistir en que hagas terapia. Ah. Un latido distinto por lo que veo.

—Claro que sí. Voy a tener que hacer su terapia, en sus instalaciones. Siempre que mi azi esté conmigo.

—Procedimiento irregular.

—Mire, Petros. Pasé por un infierno en este lugar. ¿Va a volverme loco o va a ofrecerme una buena garantía? Hasta un no profesional tiene derecho a una auditoría de psicología si el paciente lo pide. Y estoy pidiendo una segunda opinión. Eso es todo. Hágalo bien y no necesitaré a Seguridad para traerme aquí. Hágalo mal y consideraré otras opciones. Ya no soy un joven aterrorizado. Sé dónde puedo llenar un formulario de protesta, a menos que quiera encerrarme y hacerme desaparecer, lo cual no sería aconsejable para su archivo en la cinta, ¿no?

—Haré algo mejor que eso. —Petros pulsó unos botones y el monitor se movió de lado, desconectado—. Voy a darte la cinta y te la llevarás a tu casa. Pero quiero tu palabra de que vas a usarla.

—Ahora tiene usted un registro de absoluta sorpresa. Una lástima que haya apagado el monitor.

—Estás asustado, aterrorizado —dijo Petros—. No te culpo. Tienes buen control de la voz, pero tu pulso está un poco acelerado. Te preparaste para esto con alguna trampa psicológica, ¿no? Podría pedir un examen de sangre. ¿Intervención verbal? ¿Grant trató de prepararte?

—Tengo que firmar un consentimiento.

Petros dejó escapar un suspiro, con los brazos sobre el escritorio.

—No te metas en problemas, Justin. Esto no se está grabando. No te metas en problemas. Obedece las órdenes. Van a posponer lo del contacto por teléfono.

—Claro. —La desilusión le quebró el pecho—. Ya lo suponía. Es un juego, de todos modos. Y confié en Denys. Debería haber sido más inteligente.

—No fue Denys. Ha sido cosa de Seguridad militar. Denys va a intentar convencerlos. Cooperará un poco durante un tiempo. No vas a mejorar la situación con la demostración que acabas de hacer. Ya me entiendes. No te metas en problemas. Seguirás recibiendo cartas. —Otro suspiro, una mirada profundamente triste—. Voy a ver a Jordan. ¿Quieres decirle algo?

—¿Qué van a hacer con él?

—Nada. Nada. Tranquilo. Voy allá a controlar un equipo. A supervisar a mis

técnicos. Pensé que te vendría bien enviar un mensaje. Pensé que eso te haría sentir mejor. Voy a llevarle una foto tuya. Pienso que eso le gustará. Te traeré una de tu padre, o lo intentaré al menos.

—Claro.

—Voy a hacerlo. Por su bien y por el tuyo. Yo era su amigo.

—Me sorprende la cantidad de amigos que tenía mi padre.

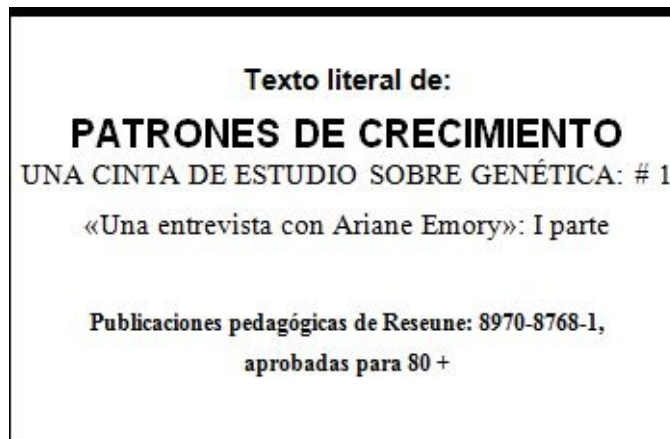
—No voy a discutir contigo. ¿Le envías un mensaje?

—Dígale que le quiero. ¿Qué otra cosa puedo decir que no me censuren?

—Dile todo lo que puedas. Esto está fuera de la grabación, de todos modos. Tengo un trabajo aquí. Otro lo haría peor que yo. Piénsalo. Vete a casa. Vete a tu oficina. No te olvides de recoger la cinta en el mostrador.

Justin no sabía si había ganado o perdido el encuentro cuando caminaba de vuelta a través del cuadrángulo hacia la Casa con la cinta y la prescripción. No sabía qué fracción de la Casa había ganado o perdido.

Pero tampoco lo había sabido durante años.



P: **Doctora Emory, gracias por darnos la oportunidad de hacerle algunas preguntas directas sobre su trabajo.**

R: *Me alegra tener la oportunidad. Gracias a ustedes. Adelante.*

P: **Sus padres fundaron Reseune. Eso forma parte de la historia. ¿Sabe que algunos biógrafos la llaman la mayor arquitecta de la Unión?**

R: *Ya he oído esta acusación (risas). Me gustaría que esperaran hasta mi muerte.*

P: **¿Niega los efectos de sus actos, política y científicamente hablando?**

R: *No soy más arquitecta de la Unión que Bok. La ciencia no es política, aunque tal vez afecta a la política. Tenemos muy poco tiempo. ¿Podría hacer una observación que tal vez conteste varias de sus preguntas de una sola vez?*

P: **Claro que sí.**

R: *Cuando vinimos desde la Tierra éramos un grupo genético seleccionado. Nos fuimos por cuestiones políticas, económicas, por el hecho de que podíamos tolerar el espacio. La mayor parte de la oleada inmigratoria que llegó a las estrellas Hinder estaba formada por colonos y tripulaciones muy bien seleccionadas por la estación Sol; los que no servían fueron rechazados, los más brillantes, los mejores, se decía entonces, se fueron a las estrellas. Para cuando la oleada llegó a Pell, el banco genético se había ampliado un tanto, pero no era representativo de la estación Sol, ni mucho menos de la Tierra. Tuvimos una gran afluencia cuando la política terrestre dio un giro y la población que fundó la Unión terminó por proceder sobre todo del bloque Oriental, como se llamaba por entonces. En ese depósito genético final hubo mucho de suerte, antes de que la Tierra cerrara las puertas y detuviera la exportación genética durante mucho tiempo.*

Cyteen fue el resultado del filtro del filtro del filtro, quiero decir que si hubo una población artificialmente seleccionada, ésa fue la de Cyteen, la mayor

parte del bloque Oriental, la mayoría científicos, y muy, muy pocos y muy lejos, en esa época, del comercio y lo que llamaban polinización, llevada por mercaderes. Ésa era una situación peligrosa. Y, por lo tanto, también lo era Reseune. Y ahí es donde empezamos. Para eso nacimos.

Cuando la gente piensa en Reseune, automáticamente recuerda los azi. Éstos fueron solamente un medio para un fin, y un día, cuando la población haya alcanzado lo que se llama grado de crecimiento técnico positivo, es decir, que el consumo sostenga la producción en masa, en esas áreas ya no producirán azi.

Pero, mientras tanto, los azi tienen otra función. Constituyen la reserva de todos los rasgos genéticos que hemos podido identificar. Tendemos a desechar los genes evidentemente deteriorados, claro. Pero todos los depósitos genéticos pequeños tienen una desventaja, no importa lo bien seleccionados que estén, una desventaja en la falta de elasticidad, la falta de respuestas al medio. La expansión es absolutamente necesaria para evitar la concentración de un depósito genético originariamente limitado en el locus central de la Unión. No estamos hablando de eugenesia. Se trata de diáspora. Se trata de la dispersión necesaria de la información genética en los mismos promedios esenciales tal como los que se presentan en la Tierra. Y tenemos tan poco tiempo.

P: ¿Por qué tan poco tiempo?

R: *Porque la población aumenta exponencialmente y llena un ecosistema, sea un planeta o una estación, en un tiempo relativamente corto. Si esta población contiene una información genética insuficiente, especialmente una población de mayor densidad que la de la periferia del sistema (estamos hablando de Cyteen, claro) y en el centro cultural de la Unión, lo cual constituye otra dimensión totalmente inaccesible para las formas de vida inferiores, pero muy significativa en términos de una criatura capaz de construir sus propios sistemas en todos los sentidos; si esa población, decía, con tales poderes, contiene información genética errónea, tendrá problemas y se enfrentará a elecciones de emergencia que tal vez sean cultural o genéticamente radicales. Al distribirse por el espacio a mucho menor densidad y con tal preselección, la humanidad se enfrenta a una potencial catástrofe evolutiva en un número relativamente pequeño de generaciones, ya sea una divergencia demasiado extrema para sobrevivir a un desafío grave o una divergencia hacia una crisis genética de resultado diferente e impredecible. Sin duda conllevaría la creación de una nueva especie de genus homo y muy probablemente la aparición de callejones sin salida desde el punto de vista genético y una tragedia política. No hay que olvidar*

que somos más que un animal social, somos un animal político; y tenemos la capacidad de convertirnos en nuestros propios competidores.

P: **Se refiere a la guerra.**

R: *O a la predación. O a la predación. No debemos olvidar eso. La dispersión es esencial, pero también lo son los depósitos genéticos diferentes en los bolsones que resulten de la dispersión. Por esta razón se crearon los azi y se siguen creando. Ellos son los vectores de la diversidad, y el hecho de que algunos intereses los hayan encontrado, digamos, aprovechables económicamente, resulta comprensible pero absolutamente repugnante tanto para mí personalmente como para todo lo que representa Reseune. La historia tal vez me acuse de muchas cosas, ser, pero lo que más me preocupa es lo que pueda sucederles a los azi, de manera qué he ejercido toda mi influencia para asegurar su protección legal. No creamos a los Thetas porque necesitamos mano de obra barata. Los creamos porque constituyen una parte importante y esencial de las alternativas humanas. La coordinación ocular del ThR-23, por ejemplo, es excepcional. Sus grupos psíquicos les permiten operar muy bien en medios en los cuales los genios C/L/D fracasarían sin remedio. Tienen una capacidad de resistencia que considero totalmente admirable y, ser, si alguna vez se encuentra en una situación difícil en la parte salvaje de Cyteen, le recomiendo que tenga un compañero azi 'Theta, que sobrevivirá para perpetuar su tipo, aunque usted no lo haga. Eso es la alternativa genética.*

Algún día los azi dejarán de existir. Habrán cumplido su propósito, que consiste en aumentar, multiplicar y llenar los huecos de los registros humanos a medida que se dispersa el depósito genético original hasta una densidad de población matemáticamente determinada, y la dispersión debe suceder por el futuro como raza, por la salud genética.

No me importa repetirlo: los azi son alternativas genéticas. Son el vector del cambio y la adaptación en el mayor desafío a que se haya enfrentado la especie humana. Sus peculiaridades obedecen a que el tiempo en el que puede lograrse esto es muy limitado. Reseune no se ha opuesto a la creación de otros laboratorios simplemente porque sus intereses son primordialmente científicos y porque la tarea de mantener el ímpetu de la expansión requiere una vasta producción de instalaciones educativas. Pero Reseune nunca ha abandonado su papel en la creación y la selección de nuevos grupos genéticos: ningún otro laboratorio tiene derecho a originar material genético.

Ya que es tan amable, déjeme añadir otros dos puntos muy importantes. El primero es que Reseune insiste en la integración total de todos los grupos

genéticos azi con la población civil en cualquier área de la Unión que haya llegado a obtener un grado de clase uno. El principal propósito de esta estrategia no es el trabajo, sino abrir un área colonial, llevarla a la productividad y generar descendientes que entrarán en el depósito genético de los ciudadanos en cantidades suficientes para garantizar la variedad genética. Los únicos azi que deberían producirse para otro propósito son los que se generan como medida preventiva para defensa u otras emergencias de interés nacional, los que están sirviendo a ciertos trabajos secretos y los que se generan para investigación en instalaciones con el permiso correspondiente.

En segundo lugar debo decir que Reseune se opondrá a cualquier interés que trate de institucionalizar los azi como necesidad económica. Nunca deben perpetuarse los laboratorios de nacimientos como operaciones puramente financieras. Ése no fue su propósito. No debe serlo.

P: ¿Está diciendo que tiene intereses en común con los abolicionistas?

R: Claro que sí. Desde siempre.

I

Florian corrió por la acera que transcurría ante el Cuartel 3, recordó sus buenos modales cuando se encontró con un grupo de adultos que venían en dirección contraria, se detuvo, de pie a un lado, jadeando, e hizo una pequeña reverencia que los adultos le devolvieron con el más insignificante gesto de la cabeza. Porque eran mayores. Porque Florian tenía seis años y porque era natural que un chico quisiera correr, pero también era normal que los adultos estuvieran pensando en cosas muy serias todo el tiempo.

Y esa vez, Florian llevaba algo en la cabeza también. Estaba fresco de su estudio en cinta. Tenía una Obligación, una Obligación real, de cada mañana. Era lo más importante que le hubiera pasado en la vida, adoraba todo lo que tenía que ver con ella y estaba tan excitado que había rogado a la supervisora con insistencia que lo dejara ir allí y no al salón Rec, donde se suponía que debía ir después de cada cinta.

—¿Qué? —había dicho la supervisora, con una sonrisa y un pequeño guiño en el ojo que Florian interpretó como un gesto de benevolencia—. ¿Nada de Rec? El trabajo y el Rec son importantes; las dos cosas, Florian.

—Ya he tenido Rec antes —había dicho él—. Por favor.

Entonces ella le había dado el vale y el vale para Rec, para más tarde, había dicho, siempre que se lo mostrara primero al supervisor de trabajo. Y luego le abrió los brazos. Abraza a la supervisora, a la querida supervisora y no corras en el pasillo, camina, camina tranquilo hasta la puerta, camina por la acera hasta que llegues a la ladera y luego, corre, corre tan rápido como puedas.

Y podía correr muy rápido, porque no era sólo inteligente como Alfa, sino que también era un buen corredor.

Afuera, por el atajo entre los Cuarteles 4 y 5, un zigzag a través del camino, y por el sendero que llevaba al edificio AG. Se detuvo finalmente porque le dolía el costado y esperó que tal como estaban las cosas, con todos los mayores mezclados con niños, lo pusieran en un barracón un poco más cerca del AG al mes siguiente: los Cuarteles 194 sí que quedaban lejos.

Los mayores con trabajo tenían prioridad en los barracones más cercanos. Eso era lo que le había dicho un mayor, que era Kappa y le dijo que siempre estaba en el mismo grupo de cuarteles.

Florian retuvo el aliento cuando llegó a AG-100. Había estado allí antes. Había visto los corrales. Le gustaba el olor. Era... era la forma en que olía el AG, eso era todo, un olor que no se parecía a nada.

Era un tipo de lugar Ad. Todo blanco con una puerta cerrada, claro. Y tenía que ir

a Ad. Lo sabía porque lo mostraba la cinta. Abrió el picaporte y entró en una oficina atestada de gente, donde había un mostrador al que se suponía que debía acercarse.

Últimamente podía apoyarse en un mostrador. Apenas. No era tan alto como otros niños de seis años. Era más alto que muchos, claro. Esperó hasta que una trabajadora se dio la vuelta para atenderlo.

—Soy Florian AF-9979 —dijo él y levantó el vale rojo—. Estoy asignado aquí.

Ella le hizo una reverencia y cogió el vale. Florian esperó, se humedeció los labios secos y no jugueteó con las manos mientras ella lo ponía en la máquina.

—Todo correcto —le dijo—. ¿Sabes cómo seguir los colores?

—Sí —respondió sin dudar ni un momento.

Y no le hizo preguntas porque ella era una trabajadora que hacía su trabajo y seguramente le diría todo lo que quería saber. Si uno no conseguía todo lo que quería cuando ella terminaba de hablar, entonces preguntaba. De esa forma, nadie cometía errores. Lo cual sería una falta. Él lo sabía.

Ella se sentó frente a un tablero, escribió algo, y la máquina sacó una ficha. Ella la extrajo y le adosó una pinza.

Él la miró, excitado porque sabía que eso era una tarjeta llave y que seguramente era suya porque ella estaba trabajando en su asunto en este momento.

Ella se la dio y se inclinó sobre el mostrador para enseñarle las cosas; él se puso de puntillas y se estiró para poder ver al mismo tiempo que ella.

—Aquí está tu nombre; aquí, tus colores. Esto es una tarjeta llave. La sujetas a tu bolsillo. Cada vez que te cambies de ropa, la pones en tu bolsillo. Es muy importante. Si la pierdes, ven a esta oficina inmediatamente.

—Sí —dijo él. Todo era como había dicho la cinta.

—¿Alguna pregunta?

—No. Gracias.

—Gracias a ti, Florian.

Reverencia. Caminar, de vuelta hacia la puerta y la acera, y mirar en el rincón del edificio donde empezaban los códigos de color, pero de todos modos podía leer las palabras de la tarjeta y del edificio.

Caminar. No correr. Esto era una obligación, y él era importante ahora. El color azul era el suyo y blanco adentro y verde dentro del blanco, así que siguió la dirección azul hasta que estuvo dentro del azul y luego dentro la zona blanca del azul. Las esquinas se lo indicaban. Cada vez más excitante. Eran los corrales. Finalmente encontró el verde en un cartel en una intersección de los senderos de grava y siguió ese camino hasta que vio el edificio verde, que también decía AG-899. Bien.

Por un lado parecía un granero. Florian le preguntó a un azi por el supervisor y el azi señaló a un hombretón calvo que hablaba con alguien junto al gran umbral. Florian fue hasta allí y se quedó de pie y quieto hasta que el supervisor quedó libre.

—Florian —dijo el supervisor cuando vio la tarjeta—. Bien. —Levantó la vista y lo miró de arriba abajo. Y llamó a un azi llamado Andy para que lo llevara y le mostrara el trabajo.

Pero él ya lo conocía, por la cinta. Se suponía que iba a alimentar las gallinas, asegurarse de que el agua estaba limpia y controlar la temperatura de las incubadoras y el criadero de cerdos. Sabía lo importante que era.

—Eres muy joven —comentó Andy—, pero parece entender lo que se te dice.

—Sí.

Estaba seguro de que entendía. Así que Andy le dejó que le mostrara la cantidad que debía darles y cómo debía marcarlo en el cuadro cada vez que lo hiciera y cada vez que controlara el agua; y cómo había que ir con cuidado de no asustar a los pollos porque entonces se hacían daño unos a otros. A Florian le encantaba ver cómo se arremolinaban como una marea plumosa y luego se alejaban todos en distintas direcciones; y cómo chillaban los cerditos y podían hacerle caer a uno si uno los dejaba correr a su alrededor. Por eso había que llevar un palito.

Cumplió las órdenes lo mejor que pudo y Andy quedó conforme con él, y eso lo hizo feliz como nunca había sido en su vida. Llevó los baldes y vació los recipientes de agua, y Andy le dijo que podía coger un cerdito mientras él estuviera allí para ver cómo lo hacía. El cerdito chilló y se retorció y lo pisoteó con sus patitas puntiagudas, y se escapó mientras él reía y trataba de protegerse. Andy rió y dijo que había una forma de hacerlo y que él se la enseñaría después.

A pesar de todo, era una sensación agradable. El cerdito estaba vivo y cálido en sus brazos, pero sabía que los cerdos eran para comer y para hacer otros cerdos, y uno tenía que tenerlo en cuenta y no pensar en ellos como en personas.

Se sacudió el polvo y salió a recuperar el aliento, apoyado sobre el riel de la cerca al costado del granero.

Entonces vio un animal que nunca había visto, tan hermoso que Florian se quedó allí con la boca abierta y no quiso ni parpadear, tan hermoso le pareció. Rojo como las vacas pero con la piel brillante y fuerte, con patas largas, y se movía de forma distinta a cualquier animal que hubiera visto. Ése animal no... no caminaba, iba, simplemente. Se movía como si jugara.

—¿Qué es eso? —preguntó, al oír a Andy a su lado—. ¿De qué clase es?

—AGCULT-894X —dijo Andy—. Es un caballo. Es el primero que haya vivido, el primero en el mundo.

II

A Ari le gustaba la escuela de juegos. Salían al aire libre y jugaban en el arenal cada tarde. A ella le gustaba estar sentada y descalza y hacer caminitos con los juguetes, y Tommy o Amy o Sam o Rene manejaban los camiones y los vaciaban. A veces inventaban tormentas y todos los obreros de juguete corrían y se metían en los camiones. A veces venía un escamado y destruía todos los caminos y había que volver a construirlos. Eso era lo que decía Sam. La madre de Sam estaba en ingeniería y él les hablaba de los escamados. Ella le preguntó a mamá si era cierto, y mamá contestó que sí. Mamá los había visto, tan grandes como el sillón de la sala. Había algunos muy grandes al oeste. Grandes como un camión. El que tenían ellos era sólo mediano, y era feo. A Ari le gustaba ser él. Uno tenía que deshacer los caminos y las paredes, empujarlo bajo la arena y así se destruía todo.

Ella lo tomó y lo empujó, con la arena escapándosele por entre los dedos.

—Cuidado —dijo Ari a Sam y Andy—. Aquí viene. —Estaba cansada de que Amy construyera su casa. Amy tenía una gran casa, toda de arena apilada, y Amy hacía puertas y ventanas en la casa y daba vueltas sin parar alrededor de ella. Y eso no le parecía divertido, porque Sam construyó una torre para la casa de Amy, y Amy la derrumbó y le dijo que hiciera un camino hasta la puerta, ella estaba haciendo la casa y su casa no tenía torres. Amy consiguió una cuchara y cavó detrás de las ventanas y puso plástico para que se pudiera ver el interior. Levantó una pared delante y fabricó un arco para el camino. Y los dos tuvieron que sentarse y esperar mientras Amy construía. Así que Ari miró el arco al que iba a llegar el camino y pensó que ése era el lugar, y que la arena se derrumbaría toda.

—¡Cuidado!

—¡No! —aulló Amy.

Ari pasó justo a través del arco. Puff. La pared se desmoronó. La arena le cayó sobre el brazo y ella siguió adelante porque los escamados siempre seguían adelante, sin pensar lo que tenían delante. Incluso si Amy la cogía por el brazo y trataba de detenerla.

Sam la ayudó a derrumbarlo todo.

Amy aulló y la empujó. Ari empujó a Amy. Llegó Fedra y les dijo que no debían pelearse y que volverían todos adentro.

Temprano.

Y todo por culpa de la estúpida de Amy Carnath.

Amy no volvió al día siguiente. Siempre ocurría lo mismo con la gente con la que ella se peleaba. Ari lo lamentaba. Cuando se peleaba con alguien, se lo llevaban y

sólo los volvía a ver en fiestas. Había pasado con Tommy y con Ángel y con Gerry y con Kate, y ahora no estaban, y ya no podía jugar con ellos. Así que cuando Amy no apareció al día siguiente, Ari lloró y se puso triste y le dijo a Fedra que quería a Amy.

—Sólo si no te peleas con ella —dijo Fedra—, se lo preguntaremos a sera.

Así que Amy volvió. Pero se comportaba de forma rara después de eso. Hasta Sam estaba raro. Cada vez que ella hacía algo, la dejaban.

No era divertido, pensó Ari. Así que se burló de ellos. Robó los camiones de Sam y los puso del revés. Y Sam la dejó. Se sentó ahí y frunció el ceño, triste. Ari derrumbó la casa de Amy antes de que la terminara. Amy sólo hizo un puchero.

Sólo eso.

Sam volvió a poner bien sus camiones y decidió que habían tenido un accidente. Ése era un buen juego. Ella también lo jugó y levantó los camiones. Pero Amy todavía hacía pucheros, así que le tiró un camión.

—¡No! —exclamó Amy—. ¡No!

Así que Ari le pegó con el camión. Amy se puso de pie como pudo, Ari se levantó y Amy también. Y Amy la empujó.

Así que Ari la empujó todavía más fuerte y le dio una patada. Amy le pegó. Así que ella también le pegó. Y se pegaban mutuamente cuando Fedra la atrapó. Amy estaba llorando y Ari le dio unas buenas patadas antes de que Fedra pudiera quitarla de en medio. Sam estaba de pie en el mismo sitio.

—Amy es un bebé —dijo Ari esa noche cuando mamá le preguntó por qué le había pegado.

—Amy no puede volver —dijo mamá—. No si vais a pelearos.

Así que ella prometió que no lo volvería a hacer. Pero no pensaba cumplir su promesa.

Amy no estuvo con ellos unos días y luego volvió. Estaba llorosa y no se acercaba a los demás y no era divertida. Ni siquiera hablaba cuando Sam se portaba bien con ella.

Así que Ari se acercó a Amy y le dio unas cuantas patadas. Sam trató de detenerla. Fedra la cogió del brazo y dijo que se estaba portando mal y que tenía que sentarse y jugar sola.

Ari la obedeció. Tomó la herramienta e hizo caminos tristes, furiosos. Sam se acercó finalmente y le pasó un camión, pero Ari todavía estaba enfadada. Amy se sentó allí y ya no quiso jugar. Así lo llamaba mamá. Amy no volvería a jugar. Ari sintió un nudo en la garganta y le costaba tragar, pero ya no era un bebé y odiaba los lloriqueos de Amy, la ponían triste y hacían que nada pareciera gracioso. Sam también estaba triste.

Después de eso, Amy ya no volvió mucho. Cuando venía, se sentaba sola y Ari le pegó una vez, bien fuerte, en la espalda.

Fedra cogió a Amy de la mano y la llevó por la puerta hacia dentro.

Ari volvió con Sam y se sentó. Valery ya no iba por allí. Pete tampoco. Eran los que más le gustaban. Eso dejaba a Sam, y Sam era sólo Sam, un chico con una cara ancha y poco expresivo. Sam estaba bien pero no hablaba casi nunca, excepto lo que sabía sobre los escamados y sobre cómo arreglar camiones. A Ari le gustaba. Pero había perdido todo lo demás. Si a uno le gustaba mucho una cosa, entonces esa cosa desaparecía. Parecía una ley.

Y no echaba de menos a Amy, sino a Valery. Habían transferido a Sera Schwartz, y eso significaba que Valery también se iba. Ella le había preguntado si pensaba volver a verla. Él había dicho que sí. Mamá había dicho que era demasiado lejos. Así que Ari entendió que Valery se había ido para siempre y que no volvería. Se enfureció con él por eso. Pero no era culpa suya. Él le dio su nave espacial con la luz roja. Estaba muy triste. Mamá había dicho que debía devolverla, así que tuvo que hacerlo antes de dejar la casa de los Schwartz y despedirse.

Ella no entendía por qué estaba mal, pero Valery había llorado y ella también. Sera Schwartz se había enfadado mucho con ella. Y Ari se dio cuenta aunque Sera Schwartz fue amable con ella y le decía que iba a echarla de menos.

Mamá la había llevado de vuelta a casa y ella había llorado hasta que se había quedado dormida. Pero mamá estaba muy enfadada por algo y le decía que dejara de llorar. Ella la obedeció durante un rato. Pero después de eso, se pasaba días y días llorando. Y mamá decía que basta, y ella paraba, porque mamá estaba mal y las cosas se estaban poniendo desagradables en el departamento, desagradables era la única palabra que podía usar. Eso hacía que todo fuera horrible. Sabía que estaba haciéndole daño a mamá.

A veces tenía miedo. No sabía por qué.

Estaba triste por Amy, y trataba de portarse bien con Sam y Tommy cuando venían, pero pensaba que si le devolvían a Amy, le pegaría de nuevo.

Hubiese pegado a Tommy y a Sam también, pero si lo hacía ya no tendría a nadie. Fedra le había dicho que tenía que ser buena, que se estaba quedando sin amiguitos.

III

—Ésta es la habitación —dijo el instructor.

—Sí, ser —dijo Catlin. Estaba nerviosa e impaciente al mismo tiempo. Había oído hablar de la habitación. Los mayores hablaban de eso. Sabía las cosas que hacían allí, como apagar y encender las luces y a veces tiraban agua en el suelo. Pero su instructor siempre tenía la verdad. Su instructor le dijo que tenía que atravesar un túnel y que debía hacerlo rápido.

—¿Estás lista?

—Sí, ser.

Él abrió la puerta. Era una pequeña habitacioncilla con otra puerta. La que estaba tras ella se cerró y las luces se apagaron.

Ella se movió; ni siquiera estaba segura de dónde estaba el túnel y de si ya se encontraba en él o no.

—¡Alto! —aulló una voz. Y una lucecita roja iluminó la pared y estalló.

Era un disparo. Ella lo sabía. Su cuerpo sabía qué hacer; tropezaba y quería rodar y cubrirse, pero el suelo se derrumbó y ella siguió rodando como por un tubo y, zas, al agua fría. Catlin se sacudió y se puso en pie con el agua hasta las rodillas. No había que confiar nunca en Seguridad. Alguien había disparado. Debía correr y ponerse a cubierto.

Pero: Atraviesa el túnel, había dicho el instructor. Tan rápido como puedas.

Así que se puso en pie, tan rápido como pudo, hasta que tropezó con una pared y la siguió, hacia arriba, hacia el suelo seco de nuevo. En un lugar que resonaba bajo sus pies. El ruido era malo. Estaba oscuro y ella era fácilmente visible en la oscuridad por su cabello claro y su piel pálida. No sabía si debía deslizarse sigilosamente o correr, pero «rápido» era «rápido», y eso era lo que había dicho el instructor.

Corría rápida y fácilmente, una mano apoyada sobre la pared para orientarse en la oscuridad y la otra hacia delante para no tropezar con nada.

El túnel giró. Ella empezó a subir una cuesta y luego de nuevo abajo sobre hormigón, y todavía estaba muy oscuro.

¡Algo...! pensó ella, justo antes de entrar y de que la emboscada la atrapara.

Ella le dio un codazo y se retorció y, cuando sintió que la aferraba supo que era un Enemigo, pero sólo consiguió aferrarla por la ropa y se retorció hasta lograr zafarse, rápido, rápido, tan rápido como pudiera correr, con el corazón palpitándole en el pecho.

Golpeó la pared en el ángulo, ¡bang!, y casi se quedó fría, pero se levantó y siguió adelante, adelante...

La puerta se abrió, blanca, cegadora.

Algo la hizo agacharse y atravesarla y aterrizó en el suelo de la pequeña habitación, con el gusto de la sangre en la boca, el labio partido y la nariz sangrando.

Una puerta se cerró y se abrió la otra, y el hombre que estaba allí no era el instructor. Tenía las cejas de un Enemigo y llevaba un arma.

Ella trató de darle una patada, pero él la atrapó, ella oyó el ruido.

La puerta se cerró de nuevo y se abrió mientras ella se ponía en pie, furiosa y avergonzada.

Pero esta vez era el instructor.

—El Enemigo nunca juega limpio —dijo—. Vamos a ver qué hiciste bien y qué hiciste mal.

Catlin se frotó la nariz. Le dolía bastante. Todavía estaba furiosa y avergonzada. Había pasado. Deseaba haber atrapado al hombre al final. Pero era un mayor. Eso tampoco era justo. Y la nariz no había dejado de sangrarle.

El instructor consiguió una tela fría y se la puso en el cuello. Dijo que el médico le examinaría la nariz y la boca. Mientras tanto, abrió el Anotador le pidió que le contara lo que había hecho y le dijo que la mayoría de los de seis no lograba atravesar el túnel.

—Eres excepcionalmente buena —la felicitó.

Y con eso, ella se sintió mucho, mucho mejor. Pero no iba a olvidarse de ese Enemigo al final. Aquí te Atrapaban hasta cuando ya había terminado la lección. Ésa era la Regla. Y Catlin odiaba que la Atraparan. Lo odiaba. Sabía que cuando creciera, el hecho de que la Atraparan significaría la muerte. Sabía lo que era la muerte. Llevaron a los de seis al matadero para que vieran cómo mataban a un cerdo. Fue rápido, y muy pronto el cerdo ya no era un cerdo. Lo levantaron y lo cortaron, y todos entendieron lo que significaba morir: uno se detenía ahí mismo y después de eso, sólo se era carne. No había una segunda oportunidad cuando uno estaba muerto, y había que Atrapar al Enemigo primero y convertirlo en muerto lo más rápido posible.

Ella era buena. Pero el Enemigo no jugaba limpio. Eso era algo que daba miedo aprender. Ella empezó a temblar. Trató de controlarse, pero el instructor se dio cuenta de todos modos y dijo que era mejor que la viera el doctor.

—Sí, ser —dijo ella. La nariz todavía le sangraba y tenía la tela empapada en sangre. Se secó con ella y sintió que le temblaban las rodillas cuando caminaba, pero se fue andando, sola.

El doctor explicó que no tenía la nariz rota. Tenía un diente flojo pero estaba bien, se arreglaría todo.

El instructor dijo que iba a empezar a aprender a disparar. Afirmó que sería buena en eso porque su genotipo lo decía. Se esperaba que le fuera muy bien en la habitación. Todos los que tenían su genotipo eran así. Dijo que los genotipos a veces

mejoraban. Comentó que ésa era la meta; que ésa era la meta de todos los azi. Incluso si ella nunca había visto a otro AC-7892.

Consiguió un buena nota ese día. No podía decírselo a nadie. Se suponía que no debía hablar con nadie de eso nunca. No podía hablar del túnel. El instructor se lo dijo. Era la Regla.

Lo único que la preocupaba era el último Enemigo. El instructor le explicó que un arma la habría ayudado y el tamaño también habría ayudado, pero sin eso, no era mucho lo que podía hacer. No había estado mal rodar al final, aunque la había lanzado al suelo cuando se abrió la puerta.

—Podría haber corrido, sorprenderlo y escaparme —aventuró ella.

—Te habría disparado en la espalda —afirmó el instructor—. Incluso en el pasillo.

Ella reflexionó sobre ello durante mucho rato.

IV

—Fuera vídeo —dijo Justin y el Cuidador lo cortó. El se sentó en su bata sobre el sillón. Grant se acercó lentamente, en bata también, con el cabello envuelto en una toalla.

—¿Qué novedades hay esta noche? —preguntó Grant.

—Hay algún tipo de conmoción en Novgorod. Algo sobre una estrella llamada Gehenna —respondió Justin, con cierto malestar en el estómago.

—¿Dónde queda? —No había ninguna estrella llamada Gehenna. Nadie la conocía. O no había existido hasta esa noche. De repente Grant se había puesto serio y se sentó del otro lado del vídeo.

—Cerca de la Alianza. Más allá del Viking. —El informe no había sido preciso—. Por lo visto hay un planeta allí. Con seres humanos. Parece que la Unión lo colonizó sin decírselo a nadie. Hace sesenta años.

—Dios mío —murmuró Grant.

—El embajador de la Alianza llegó a la estación con una protesta oficial. Tienen una sesión de emergencia en el Concejo. Parece que hemos violado el tratado. Una docena de artículos, como mínimo.

—¿Una colonia de qué tamaño? —preguntó Grant, acertando justo en el blanco.

—No lo saben. O no quieren decirlo.

—Y nadie estaba al corriente de esto. ¿Es alguna base de Defensa?

—Tal vez. Tal vez, sí. Pero no ahora. Por lo visto han vuelto a la vida primitiva.

Grant emitió un sonido suave con la garganta, como una serpiente.

—Un mundo habitable.

—A la fuerza. No estamos hablando de una bola de piedra. El servicio informativo ha planteado la posibilidad de que haya algo en los documentos secretos de los años de la Guerra.

Grant se quedó en silencio un momento, con los codos sobre las rodillas.

La Guerra era un hecho de la generación anterior. Nadie deseaba repetirlo, pero la amenaza siempre estaba allí. Los comerciantes de la Alianza iban y venían. Sol había explorado el otro sector del espacio y se había quemado los dedos con algo muy peligroso. Ahora Sol jugaba desesperadamente con la política entre la Alianza y la Unión, tratando de no caer bajo el régimen de la Alianza y de caminar sobre la cuerda floja para seguir siendo independiente de las naves de la Alianza sin empujar a ésta a defender las prerrogativas conseguidas por el tratado o hacer que sus intereses se enfrentaran a los de la Unión. Las cosas estaban muy delicadas. Y la situación había mejorado gradualmente.

Toda una generación había crecido pensando que estaba resolviendo el problema.

Pero los viejos misiles que las naves de guerra habían disparado hacía ya cien años todavía representaban un peligro para la navegación. A veces, el pasado volvía a las noticias del día como una venganza.

Y aparecían viejas enemistades, como fantasmas, agitando un presente en el que los seres humanos sabían que no estaban solos.

—No parece ser cosa de dos o tres supervivientes —continuó Justin—. Dicen «colonia ilegal» y admiten que es nuestra.

—¿Todavía funciona? ¿Organizada?

—No se sabe nada a ciencia cierta.

Otro momento de silencio. Grant se sentó y recordó secarse el cabello para que no le quedara despeinado.

—Maldito lío. ¿Han dicho si los van a sacar, o si ya los han evacuado? ¿Han dicho lo que van a hacer?

—No sé nada todavía.

—Bueno, podemos adivinar dónde estará Giraud durante esta semana, ¿no?

V

Ari estaba aburrída en las oficinas. Veía entrar y salir a las personas. Se sentó en un escritorio al fondo y cortó papel doblado en formas que después desplegó. Tomó un papel y dibujó un pez con una cola larga.

Finalmente, se puso en pie y se escapó cuando Kyle no la vigilaba, mientras mamá hacía algo largo y aburrido en la oficina interior; y parecía que mamá estaría hablando durante muchísimo rato.

Eso significaba que no le importaría si paseaba por el pasillo. Sólo eran oficinas. Es decir, ningún negocio ni juguetes, nada que mirar y ningún vídeo. A ella le gustaba estar sentada y dibujar. Pero las oficinas de mamá eran mejores porque había una ventana para poder mirar hacia el exterior.

Allí no había nada, sólo puertas en todos lados. El suelo tenía rayas de metal y ella caminó por una mientras miraba las oficinas que estaban abiertas. En realidad, la mayoría lo estaba.

Así fue como vio a Justin.

Estaba en un escritorio, trabajando en un teclado, muy serio.

Ella se quedó en el umbral y lo miró. Y esperó, mirándolo, a que él la descubriera.

Siempre era diferente del resto de la gente. Ella lo recordaba de un lugar brillante, con Grant. Lo veía sólo a veces, y cuando le preguntaba a mamá por qué la gente se disgustaba con Justin, ella decía que estaba imaginando cosas.

Sabía que no era así. Era una sensación de peligro y de preocupación. Ella sabía que no debía molestarlo. Pero se estaba bien en aquel pasillo, donde había gente que pasaba constantemente. Y ella sólo quería mirarlo, pero no entrar.

Cambió el peso de un pie a otro y entonces él la vio.

—Hola —saludó Ari.

Y volvió a sentir aquella sensación de miedo. La de él, cuando la vio. Y la de ella, cuando pensó que tal vez mamá se enojaría.

—Hola —respondió él, nervioso.

Siempre era así cuando estaba cerca de Justin. La sensación de tensión lo acompañaba siempre y aumentaba cuando estaba cerca de él. Todos transmitían el mismo sentimiento. Era un acertijo que no podía resolver, y por la forma en que mamá se callaba cuando ella le preguntaba sobre Justin presentía que él era un acertijo que mamá no aprobaba. Ollie tampoco. Justin asistía a fiestas y ella lo veía desde el otro lado de la sala, pero mamá siempre aparecía y se la llevaba si quería ir a saludarlo. Así que Ari pensaba que Justin se había metido en graves problemas por algo, y tal vez había algo malo con él, como que no estuvieran seguros de que fuera a

portarse bien. A veces los azi eran así. A veces los CIUD también. Mamá lo decía. Y resultaba más difícil arreglar a los CIUD y más fácil desequilibrar a un azi. Así que ella no debía burlarse de los azi. Excepto de Ollie, que se lo tomaba muy bien.

Justin tenía todas las trazas de un «azi», pero ella sabía que no lo era. Era sólo Justin. Y era un acertijo que iba y venía, y nadie quería que los chicos se le acercaran.

—Mamá está allí con Peterson —informó ella, en tono de conversación y también porque quería que él supiera que no estaba metiéndose donde no debía.

Así que ésa era la oficina de Justin. Era diminuta. Había papeles por todas partes. Ella se inclinó demasiado y tuvo que agarrarse de la puerta para no caerse. Tonta, diría mamá. Estate quieta. Ponte recta. No estés dando vueltas. Pero Justin nunca lo decía. Dejaba que todo lo dijera ella.

—¿Dónde está Grant?

—En la biblioteca.

—Ahora ya tengo seis años.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Justin pareció incómodo.

—¿No te estará buscando tu mamá?

—Mamá tiene una reunión. Estoy cansada de estar allí. —Iba a ignorarla, iba a volver a su trabajo. No iba a permitir que le diera la espalda de esta manera. Entró y se dirigió a la silla cerca del escritorio. Se inclinó sobre el brazo de la silla y lo miró, allá arriba—. Ollie siempre está trabajando.

—Y yo también. Estoy ocupado, Ari. Vete ya.

—¿Qué estás haciendo?

—Trabajo.

Ella sabía cuándo la estaban echando. Pero no estaba obligada a obedecer a Justin. Así que se apoyó sobre los brazos, frunció el ceño e intentó un nuevo acercamiento.

—Voy a estudio con cinta. Ya puedo leer esto. Dice: *Matriz sub...* —Se retorció porque en la pantalla aparecía una palabra muy larga—. *Matriz sub-li-mi-nal*.

Él apagó la pantalla, se dio la vuelta y frunció el ceño.

Ella pensó que tal vez había ido demasiado lejos, que no debía estar allí inclinada sobre los codos y tan cerca de él. Pero retroceder no le gustaba nada. Hizo una mueca con el labio inferior.

—Vete con mamá, Ari. Seguro que te está buscando.

—No quiero. ¿Qué es una matriz subliminal?

—Un grupo de cosas. Una disposición especial de un grupo de cosas. —Justin empujó la silla hacia atrás y se puso en pie, así que ella lo imitó y se enderezó—. Tengo una cita. Tengo que cerrar la oficina. Vete con tu madre.

—No quiero. —Él era muy alto. Como Ollie. Y no era tan seguro como Ollie. La estaba empujando, la estaba echando. Ella se quedó firme en su sitio.

—Fuera —exclamó él en la puerta, señalando el pasillo.

Ella salió. Justin salió también y cerró la puerta. Ari lo esperó. Ya lo había pensado. Cuando él salió al pasillo, Ari salió con él.

—Vete —replicó él, de pie en el mismo sitio, señalando hacia la oficina de mamá. Ari le sonrió, pero era una expresión traviesa.

—No tengo por qué hacerlo.

Entonces él pareció entristecerse, tenía una expresión preocupada. Y se quedó muy callado, mirándola.

—Ari, esto no está bien, ¿no te parece?

—No tengo por qué ser buena.

—Me gustaría más si lo fueras.

Eso le dolió. Lo miró para ver si la estaba tratando mal, pero no lo parecía. Más bien era él quien parecía herido.

Ella no lo entendía. Comprendía a todo el mundo, pero no a él. Así que lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

—A tu mamá no le gustaría. —Él tenía una expresión amable cuando hablaba así —. Vuelve con ella.

—No quiero. Hablan sin parar. Estoy cansada de oírlos hablar.

—Bueno, pero yo tengo que encontrarme con una persona, Ari. Lo siento.

—No es cierto —espetó ella, acusándolo de mentir, porque no había estado preparado para irse a ninguna parte hasta que ella lo molestó.

—Bueno, pero tengo que irme. Vuelve con tu mamá.

Ella no lo obedeció. Pero él se alejó por el pasillo como si realmente fuera a alguna parte.

Ari deseaba poder acompañarlo. Deseaba que él se portara bien con ella. Estaba aburrida y triste, y cuando lo veía recordaba la gente brillante y la felicidad de todo el mundo, pero no alcanzaba a recordar cuándo había sucedido todo eso.

Sólo sabía que aquel día Ollie había estado con ella todo el rato y mamá había estado tan hermosa, y ella había jugado con Valery y había ganado la estrella que colgaba en su dormitorio.

Se dirigió a la oficina de ser Peterson muy despacio. Kyle ni siquiera se había dado cuenta. Se sentó y dibujó una estrella. Y pensó en Valery. Y en el hombre de cabello rojo, Grant, que pertenecía a Justin.

Ella deseaba que Ollie y mamá le dedicaran más tiempo. Ansiaba que mamá saliera de aquella reunión. Y que fueran a comer. Tal vez Ollie podría ir con ellas. Pero mamá no apareció pronto, así que ella dibujó líneas sobre la estrella y la hizo

bien fea.

Fea como todo.

VI

Los documentos demuestran, decía el informe que llegó al escritorio de Mikhail Corain, que la operación involucró una maniobra militar clandestina y el desembarco de 40.000 personas de la Unión, la mayoría de las cuales eran azi. La misión se lanzó en el año 2355, como operación de Defensa.

No hubo más apoyo a la colonia. La operación no se continuó.

Los informes del servicio de inteligencia de la Alianza dicen que hay miles de supervivientes que han desarrollado un estilo de vida primitivo. No cabe duda de que descienden de azi y de ciudadanos. La idea es que no tuvieron rejuv y que después de sesenta años los supervivientes deben de ser al menos de la segunda y tercera generación. Hay ruinas de construcciones de burbujas y de una instalación de energía solar. El planeta es extremadamente adecuado para la vida humana y los supervivientes estén en excelentes condiciones de salud, teniendo en cuenta las condiciones; practican una agricultura básica y la caza. Los informes de la Alianza no aseguran que los supervivientes puedan evacuarse de ese planeta. El daño ecológico todavía no se ha evaluado, pero al parecer hay una profunda penetración de la colonia en el ecosistema, y algunos habitantes se han retirado a zonas que no son del todo accesibles. La Alianza cree que los habitantes no aceptarían fácilmente una evacuación y el gobierno no piensa hacerlo por razones hasta el momento desconocidas.

Dentro del Departamento de Defensa se estima que la Alianza está interesada en interrogar a los supervivientes. Sin embargo, Defensa se opondrá a cualquier propuesta para recuperar a estos ciudadanos de la Unión como una operación que la Alianza rechazará inmediatamente y que de todos modos sería contraproducente.

Los azi eran sobre todo de contratos militares de Reseune, pero no exclusivamente.

Véanse los informes adjuntos.

La mayoría de los ciudadanos eran personal militar.

Nye presentará un proyecto de ley que exprese disculpas oficiales y una oferta de cooperación a la Alianza en cuanto al trato con los colonos.

La coalición expansionista dará apoyo unánime a este proyecto.

Corain hojeó los informes. Páginas y más páginas. Había datos desconocidos acerca del mundo que los colonos llamaban Gehenna. Había muchas cosas que decían Departamento de Defensa e Información Secreta.

No había forma humana de que la Alianza o la Unión pudieran recuperar a los supervivientes, en primer lugar porque estaban dispersos entre los montes y sobre

todo porque (según la Alianza) eran seres primitivos y prehistóricos, y la Alianza iba a impedir cualquier intento de evacuarlos, eso quedaba claro en la posición que estaba tomando el embajador.

La Alianza estaba muy irritada con el asunto porque se las veían con un problema muy caro y muy importante: un planeta tipo Tierra en su propia esfera de influencia con un desastre ecológico y una colonia afianzada y potencialmente hostil.

Y Corain también estaba enfadado, por razones éticas y políticas: Defensa había rebasado el límite, Defensa había mantenido en secreto este lío durante la guerra, cuando (al igual que ahora) se había aliado con Reseune y tenía de regalo un cheque completamente en blanco.

Y si Corain podía hacer algo, iba a haber una luz que iluminaría los tratados de toda la locura expansionista.

VII

Gorodin no estaba para nadie. Esto no era precisamente un problema, desde el punto de vista de Giraud Nye. El secretario de Defensa, Lu, lo había sustituido tantas veces en los últimos treinta años que tenía mucho más respeto en el Concejo y mucha más libertad en cuanto a votar a favor de su propia opinión de la que se suponía en un suplente, al igual que el subsecretario de Defensa, que virtualmente unía su personal con el de Lu y el de la oficina en terreno de Gorodin: en realidad, la cúpula de Defensa era una troika y lo había sido, *de facto*, desde los años de la guerra.

Y según la opinión no expresada de Giraud, era mejor que Gorodin permaneciera en algún lugar secreto e inaccesible al otro lado del espacio de la Unión. Lu, con el rostro convertido en un mapa de secretos sabios a medida que la rejuv declinaba, los ojos difíciles de descifrar hasta para un veterano de Reseune, estaba desarrollando su juego de siempre, el juego de *no hay autoridad que pueda contestar eso y sin comentarios* mientras los periodistas pedían información a gritos y Corain exigía una revelación total del secreto.

El secreto debía revelarse, al menos entre aliados políticos.

Y Giraud ya había oído lo suficiente para que se le revolviera el estómago durante todo el camino desde Reseune a su oficina asegurada contra filtraciones de sonido, mientras la pantalla de sonido le maltrataba los nervios y le hacía rechinar los dientes.

—Es la pura verdad —dijo Lu, sin hacer referencia a la hoja que tenía entre las manos—. La misión se lanzó en 2355; llegó a la estrella en cuestión y depositó a los colonos y al equipo. Nunca se pensó en volver. En ese momento, sabíamos que ese planeta estaba allí. Éramos conscientes de que la Alianza también lo sabía, que estaba dentro de su territorio, o del de la Tierra, y que por el factor de su posición y su potencial tendría una gran importancia en el futuro. —Lu se aclaró la garganta—. Sabíamos que no podíamos mantenerlo por razones prácticas, ni defenderlo, ni enviar suministros. Lo hicimos para que no pudieran colonizarlo ellos.

Para que no pudieran colonizarlo. La Alianza había enviado una expedición muy bien preparada y experta al hallazgo más precioso en el espacio cercano, lo había encontrado, para su consternación, habitado, habitado por humanos hostiles que seguramente no procedían de la Tierra, lo cual dejaba como única posibilidad una conclusión innegable, incluso sin las ruinas de los edificios y el hecho de que los supervivientes descendieran de azi.

La Unión había saboteado un planeta viable.

—Cuarenta mil personas —murmuró Giraud, con un vacío en la boca del estómago—. Abandonados en un planeta que no había sido explorado ni probado. Sin

más.

Lu parpadeó. Sin este movimiento, podría haber sido una estatua.

—Eran militares. Eran personal prescindible. No era mi administración, ya me entiende. Y en aquella época no había, sensibilidad hacia los problemas ecológicos. El sentimiento general de la época era que estábamos en una posición militar difícil, teníamos que pensar en la posibilidad de un ataque Maziani a Cyteen. Había dos alternativas para un movimiento como éste: primero, la colonia sobrevivía y mantenía los principios de la Unión si nosotros sufríamos un desastre, si la Tierra había enviado una misión suicida a Cyteen, por ejemplo. Mantener la colonia en secreto era una necesidad en ese sentido.

—La misión se envió en 2355 —espetó Giraud—. Un año después del fin de la guerra.

Lu cruzó las manos.

—Se planificó en los años finales de la guerra, cuando las cosas no eran muy seguras todavía. Se ejecutó cuando nos vimos enfrentados a una calamidad general y a ese tratado desastroso. Era jugarse el todo por el todo, digamos. Dejar que la Tierra o la Alianza tuvieran un planeta potencialmente más productivo que Cyteen, habría sido desastroso. Ésa era la segunda parte del plan: si la colonia desaparecía, todavía contribuiría con sus microorganismos a la ecología. Y en menos de un siglo, la Alianza o cualquier otro colonizador tendría un problema difícil al que nuestra ciencia podría hacer frente, pero no la suya. Se podría decir incluso que determinados microorganismos fueron pensados para aceptar nuestras contribuciones. En sus instalaciones, ser Nye. Como estoy seguro que dicen sus propios archivos. Sin mencionar a los azi y las órdenes por cinta.

—Tiene mucha razón: está en los archivos. —A Giraud le costaba respirar—. ¡Dios mío, nunca llegamos a saber que la operación se había llevado a cabo realmente! ¿Sabe el tipo de problema de seguridad al que nos enfrentamos? No estamos en la década del 2350. No estamos en guerra. Ésta maldita bomba de tiempo que colocaron viene a estallar en un siglo en el que hemos encontrado extraterrestres al otro lado del Sol, en que tenemos tratados ecológicos..., en que tenemos nuestra propia posición adoptada, por Dios, sobre las responsabilidades ecológicas, los bancos genéticos, las arcas, los...

—Por supuesto, fue la arquitecta de los bancos genéticos y el tratado y las arcas la que administraba Reseune durante el desarrollo de la colonia Gehenna. La canciller Emory firmó todos los contratos con Defensa...

—Los abolicionistas, ¡Dios mío!, acabamos de darles el mejor argumento con el que puedan haber soñado. Era un proyecto en estudio. Dios, el padre de Jordan Warrick trabajó en esas cintas de Gehenna.

—Confiamos en que los procedimientos de seguridad de Reseune no permitieran

que los miembros del proyecto supieran en qué estaban trabajando.

—¡A la mierda con eso! Aparece en las noticias, general. Las noticias llegan a Planys, tarde o temprano. ¿Quiere apostar a que Jordan Warrick no sabrá quién en qué departamento puede haber estado trabajando en esas cintas, y qué nombres y qué datos va a contar a los investigadores que lo encuentren?

—¿Y destruir la reputación de su propio padre?

—Proteger la reputación de su padre, maldita sea; y acabar con la de Reseune. Ustedes usaron cuarenta mil azi para sabotear un planeta, por Dios; unieron la investigación al Departamento de Ciencias, y el asunto no podría haber salido a la superficie en peor momento.

—Ah —suspiró Lu con calma—. Puedo imaginarme momentos peores. Éste es un momento tranquilo, un momento en que la humanidad, sobre todo la Alianza, tiene otras preocupaciones. En realidad, Gehenna ha hecho exactamente lo que se esperaba de ella: hay un desastre ecológico. La Alianza está deteniendo la expansión. El curso del desarrollo de la Alianza ha quedado irrevocablemente alterado: si admiten a esa población, absorberán una comunidad étnicamente única con valores de la Unión, si es que ustedes creen realmente en la validez de sus instrucciones de cinta. De todos modos, hemos impedido que la Tierra o la Alianza consigan una fuente de recursos muy valiosa, y un punto de apoyo para viajes a otras estrellas. Ahora la Alianza tendrá que rastrear un grupo perdido y disperso de primitivos para evacuarlos por la fuerza, una pesadilla desde el punto de vista logístico, o tendrá que tomarlos en cuenta cuando quiera establecer sus propias colonias en ese mundo. Si deciden fundar colonias. El cuerpo de espionaje nos informa que lo están pensando muy a fondo. Comprenden que pueden tener algunas dificultades si se mezclan con esta cultura planetaria. Siempre ha habido una oposición a sus esfuerzos de colonización. Los espaciales, que representan una gran mayoría en la Alianza, dudan sobre cualquier movimiento que ponga poder en manos de gente sedentaria, los del cielo azul, como los llaman los espaciales, con una organización preindustrial, o algún otro protectorado todavía más problemático; es más de lo que quiere el Concejo de Capitanes, sin mencionar el Departamento de Ciencias de ellos, que quiere estudiar la colonia, mientras las compañías de construcción habían puesto fecha a la construcción de una estación para la que pidieron crédito. El embajador de la Alianza pide información de su gente de Ciencias y pide disculpas; todo por el mismo precio. Habrá un enfriamiento de las relaciones, y después volveremos a cooperar. Se lo aseguro, están mucho más asustados que nosotros de lo que encontró Sol, lo cual es muy natural, considerando que ellos están más cerca del problema. En general, es un excelente momento para que todo esto salga a la luz: vimos los preparativos, no nos tomaron por sorpresa, por eso el almirante Gorodin no recibe a nadie. Sabíamos que esto iba a suceder.

—¡Y nos lo ocultaron!

Lu mantuvo un silencio congelado. Luego:

—¿«Nos», a Ciencias; o «nos», a Reseune?

—¡A Reseune, mierda! ¡Reseune es la que tiene interés en esto!

—Un interés pasado —dijo Lu—. Ésa niña todavía no es adulta, todavía falta mucho para eso. Puede pasar por encima de esta tormenta. Emory está fuera del alcance de la ley, a menos que usted sea religioso. Que redacten unos cuantos documentos. Warrick está en cuarentena, totalmente desacreditado en cuanto al valor de sus testimonios frente al Concejo. Si su padre trabajaba en el proyecto, el nombre de Warrick quedará todavía en peor posición. ¿Qué puede preocuparle a Reseune?

Giraud cerró la boca. Estaba sudando. Bogdanovitch había muerto hacía cuatro años: Harad, de Fargone, tenía la representación de Estado y hacía causa común con Gorodin, de Defensa; De Franco, de Comercio; y Lao, de Información. Malditos fueran. La coalición expansionista seguía firme, los abolicionistas estaban en retroceso y Corain y los centristas perdían terreno, perdieron a Gorodin que se pasó al campo expansionista, donde siempre debía haber estado. Pero Nasir Harad, maldita fuera, Nasir Harad se acercó a Gorodin, la fuente de esos importantes contratos de Defensa para la estación, y Estado y Defensa e Información eran una coalición dentro de la coalición expansionista, amantes secretos. Reseune ya no ejercía tanta influencia como en el pasado. Ésa era una verdad *amarga* con la que Giraud tenía que vivir. Le revolvió el estómago y lo desvelaba por las noches. Pero Ari había sido, al menos tal como lo veían ellos, única.

—Déjeme decirle —dijo Giraud— que algunos puntos de nuestros archivos son aspectos muy delicados. No queremos que salgan a la luz. Es más, no queremos que haya la más mínima posibilidad de que llamen a Warrick a Planys para testificar. No entiende usted la facilidad con que esta situación podría estallar en mil pedazos. Él recuerda detalles mínimos, conversaciones que pudo haber oído, aspectos que tal vez discutió con su padre por entonces, todo eso será mucho más exacto de lo que queremos usted o yo. Su memoria es extremadamente buena. Si usted no quiere que la *Alianza* se entere de lo que hicieron punto por punto, consiga que Warrick se quede callado, ¿queda claro?

—¿Me está diciendo que la presente Administración puede quedar comprometida?

Una pregunta peligrosa. Un interés peligroso. Giraud respiró hondo.

—Solamente le pido que me escuche. Antes de que descubra los hilos de esta trama, sí, a puertas cerradas. Si quiere el proyecto Rubin dividido en mil pedazos suelte a Warrick y no habrá un proyecto Rubin.

—A veces ni siquiera estamos seguros de que exista un proyecto Rubin —suspiró Lu con amargura—. LÍNEAS ESPACIALES RESEUNE todavía tiene mucho que

hacer. Pruebas, ya sabe. Traspaso de datos. ¿Hay un director?

—Sí. Estamos a punto de transferir el banco. No es una operación intrascendente, se lo aseguro. Ésta investigación no nos va a ayudar. Ya estamos sometidos a mucha presión sin eso. Hay una enorme cantidad de datos involucrada. Ésa es la naturaleza del proceso. Estamos en operación, hemos estado en operación durante los últimos seis años. No pensamos malgastar esfuerzos en un intento a medias, general. — Maldita sea. Es táctica. Es distracción—. El problema es Warrick. El problema es que las instalaciones de Planys están bajo su seguridad y tenemos que confiar en ella. Esperamos poder confiar en ella.

—Claro que sí. Completamente. Como nosotros esperamos contar con su colaboración para el asunto de Gehenna, canciller Nye.

Chantaje. Sin paliativos. Giraud intuyó la mano de Harad en aquella artimaña.

—¿Hasta qué punto?

—Acuerdo para cooperar con los científicos de la Alianza. Juraremos que se trata de una operación perdida, una que quedó oculta tras los secretos de la guerra. Algo que nadie sabía que se había llevado a cabo. Nadie que esté ahora en la Administración. Diremos que hubo un problema en las comunicaciones y que por eso se inició como operación.

—Debemos evitar que el nombre de Ariane Emory se vea relacionado con el asunto.

—No creo que sea posible. Que los muertos asuman la responsabilidad. Los vivos son los que tienen problemas. Y le aseguro que nos encontramos en una situación difícil. Queremos tener un canal activo en esta situación en Gehenna. Los descendientes de ciudadanos de la Unión son todavía ciudadanos nuestros legalmente. Si decidimos tomar el planeta. Tal vez no lo hagamos. En cualquier caso, Ciencias estaría interesada en la alteración ecológica y en el sistema social. No podemos ganar nada si nos negamos a cooperar. No podemos entregarles el contenido real de las cintas, de eso puede estar seguro. Pero sí la composición de la colonia, el porcentaje de personal militar con respecto a los azi. Las historias personales de algunos de los militares. Conn, por ejemplo. Servicio distinguido. Deberían haber obtenido algún reconocimiento, después de todos estos años.

Sentimientos. Dios mío.

—Reseune —dijo Giraud— valora igualmente la participación de Emory en este caso.

—Lamento decir que esa parte de la historia tendrá que salir a la luz. Los azi, ya sabe. En cuanto el público sepa eso, no habrá forma de ocultarlo. Pero ya estamos intentando controlar el daño. Estado se ocupa de eso.

—¿Harad estaba al control de esta operación?

—Está dentro del área de responsabilidad de Estado. Ciencias no hace política

exterior. Nuestra obligación en esas cuestiones es muy distinta. Le ruego que reflexione lo que valen sus contratos. El único laboratorio con el que hacemos contratos primarios es Reseune. Seguimos trabajando con ustedes. Seguimos apoyando a LINEAS ESPACIALES RESEUNE, a pesar de las desventajas en el costo. Esperamos que nuestro acuerdo sea mutuamente satisfactorio, esperamos que continúe.

—Ya veo —dijo Giraud con amargura—. Ya veo. —Y después de un par de segundos—. Ser secretario, necesitamos que protejan estos datos, por algo mucho más importante que la reputación de una mujer muerta. Para impedir que el Concejo haga estallar esto frente a los ojos del público. Si se da esta circunstancia, no habrá posibilidades de éxito.

—Ahora usted quiere nuestra ayuda. Quiere ponerme a mí y a mi Departamento en la estacada. ¿No es eso? Déjeme explicarle, ser, que tenemos otros problemas ahora, sobre todo un antimilitarismo rampante que se alimenta de este escándalo, y ése representa un peligro crítico para la defensa nacional en un momento en que nos enfrentamos a reducciones de presupuesto, en un momento en que no podemos conseguir las naves que necesitamos ni expandir los perímetros a través de las cabezas del público o la oposición de Finanzas en el Concejo. Tenemos un problema básico, ser, su proyecto se ha transformado en un agujero negro que se traga el dinero y no ofrece nada, y maldita sea, usted quiere que lo protejamos de las investigaciones pero se niega a confiarnos los archivos e informes. Sugiero que se defiendan usted mismo, ser, con los recursos de Reseune. Tal vez haya llegado el momento de dar a conocer ese proyecto. Elija. Deme una razón para mantener esos datos en secreto, o entrégueme los archivos que necesito.

—No está lista, no ahora, en medio de este escándalo relacionado con su predecesora. Tiene seis años, no puede manejar ese tipo de ataque.

—Ése es su problema —dijo Lu, con las manos cruzadas mientras una mirada implacable, dura, se instalaba en su rostro—. Francamente, no sabemos si tenemos algo que proteger, ser. Por lo que usted se ha permitido mostrarnos, podría ser otro clon como el de Bok.

—Le enseñaré los archivos.

—La clon de Bok fue muy buena durante la infancia. Los problemas se manifestaron después. ¿No recuerda? Y a menos que quiera mostrar a la niña ante el público y me dé una razón para poner los archivos en secreto, no puedo continuar protegiéndolo.

—Maldito sea, nos deja vulnerables, y a través de nosotros ellos encontrarán la puerta hacia su reino.

—Pero para eso tendrán que atravesar el suyo, me parece. Usted ha sido muy activo en la Administración de Reseune durante estos años. ¿O es que esos archivos

que defiende tanto, ser, lo involucran a usted?

—Eso es lo que usted dice. Pueden arrojar luz donde mucha gente quiere oscuridad.

—Así que usted quiere que dirijamos el golpe, ¿no? Siempre resulta útil saber lo que se deja abierto al ataque. Lamento que tenga que ser en su territorio. Pero, desde luego, no dejaré que suceda en el mío.

—Si tiene un poco de paciencia...

—Prefiero la palabra «progreso», que, en realidad, está muy ausente de Reseune últimamente. Podemos discutirlo. Estoy preparado para discutirlo. Pero supongo que me entenderá si le digo que soy inflexible en algunas cosas. Ahora se hace imprescindible la cooperación. Si no hay una razón para retirar esos archivos de circulación, tendremos que hacerlos públicos. Compréndalo: hay que dar algo a la investigación. Y pronto.

Había que hacerlo. Había que sentarse y escuchar mientras el sustituto de Defensa, maldito fuera, se expandía sobre el programa de Gorodin para lo que llamaba control de daños.

Una propuesta de cooperación cultural y científica con la Alianza. Desde Defensa, a través del Departamento de Ciencias.

Una expresión oficial de arrepentimiento por parte del Concejo en una resolución conjunta, posible gracias a la publicación de documentos seleccionados por la Administración actual de Reseune, documentos que acusaban a Bogdanovitch, Emory y Azov de Defensa, todos bien muertos, de colaborar en la planificación de la operación Gehenna.

Maldito.

—Ya veremos lo que hacemos con Warrick —continuó Lu—. En realidad, tal vez sería ventajoso que le dejáramos tener una conferencia con su hijo. Controlada, claro.

VIII

—¿Justin? —La voz llegaba desde el otro extremo del mundo, la voz de Jordan, la voz de su padre, después de ocho años; y Justin, que se había endurecido para no derrumbarse, para no flaquear frente a Denys, en cuyo escritorio estaban, se mordió el labio hasta hacerlo sangrar y miró la imagen en la pantalla: un Jordan más viejo, más delgado. El cabello blanco. Justin lo miró impresionado, con la conciencia de los años perdidos y murmuró:

—Jordan, Dios, cuánto deseaba verte... Estamos bien, muy bien. Grant no está aquí hoy, pero la próxima vez...

—... tienes buen aspecto. —La voz de Jordan lo traspasaba y había dolor en su mirada—. Dios, ¡cómo has crecido! Me alegro muchísimo de verte. ¿Dónde está Grant?

El retraso temporal. Los retrasaban quince segundos de cada lado por seguridad.

—Tú también tienes buen aspecto. —Dios, las banalidades que debían decirse cuando había tan poco tiempo. Cuando había tanto que decir y no podían porque Seguridad estaba esperando para cortar la comunicación a la primera señal de una transgresión de las reglas—. ¿Cómo está Paul? Grant y yo vivimos en tu apartamento y estamos muy bien. Todavía estoy en diseño.

Denys levantó la mano para advertirle. Nada de hablar del trabajo. Justin se detuvo.

—Un poco más gris, lo sé. No estoy mal. Buena salud y todo eso. Paul también. Ay, Señor, qué alegría me da verte.

—Puedes hacerlo en el espejo, ¿no? —Justin se obligó a reír un poco—. Espero tener tan buen aspecto como tú a tu edad. Tal vez tenga posibilidades, ¿no te parece? No puedo decirte mucho. (*No me dejan*). Tengo trabajo. Me dan tus cartas. (Mierda). Me tratan bien, en serio. Y Grant...

Su padre sonrió cuando la broma llegó del otro lado.

—Tú eres mi máquina del tiempo. Claro que tienes una buena oportunidad. Yo también recibo tus cartas. Las guardo. Todas.

—Grant también. También ha crecido. Está más alto. Ya te lo puedes imaginar. Somos como una mano y la otra. Nos cuidamos mutuamente. Nos va bien.

—No vas a alcanzarlo nunca. No en la forma en que estaba creciendo. Paul también ha envejecido. La rejuv, claro. Lo lamento. Estaba absolutamente seguro de que te lo había dicho en las cartas. Soy perezoso y no me tiño el pelo.

Quería decir que los censores habían cortado esa parte, maldición.

—Te queda bien. En serio. Casi todo sigue igual en casa. (*No en otros lados*).

Pero te echo de menos. A los dos.

—Yo también te echo de menos, hijo. En serio. Me están diciendo que tengo que cortar ahora. Mierda, tengo tanto que decirte. Sé bueno. No te metas en líos.

—Tú tampoco. Estamos bien. Te quiero.

La imagen se borró y se convirtió en nieve. El vídeo se apagó. Justin se mordió los labios y trató de mirar a Denys con dignidad. Tal como habría hecho Jordan.

—Gracias —dijo.

La boca de Denys tembló levemente.

—Buen chico. Todo ha ido bien. ¿Quieres una copia? He hecho una.

—Sí, ser. Me gustaría. Para Grant. Denys la sacó del grabador y se la dio. Y afirmó con la cabeza. Enfáticamente.

—Te lo repito: te vigilan muy de cerca. Es por lo de Gehenna.

—Así que quieren tener bien sujeto a Jordan, ¿no?

—Lo has captado muy bien. Sí. Eso es exactamente lo que quieren. Es la razón por la cual Defensa cambió tan bruscamente las prioridades. Incluso hay una posibilidad, repito, una posibilidad, de que te concedan un viaje con escolta a Planys. Pero vigilarán cada uno de tus movimientos.

Eso lo conmovió. Un golpe. Tal vez lo hacían por eso.

—¿Se está tramitando el permiso?

—Lo estoy hablando con ellos. No debería decírtelo. Pero, hijo, no cometas errores. No hagas nada. Te has portado espectacularmente bien desde que... desde que resolviste tu problema personal. Tu trabajo es excelente. Te vamos a dar más responsabilidades..., ya sabes lo que quiero decir. Más trabajo. Quiero que tú y Grant trabajéis juntos en algunos diseños. En serio, quiero que desempeñes un trabajo de responsabilidad dentro del personal. Los dos.

—¿Por qué? ¿Para tener algo con que presionarme después?

—Hijo... —Denys suspiró profundamente y pareció preocupado—. No. Todo lo contrario. Quiero que seas necesario aquí. Muy necesario. Están montando la instalación en Fargone. Y eso queda muy lejos de Planys.

Una sensación fría se deslizó sobre el corazón de Justin, vieja, familiar.

—Por Dios —continuó Denys—, no les des una oportunidad. Escucha mí consejo. No tenemos el control total de la situación. Defensa ha clavado sus garras sobre tu padre. Y no va a soltarlo. Ya me entiendes, has conseguido esta comunicación gracias a Gehenna y sus consecuencias. Eso les hizo pensar que debían dar a tu padre algo para poder presionarlo. Pero nosotros no te entregamos. Te tuvimos bien calladito aquí. El hecho de que fueras un menor te protege a ti y a Grant de algunas cosas: ellos no lo notaron, pero has crecido lo suficiente para que puedan atraparte. Y la instalación de LINEAS ESPACIALES RESEUNE en Fargone tiene un ala militar, donde serías un rehén perfecto.

—¿Es una amenaza?

—Justin, confía un poco en mí. Dame la confianza que yo deposité en ti. Y en tu padre. Trato de advertirte acerca de una trampa. Piensa en esto al menos. En realidad no me fío de esta brusca benevolencia por parte de Defensa. Tienes razón cuando piensas que detrás de todo esto se esconde algo. Y trato de advertirte sobre un problema potencial. Si formas parte del personal esencial, podremos retenerte, y pienses lo que pienses, estarás mucho más a salvo con nosotros que con ellos. Saca tus propias conclusiones. Sabes muy bien las ventajas que podrían obtener ellos de tenerte bajo su control en Fargone y a Jordan en Planys. Eso es lo que trato de decirte. Usa la información como quieras. Pero yo voy a darte todas las oportunidades que pueda.

Justin tomó la cinta. Pensó en lo que le decía.

—Sí, ser —dijo finalmente. Porque Denys tenía razón. Fargone no era un buen lugar para él, no ahora, ya no. Y lo que Jordan había querido ya carecía de importancia.

IX

Pensé que tal vez esto haría que reconsideraras tus objeciones sobre el MR-1959, J. W., escribió Justin sobre la carátula de sus explicaciones para el informe sobre el trabajo del EO-6823. Y había tomado los informes del proyecto y los había enviado a la oficina de Yanni Schwartz.

Con muchas dudas.

Estaba trabajando de nuevo. Trabajaba más horas de las normales y muy duro, y se esforzaba mucho porque se daba cuenta del sitio al que había llegado. Cogió las cintas. Asimiló datos. Intentó el tipo de diseños que había estado probando en su tiempo libre durante ocho años y explicó a Yanni que sólo eran sustitutos experimentales de las tareas regulares.

Por alguna razón, esto hizo que Yanni se enfureciera.

Pero Yanni se enfurecía por muchas cosas.

—Mira, Yanni —había dicho Justin cuando Yanni estalló por lo del sustituto del MR-1959—, estoy desarrollando este estudio por mis propios medios. No he descuidado mi trabajo. Pensé que podrías ayudarme un poco con eso.

—No hay forma de que podamos hacer lo que tú propones —dijo Yanni—, eso es todo.

—Explícame por qué.

—No se puede unir una cinta de habilidad con una cinta profunda. Terminarás como una rata en un laberinto. Eso es lo que estás haciendo.

—¿Y no podríamos hablar sobre esto? ¿A la hora del almuerzo? Quiero hablar, Yanni, en serio. Creo que he encontrado la forma de evitar el problema.

—No veo razón para perder el tiempo en eso. Estoy ocupado, hijo. Muy ocupado. Ve y busca a Strassen y díselo a ella. Si es que puedes encontrarla, nadie sabe nunca dónde está. Que ella haga de instructora. O a Peterson, él tiene paciencia. Yo no. Haz tu trabajo y entrégalo, y no me causes problemas, por Dios, que ya tengo demasiados.

Peterson se ocupaba de los principiantes.

Eso era lo que Yanni había querido decir.

No pensó que Denys Nye le había aconsejado que siguiera estudiando. No pensó que Ariane Emory había tenido tiempo de estudiar sus prototipos de diseño. Se lo tragó y se dijo a sí mismo que Yanni sabía hacer daño cuando algo le molestaba. Yanni era un diseñador psíquico. Yanni estaba con los mejores y Yanni era la paciencia misma cuando trabajaba con azi; pero cuando discutía con un CIUD, disparaba con todas sus fuerzas, que incluían tácticas psicológicas. Claro que le dolía. Eso era porque Yanni era muy bueno y había disparado contra un inválido

psicológico que estaba atrapado y frustrado desde hacía años.

Así que salió con un «sí, ser, entiendo». Y dio vueltas en la cama toda la noche hasta que recuperó el equilibrio, se calmó y decidió: *De acuerdo, así es Yanni. Todavía constituye mi mejor oportunidad. Puedo convencerlo por cansancio. ¿Qué me puede hacer? ¿Qué me pueden hacer las palabras?*

Mucho, claro, si procedían de un maestro de la psiquiatría, pero como vivía en Reseune y como aspiraba a llegar tan alto como Yanni, tenía que arriesgar el todo por el todo, armarse de valor y seguir adelante.

—No te lo tomes así —le dijo Grant acerca del fracaso. Grant, que se ponía completamente frío y duro cuando estaba a menos de tres metros de Yanni Schwartz, porque Yanni lo volvía loco de miedo.

—No —replicó Justin—. No. Es el único que puede enseñarme algo, excepto Jane Strassen, Giraud y Denys. Y no pienso acercarme a los Nye. Ni trabajar al lado de la Strassen.

—No —admitió Grant con fervor—. Creo que no sería indicado.

Considerando lo que había alrededor de la oficina de Strassen, no.

Justin no empezó la guerra con Yanni conscientemente. Pero le dolía por dentro, se sentía inseguro, trataba de conseguir el máximo en su trabajo y Yanni quería que diseñara con señaladores para que un cirujano pudiera extraer la información de nuevo, porque, como había dicho Yanni en un día más tranquilo, cuando él lo presionó por segunda vez para que fuera claro sobre el problema del MR-1959:

—No eres tan bueno, mierda, y una cinta de habilidad no es una cinta maestra. Deja de tratar de vestir a la mona de seda. No te acerques a las cintas profundas. ¿No ves a donde conduce esa unión? No, no tienes la sensatez suficiente y yo no dispongo de tiempo para esa locura. Me estás haciendo perder el tiempo y estás perdiendo el tuyo. Tal vez puedas ser un excelente diseñador si controlas tus propios problemas y dejas de dar vueltas a ideas que se saben inútiles desde hace ochenta años. No has inventado la rueda, hijo, lo único que has hecho es llegar al mismo callejón sin salida de siempre.

—Ari no opinaba lo mismo —espetó él finalmente, y decir eso era como arrancarse las entrañas. Le salió a media voz y con demasiada emoción.

—¿Qué decía Ari?

—Criticó el diseño y dijo que había ramificaciones sociológicas que yo no había tenido en...

—Correcto.

—Dijo que lo pensaría. Ari... iba a pensarlo. No dijo que pudiera contestarme enseguida. No me aconsejó que yo lo reflexionara. Así que no creo que puedas despedirme sin más. Puedo mostrarte lo que estaba haciendo en ese momento, si

quieres.

—Hijo, será mejor que te des cuenta de las cosas. Ari quería una sola cosa de ti, y tú sabes muy bien qué era. No te vayas por una tangente mental y te golpees seis, ocho años después porque estás seguro de que eras mejor a los diecisiete que ahora. Eso es una estupidez. Acéptalo. Te metiste en líos en varios sentidos, es natural *que* intentes empezar donde lo dejaste, pero te harás un favor si reanudas el trabajo donde estás ahora, hijo, y te das cuenta de que no fueron tus ideas las que hicieron que Ari te invitara a su oficina y pasara todo ese tiempo contigo. ¿Entiendes?

Durante un momento, Justin sintió que se ahogaba. Estaban en privado, en la oficina de Yanni. Nadie podía oírlos. Pero nadie, nadie durante todos aquellos años le había presentado las cosas con tanta franqueza como Yanni, ni siquiera Denys, ni siquiera Petros, y tuvo un destello rápido que descargó adrenalina en su cuerpo. Reaccionó, sabía que estaba reaccionando: quería estar en cualquier otro lugar menos allí, con un hombre al que no se atrevía a tocar, Dios, lo tendrían sobre la mesa en menos de una hora si lo hacía y...

—Maldita sea, Yanni, ¿qué estás tratando de hacerme?

—Estoy tratando de ayudarte.

—¿Y esto es lo mejor que puedes hacer por mí? ¿Así es como tratas a tus pacientes? Dios los ayude.

Estaba a punto de derrumbarse. Tensó la mandíbula y se quedó quieto. *Sabes que estuve en terapia, maldito bastardo. Déjame en paz.*

Y Yanni tardó un tiempo en contestarle, esta vez mucho más tranquilo.

—Estoy tratando de decirte la verdad, hijo. Nadie lo hace. No lo acorrales, dice Petros. ¿Qué quieres? ¿Que Petros te ponga una tirita sobre la herida? No puede ponerte la mano encima. Denys no se lo permite. Pero lo necesitas, mierda, necesitas a alguien que corte bien abajo y atrape lo que te está carcomiendo y te lo muestre a la luz del día. Y no me importa lo mucho que te moleste, no soy tu enemigo. Todos tienen miedo por lo que parecerá si te conducen a una operación psíquica mayor. No desean esa situación porque temen que haya filtraciones y que Jordan estalle. Pero yo me preocupo por ti, hijo, me preocupas tanto que te desgarraría las entrañas y te las serviría en una bandeja, esperando que no se cumpliera el viejo dicho y que pudieras armarte de nuevo. Ari está en las noticias ahora; eso no es bueno y hay demasiada atención de los medios alrededor del tema de nuestra seguridad. No podemos arrestarte y administrarte el tratamiento que necesitas. Óyeme. No, óyeme. Todos los demás se salvan como pueden. Y tú estás sangrando mientras Petros hace remiendos a una situación que todos vemos: Denys trató de hablarte. No quieres cooperar. Gracias a Dios, al menos tratas de despertarte y trabajar. Si pudiera hacer lo que considero correcto, hijo, te habría inyectado bien antes de tener esta conversación contigo y tal vez entonces lo entenderías. Pero quiero que pienses bien en lo que

haces. Estás tratando de volver al punto de inicio. Estás perdiendo el tiempo. Quiero que aceptes lo que pasó, que olvides el pasado y me des el tipo de trabajo de que eres capaz. Trabajo rápido. Eres lento. Eres muy lento. Te vas en controles y controles de los controles como si te atenazara el miedo al fracaso. No necesitas todo eso. No eres el último control, no tienes que trabajar como si lo fueras, porque te aseguro que no voy a dejarte ser el último por ahora. Así que tranquilízate, presenta el trabajo, y haz lo que puedas en tu propio nivel. —Hizo un gesto para hojear con rapidez el informe—. No esto.

Justin se sentó en silencio un rato. Sangrando, como decía Yanni. Y porque era obstinado, porque había sólo una cosa que quería añadir, dijo:

—Pruébame que estoy equivocado. Hazme una crítica. Pásalo por Sociología. Muéstrame lo que hará la segunda o la tercera generación. Muéstrame cómo se integra. O por qué no lo hace.

—¿Te das cuenta de lo que pasa a tu alrededor? ¿Has visto el horario que debemos cumplir? ¿De dónde quieres que saque el tiempo para hacer lo que me pides? ¿Cómo puedo justificar en el presupuesto que Sociología estudie un problema que ya se solucionó hace ochenta años?

—Estoy diciendo que yo lo he solucionado aquí. Te estoy diciendo que lo tengo aquí. Haz tú la crítica de mis diseños, entonces. Si quieres decirme que estoy loco, bueno, pero muéstrame dónde me equivoco.

—Mierda, no voy a ayudarte a fomentar el daño que te *atenaza*.

—Soy el hijo de Jordan. Y era bueno...

—¡Eras, eras, eras! ¡Mierda! ¡Deja de mirar el pasado! ¡Lo que pasó hace seis años no vale de nada ahora, hijo!

—Pruébamelo..., pruébame, Yanni, o admite que no puedes.

—¡Ve a ver a Peterson!

—Peterson no puede probarme nada. Soy mejor que él. Empecé así.

—¡Niñato orgulloso! No eres mejor que Peterson. Peterson se gana lo que cobra. Si no fueras el hijo de Jordan, estarías viviendo en un apartamento de una sola habitación con un sueldo que correspondería realmente al trabajo que haces, y con eso no pagarías tus gustos extravagantes, hijo. Grant y tu juntos no trabajáis lo suficiente para merecer el apartamento en que vivís.

—¿Y cuánto vale el trabajo de mi padre? ¿Cuánto consigue él con ese trabajo? Envíale mis diseños. Él encontrará el tiempo.

Yanni respiró hondo.

Luego dejó escapar el aire.

—Mierda. ¿Qué quieres que haga contigo?

—Lo que quieras. Lo que hacen todos. Despídeme. Vas a recibir estos diseños una vez a la semana. Y si no me contestas, te preguntaré. Una vez a la semana.

Quiero educarme, Yanni. Me lo debéis. Y tú eres el instructor que yo quiero. Haz lo que quieras. Di lo que quieras. No voy a darme por vencido.

—Mierda.

Justin miró a Yanni a los ojos, y no dudaba de que Yanni era capaz de levantarse, dar la vuelta al escritorio y propinarle una bofetada.

—Se lo preguntaría a Strassen —explicó—, pero no creo que les guste la idea de que me acerqué a ella. Y no creo que ella tenga tiempo. Así que sólo quedas tú, Yanni. Despídeme o demuéstreme que estoy equivocado y enséñame por qué. Pero hazlo con lógica. Si empleas trucos psicológicos, no vas a lograrlo.

—¡No tengo tiempo!

—Nadie tiene tiempo. Así que hazlo. No tardarás mucho si el error es tan evidente. Dos frases. Eso es todo lo que necesito. Dime dónde va a impactar en la próxima generación.

—Largo de aquí.

—¿Me despides?

—No —ladró Yanni. Era la cosa más amistosa que hubiera dicho a cualquiera de sus subordinados en años.

Así que hizo dos cintas. Una para Yanni. La otra era la cinta que deseaba que le dejaran usar. Porque le enseñaba cosas. Porque le permitía ver todo el grupo.

Porque, como decía Grant, una habilidad era muy importante para un azi.

Y todavía no podía dilucidar la moral del asunto, si era correcto hacer que un Theta experimentara genuino placer por el trabajo en lugar de que sintiera bienestar por la aprobación del trabajo. Había algo ético vinculado con todo eso. Y había problemas estructurales básicos en la idea de relacionar eso con el psicogrupo azi, ése era el problema y Yanni tenía razón. Un psicogrupo artificial necesitaba una base simple, no bases complicadas; de lo contrario, se metía en complejidades muy peligrosas. Las uniones muy profundas podían transformarse en neurosis o en comportamientos obsesivos capaces de destruir a un azi y ser mucho más crueles que el simple aburrimiento.

Pero siguió enviando los diseños para que Yanni los examinara cuando estuviera de buen humor; y Yanni había estado de buen humor de vez en cuando.

—Eres un tonto. —Fue lo mejor que pudo obtener. Y a veces un párrafo por escrito que hablaba de las posibles repercusiones. O sugería una cinta de estudio de Sociología.

Justin atesoraba esas notas. Consiguió las cintas. Las puso. Descubrió errores. Siguió pensándolas.

—Todavía eres un tonto —dijo Yanni—. Lo único que consigues, hijo, es que lo malo que tienes se haga más profundo y más lento. Pero sigue trabajando. Si dispones

de todo ese tiempo libre, puedo sugerirte algunas tareas útiles en qué emplearlo. Tenemos un problema en el grupo Beta. Tenemos todo lo que podemos manejar. El grupo tiene diez años y está causando problemas en una de las tres cintas de habilidad manual. Eso creemos. Eso piensa el instructor. Tienes las historias de los casos en la ficha. Ocúpate de eso y a ver si tú y Grant podéis encontrar respuestas.

Justin se fue con la ficha, y con la carpeta, con un problema en una cinta. Era una maldición, el trabajo más real que Yanni le hubiera dado nunca.

Y cuando lo puso en la pantalla, comprendió que era una auténtica pesadilla. Los tres azi habían tenido más cintas de las que cabían en una página, y cada una tenía una aplicación distinta. Pero el problema era serio. Los azi estaban todos bajo cinta de reajuste, una cinta genérica del tipo *cálmate-no-es-culpa-tuya*, es decir que los tres estaban esperando angustiados que algún diseñador apareciera con algo que se llevara su inquietud sin nombre y la manejara de alguna forma.

Dios, el problema se remontaba a varios meses atrás. No estaban en Cyteen. Todos los supervisores jefes locales habían analizado el asunto, habían hecho dos arreglos en uno, y se habían amargado mucho.

Y eso significaba que era complejo. No era un problema teórico. Hizo dos llamadas, una a Grant.

—Necesito una opinión.

Una a Yanni.

—Dime que alguien más está trabajando en esto, Yanni. Esto es probablemente una cinta borrada; por Dios, dáselo a alguien que sepa lo que está haciendo.

—Tú afirmas dominar el asunto —dijo Yanni y colgó.

—¡Maldito! —aulló Justin.

Y cuando Grant llegó, los dos dejaron todo lo que tenían entre manos y trabajaron en eso.

Pasaron tres semanas sin apenas descansar antes de que descubrieran una intersección en una cinta de habilidad. En los tres.

—Mierda —aulló delante de Yanni cuando se lo entregó—. Es un lío, Yanni. Podrías haberlo encontrado en una semana. Se trata de seres humanos, por Dios, uno de ellos está con un mal remiendo encima del otro.

—Bueno, tú te las arreglas, ¿eh? Pensé que te sentirías identificado con el problema. Arréglalo.

—¿Qué quiere decir «arréglalo»? ¡Haz un control!

—Eso es asunto tuyo. Arréglalo. No necesitas un control.

Justin respiró hondo, desesperado. Y miró a Yanni con ganas de estrangularlo.

—¿Se trata de un problema de tiempo real? ¿O es un truco? ¿Un ejercicio que me has preparado?

—No, es tiempo real. Y mientras estás aquí de pie discutiendo, todavía están

esperando la solución. Así que vamos. Lo has hecho bastante rápido. Quiero ver qué consigues ahora.

—¡Sé lo que me estás haciendo, mierda! ¡No se lo cargues a los azi!

—No digas eso —dijo Yanni. Y se dirigió a su oficina interna y cerró la puerta.

Justin se quedó inmóvil. Miró desesperado a Marge, ayudante de Yanni.

Marge lo miró con simpatía y agitó la cabeza.

Así que Justin volvió y se lo contó a Grant.

Y terminó el arreglo en tres días.

—Muy bien —dijo Yanni—. Espero que sirva. Tengo otro caso para ti.

X

—Forma parte de mi trabajo —dijo mamá, y Ari, que caminaba cogida de la mano de mamá, no porque fuera una niña pequeña, sino porque las máquinas eran muy grandes y las cosas se movían y todo era peligroso. Miró a su alrededor las cosas brillantes como el acero que llamaban tanques-útero, cada uno grande como un autobús y preguntó en una voz muy alta:

—¿Dónde están los bebés?

—Dentro de los tanques —respondió mamá. Una azi se acercó a ellas y mamá dijo—: Ésta es mi hija, Ari. Va a mirar algunas de las pantallas.

—Sí, doctora Strassen —dijo la azi. Todos hablaban en voz muy alta—. Hola, Ari.

—Hola —aulló ella para contestar a la azi. Y se aferró de la mano de mamá, porque mamá estaba siguiendo a la azi por la larga fila. Y al final era sólo otro escritorio, con un monitor. Pero mamá dijo:

—¿Cuál es el más joven?

—El número diez tiene una semana.

—Ari, ¿puedes contar diez tanques? El que está cerca de la pared.

Ari miró y contó. Y asintió.

—Muy bien —dijo mamá—. Mary, echemos un vistazo. Ari, Mary nos va a enseñar el bebé que está dentro del número diez, aquí en la pantalla.

—¿Podemos mirar adentro?

—La luz molestaría al bebé —explicó mamá—. Son como regalos de cumpleaños. No puedes abrirlos hasta que llegue el día del nacimiento. ¿De acuerdo?

Le pareció raro. Ari rió y se apoyó bien sobre el asiento. En la pantalla apareció una cosita roja.

—Ése es el bebé —dijo mamá, y señaló—. Ahí.

—Aj. —Tenía que ver con algo que ella había visto antes. Probablemente en cinta. Era un tipo de bebé.

—Ah, sí, Aj. Todos los bebés son así cuando tienen una semana. ¿Cuántas semanas les lleva nacer?

—Cuarenta o algo así —respondió Ari. También recordaba eso de una cinta profunda—. ¿Todos son así?

—¿Cuál es el que se acerca más a las ocho semanas, Mary?

—El cuatro y el cinco tienen nueve —respondió la azi.

—Eso quiere decir tanques cuatro y cinco, Ari. Mira a ver dónde están; y te mostraremos... ¿Cuál es, Mary?

—Número cuatro, sera. Aquí.

—Todavía es feo —comentó Ari—. ¿Podemos ver uno bonito?

—Bueno, sigamos cazando.

El próximo era mejor. El siguiente todavía mejor. Finalmente los bebés se hicieron tan grandes que no cabían en la pantalla. Y se movían. Ari estaba excitada, realmente excitada, porque mamá decía que iba a haber un nacimiento.

Había muchos técnicos cuando pasó eso. Mamá cogió con firmeza los hombros de Ari y la puso delante de ella para que pudiera ver; y le indicó dónde mirar, ahí, justo en ese tanque.

—¿No se ahoga? —preguntó Ari.

—No, no, los bebés viven en líquido, ¿no? Ahora, justo ahora, la parte interior del tanque está haciendo lo mismo que hace una persona cuando un bebé está a punto de nacer. Va a empujar al bebé. Como sí fueran músculos, pero son bombas. Y va a sangrar, porque hay mucha sangre que entra y sale de las bombas, y algunos de los vasos del bioplasma van a romperse cuando empuje así.

—¿El bebé tiene un cordón y todo?

—Ah, sí, es necesario. Es un cordón de verdad. Todo es auténtico, hasta el bioplasma: eso es lo más complicado, realmente puede hacer crecer un sistema sanguíneo. Ahora mira, se enciende esa luz roja. Eso quiere decir que los técnicos tienen que estar preparados. Aquí viene. Ahí está la cabeza. Ésa es la dirección que deben tener los bebés.

—¡Splassh! —gritó Ari y palmeó las manos cuando el bebé tocó el tanque. Y se quedó quieta cuando el bebé nadó y toda aquella cosa fea salió al agua.

—Ah.

Pero los técnicos azi lo sacaron de allí y tomaron el cordón y el bebé siguió moviéndose. Ari se puso de puntillas para ver cuando lo llevaron hacia la mesa, pero Mary, la azi, hizo que se detuvieran y le mostraran al bebé que hacía muecas. Era un varón.

Luego lo lavaron y empolvieron y lo envolvieron, y Mary lo sostuvo en brazos y lo meció.

—Es un GY-7688 —dijo mamá—. Se llama Augusto. Va a ser uno de nuestros guardias de Seguridad cuando crezca. Pero será bebé durante mucho tiempo. Cuando tú tengas doce años, él tendrá los que tú tienes ahora.

Ari estaba fascinada. Le dejaron lavarse las manos y tocar al bebé. El bebé la amenazó con un puño y pateó y ella rió en voz alta. Era muy gracioso.

—Di adiós —dijo mamá—. Gracias, Mary.

—Gracias —murmuró Ari y realmente lo sentía. Era divertido. Esperaba poder volver algún día.

—¿Te ha gustado el laboratorio? —preguntó mamá.

—Me ha gustado cuando nació el bebé.

—Ollie nació así. Nació en este laboratorio.

Ella no podía imaginarse a Ollie tan chiquito y divertido. No quería pensar así en Ollie. Arrugó la nariz y puso a Ollie en el lugar que correspondía en su mente otra vez.

Crecido y guapo en su uniforme negro.

—A veces nacen CIUD de los tanques —explicó mamá—. Si por alguna razón sus madres no pueden tenerlos. Los tanques lo hacen. ¿Sabes qué diferencia hay entre un CIUD y un azi cuando nacen de la misma manera?

Era una pregunta difícil. Había muchas diferencias. Algunas eran reglas y otras la forma de ser de los azi.

—¿Cuál es? —preguntó a mamá.

—¿Qué edad tenías cuando te pasaron la primera cinta?

—Tengo seis.

—Eso es. Y tuviste tu primera cinta el día que siguió a tu cumpleaños. No te asustó, ¿verdad?

—No —dijo ella. Agitó la cabeza y el cabello le voló alrededor. Le gustaba hacerlo. Mamá era lenta con las preguntas y ella se aburría entre una y otra.

—¿Sabes cuándo tendrá Augusto su primera cinta?

—¿Cuándo?

—Hoy. Ahora mismo. Lo pondrán en una cuna y la cuna tiene una especie de cinta y él la oye.

Ari estaba impresionada. Celosa. Augusto era una amenaza si iba a ser tan listo.

—¿Por qué yo no la tuve?

—Porque tú ibas a ser CIUD. Porque tienes que aprender mucho de la forma antigua. Porque las cintas son buenas, pero si tienes un papá y una mamá que te cuiden, aprendes muchas cosas que Augusto no aprenderá hasta que sea mucho mayor. Los CIUD avanzan más de esta forma. Los azi aprenden mucho sobre cómo ser bueno y hacer lo que deben, pero no son muy listos para saber qué hacer con cosas que no han visto antes. Los CIUD son buenos para ocuparse de las emergencias. Los CIUD pueden decidir qué hacer. Lo aprenden de sus mamas. Aprender por cinta es bueno, pero no lo es todo. Por eso mamá te dice que prestes atención a lo que ves y oyes. Por eso tienes que aprender eso primero para saber que la cinta no es tan importante como tus ojos y tus oídos. Si Augusto tuviera una mamá que se le llevara a casa hoy, sería CIUD.

—¿Y Mary no puede ser su mamá?

—No, porque Mary tiene muchos niños que atender. Tiene quinientos al año. A veces más. No podría con todo el trabajo. Así que lo tiene que hacer la cinta. Por eso los azi no pueden tener mamas. No hay suficientes.

—Yo podría llevarme a Augusto.

—No, las mamas tienen que ser adultas. Yo tendría que llevarlo a casa y él tendría que dormir en tu cama y compartir tus juguetes y tener pañales sucios y llorar todo el rato. Y tú tendrías que compartir a mamá con él para siempre. No se puede devolver un bebé porque te cansas de él. ¿Te gustaría que él tuviera la mitad de tu habitación, y a mamá, a Nelly y a Ollie cuidándolo todo el tiempo? Él sería el bebé y mamá tendría que estar con él casi todo el día.

—¡No! —No le parecía buena idea. Ari aferró la mano de mamá y decidió que ningún bebé iba a entrometerse y quedarse con la mitad de todo. Compartir cosas con malos amigos era suficiente.

—¿Tienes comida para peces?

—No —dijo mamá y palmeó la roca donde estaba sentada—. Ven y siéntate aquí, Ari. Dime lo que piensas de los bebés.

Lecciones. Ari suspiró y dejó a los peces que nadaban entre los nenúfares; se agachó en una roca más pequeña desde donde veía la cara de mamá y apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Qué piensas de ellos?

—Están bien.

—Sabes que Ollie nació aquí.

—¿Ése bebé va a ser otro Ollie?

—Tú sabes que no. ¿Por qué? Ari frunció el ceño y pensó.

—Porque es un GY algo y Ollie es AO. Ni siquiera es un Alfa.

—Correcto. Correcto. Eres muy lista.

A Ari le gustaba oír eso. Se movió.

—Sabes que naciste en esa habitación, Ari. Ari oyó eso de nuevo en su mente. Y no estuvo segura de si mamá estaba haciendo una broma o no. La miró, tratando de comprender si era un juego. No parecía un juego.

—Mamá no podía llevarte en la barriga. Era muy vieja. Mamá estuvo en rejuv durante años y años y no puede tener bebés. Pero los tanques sí. Así que mamá le dijo a Mary que hiciera un bebé especial. Y mamá estuvo aquí en el laboratorio cuando el bebé nació, y mamá lo sacó del agua y ésa eras tú, Ari.

Ari miró a mamá con los ojos muy abiertos. Y trató de ponerse en esa habitación y en ese tanque y ser el bebé que Mary había levantado del tanque. Se sintió distinta. Se sintió como si fuera otra persona. No sabía qué hacer con eso. Mamá extendió los brazos.

—¿Quieres que mamá te coja, cariño? Si quieres...

Sí, Ari quería que la cogieran. Quería ser pequeña y sentarse en la falda de mamá, y lo intentó, pero hacía daño a mamá porque era demasiado mayor, así que se sentó junto a mamá en la piedra y se sintió grande y torpe mientras mamá la abrazaba y la

besaba. Pero se sentía más segura.

—Mamá te quiere, cariño. Mamá te quiere mucho. No hay nada malo en nacer en esa habitación. Eres la mejor hijita que mamá pudiera tener. No te cambiaría por nada del mundo.

—Todavía soy tuya.

Mamá no iba a contestar/mamá iba a contestar, un cambio tan brusco que Ari se asustó mucho hasta que mamá dijo:

—Todavía eres mía, cariño.

Ari no sabía por qué le latía tanto el corazón. No sabía por qué le había parecido que mamá no iba a responder eso al principio. Eso la asustaba más que cualquier otra cosa. Estaba contenta de que mamá la *abrazara*. Tenía frío.

—Ya sabes que no todo el mundo tiene un papá. Pero tú tuviste un papá, Ari. Su nombre era James Carnath. Por eso Amy es tu prima.

—¿Amy es mi prima? —Ari estaba enfadada. La gente tenía primos. Quería decir que tenían parientes. La vieja horrenda ésa, Amelie Carnath no le gustaba nada como pariente.

—¿Dónde está mi papá?

—Murió, mi niña. Murió antes de que nacieras.

—¿Ollie no podría ser mi papá?

—No, cariño. Está en rejuv también.

—No tiene cabello blanco.

—Se lo tiñe, como yo.

Ésa era una noticia horrible. Ari no podía pensar en Ollie como en un viejo como mamá. Ollie era joven y guapo.

—Quiero que Ollie sea mi papá.

Mamá tuvo ese sentimiento de angustia otra vez. Lo sintió en los brazos de mamá. En la forma en que mamá respiraba.

—Bueno, pero tu papá era James Carnath. Era un científico como mamá. Era muy listo. De él sacas la mitad de tu inteligencia. Sabes que cuando vas a rejuv, y tal vez después quieras un bebé, debes poner tu grupo genético en el banco para que esté ahí cuando tú ya no puedas tener niños. Bueno, así es como pudimos hacerte aunque tu papá hubiera muerto hacía ya mucho. Y ahí estabas esperando, en el banco genético, todos estos años hasta que mamá estuvo lista para cuidar a un bebé.

—Ojalá lo hubieras hecho antes —murmuró Ari—. Entonces no serías tan vieja.

Mamá lloró.

Y Ari lloró, porque mamá estaba triste. Pero mamá la besó y la llamó cariño y dijo que la quería, así que Ari pensó que estaba bien, que estaría bien.

Lo pensó mucho. Siempre había creído que había salido de la panza de mamá. Estaba bien si mamá había querido que naciera de los tanques. Eso no la convertía en

azi. Mamá se había ocupado de eso.

Era agradable haber nacido en el mismo lugar que Ollie. Le gustaba la idea. No le importaba quién fuera ese James Carnath. Era un Carnath. Qué asco. Como Amy.

Pensó que cuando Ollie era un bebé seguramente había tenido el cabello negro y había sido más bonito que Augusto.

Pensó que cuando creciera y fuera tan vieja como mamá, tendría su propio Ollie. Y tendría una Nelly.

Pero no una Fedra. Fedra era demasiado mandona.

No era necesario tener un azi si no se quería. Si nadie los pedía, no nacían.

Eso, para Fedra, que la perseguía. Cuando Augusto creciera, lo conseguiría para ella y sería Seguridad en su casa y diría *buenos días*, *sera* como los de Seguridad hacían con mamá.

También tendría un Grant. Pelirrojo. Lo vestiría de negro como los azi y sería muy guapo. No sabía lo que haría con él, pero le gustaría tener un azi pelirrojo de todos modos.

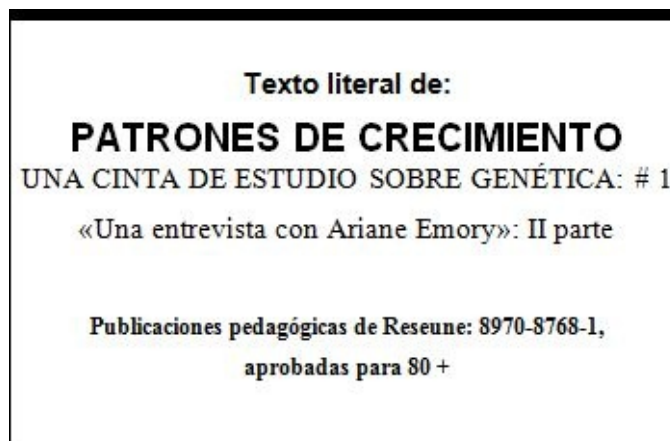
Sería rica como mamá.

Sería hermosa.

Volaría en avión e iría a la ciudad y compraría kilos y kilos de ropa bonita y joyas como las de mamá, para que cuando fueran a Año Nuevo, todos le dijeran lo bien que le quedaban.

Y así buscaría a Valery y le diría que volviera. Y a sera Schwartz también.

Todos serían felices.



P: **Doctora Emory, tenemos tiempo para algunas preguntas más, si no le importa.**

R: *Adelante.*

P: **Usted es uno de los Especiales. Hay quien afirma que tal vez sea una de las mentes más grandes que haya vivido en la historia de la humanidad, comparable con un Da Vinci, un Einstein y una Bok. ¿Qué piensa acerca de este tipo de comparaciones?**

R: *Me hubiera gustado conocerlos. Pienso que sería interesante. Creo que puedo adivinar su próxima pregunta.*

P: **¿Ah, sí?**

R: *Pregúntela.*

P: **¿Cómo se compara con otras personas?**

R: *Mmm. No es la que esperaba. Otras personas. No estoy segura de saberlo. Vivo una vida muy retirada. Siento mucho respeto hacia cualquiera que pueda manejar un camión en las partes deshabitadas o una nave espacial en el espacio exterior. O desenvolverse en el subte de Novgorod. (Risas). Supongo que yo podría hacerlo. Nunca lo he intentado. Pero la vida siempre es complicada. No estoy segura de si me cuesta más planificar un genotipo de lo que les cuesta a otros que tienen la habilidad necesaria, hacer esas cosas que yo considero terriblemente difíciles.*

P: **Esto es interesante. Pero ¿le parece que manejar un camión tiene el mismo mérito? ¿Considera que debemos encomendar trabajos como éstos a Especiales? ¿Qué es lo que hace que usted sea importante?**

R: *Porque tengo un grupo de habilidades único. Nadie puede desempeñar mi trabajo. Eso es un Especial.*

P: **¿Cómo se siente al ser un Especial?**

R: *Eso se parece más a la pregunta que pensé que iba a hacerme al principio. Ser un Especial es como ser un canciller u ocupar un cargo público: muy*

poca intimidad, mucha seguridad, más atención de lo que sería sensato.

P: **¿Puede explicar eso último «de lo que sería sensato»?**

R: *(Risas). Una cierta publicación me pidió que detallara mis comidas favoritas. Un periodista me preguntó en una ocasión si creía en la reencarnación. ¿Es sensato todo esto? Soy una cirujano psíquica y una genetista, y de vez en cuando filósofa, quizás en este sentido la última pregunta podría considerarse más pertinente que la primera. Pero ¿qué diablos le importa todo eso al gran público? ¿Más que la ciencia, diría usted? No. En realidad los periodistas buscan una ecuación que encuentre un cierto equilibrio entre mi psique y su público ideal demográfico, que es un mito y una realidad. Lo que preguntan puede resultar muy aburrido para todos sin agradar del todo a ninguno, pero no importa: y eso me lleva finalmente a la pregunta que esperaba que me formulara.*

P: **Esto es desconcertante.**

R: *Hágala. Le diré si ya la hemos encontrado.*

P: **De acuerdo. Creo que llegamos a eso. ¿Es ésta? ¿Qué sabe usted que los demás no sepan?**

R: *Ah, me gusta mucho más. ¿Qué sabe? Es interesante. Nadie la había expresado así. ¿Le digo cuál es la pregunta que siempre me hacen? «¿Qué se siente al tener la habilidad de un Especial?»». Qué sé me parece una pregunta mucho más inteligente. Mis sentimientos pueden expresarse en muy pocas palabras. Siento lo mismo que todos los que están aislados, son diferentes y capaces de entender la razón del aislamiento y la diferencia. ¿Qué sé? Sé que soy relativamente prescindible en comparación con mi trabajo. Eso es lo que el periodista deja de lado, el que me pregunta qué tomo en el almuerzo. Mis gustos en vinos son una absoluta trivialidad, a menos que usted se interese en mi química biológica personal, y eso sí me interesa e importa, aunque desde luego tiene muy poco que ver con un artículo sobre la comida y los famosos, si es que tal artículo significa algo. Si ese periodista descubriera una auténtica relación entre el genio y los quesos, estaría muy interesada y querría entrevistarle yo a él. Afortunadamente, mi personal me protege de los curiosos. El estado me separa de los demás porque el estado, la gente si usted quiere decirlo así, sabe que si me da libertad para trabajar, me pondré a ello por el trabajo mismo, porque soy monomaniaco. Porque tengo esa dimensión emocional que otros periodistas tratan de alcanzar, tengo un sentido estético acerca de lo que hago relacionado con eso que un Especial muy antiguo llamó la búsqueda de la belleza, creo que todos pueden entender eso, de una forma u otra. Ésa vieja ecuación con la Verdad. Yo lo llamo Equilibrio. Y lo comparo*

con Simetría. Ésa es la naturaleza de un Especial, y eso es lo que están buscando ustedes en realidad. La mente de un Especial trabaja con conceptos abstractos que trascienden las limitaciones de cualquiera de las lenguas existentes. Un Especial tiene una Visión Larga y una Visión Ancha, que abarca más de lo que un ser humano puede abarcar por sí mismo, simplemente porque el lenguaje comunicativo es propiedad de las masas. Y la Palabra, la Palabra con mayúscula, que el Especial ve, entiende, abarca en el sentido etimológico del término, es una Palabra al margen de la experiencia de cualquier persona anterior. Así que la llama Belleza. O Verdad. O Equilibrio o Simetría. Muchas veces se expresa a través del lenguaje muy flexible de la matemática; o si su disciplina no se expresa en ese medio, tiene que crear un significado especial para determinadas palabras dentro del contexto de su trabajo y tratar de comunicarse en el medio semántico que su idioma ha acumulado durante siglos. Mi lenguaje tiene componentes matemáticos, bioquímicos y semánticos: estudio sistemas bioquímicos, seres humanos, que reaccionan de forma previsible en el ámbito bioquímico ante estímulos que pasan a través de un sistema de receptores, el hardware de una sensibilidad bioquímica concreta; a través de un procesador bioquímico de eficiencia determinada, de nuevo hardware, que depende de un sistema autoprogramable que también es bioquímico, y que produce un software fabricado especialmente, capaz de recibir información de otro ser humano con un grado de especificidad limitado principalmente por el hardware, el software y la semántica. No hemos empezado a hablar del hardware y el software del segundo ser humano. Ni hemos abordado las complejas dimensiones de la cultura o la posibilidad de diseñar una matemática para los sistemas sociales, los juegos que los estudiosos de la estadística y los demógrafos desarrollan en su propio ámbito y yo desarrollo en el mío. Le diré que delego gran parte del trabajo con microestructuras a los investigadores que trabajan bajo mi dirección; he pasado más tiempo pensando que en el laboratorio. Estoy llegando a un grado de orden en este pensamiento que sólo puedo describir como un estado de simplicidad. Una simplicidad muy amplia. Hay aspectos que no parecían estar relacionados y que sí lo están. Poner estas cuestiones en orden constituye una sensación muy placentera que conduce al pensador hacia dimensiones cada vez más desligadas de los sentidos. A medida que transcurre el tiempo me resulta más difícil atarme a la vida diaria, y a veces descubro que lo necesito, que la carne necesita afirmación, necesita sensación, porque de otro modo yo, como persona, no existo. Y existo en todas partes.

Al final pronunciaré sólo una Palabra, que estará relacionada con la humanidad. No sé si alguien la entenderá. Tengo una esperanza muy concreta de que alguien lo haga. Ésta es la dimensión emocional. Pero si triunfo, mi sucesor hará algo que yo sólo puedo intuir; en cierto sentido, lo estoy haciendo porque mi parte del camino forma parte del todo. Pero la carne necesita descanso de las visiones. La vida es corta, incluso la vida extendida por la rejuv. Les diré la Verdad. Alguien, algún día, entenderá mis notas.

Ésa soy yo, hablando en un lenguaje que ni siquiera otro Especial puede comprender porque su Belleza es diferente y transcurre por otro camino. Si usted es religioso tal vez piense que hemos visto lo mismo. O que llegaremos a lo mismo. Yo no estoy tan convencida. Somos dados de Dios. Para contestarle a otro Especial.

Le he confiado a usted más de lo que nunca he revelado a ningún periodista porque usted me formuló la mejor pregunta. Lamento no poder contestarle en palabras fáciles. Ahora, el ciudadano medio es capaz de entender a Platón y algunos hasta a Einstein. La mayoría de los científicos todavía tienen que entender a Bok. Dentro de algunos siglos usted sabrá lo que yo sé hoy. Pero la humanidad en el macrocosmos es sabia, porque en la masa usted es tan visionario como cualquier Especial; usted me da mi libertad, y yo pruebo la validez de su razonamiento.

P: Y no puede interpretar esa cosa que ve...

R: *Si pudiera lo haría. Si existieran palabras para describirla, no sería lo que soy.*

P: Usted trabaja desde hace décadas en la legislatura. ¿No es una pérdida de tiempo? ¿No es un trabajo del que pueden encargarse otros?

R: *Buena pregunta. No. No en este momento. No en este lugar. Las decisiones que tomamos son muy importantes. Los hechos de las últimas cinco décadas lo prueban. Y necesito el contacto con la realidad. Yo me beneficio, de una forma espiritual, por así decirlo. En cierto sentido, esto afecta mis sistemas bioquímicos personales y los mantiene en equilibrio. No es aconsejable para el organismo dejar que lo abstracto crezca por dentro sin controlar las percepciones. En términos más simples, es un remedio contra el aislamiento intelectual y un servicio que hago a mis vecinos. Un matemático abstracto probablemente ni siquiera alcance el conocimiento de nuestro miembro más joven del Concejo acerca del mercado interestelar a largo plazo o los pros y los contras de un sistema de sanidad para los comerciantes de las estaciones de la Unión. Por la naturaleza de mi trabajo, yo entiendo todo eso, y me preocupa la sociedad humana. Sé que la gente critica el sistema del Concejo*

porque hace perder el tiempo de los expertos. Si proveer la opinión de los expertos sobre la sociedad en la que vivimos representa una pérdida de tiempo, ¿para qué servimos? Claro que algunos teóricos no pueden comunicarse fuera de su campo. Pero otros sí, y deberían hacerlo. Usted ha visto cómo discuten los expertos. A veces es porque uno de nosotros no entiende alguna cuestión de otro campo. Muchas veces es porque el mejor pensamiento en dos campos no soluciona un problema de efectos prácticos, y ése, precisamente, es el punto que la gente enzarzada en la discusión debería conocer a fondo. En el Concejo se proponen algunas ideas interdisciplinarias muy útiles; y en reuniones privadas, a veces se da una fusión de cuerpos separados de conocimiento que en realidad constituyen la base de ese experimento social único que llámanos Unión.

Ése es un aspecto de la simplicidad que yo puedo explicar con simplicidad: los intereses de todos los seres humanos están unidos unos con otros, el mío también, y la política no es más que una expresión temporal de la matemática social.

6

I

—Éste timbre tiene que sonar una vez cuando presiones el botón de la izquierda y dos veces cuando presiones el de la derecha —dijo el supervisor y Florian oía mientras el problema le hacía recordar las cosas que él ya sabía. Por ahora iba a ser fácil instalar los cables—. Pero... —Aquí venía el verdadero problema, se dijo Florian—. Pero tienes que montarlo de manera que si presionas el de la izquierda primero, no funciona, y si presionas dos veces el de la derecha, no suena hasta que presiones el de la izquierda. La velocidad es importante, al igual que el orden. Vete.

Había partes del aparato y herramientas sobre la mesa. Florian buscó lo que necesitaba. No era demasiado difícil.

El trabajo siguiente era el proyecto de otro. Y uno tenía que mirar el tablero y decirle al instructor lo que hacía el mecanismo.

Los dedos de Florian eran muy rápidos. Lo haría en menos del tiempo señalado. Con facilidad. Lo siguiente era más difícil. La tercera tarea siempre era hacer algo para otro. Tenía quince minutos para lograrlo.

Le dijo al instructor lo que era.

—Dime cómo fabricarías eso —le pidió el instructor. Y él respondió.

El instructor lo miró con mucha seriedad y dijo:

—Florian, vas a tener que estudiar el doble en cinta.

Florian se desilusionó.

—Lo lamento. ¿No funciona?

—Claro que sí —le tranquilizó el instructor y le sonrió—. Pero no puedo darle eso a nadie en este nivel. Estudiarás el doble la parte básica y veremos qué hacemos después. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Florian. Claro que sí. Pero estaba preocupado. Estaba trabajando mucho con mayores. Resultaba difícil, llevaba mucho tiempo y seguían insistiendo en que tomara su tiempo de rec a pesar de que él hubiera preferido seguir trabajando.

Ya era tarde y Andy le fruncía el ceño y lo ayudaba más de lo que Florian hubiese deseado.

Pensó que debería hablarle al supervisor sobre eso. Pero los supervisores se ponían contentos cuando él trabajaba mucho. Todavía podía hacerlo aunque estaba cansado, aunque se tiraba en su litera por la noche y ni siquiera podía recordar cómo había llegado hasta allí.

El instructor le dijo que podía irse y llegó tarde de nuevo. Andy le dijo que los cerdos no sabían sus horarios y que había tenido que darles de comer él.

—Yo voy a hacer lo del agua —se ofreció Florian y reemplazó a Andy en eso.

Era justo. Hizo que Andy estuviera contento.

Lo hizo tan feliz que Andy lo dejó almohazar el caballo con él y llegar hasta el corral especial donde tenían a la cría, que era una hembra, protegida de todo y alimentada con un balde que había que sostener entre las manos. Florian todavía no era lo suficientemente grande para hacerlo. Uno tenía que bañarse y cambiarse de ropa y ser muy cuidadoso porque le estaban dando tratamientos a la cría, tratamientos que sacaban del caballo. Pero no estaba enferma. Jugaba a perseguirlos y después les olía los dedos y jugaba de nuevo.

Florian se había puesto muy contento cuando Andy le dijo que los caballos no eran para comer.

—¿Para qué son? —le había preguntado él, con miedo. Podía haber otras respuestas malas.

—Son Experimentales —había respondido Andy—. No estoy seguro. Pero dicen que son animales de trabajo.

Los cerdos también eran animales de trabajo algunas veces. Eran hábiles en oler las malezas nativas que volaban y echaban raíces, y eran muy inteligentes porque no comían lo que encontraban. Había azi que los llevaban caminando por todos lados, todos los días, entre los corrales y los campos, cerdos que nunca serían panceta, y arrancaban todo lo que había entrado en los corrales. Las máquinas olfateadoras eran buenas, pero Andy decía que los cerdos eran mejores en muchos sentidos.

Eso era lo que querían decir las cintas, pensó Florian, cuando afirmaban que una de las primeras Reglas de todas las Reglas era encontrar formas de ser útil.

II

Ari leyó el problema, pensó en lo que sabía por las cintas y preguntó a mamá:

—¿Importa cuántos son niños y cuántos niñas?

Mamá lo pensó un momento.

—En realidad, sí. Pero puedes resolverlo como si no importara.

—¿Por qué?

—Porque, y escúchame bien, determinadas cosas son menos importantes en algunos problemas, y cuando estás aprendiendo cómo resolver uno, no importa dejar algunas cosas de lado si te ayuda a recordar qué es lo importante. En este problema, todo es importante, niños y niñas, el clima, si hay suficiente comida o no, si hay animales que los pueden comer a ellos, pero ahora sólo debes fijarte en los genes. Cuando puedas resolver todos esos problemas, entonces estas respuestas te dirán cómo trabajar en todas las demás cuestiones. Otra cosa. No les gusta decirte que lo sabes todo. Tal vez haya algo en lo que nadie ha pensado antes. Y si tú crees que te lo dicen todo, tal vez te estés engañando. Así que empiezan con las cosas simples y luego agregan si son niños o niñas. ¿Me has entendido?

—Importa —insistió Ari, tozuda—, porque los peces niños se pelean unos contra otros. Si nadie se come a nadie, habrá veinticuatro azules. Pero se los comerán, porque los azules son fáciles de ver y no pueden esconderse. Y si los pones con peces grandes no habrá ningún pez azul.

—¿Sabes si un pez ve los colores?

—¿Los ven?

—Dejemos eso por ahora. ¿Y si las hembras prefieren a los azules?

—¿Por qué?

—Supón que los prefieren. Llévalo una generación más adelante.

—¿Cuánto más los prefieren?

—Un veinticinco por ciento.

—Todos esos bebés azules van a hacer que los peces grandes se pongan gordos y ellos también tendrán más y más pececitos. Esto se está complicando mucho.

Mamá puso esa cara rara de cuando iba a estornudar o a reírse o a ponerse nerviosa. Y luego puso otra cara rara que no era divertida. Y la cogió por los brazos y la abrazó fuerte.

Mamá hacía mucho eso últimamente. Ari pensaba que debería sentirse contenta, más contenta de lo que estaba. Nunca había tenido a su mamá tanto tiempo para ella sola. Ni a Ollie.

Pero había una sensación de peligro.

Mamá no era feliz. Ollie tampoco. Ollie se portaba como un azi todo el día y mamá y Ollie no se gritaban mutuamente. Ya no. Mamá no le gritaba a nadie ahora. Nelly siempre parecía confundida. Fedra se portaba como una azi también.

Ari estaba asustada y quería preguntar a mamá por qué, pero tenía miedo de que mamá se echara a llorar. Mamá siempre ponía esa cara últimamente. Y a Ari le dolía cuando mamá lloraba.

Así que ahora se aferró a mamá.

A la mañana siguiente fue a la escuela de juegos. Ya era mayor y podía ir sola. Mamá la abrazó en la puerta. Ollie se acercó y la abrazó también. No lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

Ella se volvió un poco más adelante y la puerta ya estaba cerrada. Le pareció raro. Pero se fue a la escuela.

III

RESEUNE UNO despegó y Jane se aferró a los brazos de cuero del asiento. Y no miró por la ventanilla. No quería ver cómo desaparecía Reseune. Se mordió los labios, cerró los ojos y sintió que la cara se le humedecía mientras la suave aceleración la empujaba contra el asiento.

Se giró hacia Ollie cuando llegaron a la altura de crucero.

—Ollie, prepárame un trago. Doble.

—Sí, será —dijo Ollie y se desabrochó el cinturón.

Fedra, sentada frente a Jane y Ollie, había dado la vuelta al asiento para mirarla por encima de la mesita.

—¿Puedo hacer algo por usted, sera? *Dios mío, ¿lo necesita, eh? Fedra tiene miedo.*

—Quiero que hagas una lista de compras. Cosas que puedan ser necesarias en una nave. Tendrás que ordenar algunas cuando lleguemos a la estación. Hay un librito de orientación en el bolsillo exterior. Yo te controlaré.

—Sí, sera.

Eso remediaba en parte los problemas de Fedra. Ollie se sentía herido. Le había pedido cinta. Él, había pedido cinta, de azi a supervisor, y ella se la había negado.

—Ollie —había dicho—. Eres demasiado CIUD. Necesito que lo seas. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —había respondido él. Y lo aguantó mejor que ella.

—Uno para ti también —gritó Jane por encima del ruido de los motores. El se dio la vuelta y asintió, para demostrarle que había oído—. ¡Y para Fedra!

Peggy llegó hasta Ollie, en el bar, se tambaleó cuando el avión pasó por un pequeño remolino de aire y luego se agachó y tomó un par de vasos.

Para Julia. Atrás, Julia y Gloria.

—¡Me has destrozado la vida! —le había gritado Julia en la terminal. Justo ante Denys, los azi y la Familia, que había ido a despedirlos. Mientras la pobre Gloria se quedaba allí, con la barbilla temblorosa y los ojos llenos de lágrimas. No era mala. Una niña que había tenido demasiado de casi todo, demasiado poco de las cosas importantes, y que miraba a la abuela que casi no había visto nunca y que probablemente buscaba señales de maldad en su persona. Gloria no tenía ni idea de cómo era el mundo al que se dirigía. No tenía ni idea de lo que significaba la disciplina de una nave o el cerrado mundo de acero de una estación de trabajo.

—Hola, Gloria —la había saludado ella, dominándose, tratando de no... Dios, nunca, no compararla con Ari, que tal vez oiría despegar un avión y lo identificaría

con RESEUNE UNO. Nada más que eso.

Gloria había corrido al lado de su madre, que estaba a punto de desmayarse. Julia había conseguido que la partida tuviera un aire ridículo. Probablemente era bueno que viajaran con Seguridad de Reseune. No se podía confiar en que Julia no se escapara en Novgorod.

Irrracionalmente aterrorizada por el transbordador, el vacío, los saltos, todas las cosas que involucraban la física que Julia nunca se había preocupado por aprender y que ahora consideraba poco seguras.

Lo lamento, cariño, ojalá pudiera construir una burbuja para ti donde las cosas fueran como tú deseas. Siento que esto se te venga encima.

Lo he hecho desde que naciste. Lo lamento, hija. De veras que lo siento.

Siento que vengas conmigo.

Ollie trajo las bebidas. Estaba pálido, pero se portaba bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Jane consiguió sonreírle cuando él le dio la copa y él la miró fijamente mientras se sentaba a su lado con la suya en la mano.

Jane se tomó la mitad de la copa sin darse cuenta.

—Estaré bien —dijo y levantó el vaso—. Salud, Ollie. De vuelta al sitio de donde procedo. Por fin volvemos a casa.

Y luego, después de su segundo doble:

—Me siento como si tuviera veinte años de nuevo, Ollie, como si Reseune no hubiera existido.

O tal vez era que había conseguido olvidar esa parte de su vida.

IV

Fedra no estaba en la escuela de juegos. Nelly sí. Nelly era fácil de manejar. Sam pudo empujarla bien alto en el columpio. Nelly se preocupó, pero no iba a detenerlos porque sabía que entonces Ari se enfadaría, y Nelly no quería eso.

Así que Sam la columpió y ella columpió a Sam. Y treparon por la estructura metálica. Finalmente, Jan fue a buscar a Sam. Nelly estaba llevándola a casa cuando Denys fue al encuentro de los dos en el pasillo.

—Nelly —dijo Denys—. Seguridad quiere hablar contigo.

—¿Por qué? —preguntó Ari. De pronto, el miedo la asaltó de nuevo. Seguridad y Nelly estaban tan lejos el uno del otro. Era como todo lo que sucedía últimamente. Había algo que no encajaba.

—Nelly —insistió Denys—. Haz lo que te digo.

—Sí, ser.

Y Denys, grandote, se arrodilló sobre una pierna y cogió a Ari de las manos, mientras Nelly se iba.

—Ari —le dijo—, ha sucedido algo grave. Tu mamá ha tenido que ir a hacerse cargo de una cosa. Ha tenido que irse.

—¿Adónde ha ido?

—Muy lejos, Ari. No creo que pueda volver. Vas a venir a casa conmigo. Tú y Nelly. Nelly se quedará contigo, pero va a tener que usar una cinta para no estar tan triste.

—¡Mamá va a volver!

—No creo, Ari. Tu mamá es una mujer importante. Tiene que hacer una cosa. Va... va tan lejos como puede llevarla una nave. Sabía que ibas a estar muy triste. No quería preocuparte. Me pidió que viniera y te dijera adiós. Dijo que vinieras a casa conmigo y vivieras en mi apartamento.

—¡No! —Adiós. Adiós era una palabra que mamá no decía nunca. Todo estaba mal.

Era un error. Ari se desprendió de las manos de Denys y corrió, corrió tan rápido como pudo, por los pasillos, atravesando puertas, hasta el apartamento. Denys no pudo atraparla. Nadie podía hacerlo. Corrió hasta que llegó a su puerta, a su casa; sacó la tarjeta llave de la blusa y la deslizó en la ranura.

La puerta se abrió.

—¡Mamá! ¡Ollie!

Corrió por las habitaciones. Miró por todas partes. Pero sabía que mamá y Ollie no se esconderían de ella.

Mamá y Ollie tampoco la dejarían. Algo malo les había pasado. Algo terrible les había pasado y el tío Denys le estaba mintiendo.

Las cosas de mamá y las de Ollie no estaban en el tocador ni la ropa en el armario.

Sus juguetes ya no estaban allí. Ni siquiera Poca-cosa o la estrella de Valery.

A Ari le resultaba trabajoso respirar. Era como si no hubiera aire suficiente. Oyó cómo se abría la puerta y corrió hacia la sala.

—¡Mamá! ¡Ollie!

Pero era una mujer de Seguridad; era alta e iba vestida de negro. Había entrado y no debería haberlo hecho.

Ari se quedó ahí de pie y la miró. La mujer también la miró. Ésa mujer de uniforme, en la sala, esa mujer que no iba a irse.

—Cuidador —dijo Ari, tratando de portarse de forma valiente y adulta—, llama a la oficina de mamá.

El Cuidador no contestó.

—¿Cuidador? Soy Ari. Llama a la oficina de mamá.

—El Cuidador está desconectado —dijo la mujer de Seguridad. Y era verdad. El Cuidador no había dicho nada al entrar aquella mujer. Todo estaba mal.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó ella.

—La doctora Strassen se ha ido. Su guardián es el doctor Nye. Por favor, tranquilícese, joven sera. El doctor Nye está en camino.

—No lo quiero.

Pero se abrió la puerta y el tío Denys apareció allí, sin aliento, pálido. En el apartamento de mamá.

—No te pongas así —jadeó Denys—. Ari. Por favor.

—¡Fuera! —aulló Ari—. Fuera, fuera, fuera.

—Ari. Ari. Lo siento. Lo siento mucho. Escúchame.

—No, no lo lamentas. Quiero a mamá. Quiero a Ollie. ¿Dónde están?

Denys se acercó y trató de abrazarla. Ella corrió a la cocina. Allí había cuchillos. Pero la mujer de Seguridad se arrojó sobre el sillón, tomó a Ari en volandas y la estrechó contra su pecho, mientras la niña lloraba.

—Cuidado con ella —dijo Denys—. Cuidado. Siéntala.

La mujer la dejó en el suelo. Denys se acercó y la abrazó por el hombro.

—Llora, Ari. Está bien. Llora.

Ella jadeó mucho rato y finalmente logró respirar.

—Ahora vamos a casa —dijo Denys con amabilidad y le palmeó la cara y los hombros—. ¿Estás bien, Ari? No puedo llevarte. ¿Quieres que lo haga la oficial? No te hará daño. Nadie quiere hacerte daño. ¿Quieres que llame a los médicos?

Ir a casa, casa no era casa. ¿Qué les había pasado a todos?

Denys la tomó de la mano y ella caminó. Estaba demasiado cansada para resistirse. Apenas podía seguir al tío Denys. Éste la llevó hasta su apartamento, la sentó en el sillón y le pidió a su azi Seely que le preparara un combinado sin alcohol.

Ella se lo tomó, aunque apenas podía sostener el vaso entre las manos sin volcarlo. Temblaba mucho.

—Nelly se va a quedar aquí —dijo Denys, sentado al otro lado de la mesa—. Nelly será tuya.

—¿Dónde está Ollie? —preguntó ella, aferrando el vaso sobre la falda.

—Con tu mamá. Ella lo necesitaba. Ari respiró hondo. Si mamá había tenido que irse era bueno que ella y Ollie estuvieran juntos.

—Fedra también se fue con ellos —dijo Denys.

—¡Fedra no me importa!

—Pero quieres a Nelly, ¿verdad? Mamá te dejó a Nelly. Quería que Nelly te cuidara bien.

Ella asintió. Sentía un nudo muy grande en la garganta. Notaba que el corazón era diez veces mayor que su pecho. Le ardían los ojos.

—Ari, no sé mucho sobre cuidar a una niña de tu edad. Seely tampoco. Pero tu mamá envió tus cosas aquí. Tendrás tus propias habitaciones para ti y para Nelly, aquí mismo, ¿quieres verlas?

Ella negó con la cabeza y trató de no llorar. Trató de sentir mucha rabia.

Como mamá.

—No hablaremos de eso ahora. Nelly vendrá aquí esta noche. Estará un poco triste. Sabes que no debes entristecerla. Prométeme que te portarás bien con ella, Ari. Es tu azi y tienes que mostrarte amable con ella; en realidad debería quedarse en el hospital, pero ella está muy preocupada por ti y yo sé que tú la necesitas. Nelly vendrá a casa todas las noches después de sus sesiones, van a administrarle cinta, sabes, tienen que hacerlo porque está muy perturbada; pero te quiere y desea venir a cuidarte. Pero, óyeme bien, en realidad tú eres la que tiene que cuidarla. ¿Me entiendes? Puedes hacerle muchísimo daño.

—Lo sé —dijo Ari, porque realmente lo sabía.

—Muy bien. Eres una niña muy valiente. Ya no eres pequeña. Todo esto es muy, muy difícil... Gracias, Seely.

Seely le había traído un vaso de agua y una pastilla y estaba esperando que se la tomara. Seely no era nadie. No era como Ollie. No era bueno, no era malo, no era nada, sólo era un azi, día y noche. Y cogió el vaso y lo puso sobre la bandeja y le ofreció el agua.

—¡No quiero cinta! —dijo ella.

—No es ese tipo de pastilla —dijo el tío Denys—. Te calmará el dolor de cabeza. Te hará sentir mejor.

Ella no recordaba haberle dicho que le dolía la cabeza. Mamá siempre decía que no debía tomar las pastillas de otras personas. Y nunca, nunca, las de los azi. Pero mamá ya no estaba allí para decirle qué era lo que le estaban dando. Como Valery. Como sera Schwartz. Como todos los Desaparecidos. También habían atrapado a mamá y a Ollie.

Tal vez yo también pueda Desaparecer. Y encontrarlos.

—Sera —dijo Seely—. Por favor.

Ella cogió la pastilla de la bandeja. Se la puso en la boca y la engulló con el agua.

—Gracias —dijo Seely. Era tan suave que en realidad parecía no estar allí. Se llevó el vaso. Seely pasaba inadvertido.

El tío Denys se sentó, tan gordo que la silla cedió bajo su peso, con los brazos sobre las rodillas y la redonda cabeza triste y preocupada.

—Puedes saltarte la escuela de juegos durante unos días. Hasta que quieras. Ahora piensas que nunca más serás feliz. Lo sé. Pero ya pasará. Te sentirás mejor mañana mismo. Echarás de menos a tu mamá. Claro que la echarás de menos. Pero no te dolerá tanto. Todos los días será un poco mejor.

Ella no quería sentirse mejor. No sabía quién hacía que la gente desapareciera. Pero no era mamá. Podían ofrecerle lo que quisieran. Y ella seguiría sin creer lo que le decían.

Mamá y Ollie habían sabido que había problemas. Habían estado muy tristes y se lo ocultaron. Tal vez pensaron que podían arreglarlo y no lo lograron. Ella había presentido lo que pasaría y no había entendido.

Tal vez había un lugar al que iba la gente. Tal vez era como estar muerto. Uno se metía en problemas y Desaparecía en algún lugar de una forma que ni siquiera mamá podía dominar.

Así que sabía que ella tampoco podía dominarla. Tenía que provocarlos una y otra vez, eso era lo que debía hacer, provocarlos y meterse en problemas hasta que no quedara nadie. Tal vez era por su propia culpa. Siempre lo había sospechado. Pero cuando se quedaran sin gente a quien hacer desaparecer, ella descubriría lo que sucedía.

Y entonces tal vez pudiera irse ella también.

De pronto se sintió mal. No notaba las manos ni los pies, y le ardía el estómago.

Estaba en problemas. Pero Seely la cogió entre sus brazos y toda la habitación giró y se convirtió en el vestíbulo y en el dormitorio. Seely la dejó suavemente sobre la cama y le quitó los zapatos y la tapó con una manta.

Poca-cosa estaba junto a ella, sobre la colcha. Ari sacó la mano y lo tocó. No recordaba de dónde había sacado a Poca-cosa. Siempre había estado ahí. Ahora seguía estando ahí. Eso era todo. Y ahora Poca-cosa era lo único que le quedaba.

V

—Pobre niña —suspiró Justin y se sirvió vino en el vaso—. Pobre niña, mierda, ¿no podían dejarla ir al aeropuerto?

Grant meneó la cabeza. Y bebió de su propio vino. Hizo un gesto con la mano como para advertirle que podía haber espías.

Justin se frotó los ojos. Nunca se olvidaba. Pero a veces le resultaba difícil tenerlo en cuenta.

—No es problema tuyo —dijo Grant—. No.

—Lo sé.

Eso, para los que los escucharan. Y nunca sabían, si estaban ahí, escuchando. Pensaron en formas de confundir a Seguridad, incluso pensaron en inventar un lenguaje sin relaciones gramaticales, con una sintaxis irregular y usar cinta para memorizarlo. Pero tenían miedo de despertar sospechas si empezaban a hablarlo. Así que usaban el sistema más fácil: la pizarra. Justin se estiró, la cogió y escribió: *A veces me gustaría escaparme a Novgorod y conseguir un trabajo en una fábrica. Diseñamos cintas para hacer gente normal. Les damos confianza y tranquilidad y hacemos que se amen los unos a los otros. Pero los diseñadores están todos locos.*

Grant escribió: *Tengo una profunda fe en mis creadores y en mi supervisor. Eso me consuela.*

—Estás enfermo —dijo Justin, en voz alta.

Grant rió. Y luego se puso serio de nuevo, se inclinó y se apoyó en la rodilla de Justin. Los dos estaban sentados con las piernas cruzadas sobre el sofá.

—No entiendo el bien y el mal. Ya lo he decidido. Un azi no tiene derecho a manejar palabras como ésas, en el sentido cósmico. Pero para mí, tú representas todo lo bueno.

Justin se conmovió. Y los malditos destellos de cinta todavía lo molestaban. Incluso después de todos esos años, como un dolor antiguo, muy antiguo. Con Grant no importaba. Eso le proporcionaba una sensación de consuelo, como ninguna otra cosa. Puso la mano sobre la de Grant y la apretó levemente porque no podía decir nada.

—En serio —continuó Grant—. Estás en una posición muy difícil. Haces cuanto puedes. A veces, haces demasiado. Incluso yo puedo descansar. Tú deberías hacerlo.

—¿Qué puedo hacer si Yanní me carga con...?

—No. —Grant le sacudió la rodilla—. Puedes negarte. Puedes dejar de trabajar tantas horas. Puedes trabajar en lo que quieres. Lo dijiste tú mismo, tú sabes lo que está haciendo. No le dejes darte esto también. Niégate. No te hace falta.

Había un bebé en proceso en Fargone, una réplica de un tal Benjamin Rubin, un hombre que vivía en las instalaciones tras una pared infranqueable y trabajaba en un laboratorio que había montado Reseune.

Eso daba a Defensa algo tangible que vigilar. Y Jane Strassen, cuando llegara, se convertiría en la madre de otro de los niños del proyecto.

Él lo sabía. Le daban las entrevistas de Rubin. Le dejaban diseñar las estructuras de las cintas. No se hacía ilusiones de que las usaran sin controles previos.

No ésas, al menos. Y eso representaba un alivio después de haber diseñado cintas que funcionarían sin controles durante un año.

—Es un grado de confianza, ¿no? —La voz sonó ronca, evidenciando la tensión que él había querido ocultar.

—Te pone otro peso sobre la espalda, un peso que no te conviene.

—Tal vez sea la oportunidad de hacer algo que valga la pena. Es un proyecto importante, ¿no? Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Tal vez pueda hacer que la vida de Rubin sea, mejor. —Se inclinó hacia delante para servir más vino. Grant se movió antes y se le adelantó—. Al menos con Rubin fueron más compasivos. Su madre vive en la estación, la ve, tiene algo a lo que aferrarse.

Y los guardias que cuidaban a un Especial. Justin sabía todo eso. Un intelectual confuso, aislado, cuyos problemas de salud habían sido graves desde muy niño, cuya relación con su madre era excesiva y desesperada, cuyo cuerpo frágil había hecho que la salud fuera una obsesión para él, cuyas preocupaciones excluían totalmente la pasión adolescente, excepto por su trabajo. Pero nada, nada de lo que había dado forma a Ari Emory. Gracias a Dios.

—Puedo hacer algo —dijo Justin—. Voy a aceptar algún trabajo en psicología de ciudadanos. Me hará bien. Es otra metodología.

Grant frunció el ceño. Podían hablar de trabajo en casa, sin preocuparse por los monitores. Pero la conversación se estaba volviendo peligrosa, tal vez ya habían sobrepasado el límite. Justin ya no estaba seguro. Se encontraba exhausto. El estudio, pensó, lo sacaría del trabajo en tiempo real. Ahora sólo quería estudiar. Grant tenía razón, nunca había estado preparado para manejar situaciones de problemas en tiempo real. Todo le preocupaba demasiado.

Yanni le había gritado:

—La empatía está muy bien en una entrevista. ¡Pero no tiene nada que hacer en una solución! ¡Acuérdate de a quién estás tratando!

Esto carecía de sentido para Justin. No estaba hecho para la psicología clínica. Porque si sentía el dolor en sí mismo, nunca podría resolver nada.

Incluso desde el punto de vista de Yanni, o el de Denys, porque era imposible que le hubieran encomendado esto sin que Denys, convenciera a Giraud, era lo más generoso que hubieran podido hacer por él, darle de nuevo un trabajo que significaba

que Seguridad lo dejaría tranquilo, volvería a poner su carrera en un campo levemente diferente, en un trabajo muy parecido al de Jordan, le permitiría trabajar en un proyecto en el que podría hacerse una reputación. El trabajo CIUD era algo que los militares advertirían con facilidad y que no les daría una excusa para atacarlo. Tal vez limpiaría y beneficiaría a Jordan. Era una posibilidad, al menos.

Era un tipo de ultimátum, pensó Justin, un regalo que tal vez terminaría siendo lo contrario si él intentaba evitar el honor. Y tenía que pensar en eso, siempre. Incluso cuando le hacían favores.

VI

Ari se despertó con un cuerpo a su lado y recordó que se había despertado en mitad de la noche, cuando alguien se deslizaba en la cama junto a ella, y la abrazaba y le decía con la voz de Nelly:

—Estoy aquí, joven sera. Nelly está aquí.

Nelly estaba con ella por la mañana y mamá no, el dormitorio le resultaba desconocido y estaba en casa del tío Denys. Ari deseaba llorar o gritar o escaparse otra vez, correr y correr hasta que nadie pudiera encontrarla.

Pero se quedó quieta porque sabía que mamá se había ido de verdad. Y el tío tenía razón, estaba mejor que antes, pensando en el desayuno entre dos sentimientos sobre lo mucho que le dolía y lo mucho que deseaba que Nelly estuviera lejos y mamá con ella.

Pero tener a Nelly ya era algo. Le palmeó la cara hasta que Nelly se despertó. La azi la abrazó, le acarició el cabello y le dijo:

—Nelly está aquí. Nelly está aquí. —Y se echó a llorar.

Ari la abrazó. Y se sintió traicionada porque quería llorar, pero Nelly era azi y eso le haría daño. Así que fue sensata como le pedía mamá y le murmuró a Nelly que se calmara.

Nelly se calmó, dejó de sollozar y de jadear, se levantó y se vistió; y bañó a Ari, la peinó y la vistió con sus pantalones azules limpios y un suéter. Y la peinó con el cepillo hasta que el cabello se puso eléctrico y tieso.

—Tenemos que tomar el desayuno con ser Nye —dijo Nelly.

Eso estaba bien. Y fue un buen desayuno, en la mesa del tío Denys, donde había de todo. Ari comió. El tío Denys tomó dos porciones de todo y le dijo que ella y Nelly podían pasar el día en el apartamento hasta que Nelly tuviera que ir al hospital, entonces vendría Seely a cuidarla.

—Sí, ser —dijo Ari. Todo estaba bien. Nada estaba bien. Después de ayer, ya no le importaba quién estuviera con ella. Quería preguntarle al tío Denys dónde estaba mamá y adonde iba. Pero no lo hizo, porque de momento todo había vuelto a su cauce y ella estaba muy cansada.

Y si Denys se lo decía, de todas formas no sabría el nombre de ese lugar. En realidad sólo conocía Reseune.

Así que se sentó y dejó que Nelly le leyera cuentos. A veces lloraba sin razón. A veces, dormía. Cuando se despertó, Nelly le dijo que venía Seely para quedarse con ella.

Seely le daba todas las bebidas que pedía. Y puso el vídeo. Hizo todo lo que ella

le pidió.

Ella le preguntó a Seely si podía salir a pasear y echar comida a los peces. Lo hicieron. Volvieron y Seely le preparó más bebidas y ella deseó que mamá estuviera allí para decirle que no debía tomar tantas. Así que se detuvo sola, pidió papel a Seely y se puso a dibujar.

Hasta que el tío Denys volvió y fue la hora de la cena y el tío Denys le habló sobre lo que haría al día siguiente y cómo le compraría todo lo que ella quisiera.

Ella pensó en muchas cosas. Quería una nave espacial con luces. Quería una chaqueta nueva. Si el tío Denys iba darle lo que quisiera, ya se le ocurrirían algunas cosas. Podía pensar en cosas muy caras que mamá nunca le habría dado.

Pero ninguna de esas cosas la haría feliz. Ni siquiera Nelly. Ahora que le daban cosas, se limitaba a tomarlas, y listo, pedía muchísimas para que les costara y pensarán que eso era importante para ella y que una estaba más contenta, pero ella no se olvidaba de la rabia. Nunca.

VII

Grant sudaba mientras esperaba en la oficina exterior de Yanni Schwartz, sin cita previa; sólo contaba con la buena voluntad de Marge para pasar por aquella puerta. Oyó que Yanni gritaba a su secretaria. No distinguía las palabras. Supuso que tenían que ver con las interrupciones y con Justin Warrick.

Estuvo a punto de levantarse e irse, en ese momento, a toda velocidad, porque se dio cuenta de que tal vez causaría problemas a Justin con esa visita. No estaba seguro de si Yanni podía sacudirlo lo suficiente para obligarle a contar algo que Grant quería guardar en secreto. Yanni era el tipo de ser humano con quien no le gustaba tratar, emocional y gritón, lleno de amenazas en cada movimiento. Los hombres que lo habían llevado al refugio en las colinas eran así. Giraud había sido así cuando lo sometió a psicotest. Grant se quedó allí sentado, esperando. Logró controlar el terror poniéndose en blanco y pensando en otra cosa hasta que Marge volvió y dijo:

—Te verá.

Él se puso en pie y se inclinó.

—Gracias, Marge.

Se encaminó hacia la oficina interior y hacia el gran escritorio y dijo:

—Ser, quiero hablar con usted de mi CIUD.

Como un azi. Justin afirmaba que Yanni podía ser bastante decente con sus pacientes. Así que adoptó estos modales y se quedó de pie muy callado.

—No estoy en consulta —objetó Yanni. Así que Yanni no le haría ningún favor. Grant abandonó la pose de dócil tonto, arrimó la silla y se sentó.

—Pero sigo queriendo hablar con usted, ser. Justin está aceptando el favor que usted le hace y yo creo que es un gran error.

—Un error.

—Sólo le dejara hacer el primer borrador, ¿no? ¿Y dónde dejará eso a Justin dentro de veinte años? En ninguna parte. Estará igual que ahora.

—Le proporciona práctica, cosa que él necesita mucho. Y tú deberías saber eso. ¿Tenemos que hablar de tu compañero? Ya conoces sus problemas. Yo no tengo por qué soportarlos por ti.

—¿Qué problemas cree usted que tiene?

Yanni había estado relajado. O casi. La mandíbula se cerró, el mentón se tensó, toda la pose cambió y se hizo agresiva cuando se inclinó sobre el escritorio.

—Tal vez sería mejor que hicieras que tu CIUD venga a hablarme. ¿Te ha enviado él? ¿O ha sido idea tuya?

—Idea mía, ser. —Estaba reaccionando, maldita sea. Le traspiraban las palmas de

las manos. Odiaba esto. El truco era mantener al CIUD bien calmado—. Usted me atemoriza. No quiero hacer esto. Pero Justin no quiere hablarle, al menos no quiere decirle la verdad.

—¿Por qué no?

Aquél hombre no tenía momentos de calma.

—Porque, ser... —Grant respiró hondo y trató de no prestar atención a lo que pasaba en su estómago—. Usted es el único maestro que tiene. Si usted lo rechaza, no habrá nadie lo bastante bueno para enseñarle. Usted es como su supervisor. Él tiene que confiar en usted y usted está abusando de la situación. Me resulta muy difícil ver lo que ocurre.

—No estamos hablando de psicología azi, Grant. Tú no entiendes lo que pasa, no hablo a nivel operacional y estás en un terreno personal peligroso. Hablo de tu propio grupo mental. No te identifiques. Sabes lo que significa eso. Si no lo sabes...

—Sí, ser, me recomienda que use cinta. Sé lo que usted puede hacer. Pero quiero que me oiga. ¡Óigame! No sé qué tipo de hombre es usted. Pero veo lo que ha hecho. Creo que tal vez esté tratando de ayudar a Justin. En cierto modo, creo que lo ha ayudado. Pero él no puede seguir trabajando como hasta ahora.

Yanni gruñó como un motor que se apaga y lentamente se retrepó sobre la silla y lo miró por debajo de las cejas.

—Porque no está preparado para un trabajo de tiempo real. Lo sé. Tú lo sabes. Justin lo sabe. Pensé que tal vez se calmaría, pero no tiene el temperamento necesario para eso, no puede distanciarse lo suficiente. No tiene paciencia para el trabajo rutinario de diseño, la repetición lo vuelve loco. Es creativo, así que lo pusimos en el proyecto Rubin. Denys se lo consiguió. Yo lo apoyé. Es lo mejor que podemos hacer por él, ponerlo donde pueda desarrollar un trabajo teórico, pero no en ese maldito proyecto suyo, y él no quiere concentrarse en ninguna otra cosa. Sé muy bien que no quiere hacerlo. Es peor que Jordan: cuando se le mete una idea en la cabeza, no la suelta hasta que se pudre. ¿Qué respondes a esto? Porque es el proyecto Rubin o pudrirse en diseño rutinario, y no tengo tiempo para que un miembro de mi personal se tome tres semanas en un proyecto que debería haberse realizado en tres días.

Hasta ese momento, Grant había pensado que Yanni era el enemigo. Pero de pronto se sintió cómodo con él. Vio a un hombre decente que no acostumbraba a escuchar. Y que ahora estaba escuchando, a pesar de todo.

—Ser. Por favor. Justin no es Jordan. No trabaja como Jordan. Pero si le da una oportunidad, trabajará. Óigame, por favor. Usted no está de acuerdo con él, pero Justin está aprendiendo de usted. Usted sabe que un diseñador azi tiene conocimiento de aplicación. Yo soy Alfa. Puedo tomar un diseño, interiorizarlo y decir mucho sobre él. Trabajé con él en los diseños y puedo afirmar, puedo asegurarle que creo en lo que está tratando de hacer.

—Dios, esto es lo último que me faltaba.

—Ser, sé como se sienten sus diseños, lo he experimentado de una forma en que ningún CIUD podría hacerlo. Tengo el sistema lógico necesario.

—No estoy hablando de su habilidad. El ya ha resuelto sus problemas de rata en un laberinto. Eso ya está solucionado. Hablo de lo que pasa cuando sus grupos se integran en la psique CIUD. En segundas, terceras o cuartas generaciones. No queremos una población que se vuelva loca por el trabajo. No queremos personajes grises que enloquecen cuando no están frente a la línea de montaje. No queremos que aumente la tasa de suicidios cada vez que hay un fracaso en el trabajo o una caída de la economía. Hablamos de psicología CIUD, y ése es el campo en el que Justin flaquea más y en mi opinión es lo que debería estudiar durante diez o veinte años en lugar de provocar daños irreparables. Yo sé lo que se siente. Te diré que sé algo de psicología CIUD desde dentro, más veinte años en el campo, y supongo que un diseñador principiante puede darse cuenta de algo tan sencillo.

—Yo lo respeto por eso, ser. Se lo aseguro. Y él también. Pero sus diseños ponen... ponen alegría en un psicogrupo. No sólo eficiencia. Los diseños que usted afirma que causarían problemas son las cintas de recompensa. ¿No es cierto, ser, que cuando un azi tiene un niño CIUD y lo cría como CIUD, le enseña a través de la experiencia lo que él entiende de su psicogrupo? Y un azi con una de las pequeñas rutinas de Justin en algún lugar de sus grupos, incluso si no ha sido tan afortunado como yo, incluso si no está tan socializado, si no es Alfa ni tiene un compañero para toda la vida, encontraría tanto sentido a todo eso, tanto sentido que pensaría en su labor y sería un trabajador eficiente. Y estaría orgulloso de su cometido, ser. Tal vez todavía hay problemas, ser. Pero él llega al nivel emocional. Es la clave de los grupos lógicos. Es una interacción autoprogramable. Y eso es lo que nadie tiene en cuenta.

—Lo cual crea una serie de problemas estructurales básicos en los psicogrupos sintéticos. Hablemos de teoría. Tú eres un diseñador competente. Para ser muy directo: ya lo intentaron hace ochenta años.

—Lo sé.

—Y colgaron unos cuantos adornos en los psicogrupos y terminaron rodeados de neurosis. Comportamientos obsesivos.

—Usted mismo dice que él ha evitado eso.

—Y es autoprogramable, ¿te estás oyendo a ti mismo?

—Gusano —dijo Grant—. Pero benigno.

—En efecto, este tipo de teoría pertenece a la clasificación de gusano. ¡Dios mío! Si es autoprogramable, has creado un gusano y estás jugando con las vidas de la gente. Si no lo es, tienes un problema de acción retardada que va a aparecer en la segunda o tercera generación. Otro tipo de gusano, por así decirlo. Y no me interesa perder el tiempo investigando esta cuestión. Tengo un presupuesto que cumplir.

Vosotros dos formáis parte del presupuesto de mi departamento y representáis un gran gasto sin ninguna justificación.

—Lo justificamos el año pasado.

—Y eso está matando a Warrick. ¿No es por eso que te estás quejando? No puede seguir produciendo a ese nivel. No lo tolera. Psicológicamente no lo tolera. Así que, ¿qué vas a hacer? ¿Llevar todo el peso tú mismo mientras Justin vive en las nubes, en algún lugar con los grupos de diseño que no funcionan y que no pienso dejarle instalar en algún pobre Experimental? ¡No!

—Yo haré el trabajo. Usted dele a él la libertad. Aligere ese peso. Un poco. Ser, dele una oportunidad. Tiene que confiar en usted. Nadie más puede ayudarlo. Es bueno. Yo sé que lo es.

—Y se está desperdiciando, mierda.

—¿Qué estaba usted haciendo al principio? Le enseñaba mientras estudiaba sus diseños. Haga eso por él. Aligere el peso un poco. Haremos el trabajo. Pero no lo presione tanto, porque él acarreará todo el trabajo si piensa que alguien está sufriendo. No podrá evitarlo, él es así. Denos problemas que podamos resolver y lo haremos bien. Justin tiene un talento de integración capaz de obtener más de un genotipo que cualquier otro porque llega al nivel emocional. Tal vez sus ideas no funcionen, pero todavía es un estudiante. Usted no sabe hasta dónde puede llegar. Dele una oportunidad.

Yanni lo miró largo rato, perturbado, triste, ruborizado y mordiéndose el labio.

—Eres un buen vendedor, hijo. ¿Sabes cuál es el problema de Justin? Ari tomó a un chico vulnerable con una idea que era realmente brillante para un muchacho de diecisiete años, lo alentó, lo halagó, lo llenó de esa porquería y se lo llevó a la cama con trucos psicológicos. ¿Sabes eso?

—Sí, ser. Lo sé.

—Hizo un buen trabajo en él. Él cree que es brillante. Cree que tiene más de lo que es cierto, y no le haces bien alimentándole la ilusión. Es brillante, pero no llega a la altura de genio. Estaría muy bien en el proyecto Rubin. Ya he visto lo que puede hacer y he depositado grandes esperanzas en ese chico. Lo respeto mucho. No me gusta alimentar una falsa ilusión. Me he pasado la vida tratando de hacer gente normal y me pides que le siga la corriente en la falsa ilusión mayor de toda su vida. Eso no me gusta, Grant. No sabes hasta qué punto me repugna.

—Me estoy dirigiendo a un hombre que es lo más cercano a un supervisor que tiene Justin; el hombre con el que discutió para lograr que lo ayudara, el que va a tomar un talento que alguien ahogó y terminar de matarlo porque cansa al maestro. ¿Qué tipo de hombre es ése?

—Vete a la mierda.

—Sí, ser. Insúlteme todo lo que quiera. Estoy hablando de Justin. Él confía en

usted, y puedo asegurarle que no confía en mucha gente. ¿Va a insultarlo a él porque está tratando de hacer algo que usted considera un fracaso?

Yanni se mordió el labio.

—Tú eres uno de los de Ari, ¿verdad?

—Usted sabe que sí, ser.

—Mierda. Hizo un buen trabajo. Me recuerdas a ella. Después de todo lo que pasó.

—Sí, ser. —Dolía. Grant pensaba que Yanni lo había dicho para que le doliera.

Pero Yanni suspiró y agitó la cabeza.

—Ya he tomado una decisión. Lo voy a destinar al proyecto. No le mandaré excesivo trabajo, lo cual significa que tú tendrás mucho que hacer, ¿me entiendes?

—Sí, ser.

—Y si hace sus malditos diseños, los voy a romper. Y le enseñaré lo que pueda. Todo lo que pueda. ¿Ha resuelto sus problemas con la cinta?

—No tiene problemas con la cinta, ser.

—Si estás en la misma habitación mientras lo hace. Eso dice Petros.

—Así es, ser. ¿No cree que tiene sus razones?

—No. No... Mira, Grant. Respeto lo que estás haciendo. Me gustaría tener una docena de azi como tú. Por desgracia, no eres un ítem de producción.

—No, ser. Justin, tanto como Ari y Jordan, tuvo su parte en la producción de mis psicogrupos. Pero usted puede analizarlos si quiere.

—Eres estable, ¿eh? Muy bien, muy bien, bravo. —Yanni se puso en pie y dio la vuelta al escritorio mientras Grant se ponía en pie, confuso. Y Yanni le puso la mano en el hombro y le dio la mano—. Ven a verme si te parece que la situación se te escapa de las manos, Grant.

Eso lo conmovió sobre todo porque antes dudaba de la buena voluntad de aquel hombre.

—Sí, ser —dijo. Si Yanni había dicho la verdad, Justin le daría cuanto estuviera en su mano sin pedirle nada a cambio. Cualquier información que Yanni no pudiera encontrar en la biblioteca o en el laboratorio.

—Fuera —rezongó Yanni con brusquedad—. Vete.

Como un azi, simple, de igual a igual. Cuando sabía que Yanni estaba muy triste por lo de Strassen y por todo lo que estaba pasando y que había elegido el peor de los momentos para ir a verlo.

Salió con una sinceridad en el saludo que no había sentido con nadie excepto Jordan y Justin, y que recordaba como algo muy lejano en el tiempo.

Y con una angustia por lo que podría haber hecho con esa visita, presionando lo que sabía que era una tolerancia delicada de la Casa hacia Justin en un momento delicado y con un equilibrio delicado en la mente del mismo Justin. Cuando decidió

ver a Yanni, no sabía si Justin lo perdonaría o no, o si él quedaría en posición de merecer el perdón.

Así que allí era donde tenía que ir ahora.

—¿Que has hecho qué? —exclamó Justin con una voz que le salía desde las entrañas; y sintió un doble golpe, porque Grant reaccionó como si él le hubiera pegado, se encogió, volvió la cara y se dio la vuelta de nuevo y lo contempló inerte, sin ninguna de las defensas que Grant siempre tenía a mano.

Eso lo tranquilizó. No había forma de gritar a Grant. Grant había actuado porque su propio comportamiento lo había obligado a adoptar el papel de protector. No había tenido en cuenta lo que indicaban sus conocimientos sobre los azi, el peor error de un supervisor de Alfas, y se había apoyado en Grant durante años tanto como había necesitado.

Grant portándose como un azi con él. Era culpa suya, de nadie más.

Se inclinó y palmeó el hombro de Grant y se calmó todo lo que pudo, pero estaba lleno de adrenalina y apenas podía respirar, tanto por lo que le había hecho a Grant como por el hecho de que Grant tal vez lo había perdido.

Bien. No era culpa de Grant. Todo estaría bien si Grant no había llamado la atención de Giraud una vez más. Volver con Yanni y tratar de recuperarlo todo sin la emoción que desde el punto de vista de Yanni terminaría el trabajo de Grant.

Quería sentarse un momento. Pero no podía. Tenía que impedir que Grant se diera cuenta de lo mal que se sentía.

—Yanni no se ha enfadado —murmuró Grant—. Justin, no se ha enfadado. No. Me ha prometido que no nos daría tanto trabajo.

Justin volvió a palmearlo en el hombro.

—Mira, estoy seguro de que todo irá bien. Y si no, yo lo arreglaré. No te preocupes.

—¿Justin?

Había dolor en la voz de Grant. Su culpa. Como la crisis.

—Yanni me va a sacar los ojos por haberte empujado a hacerlo —dijo—. Y está bien, es justo. Grant, no tienes que protegerme. Estoy bien. No te preocupes.

—Basta. —Grant lo aferró por los hombros y le obligó a darse la vuelta. Frente a frente ahora—. No te pongas en plan supervisor conmigo. Sabía lo que hacía.

Justin lo miró fijo.

—No soy tonto, Justin. Si quieres, pégame. Pero no me sometás a esa rutina de «tranquilo, tranquilo». —Rabia. Simplemente, rabia. Justin se impresionó. Era una salida cuando él había pensado que no había ninguna. Estaba temblando cuando Grant le soltó el brazo y le puso la mano junto a la mejilla—. Señor Justin, ¿qué estás pensando?

—Que me apoyo demasiado en ti.

—No. Ellos se apoyan demasiado en ti. Y se lo dije a Yanni. No soy de plástico. Sé lo que hago. ¿Qué has estado haciendo todos estos años? Antes éramos compañeros. ¿Qué crees que soy ahora? ¿Uno de los casos de locura que resuelves? ¿O qué?

Ari, ésa era la respuesta obvia. Grant lo estaba desafiando. Y Justin se quedó helado.

—Un muñeco, ¿no?

—Basta, Grant.

—¿Y qué?

—Tal vez... —Justin recuperó el aliento y se volvió—. Tal vez es el orgullo. Tal vez es porque toda mi vida me han enseñado que yo era el más fuerte. Y sé que he estado derrotado durante años. Y que me apoyé en ti. Mierda. Me siento culpable por eso.

—Es otro tipo de presión —dijo Grant—. La mía no puede venir de ningún otro lado. Solamente de ti. ¿No lo sabes, ser humano?

—Bueno, yo te empujé a la oficina de Yanni.

—Dame una oportunidad, amigo. No soy un robot. Tal vez mis sentimientos son de plástico, pero son de lo más reales. Si quieres gritarme, grítame. No me hagas ese numerito de supervisor.

—¡Entonces, no actúes como un maldito azi!

Justin no podía creer que hubiese dicho esto. Se quedó ahí, de pie, inmóvil. Y Grant también, durante un instante. Con aquellas palabras colgando en el aire entre los dos.

—Bueno, soy azi —sentenció Grant luego, encogiéndose de hombros—. Pero no tengo la culpa. ¿Y tú?

—Lo siento.

—No, adelante. Maldito azi todo lo que quieras. Prefiero ser eso que ver cómo te lo guardas. Trabajas hasta el agotamiento, te estás comiendo a ti mismo, y un psicogrupo aberrante de otro azi te mandará del otro lado. Así que soy todo lo maldito azi que quieras. Me alegra que te protejas un poco a ti mismo. Ya era hora.

—Dios, no me psicoanalices.

—Lo lamento, no puedo evitarlo. Gracias a Dios, sólo tengo un ser humano por el que preocuparme. Dos me llevarían directo al hospital. Malditos humanos. Causan miles de problemas. Tenías razón con respecto a Yanni. Es bastante razonable con los azi. Sólo se descarga con los otros seres humanos y lo suelta todo. La pregunta es si estaba diciéndome la verdad. Pero si te tranquilizas y me escuchas, te diré que el hecho de que no puedas manejar los problemas de tiempo real no constituye una novedad para él. Sólo le señalé que estabas perdiendo el tiempo en el proyecto Rubin

y que si quería que trabajaras motivado, haría bien en permitir que realices tus diseños en tu tiempo libre. Y se lo debes. No creo que haya sido tonto hacer eso.

Espías, pensó Justin con un sobresalto, y recorrió la conversación hacia atrás, con pánico, tratando de recordar qué habían dicho.

Hizo un gesto a Grant para que tuviera cuidado y Grant asintió.

—Lo lamento —dijo Justin después, más tranquilo. Y mientras tanto, deseaba encontrar un lugar oscuro donde esconderse. Pero Grant estaba bien. Grant estaba bien, con una dignidad que él no lograba aparentar—. Grant... son reacciones a las cosas... Pensamiento contradictorio. Tienes que entender.

—Eh... —dijo Grant—. Yo no entiendo. Me maravilla. El número de niveles ante el que podéis reaccionar es realmente sorprendente. El número de cosas que podéis creer al mismo tiempo es increíble. No lo entiendo. Podría pasarme días pensando en esta reacción y probablemente todavía perdería algunos matices.

—Es muy simple. Estoy aterrizado. Pensé que sabía dónde estaban las cosas y, de pronto, tú te me confundes. Así que todo pasó a formar parte de valores en oposiciones absolutas. Los hombres son realmente lógicos.

—¡Señor! La vida sería tan aburrida si no hubiera seres humanos. Me pregunto en qué lío estaba Yanni cuando me dirigí a él. Eso es suficiente como para preocuparte.

—¿Estaba tranquilo?

—Mucho.

—Entonces, tienes la sartén por el mango, ¿no?

—Tenemos que aprender a no agitaros a vosotros, los hombres. Creo que deberían poner eso en las primeras cintas. «Los seres humanos excitados pasan a grupos programables alternados. Todos los seres humanos están locos. Y todos odian a sus alter egos». Ésa es toda la clave del comportamiento CIUD.

—No estás muy equivocado.

—A la mierda. He estudiado por endocrinas durante años. Realmente, estoy sorprendido. Lo hice directamente. Opiniones duales y triples. Tengo que decir que prefiero mi psicogrupo natural. Mi psicogrupo natural, gracias. Mucho más fácil para el estómago. ¿Quieres ir a almorzar?

Justin miró a Grant, a Grant con las ventanas abiertas de nuevo, con esa sonrisa irónica, leve, que era su forma de desafiar al destino, al universo y a la Administración Reseune. Durante un momento, se sintió afortunado y aterrizado.

Como si por primera vez todo lo que se le había estado escapando se hubiera detenido y temblara en el punto exacto en que tal vez podía volver atrás.

—Claro —dijo—. Claro. —Tomó el brazo de Grant y lo llevó hasta la puerta—. Si puedes hablar con Yanni Schwartz, podrías alquilarte por horas. Probablemente todos en el Ala solicitarían tus servicios.

—Ah, ah. No. Tengo un empleo fijo, gracias.

La gente los miraba. Justin soltó el brazo de Grant. Y se dio cuenta de que la mitad del Ala debía de haberlo oído gritarle. Y lo estaban mirando para ver señales de afectación.

Eran una fuente de chismes por miles de razones. Y ahora había una nueva. Eso también llegaría a oídos de Yanni.

VIII

Había cosas nuevas cada día. Nelly llevó a Ari a la tienda en el Ala Norte y volvieron llenas de paquetes. Era divertido. Compró cosas para Nelly, y ella estaba tan contenta que Ari se sentía bien de verla con un traje nuevo, tan bonita y orgullosa.

Pero Nelly no era mamá. Al principio le gustaba que Nelly la abrazara, pero Nelly era siempre Nelly, no había más, y de pronto una noche se sintió muy vacía cuando Nelly la *abrazó*. No se lo dijo a Nelly porque la azi le estaba contando un cuento. Pero después de eso fue cada vez más difícil soportarla cuando la tenía en brazos, ahora que mamá se había marchado. Así que se movía de un lado a otro y se sentaba en el suelo para oírla contarle cuentos, al parecer Nelly estaba conforme.

Seely era nadie. A veces Ari se burlaba de él, pero Seely nunca se reía. Y eso era muy molesto. Así que ella lo dejó tranquilo excepto cuando quería pedirle una bebida o una galletita. Y le daban más cosas de las que a mamá le hubiera gustado. Así que trató de ser buena y no pedir, y de comer verduras y no tomar demasiado azúcar. No es bueno para ti, decía mamá. Y todo lo que decía mamá era algo que ella trataba de recordar ahora y de seguir haciendo, porque cada cosa de mamá que se olvidara era como olvidarla a ella. Así que comía las malditas verduras y se le hacía un nudo en la garganta porque algunas eran horribles, mezcladas con una pasta cremosa. Aj. Le daban ganas de vomitar. Pero lo hacía por mamá y la ponía tan triste y tan furiosa al mismo tiempo que quería llorar.

Pero si lloraba iba a su habitación y cerraba la puerta y se secaba los ojos y se lavaba la cara antes de salir de nuevo, porque no quería hacer pucheros.

Le hubiese gustado tener alguien con quien jugar, pero no quería que fuera Sam. Sam la conocía demasiado. Sam debía de saber lo de mamá. Y ella le pegaría en la cara, porque no podía aguantar que la mirara con esa expresión suya y no demostrara nada.

Así que cuando Nelly le preguntó si quería volver a la escuela de juegos, dijo que volvería si Sam no estaba allí.

—Entonces no sé quién podrá ir —objetó Nelly.

—Pues iré yo sola —declaró ella—. Vamos a hacer gimnasia. ¿De acuerdo?

Así que Nelly la llevó. Y dieron comida a los peces y jugaron en el arenal, pero ya no era divertido ahora que estaba sola, y Nelly no era buena para construir edificios. Así que echaron comida a los peces y pasearon y jugaron en el patio y en el gimnasio.

Hubo estudio con cinta. Y muchos de los mayores hicieron lecciones con ella. Aprendió muchas cosas. Se quedaba allí de noche con la cabeza tan llena de cosas

nuevas que tenía problemas para pensar en mamá y en Ollie.

El tío Denys tenía razón. Dolía cada vez menos, día tras día. Eso era lo que la asustaba. Porque si no dolía, resultaba difícil seguir estando furiosa. Así que se mordió el labio hasta que le sangró y trató de seguir sintiendo lo mismo.

Hubo una fiesta de niños. Allí vio a Amy, que corrió a esconderse detrás de sera Peterson y se portó como un bebé. Ari recordó la razón por la que había querido pegarla. El resto de los chicos la miraba mucho y sera Peterson les dijo que tenían que jugar con ella.

No les gustaba. Ella se daba cuenta. Estaban Kate, Tommy, un chico llamado Pat y Amy, que lloraba y hacía pucheros en un rincón. Sam también estaba allí. Sam se separó del grupo se le acercó y le dijo: «Hola, Ari». Sam era el único amistoso. Así que ella le respondió: «Hola, Sam». Hubiera querido volver a casa; pero Nelly se había ido a la cocina a tomar el té con los azi de sera Peterson y Nelly sí se lo estaba pasando bien.

Así que ella fue y se sentó y jugó con los demás, un juego de dados y se movían fichas sobre un tablero que representaba el espacio de la Unión. Había que conseguir dinero. De acuerdo. Ella jugó y todos empezaron a discutir, a reírse y a bromear. Pero Amy no. Todos se gastaban bromas, pero a ella no. No importaba. Aprendió el juego. Empezó a ganar dinero. Sam era el más afortunado con los dados, pero se guardaba demasiado el dinero y Tommy era demasiado descuidado.

—Te venderé una estación —dijo ella. Y Amy la compró por casi todo lo que tenía. Así que Amy cargó con mucho y Ari con menos. Y lo que Amy había comprado estaba casi en el borde de todos modos. Así que Ari consiguió más dinero y Amy se puso furiosa. Y nadie quería comprar la estación de Amy, pero Ari le ofreció comprarla de nuevo, por menos de lo que Amy pedía.

Amy aceptó y compró barcos. Y Ari aumentó un poco los precios.

Amy hizo pucheros. Y muy pronto se vio metida otra vez en problemas, porque Ari seguía venciéndola; usaba su propio dinero para comprar naves de carga y mantener un excedente de las únicas cosas que Amy podía conseguir, porque la estúpida seguía recurriendo a las estaciones de Ari en lugar de acercarse a las de Tommy. Amy quería pelear. Amy consiguió una batalla. Pero Ari no quería que Amy perdiera mucho y echara a perder el juego, así que le dijo a Amy lo que tenía que hacer.

Amy se enfadó y volvió a hacer pucheros.

Tampoco le aceptó el consejo.

Así que Ari la acorraló y se llevó todas las naves de Amy menos una. Luego la última. Para entonces ya había encontrado la forma de ganar. Pero todos los demás estaban tristes y ya nadie gastaba bromas, y Amy se fue de la mesa llorando.

Nadie dijo nada. Todos miraban a Amy. Todos la miraban como si no quisieran

que estuviera ahí. Ari iba a ganar. Pero Sam no lo sabía. Así que ella dijo:

—Sam, quédate con mis fichas.

Y se fue y buscó a Nelly en la cocina y le dijo que quería volver a casa. Entonces Nelly la miró preocupada y dejó de divertirse con Corrie y se fueron a casa.

Ella estuvo triste el resto del día, y sola. Y furiosa. Y eso estaba bien. Entonces recordó a mamá. Y echó de menos a Ollie. Hasta a Fedra.

Y pensó que si Valery hubiera estado allí, no habría sido tan estúpido como los demás.

—¿Qué pasa? —le preguntó el tío Denys esa tarde. Le habló con mucha dulzura—. Ari, querida, ¿qué ha pasado en la fiesta? ¿Qué te han hecho?

Ella podía hacerlos desaparecer si decía que habían discutido con ella. Tal vez los harían desaparecer de todos modos. No estaba segura. Al menos Amy y Kate todavía estaban por ahí, aunque fueran estúpidas.

—Tío Denys, ¿adónde fue Valery?

—¿Valery Schwartz? Su mamá fue trasladada. Se fueron, eso es todo. ¿Todavía te acuerdas de Valery?

—¿Puede volver?

—No lo sé, querida. No creo. Su mamá tiene trabajo. ¿Qué ha pasado en la fiesta?

—Me aburría. No son divertidos. ¿Adónde fueron mamá y Ollie? ¿A qué estación?

—A Fargone.

—Voy a mandar una carta a Ollie y a mamá. —Había visto cartas en la oficina de mamá. Nunca había pensado en escribir una. Pero pensó que el mensaje llegaría a la oficina de mamá donde estuviera. En Fargone.

—Sí, seguro que eso les gustará mucho.

A veces pensaba que mamá y Ollie no estaban en ninguna parte. Pero el tío Denys hablaba como si estuvieran en algún sitio. Así que bueno, eso la consolaba, pero se preguntaba la razón por la que mamá no la llamaba por teléfono.

—¿Se puede llamar a Fargone?

—No —dijo el tío Denys—. Es más rápido en una nave. Una carta llega más rápido que una llamada telefónica. Tarda meses, no años.

—¿Por qué?

—Dices hola y eso tarda veinte años en llegar; y ellos dicen hola y tarda otros veinte años. Y luego tú dices tu primera frase y no la oyen hasta el cabo de varios años. Podrías tardar cientos de años en tener una conversación. Por eso las cartas son más rápidas y más baratas, por eso no se usan radios ni teléfonos entre dos estrellas. Las naves pueden llevar cualquier cosa, porque viajan más rápido que la luz. Hay más complicaciones, claro, pero no necesitas saber todo eso para mandarle una carta a mamá. Es muy lejos. Y una carta es el mejor sistema.

Ella nunca había entendido lo lejos que era. No cuando había naves que saltaban por un tablero.

Se sintió fría y sola. Y fue a su habitación y escribió una carta.

La rompió muchas veces porque no quería que mamá se preocupara de que ella se sintiera tan mal. No quería decir: *Mamá, los chicos no me quieren y estoy sola todo el tiempo.*

Dijo: Te echo mucho de menos. También a Ollie. No estoy enfadada con Fedra. Quiero que tú y Ollie volváis. Fedra también. Me voy a portar bien. El tío Denys me da demasiadas galletitas, pero yo me acuerdo de lo que me dijiste y no como muchas. No quiero ponerme gorda. No quiero ser hiper, tampoco. Nelly es muy buena conmigo. El tío Denys me da su tarjeta de crédito y le compro muchas cosas a Nelly. Compré una nave espacial y un coche y rompecabezas y cuentos en cinta. Y una blusa roja y blanca y botas rojas. Quería una negra pero Nelly dice que es para los azi hasta que sea mayor. Las niñas no van de negro, dice Nelly. Podría ponerme una negra, pero a veces hago lo que me dice Nelly. Obedezco a todo el mundo. He visto a Amy Carnath hoy y no le he pegado. Todavía llora por todo. Estudio mis cintas. Sé matemáticas y química. Sé geografía y astrografía y voy a estudiar sobre Fargone porque tú estás ahí. Quiero ir a Fargone si tú no puedes volver. ¿Hay niños en Fargone? ¿Tienes una bonita casa? Dile al tío Denys que me deje ir. O que tú quieres venir. Me voy a portar muy bien. Te quiero. Quiero a Ollie. Voy a darle esto al tío Denys para que te lo envíe. Dice que tardará mucho tiempo en llegar y que tu carta tardará mucho, así que, por favor, escribe enseguida. Creo que tendré que esperar por lo menos un año. Entonces ya tendré ocho años. Si le dices al tío Denys que me deje ir pronto, supongo que tendré nueve. Dile que me deje llevar a Nelly también. Tendrá mucho miedo, pero yo le diré que todo está bien. No me asusta saltar. No me asusta ir sola. Hago muchas cosas sola ahora. Al tío Denys no le importa. Sé que si tú se lo dices, me dejará ir. Te quiero.

IX

Florian llegaba tarde otra vez. Había un atajo entre el 240 y el 241 y lo tomó. Corrió entre dos grupos de mayores y dio media vuelta para inclinarse y murmurar:

—Perdonen, por favor.

Luego volvió a girar y echó a correr a toda velocidad a través del camino hacia Seguridad.

—Lo siento mucho —jadeó al llegar al escritorio dentro del Cuadrángulo Uno. Estaba tratando de tranquilizar su respiración cuando le dio el vale al azi que estaba en el escritorio. El hombre examinó el vale y lo insertó en la máquina.

—Azul a blanco a marrón —dijo—. Cambio en marrón. Instrucciones allí.

—Sí —dijo Florian, y miró hacia donde señalaba el hombre. El azul empezaba en aquella puerta y se encaminó hacia allí, no corriendo pero sí muy apurado.

Sabía que todavía era muy tarde cuando llegó a marrón. El azi a cargo lo estaba esperando.

—Lo siento —dijo él—. Soy Florian AF-9979. El hombre miró por encima del hombro y dijo:

—Tamaño 6M, vestuarios en la pared, ve a cambiarte. Date prisa.

—Sí —dijo él y fue hasta el cubículo, buscó el 6M, sacó el paquete de plástico y lo arrojó sobre el banco mientras se desnudaba. Se puso el uniforme negro, se sentó con rapidez para quitarse los calcetines y ponerse las sandalias, luego colgó el uniforme AG sobre las perchas junto a uniformes de todos los tamaños y colores. Estaba tan nervioso que casi se olvidó de su nueva tarjeta llave, pero la sacó de su otro mono y se la puso en el negro, luego se pasó una mano por el cabello y salió, dándose prisa.

—Por el pasillo —indicó el azi con la pizarra—. Marrón a verde. ¡Corre!

Florian corrió. Y siguió los pasillos hasta que encontró una puerta marcada con verde en marrón. En el interior, un gimnasio. Se dirigió a toda velocidad hacia un hombre con una pizarra y otra joven, vestida como él, con un mono negro. Era una chica. Se impresionó, pero a la altura del estómago; reaccionó ante el supervisor e hizo una pequeña reverencia.

—Siento llegar tarde, ser.

El supervisor lo miró lo suficiente como para preocuparlo y él no se atrevió a mirar de nuevo a la chica que estaba allí como él, para encontrarse con su compañero para esa asignación, estaba seguro.

Luego el supervisor hizo una marca en su pizarra y dijo:

—Florian, ésta es Catlin. Catlin será tu compañera.

Florian miró a la chica de nuevo y el corazón le latió en el pecho. Era un error. Tenía que ser un error. Había llegado tarde. Tenía una compañera, una mujer. Se suponía que iba a cambiar de litera y que iba a dormir con su compañero. Pero estaba equivocado. No sabía dónde iba a dormir.

Quería volver a sus clases. Se había preocupado con la nueva Asignación a pesar de que su supervisor le había dicho que podía hacer AG en sus horas de Rec. Quería...

Pero la chica lo preocupaba. Parecía...

Era rubia, de ojos azules, una cicatriz en el mentón. Era más alta que él, pero eso no era raro. Tenía la cara delgada, muy seria. Él pensó que la había visto antes. Ella lo miró de forma poco educada, de frente. Luego se dio cuenta de que había estado haciendo lo mismo.

—Catlin —dijo el supervisor—, sabes cómo se va desde aquí. Acompaña a Florian a Armamento, habla con el supervisor de allí.

—Sí, ser —dijo ella y Florian estuvo a punto de pedirle al supervisor que comprobara si había algún error, pero había llegado tarde, había empezado mal con ese hombre y no sabía por qué estaba tan confuso, pero sentía pánico. Catlin ya se iba. Él la alcanzó cuando la joven azi se dirigió hacia otra puerta detrás de las colchonetas colgadas al final del gimnasio. Usó la tarjeta llave, mantuvo la puerta abierta para que él pasara y entraron en otra gran habitación de cemento.

Luego, por unas escaleras, hacia abajo. Y a otra habitación de cemento.

—¿Tengo una Asignación con litera? —preguntó finalmente, detrás de ella.

Ella lo miró mientras subía por las escaleras y él la alcanzó en el largo pasillo al final de los escalones.

—22. Como yo —dijo ella—. Vamos con mayores. Los compañeros duermen juntos, dos y dos.

Florian estaba impresionado. Pero ella parecía controlar la situación y no estaba asustada. Así que avanzó junto a ella, preguntándose si los ordenadores habrían cometido un error y si deberían haberle administrado cinta para explicar todo eso y ayudarle a no cometer errores. Tendría que hablar al supervisor del lugar adonde iban, pensó.

Desembocaron en otro sitio. Catlin abrió y había un supervisor sentado ante un escritorio.

—Ser —se presentó Catlin—. Catlin y Florian, ser.

—Tarde —comentó el supervisor.

—Sí, ser —dijo Catlin.

—Es por mi culpa —se disculpó Florian—. Ser...

—Las excusas están de más. Os han asignado a Seguridad. Id a Armamento y llevaos lo que podáis necesitar. Y los dos estaréis bien. Muy bien. Quince minutos

para reunir el equipo. Iréis a comer, tendréis la noche para organizaros, pasaréis una Habitación mañana por la mañana. Es un curso de una hora, podéis hablar de ello. Esperamos que habléis. Podéis iros.

—Yo... —murmuró Florian—. Ser, tengo que alimentar a los cerdos. ¿Se supone que tengo que haber hecho cinta sobre esto? No la hice.

El supervisor lo miró fijamente a los ojos.

—Florian, harás AG cuando no estés trabajando para Seguridad. Ésa es tu Asignación ahora. Puedes ir a AG en tu tiempo de Rec. Cuatro horas de Rec por cada Habitación pasada con éxito. No hay cinta para esto. Levantarse a las 0500, ejercicios a las 0530, desayuno a las 0630, luego cinta, Habitación o Rec, lo que señale el horario; almuerzo cuando podáis llegar, seguid el horario; cena a las 2000, seguid el horario; en las literas a las 2300 la mayoría de las noches. Si tenéis algún problema, hablad con el instructor. Catlin lo sabe. Pregúntale a ella.

—Sí, ser. —Florian jadeaba, pensando: *¿Y Andy? ¿Y los cerdos? Dijeron que podía ir a AG.* Y como el supervisor había contestado y él tenía mucho miedo de que ésa fuera realmente la asignación, alcanzó a Catlin.

Era una habitación de Armamento, como en el juego que conocía. Su antiguo supervisor había dicho que era una Asignación, que habría Habitaciones, todo eso lo sabía; sería como las Habitaciones que había pasado antes y después de eso sería más Seguridad que AG.

Pero no le parecía bien. Se suponía que iba a dormir con una chica. Lo habían puesto en un lugar que ella conocía y él no. Iba a cometer más errores. Siempre le habían dicho que un supervisor nunca se negaba a contestar a un azi, pero el que habían visto le había hecho pensar que ya estaba cometiendo errores.

Como llegar tarde, para empezar.

Llegó a la habitación de Armamento detrás de Catlin; sabía que iba a ser una Habitación del tipo de las de Seguridad, y no le impresionó mucho ver que había revólveres y cuchillos sobre la mesa de herramientas, pero no quiso tocarlos y el estómago le dio un vuelco cuando vio que Catlin cogía un revólver. Él cogió pinzas y un *tester* de circuitos; Catlin eligió un trozo de cable fino y él examinó la bandeja de recambios, escogió varias cosas y se las colocó en el bolsillo ordenadas por categorías.

—¿Electrónica? —preguntó ella.

—Sí. ¿Militar?

—Seguridad. ¿Sabes de armas?

—No.

—Entonces, será mejor que no te lleves ninguna. ¿De qué tipo eran tus Habitaciones?

—Trampas. Alarmas.

Las pálidas cejas de Catlin se levantaron. Asintió, un poco más amistosa.

—Emboscadas. Generalmente hay un Enemigo. Te mata.

—Las trampas también.

—¿Eres bueno?

Él asintió.

—Creo que sí.

Y la estaba mirando fijamente de nuevo. La cara de Catlin lo inquietaba. Era como si la conociera. La conocía como se conocen las cosas por cinta. Tal vez ella también lo recordaba así, porque lo estaba mirando fijamente. El no estaba sorprendido del todo: la cinta nunca lo sorprendía. Sabía que no había error posible si la conocía por cinta. Ella debía de ser importante para él, tanto como los estudios, pero nunca había pensado que le sucedería esto hasta que tuviera un Contrato con alguien.

Pero ella era azi. Como él.

Y sabía todo sobre las nuevas Asignaciones y él era nuevo y estaba lleno de dudas.

—Me parece que te conozco —comentó Florian, preocupado.

—A mí también —dijo ella.

Nadie había prestado nunca mucha atención a Florian. Ni siquiera Andy. Y se sentía inquieto al pensar que había encontrado a alguien que la cinta había destinado para él.

—¿Por qué somos compañeros? —preguntó Florian.

—No lo sé. Pero la electrónica es útil. Y tú conoces otra Habitación. Ven. Cuéntame lo que sabes.

—Entras —dijo él, tratando de detallarlo al máximo, como se hacía para un supervisor—. Hay una puerta. Puede haber todo tipo de trampas. Si haces sonar una, pierdes. A veces hay ruido. A veces, se apagan las luces. A veces, alguien te persigue y tienes que atravesar el túnel y manipular las trampas. A veces hay una cerradura. A veces hay agua y es muy peligroso si hay un cable suelto. Pero es falso, nunca te electrocutas de verdad.

—La muerte es muerte —dijo ella—. Te disparan y te cierran las puertas y si no las haces volar, te vuelan a ti; y a veces sucede todo esto que me has dicho al mismo tiempo. A veces, gas. A veces, emboscadas. A veces es en el exterior y otras dentro de un edificio. Algunos mueren de verdad. Yo vi morir a uno. Se rompió el cuello.

Florian estaba impresionado. Y luego pensó que podía haber sido él. Y recordó las trampas de las puertas. Y cogió una batería y una bobina de alambre y un lápiz óptico y Catlin le dio una bufanda negra, para la cara, dijo. Su nueva compañera cogió muchas otras cosas, como pintura negra para la cara y cuerda, y algunos objetos que quizás eran armas, aunque él lo ignoraba.

—Si tuvieran máscaras de gas en Armamento sería buena idea llevarse una — comentó Catlin—, pero no hay. Así que probablemente no nos suelten gas, pero no se puede asegurar. No juegan limpio.

Sonó un timbre.

Se había terminado el tiempo.

—Ven —dijo Catlin, y la puerta se abrió y los dejó salir con lo que habían elegido.

Por un pasillo y otras puertas. Y arriba de nuevo hasta que llegaron a otro pasillo de hormigón.

Con muchas puertas.

—Buscamos la 22 —dijo Catlin. Dos más adelante. Catlin abrió la puerta y entraron en una pequeña habitación con una litera doble.

—¿Arriba o abajo? —preguntó Catlin.

—Me da lo mismo —respondió. Nunca había pensado en una habitación que fuera sólo suya. O al menos la mitad. Había una mesa y dos sillas. Había una puerta.

—¿Adónde da eso?

—Al baño —respondió Catlin—. Lo compartimos con los de la otra habitación. Son mayores. Hay que llamar antes de entrar. Es la Regla de ellos. Si hay mayores, hay que aceptar sus Reglas.

—Estoy confundido —suspiró Florian.

—No importa —dijo Catlin, vaciando los bolsillos sobre la mesa—. Hace cinco días que estoy aquí. Conozco casi todas las Reglas. Los mayores son muy pacientes. Te dicen lo que debes hacer. Pero mejor será que las recuerdes o se lo contarán al instructor y tendrás problemas.

—Me acordaré. —Él la miró mientras Catlin vaciaba los bolsillos y pensó que ya tenía las cosas donde quería—. ¿Tenemos que cambiarnos de ropa para la Habitación?

—Siempre, por la mañana.

El se vació los bolsillos pero lo colocó todo como lo tenía en el bolsillo. Catlin observó cómo lo hacía.

—Es inteligente —comentó—. Siempre sabes donde están las cosas.

Él la miró. Hablaba en serio.

—Claro.

—Eres bueno —dijo ella.

—Supongo que tú también debes de ser buena.

—No me Atrapan mucho —reconoció Catlin. Y apartó la silla y se sentó con los brazos sobre la mesa mientras él vaciaba los bolsillos—. ¿Te Atrapan a ti?

—No.

Ella parecía contenta a su manera tranquila y poco expresiva. Y levantó el

revólver, lo accionó y lo cerró de nuevo.

—El revólver es auténtico —dijo. Pero las municiones no. Hay que revisarlo. Acuérdate siempre. El Enemigo puede haber metido la mano. Y romperte en pedazos. Las balas de fogueo tienen una banda negra y grande. Las de verdad no. Pero incluso las de práctica pueden matarte si te dan a quemarropa. Debes ir con cuidado cuando estás trabajando con compañeros. Las balas de fogueo matan a más gente que cualquier otra cosa en el entrenamiento.

Catlin sabía más formas de matar de las que Florian había oído en su vida. Se le revolvió el estómago.

Pero Catlin quería saberlo todo sobre las trampas, todo sobre lo que él había visto. Lo acosaba a preguntas y en cada respuesta veía cómo los extraños ojos de ella se concentraban, como cuando la gente es inteligente y quiere recordar lo que oye. Así que él le preguntó sobre las Emboscadas y ella le contó muchas cosas que había visto.

Era inteligente, pensó Florian. Se diría que podía realizar las cosas que afirmaba haber hecho. Él nunca había pensado que lo destinarían a Seguridad. Nunca había pensado que tendría una chica como compañera y nunca había imaginado a nadie como Catlin. A veces casi llegaba a sonreír. Eso le iluminaba los ojos, pero la boca casi no se le movía. Lo ponía tan nervioso que estaba más contento cuando ella hacía eso que cuando la mayor parte de la gente sonreía de oreja a oreja. Era muy difícil obtener una sonrisa de Catlin. Había que decirle algo que realmente la impresionara. Y cuando se conseguía una de esas sonrisas, se deseaba otra porque entre dos sonrisas no había nada.

Fueron a comer, al refectorio, como llamaban allí al comedor. Todos tenían que estar de pie y esperar hasta que les permitían sentarse, y ellos eran muchísimo más jóvenes que los demás. La mayoría eran chicos, muy altos, algunos eran chicas, todos adolescentes y todos seguían normas muy estrictas. Florian habría estado terriblemente nervioso si Catlin no hubiera sabido cuándo permanecer de pie y cuándo sentarse y le hubiera tirado de la manga para hacerle señales. Pero le dieron muy buena comida, tanta como quiso; y cuando los muchachos casi mayores que los rodeaban hablaban, se mostraban amables y no actuaban como si les molestara que ellos estuvieran allí. ¿Quién es tu compañero?, le preguntó uno a Catlin y ella dijo:

—Florian AF, ser. —Como si le hablara a un supervisor.

—Bienvenido —dijo ese chico. Y todos le hicieron ponerse de pie para que la gente lo viera. Él estaba nervioso. Pero el muchacho se puso a su lado y lo presentó como Florian AF, compañero de Catlin, técnico. El no estaba seguro de ser técnico, pero era algo así; y todos lo miraron durante un momento, luego le ofrecieron una especie de bienvenida y se pudo sentar de nuevo. No era muy diferente de un dormitorio, excepto que allí nadie se levantaba de la mesa porque el comedor era para muchos dormitorios. Los Barracones Verdes tenían su propia cocina y había segundo

y tercer plato si se quería, no había que pedir una orden del médico.

El instructor dijo que tenían dos horas para Rec y luego tendrían que apagar las luces, a las 2300.

Pero Catlin pensó que sería mejor volver a sus cuarteles —así llamaban a los Barracones Verdes— y pensar en la Habitación, porque el instructor había dicho que podían hacerlo; y se hicieron preguntas sobre la Habitación justo hasta el momento en que había que apagar las luces.

Florian se puso nervioso a la hora de desnudarse. Nunca se había desnudado cerca de una chica, sólo ante los médicos y los técnicos, y siempre habían procurado darle algo que ponerse y volver la espalda o salir de la habitación hasta que se lo ponía. Catlin dijo que estaba bien porque eran compañeros, todos lo hacían; así que ella se quitó la falda y los pantalones, él se desnudó y ella fue a darse una ducha primero. Volvió en ropa interior limpia y arrojó la ropa sucia al canasto.

Debajo de la ropa ella era como Florian había supuesto, toda huesos y músculos. Habría pensado que en Seguridad no daban de comer bien a la gente a no ser porque acababa de tomar una de esas comidas succulentas. Ella era distinta, agradable, más delgada en el pecho, se le marcaban las costillas, y chata donde las muchachas tenían curvas. Florian nunca había visto a una chica en ropa interior. Era una ropa fina y no escondía mucho, y él trató de no mirar ni pensar acerca de la forma en que ella lo estaba observando. No estaba seguro de por qué era incorrecto pero sentía que lo era. Pero no había más remedio que seguir adelante, porque hubiera sido un desastre dormir con la ropa puesta.

Así que tenían que mostrarse agradables el uno con el otro y sufrir la situación.

El se duchó rápido, como había dicho Catlin, porque los mayores querían el baño muy pronto; se puso la ropa interior limpia, entró en la habitación y se metió en la litera inferior porque Catlin había ocupado la superior. Se metió rápido, porque ella ya estaba bajo las sábanas y él estaba allí fuera solo, en ropa interior.

—El último tiene que apagar la luz —dijo Catlin desde arriba—. Es mi Regla. ¿De acuerdo?

Él miró el interruptor desde la cama. Nunca había estado en un lugar donde no se apagaran las luces automáticamente en el momento adecuado. Nunca había dormido en ningún lugar que no fuera un cuartel con cincuenta muchachos en la misma habitación. Salió de debajo de las sábanas, se arrojó contra la pared, pulsó el interruptor y se volvió a arrojar a la cama recordando el camino en línea recta hacia la litera. Cayó con tanta fuerza que la cama tembló.

Comprendió que también había sacudido a Catlin.

—Perdona —murmuró y trató de tranquilizarse entre las sábanas.

Era muy consciente de que estaba con una desconocida que tal vez tenía sólo siete años, pero que era muy diferente a él. Catlin pertenecía a Seguridad y Seguridad era

siempre fría y dura. No quería equivocarse ni hacer que se enfadara. Se quedó allí, en la oscuridad, en un lugar donde sólo había otra persona; peor que estar en un nuevo dormitorio, mucho peor. Tenía frío y eso era sólo en parte porque las sábanas estaban húmedas. No había ningún sonido, excepto el de uno de los mayores que empezaba a ducharse.

Florian se preguntó dónde habría vivido Catlin antes. No parecía estar nerviosa. Alguien la había informado de todo lo que iba a pasar. O tal vez era capaz de superar cualquier situación. A ella no le molestaba tener un compañero varón. Estaba contenta porque él era bueno con las trampas. Florian deseaba ser tan bueno como ella esperaba. Sabía que se sentiría terriblemente avergonzado si los volaban en el primer umbral.

Estaba asustado por tener que hacer Trampas en la oscuridad, que era lo más difícil, y eso significaría que necesitaría la linterna. Catlin le había dicho que la escondiera en la chaqueta (generalmente se podía llevar una), porque si trabajaba con luz sería un excelente blanco.

No hagas ruido, había dicho ella. Yo te cubriré la espalda; tú trabaja; pero el ruido ayudaría al Enemigo. Podemos tratar de Atrapar a uno mediante este sistema, pero todo depende del tiempo que tengamos. O de si es una carrera de correr o una carrera de matar. Nos van a decir eso.

¿Qué es una carrera de matar?, había preguntado él.

Cuando te dan la mayor parte de los puntos por Atrapar al Enemigo.

Como cuando tienes que poner las Trampas, había dicho él, aliviado porque había entendido el concepto. A veces lo hacemos de las dos formas..., tienes que desmontar una y dejar otra para el Enemigo que te sigue. Te dan puntos extra si él no se da cuenta. A veces, te hacen volver ahí mismo y no sabes si es tu Trampa o la de él, o si el enemigo quedó Atrapado. Los estallidos te lo dicen, pero no puedes fiarte de ellos porque el Enemigo podría haberla tocado y poner otra.

Eso es taimado, había dicho ella, con los ojos brillando a su manera. Está muy bien.

Él quería olvidarse de todo para poder dormir: tenía que pasar una Habitación a la mañana siguiente y sabía que debía descansar, pero le resultaba difícil, tenía la mente tan llena de preguntas sin respuesta...

La Habitación no lo ponía tan nervioso como el lugar donde estaba ahora.

¿Por qué hacen esto?, se preguntó. Y al pensar en el revólver sobre la mesa y en el gran salón comedor demasiado silencioso y en todas las historias de Catlin sobre la gente que disparaba de verdad en el Juego, se preguntó: *¿están seguros de que yo pertenezco a este lugar?*

No es un Juego, había dicho Catlin con dureza cuando él lo había llamado así. Un juego es lo que se hace con los ordenadores en Rec. Esto es real, y hacen trampa.

Él quería regresar a AG, deseaba volver allí. Le hubiese gustado ver al caballo. Quería alimentar al bebé por la mañana.

Pero había que sobrevivir en la Habitación para tener un permiso de cuatro horas.

A partir de ahora siempre sería así.

Trató de poner la mente en blanco. Con fuerza. Lo intentó al máximo.

¿Por qué no me dan cinta? ¿Por qué no hacen que sepa qué debo hacer?

¿Por qué no hacen que me sienta mejor con esto?

¿O es que el ordenador se ha olvidado de mí?

X

Ari pensaba cada noche en la carta que estaba en camino y se imaginaba dónde estaría si tardaba tantos meses. Mamá y Ollie estarían en Fargone ahora. Se sentía mucho más tranquila porque sabía dónde estaban. Miraba fotos de Fargone y se los imaginaba allí. El tío Denys le compró un folleto de publicidad de líneas espaciales reseune donde había el nombre de mamá impreso. Y fotos de los sitios donde trabajaba mamá. Se lo guardó en el cajón del escritorio y le gustaba mirarlo e imaginarse que estaba de viaje hacia allí. Escribía cartas con mucha frecuencia y le decía a mamá lo que estaba haciendo. El tío Denys le dijo que iba a tener que hacer un paquete con las cartas y mandarlas así porque era muy caro, y a mamá no le importaría recibirlas todas juntas, en un sólo sobre. Ella quería dirigir el sobre a mamá y a Ollie, pero el tío Denys dijo que eso confundiría a los empleados de correos y que si quería escribir a Ollie, mamá se lo daría: la ley decía que los azi no podían recibir cartas excepto a través de sus supervisores, y eso era tonto para Ollie, porque nada lo trastornaba; pero era la ley.

Así que la dirección tenía que ser:

Dra. Jane Strassen
Directora
Líneas Espaciales Reseune
Estación Fargone

Y el remitente era:

Dr. Denys Nye
Administrador
Territorio Administrativo Reseune
Distrito Postal 3
Estación Cyteen

Ari quería poner su propio nombre en la carta, pero el tío Denys dijo que iba a tener que esperar a ser mayor y tener domicilio propio. Además, dijo, si era del administrador de Reseune a la directora de líneas espaciales reseune parecería una

carta de negocios y llegaría directamente al escritorio de mamá sin que nadie la hiciera esperar.

Y a ella le parecía bien aquel truco.

Preguntó por qué el domicilio de ellos era estación Cyteen cuando en realidad vivían en Cyteen, y él le explicó que el correo no llegaba a los planetas sin pasar por las estaciones; y que si uno quería escribir a alguien en la Tierra, la dirección era siempre estación Sol, pero como también estaban Marte y la Luna, había que poner Tierra y luego el nombre del país.

El tío Denys trató de explicarle lo que era un país y por qué habían empezado a existir. Por eso le dio la cinta *Historia de la Tierra*. Ella quería pasarla de nuevo. Tenía muchas fotos extrañas. Algunas daban miedo. Pero sabía que era sólo cinta.

Iba a estudiar con cinta. Estudiaba biología, botánica, escritura, historia y civismo esa semana. Sacaba sobresaliente en los exámenes y el tío Denys le dio una hermosa holografía que representaba un pájaro terrestre. Cuando se hacía girar, el pájaro agitaba las alas y volaba. Venía de Tierra. El tío Giraud la había comprado en Novgorod.

Pero en la escuela de juegos sólo estaba Nelly. Y era aburrido jugar en los columpios y las estructuras metálicas con Nelly. Así que ya no iba todos los días. Se cansaba de todo con Nelly, porque ella se preocupaba por todo y siempre se preocupaba por Ari. Así que le dijo al tío Denys que iría a estudiar en cinta sola y que iría a la biblioteca sola porque la gente la conocía y estaría bien.

Tardaba mucho rato en volver del estudio con cinta. A veces se detenía y daba de comer a los peces, porque había un guardia de Seguridad en la puerta y el tío Denys había dicho que podía hacerlo. Una vez fue hasta el túnel porque había habido una tormenta la noche anterior y todos debían quedarse en el interior durante unos días.

Así que se puso a pensar en el día en que ella y mamá habían pasado por allí una vez, cuando fueron a ver a ser Peterson. Había que tomar el ascensor. El doctor Peterson era tan aburrido como Seely; pero en aquel pasillo estaba la oficina de Justin.

Justin sería interesante, pensó. Tal vez al menos la saludaría. Y había desaparecido tanta gente que le gustaba comprobar de vez en cuando si la gente seguía en el mismo lugar. Siempre la hacía sentir más segura ver que no se habían ido. Así que si tenía la oportunidad de pasar por un lugar conocido, no la desaprovechaba.

Tomó el ascensor hasta el pasillo de la planta superior y avanzó por las líneas metálicas que recordaba. Eso también era agradable, como hacía mucho tiempo, cuando había estado en una oficina al fondo de ese mismo pasillo; pero también la ponía triste y se detuvo y miró el centro del pasillo.

La puerta de la oficina de Justin estaba abierta. Estaba tan desordenada como la

vez anterior. Y ella se sintió feliz de pronto, porque Justin y Grant estaban allí, los dos.

—Hola —dijo.

Los dos la miraron. Era bueno ver a alguien conocido. Esperaba que ellos se alegraran de verla. Casi nadie hablaba con ella, excepto el tío Denys, claro.

Pero ellos no la saludaron. Justin se levantó y la miró con ojos no muy amistosos.

Ari se sintió sola de pronto. Se sintió muy sola.

—¿Cómo estáis? —preguntó, porque eso era lo que siempre había que decir.

—¿Dónde está tu niñera?

—Nelly está en casa. —Ahora podía llamar así al apartamento del tío Denys sin que le doliera—. ¿Puedo entrar?

—Estamos trabajando, Ari. Grant y yo estamos muy ocupados.

—Todos están ocupados —protestó ella—. Hola, Grant.

—Hola, Ari —dijo Grant.

—Mamá se ha ido a Fargone —explicó ella. Por si no lo sabían.

—Lo siento —dijo Justin.

—Voy a ir allí a vivir con ella.

Justin la miró de una forma extraña. Una mirada rarísima. Grant la observó. Y Ari se asustó porque ellos estaban inquietos, y ella no sabía por qué. Se sentó allí y deseó saber qué andaba mal en todo aquello. De pronto se sintió realmente asustada.

—Ari —dijo Justin—, sabes que no debes estar aquí.

—Puedo quedarme si quiero. Al tío Denys no le importa.

—¿Te lo ha dicho él?

—Justin —le interrumpió Grant. Y luego, con amabilidad—: Ari, ¿quién te ha traído aquí?

—Nadie. He venido yo sola. —Se señaló—. Volvía de estudiar con cinta. Decidí tomar un atajo.

—Eso está muy bien —dijo Justin—. Mira, Ari. Supongo que tienes que ir a casa directamente y no detenerte en cualquier lado.

Ella negó con la cabeza.

—No. No. El tío Denys siempre llega tarde y Nelly no le cuenta nada. —Seguía recibiendo esa sensación de inquietud, de incomodidad, no importaba lo alegre que intentara mostrarse. No era que fueran malos con ella. Tampoco era rabia. Trató de comprender lo que era, pero Grant estaba preocupado por Justin y Justin estaba preocupado porque ella estaba ahí.

A la mierda con Ellos, hubiese dicho mamá. Ellos eran los que enredaban las cosas, no Justin y Grant.

—Me voy —dijo Ari.

Pero volvió al día siguiente, se deslizó, entró a hurtadillas y salió de pronto por el

marco de la puerta y dijo:

—Hola.

Eso les dio un buen susto. Ella se rió. Y salió y se portó bien con ellos.

—Hola.

—Ari, por Dios, vete.

Eso le gustaba más. Justin estaba enfadado como mamá. Le gustaba mucho más. No era malo. Ni Grant. Los había Atrapado y ahora iban a gritarle.

—Hoy he estudiado ordenadores —les explicó—. Ya sé hacer un programa.

—Eso está muy bien, Ari. Vuelve a casa.

Ari se echó a reír. Se llevó las manos a la espalda y se balanceó hasta que recordó que eso no estaba bien.

—El tío Denys me llevó al estanque de los peces. Yo tengo varios gupys. Hay uno que va a tener pececitos.

—Fantástico, Ari. Ahora vuelve a casa.

—Podría traeros algunos de los pequeñines.

—Ari, ve a casa.

—Tengo una holografía. Es un pájaro. Vuela. —Se lo sacó del bolsillo y les enseñó cómo se hacía girar y entró para mostrárselo—. ¿Veis?

—Muy bonito. Por favor. Vuelve a casa.

—Apuesto a que tú no tienes uno.

—Claro que no. Por favor, Ari...

—¿Por qué no queréis que esté aquí?

—Porque tu tío va a enfadarse.

—No. Ni siquiera lo sabe.

—Ari —dijo Grant. Ella lo miró.

—No querrás que llamemos a tu tío, ¿verdad?

Ella no quería eso. No le parecía bien. Frunció el ceño mientras miraba a Grant.

—Por favor —dijo Justin—. Ari.

Era bueno con ella, bueno a medias. Y ella ya no tenía trucos. Así que salió, se dio la vuelta y le sonrió.

Era una especie de amigo. Era su amigo secreto. No quería que se enfadara con ella. Y Grant tampoco. Iría a verlos un momento cada día.

Pero al día siguiente no estaban: la puerta estaba cerrada con llave.

Eso la preocupó. Creyó que se habían dado cuenta de que ella iba a verlos siempre a la misma hora o que habían Desaparecido.

Así que se escapó de nuevo cuando se dirigía al estudio con cinta al día siguiente y los pescó.

—¡Hola! —dijo, Y los asustó.

Vio que estaban enfadados, así que no se rió mucho de ellos. Y les hizo un gesto

de despedida con la mano y se fue.

De vez en cuando los encontraba. Cuando su gupy tuvo bebés, les llevó algunos en una jarra que tenía. Justin parecía mostrarse más amable con ella. Dijo que los cuidaría.

Pero cuando ella levantó la tapa, estaban muertos. Ari se puso muy triste.

—Supongo que han estado demasiado tiempo ahí dentro —sollozó.

—Sí —dijo Justin. Olía bien cuando ella se inclinó sobre el escritorio a su lado. Muy parecido a Ollie—. Lo siento, Ari.

Al menos eso la consolaba. Era la primera vez que era simplemente Justin con ella. Grant se acercó y miró; también él estaba triste.

Grant se llevó la jarra. Y Justin dijo que a veces las cosas morían, que era normal.

—Te traeré otros —dijo Ari. Le gustaba ir a esa oficina. Pensaba mucho en eso. Ahora se estaba inclinando sobre el escritorio de Justin y él había dejado de tener esa mala sensación. Era Justin, simplemente. Y le palmeó el hombro y le pidió por favor que se fuera.

No había sido tan bueno con ella en mucho, mucho tiempo. Así que ella estaba ganando. Pensó que debía de ser muy agradable hablar con él, pero no iba a darse prisa ahora y echarlo todo a perder. Ni con él ni con Grant. Él era su amigo. Y cuando mamá la enviara a buscar, le preguntaría a él y a Grant si querrían ir con ella y con Nelly.

Entonces tendría a todos los amigos especiales a su alrededor y estaría bien en la nave, porque Justin era un CIUD y era mayor y sabría todo lo que había que hacer para ir a Fargone.

Faltaba poco para su cumpleaños. No había querido ni siquiera una fiesta.

Sólo regalos, gracias.

Y ni siquiera eso la alegraba. Hasta ahora.

Se fue por el pasillo, jugando a caminar por la línea metálica. Y sacó la tarjeta de Nelly del bolsillo y la usó en el ascensor.

Porque sabía cómo trabajaba Seguridad.

XI

—Estúpido —aulló Yanni y le arrojó los papeles. Y Justin se quedó allá, paralizado mientras las páginas de su último proyecto personal aterrizaban lentamente sobre la alfombra a su alrededor—. ¡Estúpido de mierda! ¿Qué estás tratando de hacer? Te damos una oportunidad, hacemos todo lo que podemos hacer para darte una oportunidad, yo me quemo las cejas y pierdo el tiempo haciendo críticas a esta caca tuya y probarle a un estúpido maniático joven que su proyecto de estudio juvenil es sólo eso, un proyecto de estudio juvenil que Ari Emory hubiera rechazado con un *gracias, muchacho, pero nosotros ya lo intentamos* si no hubiera estado interesada en poner las manos encima de ese cuerpo tuyo y reventar a tu padre, hijo, cosa que hiciste tú mismo, maldito tonto. ¡Quítame esta mierda de la vista! Vuelve a tu oficina y no dejes entrar a esa niña, ¿me oyes?

Lo golpeó en el estómago y lo paralizó. Sentía que iba a matar a Yanni o iba a creer en un momento terrible que todo había terminado, que la travesura de esa niña lo había arruinado, a él, a Jordan y a Grant. Pero entonces oyó todo hasta el final y se dio cuenta de que en realidad no era eso, de que no era el día del juicio.

Podía serlo perfectamente.

—¿Qué ha dicho ella? —preguntó—. ¿Qué ha dicho? Solamente me trajo una jarra de peces, Yanni, ¿qué podía hacer?, ¿echarla de la oficina? ¡Lo intenté, mierda!

—¡Fuera!

—¿Qué dijo?

—Le pidió a su tío Denys que te invitara a su maldita fiesta de cumpleaños. Eso es todo. Eso es todo. Estás metido en un auténtico problema, hijo. En un enorme problema. Parece que vino a tu oficina muchas veces, parece que usa la tarjeta de su azi para subir y bajar por el ascensor, parece que se siente realmente atraída hacia ti, hijo. ¿Qué mierda crees que estás haciendo?

—¿Me estás haciendo una prueba? ¿Es eso? ¿Denys te pidió que me hagas una prueba y veas si caigo?

—¿Por qué no nos informaste?

—Vaya, maldita sea, tenía unas cuentas razones, ¿no te parece? —Justin recuperó el aliento. Recobró el equilibrio y miró a Yanni con la vista fija en él—. Ella burló a Seguridad. ¿Cómo voy a pensar que la Seguridad de Reseune no puede tener a raya a una niña de siete años? No pensaba hacerle nada malo. No, gracias. No quiero tener nada que ver con eso. No quiero ser el que tenga que llamar a Denys y decirle que ha perdido a su pupila. Si queréis que la niña se obstine aún más, decidle que soy territorio prohibido. No, gracias. Denys me ordenó que me mostrara amable con ella,

que no le diera importancia, que la evitara cuando pudiera, mierda, empecé a cerrar mi oficina cuando sabía que volvía de la cinta. ¿Qué más podía hacer?

—¡Podías informarnos!

—¿Y ponerme en medio de todo otra vez? ¿Aguantar otra maldita inquisición? Cumplí órdenes. Pensé que tenían mi oficina vigilada. Pensé que Seguridad sabía donde estaba Ari. Supuse que vosotros sabíais exactamente lo que yo le decía, es decir, nada. Nada, Yanni, excepto *Vete a casa, Ari*. Vete a casa, Ari. Vete a casa, Ari. Y se iba. Es un comportamiento infantil. Ha encontrado un adulto con quien bromear. Es una niña traviesa, pero normal. Por Dios, si montáis un escándalo con esto, ella se quedará con la obsesión. Yanni, ¿necesitas que un estúpido maniático te diga que te calmes con esa niña y la dejes seguir con su broma? Ella te comprende. Ella capta la tensión que ponéis en esto, claro que sí, porque tengo que luchar como una fiera para que ella no me la capte a mí durante los dos o tres minutos en que viene a verme para saludarme. Tú y Denys debéis de estar haciéndolo muy bien por la forma en que me estás atacando. ¡Dejadla en paz! Dejadlo todo como está, por Dios. ¿Qué tratáis de hacer? ¿Empujarla hacia mí hasta que la cosa prenda? —Una segunda pausa para recuperar el aliento mientras Yanni se quedaba ahí, quieto, contemplándolo de una forma que a Justin le ponía los pelos de punta—. ¿Es eso lo que intentáis hacer? ¿La estáis ayudando en esto?

—Estás paranoico.

—Sí, mierda, sí, Yanni. ¿Qué tratáis de hacerme?

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, mierda! Te salvé. Te salvé de Administración. Me he pasado toda la mañana contigo, Petros perdió el tiempo cubriéndote el culo y tienes razón, esto es una prueba y acabas de fallar, hijo, acabas de fallar. No confío en ti. No confío en ti si no te tengo delante. Estás caminando por una cuerda floja, muy floja, hijo. Si aparece de nuevo en tu oficina la sacas de ahí y llamas a Denys por teléfono antes de que se enfríen sus pasos.

—¿Y Jordan?

—Ahora quieres favores.

—¿Y Jordan?

—No tengo noticias de que vayan a cortar las llamadas telefónicas. Pero estás jugando con fuego, hijo. De verdad, estás jugando con fuego. No presiones. No presiones.

—¿Qué vas a poner en ese informe?

—Que no eres imparcial con esa niña. Que tienes hostilidad hacia ella.

—¡*Hacia la niña no!* Hacia la cosas horribles que le están haciendo, Yanni, hacia todo ese asqueroso programa, el maldito proyecto entero. Van a volverla loca, llenándola de cosas y sacándole todo lo humano, Yanni. ¡Ya no eres un ser humano en este asunto!

—Y tú estás perdiendo la perspectiva, hijo, estás perdiendo totalmente la perspectiva profesional. Estás alimentando tus inseguridades y transfiriéndolas a la situación. Estás interpretando, hijo, no estás observando, no trabajas, has perdido objetividad, y estás fuera del proyecto, hijo, fuera del proyecto hasta que vuelvas con la razón en su lugar. Ahora, fuera. Y no me molestes con esos malditos proyectitos tuyos hasta que resuelvas tu problema. ¡Fuera!

—No sé qué hubiera podido decir.

Justin estaba temblando. Tembló de nuevo cuando Grant se acercó al sillón y le dio un vaso. El hielo hizo ruido contra el cristal. Justin bebió de un golpe y Grant se acomodó junto a él con la pizarra.

Dale unos días. Yanni explota. Después se calma.

Justin negó con un gesto. Hizo un ademán de impotencia con el vaso y apoyó la frente en la mano un momento mientras el whisky llegaba con un golpe a su sangre y el frío le pegaba en el estómago.

—Tal vez —dijo finalmente—, tal vez Yanni tiene razón. Tal vez soy lo que dijo, un diseñador de rutina que está quedando como un estúpido.

—No es cierto.

—Yanni ha destrozado mis últimos dos diseños. Tenía razón, mierda, todo eso habría estallado en mil pedazos, habría habido suicidios.

Grant tomó la pizarra que había a su lado y escribió: *No te rindas. Y después: Denys dijo que en una ocasión Ari no fingía sobre tu capacidad. Crees a pie juntillas que eso era lo que hacia. Siempre pensaste que pertenecías a Educación. Y ahí es donde perteneces. Pero Ari te quería en Diseño. Me pregunto por qué.*

El estómago de Justin saltó cuando leyó eso. Grant escribió: *Ari te hizo muchas cosas. Pero nunca se negó a estudiar tu trabajo.*

—Estoy fuera del proyecto —dijo Justin. Porque eso no era nuevo para Seguridad y sus espías—. Dice que odio a la niña. No es cierto, Grant. No es cierto. No es cierto.

Grant le apretó el hombro.

—Lo sé, lo sé. Ellos también lo saben. Yanni lo sabe. Lo que pasa es que te estaba probando, era una prueba. Te estaba grabando en cinta.

—Dijo que había fallado, ¿no?

—Por Dios, forma parte de la prueba, forma parte de todo, ¿no te das cuenta? Tú sabes lo que te estaba haciendo. La prueba no había terminado. Quería una reacción y se la diste.

—Todavía estoy pensando en lo que dije. —Justin tomó otro trago; todavía temblaba—. Recuerdo lo que quise decir. No sé si conozco lo suficiente a Yanni para saber lo que interpretó.

—Yanni es eficiente. Acuérdate de lo que te digo. Acuérdate.
Justin lo intentó. Escribió: *La cuestión es: ¿de qué lado está?*

XII

El caballo bajó la cabeza y tomó grano de la mano de Florian.

—¿Ves? —dijo Florian a Catlin—, es bueno. Se pone inquieto cuando hay alguien a quien no conoce. Eso es todo. ¿Quieres tocarlo?

Catlin lo tocó, con mucho cuidado. El caballo retrocedió un paso.

Catlin sonrió y retiró la mano.

—Es inteligente.

Los cerdos y las gallinas no habían impresionado a Catlin. Había observado los pollos con disgusto cuando se apilaban contra la pared y retrocedió frente a los cerditos cuando corrieron hacia ellos a buscar la comida. Luego dijo que eran estúpidos, y cuando él le explicó lo inteligentes que eran en cuanto a lo que comían, dijo que no serían para hacer embutidos si hubieran sido un poco más inteligentes en la forma de conseguir el alimento.

De las vacas dijo que parecían fuertes, pero no le interesaron mucho.

Pero el caballo consiguió la primera sonrisa franca que Florian había visto en el rostro de Catlin, y ella trepó sobre la valla y miró al caballo, que jugaba con ellos, relinchaba y levantaba la cabeza.

—Los bebés del caballo no servirán para comer —explicó Florian, sentado a su lado—. Es un animal de trabajo. Eso quiere decir que no los convertirán en comida.

Catlin tomó esa noticia como tomaba muchas cosas, sin comentarios, pero él vio que asentía y ésa era la forma en que Catlin expresaba que estaba de acuerdo con algo.

Le gustaba Catlin. Había tardado tiempo en decidirlo porque Catlin era muy reservada, pero habían pasado por la Habitación muchas veces y sólo lo habían Atrapado en una ocasión y eso era porque antes habían Atrapado a Catlin y había habido demasiados Enemigos, todos mayores. A Catlin la habían Atrapado dos veces en total, pero la segunda había gritado que se fuera y le había dado tiempo de volar una puerta y salir. Había sido culpa de él: se movió demasiado lento, así que Catlin Atrapó a todos los Enemigos excepto el que le Atrapó a ella, y Florian Atrapó a ése porque él tenía una granada; el Enemigo no esperaba que la tuviera porque él era un técnico con las manos siempre llenas de cosas. Catlin había estado muy orgullosa de él por eso.

Estaba contento de que sólo fuera un Juego y le dijo al instructor que había sido culpa suya, no de Catlin. Pero el instructor señaló que formaban un equipo y que eso no importaba.

Les dio la mitad del tiempo de Rec.

Y eso bastaba para ir allí. Y esa vez consiguió convencer a Catlin de que fuera con él y conociera a Andy y viera todos los animales.

Estaba seguro de que Andy y Catlin se llevarían bien. Pero Catlin comentó que el caballo era algo especial.

Así que pidió a Andy que mostrara el bebé a Catlin.

—Es hermosa —comentó Catlin cuando vio a la niña caballo que jugaba a escaparse de ellos, la cola toda en un círculo y los cascos golpeando el polvo del establo—. ¡Mira! ¡Mira cómo se mueve!

—Tú compañera es buena también —dijo Andy con un gesto de la cabeza hacia Catlin.

Lo cual era algo, viniendo de Andy. Florian se puso contento, realmente contento porque todas las cosas que quería encajaban cada una en su lugar, Catlin y Andy y todo.

Entonces recordó que tenían que volver antes del toque de queda y eso significaba que debían darse prisa.

—Es hora —dijo, y a Andy—: Volveré en cuanto pueda.

—Adiós —se despidió Andy.

—Adiós —murmuró Florian con una pequeña reverencia.

—Adiós —dijo Catlin, lo cual no era frecuente en ella. Catlin generalmente le dejaba hablar a él cuando trataban con cualquiera que no fuera Seguridad.

Tuvieron que caminar muy rápido. En el camino de ida él había enseñado a Catlin los atajos y a la vuelta ya los sabía. Así era Catlin.

También tenía las piernas más largas que él y podía caminar más rápido. Florian siempre había pensado que los chicos tenían que ser más altos y más fuertes. El instructor le dijo que no era así cuando los niños tenían siete años.

Así que se sintió un poco mejor con eso. Y caminó rápido para seguir el ritmo de Catlin y cuando llegaron a los Barracones Verdes tenía el aliento más agitado que ella.

Pero cuando ficharon la llegada, los dos tenían una orden de dirigirse al mostrador. El azi que estaba allí estudió su máquina y dijo:

—Reportarse al supervisor, sección Blanca. Eso quedaba al otro lado de la ciudad. Era el Hospital. Significaba cinta en lugar de ir a sus habitaciones.

—Sí —dijo Catlin y sacó la tarjeta y se la prendió en la blusa. Él cogió la suya.

—La misma orden para ti —dijo el azi.

—Me pregunto por qué —murmuró él cuando salieron de nuevo al camino, hacía Blanco.

—No tiene sentido preguntarse —zanjó Catlin. Pero estaba preocupada y caminaba rápido. Él la seguía con algún esfuerzo de vez en cuando.

Hacía ya mucho rato que el sol se había puesto detrás de los Acantilados. El cielo

estaba rosado ahora y las luces estarían encendidas antes de que pudieran volver. Los caminos y rutas aparecían casi desiertos porque casi todos estaban cenando. Era una hora muy rara para tener que usar cinta. Florian se sintió inquieto.

Cuando llegaron al Hospital, el empleado cogió las dos tarjetas, las leyó e indicó a cada uno adonde debía ir.

Él miró a Catlin mientras ella se iba por su lado. Entonces tuvo miedo y no sabía de qué o por qué, excepto que sentía como si estuviera en peligro y ella también. Si uno hacía cinta, iba al Hospital de día. No a la hora de cenar. Tenía el estómago vacío y se le ocurrió que tal vez era un ejercicio sorpresa: los mayores debían pasarlos, los sacaban de la cama y se les oía por el pasillo en medio de la noche, corriendo tan rápido como podían.

Pero cuando llegaron no les esperaba una Habitación, era realmente el Hospital. No había más remedio que seguir las órdenes y no se pensaba en el Hospital, había que sacarse la camisa y colgarla, luego subirse a la mesa y sentarse tratando de no temblar hasta que el supervisor llegaba para contestar las preguntas.

Era un supervisor que nunca había visto antes. Era un hombre, que conectó el equipo de cinta antes de mirarlo y luego dijo:

—Hola, Florian. ¿Cómo estás?

—Tengo miedo, ser. ¿Por qué nos dan cinta ahora?

—La cinta te lo dirá. No tengas miedo. —Sacó una jeringa, cogió el brazo de Florian y lo inyectó. Florian tembló. Se había puesto nervioso. El supervisor le palmeó el hombro y dejó la hipodérmica. Y lo abrazó, porque era una inyección muy fuerte: Florian podía sentir cómo trabajaba con rapidez—. Buen chico —dijo el supervisor y sus manos eran amables aunque no hablaba tan amablemente como algunos otros supervisores. No lo soltó, le dio la vuelta y lo ayudó a poner las piernas sobre la mesa y mantuvo la mano siempre allí, bajo sus hombros, bajo sus hombros y sobre su frente—. Va a ser una profunda. Ahora no estás asustado.

—No —dijo él mientras sentía que el miedo desaparecía, pero no la sensación de estar todo abierto.

—Todavía más profundo. Tanto como puedas, Florian. Ve al centro y espérame ahí.

XIII

—No quiero una fiesta —dijo Ari, sentada con indolencia mientras el tío Denys le hablaba—. No quiero ninguna fiesta fea, no me gusta ninguno de los chicos, no quiero tener que ser buena con ellos.

Ya estaba de malas con el tío Denys por haber cogido la tarjeta de Nelly porque ésta, como era Nelly, le había contado al tío Denys y al tío Giraud todo el asunto cuando el tío Denys se lo preguntó. Nelly no quería meterla en problemas. La habían atrapado de todos modos. Nelly se había puesto muy triste. Y el tío Denys tuvo una charla muy seria con ella y con Nelly sobre seguridad y cuidado en el edificio y sobre que no debía vagar por todas partes.

En general lo que dijo fue que estaba muy enfadado con Justin y con Grant por no haberle llamado para decirle que ella no estaba donde se suponía que debía estar, y ellos también se habían metido en líos. El tío Denys le había enviado un mensaje furioso; y ahora se suponía que debían decirle si ella iba allí en lugar de ir por los pasillos que le habían indicado.

Ari estaba muy enfadada con el tío Denys.

—¿No quieres a los demás niños? —dijo el tío Denys, como una pregunta.

—Son estúpidos.

—Bueno, ¿y una fiesta de personas mayores? Tendrás ponche y tarta y todo eso. Y regalos. No vendría toda la Familia. ¿Qué tal el doctor Ivanov y Giraud?

—No me gusta Giraud.

—Ari, eso no está bien. Es mi hermano. Es tu tío. Y ha sido muy bueno contigo.

—No me importa. No me dejas invitar a los que yo quiero.

—Ari...

—No es culpa de Justin que yo cogiera la tarjeta de Nelly.

El tío Denys suspiró.

—Ari...

—No quiero una fiesta de viejos.

—Mira, Ari, no sé si Justin podrá venir.

—Quiero a Justin y quiero a Grant y quiero a Mary.

—¿Quién es Mary?

—Mary es la técnica de los laboratorios.

—Mary es azi, Ari, y se sentiría muy incómoda. Pero si de veras lo deseas, veré qué puedo hacer con Justin. No te lo prometo, ¿entiendes? Está ocupadísimo. Tendré que preguntárselo. Pero puedes enviarle una invitación.

Eso estaba mucho mejor. Ari se sentó un poco y apoyó los codos en los brazos de

la silla. Y miró al tío Denys con una cara mucho más amable.

—Nelly tampoco tiene que ir al hospital —dijo.

—Ari, querida, Nelly tiene que ir al hospital porque la has puesto muy triste. No ha sido culpa mía, que digamos. La pusiste en una situación muy incómoda y si tiene que ir a descansar un rato, no la culpo.

—Eso es muy feo, tío Denys.

—Bueno, también es feo robar la tarjeta de Nelly. Nelly volverá mañana por la mañana, y estará bien. Llamaré a Justin y le diré a Mary que te has acordado de ella. Estará encantada. Pero no te prometo nada. Te portarás bien y después ya veremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella.

Todavía estaba furiosa porque tenía que quedarse en el pasillo de la planta baja cuando fuera y viniera de cinta; y trataba de idear la forma de no hacerlo, pero todavía no sabía cómo.

Así que no iban a tener una fiesta en la gran sala de la planta baja ese año porque el tío Denys le había dicho que últimamente tenían tanto trabajo que mucha gente no podría asistir. Así que tendrían una fiestecita, nada más, en el apartamento, pero el personal de cocina iba a preparar la comida y a traerla; y habría sólo algunos mayores y tendrían una sabrosa cena y ponche y tarta, y abrirían los regalos. Ella tendría que disponer la cena con Nelly y sentarse a la cabecera de la mesa y le darían todo lo que quisiera. Y Justin y Grant tal vez vendrían a comer, había dicho Denys.

Y vinieron.

Justin y Grant aparecieron en la puerta y Justin le dio la mano a Denys. Luego, el sentimiento de miedo corrió por la habitación. Justin tenía miedo cuando entró. Grant también. Y todos estaban resentidos y se sentían mal y trataban de fingir lo contrario.

Era su fiesta, maldita sea. Ari se levantó con una sensación de inquietud en el estómago y corrió y se mostró tan amistosa como pudo. No se llegaba a ninguna parte aconsejando a los demás que se portaran bien. Lo que había que hacer era llamarles la atención y sacudirlos hasta que se fijaran en ella en lugar de pensar constantemente en lo que les rondaba por la cabeza y luego podría manejarlos. No tenía tiempo para descubrir quién estaba haciendo qué, fue directa a Justin: él era la clave de todo el asunto y ella lo sabía, lo había sabido desde el principio.

El tío Giraud estaba allí y el azi de Giraud, Abban; y el doctor Ivanov y una azi muy linda, llamada Ule, que era de él. Y el doctor Peterson y su azi, Ramey; y su instructor favorito, el doctor Edwards, y su azi, Gale, que era más viejo que él, pero muy bueno: el doctor Edwards era uno de los invitados que había elegido ella. El doctor Edwards era bioquímico, pero sabía de todo y trabajaba mucho con ella después de la cinta. Y estaba el tío Denys, claro, que ahora hablaba con Justin.

—¡Hola! —saludó ella, poniéndose entre los dos.

—¡Hola! —respondió Grant y le dio un regalo. Ella lo sacudió. No era pesado. No hacía ruido.

—¿Qué es? —preguntó. Sabía que no se lo dirían. Lo que ella quería era dominarlos. Y ahora la estaban mirando.

—Tienes que esperar para abrirlo, ¿no? —dijo Justin—. Por eso está envuelto.

Ella saltó y se lo dio a Nelly para que lo pusiera con todos los demás, que estaban amontonados alrededor de la silla del rincón. Era como si toda la habitación respirara un poco. Ella observó un momento para ver lo que iban a hacer los mayores ahora que sabían seguro que Justin y Grant eran sus invitados.

Los mayores bebían y se pusieron a hablar y todos se estaban portando bien. Iba a ser agradable. Ella haría que fuera agradable aunque el tío Denys se enfadara con Justin. Era su fiesta y ella era quien decidía, y no iba a dejar de hacerlo. Iba a pasárselo bien a toda costa. Nadie iba a echarle a perder sus proyectos; o ella los atraparía a todos.

Giraud era el malo. Ella lo vigilaba de cerca y vio cómo miraba cuando nadie más lo estaba observando y lo miró de frente, con severidad, para que supiera cómo estaba la situación. Luego saltó y tomó a Justin de la mano y le hizo mirar la pila de regalos, y presentó a él y a Grant a Nelly, lo cual avergonzó a Nelly pero al menos sabía que Nelly iba a ser buena y no haría que todo se fuera abajo.

Luego fue a su habitación y buscó algunas de sus cosas más bonitas y más raras para enseñárselas a la gente. Y todos se pusieron a mirarla sólo a ella. Muy pronto todos se estaban portando mucho mejor y la gente empezó a hablar y a pasárselo bien mientras tomaban un trago antes de la cena. Pero ella no. Ella no quería estropear la cena.

Era diferente de otras fiestas con niños. Llevaba una blusa azul brillante. Había venido una peluquera por la tarde y le había trenzado el cabello. Tuvo mucho cuidado con el cabello y con la ropa cuando se sentó en el suelo. Estaba muy bonita y se sentía muy mayor e importante y sonreía a todos ahora que la gente se portaba bien. Cuando Seely dijo que era hora de cenar y que el personal de la cocina iba a traer la comida, Justin se sentó junto a ella a un lado de la mesa y el doctor Ivanov se sentó junto a él al otro lado, con el doctor Edwards enfrente para estar a salvo de Giraud, especialmente porque el doctor Peterson estaba junto al doctor Edwards. Y eso hacía que el tío Denys y el tío Giraud estuvieran bien lejos. Se suponía que no debía haber un número impar de personas sentadas a la mesa. Pero así era. Ella hubiese querido que Grant estuviera allí, pero el tío Denys había dicho que Grant disfrutaría más con los otros azi, y hasta Nelly, mientras la ayudaba a vestirse, le dijo que Grant se sentiría incómodo si era el único azi en la mesa donde comían los CIUD. Así que si Nelly lo decía, decidió que el tío Denys sabía de lo que estaba hablando.

Se sentó a la cabecera de la mesa, y se puso a hablar con los adultos acerca de laboratorios y de cosas que ella no sabía, pero siempre se aprendía algo cuando se escuchaba y no le importó que los mayores dejaran de hacerle preguntas acerca de los estudios y los peces y empezaran a hablar entre ellos.

Era mucho mejor que las fiestas de niños en los que todos eran malos y estúpidos.

Cuando Justin y Grant entraron, todos se habían portado exactamente como actuaban los otros chicos cuando ella se acercaba. Ari odiaba eso: No sabía por qué lo hacían. Había pensado que los mayores eran más adultos que eso. Resultaba deprimente enterarse de que no.

Al menos los adultos lo ocultaban mejor. Y ella pensaba que debía de ser más fácil manejar la situación si uno no era el blanco. Así que empezó a pensar de dónde vendrían los problemas.

El tío Giraud era el peor. Siempre. El tío Giraud cuidaba sus modales pero todavía pensaba con rabia en alguna cosa y hablaba de negocios con el tío Denys, que no quería hablar de eso.

Justin no decía nada. No quería. El doctor Peterson estaba como tonto y hablaba con el doctor Ivanov, que se aburría y trataba de escuchar lo que decía el doctor Edwards acerca de los problemas a que se enfrentaba el proyecto de las algas. El tío Denys estaba observando toda la situación y se portaba bien y trataba de hacer que Giraud, que estaba de pie a su lado, dejara de hablar.

Ari sabía lo de las algas. El doctor Edwards se lo había contado. Le había mostrado todas aquellas botellas cerradas con distintos tipos de algas y le había dicho lo que tenían los océanos de la Tierra y por qué eran distintos a los de Cyteen.

Así que ella trataba de escuchar aquella conversación y a veces contestaba al doctor Peterson cuando él intentaba hablar con ella en lugar de con el doctor Ivanov.

Era mejor que jugar con Amy Carnath. Y nadie se portaba mal con ella.

Así que cuando trajeron tarta y ponche y llegó el momento en que los adultos tomaran una copa, cogió a Justin de la mano y lo sentó en el círculo de sillas al final, al lado del tío Denys. Y ¡ay!, eso puso muy nervioso a Justin.

Pero estaba bien. Justin era inteligente y sabía que si Denys se enfadaba, todo iba a estallar. Pero ella era demasiado lista para dejar que sucediera eso. Abrió el regalo del tío Denys primero. Era un reloj que podía hacer casi de todo. Un auténtico reloj. Ella estaba encantada, pero incluso si no le hubiera gustado, habría dicho que sí, porque quería que el tío Denys estuviera contento. Fue y le dio un beso en la mejilla y se mostró tan cariñosa como pudo.

Después, abrió el regalo del tío Giraud, sólo para que el tío Denys estuviera contento de verdad, y era una fantástica holo de todo el planeta Cyteen. Cuando se movía, las nubes se desplazaban alrededor. Todos estaban realmente impresionados con ella, especialmente el doctor Edwards, y el tío Giraud explicó que era un tipo

especial de holo totalmente nuevo. Así que el tío Giraud fue una sorpresa, había intentado buscarle un buen regalo, y era evidente que le gustaba lo que había encontrado. Ella nunca había sospechado que al tío Giraud le gustaran esas cosas, pero claro, era él quien le había dado el pájaro en el cubo. Así que ahora sabía algo sobre Giraud que era distinto de esa forma desagradable en que se portaba siempre. Le dio un gran beso y fue a abrir el regalo del doctor Ivanov, que era una caja rompecabezas.

Y después el del doctor Edwards, que era un pedazo de plástico dorado, pero cuando se apoyaban los dedos en él o se ponía algo como un lápiz encima dibujaba sombras en distintos colores según el calor que tuviera, y se podían hacer dibujos con eso y los dibujos duraban un rato. Era muy bonito. Ella sabía que el regalo del doctor Edwards sería bonito, fuera lo que fuese. Pero no hizo muchos aspavientos, no más que con el rompecabezas del doctor Ivanov o el libro del doctor Peterson sobre ordenadores, y sobre todo, no más que con el reloj del tío Denys o la holo del tío Giraud.

Y además, funcionaba. Estaban pasándolo bien. Abrió el regalo de Nelly, que era ropa interior (claro, típico de Nelly), y luego abrió el de Justin; era una pelota en una pelota, todas talladas. Era hermoso. Era el tipo de cosa que hubiera hecho decir a mamá: *Ari, no toques eso*. Y era suya. Pero no debía hacer aspavientos. No importaba lo mucho que le gustara. Dio las gracias y siguió buscando en la pila de cosas de gente que no había asistido a la fiesta.

Había regalos de los niños. Hasta la estúpida de Amy le había enviado una bufanda. Y Sam, un bicho robot que caminaba y buscaba el camino por todo el apartamento sin tropezar. Era caro, ella lo sabía, lo había visto en la tienda; y era hermoso que Sam se lo hubiera regalado.

Había muchos libros y cintas, y algunas pinturas y mucha ropa; pensó que el tío Denys probablemente les había dicho la talla porque todos habían acertado. Y había arcilla para moldear y muchos juegos y varios brazaletes y un par de coches y hasta un rompecabezas de pelota de Mary, la azi de los laboratorios. Era muy bonito, bonito de verdad. Pensó que enviaría una nota a Mary para darle las gracias.

Y también a Sam.

Los regalos eran buenos para que todos se pusieran contentos. Los mayores tomaron vino y el tío Denys le dejó beber un cuarto de vaso. Tenía un gusto sospechoso, como si estuviera podrido o algo así. Todos los adultos se rieron cuando ella lo comentó; hasta Justin sonrió, pero el tío Denys dijo que no, que no estaba podrido, se suponía que ése precisamente era el gusto, y no podía tomar más porque se sentía rara y tendría sueño.

Así que no bebió más. Cogió la caja rompecabezas y la abrió mientras los adultos bebían y reían unos con otros, y, mientras tanto, el tío Denys le puso el reloj en

marcha con la fecha correcta. No era una fiesta aburrida.

Ari bostezó y todos decidieron que era hora de irse. Y llamaron a los azi y le desearon feliz cumpleaños mientras ella se quedaba en la puerta con el tío Denys, como hacía con mamá, y les decía adiós y les agradecía que hubieran venido.

Todos estaban animados y contentos, hacía mucho que ella no los veía así. Denys sonreía sinceramente al doctor Edwards y le estrechó la mano con fuerza y le dijo que estaba muy satisfecho de que hubiera venido. Y eso puso contento al doctor Edwards porque el tío Denys era el administrador y ella quería que el tío Denys apreciara al doctor Edwards. Y el tío Denys se mostró amable hasta con Justin y le sonrió abiertamente a él y a Grant cuando se fueron.

Así que todo, todo lo que ella había organizado, funcionaba.

Todos se fueron, hasta el tío Giraud; y ahora había que limpiar y ordenar los regalos. Pero Ari pensó que no era demasiado tarde para poner en claro otro punto con el tío Denys, así que fue y lo besó.

—Gracias —dijo—. Ha sido una fiesta muy divertida. Me encanta el reloj. Gracias.

—Gracias a ti, Ari. Ha sido muy hermoso lo que has dicho.

Y sonrió de una manera rara. Como si de verdad estuviera realmente contento por muchas razones.

La besó en la frente y le dijo que se fuera a la cama.

Pero ella se sentía bien y decidió ayudar a Nelly y a Seely a recoger los regalos y dio instrucciones especiales a Nelly para que cuidara mucho a los preferidos.

Puso en funcionamiento el bicho de Sam y lo hizo correr muy rápido.

—¿Qué es eso? —gritó Nelly y el tío Denys salió a ver la razón del alboroto.

Así que ella dio palmas y lo detuvo y lo cogió y se lo llevó a su habitación.

Rápido. Porque estaba tratando de ser buena.

XIV

Ari se despertó por la mañana con el Cuidador repicándole en la cabeza y le ordenó que se callara, que ya lo había oído. Se frotó los ojos y deseó poder quedarse ahí, pero se suponía que debía ir a cinta, ese mismo día. Y no había forma de pasar por la oficina de Justin.

Tenía muchos juguetes nuevos en el dormitorio y mucha ropa nueva. Pero sobre todo, le habría gustado quedarse en la cama y dormir, excepto que muy pronto Nelly entraría a decirle que se levantara.

Así que decidió adelantarse a Nelly. Rodó y salió de la cama. Y fue al baño y se quitó el pijama y se duchó y se cepilló los dientes.

Generalmente Nelly estaba en la habitación a esa hora.

Así que se puso la ropa que Nelly le había dejado la noche anterior y dijo:

—Cuidador, llama a Nelly.

—Nelly no está —dijo el Cuidador—. Nelly ha ido al hospital.

Ari se asustó entonces. Pero ése podía ser un mensaje atrasado. Dijo:

—Cuidador, ¿dónde está el tío Denys?

—Ari —dijo el Cuidador con la voz del tío Denys—, ven al comedor.

—¿Dónde está Nelly? —insistió Ari.

—Nelly está en el hospital. No te preocupes. Ven al comedor.

Ella se peinó rápido. Abrió la puerta y se encaminó por el vestíbulo de su *suite* hasta la habitación de Nelly. Abrió la puerta del apartamento principal y se dirigió al comedor.

El tío Denys estaba sentado a la mesa detrás del arco. Ella entró, introdujo su tarjeta y el tío Denys le indicó que debía sentarse y tomar el desayuno.

—No me apetece. ¿Qué le pasa a Nelly?

—Siéntate —ordenó el tío Denys.

Así que Ari se sentó. No iba a saber nada hasta que no se sentara. Conocía al tío Denys. Cogió un panecillo y mordisqueó un poco. Y Seely llegó y le sirvió un poco de zumo de naranja. Sentía el estómago revuelto.

—Muy bien —dijo el tío Denys—. Nelly está en el hospital porque van a darle más cinta. Nelly no puede mantenerse a tu nivel, Ari. Deberás tener cuidado con ella de ahora en adelante. Te estás haciendo mayor y más lista, y la pobre Nelly cree que es su deber mantenerse a tu nivel. Los doctores van a decirle que no tiene la culpa. Hay muchas cosas a las que tiene que ajustarse. Pero tú tienes que recordar que no debes hacerle daño.

—No lo hago. No se me ocurrió que ese bicho podía asustarla.

—Si lo hubieras pensado, te habrías dado cuenta.

—Supongo que sí —dijo ella. Era una mañana triste sin Nelly. Pero al menos Nelly estaba bien. Puso un poco de mermelada en el pan. Ahora sabía mejor.

—Una de las cosas a las que se tendrá que adaptar Nelly —dijo el tío Denys— es a convivir con dos azi más en la casa, porque habrá dos azi más.

Ari miró al tío Denys; no estaba contenta. Seely ya era lo bastante malo.

—Serán tuyos —continuó el tío Denys—. Forman parte de tu cumpleaños, pero no debes decirles eso: la gente no es un regalo de cumpleaños. No sería correcto.

Ella engulló un pedazo de pan. No estaba contenta, no quería ningún azi excepto a Nelly, no quería azi que la siguieran por todas partes, pero si era un regalo, no quería herir los sentimientos del tío Denys tampoco, por muchas razones. Pensó rápido y trató de encontrar una forma de decir que no.

—Así que no tienes que ir a estudiar en cinta hoy —dijo el tío Denys—. Puedes ir al hospital y traerlos. Y pasar el día enseñándoles qué hacer. No son como Nelly. Son Alfas, los dos. Experimentales.

Un gran sorbo de zumo de naranja. Ari no sabía qué pensar acerca de eso. Los Alfas eran raros. También eran muy difíciles de tratar. Estaba segura de que eran para vigilarla. Eso sonaba como si su tío Denys fuera a ponerle difícil llevar a cabo cualquiera de las travesuras que ella quería hacer sin permiso.

No estaba segura de si ese regalo venía del tío Denys o del tío Giraud.

—Irás al mostrador —explicó el tío Denys—, entregarás tu tarjeta a Seguridad y ellos te los registran. Es efectivo, tú serás su supervisora y eso será muy diferente de lo de Nelly. Yo soy el supervisor de Nelly. Tú eres sólo su responsabilidad. Esto será distinto. ¿Sabes lo que hace un supervisor? ¿Sabes la responsabilidad que implica?

—Sólo soy una niña —protestó ella.

El tío Denys sonrió y untó otro panecillo.

—Tienes razón. Y ellos también. —Levantó la vista, serio—. Pero no son juguetes, Ari. Comprenderás lo grave que es ponerte furiosa con ellos o pegarles como pegabas a Amy Carnath.

—¡No haría eso! —No había que pegar a los azi. No había que tratarlos mal. Excepto a Ollie. Y a Fedra. Por distintas razones. Pero los dos eran especiales, incluso Fedra.

—Claro que no, querida. Pero quiero que lo pienses muy bien antes de hacerles daño. Y puedes perjudicarlos mucho. Podrías hacerles muchísimo más daño que a Nelly, puedes lastimarlos como yo puedo lastimar a Nelly. ¿Entiendes?

—No estoy segura de que los quiera, tío Denys.

—Necesitas a otros niños, Ari. Necesitas a alguien de tu edad.

Eso era verdad. Pero no había nadie que no la volviera loca. Iba a ser horrible si ellos también la volvían loca, porque iban a vivir con ella.

—El chico se llama Florian; la niña, Catlin, y también es su cumpleaños, bueno, casi. Vivirán en la habitación que está junto a la tuya y la de Nelly, para eso está ahí. Pero tendrán que volver a la ciudad para algunas lecciones, y tendrán estudio en cinta en la Casa, como tú. Son chicos igual que tú y tienen instructores a quienes obedecer. Así es con los azi, sobre todo con los que son muy inteligentes. Así que vas a tener que trabajar mucho para estar a su altura.

Ella lo escuchaba ahora. Nadie le había dicho nunca que no fuera la mejor en todo. No creía que nadie fuera mejor que ella en nada. No serían mejores. No había nada que ella no pudiera hacer si quería. Mamá siempre se lo decía.

—¿Has terminado?

—Sí, ser.

—Entonces, puedes irte. Búscalos, enséñaselo todo y no te metas en problemas, ¿comprendido?

Ari se levantó de la mesa y se fue por los pasillos, pasó por Seguridad y luego por las grandes puertas frontales y cruzó la pista y fue por el camino hacia el hospital. Corrió parte del camino, porque era muy aburrido ir caminando.

Pero cuando pasó las puertas del hospital y le dio su tarjeta al personal de Seguridad en el mostrador, tenía una apariencia digna y adulta.

—Sí, sera —le dijeron ellos—. Venga.

Y la llevaron a una habitación.

Y se fueron y se abrió otra puerta. Una enfermera entró con dos azi de su misma edad. La niña era pálida, rubia y pálida con una trenza; el muchacho era más bajo, con el cabello más negro que el uniforme.

Y el tío Denys tenía razón. Nadie la había mirado así al conocerla. Eran sus amigos desde el principio. Eran más que eso. Como si hubieran estado en un lugar horrible y ella fuera la única que pudiera sacarlos de ahí.

—Hola —dijo ella—. Soy Ari Emory.

—Sí, sera. —Ambos con mucha suavidad, casi al mismo tiempo.

—Se supone que tenéis que venir conmigo.

—Sí, sera.

Era muy, muy raro. No era como Nelly. No, en absoluto. Mantuvo el botón de la puerta apretado para que ellos pasaran y los condujo hasta el mostrador y dijo que se los llevaba.

—Aquí están sus tarjetas, sera. —Dijo el hombre del mostrador. Y ella las cogió y las miró.

Tenían sus nombres impresos. Florian AF-9979 y Catlin AC-7892. Y el símbolo Alfa en el lugar donde se indicaba la clase. Y el borde ancho y negro de Seguridad de la Casa sobre el fondo de la tarjeta.

Ella lo vio y una sensación de frío intenso le atravesó el estómago, una sensación

terrible, como cuando había descubierto a la guardia de Seguridad en el apartamento de mamá. Nunca lo había olvidado. Tenía pesadillas sobre eso. Pero no dejó que le vieran la expresión. Se dominó antes de darse la vuelta y darles las tarjetas, y ellos se las pusieron.

Y tenían expresiones diferentes también, aquí fuera, muy serias, muy azi: la estaban escuchando, la miraban con infinita atención, pero también vigilaban todo lo que les rodeaba.

Debía recordar cómo habían estado en la habitación, pensó ella. Debía pensar cómo la habían mirado allí dentro para saber que eso era real.

Eran Seguridad y le pertenecían, y cuando vigilaban así, vigilaban a otros, vigilaban todo lo que se moviera alrededor de ella.

Yo quería un Ollie, recordó Ari, pero eso no era lo que le había dado el tío Denys. Le había dado Seguridad.

¿Por qué?, se preguntó Ari, un poco enfadada, un poco asustada. *¿Para qué los necesito?*

Pero eran responsabilidad suya. Así que se los llevó y caminó por el sendero hacia la Casa y los hizo controlar en la Seguridad de la Casa. Fueron muy correctos con la oficial de guardia.

—Sí, *sera* —decían con voz muy atenta a la oficial, y ella hablaba con rapidez y les comunicaba las reglas en palabras y códigos que Ari nunca había oído. Pero los azi los conocían. Parecían muy tranquilos.

El tío Denys no había dicho que debían ir directamente a casa, pero ella pensó que sería lo mejor. Pero pasaron por la oficina del tío Denys y él estaba allí. Así que Ari los hizo entrar y los presentó.

Luego se los llevó y les enseñó dónde vivirían y las habitaciones; y les explicó algo sobre Nelly.

—Tenéis que obedecer a Nelly —dijo—. Yo también la obedezco, casi siempre. Nelly es buena.

No estaban especialmente nerviosos; era otra cosa. Sobre todo Catlin, que tenía una forma de observarlo todo con muchísima rapidez. Los dos estaban muy tensos, muy rígidos y formales.

Eso estaba bien, eran respetuosos y se estaban portando bien con ella.

Así que Ari sacó su juego de «Caza en las Estrellas», lo puso sobre la mesa del comedor y les explicó las reglas.

Ninguno de los otros niños la había escuchado como la escuchaban ellos. No bromeaban, no se reían. Ella les dio dinero, repartió las cartas y les dio las fichas. Y cuando empezaron a jugar se puso muy tensa.

Ella no estaba segura de si eso era un juego o una pelea, pero era distinto de lo de Amy Carnath, muy distinto, porque nadie estaba enfadado, sólo seguían adelante con

el juego, y muy pronto se encontró inclinada sobre el tablero, pensando con tanta concentración que se mordía el labio sin darse cuenta.

Les gustó que ella hiciera un truco poco legal. También ellos hicieron algo de trampa y apenas Ari ponía las piezas para acorralar a Florian, tenía a Catlin atacando por el otro flanco.

«Caza en las Estrellas» en general se jugaba muy rápido. Y estuvieron mucho rato en eso hasta que Ari consiguió suficiente dinero para comprar naves que mantuvieran ocupada a Catlin hasta que ella pudiera acorralar a Florian.

Pero entonces, Florian le preguntó si las reglas permitían que se uniera a Catlin.

Nadie había pensado en eso. Ari consideró que era una idea inteligente. Fue a buscar el libro de instrucciones y leyó.

—No dice que esté prohibido —dijo. Y sintió los hombros cansados de tanto estar sentada—. Traslademos el tablero a mi habitación para que Seely no lo vuelque y vayamos a almorzar, ¿de acuerdo?

—Sí, sera —dijeron ellos.

Cada vez que ella trataba de tranquilizarlos, ellos sabían cómo recordarle que no eran sólo niños.

Pero Florian llevó el tablero y no lo volcó. Y ella pensó que le apetecía almorzar en el Ala Norte; el tío Denys la dejaba ir a comer a un restaurante de allí, donde los azi y el gerente la conocían.

Así que los llevó allá, a Cambios, cerca de las tiendas, en la esquina, donde comía sobre todo el Personal. Los presentó, se sentó y les dijo que se sentaran y que ella iba a pedir la comida para ellos.

—Sera —murmuró Florian, muy avergonzado después de echar una ojeada al menú—. ¿Qué debemos hacer con esto?

—Elegir lo que queréis comer.

—No conozco esas palabras. Y no creo que Catlin las sepa.

Catlin meneó la cabeza, muy seria y muy preocupada.

Así que ella les preguntó qué les gustaba y ellos dijeron que habitualmente comían bocadillos en el almuerzo. Así que ella pidió bocadillos para los tres.

Y pensó que estaban muy nerviosos y miraban todo y a todos los que se movían. Alguien hizo ruido con una bandeja y las miradas de los dos se dirigieron hacia ese lado como si algo hubiera explotado.

—No os preocupéis —dijo ella. La estaban poniendo nerviosa. Como si fuera a pasar algo—. Calmaos. Son los camareros, eso es todo.

Ellos la miraron, muy serios. Pero no dejaron de observarlo todo.

Tan serios y tensos como en el juego.

El camarero trajo las bebidas y ellos lo miraron, de arriba abajo, tan rápido, tan rápido que era difícil ver cómo lo hacían, pero Ari sabía que lo estaban haciendo

porque ella vigilaba a sus nuevos compañeros.

No eran como Nelly.

El tío Denys decía que estaban a salvo en los pasillos. Y ella tenía dos azi que pensaban que el camarero iba a saltarles encima.

—Escuchad —dijo y las dos caras serias se volvieron hacia ella y la escucharon, como azi—. A veces podemos divertirnos y nada más, ¿de acuerdo? Nadie nos va a atrapar aquí. Conozco a esta gente.

Entonces se calmaron. Inmediatamente. Como por arte de magia. Como si ella les hubiera dicho las palabras exactas desde el punto de vista psicológico. Ella dejó escapar un suspiro y se sintió orgullosa de sí misma. Los azi bebieron un poco y cuando llegaron los bocadillos con toda la guarnición, se impresionaron mucho.

Les gustó. Ella se dio cuenta. Pero Florian dijo, preocupado:

—No puedo comer tanto. Lo siento.

—No importa. Deja de preocuparte por todo, ¿me oyes?

—Sí, sera.

Ella miró a Florian y a Catlin y a toda su seriedad; y pensó en formas de hacerlos menos serios; y luego recordó que eran azi y que su psicogrupo era así, lo cual significaba que no se podía hacer mucho con ellos.

Pero no eran tontos. En absoluto. Los Alfas eran como Ollie. Y eso significaba que podían entender muchas cosas que Nelly nunca entendería. Como en el juego: ella los empujaba con todo lo que tenía y no se enfadaban ni se sentían mal.

Eran un gran trabajo. Pero no excesivo para la capacidad de Ari.

Luego pensó, y no por primera vez esa mañana, que eran una responsabilidad. Y no se podía tomar un azi y luego rechazarlo, nunca. El tío Denys tenía razón. No se podía recibir a una persona como regalo de cumpleaños. Había que recibir a las personas para amarlas y nunca había que irse y dejarlas solas.

(Mamá lo había hecho, pensó y le dolió como le dolía siempre que le asaltaba este pensamiento. Mamá lo hizo. Pero mamá no quería hacerlo. Mamá había estado preocupada y se había sentido mal mucho tiempo antes de irse).

Tendría que escribir a mamá acerca de los azi, muy pronto para que mamá supiera que debía decirle al tío Denys que ellos tenían que ir con ella. Porque no podía dejarlos. Sabía lo dura que era una experiencia como ésa.

Deseó haber podido elegirlos, porque su mundo se estaba complicando; hubiera preferido tener a un Ollie para ella, sólo uno, no dos. Podría haberse negado. Tal vez debería haber dicho que no y no permitir que el tío Denys se los diera. Había pensado que podría salir adelante con eso. Como con todo lo demás.

Hasta que ellos la miraron de aquella forma en el hospital y la trabajaron psicológicamente, no porque quisieran, claro, pero deseaban mucho irse con ella y ella había querido mucho tener a alguien con ella.

Así que ahora estaban obligados mutuamente. Y no podría dejarlos solos.
Nunca.

Texto literal de:

UNA CUESTIÓN DE UNIÓN
SERIE DE CIVISMO DE LA UNIÓN: # 3

Publicaciones pedagógicas de Reseune: 9799-8734-3,
aprobadas para 80 +

La Unión, tal como se la concebía en la Constitución de 2301, tal como se desarrolló a través de la suma y amalgama de estaciones y gobiernos de mundos a partir de aquel momento, se estructuró desde el comienzo como un sistema federal que permitiera un máximo de independencia en el ámbito local. Para comprender la Unión, por lo tanto, hay que empezar con el establecimiento de un gobierno local típico, que puede ser un sistema aprobado por la mayoría de los habitantes calificados nacidos naturalmente. Es importante: habitantes, no ciudadanos. Los únicos segmentos de la población sin derecho a voto en esas elecciones son los menores y los azi, que no se consideran residentes en el Voto Inicial de Elección, aunque más tarde los azi tal vez puedan recibir derecho al voto, por decisión del gobierno local.

Un Voto Inicial de Elección es el procedimiento civil normal por el cual cualquier sistema político se convierte en candidato a la representación en la Unión. El voto establece el Congreso Constitucional local representativo, que puede revalidar una estructura gubernamental ya existente como representante de la voluntad del electorado o crear una estructura enteramente nueva, que a su vez puede ser ratificada por el Electorado Inicial general. La segunda obligación del Congreso Constitucional después de la elección es asignar números a los ciudadanos y registrar a los votantes legales, es decir, a los votantes calificados por la edad y por el número de ciudadanos para votar en la elección del Concejo de los Nueve y del Concejo General de la Unión. La tercera y última obligación del Congreso es informar sobre el censo y los padrones de votantes al Departamento de Ciudadanos de la Unión.

Se pueden llevar a cabo otros Votos de Elección y otros Congresos si hay un voto mayoritario del electorado local o por orden de la Corte Suprema de la Unión después del conocido proceso legal. En tales reempadronamientos del electorado local, todos los residentes nacidos en el lugar y emigrados o residentes inmigrantes pueden salir elegidos incluyendo a los azi que tienen un estatus modificado de ciudadanos.

Dentro de la Unión, el Concejo de los Nueve representa los nueve electorados

ocupacionales de la Unión, en todos los censos de ciudadanos de esta entidad. Dentro de estos electorados ocupacionales, los votos valen de acuerdo con el nivel registrado de experiencia, es decir, la mayoría de los votantes de, digamos, el electorado de Ciencias valen uno, pero un técnico de laboratorio con un determinado número de años de experiencia puede llegar a merecer un dos, mientras que un científico de elevado rango profesional puede llegar a valer hasta diez, según las credenciales profesionales que haya logrado, ello constituye una diferencia considerable, ya que los factores se aplican en una fórmula y cada incremento es importante. Un individuo siempre puede apelar a la revisión de sus pares en cuanto a su rango, pero la mayoría de los avances se establecen con el puesto y la experiencia.

Cuando un sillón del Concejo de los Nueve queda vacante, el secretario del Departamento regulado por este puesto asume el cargo como sustituto hasta que el electorado selecciona un representante; o el canciller que se va puede designar otro sustituto. Los miembros de los Nueve pueden verse sometidos a una elección en cualquier momento si un candidato de la oposición reúne las firmas suficientes del Departamento en una petición al respecto.

Recientemente, el surgimiento de partidos políticos rivales ha conllevado que la vacante de un sillón sea un momento de gran contienda política y que un desafío por un puesto en el Concejo sea casi inevitablemente político y partidista. Esto ha provocado que el puesto de secretario sea potencialmente más vulnerable, al mismo tiempo que ha aumentado la importancia de la estructura de apoyo interna del Departamento y los profesionales administrativos necesarios para un funcionamiento continuo a través de los cambios en la administración superior.

El canciller establece la política de un Departamento. El secretario designado fija las líneas y emite las órdenes administrativas. Los jefes de los distintos Departamentos ejecutan las órdenes e informan al secretario; y éste al canciller, que comunicará las novedades al Concejo de los Nueve.

El Concejo de los Nueve puede presentar y votar leyes, particularmente en cuanto al presupuesto de los Departamentos y la política nacional hacia los extranjeros, pero un voto unánime de una delegación de cualquier unidad local puede vetar una ley que se aplique sólo a esa unidad, lo cual requerirá entonces una mayoría de dos tercios en el Concejo General y en el Concejo de los Nueve para volver a someterse a votación, De esta manera, el principio de la regla local tiene precedente sobre cualquier situación menos sobre el voto unánime de la Unión.

Una mayoría simple de los Nueve es suficiente para aprobar un proyecto de ley, a menos que sea derrotado por un voto simple del Concejo General de la Unión, que está formado por un embajador y un número de representantes de cada mundo y cada estación de la Unión, de acuerdo a su población.

El Concejo de los Nueve preside el Concejo General: el Concejo de los Mundos (es decir, el Concejo General sin los Nueve) puede iniciar o aprobar un proyecto de ley con una mayoría simple a menos que sea derrotado por un voto de los Nueve.

El Concejo de los Mundos cuenta en este momento con setenta y seis miembros, incluyendo a los representantes de Cyteen. En presencia de los Nueve, es decir, en caso de un Concejo General los representantes de Cyteen podían observar, pero no votar ni hablar hasta el año 2377, por una concesión que se hizo a Cyteen como sede del gobierno, hasta que la población de la Unión doblara a la de Cyteen, cifra que se alcanzó en el censo de ese año.

Algunas entidades dentro de la Unión constituyen unidades no representativas: son los Territorios Administrativos de la Unión, que no votan en las elecciones locales y que están sujetos a sus propias regulaciones internas y tienen la misma soberanía que cualquier planeta o estación dentro de la Unión.

Un Territorio Administrativo es inmune a las leyes locales, sólo se les pueden aplicar impuestos en el ámbito de la Unión y mantiene su propia fuerza policial, su sistema legal y sus reglas administrativas, que tienen fuerza de ley sobre sus ciudadanos. Un Territorio Administrativo está bajo la vigilancia del Departamento que corresponde a su actividad principal; y está sujeto a intervención del Departamento bajo ciertas reglas muy concretas que caen dentro de la jurisdicción del Territorio y varían de un Territorio a otro.

No puede haber una descripción completa de las unidades del gobierno de la Unión sin una mención a la naturaleza única de Cyteen, que tiene la mayor concentración de población, constituye la mayor sección de cualquier electorado y es la sede del gobierno de la Unión, sobre el cual, por supuesto, Cyteen no tiene jurisdicción alguna y que es la sede de tres Territorios Administrativos muy poderosos.

Hay quien opina que el gobierno de la Unión interviene demasiado en Cyteen y que eso mutila los derechos locales. Otros consideran que Cyteen tiene demasiada influencia en la Unión y señalan que siempre ocupa más de un sillón en el Concejo. Otros, sobre todo habitantes de Cyteen, dicen que todo el planeta terminará siendo una reserva gubernamental y que la influencia de Cyteen en la Unión es justa, considerando que el planeta se ha convertido en el apoyo de todo el gobierno, lo cual significa que la Unión es tan poderosa y la influencia de los Nueve tan grande en el planeta que todos en la Unión tienen algo que decir sobre la forma de gobernar Cyteen.

Otro punto de disputa es el uso de las reservas de Cyteen por la Unión en general y por los Territorios Administrativos, que no pagan impuestos locales y que no están bajo la autoridad de Cyteen. Los Territorios señalan que lo que devuelven a la economía de Cyteen supera a las reservas que absorben y que en realidad, la

viabilidad de Cyteen como planeta obedece en gran parte a la fuerza económica de los diversos Territorios que se encuentran sobre Cyteen.



I

El pequeño avión aterrizó en la pista de Planys y se deslizó hasta el frente de la pequeña terminal. Justin se desabrochó el cinturón de seguridad. Se movía con la misma sensación de irrealidad con la que había vivido desde que el avión despegara de Reseune.

Hasta aquel mismo instante, había esperado que alguna agencia lo detuviera, pensaba que el juego consistía en concederte permiso para viajar y después maniobrar para que él o Jordan se colocaran en una posición que obligara a cancelarlo todo.

Todavía estaba asustado. Aún imaginaba otras posibilidades peores, más que una prueba psíquica para cualquiera de los dos, como por ejemplo que Reseune estuviera creando una situación que pudieran usar para perjudicar a Jordan o empeorar sus condiciones. Trató de sumir este tipo de pensamientos en el fondo de su mente, donde sólo le servirían para recordarle ser precavido; como los pensamientos que lo defendían contra una vuelta súbita, una brusca retirada del permiso de viaje, incluso a esta altura del asunto.

Había que vivir así. O volverse loco.

Levantó el portafolios y la bolsa del compartimento mientras la escolta de Seguridad iba a su encuentro. Era el avión que viajaba ida y vuelta entre Reseune y Planys cuando era necesario, un avión de la corporación con el símbolo del Hombre Infinito en la cola, no el emblema rojo y blanco de LÍNEAS AÉREAS RESEUNE, que transportaba pasajeros y carga a distintos lugares del continente y unos pocos puntos en otras tierras. Los laboratorios Reseune eran dueños de ese avión, aunque fuera personal de LÍNEAS AÉREAS RESEUNE quien lo manejaba; y el hecho de que el avión fuera privado, como RESEUNE UNO, hacía que las listas de cargas y pasajeros no tuvieran que pasar el escrutinio del Departamento de Transportes.

Un vuelo largo desde Reseune, sobre un océano desolado. Un avión con una esclusa de aire y un filtro de succión en la esclusa, por lo cual eran imprescindibles trajes-D y máscaras antes de salir. Justin extrajo la suya del compartimento, plástico blanco, blando, muy caliente al usarlo, porque el tipo genérico no contaba con un sistema de circulación, sólo un par de bandas que se colocaban sobre el pecho y los hombros para que la cosa no se inflara como un globo y succionara el aire del casco.

El copiloto lo tomó de la mano y controló los sellos, el cuello, las muñecas y los tobillos y la frente, luego le dio una palmada en el hombro, señalando la esclusa de aire. Los trajes genéricos no tenían comunicador y había que gritar o hacer gestos. Así que Justin cogió su equipaje, sellado en una bolsa de plástico, y miró para ver si Seguridad iba a dejarlo bajar.

No. Uno de ellos iba a encerrarse con él. Querían vigilarlo de cerca.

Así que se dirigió hacia la esclusa, esperó el ciclo y bajó por la escalera con el guardia de Seguridad detrás de él, hacia donde esperaban el personal de Seguridad con los trajes-D llenos.

Había muy poca vegetación en Planys. Las torres de precipitados hacían lo posible para mantener vivas las plantas, pero allí todo era árido y nuevo todavía, aún se apreciaba la roca roja, los matorrales azules y las plantas lanudas. Los anquilodermos eran la vida salvaje más habitual en aquel continente, como los escamados en el otro, en el aislamiento que había dado a Cyteen dos ecologías totalmente independientes, excepto, como siempre, matorrales y otras pestes llevadas por el viento y propagadas por cualquier fibra que llegara a un lugar donde hubiera polvo y humedad.

La flora se reforzaba con silicatos y se hacía venenosa con los metales y los alcaloides, y generaba una profusión aérea de fibras que resultaban cancerígenas para el sistema respiratorio terrestre, incluso en dosis de un minuto: las plantas podían matar en minutos o en años, dependiendo de si uno era lo bastante tonto como para comerse una hoja o lo bastante desgraciado como para respirar aire sin filtros. El monóxido de carbono en el aire era suficiente para hacer el trabajo solo. Pero la única forma de hacerse matar por la fauna era quedarse de pie por donde ellos pasaban y la única forma en que la fauna moría, tal como decía la vieja broma, era cuando dos del mismo tamaño se encontraban cara a cara y se morían de hambre en el lugar.

Era fácil olvidar lo que era Cyteen hasta que se pisaba el mundo salvaje.

Y había una sensación de desolación tan profunda en ese lugar... Cuando se miraba desde el aeropuerto y los edificios, lo que se veía era Cyteen, árido y mortífero. Jordan vivía allí.

Había que conservar los trajes puestos hasta llegar al Anexo Planys, y al garaje, y luego a otra esclusa de aire donde había que frotarse unos a otros con violencia mientras unos poderosos ventiladores hacían que los trajes baratos crujieran y volaran. Había que levantar y estirar las bandas elásticas para sacar las fibras que tuvieran adheridas, luego aguantar un lavado con detergente especial, encerrarse, quitarse los trajes y subir a un enrejado sin tocar las superficies externas, mientras el personal de descontaminación se ocupaba del equipaje.

Mierda, pensó Justin, nervioso hasta que se cerró la segunda puerta y él y su escolta llegaron a un vestíbulo que parecía casi como un túnel de tormenta en casa, hormigón gris, totalmente gris.

Era mejor en la planta superior: hormigón pintado de verde, iluminación decente. Nada de ventanas, probablemente no había ni siquiera una ventana en Planys. Una leve concesión a la decoración en unas pocas plantas de plástico que colgaban del

techo, y cuadros en marcos baratos colgados de las paredes.

Edificio A, se indicaba de vez en cuando, letras marrones de esténcil de un metro de alto, oscurecidas aquí y allá por las pinturas colgantes. Las puertas eran de metal pintado de marrón. Había una oficina con ventanas y cortinas, como algo anormal. En un pequeño cartel grabado en plástico decía: «Dr. Jordan Warrick. Administrador, División Pedagógica».

Un guardia le abrió la puerta. Justin entró, vio a Paul en el escritorio, Paul que parecía... Paul, sin más: se teñía el cabello; y Paul se levantó y lo abrazó.

Entonces, supo que era verdad.

—Entra —le dijo Paul al oído, mientras le palmeaba el hombro—. Sabe que estás aquí.

Justin se dirigió a la puerta, la abrió y entró. Jordan fue a su encuentro con los brazos abiertos. Durante un largo rato se abrazaron sin pronunciar una sola palabra. Justin lloró. Jordan también.

—¡Qué alegría me da verte! —exclamó Jordan, finalmente—. ¡Diablos, cómo has crecido!

—Tienes buen aspecto —dijo Justin, separado por un brazo, tratando de no ver las líneas alrededor de los ojos y la boca de su padre. Jordan parecía más delgado, pero todavía estaba bien y era duro; tal vez, pensó Justin, había hecho lo mismo que él desde el día en que Denys lo había llamado a su oficina y le había dicho que tenía un permiso de viaje, quizá se había pasado horas en el gimnasio, decidido a que el otro lo encontrara en forma.

—Ojalá hubiera podido venir Grant.

—Sí, él también lo deseaba. —Resultaba difícil guardar la compostura. Lo hizo. Y no añadió que había razones para preocuparse, que Grant estaba más asustado de lo que le había dicho por quedarse solo en Reseune; azi y bajo el control legal de Reseune—. Tal vez en otra ocasión.

Éste viaje tenía que funcionar. Debían manejar la situación con suavidad, hacerla más fácil como fuera posible para conseguir otros permisos en el futuro. Justin pensaba que Seguridad examinaría una y otra vez todos los documentos de su portafolios y que cuando él volviera a Reseune lo harían de nuevo y lo registrarían en persona con mucho cuidado, como habían hecho antes de dejarlo subir al avión. Pero estaba allí. Tenía hasta el día siguiente al mediodía. Cada instante que pasara con Jordan habría dos agentes de Seguridad sentados en la misma habitación; pero estaba bien, las cámaras estaban bien y también los artefactos espías que invadían cada momento de su vida y no le dejaban ni un poco de intimidad.

Así que fue hasta la mesa de reuniones con Jordan, se sentó y luego Paul se unió a ellos.

—He traído mi trabajo —dijo Justin—. Van a devolverme el portafolios dentro de

un momento. Estoy ansioso por enseñarte una cosa.

Es una pérdida de tiempo, había dicho Yanni, en esa forma suya, inimitable, cuando él le rogó que le consiguiera permiso para llevar los últimos diseños en el viaje. Y luego le había conseguido el permiso aquella tarde. Esto te va a costar caro, decía la nota que le envió Yanni. Me pagarás con horas extras.

—¿Cómo estás? —le preguntó Jordan, aunque preguntaba más que eso con la ansiedad de sus ojos; algo que un hijo o un estudiante de psicología podían captar pero que tal vez pasaría desapercibido para Seguridad y para los analizadores de voz.

¿Hay alguna condición que no me han comunicado para permitir este viaje?

—Mierda —dijo Justin y rió, para aflojar la tensión—, muy bien, de verdad. Demasiado bien, todo el año. El año pasado fue un infierno. Me imagino que ya te diste cuenta. No daba pie con bola, todo lo que tocaba se hacía pedazos...

Problemas que no puedo mencionar.

—... pero es como si de pronto algo se hubiera arreglado. En primer lugar, dejaron de asignarme trabajo de tiempo real. Me sentía culpable por eso, lo cual probablemente sea un buen indicador de lo mal que estaba; me llevaba mucho tiempo, estaba muy cansado para pensar, no hacía nada bien, eso era todo y estaba demasiado liado para solucionar el conflicto. Yanni pensó que con eso podría arreglar algunos de los problemas, yo sé lo que quería hacer; luego me destinó a producción de nuevo. Hasta que por alguna razón cambió de idea y me volvió a poner en Investigación con mucho más tiempo. Y ahí me va bien, por suerte.

Habían hablado tantos años con largos intervalos entre pregunta y respuesta que ahora Justin se descubrió siguiendo las mismas estrategias, condensando la información en paquetes y preocupándose un poco por si Seguridad objetaba algo. Pero aquí tenía más libertad. Le habían prometido eso. No habría espías externos y podrían hablar de cualquier tema que no supusiera planes de evasión o mensajes ocultos sobre información interna de Reseune.

Jordan conocía el proyecto. Los dos proyectos. Ari y Rubin.

—Me alegro —dijo—. Me alegro. ¿Cómo va el trabajo de Grant?

—No ha tenido problemas. Ya conoces a Grant. —Y luego se dio cuenta de cuánto tenía que retroceder en el tiempo para contestar esa pregunta.

Todos aquellos años. Grant en el hospital. El mismo en manos de Seguridad. Jordan arrancado de Reseune para testificar en Novgorod antes de que lo enviaran a Planys.

Le tembló la mano, en la mesa, frente a él, tembló cuando se la llevó a la boca para tratar de serenarse.

—Grant... salió bien de todo. Estable como siempre. Está bien. En serio. No sé lo que hubiera hecho sin él. ¿Y tú? ¿Cómo has estado?

—Mal al principio. Pero aquí hay poco personal, estamos muy unidos. Los

hombres van y vienen, claro, y saben cuál es mi condición aquí, pero es muy diferente... sí, muy diferente...

Ah, ten cuidado, por Dios. Cualquier cosa que digas, cualquier necesidad que admitas pueden usarla contra ti. Cuidado con lo que dices.

—... nos cuidamos unos a otros. Llevamos el peso entre todos, a veces. Creo que es el desierto que hay allí fuera. O te vuelve loco y te sacan, o te seduce esta tranquilidad. Hasta Seguridad es razonable. ¿No es cierto, Jim?

Uno de los guardias se había sentado en una silla en un rincón. Rió ahora y se reclinó con los tobillos cruzados.

No era un azi. Un CIUD.

—Casi siempre —dijo Jim, el guarda.

—Es mi hogar —continuó Jordan—. Ya es mi hogar. Tienes que comprender la mentalidad que hay aquí. Tenemos noticias y mucha música que nos llegan desde la estación. Estamos muy al día en cuanto a novedades. La ropa, los libros, las cintas de entretenimiento, todo eso; llegan cuando ellos quieren, y los libros y las cintas no entran a la biblioteca hasta que Seguridad los examina. Así que el personal hace muchas tonterías, hay que divertirse de alguna forma; y la cinta E nueva, el gran éxito es *Ecos*. Eso te dará una idea de la situación. Hacía tres años que había salido esa cinta.

—Mierda, pude haberte traído unas cuantas.

—Escucha, cualquier cosa que puedas hacer por nuestra biblioteca será muy bien recibida. Ya he presentado quejas. Todo el personal se ha quejado. El cuartel se queda con todo. Prioridad militar. Y ellos registran el equipaje. No pude prevenirte. Espero que no tengas nada en tu equipo que sea necesario aquí, porque tienen un número censurado de soldados en la base que están realmente desesperados por censurado, censurado y censurado. Por no hablar del papel higiénico. Así que no somos los únicos.

Justin rió porque Jordan se estaba riendo y Paul se reía y Jim—el—guardia se reía, porque era gracioso, desesperadamente gracioso, desoladoramente gracioso pensar en eso, cuando había tanto que no era gracioso en aquella soledad; porque era un alivio inmenso conocer Planys finalmente, y ver que no era un exilio totalmente desnudo, sino un lugar donde la humanidad y el humor tenían valor.

Hablaron y discutieron acerca de teoría hasta que se quedaron afónicos. Fueron al laboratorio y Jordan lo presentó al personal que nunca había conocido, siempre con Jim y su compañero azi Enny flanqueándolos. Tomaron una copa con Leí Schwartz y Milos Carnath—Morley, a quienes Justin no había visto desde que tenía diecisiete años y cenaron con Jordan y Paul, y Jim y Enny, claro.

Justin no pensaba dormir. Tampoco Jordan ni Paul. Les habían dado una determinada cantidad de horas para verse y Justin siempre podía dormir en el avión

de vuelta.

Jim y Enny se fueron, y vinieron otros a las 2000. Por entonces, Jordan y Paul estaban discutiendo ideas con Justin, criticando sus estructuras, diciéndole dónde había errores y enseñándole más sobre integraciones psíquico-sociales de lo que había aprendido en todos los libros de Yanni.

—Señor —dijo Justin cerca de las 0400 de la madrugada, en un descanso, los tres afónicos y charlando todavía—. Si pudiéramos comentar los asuntos siempre, si tú estuvieras allá o yo aquí...

—Estás volviendo a un territorio conocido —dijo Jordan—, pero yo no lo llamaría un callejón sin salida. No sé, ¿comprendes? No digo esas palabras con mucha frecuencia, aunque tenga que pedir perdón por mi arrogancia. Pienso que vale la pena seguir en esta dirección, no creo que llegues a donde te has propuesto, pero siento curiosidad.

—Eres mi padre. Yanni dice que estoy loco.

—Entonces, Ari también lo estaba.

Justin miró a Jordan con los ojos muy abiertos. Y se le hizo un nudo en el estómago al oír cómo Jordan nombraba a la muerta sin rencor.

—Cuando la acusé de haber falsificado las Aptitudes, con tacto, claro —dijo Jordan—, ella me dijo que fue tu pregunta de ensayo la que lo hizo. Yo imaginé que se trataba de ese tipo de respuestas insinuantes que ella tenía. Ahora no estoy tan seguro, ahora que veo a donde te condujo. ¿Te ayudó con esto?

—Con éste no. Los primeros... —Casi dijo «los primeros que hice». Hasta que murió. Hasta que la mataron. La asesinaron. Tembló con el recuerdo—. Entonces no me tomaste en serio.

—Hijo, era bastante brillante para un jovencito. Evidentemente, Ari vio algo que a mí me pasó desapercibido. Yanni lo está viendo ahora.

—¿Yanni?

—Me escribió una carta. Una carta bastante larga. Me contaba en qué estabas trabajando. Comentaba que estabas loco, pero que estabas avanzando en algún aspecto. Que estabas consiguiendo integraciones en grupos profundos, integraciones que él veía claramente, y que las había pasado por los ordenadores de Sociología y no había conseguido nada, indeterminación, datos insuficientes, campo demasiado amplio. Ése tipo de cosas. A Sociología le molesta que sus ordenadores den estas respuestas; ya te imaginarás lo nerviosos que se ponen.

Jordan se acercó a la mesa con el té y se sentó, Justin se dejó caer en la silla, temblando por la falta de sueño, por la hora intempestiva. Y se inclinó sobre los brazos cruzados y escuchó, nada más.

—Ariane Emory ayudó a diseñar esos programas de Sociología —continuó Jordan—. Y yo también. Y Olga Emory y James Carnath y otros, unos diez o doce

más. Tú al menos les has dado algo que excede su nivel de capacidad algo que el ordenador no puede manejar. Eso es lo que yo digo. No sé si es una proyección de gran poder perturbador cuando procede de máquinas que pueden contener todo el paradigma social. Sociología está menos interesada en tus logros que en el hecho de que tus diseños no admiten una proyección, eso creo: los ordenadores de Sociología son muy sensibles a las negativas. Están programados para eso.

Justin lo sabía.

—Y no hay una negativa en la ejecución del programa o cuando el ordenador no la encuentra. Llevó el asunto a través de treinta generaciones y siguió recibiendo un «No sé» como respuesta. Tal vez por eso Administración te envió aquí. Tal vez Reseune empieza a estar interesada ahora. Yo lo estoy. Se preguntan si mentiría o si me mentiría a mí mismo, porque soy tu padre.

Justin abrió la boca y luego se detuvo. Y Jordan también, porque lo esperaba; y estaban los guardias y seguramente esperaban grabando la conversación en cinta para que Seguridad la estudiara después. Y tal vez también Administración.

Así que él no dijo: *No pueden dejarme triunfar. No quieren que ponga en entredicho su proyecto con un éxito.* Cerró la boca y no dijo nada.

Jordan pareció intuir el peligro. Siguió hablando con calma, con precisión:

—Y mentiría, naturalmente. Tengo muchos motivos. Pero mis colegas de Reseune no mienten. Saben que hay algo de cierto en esto. Yanni lo dice, los ordenadores de Sociología también, y desde luego no tienen motivaciones sospechosas.

Podrían encerrarme como a ti, ¿no? Lo que no está a la luz, no viola Seguridad. No importa lo que se contradiga con eso.

Excepto... excepto que yo le dije a Denys: si desaparezco de Reseune, habrá preguntas.

—No sé si hay alguna esperanza de conseguirte un pase aquí —dijo Jordan—. Pero lo más importante es saber si tú quieres el pase.

Justin se quedó helado, recordó el paisaje del exterior, la desolación que lo amenazaba con un pánico que le llegaba al estómago.

Lo odiaba. A pesar de las ventajas de libertad y alivio de la presión de Reseune, Planys lo afectaba con un terror profundo.

Vio el desencanto en la cara de Jordan.

—Ya me has contestado —dijo Jordan.

—No, no es cierto. Mira, tengo un problema con este lugar. Pero es algo que podría superar. Tú lo hiciste.

—Digamos que yo tenía una elección muy restringida. Tu elección es real. Eso es algo que no puedes evitar. No. Lo comprendo. Tus sentimientos tal vez cambien con el tiempo. Pero no mezclemos todo esto con el problema general. Naturalmente, vamos a tener a Yanni en este asunto. Es imposible que nos dejen enviar nada a

ninguna parte sin que alguien controle el contenido. Vamos a trabajar, como podamos, cuando podamos. Ahora tienen curiosidad, estoy seguro. No están tan enloquecidos con su proyecto como para no poder ver el potencial de una idea que no esté relacionada con él. Y eso, hijo, representa una ventaja y un inconveniente. Ya ves lo preocupados que están por mi bienestar.

—Ser —dijo el guardia.

—Lo lamento —dijo Jordan y suspiró, dirigió a Justin una larga mirada mientras las emociones sombrías jugaban libremente en su rostro.

No están libres aquí, no están libres como aparentan.

Tener éxito y ganar protección con eso; y estar absolutamente protegido y convertirse en un completo prisionero.

Justin sintió un nudo en la garganta, dolor mezclado con pánico. Por un terrible instante tuvo deseos de irse, ahora, rápido, antes de la madrugada. Pero eso era una estupidez.

Él y Jordan tenían poquísimo tiempo. Por eso se habían quedado despiertos y se habían pedido más de lo que podían darse, se habían brindado demasiada honestidad.

Mierda, dejé un niño en Reseune y ahora no estoy seguro de cómo me considera. ¿Como un hombre? ¿O como alguien que ya es adulto? Tal vez como una persona a quien ni siquiera conoce. Yo si sé quién es, pero él sabe poquísimo de mí ahora.

Los odio por eso.

No hay forma de recuperar eso. Ni siquiera podemos decirnos las cosas que nos permitirían conocernos. No podemos dejar que estos carceleros sospechen nuestras emociones.

Él desvió la mirada, contempló a Paul, sentado en silencio ante la mesa, y pensó que su vida debía de ser como la suya con Grant, una frustración llena de presión por las cosas que no podían decir.

No es tan distinto a Reseune, pensó. No para Jordan. En realidad no importa lo que estén haciendo. No puede hablar. No se atreve.

Para nosotros nada es diferente de Reseune.

II

—¿Trabajando esta tarde? —preguntó el guardia de Seguridad, de pie en la puerta, y a Grant el corazón le dio un vuelco y empezó a latir enloquecido cuando levantó la vista de su escritorio:

—Sí —respondió.

—¿Ser Warrick no está hoy?

—No.

—¿Está enfermo?

—No.

Administración tenía que saber dónde estaba Justin. Ésta era una de las condiciones. Había cosas que él no podía mencionar, y el silencio resultaba irritante para un ser humano. El hombre lo observó de frente un momento, gruñó, frunció el ceño y siguió con sus rondas.

Grant dejó escapar un suspiro, pero la tensión seguía allí, lo que quedaba de un aumento brusco de la adrenalina, el miedo que lo había dominado desde que Justin le había dicho que iría a Planys.

Justin, solo, porque ésa era la segunda condición que había impuesto Administración. Grant había tranquilizado a Justin en su preocupación por él y se había negado a discutir el tema, porque Justin tenía que ir bajo cualquier condición, Justin tenía que ir: Grant no lo dudaba.

Pero tenía miedo, continuamente, un miedo que se intensificó cuando vio que el avión despegaba y volvió solo a Reseune.

En parte, se trataba de una ansiedad normal, se dijo: él confiaba en Justin; no se habían separado desde los incidentes que rodearon la muerte de Ari, y la separación traía malos recuerdos, claro.

Pero legalmente no estaba bajo el control de Justin. Perteneecía a Reseune; y mientras Justin no estuviera allí para interceptar a Administración y usar sus armas para protegerlo, no tenía ni protección ni derechos. Justin estaba en peligro, viajaba en manos de Seguridad de Reseune, lo cual podía ser una excusa para arreglar un incidente; pero era mucho más probable que se llevaran a un azi a un laboratorio donde podían someterlo a psicotest o pasarle cinta, y eso era lo que más le asustaba.

No servía de nada estar aterrorizado, se dijo, porque no había nada que pudiera hacer al respecto, ningún lugar donde ocultarse y nada que los detuviera si eso era lo que pensaban hacerle.

Pero la primera noche, que había pasado solo con todos los pequeños ruidos de un apartamento muy grande y sin ninguna idea de lo que estaba sucediendo al otro lado

del mundo, se había inyectado una dosis de adrenalina que Justin y él habían guardado con las dosis de trunk en la habitación de entrevistas, y además de todo esto había tomado kat.

Luego, se había sentado con las piernas cruzadas junto a su cama y se había hundido en las divisiones internas que había hecho en sí mismo, alterando las cosas paso por paso en una concentración que le había empapado la piel de sudor y lo había dejado mareado y débil.

No había estado seguro de poder hacerlo; cuando expulsó el mareo de la droga y el esfuerzo, no estaba seguro de que la combinación de adrenalina y catafórico sirviera, pero su corazón latía como un martillo y después de eso, lo único que pudo hacer fue permanecer tendido boca abajo en la cama, contar los latidos del corazón, y esperar que no se hubiera suicidado.

Había que llamar tonto a un diseñador que se metiera en sus propios grupos y empezara a revolverlos.

No era muy distinto, pensó Grant, de lo que hacían los azi de prueba cuando organizaban sus propias divisiones por categorías y controlaban la forma de integrar la nueva cinta. Era cuestión de conocer a fondo el propio mapa mental, conocerlo muy, muy bien.

Desconectó el ordenador, apagó la luz y cerró la puerta de la oficina al salir; avanzó por el pasillo desierto para volver al apartamento vacío y esperar otra noche.

Respuestas azi, confusas, primarias, le decían que fuera a ver a un supervisor. Que buscara ayuda. Que tomara una pastilla. Que no aceptara tensión en niveles profundos. Claro que la primera opción era extremadamente estúpida: no lo tentaba en absoluto. Pero tomar una pastilla y dormir toda la noche bajo sedantes resultaba muy tentador. Si se sedaba profundamente tal vez podría pasar la noche e ir a buscar a Justin por la mañana: parecía razonable, tal vez hasta aconsejable, porque el trunk presentaría un problema para cualquiera que viniera a buscarlo, y si pretendían hacerle algo en el último momento...

No, era cuestión de retrasar un avión, una cosa muy simple. Siempre podían conseguir más tiempo, si decidían que lo necesitaban.

En realidad, decidió, no se inyectaba trunk porque comprendía que sacaría alguna ventaja si pasaba por aquel trance sin ayuda; y en ese pensamiento, tal vez, no procedía del lado lógico e inferior de su mente, excepto que comprendía la ventaja del aprendizaje endocrino, ventaja que el *siéntete-bien-y-toma-cinta* no permitía. Si ese hubiera sido un mundo azi, todo sería blanco o negro, y muy claro. Eran los grises del pensamiento contradictorio los que hacían a los seres humanos. Respuestas matizadas en valores matizados, adquiridas bajo inestabilidad endocrinológica.

No le gustaba el dolor. Pero comprendía el beneficio que podía obtener de ese dolor.

También veía el beneficio de tener el trunk en el bolsillo, una dosis doble cargada en una jeringa de aerosol, porque si trataban de llevarlo a algún sitio, podía darles una emergencia médica por la cual preocuparse verdaderamente.

III

Nelly, pensaba Ari, todavía tenía problemas.

—Debemos tener cuidado con ella —dijo Ari a Florian y a Catlin, en una reunión en la habitación de Catlin y Florian, mientras Nelly estaba en el comedor ayudando a Seely a limpiar.

—Sí, sera —dijo Florian con voluntad; Catlin no dijo nada, lo cual era normal: cuando estaba de acuerdo con algo, siempre dejaba que hablara Florian. Lo cual no significaba que fuera tímida. Era así, eso era todo.

Y Nelly se había puesto muy nerviosa cuando Catlin empezó a enseñar a Ari cómo se hacía una presa de judo sobre el hombro en la sala.

—¡Te vas a hacer daño! —gritó Nelly—. Catlin, Florian, tened un poco más de cuidado.

En realidad, el que habría tenido que protestar era Florian porque él era quien estaba en el suelo. Le tocaba hacer de Enemigo. Florian estaba bien: podía aterrizar y levantarse de nuevo enseguida, pero Catlin no estaba enseñando qué hacer después de caer, y Florian permanecía en el suelo, quieto, paciente, mientras Catlin mostraba a Ari cómo asegurarse de que no se levantara de nuevo.

Nelly había oído el ruido de la caída, eso era todo, y había acudido rápidamente cuando Florian estaba en medio de la alfombra. Catlin estaba haciendo la demostración de cómo romperle el cuello a alguien, pero lo hacía muy despacio. Si lo hubiera hecho de veras, habría sido tan rápida que Ari ni siquiera la hubiera visto. Catlin y Florian le habían enseñado cómo caer, rodar y levantarse. Era maravilloso ver cuántas cosas podían hacer.

A veces jugaban a las emboscadas, cuando tenían todo el apartamento para ellos. Apagaban las luces y tenían que encontrar el camino a oscuras.

Ella siempre quedaba Atrapada. Estaba bien. A medida que transcurría el tiempo resultaba más difícil Atraparla y aprendía cosas nuevas constantemente. Era mucho más divertido que con Amy Carnath.

Florian le enseñó una serie de trucos acerca de los ordenadores y cómo preparar Trampas y hacer cosas muy feas con el Cuidador, como volar a alguien en pedazos si uno tenía una bomba, pero éstas estaban guardadas en la sección Militar. Ari sabía de las huellas de voces y cómo el Cuidador lograba reconocer a las personas, cómo las cerraduras de las huellas de manos estaban conectadas al ordenador de la Casa, junto con los cuadros de retina y todo tipo de cosas; y cómo hacer que se abrieran las cerraduras eléctricas sin una tarjeta llave.

Florian descubría las cosas muy rápido. Dijo que las cerraduras de la residencia

de la Casa eran de un tipo especial muy difícil de engañar. Dijo que el apartamento de tío Denys tenía una serie de cosas muy interesantes, como cerraduras especiales, muy especiales, unidas a algo que él no podía averiguar, pero que pensaba que era Seguridad: dijo que trataría de descubrirlo pero que podía meterse en problemas, que ellos eran mayores pero que lo haría sólo si Ari se lo pedía.

Y no quería decir estas cosas hasta que estaban fuera, porque él y Catlin habían descubierto otras cosas.

Como que el Cuidador oía lo que decían.

Era de un tipo especial, le había dicho Florian: podía ver y oír cualquier cosa, y era especialmente silencioso, así que nunca se sabía; y estaba especialmente escondido y protegido, con las funciones de cintas fuera del apartamento. Las cámaras y los micrófonos podían ser tan pequeños como cabezas de alfiler, las cámaras podían ser del tipo de ojo de pescado y los micrófonos, de cualquier tipo, de los que detectaban movimiento y sonido.

—Pueden ponerlos en las paredes —explicó Florian—, y es tan pequeñito y tan transparente que no se ve a menos que se revisen las paredes con una luz brillante y como de lado, o si uno tiene equipo, que es lo mejor, pero a veces tienen un foco realmente bueno. Y entonces pueden digitalizar lo que quieran y se puede ser mucho más exacto que eso. Lo mismo con el audio. Incluso pueden hacer un análisis de voz. Si quieren algo, lo consiguen. Si lo desean. Representa mucho trabajo. La mayoría de los Cuidadores son muy sencillos y se puede entrar en ellos. Los de la Casa son complicados, todo seguridad, todo compacto, y resulta difícil descubrir los micrófonos si los ponen en el cemento entre las piedras y todo eso.

Eso la había puesto muy incómoda.

—¿Incluso en el baño? —había preguntado. Florian asintió.

—Especialmente allí, porque si uno está vigilando, siempre van a tratar de hacer cosas en los sitios donde no creen que hay un micrófono.

Entonces ella había ido a ver al tío Denys y le había preguntado, toda preocupada:

—Tío Denys, ¿hay un espía en mi baño?

Y el tío Denys había dicho:

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Hay uno?

—Es para Seguridad —explicó el tío Denys—. No te preocupes. No lo conectan a menos que sea necesario.

—No quiero que haya uno en mi baño.

—Bueno, no eres una ladrona, ¿no, querida? Y si lo fueras, sonaría una alarma en Seguridad y el Cuidador miraría y escucharía. No te preocupes.

—Sí, ser —había dicho ella y había hecho que Florian registrara el baño hasta que encontró los lentes y los micrófonos y puso un poco de arcilla encima. Excepto en el

que había en el altavoz de la pared. Así que ella colgó una toalla allí, pero Nelly la retiraba siempre, aunque ella siempre la colocaba de nuevo en su sitio.

Florian descubrió los del dormitorio también, pero el tío Denys la llamó y dijo que en una prueba regular que hacían siempre Seguridad había descubierto que los espías del baño estaban tapados, y que iba a dejarla tapar los del baño, pero el resto eran Seguridad del apartamento y no podía tocarlos.

Así que Ari no los tocó.

Ésa no era la única Seguridad. Catlin le dijo que Seely era miembro de Seguridad. Y Abban, el azi de Giraud. Ella se daba cuenta de eso. Florian dijo que a él también se lo había parecido.

Catlin también le enseñó cosas: cómo quedarse quieta para que nadie pudiera oírlo y dónde había que pegar si la atacaban.

Así que el tío Denys no tenía que estar tan preocupado por la seguridad cuando ella paseaba por los pasillos.

Y cuando llegara la carta de mamá... tenía que llegar pronto, había contado los meses, entonces ella misma se cuidaría en el viaje a Fargone.

Tenía mucho más miedo de verse con extraños ahora, porque había empezado a entender que había mucha gente fuera de Reseune que quería entrar en determinados lugares y robar, y muchos que podían matarte o Atraparte y robarte a ti, no a tus cosas; pero al menos era un miedo que le permitía darse cuenta de si alguien quería hacer algo malo; y estaba aprendiendo a manejar a la gente mala por otros sistemas, no sólo Atrapándolos con las palabras y Trabajándolos.

Realmente le gustaría hacerle algo de eso a Amy Carnath.

Pero ahí era donde se dejaba de hablar de deseos y se empezaba a saber lo lejos que se podía ir, por todos lados, y Amy estaría muerta de verdad, lo cual significaba que no se podía traerla de vuelta y no podría Trabajarla ni Atraparla.

Si había tiempo suficiente, se conseguía mucho más Trabajando a la gente.

Eso era algo que Ari enseñó a Florian y a Catlin. Pero no mucho. Primero, porque eran azi y no se les podía empujar y resultaba difícil enseñarles cómo empujar a otros; y, segundo, porque ella no quería que aprendieran cómo hacérselo a ella.

En primer lugar, tenía que ser la mejor. Era su supervisora.

En segundo lugar, a veces le daban miedo; a veces, los quería de verdad y a veces hubiese deseado no tenerlos porque la enfurecían y la hacían reír y la hacían pensar, en mitad de la noche, que no debería quererlos tanto porque tal vez mamá no le dejaría llevárselos.

No sabía por qué pensaba eso, pero le dolía mucho y la incomodaba que la gente la asustara y le hiciera daño.

—No deberíamos meternos en líos —dijo a Florian y a Catlin cuando entraron en la habitación después de que Nelly los regañara; y finalmente, porque estaba en su

mente, enredada con lo que quería decirles hacía ya mucho tiempo, pero resultaba difícil ponerlo en palabras y le hacía doler el estómago—: Sé de mucha gente que no está más aquí. Cuando alguien se mete en líos, ellos lo Desaparecen.

—¿Qué es eso? —preguntó Florian.

—No estar aquí, eso es todo.

—¿Muertos? —preguntó Catlin.

El corazón de Ari le dio un brinco en el pecho. Meneó la cabeza, con fuerza.

—No, Desaparecen, eso es todo. A Fargone o a alguna otra parte. —Lo que seguía era difícil de poner en palabras. Les advirtió con un gesto que se quedaran bien callados o ella se enojaría, porque no iba a hablar de Nelly—. Mi mamá y su azi Desaparecieron. Ella no quería. El tío Denys dice que tenía cosas importantes que hacer en Fargone. Tal vez sea cierto. Tal vez no. A lo mejor es lo que me dicen porque soy pequeña. Muchos niños Desaparecieron también. Por eso tengo mucho cuidado. Vosotros también debéis tener cuidado.

—Si alguien nos Desapareciera —dijo Catlin—, volveríamos.

Típico de Catlin. Catlin volvería, claro, pensó Ari, o al menos ella y Florian harían mucho daño.

—Mi mamá es muy inteligente —continuó Ari—, y Ollie es muy fuerte, y no estoy segura de que se limiten a agarrarte por el brazo. Tal vez te Trabajan, ya sabéis, o te engañan con psicología.

—¿Quién es nuestro Enemigo? —preguntó Florian.

Era su forma de pensar. El corazón de Ari latió con fuerza. Nunca había hablado así con nadie. Nunca había pensado como lo haría un azi, sin estar en medio de todo. Las cosas cobraban sentido de pronto cuando uno pensaba como ellos, eran claras, simples, sin problemas. Y cuando uno pensaba: ¿y si realmente hay un Enemigo? Se sentó y trató de pensar en quién podría hacer cosas como raptar gente y convencer a otros y hacer desaparecer gente mayor y fuerte sin que ellos pudieran evitarlo.

Aferró a Florian y lo acercó bien a ella y le murmuró directamente en el oído entre las dos manos, como se hace cuando uno quiere que algo sea realmente secreto, por el Cuidador, y si hablaban de un Enemigo, uno no podía saber dónde estaba a salvo.

—Creo que puede ser Giraud. Pero él no es un Enemigo corriente. Puede darnos órdenes. Da las órdenes de Seguridad.

Florian la miró realmente preocupado. Catlin le dio un codazo y él se inclinó hacia ella y le murmuró en el oído.

Entonces Catlin pareció asustada, y eso no era frecuente en Catlin.

Ari aferró a Catlin y murmuró:

—Es el único que puede haber Atrapado a mi mamá.

Catlin le murmuró también:

—Entonces, tienes que Atraparlo a él primero.

—Tal vez no sea él —murmuró Ari. Y se sentó y pensó mientras Catlin se lo repetía a Florian. Florian dijo algo y luego se inclinó y le dijo a Ari:

—No deberíamos estar hablando de esto ahora.

Ella miró a Florian, asustada.

—Un mayor es muy peligroso —continuó Florian. Y en un murmullo aún más débil—: Por favor, sera. Mañana. Fuera.

La entendían, entonces. La creían, no sólo porque fuera azi. Lo que ella decía tenía sentido para ellos. Ella se abrazó las piernas y se sintió temblorosa y estúpida y enfadada consigo misma; y al mismo tiempo pensó que no había entendido muchas cosas porque no les había encontrado el sentido. Había pensado que las cosas pasaban porque sí, porque siempre habían pasado y porque el mundo era así. Pero eso era una estupidez. Las cosas no pasaban sin más, la gente hacía que pasaran, y Florian y Catlin lo sabían como lo habría sabido ella si no hubiera estado ahí, frente a sus ojos, siempre.

¿*Qué es raro?* era un juego que acostumbraban a jugar. Florian o Catlin decían: ¿qué es raro en la sala? Y medían el tiempo para ver cuánto tardaba en encontrarlo. Una o dos veces ella ganó a Catlin y una vez ganó a Florian; una o dos veces puso las cosas tan bien que ellos tuvieron que darse por vencidos. No era estúpida con esas cosas. Pero se sentía tonta con respecto al Enemigo.

Lo tonto era pensar que las cosas tenían que ser como eran.

Lo tonto era que cuando mamá se fue, ella había pensado que alguien debía de haberla obligado, pero luego lo había organizado todo para que eso careciera de importancia; si mamá no había podido llevarla, era porque Ari era una niña y el viaje entrañaba peligros. Y eso era lo que había estado mirando todo el tiempo mientras la Cosa Rara estaba ahí, directamente frente a sus ojos.

Lo tonto era que ahora tampoco quería pensarlo hasta las últimas consecuencias, no quería pensar que si había un Enemigo y había Atrapado a mamá, en realidad era posible que mamá no estuviera bien; y tenía miedo de pensar eso.

Recordaba haber discutido con el tío Denys sobre la fiesta el año anterior. Ella no quería que Giraud asistiera, y el tío Denys había dicho: *Eso no está bien, Ari. Es mi hermano.*

Aquello también la asustaba.

La asustaba porque el tío Giraud tal vez Atraparía al tío Denys y lo Trabajaría para obligarlo a hacer cosas. El tío Giraud tenía a Seguridad; y ellos tal vez podían quedarse con sus cartas. Tal vez no dejarían que las cartas llegaran a mamá.

Y eso deshacía todo el plan.

Tonta. Tonta.

De pronto se sintió mareada, enferma. Y no podía preguntar la verdad al tío

Denys. Denys sólo le diría: *Es mi hermano.*

IV

Giraud se sirvió más agua y bebió, mientras hojeaba los informes, aburrido, y los tutores discutían los méritos relativos de dos ensayos, uno sacado de los archivos y el otro, actual.

Denys, Peterson, Edwards, Ivanov y Morley: todos alrededor de la mesa, discutiendo la importancia de la elección de vocabulario en los niños de ocho años. No era el campo de Giraud. Era el de Peterson, y que Dios ayudara a los demás.

—El desarrollo verbal —dijo Peterson con aquel murmullo idiotizante que era su personalidad en todo su apoyo— es el punto siete, la anomalía significativa en los Desarrollos de Gonner...

—No veo ningún motivo de preocupación —le interrumpió Denys—. La diferencia radica en Jane y Olga, no en Ari y Ari.

—Claro que se puede argumentar que la batería Gonner no tiene valor frente al concepto. Hermann Poling señalaba en su artículo que...

Seguía y seguía. Giraud dibujó cuadraditos en la agenda. Peterson hacía un buen trabajo. Cuando se le hacía una pregunta, se obtenía una conferencia previamente grabada. La deformación profesional de los maestros. Los colegas y los desconocidos obtenían de ellos lo mismo que los jóvenes a quienes enseñaban.

—En suma —concluyó Giraud finalmente, cuando el agua de su vaso se redujo a la mitad y tuvo el papel lleno de cuadrados—, en pocas palabras, usted opina que la diferencia radica en Olga.

—El artículo de Poling...

—Sí. Claro. Y no considera necesario aplicar cinta correctiva.

—Las otras notas implican una correspondencia sustancial...

—Lo que quiere decir John —intervino Edwards— es que ella tiene una buena comprensión, conoce las palabras, pero como gran parte de su desarrollo fue precoz, desarrolló un vocabulario interno que ahora funciona como una especie de lenguaje telegráfico.

—Tal vez haya un efecto secundario si insistimos en que modifique vocabulario —dijo Denys—. Posiblemente su vocabulario no describe el mundo que la rodea. Simplemente prefiere la jerga social y su propia jerga interna, y yo no he tratado de impedirselo. Comprende las palabras, las pruebas son concluyentes al respecto. Además, no estoy seguro de que estemos analizando el asunto desde todos los ángulos. Prefiero decir que se está resistiendo a alguna de las pruebas.

—¿Por qué?

—Jane —respondió Denys—. La niña no la ha olvidado. Esperaba que las cartas

nos dieran un margen de tiempo. Esperaba que los azi le proporcionaran algo en qué pensar.

—No cree —dijo Edwards— que la forma en que se manejó el asunto la hizo aferrarse a esa etapa; quiero decir, un énfasis inconsciente en ese estadio de su vida, un aferrarse a esos recuerdos, un negarse a abandonar esa etapa, una especie de espera.

—Una teoría interesante —comentó Giraud, inclinado hacia delante sobre los brazos—. ¿Hay una razón en particular?

—La cantidad de veces que dice: «Mi mamá decía...». El tono de voz.

—Quiero un examen de voz acerca de este aspecto —declaró Denys.

—Ningún problema —dijo Giraud—. Desde luego, hay que estudiarlo. ¿Hace referencia a otra gente?

—No —dijo Edwards.

—Ningún miembro de la familia. Amigos. Azi.

—Nelly. «Nelly dice». Cuando está relacionado con algo de la casa. A veces es «a mi tío Denys no le importa» eso o aquello. No respeta lo que dice Nelly ni sus opiniones, pero expresa el deseo de no hacerle daño. «Tío Denys» tiene una referencia mucho más respetuosa, pero se sirve del nombre como de una moneda. Siempre recuerda a los demás que «mi tío Denys se interesa en esto o aquello». —Edwards se aclaró la garganta—. Y va directo al grano, dice que su ascendente con el «tío Denys» puede conseguirme a mí una oficina mejor.

Denys jadeó, sorprendido, y después se rió, para alivio de Edwards.

—¿Como la invitación a la fiesta?

—Más o menos, algo parecido.

—¿Y Ollie? —preguntó Giraud.

—Muy pocas veces. Casi nunca. Y ahora soy preciso. Diría que mencionaba mucho a Ollie después de la partida de Jane. Ahora, creo que no he oído el nombre desde hace mucho. Tal vez más de un año.

—Interesante. ¿Justin Warrick?

—Nunca lo menciona. Yo lo saqué a colación, ¿recuerdan? Y ella quería abandonar el tema. Éste nombre no aparece nunca.

—Vale la pena hacer que el ordenador busque los nombres —dijo Denys.

En todas las cintas. Años de cintas. Giraud dejó escapar el aire y asintió. Más personal. Más tiempo de ordenadores. Mierda, y había presión externa. Mucha presión. Finalmente estaban preparados para hacerlo público, para dar a conocer la historia; y tenían una anomalía, tenían una niña mucho menos seria que la primera Ari, mucho más caprichosa y con un temperamento más moderado. Los azi no habían ayudado. Últimamente parecía un poco más seria, el vocabulario se había desarrollado un poco: Florian y Catlin eran mejores que ella en las redacciones, pero

el problema no consistía en eso, Ari no había olvidado a su madre; y el asunto Warrick, cuando Yanni reveló de pronto que el joven Justin les había dado un trabajo que estaba volviendo locos a los ordenadores de Sociología.

Dáselo a Jordan, había sugerido Denys. Envía a Justin con Jordan. Los Warrick causarán menos problemas con el proyecto si están ocupados, y tú sabes que Jordan trabajaría en cualquier tema si le diera la oportunidad de ver a su hijo.

Y eso significaba problemas con Defensa: estaban celosos por el tiempo de Warrick. Tal vez Defensa se interesaría en Justin Warrick: no había forma de que pasara desapercibido, y a su manera Defensa quería cualquier cosa que pareciera importante, o útil, o anómala.

Mierda y más mierda.

Ari lo quería, había dicho Yanni. *Y debo decir que hay algo ahí, mierda.*

Estaba la paradoja del proyecto: ¿hasta dónde debía alcanzar la réplica? ¿Cuántos individuos, esenciales unos para otros? Gracias a Dios las relaciones de la primera Ari habían sido muy limitadas en lo referente a contactos personales, pero habían sido mucho más numerosas en cuanto a las agencias de noticias y al contacto con el público desde una edad muy temprana.

—Tenemos que seguir adelante —declaró Giraud—. Tenemos que ponerla frente al público, por muchísimas razones. Lu ya ha perdido la paciencia y apenas nos queda tiempo. No podemos equivocarnos, nos resultará imposible sobrevivir a un error.

Nadie dijo nada. El peligro y los problemas eran obvios.

—Los resortes de los problemas están todos ahí —dijo Petros—. No hemos usado todos los recursos. Creo que un poco más de presión académica puede ser de ayuda. Presionémosla. Hay que frustrarla. Darle tareas en las que no tenga posibilidad de éxito. Acelerar el programa.

Petros siempre había aconsejado la misma estrategia.

—No ha experimentado la frustración intelectual —dijo Denys—, todavía.

—Tampoco queremos que la escuela llegue a aburrirla por completo —ladró Giraud—. Tal vez debamos pensar en esto seriamente. ¿Qué dicen los ordenadores últimamente, cuando no están trabajando con los proyectos escolares de Justin Warrick?

—¿Lo volvemos a pasar por ordenador? —intervino Peterson—. No creo que haya cambios significativos. No creo que podamos olvidar los resultados que tenemos. Acelerar el programa cuando hay una anomalía...

Petros se inclinó hacia delante, con la mandíbula tensa.

—¿Permitir que el programa se estanque mientras la anomalía se extiende? ¿Eso es lo que usted sugiere?

—Doctor Ivanov, permítame terminar con la idea.

—Ya sé cual es su idea, todos la conocemos, mierda.

Giraud se sirvió otro vaso de agua.

—Ya basta —dijo—. Ya basta. Vamos a hacer las pruebas. Usaremos tiempo de ordenador. Conseguiremos las respuestas. Tengamos la entrevista mañana, ¿de acuerdo?

Sobre todo el examen de voz, ésa era la mejor pista, pensó. Todas esas sesiones y lecciones para estudiar.

El proyecto devoraba tiempo de ordenador a una velocidad increíble. Y las variantes seguían proliferando.

Y las solicitudes del Comité de Investigación del Concejo, que quería ver los documentos de la forma en que el Departamento de Ciencias, había involucrado en el proyecto Gehenna, porque la Alianza estaba formulando preguntas muy duras y pedía cada vez más información sobre los colonos de Gehenna y lo estaba relacionando muy estrechamente con una mejora en las relaciones entre la Unión y la Alianza.

Los centristas y los abolicionistas querían que se hicieran públicos todos los archivos. El servicio de inteligencia de Giraud informaba que Mikhail Corain estaba consiguiendo pruebas para pedir un proyecto de ley de Publicación de Documentos en el Concejo a fin de que todos los archivos Emory se hicieran públicos. Decían que había otros proyectos secretos, otras bombas de relojería que esperaban su momento, y que la seguridad nacional tenía precedente sobre la soberanía de Reseune, que Reseune no tenía derechos sobre las notas y documentos que había reunido Ariane Emory como canciller de Ciencias, que todo eso se había convertido en propiedad de la Unión tras su muerte y que era necesario aprobar un proyecto de ley de Publicación para descubrir qué pertenecía a Reseune y qué documentos de Emory pertenecían a los archivos de la Unión.

Había bombas de relojería, eso era cierto. La principal era una que tenía ocho años, y exponerla a la hostilidad y a la burla de Novgorod, convertirla en el centro de la controversia...

Todo se reducía a ese punto crítico. Tenían que hacerlo público. Antes de que un proyecto de ley de Publicación pusiera todos los secretos del futuro de Ari a la vista del público, donde una niña precoz de ocho años podía tener acceso a ellos en un momento poco apropiado, fuera de la secuencia del programa.

V

Las clases eran por la mañana. Ari tenía las suyas con el doctor Edwards en la oficina del maestro o en el laboratorio de estudios, pero ahora no eran solamente por la mañana, también después del almuerzo en la biblioteca y en el laboratorio de cintas, así que había mucho control y el doctor Edwards le hacía preguntas y exámenes.

Catlin y Florian también tenían sus clases todos los días, clases de otro tipo, en la ciudad, en un lugar que llamaban los Barracones Verdes; y una vez a la semana tenían que quedarse allí a pasar la noche. Eso era cuando hacían una Habitación o un ejercicio especial. Pero casi siempre se encontraban con ella en la biblioteca o el laboratorio y la acompañaban a casa.

Ése día lo hicieron, los dos muy correctos y solemnes en sus uniformes negros, pero más solemnes que siempre cuando la llevaron hasta las puertas y al exterior, al sendero.

—Éste es el lugar más seguro para hablar —indicó Catlin.

—Pero no se sabe nunca —dijo Florian—. Hay equipos que pueden llegar hasta aquí si ellos quieren. No podemos asegurar que no estén escuchando, lo mejor es cambiar de sitio constantemente para que no esperen que digamos algo que ellos quieren oír y entonces no se molesten en escuchar. Es mucho trabajo instalar un espía si el sujeto se mueve constantemente.

—Si no nos oyeron anoche, no creo que estén escuchando —dijo Ari. Sabía cómo portarse lo bastante bien para no meterse en líos sin que su comportamiento suscitara sospechas de que estaba planeando algo raro. Pero no lo dijo. Caminó con ellos hacia el estanque de los peces. Llevaba comida en el bolsillo—. ¿Qué ibais a decirme?

—Mira —dijo Catlin—. Hay que golpear primero al Enemigo si se puede. Pero hay que estar seguro, primero, de quién es el Enemigo. Luego ver cuántos son, dónde están y qué tienen. Eso es lo que hay que averiguar ahora.

—Cuando el Enemigo es un mayor —explicó Florian—, resulta difícil averiguar todo esto, porque ellos saben mucho más.

—Si no esperas un ataque —dijo Catlin—, se puede Atrapar a cualquiera.

—Pero si lo intentamos y fallamos —dijo Florian—, entonces ellos trataran de Desaparecernos. Así que no estamos seguros, Sera. Creo que a lo mejor podemos Atraparlos. En serio. Podríamos robar algo que los Atrapara. Éstas cosas están en Suministros y son muy descuidados con ellas. Deberían arreglarlo. Pero yo puedo conseguir algo. Y podríamos matar al Enemigo, pero es peligrosísimo. Cuando es un mayor, hay una única oportunidad. En general hay solamente una.

Eso hacía que muchas de sus ideas se ordenaran en su cabeza. Click. Caminó con

las manos en los bolsillos y dijo:

—Y si no sabemos todo eso, será peor que fallar; no sabremos a quién Atrapar después. Hay cosas que tienen que ver con todo Reseune, está lo que van a hacer sus compañeros, está saber quién es amigo y quién no, y quién va a hacerse cargo de las cosas, y no podemos hacer todo eso.

—No lo sé —suspiró Florian—. Usted tiene que saber esas cosas, sera, nosotros no podemos. Sé que podemos Atrapar a uno, tal vez a dos, si nos separamos, o si podemos tener los blancos en el mismo lugar. Los blancos principales, quiero decir. Pero los que nos persiguen son más de dos.

Llegaron al estanque de los peces. Ari se arrodilló en el borde del agua y extrajo la bolsa de comida para peces del bolsillo. Catlin y Florian se arrodillaron junto a ella.

—Aquí tenéis —dijo ella, pasándoles la bolsa para que cogieran un poco y luego arrojó un pedacito al agua para el pez blanco que subía desde debajo de los nenúfares. Blanco y rojo fue casi tan rápido como él. Ella vio cómo subían a buscar comida y vio el golpe y los círculos en el agua y el vaivén de los nenúfares—. No es fácil —dijo finalmente—. No podemos Atraparlo todo. Hay demasiadas cosas. Relaciones. Es importante; tiene a mucha gente con él, no sólo en Reseune y lo que tiene... Seguridad, por ejemplo... No sé qué más. Así que incluso si él desapareciera... —Era raro y desagradable estar hablando de matar a alguien. No parecía real. Pero lo era. Florian y Catlin podían hacerlo. En serio. Ella no estaba segura de que eso la consolara, pero le daba la sensación de que las cosas ya no se le acercaban para devorarla... Todavía tendríamos muchos problemas. Además —suspiró—, podrían Atrapar a mamá y a Ollie. De verdad. —No entendían esa parte, pensó, porque nunca habían tenido una madre, pero la miraron como si la tomaran muy en serio—. Sí, podrían hacerlo. Ella está en Fargone. Le envié cartas. Ya debería haberme contestado. Ahora, ya no estoy segura. —Mierda, iba a lloriquear. Vio a Florian y a Catlin que la miraban, preocupados, conmovidos—. No estoy segura —dijo ella rápido, con la voz y dura y furiosa—, tal vez nunca llegaron a enviarlas.

No la entendían, claro. Trató de pensar en algo que ellos tuvieran que saber y ella hubiera olvidado mencionar.

—Si hay un Enemigo —dijo—, no sé lo que quiere. A veces pienso que mamá me dejó aquí porque era muy peligroso ir con ella. A veces pienso que me dejó porque la obligaron. Pero no sé por qué y no sé por qué no me lo contó.

Los azi permanecieron un instante en silencio. Luego, Florian dijo:

—No creo que yo pudiera decirlo. Ni Catlin. Es CIUD. No entiendo a los CIUD.

—Los CIUD tienen relaciones —dijo ella. Era como explicarles cómo Trabajar a alguien. No le gustaba contárselo. Lo explicó colocando los dedos como en un anzuelo, uno con otro—. Con otros CIUD. Como tú con Catlin y Catlin contigo y los

dos conmigo. A veces no son vínculos muy fuertes. A veces son muy fuertes. Eso es lo primero. Los CIUD pueden hacer cosas uno por otro, a veces porque eso les da satisfacción, a veces porque se están Trabajando. Y a veces hacen cosas para Atraparse. Muchas veces es para protegerse, a veces es para proteger a sus relaciones: las relaciones quedan muy en peligro cuando se permite al Enemigo conocer dónde están tus relaciones o si algunas de ellas son personas con las que el Enemigo también está relacionado. Como hacer un edificio con palitos.

Ojos muy abiertos, atentos. Ojos llenos de ansiedad. Hasta los de Catlin.

—Así que se puede Trabajar a alguien para obligarlo a hacer una cosa si se le dice que van a hacerle daño a él o a alguien que está relacionado con él. Como vosotros, si alguien fuera a hacerme daño: reaccionaríais. —Mientras lo decía, Ari pensó: *Así que debe ser a mamá a quien persiguen, porque mamá es importante. Si eso es verdad, ella está bien. La están Trabajando a través de mí.*

No puede ser al revés. No me dijeron que fueran a hacer daño a mamá.

Pero ¿podría ser?

Son mayores, como dice Florian, y siempre saben más y no dicen todo lo que hay que saber.

—Ésa es una forma de Trabajar a la gente —continuó ella—. Hay otras. Como descubrir lo que quieren y fingir que se va a hacer y después negarse, si no hacen algo por uno. Pero mamá no me habría dejado por algo que ella quisiera.

¿O sí?

¿Hay algo que pudiera querer más que a mí?

¿A Ollie?

—Siempre hay formas de Atrapar a alguien así —explicó—, en lugar de sólo Trabajarlo. Hay que lograr que se metan en problemas. No es muy difícil. Claro que hay que saber.

¿Qué podría meter a Giraud en problemas?

¿Qué podría obtener de él si pudiera Trabajarlo así?

—Hay que saber lo mismo: quiénes son, cuántos son, qué tienen. Todo igual. Pero se puede descubrir Trabajándolos un poco y después viendo qué hacen.

Los ojos de los dos no se apartaban de ella. Estaban aprendiendo, eso era lo que pasaba, estaban prestando atención a la manera de los azi, y no iban a hacerle preguntas hasta que no terminara.

—Yo —continuó ella, pensando con cuidado en lo que estaba revelándoles— no doy nada a nadie. Se llevan a Nelly y le hacen preguntas, y ella se lo cuenta todo. A ella no puedo Trabajarla. Ojalá pudiera. Pero si tratan de llevaros a vosotros, os Trabajaré bien. Es más fácil. *El tío Denys dijo que vosotros sois míos. Así que si Seguridad os pide que vayáis al hospital, primero venid a verme a mí. Es una orden. ¿De acuerdo?*

—Sí, sera. —Un movimiento, un gesto con la cabeza, los dos al mismo tiempo.

—Pero nosotros no somos como Nelly —objetó Florian—. Nadie nos puede dar órdenes, excepto usted. Primero tienen que pedirle permiso a usted y usted tiene que transmitirnos la orden. Es la Regla, porque si no, tenemos que Atraparlos.

Ella no lo sabía. Nunca lo había sospechado. En cierto sentido la tranquilizaba, pero también la hacía sentir amenazada. Como si todo hubiera sido siempre más grave de lo que ella suponía. Y ellos dos lo habían sabido siempre.

—Si vienen, yo les diré que no. Pero son más fuertes que vosotros.

—Sí —reconoció Catlin—. Pero es la Regla. Y lo saben. No podemos recibir órdenes de nadie más. Ella respiró una vez, con fuerza.

—¿A pesar de que el tío Denys es un supervisor?

—No es supervisor para nosotros —dijo Catlin—. Usted nos dijo que le obedeciéramos. Y a Nelly. Lo hacemos. Pero si hay algo importante, acudimos a usted.

—A partir de ahora, acudid siempre a mí, aunque sea para algo como «levanta eso». No vayáis a ningún lado ni con nadie que os ordene hasta que yo lo sepa.

—Sí. Si usted nos lo dice, ésa es la Regla.

—Pero id con astucia. No luchéis. Escapaos.

—Eso es inteligente. Está muy bien, sera.

—Y nunca, nunca, contéis nada de mí, y no importa quién os pregunte. Mentid si es necesario. Portaos bien, como niños obedientes, y después contadme lo que os hayan preguntado.

—Sí, sera. —Los dos asintieron con firmeza.

—Os voy a contar un gran secreto. Nunca le digo nada a nadie. Como en mi examen esta mañana. Podría haber contestado mejor. Pero no quiero. No dejéis que nadie más que yo averigüe lo que sabéis en realidad.

—¿Es una Regla?

—Es una Regla muy importante. Hay un chico que se llama Sam: antes yo jugaba con él. Es el que me dio el bicho. No es muy inteligente pero todo el mundo lo quiere... y me doy cuenta de que casi siempre debe de ser más fácil ser Sam. Así consigo que mucha gente se porte mejor; así hasta la gente tonta puede entender lo que necesito que entiendan si quiero Trabajarlos. Pero no deben saber que no soy así en realidad, no hay que dejar que nadie se entere. Así que no os descuidéis. Aprendí eso de Sam y del tío Denys. Él lo hace. Es muy inteligente, siempre usa palabras fáciles y cortas y sabe cómo hacer que la gente lo entienda. Ésta es una de las cosas que hay que hacer. Y no debemos dejar que ellos sepan que lo estamos haciendo a menos que eso forme parte del plan. No vamos a dejar que lo sepan. Así que esto es lo que vamos a hacer. Vamos a portarnos muy bien con Giraud. Pero no ahora mismo. Primero vamos a fastidiarlo. Después lo dejamos que grite y actuaremos como si

hubiera gritado demasiado y después hacemos que haga algo por nosotros para disculparse. Después no va a sorprenderse cuando nos portemos bien porque pensará que él nos está Trabajando a nosotros. Así es como se Trabaja a un mayor.

—Es astuto —dijo Catlin y sonrió, sí, sonrió.

—Os voy a contar otro gran secreto. He estado contando los «¿Qué Es Raro?». Es Raro que la gente Desaparezca. Es Raro que mamá no me dijera que se iba y que no se despidiera. Es Raro que Nelly vaya al hospital tantas veces. Es Raro que una niña CIUD tenga dos azi y sea supervisor. Es Raro que tengan que hacerme análisis de sangre con tanta frecuencia. Es Raro que vaya a fiestas de mayores y otros niños no. Es Raro que yo sea tan inteligente. Es Raro que vosotros tengáis un trabajo cuando todavía sois unos niños. Y podría seguir contando. Creo que hay muchos. Demasiados. Quiero que penséis y me digáis lo que se os ocurra. Y decidme cómo podéis conseguir cosas sin que os atrapen.

VI

El avión aterrizó, frenó y se deslizó hacia la terminal, y Grant soltó un suspiro de alivio, un alivio intenso mientras lo observaba por las ventanas.

Todavía tenía que esperar un buen rato: estaba el procedimiento de Descon para todo lo que procedía del otro hemisferio, no sólo los pasajeros, que debían pasar por Descontaminación, sino el equipaje, al que había que tratar y registrar, y el avión mismo, que tenían que lavar y fumigar.

Todo el proceso estaba empezando cuando Grant abandonó las ventanas y se dirigió a la sección de Descon y se colocó al otro lado de las puertas blancas, las manos apretadas entre las rodillas, flexionándose, aferrándose, un tic nervioso, claro. Estás demasiado tenso, le habría dicho un supervisor si lo hubiese visto.

Un supervisor podía decir eso de cualquier CIUD en cualquier momento, pensó Grant. El pensamiento contradictorio alimentaba estas reacciones. El grupo mental de los azi decía: no hay suficientes datos para resolver el problema, y los azi cuerdos y sensatos lo archivaban y lo olvidaban para poder encargarse de otros asuntos. Un CIUD se arrojaba sobre un problema con datos insuficientes una y otra vez, exploraba las contradicciones en sus percepciones y los matices de valores en sus opiniones, y alteraba su sistema endocrino, que a su vez disparaba un aprendizaje capaz de contradicciones, proceso que convertía en hiperactivos los procesos de integración en la contradicción. Últimamente él actuaba de esta forma con demasiada frecuencia, y no le gustaba. Odiaba el grado de tensión con que vivían los CIUD.

Y aquí estaba, sentado, preocupado por cuatro o cinco problemas a la vez, simplemente porque se había convertido en un adicto a la adrenalina.

Las puertas blancas se abrieron. Parte de la tripulación pasó por su lado. Lo ignoraron. Se alejaron por el gran salón. Luego volvieron a abrirse las puertas y salió Justin. Grant se puso en pie, captó el alivio y la alegría en la expresión de Justin y fue y lo abrazó porque Justin lo esperaba con los brazos abiertos.

—¿Estás bien? —preguntó Grant.

—Muy bien. Jordan está bien. —Justin se hizo a un lado para no cortar el paso a otros que salían por la puerta y caminó. Grant lo seguía—. Tengo que ir a buscar mi portafolios y la maleta —dijo y caminaron hacia Equipajes, donde las dos cosas esperaban, fumigadas, irradiadas, suponía Grant, controladas y fotografiadas cuidadosamente.

—Yo las llevo —dijo Grant.

—Ya las tengo —dijo Justin, cogiéndolas. Echaron a andar hacia las puertas, hasta el autobús que los llevaría a la Casa.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó Grant cuando estuvieron donde probablemente no había micrófonos espías, entre las puertas, hacia la oscuridad.

—Sí —dijo Justin y le dio las maletas al azi que llevaba los equipajes.

Seguridad estaba en el autobús, pasajeros normales como ellos, desde ese punto. Se sentaron, los últimos. El conductor cerró las puertas y Justin se dejó caer en el asiento cuando el autobús arrancó del pórtico iluminado de la terminal y se dirigió a la Casa.

—Hablé con Jordan. Estuvimos despiertos toda la noche, hablando. Los dos hubiéramos querido que estuvieras allí.

—Yo también.

—Es mucho mejor de lo que había supuesto. Mucho peor en algunos sentidos, y mucho mejor en otros. El personal es bueno. Gente realmente buena. Se está arreglando mucho mejor de lo que yo creía. Y Paul está muy bien. Los dos. —Justin estaba un poco afónico. Exhausto. Inclino la cabeza contra el respaldo del asiento y dijo—: Va a estudiar mis proyectos. Dice que al menos ahí hay algo que los ordenadores no pueden manejar. Que le interesa mucho y que no me dice eso sólo para que vaya. Hay posibilidades de que pueda volver antes de que termine el año. Tal vez tú también. O tú solo. Desea mucho verte.

—Me alegro —dijo Grant.

No había mucho más que pudieran decir, en detalle. Grant se alegraba sinceramente. Se sintió contento cuando se detuvieron en el pórtico de la Casa, atravesaron la puerta principal y Justin insistió en llevar su propio equipaje, obstinado, siempre el mismo, a pesar del cansancio.

—Tú no vas a llevar mis maletas —le ladró, afónico.

Porque Justin odiaba que pareciera un criado en público, incluso cuando se trataba sólo de hacerle un favor.

Pero le dejó llevarlas y ponerlas contra la pared cuando entraron en el apartamento y se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sillón con un suspiro.

—Fue hermoso —dijo—. Todo el tiempo. Me resulta difícil creer que he estado allí de verdad. O que he vuelto. Es diferente por completo.

—¿Whisky?

—Un poco. He dormido en el avión. En realidad estoy rendido.

Grant le sonrió y Justin asintió a medias un poco después, como con retraso. Grant fue a servir el whisky, ahora ya no importaba que pareciera un criado. Preparó dos vasos.

—¿Cómo estuvo todo por aquí? —preguntó Justin, y hubo un salto desagradable en el estómago de Grant.

—Bien —respondió—. Bien. —Se sintió peor cuando le terminó de preparar la bebida y puso el vaso en manos de Justin.

Justin lo cogió. A Grant le temblaba la mano mientras tomaba un sorbo, y Justin lo miró con los ojos terribles, agotados. Y sonrió con la misma expresión mientras levantaba el vaso en un brindis seco. No había forma de averiguar a ciencia cierta si alguno de los dos había sido manipulado, eso era evidente.

Pero estaba bien. Si Seguridad había intervenido, ellos no podían hacer absolutamente nada. No había nada, pensó Grant, que valiera la pena si había pasado eso.

Grant levantó el vaso de la misma forma y bebió.

Luego se dirigió al dormitorio y sacó una nota de debajo de la almohada de Justin. Se la trajo a la sala.

Si te muestro esto, decía, estoy bien. Si no lo hago, y la encuentras tú, algo ha pasado. Ten cuidado.

Justin lo miró con una repentina corazonada. Y luego volvió a mirarlo, como preguntándole algo.

Grant le sonrió, rompió la nota y se sentó a tomar su copa.

VII

No era difícil escaparse por la cocina. No fueron juntos. Catlin y Florian fueron primero porque eran Seguridad y el personal de la cocina no iba a sospechar de ellos: Seguridad andaba por todas partes.

Luego fue Ari. Trabajó a todos los empleados para pasar, se convirtió en una pesadilla para el azi que mezclaba batido e hizo que le diera un poco y después fue hasta el azi que cortaba cebollas y dijo que eso la hacía llorar. Así que se acercó a la escalera de la cocina y echó a correr en dirección a la colina donde estaba el montículo del que le habían hablado Florian y Catlin.

Se deslizó sobre la espalda y rodó y sonrió cuando la miraron, todos en el suelo, boca abajo.

—Vamos —dijo Catlin entonces. Se comportaba como la líder del grupo. Era la que mejor sabía pasar desapercibida.

Así que la siguieron, resbalaron hasta la parte de atrás del edificio de las bombas donde Ari se sacó la blusa y los pantalones y se puso los que le dio Florian, negros, como los de los azi. Conseguir zapatos era más difícil, así que se compró unas botas negras con la tarjeta del tío Denys que parecían bien si no se observaban muy de cerca. Y ahora las llevaba. Florian le sacó la tarjeta de la blusa y le puso una banda negra en el fondo y una marca como el triángulo azi en el espacio de CIUD.

—¿Estoy bien? —preguntó Ari cuando se colocó la tarjeta.

—La cara —objetó Catlin. Así que ella puso una cara azi, muy dura y formal.

—Muy bien —dijo Catlin.

Y se deslizó, miró por el ángulo del edificio de bombas, luego se levantó y salió. Siguió a Catlin hasta el camino y después caminaron como si ése fuera exactamente el sitio por donde andaban cada día.

Ellos tardarían un rato en descubrir que había huido de la Casa, pensó Ari, y después Seguridad empezaría todo el revuelo.

Mientras tanto, ella nunca había visto la ciudad excepto desde la Casa, y deseaba que pudieran caminar más rápido para ver todo lo que pudiera antes de que los atraparan.

O antes de que ella decidiera volver, cerca del anochecer. Iba a ser divertido y no, todo al mismo tiempo: iba a haber muchos problemas, pero ella esperaba poder volver a ponerse de nuevo la ropa y regresar por la cocina cuando todos estuvieran locos de miedo. Pero eso podía parecer demasiado inteligente, claro, y tal vez haría que la vigilaran mucho más.

Era mejor ser Sam y que la atraparan.

De esta forma podría decir que había ordenado a sus azi que lo hicieran, y eso funcionaría porque ellos tenían que obedecerla y eso lo sabían todos. Así que ellos no estarían en problemas. Ella sí. Y eso era lo que buscaba.

Pero quería divertirse un poco antes de que la atraparan.

VIII

El ordenador estaba investigando el programa; trabajaba en tiempo compartido en un diseño de clase Beta y esta mañana iba muy despacio, porque Yanni Schwartz estaba desarrollando el grupo de integración; todos los demás tenían menos prioridad. Así que Justin se reclinó en el asiento, se levantó, se sirvió una taza de café y llenó la taza vacía de Grant mientras éste trabajaba en su terminal tan concentrado que no hubiese perdido la línea de razonamiento aunque se le hubiese caído el techo encima.

Grant se inclinó sin dejar de observar la pantalla, levantó la taza y tomó un trago.

Alguien estaba en la puerta, brusco, abrupto, y no, eran más de uno. Los oídos de Justin acababan de percibirlo cuando miró a su alrededor y vio el negro de Seguridad y ahí estaba un hombre en su oficina y dos detrás.

Los músculos se le tensaron, se le encogió el estómago. Pánico.

—Lo necesitan en Seguridad —dijo el hombre.

—¿Para qué?

—No haga preguntas. Venga.

Justin pensó en el café negro que tenía en las manos y Grant se había dado cuenta, Grant se estaba levantando de la silla mientras otro guardia de Seguridad entraba detrás del primero.

—Aclaremos esto —dijo Justin con calma y apoyó la taza.

—Déjeme desconectar esto —pidió Grant.

—¡Ahora mismo! —espetó el oficial.

—Mi programa...

—Grant —dijo Justin, con cuidada articulación, aunque no sabía por qué. Estaba pasando, lo que había esperado durante tanto tiempo; y pensó en causarles todo el daño posible. Pero tal vez era algo de lo que podía salir hablando un poco. Fuera lo que fuese. Y había suficientes recursos a disposición de la Administración de Reseune para someter a dos diseñadores de cintas esencialmente sedentarios, a pesar del ejercicio que hacían.

Lo único que podía esperar era que la situación se mantuviera en sus límites, como la había pensado hacía ya años. Colocó las manos a la vista de los hombres, salió pacíficamente por la puerta, con Grant, y caminó sin una queja con los guardias de Seguridad, hacia el ascensor de la planta baja del túnel de tormentas.

La puerta del ascensor se abrió, y ellos caminaron como les indicaban los guardias.

—Las manos en la pared —ordenó el oficial.

—Grant —dijo Justin, tomando a Grant del brazo y sintiendo la tensión—. Está

bien. Saldremos del paso.

Se dio la vuelta contra la pared, esperó mientras los dos guardias registraban a Grant en busca de armas y le ponían las esposas. Luego repitieron la operación con él.

—No creo que ustedes sepan de qué se trata, —dijo con tanta calma como pudo, con la cara contra la pared y los brazos en la espalda.

—Venga —indicó el oficial y le dio vuelta.

Ninguna información. Al menos, después de eso los guardias estuvieron menos preocupados.

Seguir el guión. Cooperar. Estar tranquilo y no resistirse en absoluto.

A través de una puerta cerrada hacia la zona de Seguridad, cada vez más solitaria con sus pasillos de hormigón. Nunca había visto esa sección de los túneles de tormenta de Reseune en toda su vida y esperaba por todos los cielos que realmente fueran a Seguridad.

Otra puerta cerrada y un ascensor con un cartel que decía SEGURIDAD 10N en la pared. Justin se sintió muy aliviado al verlo.

Arriba, con mucha violencia. Las puertas se abrieron en un vestíbulo que sí conocía, la sección trasera de Seguridad, una habitación que aparecía en sus pesadillas.

—Esto me es conocido —dijo como sin darle importancia a Grant y de pronto, los guardias se llevaban a Grant a una habitación lateral y a él hacia el vestíbulo, hacia una habitación para entrevistas que él recordaba bien.

—¿No nos anotan? —preguntó, tratando de luchar contra el pánico, mientras caminaba entre ellos con las rodillas flojas—. No me gusta quejarme, pero están violando el procedimiento.

Ninguno de los dos le habló. Lo llevaron a la habitación, lo obligaron a sentarse en una silla dura de cara al escritorio del técnico de psicotest, y se quedaron ahí, serios y silenciosos, tras él.

Alguien entró en la habitación. Él volvió la cabeza y se retorció para ver quién era. Giraud.

—Gracias a Dios —dijo Justin, y era casi sincero—. Me alegro de ver a alguien que sabe algo por aquí. ¿Qué mierda pasa, si no te importa decírmelo?

Giraud se dirigió al escritorio y se sentó en el rincón. Posición de intimidación. Voz moderadamente amistosa.

—Dímelo tú.

—Mira, Giraud, no creo estar en posición de saber nada. Estaba trabajando en mi oficina, estos tipos entraron y me arrastraron hasta aquí y ni siquiera he pasado por el escritorio de control. ¿Qué sucede aquí?

—¿Adónde has ido a almorzar?

—No he almorzado. Ninguno de los dos. Hemos trabajado todo el día. Vamos, Giraud, ¿qué tiene que ver el almuerzo?

—Ari no está.

—¿Qué quieres decir con que no está? —El corazón empezó a latirle con mayor fuerza—. ¿Cómo que... llegó tarde a almorzar? ¿O que no está realmente?

—Tal vez tú lo sabes. Tal vez sabes todo lo que hay que saber al respecto. Tal vez la hiciste salir del edificio. Tal vez se fue con un amigo.

—Dios. No.

—¿Algo que preparasteis tú y Jordan?

—No. No y no. Dios mío, Giraud, pregúntaselo a los guardias de Planys, no hubo un sólo momento en que no estuviéramos bajo vigilancia. Ni un momento.

—Que recuerden, no.

Entonces, todo eso había llegado hasta Jordan. Justin miró a Giraud fijamente, le costaba respirar.

—Estamos registrando tu apartamento —dijo Giraud con calma—. Tus derechos carecen de importancia, hijo, no estamos con cinta ahora. Te diré lo que encontramos. Ari salió por la puerta de la cocina. Hallamos su ropa detrás de la estación de bombeo.

—Dios mío —suspiró Justin—. No. No sé nada.

—Hay una playa muy grande allí —continuó Giraud—. Fácil para aterrizar. ¿Es eso lo que pasó? ¿Conseguiste que la niña fuera a encontrarse con alguien, y tú no fuiste pero apareció otro?

—No. No. Nada de eso. Probablemente está haciendo una travesura, Giraud, es una escapada de crios, ¿nunca saliste de la Casa cuando eras niño?

—Buscamos en la orilla del río. Tenemos patrullas. Comprenderás que estamos cubriendo todas las rutas.

—¡Yo no haría daño a una criatura! No lo haría, Giraud.

Giraud lo miró fijamente, la cara roja, con una tensión terrible.

—Comprenderás que no voy a aceptar tu palabra.

—Lo comprendo, mierda, quiero que encontréis a la niña tanto como tú.

—Lo dudo.

—Te doy mi consentimiento, Giraud, te doy mi consentimiento, pero deja que Grant esté aquí, por Dios.

Giraud se puso de pie.

—Giraud, ¿qué más te da? Que venga. ¿Es tanto lo que te pido? Por Dios, por Dios, Giraud, que esté conmigo.

Giraud se fue en silencio.

—Traed al otro —dijo en el vestíbulo.

Justin se reclinó contra el brazo de la silla, sudando frío, sin ver el suelo,

recordando el apartamento de Ari, viéndolo en destellos intermitentes. Oyó que se abrían las puertas, oyó unos gritos a lo lejos, ecos de pasos que se acercaban. Grant, esperaba. Esperaba que fuera Grant y no el técnico con la droga.

IX

Se cruzaron con mayores en el camino y Ari siguió siendo azi, imitó exactamente lo que hacían Florian y Catlin, hizo una reverencia chiquita con la cabeza y siguió caminando.

No eran los únicos niños. Había jóvenes que también hacían la reverencia, solemnes y ansiosos. Y un grupo de chicos que eran casi bebés con un jefe mayor vestido de rojo, todos de azul, todos con la mano solemnemente puesta en la del otro.

—Esto es Azul —explicó Florian cuando pasaban junto a la línea de jovencitos—. Aquí la mayoría son niños. Yo estuve en ese edificio cuando tenía cinco años.

Caminaron entre los edificios, más y más lejos por el camino que atravesaba la ciudad.

Ya habían visto los Barracones Verdes, por fuera, porque ahí era difícil entrar sin contestar preguntas, decía Catlin; y habían visto el campo de entrenamiento; y la sección Industrial y caminaron y miraron por la puerta de la fábrica de hilo, y la de ropa, y el taller de metales, y el molino de harina.

El siguiente cartel en el camino era verde, y después blanco en verde. Era realmente fácil encontrar un sitio en la ciudad: ahora sabía cómo hacerlo. Sabía la secuencia de colores y que la ciudad estaba construida en secciones, y cómo se podía decir rojo a blanco a marrón a verde, y sólo había que recordar la secuencia. Eso significaba que había que ir a rojo desde el punto de partida y luego buscar un rojo con un cuadrado blanco y así hasta el final.

El siguiente era un edificio enorme, mayor que las fábricas, y habían llegado al final de la ciudad: lo que seguía eran campos con alambradas, campos que llegaban a los Acantilados del Norte y las torres de precipitados.

Así que se quedaron ahí, en el borde, y miraron a través de las alambradas, donde trabajaban los azi sacando las malas hierbas con los cerdos olfateadores.

—¿Hay escamados ahí afuera? —preguntó Ari—. ¿Habéis visto alguno?

—No —dijo Florian—. Pero hay. —Señaló el lugar donde los acantilados tocaban el río—. Vienen de ahí. Pusieron hormigón por eso. Profundo. Eso los detiene, al menos por ahora.

Así que ella miró a través de la alambrada hacia el río y miró hacia el otro lado, hacia el gran granero. Había animales grandes allí, en un corral, lejos.

—¿Qué es eso?

—Vacas. Las alimentan ahí. Venga. Le voy a mostrar algo mejor que eso.

—Florian —objetó Catlin—. Es peligroso.

—¿Qué es peligroso? —preguntó Ari.

Florian conocía una puerta lateral que daba al granero. Dentro estaba oscuro y la luz procedía de las puertas abiertas en medio y abajo, del otro lado. El aire era extraño, casi bueno y no del todo malo, un olor totalmente distinto que cualquier otra cosa que hubiera olido antes. El suelo estaba sucio y había latas de comida, como las llamó Florian, contra la pared. También había establos. En uno vieron una cabra.

Ari fue hasta la valla y la miró de cerca. Había visto cerdos y cabras en la Casa, pero nunca tan de cerca, porque tenía prohibido salir al patio. Era blanca y marrón. Tenía ojos extraños que la miraron, y ella la observó con una sensación rarísima porque aquel ser estaba pensando en ella, estaba vivo y pensaba en ella, y eso no podía hacerlo ni siquiera una IA.

—Vamos —urgió Catlin—. Nos van a descubrir.

Ella siguió a Catlin y Florian, se escondió debajo de una valla, como Florian, y lo siguió por una puerta y un lugar oscuro y luego otra puerta hasta salir de nuevo a la luz del día, que la cegó por el contraste.

Había un corral frente a ellos, y un gran animal que mezclaba cintas de memoria, cintas de la Tierra, cintas de cuentos de hacía mucho, mucho tiempo.

—Es un caballo —explicó Florian, y se levantó y trepó sobre el riel inferior de la valla.

Ella también lo imitó. Apoyó los codos contra el riel superior mientras Catlin se ponía junto a ella y la miraba con el corazón palpitante.

El caballo resoplaba y levantaba la cabeza y hacía volar la crin en el viento. Así se llamaba, crin. Tenía cascos, pero no como los de los cerdos y las cabras. Tenía una estrella blanca en la frente.

—Espere —dijo Florian y se bajó del riel y volvió adentro. Cuando regresó traía un balde y las orejas del caballo se alzaron y el animal se acercó a ellos y sacó la cabeza por encima de la valla para comer del balde.

Ari subió un poco más y sacó la mano y le acarició la piel. Despedía un olor intenso y parecía polvoriento y muy sólido. Sólido como Ollie. Sólido y cálido, como nada en la vida después de Ollie.

—¿Tiene una montura y una brida? —preguntó.

—¿Qué es eso? —se extrañó Florian.

—Para montarlo.

Florian parecía no entender y el caballo hacía ruido con la cabeza en el balde que él sostenía.

—¿Montarlo, sera?

—Acércalo al rincón.

Florian la obedeció y el caballo se acercó mucho al riel. Ella subió al último, sacó una pierna y empujó y aterrizó encima del caballo.

El caballo se movió con mucha brusquedad, ella se aferró a la crin para manejarlo. Era... era bonito. Muy fuerte y cálido.

Y de pronto, él dio como un saltito y agachó la cabeza y volvió a saltar, muy fuerte, y ella se soltó y viajó por el aire y voló como si no pesara nada, y el cielo y el riel dieron vueltas hasta que llegó al suelo.

¡Pumba!

Estaba boca abajo. Le dolía y no le dolía, como si hubiera una parte de ella que estuviera anestesiada, y sentía los huesos todos molidos.

Después la voz de Catlin.

—¡No la toques! ¡Cuidado!

—Estoy bien —murmuró ella, y percibió el olor de la sangre y el polvo, pero le resultaba difícil hablar porque no tenía aliento y le dolía el estómago. Movié la pierna y trató de levantarse apoyándose en un brazo y entonces le dolió en serio.

—¡Cuidado, cuidado, sera, no se mueva! —Tenía la rodilla de Florian en la cara y eso estaba bien, porque el dolor le quitó el aliento y cayó sobre la pierna de Florian en lugar de sobre su propia cara en el polvo—. ¡Catlin, ve a buscar ayuda! ¡A Andy! ¡Rápido!

—Creo que necesito una montura —musitó ella, pensando en eso, tratando de no llorar ni vomitar, porque le dolían todos los huesos, más que nunca en su vida, y el hombro y el estómago eran lo peor. Todavía sentía el polvo en la boca. Pensó que debía de tener el labio cortado.

—Ayúdame a levantarme —le pidió a Florian, porque aquella postura le hacía doler la espalda.

—No, sera, por favor, no se mueva, tiene un brazo roto.

Ella trató de levantarse sola, de mirar el brazo roto para ver qué aspecto tenía. Pero le dolía cada vez más y pensó que vomitaría si lo intentaba.

—¿Qué hizo el caballo? —le preguntó a Florian. No entendía eso.

—Levantó las piernas y entonces usted se cayó. No creo que quisiera hacerle daño, en serio, no es malo.

Había gente que corría. Ella los oyó, trató de moverse y verlos, pero Florian se lo impidió hasta que estuvieron todos alrededor, voces de azi, inexpresivas pero preocupadas, diciéndole que venían los doctores y que no se moviera.

Ella quería levantarse. Era feo estar así tirada en el polvo mientras todos la miraban y ella no podía verlos.

Pensó que Giraud le gritaría, sí; esa parte funcionaría bien.

Pero ojalá los médicos se dieran prisa.

X

Grant estaba sentado con la espalda apoyada en la pared acolchada y sintió un calambre en las piernas dobladas que sostenían el peso de Justin, un calambre que le estaba doliendo de veras, pero no pensaba moverse, no iba a mover ni siquiera las manos, una sobre los hombros de Justin y la otra sobre su frente, porque esas manos lo mantenían seguro, estable. No había movimientos en la celda, ningún sonido mientras el efecto de la droga desaparecía lentamente.

Seguridad no los abandonaría. Había dos guardias al otro lado de la pared de vidrio a prueba de sonidos en la celda de recuperación. Las reglas, decían, no permitían que nadie excepto un médico estuviera con un detenido en recuperación. Pero Giraud no había cumplido casi ninguna de las reglas hasta el momento. Hacía lo que quería; y para él era fácil obtener permiso.

Justin estaba despierto, pero todavía en un limbo de desintoxicación en que la más mínima sensación, el más leve sonido, se magnificaba y despertaba ecos. Grant mantenía el contacto físico con él, le hablaba de vez en cuando para ayudarlo.

—Justin. Soy Grant. Estoy aquí. ¿Cómo estás?

—Bien. —Los ojos de Justin, a medio abrir.

—¿Estás más despejado ahora?

Un suspiro un poco más largo.

—Estoy bien. Todavía estoy muy abierto.

—Estoy contigo. No pasa nada. He estado aquí todo el rato.

—Bien —murmuró Justin y los ojos se le cerraron de nuevo, como sin control.

Grant no quería ir más allá. Giraud había limitado el psicotest a la visita con Jordan y la posibilidad de que Justin estuviera involucrado en la desaparición de Ari. Asegurar a Justin que no habría más preguntas era peligroso. Tal vez sí habría. Pedirle que le hablara cuando tal vez los estaban grabando era aún más peligroso, con el trunk que le habían administrado. Giraud le había preguntado:

—¿Qué sientes sobre Ari?

Y Justin, con todos los umbrales reducidos al mínimo, había dicho:

—Me da lástima.

Hubo un movimiento en la casilla de vidrio. Grant levantó la mirada y vio a Denys Nye en la habitación con los guardias, lo vio intercambiar miradas, vio que los guardias se acercaban y abrían la puerta de la celda de recuperación para dejar pasar a Denys.

Grant lo miró con furia, cerró los brazos alrededor de Justin y le murmuró al oído:

—Justin, ser Denys está aquí; no tengas miedo, estoy contigo, no me voy.

Justin se dio cuenta. Abrió los ojos.

Denys caminaba sin hacer ruido para ser un hombre tan corpulento. Llegó cerca, se detuvo, se inclinó y dijo con mucha suavidad:

—Han encontrado a Ari. Está bien.

El pecho de Justin se movió como si no tuviera suficiente aire.

—¿Es verdad? —preguntó—. Grant, ¿dice la verdad?

Grant miró a Denys con rabia, una cara preocupada, redonda, y dejó que sus palabras revelaran parte de su ira.

—Tal vez dicen la verdad. —Apretó los brazos de nuevo para que Justin sintiera su presencia.

—Es verdad —dijo Denys, se inclinó y mantuvo la voz muy tranquila—. Justin, lo siento. Lo siento mucho. En serio. Te compensaremos por esto.

El corazón de Justin le latía en la mano.

—Tranquilo —dijo Grant, con el corazón agitado también mientras calculaba el significado de las palabras de Denys. Porque nunca se había sentido tan furioso en toda su vida—. ¿Cómo va a hacer eso, ser? —le dijo a Denys, suave, suavemente—. La niña está a salvo. ¿Y el resto de los recursos de Reseune? Ustedes son estúpidos, ser. Arriesgan una mente cuyos límites ignoran, lo persiguen constantemente y lo tratan como si fuera el culpable de todos los males de Reseune, cuando nunca, nunca en toda su vida ha hecho daño a ningún ser humano, cuando Yanni Schwartz podría decirle a usted que tuvo que sacarlo del trabajo de tiempo real porque no toleraba ver sufrir a la gente. ¿Dónde está la vasta experiencia psicológica de Reseune si no se dan cuenta de que Justin no es capaz de hacer daño a nadie, ni siquiera a la gente que convierte su vida en un infierno?

—Grant —murmuró Justin—. Grant...

Denys frunció el ceño.

—No —dijo en voz baja—. Lo sé, lo sé, lo que dice Grant es poco y sobre todo demasiado tarde, pero tiene razón. Ahora te vas a casa, te vas a casa. Por favor. Créeme. Hemos encontrado a Ari. Está en el hospital, sufrió una caída, pero todo está bien. Se escapó sola, se disfrazó, era una travesura, nada que tuviera que ver contigo, ya lo sabemos. No voy a quedarme aquí, sé que no tengo derecho a estar aquí, pero me sentí en la obligación de decirte que Ari está bien. Supuse que te gustaría saberlo porque no quieres hacerle daño, y Dios sabe que mereces un poco de cortesía después de esto. Y lo digo en serio. De alguna manera, haré algo para compensarte por todo esto, te lo prometo; dejo que se hagan demasiadas cosas por seguridad, pero esto no va a seguir así. Te lo prometo. —Puso una mano en el hombro de Grant—. Grant, viene un grupo de médicos. Lo llevarán por la ruta del túnel, hasta vuestra residencia y a casa, si quiere. O puede quedarse a descansar aquí hasta que se recupere. Lo que prefiera.

—A casa —dijo Grant—. ¿De acuerdo, Justin? ¿Quieres ir a casa ahora?

Justin asintió con debilidad.

—Quiero ir a casa.

Cuidadosamente pronunciado. Más control que un momento antes. El brazo de Justin se retorció y se levantó y se quedó así, sobre el estómago, en esa forma cuidadosa en que se hacen las cosas en el retorno del control consciente.

—Te lo prometo —dijo Denys con cuidado—. No habrá más de esto.

Después se fue; la rabia se traslucía en la actitud de su cuerpo.

Grant estrechó a Justin y apoyó la cabeza contra la suya, sacando la tensión de sus propios músculos, porque Justin podía captar eso. Mente de azi. Tranquilo y firme.

—¿Ha estado Denys aquí? —preguntó Justin.

—Acaba de irse —dijo Grant—. Un rato más y nos iremos a casa. En serio. Han encontrado a Ari, no fue culpa tuya, lo saben. Puedes descansar ahora. Despiértate a tu ritmo. No voy a dejarte, ni por un momento.

Justin suspiró. Y se quedó quieto y callado.

XI

Ari volvió a casa en el autobús, a pesar de la cortísima distancia, y discutió con el tío Denys hasta que él la dejó caminar desde la puerta principal, de la mano, con el otro brazo en cabestrillo, pero después del viaje, todo aquello era más largo de lo que podía soportar, pensó. Se le doblaban las rodillas y estaba sudando debajo de la blusa y tuvieron que cortar la tela para ponerle el yeso.

No iba a salir en camión frente a todo el mundo. Iba a caminar, claro. Estaba decidida.

Pero se sintió muy feliz de volver al apartamento del tío Denys y ver a Nelly, y a Catlin y a Florian, todos preocupados y contentos de verla. Hasta Seely parecía feliz.

Ari sintió que iba a llorar por lo feliz que estaba de verlos. Pero no lo hizo. Dijo:

—Quiero ir a mi cama. —Y el tío Denys la llevó mientras Nelly daba vueltas alrededor. No le quedaban fuerzas.

Nelly había abierto la cama. Poca-cosa estaba allí, en su lugar correspondiente. Las almohadas estaban bien ahuecadas. Se sintió muy cómoda cuando se quedó quieta, en la cama.

—Déjame ayudarte con la ropa —sugirió Nelly.

—No —dijo ella—, quiero descansar un poco, Nelly. Y el tío Denys admitió que era una buena idea.

—Tengo sed, Nelly —dijo ella, mientras el tío Denys se iba—. Quiero a Florian y a Catlin.

Así que Nelly salió y al cabo de un momento entraron Florian y Catlin, muy callados, muy serios, con la bebida.

—Estamos muy tristes —dijo Florian. Y los dos parecían desgraciados.

Habían estado con ella en el hospital. Los dos se habían asustado mucho, se habían quedado con ella y parecía que iban a saltar al cuello de cualquiera que pareciera sospechoso. Pero finalmente tuvieron que irse a casa, porque ella lo ordenó, el tío Denys le aconsejó que lo hiciera, que estaban muy asustados y tristes y necesitaban descansar. Así que ella se despertó el rato suficiente para decirles que no había sido culpa de ellos y que se fueran a casa.

Volveré dentro de un rato, les prometió.

Y volvió.

El doctor Ivanov dijo que había tenido suerte de haberse roto sólo el brazo y no la cabeza. Y ella también comprendía que había tenido suerte. Seguía viendo el cielo y el suelo y sintiendo el golpe en los huesos.

El tío Denys también le dijo que había tenido suerte, que el caballo pudo haberla

matado, y estaba muy, muy enfadado y preocupado.

Era verdad. Pero ella le dijo al tío Denys que no había sido culpa del caballo, simplemente se movió un poco.

—El caballo está bien, ¿verdad? —había preguntado.

—Sí, está muy bien —aseguró el tío Denys—. Muy bien. Tú eres la que nos preocupa.

Eso era agradable. La gente no era así en general. El doctor Ivanov se mostró amable con ella, las enfermeras le dieron refrescos sin alcohol, Florian y Catlin se quedaron con ella hasta que Ari los mandó a casa. La única cosa que no había conseguido era al tío Giraud: el tío Giraud no había ido a verla, pero de todos modos estaba demasiado cansada para quererlo cerca, era demasiado esfuerzo.

Ahora Florian y Catlin habían vuelto y ella estaba a salvo en su cama y realmente se sentía, como al margen de todo. Tranquila. Estaba contenta de que la gente se portara bien con ella, no porque no pudiera Trabajarlos sino porque estaba cansada y eso significaba mucho, mucho trabajo, y ahora quería quedarse ahí y que no le doliera un rato, después de haber bebido un poco.

—No es culpa vuestra —dijo a Florian y Catlin—. Fue idea mía, ¿no?

—No deberíamos haberla dejado, sera —murmuró Florian.

—Claro que sí —atajó ella, frunciendo el ceño muy rápido—. Vosotros hacéis lo que yo os digo. ¿No?

—Sí —dijo Catlin después de un momento—. Sí.

Los dos parecieron más conformes después de eso.

Durmió toda la tarde con el brazo levantado como había dicho el doctor Ivanov para que no se le hinchara la mano. No creía que fuera a dar resultado porque siempre daba muchas vueltas cuando dormía, pero sí funcionó: se durmió, se despertó una vez cuando Nelly le trajo una pastilla y siguió durmiendo porque era su cama y su habitación, y las píldoras hacían que no le doliera y también le daban somnolencia.

Pero Nelly la despertó para la cena y tuvo que comer con la mano izquierda. El doctor Ivanov le había explicado cosas sobre la dominancia izquierda–derecha y le había dicho que no tenía que escribir hasta que le sacaran el yeso, pero que podía hacer cualquier otra cosa. El doctor Ivanov dijo que debía tener un Anotador que la ayudara con las lecciones, y a ella le gustó la idea.

Le dijo que tendría el yeso puesto durante tres semanas porque había hecho toda una serie de cosas para que se curara rápido, y que le iba a quedar como nuevo. Dijo que después tendría que hacer ejercicios para que el brazo se le pusiera fuerte otra vez. Ella estaba de acuerdo con eso. Tener un brazo roto era una aventura, pero no quería que fuera permanente.

Resultaba interesante tener el yeso y todo, y que todos estuvieran pendientes de

ella. La forma en que cambiaba la gente cuando estaba preocupada era interesante. Pensó mucho en eso cuando se despertó.

Cenó, cosas que podía comer con los dedos, y quería que Florian y Catlin se quedaran en su habitación, porque ahora estaba despierta. Pero el tío Denys entró y le dijo que podían ir al cabo de un ratito, pero que en ese momento quería tener una charla con ella.

—No quiero —dijo ella e hizo un puchero, porque realmente le dolía y no era justo, el tío Denys se había portado bien todo el día y ahora todo se iba a poner al revés antes de que ella estuviera lista para eso, lo veía venir.

—No muy larga —insistió el tío Denys y cerró la puerta—. Y ni siquiera voy a mencionar que fuiste a la ciudad.

Eso no era lo que ella esperaba. Así que se sintió curiosa e incómoda al mismo tiempo, mientras Denys acercaba la silla de Nelly: estaba contenta de que su tío no se sentara en la cama porque allí estaba muy cómoda y él era tan grande...

—Ari —empezó Denys, inclinándose hacia delante, con los codos sobre las rodillas y la cara de preocupación—, Ari, quiero contarte por qué todos nos pusimos tan nerviosos, pero no es porque hayas ido a la ciudad: es por lo importante que eres y porque hay gente, gente que tal vez quiera hacerte daño si entran en Reseune. Por eso asustaste tanto a Seguridad.

Eso era serio. Tenía mucho sentido. Explicaba la presencia de Seguridad en las clases y el hecho de que ella fuera la única chica que conocía que tenía dos azi de Seguridad por compañía. Ari estaba interesada y asustada, porque las explicaciones de tío Denys tuvieran que ver con todo.

—¿Y quiénes son?

—Gente que habría hecho daño a tu predecesora si hubiera podido. ¿Sabes por qué ponen una R en un número CIUD?

—Porque son Replicantes.

—¿Sabes lo que significa? Ella asintió, convencida.

—Quiere decir que son mellizos de sus propias mamás y papas.

—¿Cualquier tipo de mellizos?

—No. Idénticos.

—Idénticos hasta en el grupo genético, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Tú no tienes una R en tu número. Pero podrías tenerla.

Eso la confundía. Y la asustaba. No tenía sentido.

—Presta atención, Ari. No lo pienses. Deja que yo te guíe en esto. Tu mamá, Jane Strassen, tenía una gran amiga, que murió, que murió de repente. Reseune iba a hacer otra como ella, eso significa que iba a hacer un bebé. Jane dijo que ella quería ese bebé, que quería criarlo ella misma, para ella, porque no quería que el bebé fuera de

otra. Lo hizo por su amiga, que había muerto. Y cuando tuvo el bebé, lo amó tanto que ya fue suyo. ¿Entiendes, Ari?

Ari sentía un nudo muy frío en la garganta. Tenía frío, frío en todo el cuerpo, hasta la punta del cabello.

—¿Entiendes, Ari?

Ella asintió.

—Jane es tu mamá. Eso es así, nada puede cambiarlo, nunca, Ari. Una mamá es alguien que te ama y te cuida y te enseña como hizo Jane.

—¿Por qué me dejó?

—Porque tenía que hacer algo que sólo ella podía hacer. Porque, después de Ari misma, Jane Strassen era la única que podía hacerlo. Y además, Jane tenía otra hija, una hija mayor, llamada Julia, que estaba muy celosa del tiempo que tú le restabas, y Julia tenía una hija también, Gloria Strassen, de tu misma edad. Julia hizo que las cosas fueran muy difíciles para tu mamá porque se puso muy tozuda y se la asignó a Fargone también. Tu mamá tuvo que ocuparse de su propia hija y de su nieta, porque estaban muy celosas y disgustadas porque ella quería ser tu mamá. No quería irse, pero no tuvo más remedio. Así que fue a Fargone y las llevó con ella porque no quería dejarlas aquí, donde podían ser malas contigo. Me dijo que te cuidara, me dijo que volvería si podía, pero está muy lejos, Ari, y la salud de tu mamá no es muy buena. Es bastante vieja, ya lo sabes, y ahora volver sería muy peligroso para ella. Por eso se fue y por eso sabía que tal vez no iba a poder volver; todo lo que hizo fue por esa amiga muerta, en realidad. Y sabía que tendría que irse antes de que fueras mayor. Al principio pensó que sería fácil. Pero después se convirtió en tu verdadera mamá y te quiso no sólo por la Ari que murió, sino porque tú eres Ari, y tú eres tú, y te quiere por eso. Eso es todo.

Las lágrimas rodaron por la cara de Ari. Ni siquiera supo que estaba llorando hasta que las sintió. Luego movió el brazo herido para secárselas y tuvo que usar la otra mano, y eso la avergonzó.

—No puede tenerte con ella en Fargone —continuó el tío Denys— porque, primero, tiene a Julia y a Gloria allí. Segundo, porque tú eres tú, eres Ari, y tu madre genética era quien era, y porque tienes enemigos. Aquí puedes crecer segura. Hay maestros para enseñarte, y gente que te cuidará bien..., no siempre la mejor, sé que no soy el mejor para criar a una niña, pero lo intento, Ari. Pensé que había llegado el momento de que te explicara algunas cosas porque ya eres mayor y puedes pensar en ir a lugares sola, eso es evidente, ¿no? Tal vez te encontraras con gente que te diría accidentalmente cosas que no debías oír, y no quería que te enteraras de todo esto por boca de un extraño de la ciudad. Por nada del mundo. Mucha gente sabe quién eres y ya eres mayor y te pondrás a hacer preguntas, como por qué tu nombre es Emory y no Strassen, por ejemplo.

Ari odiaba que la hicieran quedar como una tonta. Y ahora se sentía muy estúpida. Claro que la gente tenía nombres diferentes, mucha gente tenía nombres distintos. Ella había pensado que era el nombre de la persona con la que mamá había querido hacer el bebé.

Uno se mete en problemas si se pone a pensar por qué las cosas son como son y por qué los mayores no quieren explicarlas.

¿Por qué no puedo ser Strassen?, recordaba haber preguntado a mamá.

Porque eres Emory, había dicho mamá, por eso. Yo soy Strassen. Piensa en Tommy Carnath. Su mamá es Johanna Morley. Los mayores saben todo esto.

De pronto sintió que se le revolvía el estómago y se sintió sudada y fría.

—Por favor —dijo—, tío Denys, voy a vomitar. Llama a Nelly.

Denys la llamó enseguida. Y Nelly le descolgó el brazo del gancho y la llevó al baño, donde estuvo mareada mucho rato, pero no pasó nada. Quería seguir así, porque le dolía adentro y afuera.

Nelly le dio un vaso de jarabe para el estómago y era horrible pero se lo tomó. Luego se sintió un poco mejor, y se acostó contra la almohada mientras Nelly le acariciaba la cara y el cabello mucho rato y se preocupaba por ella.

Nelly era siempre la misma. Nelly se comportaba siempre igual. Pensaba que era cierto, que su mamá todavía era su mamá, pero no estaba segura de quién era ella misma. Quería descubrirlo. El tío Denys lo sabía y ella quería preguntárselo, pero en realidad no estaba segura de querer hacerlo, no ahora.

El tío Denys volvió, finalmente, y le palmeó el hombro, el hombro sano.

—¿Estás bien, cariño? ¿Vas a estar bien?

Mamá la llamaba cariño. El tío Denys no, nunca hasta ahora. Ari se mordió el labio hasta que le dolió más que todo lo demás.

—¿Ari?

—¿Qué otras cosas iba a notar yo?

—Que había una mujer muy famosa en Reseune que se llamaba como tú —respondió el tío Denys y se levantó y Nelly volvió y sacó algo de la mesa de luz y lo llevó al baño—. Que te pareces a ella de niña y verías las fotos de ella en las cintas que tienes que estudiar. Era muy inteligente, Ari, más inteligente que nadie. No era tu mamá. No eres su hija. Eres algo más cercano que eso. No sabemos cuánto, pero eres una niña extraordinaria, y Jane está muy orgullosa de ti.

Le dio palmaditas en el hombro. Nelly había vuelto de nuevo y se había ido. Ahora él se levantó otra vez. A ella no le importó. Todavía estaba pensando y era como si tuviera el cerebro lleno de serrín.

—Ari, voy a hacer que Florian y Catlin se queden contigo toda la noche, si quieres. Te gustaría, ¿verdad?

Ella no sabía si iba a contarles a Florian y a Catlin que había sido tan estúpida. No

dejarían de quererla: eran sus azi, y no tenían más remedio que quererla. Pero iban a sentirse mal. Iban a sentirse mal porque ella se sentía mal. Así que se pasó la mano izquierda por la cara y trató de dejar de lloriquear.

—¿Ari?

—¿Nelly lo sabe?

—Sí. Nelly no lo entiende, pero lo sabe, siempre lo ha sabido.

Eso la hizo enfurecerse con Nelly.

—Nelly era de tu mamá, Ari. Tu mamá le puso un gran peso en las espaldas cuando se lo contó todo y le ordenó que guardara el secreto. Nelly es muy leal a tu mamá. Así que guardó el secreto.

—Ollie también lo sabía.

—Ollie lo sabía. ¿Quieres que Florian y Catlin vengan a pasar la noche? Pueden poner unas camas cerca de la pared. No creo que les importe.

—¿Lo saben?

—No. Sólo la gente de tu mamá lo sabía. Ellos son tuyos.

Ari se sintió mejor por eso. Al menos ellos no se habían estado riendo de ella.

—¿Amy Carnath lo sabe?

El tío Denys frunció el ceño y lo pensó un poco.

—¿Qué más te da que Amy lo sepa o no lo sepa?

—Porque sí —le ladró ella.

—Ari, yo estoy a cargo de tu educación. Tu mamá y yo estuvimos de acuerdo en que hay ciertas preguntas que no voy a contestarte porque tú tienes que encontrar la respuesta sola. A veces, quizá te enfades conmigo, pero tengo que cumplir con lo que le prometí a tu mamá. Eres muy inteligente. Tu mamá espera que descubras sola algunas cosas, como la primera Ari, porque sabe lo lista que eres para eso. Es parte de tu crecimiento. Muchas veces me preguntarás cosas y yo te diré que debes encontrar la respuesta sola, porque tú eres la que quiere esa respuesta. Recuerda esto: lo que le preguntas a alguien dice mucho de ti misma. Piensa en eso, Ari.

Y cerró la puerta.

Ari lo pensó. Y pensó que tal vez el tío Denys estaba haciendo lo que había dicho mamá; y tal vez no. Era difícil decidirlo cuando la gente podía mentir sobre lo que había dicho mamá.

O hasta sobre lo que ella misma era en realidad.

Al cabo de un ratito, llegaron Florian y Catlin, muy serios, muy formales.

—Ser Denys dice que usted tiene órdenes para nosotros —dijo Catlin.

Ari hizo que su cara fuera como la de un azi, callada, quieta. Tenía las pestañas todavía húmedas. Pensaba que tenía la nariz roja. Enseguida se darían cuenta, pero ella no podía impedirlo, tenían que estar cerca de ella.

—Primero tengo que decirles una cosa. Sentaos en la cama. He descubierto

algunas respuestas.

Se sentaron, en una punta, con mucho cuidado para no hacerle daño.

—Primero —empezó Ari—, el tío Denys dice que no soy del grupo genético de mamá, que soy una R de otra persona que era amiga de mamá. Que mamá tenía una hija adulta y una nieta de las que nunca me contó nada, y que Nelly y Ollie estaban al corriente de todo esto. Pero hay muchas cosas que no quiere explicarme. Dice que debo descubrirlas yo sola. —Hizo un gesto con los dedos para indicar que uno de ellos tenía que acercársele a escuchar. Pero no podía hacerlo con la mano derecha. Así que fue Florian quien se acercó y puso el oído frente a su boca—. Tal vez el tío Denys me esté Trabajando. No lo sé. No sé por qué querría Trabajarme, a menos que sea porque Giraud es su hermano. Pásaselo a Catlin.

Florian lo hizo, Catlin levantó las cejas y puso una cara muy pensativa y quieta cuando la miró. Asintió una vez, con una mirada que significaba que estaba pensándolo seriamente. Así que no estaba segura de si se había portado como una estúpida o no, o si era verdad o no, o si era verdad sólo en parte.

Florian y Catlin podían averiguar muchas cosas, porque eso era lo que habían aprendido a hacer.

Eso contestaba muchos de los «¿Qué es Raro?», que era lo que más la asustaba, pero claro, no daba todas las respuestas.

Como por qué Desaparecía la gente y qué quería Giraud.

Como por qué mamá no le había escrito cartas o qué había pasado con las cartas si le había escrito.

Como que era Raro que no le hubieran dicho la verdad desde el principio.

Como que era Raro que mamá hubiera dado tantas vueltas con el nombre y le hubiera dicho que su papá era un hombre que se llamaba James Carnath. Y ése tampoco era el origen del Emory.

Era Raro que mamá hubiera ocultado muchas cosas que no había querido contestarle. Ella no había querido preguntarle mucho cuando era pequeña porque intuía que mamá se ponía muy incómoda.

Y cuando lo pensaba, sabía que mamá la había Trabajado también, podía sentirlo cuando lo recordaba.

Eso era lo que había dado ganas de vomitar.

Estaba asustada, asustada de que nada fuera verdad, ni siquiera lo que le decía el tío Denys. Pero no podía dejar que nadie conociera sus sospechas.

Lo último que había dicho el tío Denys era algo que ella ya sabía: que cuando se hacían preguntas se daba mucha información sobre uno mismo a alguien en que tal vez no se debía confiar. Así que el tío Denys también lo sabía y le estaba advirtiéndole que no tenía que preguntarle cosas.

Como mamá, sólo que el tío Denys lo hacía de otra manera, sin disimular: no me

digas cosas que no quieres decirme porque no sabes si estoy de tu parte.

Si el tío Denys quería Trabajarla, estaba haciendo algo realmente complicado, y la pastilla contra el dolor le estaba haciendo sentir confusa. Si eso era lo que deseaba, estaba empezando a confundirla.

O por sacarle de la cabeza, lo que ella quería pensar.

Mierda, pensó. Mierda, mierda.

Porque estaba atrapada en la cama, y le dolía y no podía pensar más allá del trunk.

XII

Preséntate en mi oficina, decía el mensaje de Yanni; era lo primero que Justin leyó cuando conectó el ordenador de la oficina; dio media vuelta y le dijo a Grant:

—Tengo que ver a Yanni. —Y Grant hizo girar la silla y lo miró.

Sin comentarios. No había nada que decir. Grant sólo lo miró, preocupado.

—Hasta pronto —se despidió Justin en un intento ácido de humor—. Ojalá pudieras ser testigo de ésta.

—Sí —suspiró Grant, sin bromear.

Justin no estaba preparado para una entrevista con Yanni. Pero no tenía elección. Se encogió de hombros, miró preocupado a Grant y salió al pasillo con las piernas flojas; tan mal estaba todavía, tan impresionado había quedado.

Dios, pensó, que pueda con esto.

De alguna forma.

Gracias a su memoria entrenada de azi y a su comprensión profesional del tema, Grant había registrado el grupo psíquico y lo que oía; había memorizado todo lo que sucedió mientras Justin contestaba las preguntas de Giraud y todo lo que pasó mientras se recuperaba, incluso las palabras ocasionales y los pequeños comentarios de los médicos que lo habían conducido a casa. Revisarlo y saber que eso era todo lo que había pasado había sido muy reconfortante; tener a Grant con él en la noche lo había mantenido razonablemente centrado en el aquí y el ahora y le había permitido levantarse por la mañana, fingir una alegría deliberada y ciega y decidir que quería ir a trabajar.

Al menos puedo hacer algo con los informes, había dicho a Grant, refiriéndose a las enormes montañas de informes que habían estado esperando durante semanas para que los pasaran a los archivos de los ordenadores y los firmaran a mano como «archivados» antes de enviarlos a la trituradora. No podía ser mejor día para eso.

Hoy no podía tolerar cambios, y mientras caminaba por los pasillos hacia la puerta de Yanni pensó que Seguridad seguramente creía haber encontrado algo en el psicotest, Dios sabía qué, y Yanni...

No tenía ni idea.

—Marge —saludó a la ayudante de Yanni—. Aquí me tienes.

—Entra —dijo Marge—. Te está esperando.

Una señal en el registro. Eso era todo.

Abrió la puerta y encontró a Yanni en el escritorio.

—Ser.

Yanni levantó la vista y Justin se preparó.

—Siéntate —invitó Yanni con voz muy tranquila. *Dios, Dios*, pensó Justin, totalmente fuera de control. Se dejó caer en la silla y se sintió tenso y nervioso.

—Hijo —dijo Yanni con más tranquilidad de la que él le creía capaz—, ¿cómo estás?

—Bien —dijo él, una sílaba, cuidadosa, casi tartamudeada.

—Armé un escándalo cuando me enteré —dijo Yanni—. Llegué hasta la oficina de Denys y de Petros y de Giraud. Por lo que tengo entendido, dejaron que Grant estuviera presente.

—Sí, ser.

—Petros puso eso como orden absoluta de ahora en adelante en tus registros. Y mejor será que obedezcan. Oye una cosa: lo grabaron, no en los archivos de Seguridad, pero la grabación existe. Si la necesitas, la tienes. Giraud lo prometió, hijo. Ésta mañana están muy razonables con todo este asunto.

Justin lo miró con los ojos muy abiertos, vacíos y una sensación desoladora de que tenía que haber un posterior examen, de que lo estaban preparando para algo. Grababan, de eso estaba seguro. Uno confiaba en alguien y ahí mismo lo traicionaban.

—¿Esto es otro examen de voz? —preguntó, para que se lo dijera directamente.

La línea que había entre las cejas de Yanni se hizo más profunda.

—No. No. Quiero explicarte algunas cosas. Las cosas están muy, pero que muy difíciles en la oficina de Giraud en este momento. Mucha presión. Van a tener que destapar el secreto. La época de infancia ha sido perfecta. Quería advertirte, que ya se lo han dicho a Ari, al menos le dijeron que no es la hija biológica de Jane Strassen y que es una réplica de una persona que se llamaba Ariane Emory, que para ella es sólo un nombre. Así que esa presión va a desaparecer bien pronto. Tiene un brazo roto y bastantes chichones. Se lo contaron todo mientras estaba bajo el efecto del trunk para que al menos pudiera mantener la reacción inicial en el nivel emocional, donde pudiera controlarlo, por lo menos a medias, para que lo aceptara en el nivel glandular antes de empezar a hacerse preguntas con esa función lógica suya tan aguda y persistente, supongo que ya te habrás dado cuenta de ello. Te lo digo porque fue a verte antes y te volverá a visitar para pedirte información. Si va, no te asustes. Sigue los procedimientos, llama a la oficina de Denys y explica a Ari que no tienes más remedio que hacerlo, que Seguridad se enfadaría mucho si no lo hicieras, lo cual no es ninguna mentira.

Justin respiraba mejor ahora, se dijo que todavía era una trampa, pero al menos el asunto había adquirido una forma definida, una calamidad pospuesta para un futuro inconcreto.

—¿Sabes cómo se enteró Jordan de esto? —le preguntó a Yanni.

—Lo llamé anoche. Dijo que estaba bien, que estaba muy preocupado por ti. Ya

sabes, hay muchas cosas que no se pueden comunicar por teléfono. Le dije que estabas bien, que lo llamaría hoy otra vez.

—Dile que estoy bien. —Justin sintió que se estaba aferrando al brazo de la silla, los dedos apretados con una fuerza que se había convertido en dolor. Los aflojó, tratando de relajarse—. Gracias. Gracias por llamarlo.

Yanni se encogió de hombros, suspiró y bromeó:

—Sospechas mucho de mí, ¿verdad?

Justin no contestó a esa pregunta.

—Escúchame, hijo. Puedo aguantar muchas cosas, pero sé cómo trabajas y sé que no tuviste nada que ver con la niña, que fue la maldita insistencia de Giraud que quería revolver de nuevo una mente que vale más que dos o tres de las que hay por aquí y no es necesario recurrir a mi opinión profesional para verlo. Giraud tiene demasiada prisa, mierda, no le importan los procedimientos, no le importa la ley, no le importa nada que se interponga en su camino. —Yanni respiró hondo—. No me provoques. Te llamé para decirte que Denys acababa de poner tu investigación en el presupuesto. No dispondrás de grandes sumas, claro, pero tendrás la mitad de trabajo que en el proyecto Rubin y se te concederá tiempo de ordenador en Sociología, no mucho, pero algo. Llámalo sentimiento de culpabilidad por parte de Administración. Llámalo lo que quieras. Vas a mandar los informes a través de mí a Sociología, a través de Sociología a Jordan, y varias veces al año volarás a Planys. Ésas son las novedades. Pensé que tal vez te daría algo alegre en que pensar. ¿De acuerdo?

—Sí, ser —dijo Justin después de un momento, porque tenía que decir algo. Lo más peligroso del mundo era empezar a confiar en Yanni Schwartz, o creer que los indicadores que señalaban un movimiento barranco abajo eran sólo un problema en el sistema.

—Vamos. Tranquilo. Vete. Vete de aquí.

—Sí, ser. —Se levantó de la silla y salió por la puerta junto a Marge sin dirigirle una sola mirada y avanzó por el pasillo en una especie de terror obnubilado mientras pensaba que Seguridad estaba metida en aquello, que en la forma en que generalmente le hacían bajar la guardia y después la pegaban con más fuerza tal vez descubriría que algo le había pasado a Grant, era lo más inmediato en que podía pensar, y lo peor.

Pero Grant estaba donde lo había dejado. Grant lo esperaba en la puerta, preocupado.

—Yanni ha sido muy amable —dijo él. La diminuta oficina, llena de papeles, le parecía cerrada, claustrofóbica—. Vamos a tomar una taza de café. —No importaba que tuvieran trabajo en la oficina. Necesitaba tener espacio a su alrededor, oír el ruido normal, tranquilo de los seres humanos de la cafetería del Ala Norte.

Sí no cumplían el horario de trabajo, si se salían de lo establecido, tal vez lo

utilizarían para someterlos a otra sesión con Giraud. Nada era seguro. Cualquier cosa podía ser invadida. Era el tipo de terror que dejaba un psicotest profundo. Debería estar tomando trunk. Pero no lo quería, no, no.

Le contó a Grant la conversación que había tenido con Yanni. Mientras tomaban café en el restaurante. Grant escuchó en silencio y dijo:

—Ya era hora. Ya era hora de que entraran en razón.

—¿Te crees todo eso? —preguntó Justin a Grant. Desesperadamente, porque siempre había creído en la capacidad de Grant para distinguir lo verdadero de lo falso. Tenía miedo de que al final Grant le fallara y le dijera sí, créeles, confía en ellos. Era lo que parecía, desde el punto de vista cuerdo que todavía le quedaba.

—No —dijo Grant, levantando las cejas un poquito—. No más que ayer. Pero creo que Yanni es sincero. Creo que está empezando a sospechar lo que puedes llegar a ser y lo que pueden perder con tanta preocupación por la joven Ari. Ésa es la idea que tal vez le sugirió a Denys. Si llega a Denys, tal vez llegue a Giraud. No. Escúchame. Estoy hablando en serio.

—Mierda, Grant... —Justin estaba al borde de las lágrimas, completamente aterrorizado—. Todo esto se me está escapando de las manos. Estoy muy, muy abierto, incluso totalmente abierto. No me confundas.

—Voy a decirte una cosa y terminaré rápido. Si esta idea les llega de Yanni, es totalmente lógico que quieran ayudar. No digo que sean diferentes. Digo que tal vez haya algunos cambios. Por Dios, tómallo con calma, tómallo con calma, no trates de entender todo lo que hacen retrospectivamente, no trates de entenderlos en absoluto durante unos días. ¿Quieres que hable con Yanni?

—¡No!

—Tranquilo, de acuerdo, de acuerdo.

—Mierda, ¡no me trates como a un bebé!

—Ah, sí que estamos irritados. Tómate el café. Estás bien, muy bien, pero contrólate un poco, ¿quieres? Yanni se volvió loco, tú estás bien, yo estoy bien, Administración está al borde del abismo, no sé lo que ha cambiado.

Se rió, se secó los ojos furtivamente y tomó un sorbo de café medio frío.

—Dios, no sé si podré soportarlo.

—Tranquilo, tranquilo. Poco a poco. Terminaremos temprano hoy y nos iremos a casa. ¿De acuerdo?

—Quiero que estemos cerca de testigos.

—En la oficina, entonces.

—En la oficina. —Justin respiró y consiguió devolver el pulso al ritmo normal.

Y compró un póster holo en la tienda de la esquina, mientras volvían, para la pared de la oficina que estaba sobre su escritorio.

Grant levantó la ceja, lo miró mientras él hacía que le controlaran la tarjeta de

crédito.

Era un avión volando sobre las tierras vírgenes. Decía: *VUELE EN LÍNEAS AÉREAS RESEUNE.*



C. J. CHERRYH, escritora estadounidense nacida el 1 de septiembre de 1942 en St. Louis, Misuri (EE. UU.). Actualmente reside en Spokane, Washington.

Estudió en la Universidad de Oklahoma donde, no contenta con su formación en antropología, historia clásica, arqueología y lingüística, se dedicó por su cuenta a aprender ciencias como la física, la genética y otras. Ejerció como profesora de latín en dicha universidad hasta que en 1976 los éxitos la llevaron a dedicarse exclusivamente a escribir.

Cherryh es una de las escritoras de ciencia ficción más prolíficas de la actualidad. Desde que en 1976 publicara sus tres primeras novelas, ha escrito más de cincuenta obras. Sus libros y series generalmente se centran en el alienígena como protagonista, y lo diferente de su modo de pensar respecto a los humanos (como en su saga de Chanur), o en conceptos muy sutiles de la especulación científica como la psicogénesis (Cyteen). Tiene también algunas incursiones en la fantasía (Paladín).

Desde que recibió en 1977 el Premio John W. Campbell al mejor autor novel, el palmarés de esta autora ha ido aumentando con diversos premios, entre ellos tres premios Hugo (por el relato corto Cassandra en 1979 y por las novelas La estación Downbelow en 1982 y Cyteen en 1989), un premio Locus (por Cyteen en 1989) y un premio Skylark por toda su contribución a la ciencia ficción. Asimismo, ha disfrutado de fama internacional, publicándose sus novelas por todo el mundo. Por ejemplo, en Francia es una autora muy apreciada. En cambio, en los países de habla hispana no es demasiado conocida debido a la ausencia de traducciones de gran parte de su obra.